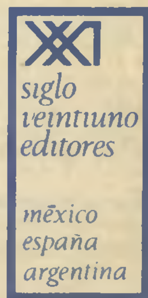
GRAMSCI Y LA REVOLUCIÓN DE OCCIDENTE

por
Maria-Antonietta Macciocchi



traducción de
JOSÉ SAZBÓN



siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248 MÉXICO 20 DF

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBÍN 7, MADRID 33 . ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
Av PERÚ 952. BS AS ARGENTINA

edición al cuidado de martí soler
portada de ricardo harte

primera edición en español, 1975

primera edición en francés, 1974

título original: pour gramsci

impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Giorgio Bonomi, autor de *Il partito e la rivoluzione in Gramsci,* la ayuda que me brindó en la búsqueda de las fuentes y en la redacción de las notas de este texto. También aproveché los consejos de Massimo Salvadori, autor de *Gramsci e il problema storico della democrazia,* Valentino Gerratana, del Instituto Gramsci, y Rossana Rossanda, a todos los cuales les expreso mi reconocimiento. Agradezco sobre todo a los estudiantes que siguieron el curso sobre Gramsci en la Universidad de Vincennes, en 1972-1973, el haberme incitado, en medio de la discusión, a profundizar los *aspectos contemporáneos* de la obra de Gramsci en confrontación con la práctica política y social y con la realidad viviente y los problemas de nuestro tiempo.

Quiero agradecer también a Roberta Bettini y Daniel Furjot por la ayuda que me proporcionaron, dándome la oportunidad de pronunciar en lengua francesa, en Vincennes, los cursos a partir de los cuales escribí parte de este libro. Al mismo tiempo, debo expresar mi reconocimiento a Gérard Hug y Eugène Jeunot por la colaboración que aportaron a la versión final del presente trabajo.*

* El origen oral del libro ha dado lugar a que se deslicen en la redacción definitiva algunas imprecisiones y erratas bibliográficas. Hemos tratado de solucionar una gran parte de ellas mediante la compulsa directa de las fuentes y de las ediciones en español y, en general, efectuando una supervisión general del texto. [T.]

ABREVIATURAS

M *Note sul Machiavelli,* Turín, 1949 [*Notas sobre Maquiavelo,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1973]
MS *Il materialismo storico e la filosofía di Benedetto Croce,* Turín 1949 [*El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1971]
PP *Passato e presente,* Turín, 1952
LC *Lettere del carcere,* Turín, 1972
R *Il risorgimento,* Turín, 1950
LVN *Letteratura e vita nazionale,* Turín, 1956 [*Literatura y vida Nacional,* Buenos Aires, Lautaro, 1961]
ON *L'Ordine Nuevo,* Turín, 1955
CPC *La construzione del Partito Comunista,* Turín, 1949
SG *Scritti giovanili,* Turín, 1958
SF *Socialismo e fascismo,* Turín, 1965
I *Gli intelettuali e l'organizzazione della cultura,* Turín, 1949 [*Los intelectuales y la organización de la cultura,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1972]

Todas las obras mencionadas fueron editadas por Einaudi; las referencias a otras ediciones figuran en el texto. [Entre corchetes damos la paginación de las traducciones de Gramsci mencionadas arriba, así como de las versiones en español de obras de otros autores mencionadas en el texto. En general, las aclaraciones que figuran entre corchetes pertenecen al traductor. T.]

NOTA

En el desarrollo de los primeros capítulos se pone a prueba la operatividad de algunas expresiones claves del pensamiento de Gramsci –tales como "hegemonía", "bloque histórico", "relación infraestructura-superestructura", "intelectual orgánico"– cuya exposición teórica sólo aparece en los capítulos 6 y 7. El lector puede, eventualmente, remitirse de una parte a otra.

1
GRAMSCI EN LA ACTUALIDAD

Al escribir sobre Gramsci, o más bien *por Gramsci,* tengo conciencia de que me interno en un continente nuevo para el conocimiento de la obra política, además de filosófica, de un gran marxista, por añadidura desconocido en Francia. Por eso quisiera citar a Dante –"el agua que tomo ya no fluye"[1] o también: "Oh, lector, escucharás un juego nuevo"[2]– para expresarles que tengo una viva conciencia crítica de iniciar un enfoque nuevo, inédito –y de que me atrevo a hacerlo con el pensamiento y con la acción–, conciencia tanto más profunda cuanto que conozco mis propios límites objetivos. No les hablo como universitaria sino como una militante que ha pasado lo mejor de su tiempo en la acción política y que hace de ella la razón misma de su compromiso. Todo esto no gustará mucho en la Sorbona, como se dice. Pero, ¿acaso no es en la política donde hay que buscar la unidad no sólo de la vida sino también de la obra de Antonio Gramsci? "Hacer política" significa actuar para transformar el mundo. "El hombre activo, de masa –dice Gramsci–, obra prácticamente, pero no tiene clara conciencia teórica de su obrar, que sin embargo es un conocimiento del mundo en cuanto lo transforma" *(MS,* p. 11 [16]). Cómo no evocar a Marx y su XIª tesis sobre Feuerbach: "Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes maneras, pero de lo que se trata es de transformarlo" [cf. *La ideología alemana,* apéndice]. En la política se resume pues toda nuestra filosofía real, en la política está la sustancia misma de la historia. De ahí que el hilo conductor en la obra de Gramsci no pueda encontrarse, no se encuentre fuera de la actualidad real: desde los temas de la juventud, *Il Grido del Popolo, L'Ordine Nuovo,* la fundación de los Consejos de fábrica como experiencia de organización revolucionaria del proletariado, la fundación del partido comunista, cuya dirección y formación asumió durante algunos años, hasta el advenimiento del fascismo y, consiguientemente, su arresto. Finalmente, en la última fase, esos diez años de prisión durante los cuales sufrió el rigor del cautiverio, disminuido por la enfermedad, el hilo conductor, el eje del pensamiento gramsciano no sólo no perdió nada de su rigor político marxista, sino que alcanzó una complejidad profunda que hace de su obra una cons-

[1] "L'acqua che io prendo già mai non si corse".
[2] "O tu che leggi intenderai un nuovo ludo".

trucción a la vez coherente y diversificada. Lo importante, en un estudio sobre Gramsci, es el punto de vista revolucionario respecto al cual hay que situarse, ese punto de vista revolucionario que él adoptó al mismo tiempo que lo dilucidaba –a la vez "autor y actor", como Dante en *La divina comedia;* sobre esa constante se funda su investigación, su voluntad de crear algo "für ewig", para siempre.

Por otro lado, ¿acaso la filosofía no es fundamentalmente para nosotros, marxistas-revolucionarios, una praxis política? ¿Acaso no es la política la que decide todo? No la política en general, sino la política marxista-leninista. El mismo Althusser, durante la entrevista para *L'Unità* que me concedió en 1967, me explicaba cómo la política había decidido su destino de filósofo aludiendo a Gramsci: "Habiendo comprendido mejor la política marxista-leninista empecé a apasionarme también por la filosofía, ya que pude, al fin, comprender la gran tesis de Marx, Lenin y Gramsci: la filosofía es el fundamento de la política". Mi intervención sobre Gramsci tiene así un objetivo explícito y nada ambiguo que proclamo de entrada, no sólo para ganar tiempo, sino además para suprimir todo equívoco, confusión o prejuicio posibles. Mi intención es presentarles a Gramsci como el pensador occidental que desarrolla, y en ciertos puntos completa, a Marx y a Lenin.

Mi "lectura" de Gramsci será una lectura política de izquierda. Lo declaro inmediatamente. Mi esfuerzo consistirá en aclarar el "misterio Gramsci" que no persiste solamente en Francia, a fin de denunciar la "mistificación" de que ha sido objeto Gramsci tanto por parte de la derecha como de una pretendida ultraizquierda, ya sea para cubrir volteretas políticas (como en el caso de Garaudy y su interpretación del "bloque histórico") o para avalar una tesis que, olvidando a Mao Ze-dong,* haría de Gramsci, en la relación estrecha que establece entre el Mediodía y el Norte, entre campesinos y obreros (en *La cuestión meridional),* una especie de Lin Piao que evocaría la teoría sobre el cerco de la ciudad por el campo (según la interpretación del norteamericano John Cammet),[3] cuando en realidad toda la estrategia de Gramsci reside en la función revolucionaria dirigente de la clase obrera; sin hablar del alemán Reichers y de una supuesta "izquierda" italiana cuyas fabulaciones hacen de Gramsci el padre legítimo de una línea "transformista" del PCI O esos filósofos franceses de ilustre renombre que elevando a Gramsci a la altura de los grandes del marxismo, resaltan en él algunos aspectos secundarios, como "el historicismo y el idealismo gramscianos", y no llegan a captar el aspecto dominante –la praxis revolucionaria–, o se de-

[3] John Cammet: *Antonio Gramsci and The Origins of Italian Communism,* Stanford, 1967, pp. 177-178.

* La autora, así como Philippe Sollers y demás estudiosos y simpatizantes de la revolución cultural china, han comenzado a difundir, entre otras, esta nueva transliteración que remplaza a la más conocida: "Mao Tse-tung" [T.].

moran perezosamente en "el humanismo gramsciano" perdiendo de vista el enlace fundamental, el hilo rojo que sirve de guía a su pensamiento: la estrategia de una revolución en Occidente. Es este punto, lo reitero, el que quiero realzar en mi presentación y en la investigación que podremos realizar juntos, declarándome en esto de acuerdo con Hugues Portelli (en *Gramsci y el bloque histórico)* cuando afirma: "El análisis gramsciano es el único verdadero intento marxista de plantear globalmente la cuestión del paso al socialismo en los países occidentales". Y es justo afirmar que si Lenin desarrolla la teoría marxista en función de las sociedades capitalistas "orientales", Gramsci, beneficiándose del aporte de Lenin para elaborar su análisis de la superestructura, retoma el estudio de la sociedad política, del partido y de su hegemonía, efectuando un retorno a Marx y a la teoría marxista clásica, ya que sitúa su análisis (sobre todo en sus *Cuadernos)* en el marco de las sociedades occidentales.

El marxismo de Gramsci, que para algunos no parece bastante "ortodoxo", aborda una dirección fundamental de la investigación: el discernimiento de lo vivo y de lo muerto en el marxismo, a la luz de las experiencias de una época histórica determinada, y de los objetivos y fines propuestos. Hay que refutar, ante todo, las tesis académicas que pretenden ver en la tentativa gramsciana "un penoso enfoque del marxismo, visto siempre a través de una óptica idealista y espiritualista" (Cortesi: "Alcuni problemi della storia del PCI", *Rivista storica del socialismo,* 1967). Su relación con el marxismo fue, en primer lugar, política: partiendo de *El capital,* refuta el economicismo mezquino, la interpretación positivista, toda pedantería formalista, la utilización ideológica del marxismo con fines reformistas.

La cuestión es saber dónde reside el aporte mayor, el más original, que Gramsci hace al marxismo y al leninismo. Se puede decir que, si bien no logró sacar al movimiento de la *impasse,* si sus ideas estuvieron limitadas por la coyuntura histórica de la crisis política y conceptual que siguió a la derrota de los años veinte, Gramsci fue no obstante un teórico que, *a través de la revaloración del concepto de praxis, demostró que el marxismo no puede ser considerado como una "ciencia de la infraestructura", sino como la articulación compleja de la teoría y de la práctica en la relación infraestructura-superestructura. De esta manera enfrenta la relación entre objetividad y subjetividad, no para dar la primacía a lo subjetivo, sino para revalorar la subjetividad en un sentido revolucionario; es imposible iniciar una revolución socialista* si no se traduce en ideología revolucionaria el condicionamiento proveniente de la objetividad. Replantea así el *hic Rhodus hic salta,* que aún hoy sigue siendo una consigna para todo movimiento revolucionario. Es a través de la revolución intelectual y moral que uno adhiere a una línea política, es decir, a un comportamiento práctico, "como actividad sensible humana, como práctica" (Marx: *Tesis sobre Feuerbach).* En efecto, en Gramsci "la *ne-*

gación de la negación no es el resultado de la determinación económica sino el hecho de asumir contradicciones estructurales en la praxis consciente" (Badaloni, en *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci,* Editori Riuniti, p. 108). La interpretación práctica de la relación infraestructura-superestructura es la piedra miliar de la que Gramsci puede hacer partir su teoría de la *hegemonía,* de la *democracia proletaria,* concepto que ha sufrido un freno tan considerable en la experiencia práctica de las sociedades en transición al socialismo: el poder de las masas se ha evaporado tras macizos aparatos de burócratas, de gobernantes, de jefes de partido; el *consenso* del que hablaba Gramsci se ha convertido en una borrosa pasividad o incluso en una despolitización de las masas por el hecho de estar privadas de una fuente real de participación y de control.

Me atrevería a decir que Gramsci es el "Lenin de hoy", en el mundo de las sociedades industrializadas hacia las que nos dirigimos, buscando una salida revolucionaria entre las tentaciones reformistas o mencheviques y las del ultraizquierdismo infantil. Gramsci, y éste es mi "planteo" del problema, puede aparecer entonces como el único pensador de una revolución en Occidente, en la medida en que su enseñanza teórico-política es estratégicamente la más avanzada en lo que se refiere a la determinación del proceso de la revolución socialista, y no sólo en Italia sino también en el Occidente europeo, o sea el del "capitalismo evolucionado" tal como se entiende actualmente.

La perspectiva en que se situaba Gramsci para elaborar los principios tácticos y estratégicos de la revolución italiana, consideraba a la alianza de obreros y campesinos como el bloque que debía comenzar un proceso revolucionario de alcance no sólo nacional (ya que en Italia campos y fábricas representaban una realidad que había que captar globalmente) sino asimismo válida a escala europea, proceso que tenía entonces como centro teórico al bolchevismo. Lo que prueba hasta qué punto le preocupaba profundamente a Gramsci por un lado inscribir a la revolución italiana en el contexto europeo y, por otro, darle un carácter dinámico y original, arraigándola en la realidad nacional y en su historia, negándose a alinearse mecánicamente tras las posiciones de la Internacional y de Stalin, como lo prueba su polémica con Togliatti (1926) a propósito de la involución de la situación en la URSS, Gramsci se presenta como un revolucionario internacionalista, un leninista consecuente hasta el fin, que da pruebas de una originalidad creadora que es el signo de los pensadores marxistas auténticos, precisamente en el estudio de las características específicas de un país como Italia: un norte desarrollado con Turín —al que Gramsci llamaba el "Petrogrado italiano"— como punta de lanza de la industria y un sur semicolonial. *La cuestión meridional,* obra escrita en 1926, antes del encarcelamiento de Gramsci, define la línea estratégica de su práctica política y de su experiencia de jefe de partido, y suscita cuestiones de sorprendente actualidad: necesidad de la alianza es-

tratégica obreros-campesinos, ciudades-campos, proletariado-intelectuales en el marco de la formación de un "nuevo bloque histórico" revolucionario. Estas cuestiones no interesan solamente a Italia, con su Mediodía subdesarrollado y su ciudadela obrera, Turín, avanzada del proletariado, sino también a la Europa actual, cuyo "sur" se compone de regiones como la Bretaña, la Occitania, Irlanda, Escocia, y donde continúan empobreciéndose todas las zonas situadas al oeste, al sur y al este del "cuadrilátero de oro" comprendido entre Turín, París, las Midlands y el Ruhr. El centro de la contradicción originada en un desarrollo desmesurado que explota el creciente sudesarrollo de las regiones desfavorecidas de Europa y del campo, debe situarse geográficamente en ese eje industrial que une París y la Renania-Westfalia con la Italia de noroeste, hoy día vasta megalópolis europea, inmensa cuenca que drena todos los recursos económico-industriales. Una monstruosa catedral en el centro del desierto 30% de la población europea concentrada en un 9% del territorio de la comunidad, rodeada al norte y al sur por los "islotes" de un subdesarrollo altamente "funcional" para el desarrollo del capitalismo. Esta estrategia de la alianza obreros-campesinos-intelectuales es una cuestión que está a la orden del día en Europa. Por esa razón me propongo estudiar aquí ese texto clave, que será retomado y profundizado constantemente en los *Cuadernos*, a través de los diferentes temas del partido entendido como Príncipe moderno, de la superestructura, de la hegemonía de la clase obrera, del nuevo "bloque histórico", etc. La obra se presenta bajo el simple título de: *Algunos temas sobre la cuestión meridional*.

Esta dimensión internacional de Gramsci interesa particularmente a Francia en razón de los análisis metódicos que aplica, particularmente en sus *Cuadernos*, a la sociedad francesa, a propósito del concepto de hegemonía y del papel de los intelectuales. Gramsci nunca dejó de interesarse en la historia política y filosófica de Francia: el siglo XVIII y la gran revolución le dieron la ocasión de desarrollar con una intuición genial un estudio crítico sobre el papel del jacobinismo. Se interesó igualmente en el sindicalismo revolucionario de tradición soreliana (fue un lector asiduo de *La vie ouvrière* entre los años 1910 y 1914, 1919 y 1920): primero, como reacción al "fariseísmo libresco" y al oportunismo de la II Internacional, con su incidencia en la cuestión meridional (y el papel del campo) a la que esos partidos eran hostiles; luego, para estigmatizar la orientación reaccionaria de esos mismos partidos y llegar así al estudio de "la estupidez y la inconciencia de la pequeña burguesía, que rebosa odio hacia la clase obrera"[4] y lleva en sí los gérmenes del fascismo. En la cárcel, volvió a apasionarse por todos los libros, diarios y revistas fran-

[4] Exposición en una reunión del Comité Central, después de la crisis Matteotti, en 1924.

ceses que pudo encontrar (como *La critique sociale* y *Les nouvelles littéraires,* los únicos periódicos que pudo conseguir) a fin de estudiar, más allá de los barrotes de su celda, los procesos políticos que se habían desarrollado en Europa inmediatamente antes y después de la primera guerra mundial, y extrayendo de esa lectura un conjunto de reflexiones sobre la capacidad hegemónica[5] de la clase obrera con sus alianzas, sobre la organización de los intelectuales (oponiendo los "intelectuales orgánicos" a los intelectuales tradicionales) y, finalmente, sobre el partido político.

Se puede decir que Francia es a Gramsci lo que Inglaterra fue a Marx y Engels y lo que Alemania fue a Lenin, desde el punto de vista del análisis y del esfuerzo de investigación sobre la función del Estado moderno creado por la burguesía, en la perspectiva de echar las bases de la revolución socialista en Occidente.

Pero sobre esta parte de la obra de Gramsci reina en Francia un pesado silencio. En efecto, ¿quién conoce la candente actualidad de los juicios de Gramsci sobre los "grandes intelectuales" franceses y su incapacidad para ligar la teoría y la práctica, incluso cuando se proclaman revolucionarios? ¿O sus análisis sobre la hegemonía cultural de la burguesía francesa, en cuyo seno dichos intelectuales se desempeñan como "agentes" del grupo dominante, formando un bloque cuyo carácter fuertemente estructurado asume, para Gramsci, un valor ejemplar desde el punto de vista de la dominación ideológica burguesa sobre todas las capas de la población francesa? Esta fuerza hegemónica, de la que no tienen conciencia sus agentes, explica, según Gramsci, la ausencia de un verdadero pensamiento revolucionario en Francia a comienzos del siglo XX. "Después de la guerra continuó el desarrollo histórico, tronchado a sangre y fuego en 1871, pero en una forma incierta, informe, oscilante y

[5] En la obra de Gramsci, la misma palabra *hegemonía* designa por un lado las formas de dominación ideológica e institucional de la burguesía en el Estado capitalista y, por otro, el aspecto antagónico, es decir el complejo orgánico que, por ser la clase obrera la fuerza dirigente de la lucha contra el Estado burgués, unifica sobre la base de un consenso las formas de lucha y las formas de combate ideológico, capaces de transformar la concepción del mundo y, por tanto, de adquirir una nueva hegemonía, basada al mismo tiempo en un nuevo bloque histórico. Esto hace que la superestructura de la sociedad sea a su vez una estructura antagónica, con contradicciones; en virtud de esta estructura, sus desplazamientos son posibles a nivel de la superestructura, lo que permite que el bloque histórico revolucionario conmueva en parte la estructura de la sociedad burguesa y, en consecuencia, realice la hegemonía ideológica aún antes de apoderarse del poder y de la dirección del aparato de Estado. (Y por consiguiente arranque a la burguesía capas de intelectuales que están a su servicio y que sirven de cimiento entre la infraestructura y la superestructura.) Las clase dominadas, dando la primacía a la lucha ideológica, pueden conquistar la hegemonía sobre la "sociedad civil"; "un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente antes de conquistar el poder gubernativo; ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder" *(R,* p. 70).

privado en especial de cerebros pensantes" (es decir, que fueran aptos en primer lugar para pensarse a sí mismos) *(M*, p. 112 [136]).

Y Gramsci continúa esta reflexión subrayando que la utopía social en Francia nace de la esquematización de una verdadera mecanización de la dialéctica "Tal modo de concebir la dialéctica [o sea, como proceso mecanizado] es propio de los intelectuales, quienes se conciben a sí mismos como los árbitros y mediadores de las luchas políticas reales, los que personifican la 'catarsis' del momento económico al momento ético-político, esto es, la síntesis del proceso dialéctico mismo; síntesis que 'manipulan' especulativamente en su cerebro, dosificando los elementos 'arbitrariamente' (o sea, pasionalmente). Esta posición justifica su no 'empeñarse' enteramente en un acto histórico real y es indudablemente cómoda" *(MS*, p. 186 [193-194]).

A propósito de Francia, ese país occidental en el cual, siempre según Gramsci, la burguesía pudo afirmar más, desde el siglo XVIII, una completa dominación ideológica, escribe: "La hegemonía burguesa es muy fuerte y tiene muchas reservas. Los intelectuales están muy concentrados (Instituto de Francia, universidades, grandes periódicos y revistas de París) y, aunque numerosísimos, son en el fondo muy disciplinados en los centros nacionales de cultura".

No quiero internarme en el terreno de la polémica, pero creo que sería interesante retomar el análisis de Gramsci sobre los intelectuales franceses y el modo en que la burguesía organiza la cultura; en efecto, releyendo a Gramsci advertimos la sorprendente actualidad de su pensamiento, sobre todo después de los acontecimientos de mayo de 1968, que podríamos definir, siguiendo la terminología gramsciana, como un poderoso movimiento de ideas (una lucha que da "prioridad al combate ideológico") que tiende a la "disgregación del bloque ideológico de la burguesía" en favor de una nueva hegemonía del proletariado; pero esta lucha suponía una organización política con una línea y una dirección revolucionarias, un encuadramiento ideológico y una alternativa ideológica revolucionaria a la ideología dominante, que en ese momento faltaron. Se pueden encontrar allí —además de la falta de preparación del PCF, lo que se ha llamado generosamente su "atraso" respecto a un gran combate ideológico contra la hegemonía burguesa— algunos rasgos característicos (particularmente en lo que se refiere al esquematismo abstracto, la presunción y la altanería pequeñoburguesa) de ciertos intelectuales que, estando separados de las masas, quisieron jugar el papel de protagonistas, lo que dio como resultado esa ilusión de que el movimiento estudiantil podía actuar solo, sin que fuera necesario crear un nuevo bloque histórico fundado en la hegemonía del proletariado, en la alianza de las fuerzas obreras y campesinas. Es esa visión abstracta de las cosas la que llevó a subestimar el vínculo histórico que hace a la infraestructura inseparable de la superestructura. Pero, al mismo tiempo, mayo de 1968

confirma la tesis de Gramsci según la cual una gran lucha ideológica, una lucha que abre brechas en el bloque hegemónico de la burguesía, lucha en la que participan millones de trabajadores, no solamente es posible, sino que puede incluso triunfar, aunque la burguesía mantenga el poder: "Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente antes de conquistar el poder gubernamental. Ésta es una de las condiciones principales de esa conquista" *(R,* p. 70). Se trata de reintroducir en la batalla de la clase obrera la "tercera línea teórica", como la llamó Engels, destinada a acompañar y a hacer triunfar la lucha en el momento sindical y el momento político.[6] En resumen, Gramsci considera que la transformación intelectual y moral, como momento de la revolución cultural, debe efectuarse en dos tiempos: no solamente después de la toma del poder por la clase obrera, sino además durante toda la fase preparatoria, a fin de realizar las condiciones de su acceso: en la concepción gramsciana de la revolución en Occidente, se puede destruir desde el interior la ideología adversa por el peso determinante que tienen las superestructuras en esa revolución. Aquí es donde se sitúa la gran diferencia con el estudio de Althusser sobre los aparatos ideológicos de estado y su punto de vista según el cual la hegemonía comienza con el advenimiento del futuro Estado socialista.

Mi intervención sobre Gramsci y Francia –ese Gramsci influido en su juventud, en la época de su "Sturm und Drang", por la cultura francesa que le permitiera desprenderse de su "provincianismo" y conferir a su pensamiento una dimensión europea– me dará la ocasión de analizar la situación relativa a tres fenómenos particularmente aberrantes: 1] ¿Por qué esa obra, que es de izquierda, ha sido acaparada en Francia por la derecha?; 2] ¿Por qué se sigue ignorando a Gramsci?; 3] ¿Por qué, en el mejor de los casos, se lo considera como el "precursor" de Althusser (¿no será ésta la prueba de cierto "provincianismo" francés?) o sólo como el "filósofo de la superestructura"? Estas cuestiones prueban una vez más que, para estudiar perfectamente la filosofía de Gramsci, como la de Lenin, no se puede ser solamente filósofo. Y no podría ser de otro modo, ya que el mismo descubrimiento filosófico es, para Gramsci, inseparable de la creación de una nueva cultura, dirigida a las masas: "Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos 'originales' . . . Que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y en forma unitaria la realidad presente, es un hecho 'filosófico' mucho más importante y 'original' que el hallazgo, por parte de un 'genio' filosófico, de una nueva verdad que sea patrimonio de pequeños grupos de intelectuales" *(MS,* p. 5 [9]). Gramsci, como dirigente revolucionario, y desarrollando las tesis del leninismo, lleva a tal punto

[6] Engels, en el prefacio del estudio *La guerra campesina en Alemania,* 1874, hablaba de tres formas de la lucha de clases: económica, política y teórica.

la "identificación" entre teoría y práctica que escribe: "Si se plantea el problema de identificar la teoría y la práctica, se plantea en el sentido siguiente: construir sobre una determinada práctica una teoría que, coincidiendo e identificándose con los elementos decisivos de la práctica misma, acelere el proceso histórico en acto, tornando la práctica más homogénea, coherente, eficiente en todos sus elementos, es decir: tornándola poderosa al máximo; o bien, dada cierta posición teórica, organizar el elemento práctico indispensable para su puesta en práctica. La identificación de teoría y práctica es un acto crítico, por el cual la práctica se demuestra racional y necesaria o la teoría, realista y racional". "Así también se llega a la igualdad o ecuación entre 'filosofía y política', entre pensamiento y acción, esto es, a una filosofía de la praxis". *(MS*, p. 38 [45-46, 38]), escribe Gramsci, respondiendo así a aquellos filósofos marxistas actuales que ven en la filosofía "el concentrado teórico de la política", o "la lucha de clases en la teoría" y se ven a sí mismos como el ombligo revolucionario.

Releyendo a Gramsci en el transcurso de un reciente viaje a China, pude ver que sus intuiciones teóricas se concretaban en la praxis de la Revolución Cultural china; algunos de los últimos artículos aparecidos en la prensa china, como por ejemplo "Las masas son los verdaderos héroes" *(Pekín informa*, verano de 1972) me retrotrajeron constantemente a Gramsci. Ya en 1970, en el último capítulo de mi libro *Sobre China*, expuse un problema completamente nuevo –verdadera herejía para algunos–: a la luz de la revolución cultural encontré, en la manera como Gramsci plantea el problema de la hegemonía, la clave para una interpretación del pensamiento de Mao, tanto a propósito de la "irrupción" de las masas en el dominio de la ideología, del desarrollo de la hegemonía fundada en el consenso, de la democracia proletaria, como respecto a la limitación del aspecto represivo del Estado.[7]

El proceso histórico de la revolución cultural hace aparecer a Gramsci como el pensador marxista que ha quemado el mayor número de etapas, y no sólo en la definición del concepto de hegemonía en el marco de la lucha contra el bloque capitalista, sino también en el estudio que prefigura las contradicciones a nivel de la superestructura, en relación con la evolución de la estructura, en el seno de una sociedad en transición al socialismo. Gramsci aplica su análisis crítico a la fase de regresión

[7] "El Partido Comunista es el instrumento y la forma histórica del proceso de liberación íntima por el cual el obrero pasa de ser ejecutor a ser iniciador, de ser *masa* a ser *jefe* y *guía*, de ser brazo a ser cerebro y voluntad; en la formación del Partido Comunista puede sorprenderse el germen de libertad que tendrá su desarrollo y su expansión plena una vez que el Estado obrero haya organizado las condiciones materiales necesarias". Gramsci: "El Partido comunista", en *Ordine nuovo*, 4 de setiembre, 1919-1920, p. 157 [en Antonio Gramsci, *Antología*, selección de Manuel Sacristán, México, Siglo XXI, 1970, p. 109].

de la URSS bajo Stalin, a la ausencia de la democracia socialista (desde 1926 e ininterrumpidamente hasta 1935, en vísperas de los procesos de Moscú), interrogándose con inquietud sobre el destino de la construcción del socialismo en el primer país que hizo la revolución, desde el punto de vista de las relaciones partido-masas, partido-centralismo democrático, partido-democracia proletaria, partido-Estado socialista, campesinos-obreros.[8] El concepto gramsciano de hegemonía anticipaba el papel de dirección del proletariado, en todos los sectores de la superestructura, en el interior de una revolución intelectual y moral permanente a la que llama incluso, en un momento dado, "revolución cultural".[9]

En China pude apreciar pues concretamente tanto la aplicación de la praxis por parte de quienes Gramsci llamaba "intelectuales orgánicos" del proletariado, como la de su "reforma de la enseñanza", en la unión del trabajo manual y el trabajo intelectual desde la escuela primaria hasta la universidad. Me pareció esencial esa referencia a la noción gramsciana del "todo el mundo es filósofo" —cuando dice que "no se trata de introducir *ex novo* una ciencia en la vida individual de 'todos', sino de innovar y tornar 'crítica' una actividad ya existente"— porque encontré su expresión concreta en la práctica de los obreros chinos que vi, en la fábrica, consagrados al estudio de las grandes obras de la filosofía marxista-leninista. Gramsci no decía otra cosa cuando escribía: "Un movimiento filosófico es tal cuando se aplica a desarrollar una cultura filosófica para grupos restringidos de intelectuales o, al contrario, sólo es tal cuando, en el trabajo de elaboración de un pensamiento superior al sentido común y científicamente coherente, no se olvida jamás de mantener el contacto con los 'simples' y, antes bien, halla en dicho contacto la fuente de los problemas que estudiar y resolver. Sólo mediante este contacto una filosofía deviene 'histórica', se depura de los elementos intelectualistas de naturaleza individual y se hace 'vida' [. . .] La posición de la filosofía de la praxis es antitética a la católica: la filosofía de la praxis no tiende a mantener a los 'simples' en su filosofía primitiva del sentido común, sino, al contrario, a conducirlos hacia una concepción superior de la vida. Se afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples, no para limitar la actividad científica y mantener la unidad al bajo nivel de las masas, sino para construir un bloque intelectual-moral que haga posible un progreso intelectual de masas y no sólo para pocos gru-

[8] Para Gramsci, la ruptura en el grupo bolchevique representaba un peligro para las propias bases sociales del Estado soviético, porque cuestionaba el principio y la práctica de la hegemonía del proletariado: "Son las relaciones fundamentales de la alianza entre obreros y campesinos las trastornadas y amenazadas, es decir los pilares del Estado obrero y de la revolución".

[9] Gramsci utiliza la misma expresión: "revolución intelectual" aplicándola a Maquiavelo. Se advierte entonces que la palabra "revolución" está utilizada como sinónimo de "reforma", lo que reviste una gran importancia política.

pos intelectuales" *(MS,* pp. 9, 11 [13-14, 15-16]). No obstante, Gramsci plantea el problema de la separación entre la cultura de las élites y las masas —"una de las mayores debilidades de las filosofías inmanentistas"— en este pasaje esencial: "La organicidad de pensamiento y la solidez cultural podían lograrse solamente si entre los intelectuales y los simples hubiera existido la misma unidad que debe darse entre la teoría y la práctica. . ." *(MS,* p. 8 [13]).

Lo que está en cuestión es la función hegemónica que, aún antes de la conquista efectiva del poder por una clase social determinada, puede ejercerse contra el bloque hegemónico burgués, a fin de abrir en él brechas profundas disgregándolo, función que Gramsci, en *Maquiavelo, el Príncipe moderno. . .* atribuye también al partido político en cuanto tal. Leyendo recientemente un fragmento del libro de Roland Leroy *La Culture au présent,* pude medir la distancia que separa a la concepción teórica de Gramsci de la expresada en ese ensayo, en lo que se refiere a la acción —presente y futura— de los comunistas en el campo cultural. Leroy afirma, en efecto, que referirse "a la moral, a los gustos, al lenguaje del proletariado más explotado y por consiguiente 'más puro', puede significar un retroceso de toda la cultura al estadio de 'la cultura precapitalista' ". "En realidad, escribe Leroy, las capas obreras más explotadas son precisamente las más sometidas a la ideología y a la moral burguesas, porque su extrema miseria les impide, como masa, participar en la lucha del movimiento obrero revolucionario, en su lucha por el acceso al saber, por la reapropiación del democratismo burgués más avanzado, por la formación de una nueva moral. Esas capas están casi siempre ligadas a las formas menos modernas de la producción y de la vida social: por su trabajo, por su origen, sus lazos aún estrechos con el mundo rural, se mantienen aún parcialmente inmersas en una cultura precapitalista. Por eso, los intelectuales que quisieran hacer de la cultura de esas capas el modelo de toda cultura no advierten que en realidad su 'revolución cultural' es más bien una 'reacción cultural' ". Esta concepción se halla en las antípodas de la relación entre la "reforma intelectual y moral" y la unión entre intelectuales y masas, tal como la concebía Gramsci. Leroy acepta sin más la supuesta superioridad de esa cultura, cuando quizás no sea sino la expresión del aislamiento del intelectual en su torre de marfil, de su estado de atraso objetivo, de su "bizantinismo" como lo llama Gramsci, y puede incluso constituir un obstáculo objetivo a la creación de un movimiento de carácter de masas.

Gramsci abordaba el problema de la unidad entre "la cultura de las élites y el pueblo" a partir de la relación de la Reforma con el Renacimiento, analizando las razones por las cuales Erasmo, como intelectual aristocrático, consideraba a la Reforma de Lutero como un retorno a la barbarie, mientras que, según Gramsci, esa aparente regresión era la condición necesaria para el surgimiento de una cultura superior: "La refor-

ma luterana y el calvinismo suscitaron un vasto movimiento nacional-popular a través del cual se difundió, aun cuando sólo en periodos sucesivos, una cultura superior. . ." "Francia fue lacerada por las guerras de religión y la victoria aparente del catolicismo, pero tuvo una gran reforma popular en el siglo XVIII, con el iluminismo y el volterianismo, la Enciclopedia, que precedió y acompañó a la revolución de 1789. Se trató realmente de una gran reforma intelectual y moral del pueblo francés, más completa que la alemana luterana, porque abrazó a las grandes masas de campesinos, porque tuvo un fondo laico decidido y porque intentó sustituir totalmente la religión por medio de una ideología laica representada por el vínculo nacional y patriótico. Pero tampoco Francia tuvo un florecimiento inmediato de alta cultura, salvo en la ciencia política en forma de ciencia positiva del derecho. . ." "La filosofía de la praxis presupone todo el pasado cultural, el Renacimiento y la Reforma, la filosofía alemana y la Revolución francesa, el calvinismo y la economía clásica inglesa, el liberalismo laico y el historicismo, que es la base de toda la concepción moderna de la vida. La filosofía de la praxis es la coronación de todo este movimiento de reforma intelectual y moral, dialectizado en el contraste entre cultura popular y alta cultura". *(M S,* 86 [92-93]). En China, sólo después de la lectura masiva del *Pequeño libro rojo* se creó una fuerza cultural de masa sobre la cual pudo implantarse la lectura, efectuada por decenas de millones de obreros y campesinos, del *Manifiesto,* del *Anti-Dühring,* de *Materialismo y empiriocriticismo,* de *El estado y la revolución,* de *La guerra civil en Francia,* de *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* de los ensayos de Mao *Acerca de la contradicción* y *Acerca de la práctica.* Sin la revolución cultural, nunca se hubieran podido crear las condiciones políticas culturales para difundir esas obras en 197 millones de ejemplares (cifra dada por la prensa china en enero de 1973).

La analogía entre Mao y Gramsci será evocada a menudo en lo que sigue. Aunque Mao y Gramsci hayan trabajado en contextos sociales profundamente diferentes, para comprender mejor a Gramsci hay que leerlo utilizando claves políticas actuales. La relación con el desarrollo teórico y político del pensamiento de Mao Ze-dong es una de ellas, y de las más importantes. Pues, en el movimiento obrero, Mao es el marxista que efectúa la primera ruptura neta con el stalinismo, llegando a crear, con la revolución cultural, una alternativa al socialismo soviético; Mao ha efectuado la *primera crítica de izquierda del stalinismo.*

Un paralelo Mao-Gramsci, encarado desde el ángulo de la revolución ideológica en el campo de la superestructura –enlazado con el desarrollo de los medios de producción y, por tanto, con la infraestructura– debe figurar, en mi opinión, en el marco de esta exposición, no para proceder a comparaciones arbitrarias, sino para ser consecuentes con el espíritu internacionalista de mis posiciones teóricas: así como Gramsci hizo pro-

gresar el marxismo y el leninismo para llegar a conclusiones nuevas para nosotros, también Mao promovió un adelanto considerable del marxismo en China. Con la diferencia fundamental de que Mao es el dirigente de una revolución victoriosa y Gramsci está entre los "vencidos" de una revolución abortada a escala de Europa occidental, luego de la segunda guerra mundial, a pesar del acontecimiento histórico marcado por el Octubre rojo.

Pero si bien es legítimo preguntarse "¿Qué conoceríamos de la obra de Mao, qué conservaríamos de ella *sin* la revolución china?", también podemos preguntarnos si el pensamiento de Gramsci no es hoy más actual que nunca, ya que, precisamente, las contradicciones del capitalismo se han exacerbado, el estudio de las vías de la revolución socialista se diversifica y estanca, a la vez porque carece de un pensamiento político vigoroso como el de Gramsci y porque la presión del bloque hegemónico dominante se hace cada vez más intolerable para las capas más avanzadas del proletariado y de los intelectuales occidentales. Aunque no se perciba la inminencia de una salida revolucionaria sentimos escarbar al "viejo topo" de la historia, y Gramsci nos ayuda a comprender no sólo por qué cava, sino también en qué dirección lo hace, y hacia dónde puede y debe orientarse la estrategia revolucionaria.

GRAMSCI EN EL EXTRANJERO

Singular destino el de Gramsci en el extranjero; son vicisitudes en las que quisiera insistir porque los ataques y las censuras de que fue víctima, así como las deformaciones de que fue objeto su pensamiento conciernen, más o menos directamente, al tema de esta exposición.

Este verboso "academicismo" de izquierda, que imputa a Gramsci todos los errores teóricos, está acaudillado actualmente por el joven teórico alemán Christian Riechers *(Antonio Gramsci: marxismus in Italien),* que ha presentado en Alemania occidental un estudio bastante completo y sistemático de la obra de Gramsci, cuyo argumento fundamental (en el que se advierte un eco de Althusser) es que Gramsci "ha hecho del materialismo histórico un 'idealismo' ". Partiendo del postulado: Gramsci = PCI, Riechers imputa a Gramsci "la evolución reformista-burguesa del partido" (sin preguntarse si no es más bien la evolución de la práctica del PCI la que lo ha llevado a distanciarse del análisis y de la teoría gramsciana de la historia). Según ese autor, "el marxismo de Gramsci es un seudo-marxismo", que se limitaría a proponer una alternativa entre matafísica y praxis, cuando la característica pertinente del marxismo revolucionario residiría en el hecho de oponer la ciencia a la filosofía. ¿Pero basta invocar la ciencia cuando ésta disimula fácilmente una prác-

tica científica inexistente, para hacer avanzar la teoría marxista? Ésta es una primera cuestión, a la que podemos responder que la filosofía de Gramsci es todo, menos un idealismo subjetivo. Para Gramsci, la filosofía de la praxis es la superación crítica de la filosofía idealista de la inmanencia. La filosofía de la praxis se identifica "con el nuevo concepto de inmanencia, que de su forma especulativa . . . ha sido traducido a la forma historicista" (*MS*, p. 90 [97]).

En esta filosofía de la inmanencia, la dialéctica histórica entre la base material y la superestructura procede de la idea hegeliana: "La filosofía de la praxis continúa a la filosofía de la inmanencia, pero la depura de todo su aparato metafísico y la guía sobre el terreno concreto de la historia" (*M S*, p. 146 [155]).

En la orientación de Riechers encontramos a los *Quaderni Piacentini*, revista italiana ecléctica que no duda en hacer resueltamente de Gramsci un "bernsteiniano", el teórico anticipado del "productivismo" reformista, e incluso el inventor de la concepción de los "extremismos opuestos", consigna de la democracia cristiana. Tales son las vulgaridades y trivialidades culturales del número 46 de 1972 de estos *Quaderni Piacentini* que comienzan por "reprochar" a los teóricos de izquierda el haber abandonado la polémica contra Gramsci; todo esto no merecería siquiera una mención si no fuera porque constituye el punto de partida de una ofensiva más general.

El blanco principal de esos ataques es la tesis gramsciana de la hegemonía; en efecto, según los *Quaderni Piacentini*, la función de hegemonía política, ética y pedagógica del partido, Príncipe moderno, es irrealizable, porque "esa estrategia, que apunta a asegurar la dirección hegemónica por la vía del consenso, está constantemente cuestionada por la reorganización continua que el capital impone al proceso de producción y, en consecuencia, a la superestructura en su propia dinámica, conmoviendo las tradiciones culturales". Pero se olvida que la realidad de la nueva situación obrera, nacida del desarrollo del capital, es un *hecho*, no una *fatalidad*. Esa línea política de los *Quaderni Piacentini* tiene una doble consecuencia: el nihilismo y la impotencia política. El nihilismo, por el abandono de la tesis gramsciana de la hegemonía, que conduce a renunciar a la función hegemónica, ética, pedagógica –por ser política– del Príncipe moderno (la vanguardia) y, luego, a la lucha ideológica (así como a la "prioridad de la ideología") mientras no se acierte a redescubrir el "ave rara" de la "nueva teoría revolucionaria", abandonando así el campo a las corrientes y a las ideologías que garantizan la supervivencia del sistema capitalista; la impotencia política, por la incapacidad de designar los obstáculos –y las razones de esos obstáculos– que encuentra actualmente la teoría del desarrollo de la función hegemónica, incluso dentro del movimiento obrero, así como de denunciar los errores, los temores, las tergiversaciones de los partidos comunistas en cuan-

to a la urgencia de la puesta en marcha de una lucha eficaz por la hegemonía. También en Italia, la izquierda de *Il Manifesto* ha privilegiado durante cierto tiempo el periodo gramsciano de los Consejos obreros, como medio de superación de la organización jerárquica del trabajo engendrada por el desarrollo capitalista; pero sólo se trata de una interpretación vinculada con una fase de la táctica política de *Il Manifesto,* cuya historia es más compleja; según *Il Manifesto,* la interpretación de Gramsci, desde los Consejos obreros hasta los *Cuadernos,* debe tener en cuenta tres fases políticas sucesivas.

Pero volvamos a Gramsci visto en el extranjero, sin volver a insistir en la amplísima difusión de sus obras en una gran parte del mundo, desde América Latina (donde una revista teórica de izquierda argentina lleva por título *Pasado y Presente)* hasta Inglaterra, donde existe sin duda la mejor antología de sus escritos.

Pero quisiera detenerme en el caso de Francia. Aquí, aún no se le ha sacado a Gramsci su bozal, y subsiste intacto el enigma sobre las razones que hacen que la publicación íntegra de sus obras aún no haya sido publicada, contando la editorial Gallimard, desde hace diez años, con la autorización del Instituto Gramsci ya que, por otro lado, sólo en el mes de octubre de 1972 se han publicado 150 novelas en un país que tiene un nivel de productividad de los más elevados en este campo. . . del papel impreso o de la edición. No podríamos conceder el menor crédito a los rumores de que un ilustre intelectual, uno de los pilares literarios de Gallimard, se habría opuesto a la publicación de las obras de Gramsci, porque éste, en efecto, no tiene nada en común con la tradición político-cultural del comunismo francés, y en cierto modo la trastorna, por su estilo de pensamiento, de escritura, de lenguaje, completamente inhabitual no sólo para el PCF sino incluso para la izquierda del movimiento obrero en Francia. Subsiste el misterio sobre la cuestión de saber por qué recién este año se publicó en Gallimard la edición completa de las *Cartas* y ello, curiosamente, en la misma colección que *La confesión* de London, favoreciendo así un singular acercamiento que asimila a ambos autores, Gramsci y London, como "testigos" (!!) de su tiempo. Por lo que se sabe, Gallimard no ha puesto al día para los años siguientes un programa de publicación de las *Obras completas,* aunque prevé un nuevo volumen de "Fragmentos escogidos", como ya se hiciera con las "Obras escogidas" publicadas por las Éditions Sociales en 1959. Éstas, tales como las vemos hoy, son ricas en temas, aunque su presentación haya sido ocasión de una mistificación, ya que en ella se afirmaba que "el valor de la obra de Gramsci reside en su patetismo humano", e insistiendo en que sus cualidades literarias la habían hecho acreedora, en Italia, al Premio Viareggio. Pero esta edición, que contribuyó por cierto a hacer conocer a Gramsci en Francia, está agotada desde hace más de doce años, y no existe, que yo sepa, ningún proyecto de reedición. Ac-

tualmente, sólo un pequeño número de intelectuales franceses, como Texier, Piotte, Paris y Hugues Portelli (con quien ya he expresado mi acuerdo político, lo que no es el caso de Texier y Paris), han comenzado un trabajo de ordenamiento del pensamiento gramsciano, determinando sus grandes ejes, único trabajo que, hasta la fecha, permite abrirse un camino en la "tenebrosa selva" ("selva oscura") de la ignorancia de su obra.

Pero esta conspiración del silencio la mantienen casi deliberadamente, incluso los teóricos de la izquierda. Habiendo comprado recientemente un libro de Daniel Lindenberg sobre *L'Internationale communiste et l'ecole de classe* [La Internacional comunista y la escuela clasista], publicado en mayo de 1972, he tropezado una vez más con ese muro que, aún después de muerto, continúa aprisionando a Gramsci e impidiendo su conocimiento. Lindenberg da una explicación muy curiosa sobre la falta de publicación en francés de los fragmentos de Gramsci sobre una cuestión tan fundamental como la educación y la organización de la escuela, justificando el hecho de que los escritos de Gramsci ni siquiera son citados en su libro: "Las ideas de Antonio Gramsci sobre la enseñanza y la cultura proletaria, puestas en práctica en oportunidad de las huelgas insurreccionales de Turín (periodo de *L'Ordine Nuovo*, 1919-1920) y de la lucha contra la reforma escolar fascista de Gentile (1924), y ampliamente teorizadas en los *Cuadernos de la cárcel*, no figuran en esta recopilación, a pesar de su enorme valor, en la medida en que no pertenecen al campo de la III Internacional ni por sus fuentes teóricas (que deben buscarse más bien en el 'industrialismo' de Daniel de Leon y de la corriente antihumanista –en el sentido de rechazo de la herencia burguesa-clásica– de los sindicalistas y neo-proudhonianos, de Sorel a R. Michels) ni por sus efectos políticos, ya que la efervescencia de ideas del comunismo italiano fue ampliamente ignorada en su mayor parte (y Gramsci aún más que Bordiga o Tasca) hasta después de la segunda guerra mundial. Sugerimos pues a nuestros lectores remitirse a las *Obras escogidas*, esperando la traducción completa en curso". Lo que equivale a referirse a un vacío: en primer lugar, porque las *Obras escogidas* ya no existen y, además, porque "la traducción completa en curso" no está de ningún modo en curso y ni siquiera está próxima a ver luz en los próximos años. Independientemente de esta explicación a lo Poncio Pilatos, en la apreciación de Lindenberg hay un error político que creo de primera importancia, en cuanto al lugar que se niega a atribuir a Gramsci en el seno de la III Internacional, convalidando así la leyenda según la cual la Interncional constituía un bloque ideológicamente homogéneo, una especie de parlamento o de asamblea, surgido de la cabeza de Júpiter como una Minerva ya armada; como si para "pertenecer" a ella debieran existir actas debidamente selladas, así como los *Cuadernos* de Gramsci llevaban la marca de la penitenciaría en la que él se hallaba;

como si la III Internacional hubiera sido inviolable; como si actuar al margen de sus directivas no fuera a veces una ventaja, una defensa contra los errores. Por otra parte, ¿acaso no fue el mismo Lenin, en la III Internacional, quien más se interesó en el industrialismo de Daniel de Leon, el dirigente sindicalista norteamericano, de quien citó, en el curso de una de sus intervenciones en la Internacional, varios pasajes relativos a su experiencia de organización de masas en las fábricas norteamericanas?

Pero hay algo más grave: Garaudy y su interpretación del "bloque histórico", operando como un espejo deformante, reflejan una imagen de Gramsci que lo convierte insidiosamente en el teórico de un "frentismo sin fronteras" y reducen el "bloque" a una alianza, hasta desvirtuarlo convirtiéndolo en una simple colaboración de clases (y en este punto, incluso el PCI, ha entablado oficialmente una polémica con Garaudy). Al reducir el aspecto fundamental del "nuevo bloque histórico" a una iniciativa política estrictamente operatoria, Garaudy desnaturaliza completamente el concepto gramsciano. Para Gramsci, en efecto, la elección misma de una "iniciativa política" descansa únicamente en un análisis estructural específico, que corresponde al nivel de la situación estructural concreta. "La unidad de infraestructura y superestructura, tal como está implicada en el concepto de 'bloque histórico', no excluye la existencia de algunos defasajes. La filosofía de la praxis procede de la praxis y no de la filosofía. Si se pierde de vista este aspecto fundamental del materialismo histórico, el uso de fórmulas gramscianas tiene un carácter no sólo restrictivo sino desvirtuador que permite los más groseros virajes de opinión".[10] El ejemplo de la reducción efectuada por Garaudy no es único, pero es el más espectacular. Del mismo modo, la otra fórmula famosa de Gramsci, la exhortación a "promover la política" ("Poner la política en el puesto de mando", dice Mao), no podría sustituir al análisis de las condiciones en el seno de las cuales algunas opciones políticas llegan a vehiculizar una dirección hegemónica. Igualmente la fórmula "guerra de movimiento y guerra de posición" no justifica en ningún caso, como veremos, una política de espera, o la renuncia a la revolución, sino que implica la capacidad de analizar la evolución concreta de una situación histórica concreta y la articulación de las alianzas de clase, en el curso de lo que Mao llama "un proceso prolongado", en países de capitalismo desarrollado donde la clase dominante posee recursos políticos y organizativos que no poseía en Rusia, por ejemplo, y "donde la política está siempre atrasada y muy atrasada respecto a la economía" (Gramsci, *De Archivio PCI,* 1926, 393/43.48).

Tampoco es posible dar una interpretación derechista del concepto gramsciano de *hegemonía,* que no debe ser entendido como capacidad

[10] Valentino Gerratana, en *Rinascita,* octubre de 1972.

de "reformar" o de "mejorar" el funcionamiento de la maquinaria estatal, sino como capacidad de dirigir antes de dominar, refiriéndose explícitamente a la noción de dictadura del proletariado y a la de la supresión del Estado burgués, dándose por supuesto que en Occidente el proceso revolucionario implica la toma del poder también en el dominio de la superestructura, lo que requiere un ensanchamiento de la base social del *consenso*.

Es la cuestión del leninismo en Occidente, como le escribe Gramsci a Togliatti en su carta del 9 de febrero de 1924: "En la Europa central y occidental, el desarrollo del capitalismo ha determinado no sólo la formación de amplios estratos proletarios, sino también, y por lo mismo, la aristocracia obrera, con sus anexos de burocracia sindical y de grupos social-demócratas. La determinación que, en Rusia, era directa y lanzaba las masas a la calle, al asalto revolucionario, en Europa central y occidental se complica con todas las superestructuras políticas creadas por el superior desarrollo del capitalismo, hace más lenta y más prudente la acción de las masas y exige, por tanto, al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica más complejas y prolongadas. . ." Afirmación según la cual el desarrollo del capitalismo, lejos de presentar la contradicción de una manera simplificada, tiende a encubrirla con superestructuras complejas. El desarrollo del capitalismo no simplifica sino que complica los objetivos de la revolución socialista, presentando un tipo de contradicción que, para expresarnos como Althusser, está precisamente "sobredeterminada".

Así, pues, el pensamiento de Gramsci no se reduce nunca a pocas fórmulas. En Francia, Althusser es quizás el único que ha reconocido el inmenso alcance teórico de Gramsci, cuando denuncia, en el prefacio a *La revolución teórica de Marx*, "la ausencia tenaz, profunda, de una real cultura *teórica* en la historia del movimiento obrero francés", y muestra que el PCF había vivido "con reservas teóricas muy escasas". Escribe Althusser: "¿Dónde están nuestros teóricos? Alemania tuvo a Marx y Engels, y al joven Kautsky; Polonia, a Rosa Luxemburgo; Rusia, a Plejanov y Lenin; Italia, a Labriola (. . .), luego Gramsci. ¿Dónde están nuestro teóricos? ¿Guesde, Lafargue?" Althusser insiste en el hecho de que fueron intelectuales los que fundaron el materialismo histórico y el materialismo dialéctico, y que son también intelectuales quienes han desarrollado esa teoría. Y nos encontramos de inmediato con el nombre de Gramsci, en cuya obra reconoce Althusser la marca del genio y una forma "prodigiosamente compleja y sutil". Pero la "lectura sintomática" que hizo Althusser de esa obra en el pasado, ha privilegiado ciertos aspectos, como el "historicismo" (Althusser ha reducido autoritariamente, hace diez años, todo el pensamiento filosófico gramsciano a una forma de historicismo idealista), aunque el filósofo francés, según lo que me ha dicho, considera que esos análisis son secundarios respecto a la obra de

Gramsci, y que fijaría actualmente su estudio en otros aspectos de Gramsci. De todos modos, en los casos en que se conozca a Gramsci en el mundo no a través de sus propias obras sino del estudio crítico de Althusser, sería seguramente lamentable que el "historicismo" y el "humanismo" de la versión crítica althusseriana pudieran tejer su hilo *rosado* alrededor del pensamiento *rojo* de Antonio Gramsci.

Hay que tener presente, para "comprender" a Althusser en su interpretación del pensamiento filosófico de Gramsci, el *clima particular* en el que opera la izquierda francesa después de 1956, cuando muchos intelectuales, agrupados bajo el rótulo del existencialismo, polemizaron violentamente contra lo que Sartre había llamado el "neomarxismo staliniano". Hay que recordar que, en ese clima cultural, se arriesgó la concentración de todo el pensamiento de Marx en torno al eje de una problemática *humanista* de inspiración pequeñoburguesa. Es admisible, en este contexto, la profunda reacción de Althusser ante cada interpretación *historicista* o *humanista* del marxismo, de *El capital*, para reconducir la investigación a un terreno científico. Y también es comprensible que esos esfuerzos, después de 1962, lo hayan llevado a combatir las "desviaciones humanistas" aunque ellas sólo fueran, como en Gramsci, inclinaciones de juventud (así como también en Marx).

Por otro lado, Althusser, luego de una reciente relectura de Gramsci, se inspira profundamente en el pensador marxista italiano para la formulación de su teoría de los "aparatos ideológicos de Estado" como métodos e instrumentos de los que se sirve la clase dominante para ejercer su dirección y su poder de persuación, tendiendo así a obtener el consenso y a realizar, en definitiva, su propia hegemonía. En la coyuntura histórica que asiste a la explosión de la revolución cultural en China y registra la capacidad de resistencia que ha demostrado la burguesía francesa en mayo de 1968, Althusser se ve llevado a enfrentar en el plano teórico el problema del Estado y a traducir a su propio universo conceptual la problemática gramsciana de la hegemonía. En esta etapa, vuelve pues a Gramsci. Pero, tratando de asimilarlo, no solamente modifica sus precedentes categorías interpretativas, sino que además empobrece la sustancia del pensamiento gramsciano, según un esquema teórico incapaz de articular la contraposición ideología-teoría, estructura-superestructura. En su texto, Althusser cita solamente a Gramsci por una idea "original", en una breve nota de su trabajo *Ideología y aparatos ideológicos de estado*: "Gramsci es, de acuerdo a nuestro conocimiento, el único que se internó en el camino que nosotros tomamos. Él tuvo la idea 'singular' de que el estado no se reducía al aparato (represivo) de Estado, sino que incluía, como él decía, un cierto número de instituciones de la 'sociedad civil': la iglesia, las escuelas, los sindicatos, etc. Gramsci, lamentablemente, no sistematizó sus intuiciones, que quedaron en el estado de notas agudas, pero parciales". ¿Qué no hay sistematización? Muy por el contrario, se

puede decir que precisamente los conceptos de hegemonía y de bloque histórico, siempre en el centro de la reflexión gramsciana, son los que dan lugar, a través de toda su obra, a un continuo esfuerzo de profundización desde el periodo juvenil hasta las últimas notas de los *Cuadernos.*

¿Miseria de la filosofía, entonces, o severidad de filósofo? El lector decidirá. En todo caso, aunque debamos reconocer que los temas tratados por Althusser son gramscianos tanto en lo que se refiere a los aparatos ideológicos de Estado como al concepto de *sobredeterminación,* basado, *también él,* en el papel específico que juegan las superestructuras–, el método que preside su investigación está, en sus conclusiones, en las antípodas del procedimiento de Gramsci. En éste, el concepto de hegemonía de "la clase" proletaria puede plantearse no solamente para el futuro Estado socialista, sino también para el presente, *hic et nunc,* contra la hegemonía burguesa, para quebrar su poder, mientras que Althusser postula implícitamente el carácter "estatal" de toda acción ideológica eficaz; la conquista del poder se convierte así en una condición previa necesaria a la organización del consenso por la vía de los aparatos ideológicos de Estado, así como del partido político. En definitiva, Althusser sitúa el problema de la hegemonía y de la lucha ideológica a nivel de la superestructura de un Estado socialista. De hecho hay una diferencia fundamental entre las dos tesis, pues desembocan en dos praxis políticas opuestas. Según Leonardo Paggi ("Studi e Interpretazioni di Gramsci", en *Critica Marxista,* núm. 3, 1967), la incapacidad de Althusser para analizar el pensamiento político de Gramsci lo lleva no solamente a cierto formalismo mecánico, sino también a verdaderas contradicciones o "juicios diferentes" en la apreciación de la contribución de Gramsci al desarrollo del marxismo. "Aquí me refiero –escribe Paggi– al ensayo de 1962 sobre el concepto de 'sobredeterminación' y al capítulo "El marxismo no es un historicismo" de *Para leer El capital.* Esta diferencia en los juicios se origina precisamente en el hecho de que, en el primer ensayo, el acento está puesto en la reflexión teórica de Gramsci, apreciada en su desarrollo concreto a través del estudio de aquello que, en ciertos aspectos, diferencia a la sociedad italiana del resto de la sociedad occidental, mientras que en el segundo trabajo, el interés está exclusivamente centrado en la obra más específicamente filosófica. . . Esta diferencia de enfoque explica la doble y contradictoria referencia a la obra de Gramsci, inscrita en el contexto de una investigación que, no obstante, se desenvuelve con rigor. . . El concepto de 'sobredeterminación', como característica específica de la contradicción marxista, está utilizado aquí, efectivamente, para reafirmar el papel determinante en última instancia de la economía y, por otro lado, para dar cuenta de 'la eficacia específica de las superestructuras', o sea del papel determinante que desempeñan las condiciones históricas, en las que la contradicción existe y se manifiesta.

"...La contradicción entre capital y trabajo nunca es simple, siempre está especificada por las formas y las circunstancias históricas concretas en las que se manifiesta. En este sentido, la revolución rusa no es una excepción, sino la forma necesaria a través de la cual se expresa la contradicción fundamental, la cual, en otras palabras, está 'sobredeterminada' por aquellas condiciones históricas particulares sin cuya fusión nunca podría provocar una ruptura revolucionaria. En este contexto surge la referencia a Gramsci como el único marxista capaz, hasta el momento, de desarrollar esa teoría de la eficacia específica de las superestructuras; en particular, se presenta al concepto de hegemonía como un notable ejemplo de una tentativa de solución teórica del problema de la interpenetración de la economía y la política".

Sea como fuere, Althusser es el espíritu filosófico más fascinado por Gramsci en el plano de la interpretación general del marxismo, que no se limita ya a una filosofía de la praxis. Aparentemente Althusser trata de abordar a Gramsci desde un enfoque cada vez más riguroso. Pero es el estudio del pensamiento político de Gramsci el que constituye la vía real para arribar a un conocimiento exento de los peligros del rigorismo formal, y para llegar a aprehender, incluso filosóficamente, el marxismo de Gramsci. Una lectura integral de Gramsci en esta perspectiva, podría ciertamente dar lugar a una importante contribución de Althusser, y no sólo en el plano teórico, a la lucha contra la hegemonía cultural burguesa. Por lo demás, la atracción que Gramsci ejerce sobre él es tal que, durante el transcurso de dos clases dictadas en la Ecole Normale Supérieure, en 1972, sobre *El Príncipe* de Maquiavelo, Althusser habría concluido su exposición con fórmulas que, más allá del aspecto a la vez *penetrante* e *inaprehensible* de Gramsci, plantean una vez más el problema fundamental: Gramsci teórico marxista y político práctico, o también: la filosofía es fundamentalmente política. Y es también Gramsci quien da al filósofo francés la explicación de esa naturaleza penetrante e inaprehensible con la identificación que ha efectuado entre su práctica filosófica y su práctica política: "Un político escribe sobre la filosofía, pero la verdadera filosofía debe buscarse quizás en los escritos sobre la política. En cada individuo hay una actividad dominante, predominante y en ella hay que buscar, casi siempre, su pensamiento implícito, que se halla a veces en contradicción con el que expresa *ex profeso" (M S*, p. 217).

Ésta es una orientación de la investigación que me parece particularmente válida y que revela el carácter inadecuado de las fórmulas a través de las cuales Althusser ha pretendido resolver esquemáticamente la difícil cuestión de las relaciones entre teoría marxista e historia del movimiento obrero, entre pensamiento y realidad-acción política. (Lo que termina por hacer completamente formal el reconocimiento de Althusser de los *fecundos descubrimientos* realizados por Gramsci en el terreno del

materialismo histórico.) En todo este enredo, creo que es Marx quien aporta la respuesta más pertinente, con su segunda tesis sobre Feuerbach: "El problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o la irrealidad del pensamiento –aislado de la práctica– es un problema puramente *escolástico*"

NOSOTROS, COMUNISTAS ITALIANOS, Y GRAMSCI

El conocimiento de Gramsci tampoco ha sido para nosotros un "asunto menor". Durante la Resistencia su nombre era prácticamente ignorado por nosotros, la joven generación; Gramsci era conocido por un círculo restringido de viejos militantes que habían leído *La cuestión meridional*, escrita en 1926 y publicada por *Stato Operaio* en 1930. Sus cuadernos comenzaron a conquistar cierta notoriedad a partir de 1947 –año de publicación de las *Cartas*... y de *Los intelectuales*...– y durante toda la década siguiente. En cambio su actividad de publicista y de dirigente del partido entre los años 1916 y 1926 sólo llegó a ser un tema de estudio durante la década 1957-1967 (el último volumen de sus escritos *La construcción del partido comunista*, fue publicado en 1971).

Hubo asimismo, en 1937, un ensayo de Togliatti que, haciendo de Gramsci el hombre que había conquistado nuevas posiciones para el marxismo gracias al pensamiento de Lenin y también... de Stalin, celebraba un Gramsci legendario. Este último fue entonces objeto de un culto que canonizaba al santo que había sido torturado en las prisiones fascistas, donde hallara la muerte. Leyenda también la que pretendía hacer de él el fundador del partido con Togliatti (el tándem de acero Gramsci-Togliatti se mostró, después, lleno de contradicciones) cuando, en realidad, Togliatti ni siquiera participó en el congreso de Livorno y Gramsci entró al Comité central saludado por los sarcasmos de Bordiga y de la "izquierda" contra ese "intelectual confuso" y únicamente en calidad de director de la revista *L'Ordine Nuovo*.

En la Liberación, su retrato algo misterioso nos miraba desde las paredes de todas las secciones del partido, desde las aldeas más recónditas del sur hasta las grandes ciudades del norte, con su cabellera espesa y sus ojos de mártir; descubrimos entonces las torturas que los esbirros fascistas habían marcado en su cuerpo, la enfermedad que lo devastaba y que él dominaba con un esfuerzo de voluntad sobrehumano. Togliatti ha consagrado a Gramsci un "culto" sin duda sincero, pero que no era más que un culto que relegaba, una vez más, la lucha del militante político al

mundo de la metafísica. Solamente con los años, como dice Fiori,[11] aprendimos a completar "la imagen piadosa" de Gramsci, agregando "piernas y un cuerpo" a esa cabeza que emerge de un uniforme austero, de cuello gastado, que hace pensar irresistiblemente en Mao en Yenán.

Ignorábamos todo del drama de esa vida que, en 1935, terminaba en la cárcel, en medio de la desconfianza de los demás comunistas encarcelados y en el aislamiento al que el partido había condenado a Gramsci luego que éste hubiera manifestado su desacuerdo sobre Stalin, sobre las relaciones con la Internacional luego del viraje del PCI en 1929 y, tal vez, sobre los procesos stalinianos de 1936, a los que negó toda posibilidad de comprensión racional (en los *Textos escogidos,* en este mismo volumen, puede encontrarse una nota inédita de Gramsci sobre "la crítica y la hipocresía de la autocrítica").

Así pues, en la celda de su prisión se ocultaba otra cosa: el abandono con el cual su propio partido y la Internacional lo desaprobaban. En los años cincuenta no sospechábamos nada de la violencia de los enfrentamientos entre Gramsci y Togliatti, así como tampoco sabíamos que la voz más potente que se elevó por su liberación fue, en París, la de su viejo amigo Romain Rolland, que había lanzado el grito: "Gramsci se muere. . . ¡liberémoslo!" (Romain Rolland: *Antonio Gramsci: Ceux qui meurent dans les prisons de Mussolini).*

Ignorábamos que después de su permanencia en la clínica Quisisana (donde había entrado el 24 de agosto de 1935), al año siguiente, en el momento en que se disponía a salir, pidió a sus sobrinas, en Cerdeña, que le encontraran una habitación en Santu Lussurgiu, donde esperaba radicarse; tampoco sabíamos que todos sus esfuerzos por hacer venir a Julia, su mujer rusa, a Italia, habían quedado sin respuesta, del mismo modo que fracasaron sus tentativas de reunirse con ella en la URSS. Ni el partido respondió nunca a sus pedidos insistentes de unirse a él en la acción, ya fuera en Moscú, en Viena, en París, dondequiera se le confiara una tarea en un centro en el que el partido tuviera alguna actividad. "Cuando digo –escribe a su mujer durante el verano de 1936– que mi radicación en Cerdeña (independientemente de las ventajas que presente para mi salud) será el punto de partida de un nuevo ciclo de vida, es porque soy plenamente consciente de lo que será mi situación en tales circunstancias: un aislamiento total, un empobrecimiento intelectual todavía más profundo que el actual, un renunciamiento tal vez definitivo a esa forma de expectativa que, en el curso de estos últimos años, aún siendo la fuente de tantos tormentos, ha dado cierto sentido a mi vida".

Cuando Gramsci vio abrirse ante él las puertas de su prisión, fue para presentir otras: las del recelo político, las del desacuerdo que se

[11] Giuseppe Fiori: *La vie d'Antonio Gramsci,* Fayard. [Ed. esp., *Vida de Antonio Gramsci.* Barcelona, Península, 1968.]

establecía entre él y el partido, y fue en ese momento que murió. En suma, Gramsci no tuvo nada de un Sócrates, que se hubiera preocupado de legar su herencia a la posteridad. En él se encuentra la amarga ironía de su destino de recluso y de su situación de militante político vencido en una coyuntura histórica determinada. "Soy un vencido. . . pero, a largo plazo, la fuerza de las cosas trabaja para mí" (*MS*, p. 13-14).

"Actualmente se puede hablar, sin duda alguna –escribía Leonardo Paggi en el núm. 3 de *Critica Marxista*, de 1966–, de una ruptura total con el Comité central del partido". Y aunque Amendola haya rechazado desdeñosamente esa interpretación, en 1967 (*Critica Marxista*, cuaderno especial, núm. 3, 1967), de hecho nadie desmintió nunca a Fiori cuando escribió en su hermosa biografía de Gramsci (traducida al francés) que este último ya no trató de retomar contacto con Togliatti y la dirección del PCI en el trascurso del último año.

Acompañando el ataúd (Gramsci murió a los 46 años, el 30 de abril de 1937, a las 4.10), no había más que dos personas: su cuñada Tatiana y su hermano Carlo. Pero, un mes más tarde, Togliatti "recuperaba" a Gramsci en beneficio del partido, redactando un ensayo sin duda más sentimental que político, aunque llevase el título de "El dirigente de la clase obrera italiana" (*Stato Operaio*, mayo de 1937, núm. 5 y 6).

A pesar de nuestra ignorancia de la dura realidad, a pesar de los vapores de incienso que disimulaban el verdadero alcance de la lucha política de Gramsci, Togliatti, al entregarnos sus obras después de la Liberación, contribuyó a hacer del PCI ese partido occidental con rasgos que no lo asemejan a ningún otro y con características extrañas y contradictorias que suscitan interrogaciones en el extranjero. Tal es la verdad. Tras las amplias espaldas del PCI no se oculta lo que Althusser llama "las escasas reservas teóricas del comunismo francés", sino un pensador y un combatiente político de la talla de Gramsci. En la época del predominio del dogmatismo staliniano, durante los años negros de 1948-1949, marcados por un zhdanovismo que, en el "Congreso de la cultura", de Wroclaw, lanzaba la expresión de "hiena escribiente" para denunciar a los elementos disidentes (Sartre, en ese caso, y Dios sabe si Gramsci era hostil al uso del insulto grosero, al que eran proclives los viejos maximalistas, para estigmatizar todo desacuerdo), por nuestro lado descubríamos una verdadera cultura teórica marxista a través de la obra de un intelectual italiano que había desarrollado las tesis de Marx y Engels. Y si, en ciertos aspectos, el PCI reivindicaba la "línea cultural" staliniana, Togliatti hacía publicar paralelamente los *Cuadernos. . .* de Gramsci –utilizando, por supuesto, la astucia de no apelar a la editorial del partido, sino al editor Einaudi–, restituyendo así a las jóvenes generaciones lo que habían perdido, en el campo de la formación intelectual, por obra de la ortodoxia stalinista.

Aunque en las escuelas del partido se enseñara a Stalin y no a

Gramsci, es sobre la obra de este último que descansa en parte la formación político-intelectual de los comunistas italianos, de los jóvenes salidos de la Resistencia y, tras ellos, de todos los que constituirán generaciones de militantes, incluyendo a los camaradas que el partido ha expulsado y que se han agrupado alrededor de *Il Manifesto*, cuyo estilo, lenguaje, modo de pensamiento político, remiten a esa tradición teórica de una riqueza y de una originalidad sin parangón en el extranjero. A Gramsci se debe que el movimiento obrero italiano sea, de lejos, el más poderoso y el más politizado de Occidente.

El movimiento comunista italiano, en sus posiciones más avanzadas, e inspirándose en Gramsci, ha llegado a ser un conjunto complejo rico en recursos, no sólo a nivel de su vida interna, sino también en el campo de la interpretación de la realidad italiana, para la cual la obra de Gramsci ofrece un instrumento que no ha perdido nada de su vigor, aunque, políticamente, sea poco y mal utilizado. A pesar de la censura propiamente dicha, de las interpretaciones abusivas, de las esquematizaciones, de las manipulaciones frentistas y derechistas que tuvo que sufrir, a pesar de esa permanente tendencia a querer ver en él al responsable de la "vía parlamentaria al socialismo", lo que cuenta es que, gracias a él, muchos de nosotros hemos aprendido a escribir en los diarios, a hablar a las masas, a reflexionar sobre la política, a utilizar un lenguaje rico y, para sintetizar, a "hacer política" de una manera que nos preservara de la grosería y de la torpeza ambientes, volviéndonos refractarios al dogmatismo, hostiles a los estereotipos, a las fórmulas consagradas, a los lugares comunes, al espíritu cuartelero, a la demagogia triunfalista del "todo lo que surge bajo el sol del socialismo es perfecto".

Por eso, puedo decir que hemos asimilado el método gramsciano pasando todos nuestros años de juventud militante proyectados violentamente en la acción, al lado de los campesinos, para ocupar las tierras del sur cuando los análisis profundos de *La cuestión meridional* nos abrían horizontes nuevos, o también aprendiendo a crear periódicos, como fue mi caso como directora de *Noi donne* y *Vie nuove*. Entonces no conocíamos nada, emergiendo apenas de la densa noche del fascismo, y, por ejemplo, fue a través del ensayo de Gramsci sobre el "periodismo integral" que yo entreví la relación existente entre la función del periodismo y la delimitación de las nuevas tareas para una transformación socialista de la sociedad. Una relación estrecha, tal como la establecen los *Cuadernos. . .*, entre la finalidad del periodismo y las etapas que deben conducir a una visión global de las cosas, el hecho de considerar a los lectores como "asociados ideológicos, filosóficamente disponibles, responsables, flexibles y abiertos", el periodismo concebido como "la emanación de un grupo que, a través de su actividad profesional, busca propagar una concepción general del mundo", todos esos factores estuvieron en el origen, no sólo de mi formación, sino también de una manera de encarar

posteriormente la militancia periodística como militancia política, y de las opciones que me llevaron a escribir libros como *Cartas desde el interior del PCI* o *Sobre China;* trabajos que no tienen su lugar en una "literatura" política sino en una batalla político-ideológica que, en ese carácter, quiero hacer progresar. En el lenguaje de Gramsci habíamos encontrado la misma unidad funcional de expresión y pensamiento que en Lenin. Esa relación privilegiada que Gramsci mantenía con la escritura era el modo más hermoso de expresarse, para un intelectual revolucionario, en una época en la que predominaban el estilo ampuloso de los tribunos a la Guesde y a la Jaurès en Francia, o la chata aridez de un Bordiga en Italia. Esta manera de inaugurar un lenguaje político atestigua, por sí misma, una capacidad de dirección notable, un poder de hegemonía cultural, una creatividad conceptual y política dignas de un partido que se expresa como "intelectual colectivo". Tal lenguaje podría permitir liquidar en el movimiento obrero de Occidente el "clericalismo" verboso que enturbia la mentalidad y el lenguaje de ciertos intelectuales y militantes políticos.

Pero es la gran revolución cultural proletaria la que demuestra que el proyecto de Gramsci no es irreal; Gramsci nos ofrece un enfoque político suplementario para comprender en el plano internacional ese acontecimiento histórico sin precedentes, la revolución cultural; pues la liberación revolucionaria de las masas pasa también a través de *su lenguaje político.*

La especificidad del PCI se debe menos a factores individuales o a cuestiones de personas que al hecho de ser el producto de una tradición teórica y política heredada de Gramsci. Basta medir la diferencia que existe entre nuestro lenguaje hablado y escrito y, digamos, el del movimiento obrero en Francia. Recién en mayo de 1968 se asistió, en este país, a un renacimiento del lenguaje político y militante (también en Italia hubo una extraordinaria primavera del lenguaje revolucionario entre 1968 y el otoño de 1969), lenguaje recreado en la medida en que rompía con los viejos esquemas culturales de la propaganda, siendo al mismo tiempo uno de los mejores ejemplos de un modo de expresión nacional y popular, utilizable tanto por los intelectuales como por las masas en el marco de su lucha ideológica.

La propagación del lenguaje de Gramsci, su germinación ininterrumpida, sus múltiples recaídas, sus saltos hacia adelante o hacia atrás, sus audaces innovaciones, sus discontinuidades, sus insuficiencias reconocidas constituyen la línea de fuerza de un pensamiento en devenir. "La búsqueda del leit-motiv, del ritmo de pensamiento en desarrollo, debe ser más importante que las afirmaciones casuales aisladas y que los aforismos sueltos" *(MS,* p. 77 [83]), o también: "Si es verdad que cada idioma tiene los elementos de una concepción del mundo y de una cultura, también será verdad que el lenguaje de cada uno permite juzgar acerca

de la mayor o menor complejidad de su concepción del mundo" *(M S*, p. 4 [9]).

Esa lengua ha logrado su perfecta funcionalidad, a favor de un largo derrotero a través de la inconsistencia y el vacío del lenguaje político italiano, y en oposición a la "lengua noble" que encontraba su expresión en el manierismo agresivo de inspiración dannunziana y que impregnó la retórica fascista. "Gramsci –como escribe Pier Paolo Pasolini– pone término a la irracionalidad de la lengua literaria adoptada por la burguesía desde la época de la Unidad, mediante un largo y casi ascético aprendizaje del racionalismo, de tal modo que cada vez que debía expresar un pensamiento, su lengua desaparecía y se traslucía a la vez en el propio pensamiento".[12] Pasolini habla de un primer periodo de Gramsci y de ese entusiasmo, propio de todo joven temperamento meridional, por una expresión de tipo humanista, periodo al que sucede, en Turín, el del lenguaje científico que no tiene nada de italiano y corresponde a ese "francesismo" que se encuentra entonces visiblemente en las expresiones y galicismos de Gramsci, todo lo cual terminará por fundirse en la funcionalidad absoluta del lenguaje político que, mediante la creación de conceptos, reinventa una lengua. El término "intelectual orgánico", expresiones como "hegemonía", "bloque histórico", "partido Príncipe moderno", "revolución intelectual y moral", constituyen otras tantas innovaciones a la vez conceptuales y lingüísticas.

El interés de Gramsci por la lingüística, en la universidad de Turín, sus sucesivas investigaciones, sus notas relativas a las cuestiones del lenguaje en los *Cuadernos*, lo conducen a reconocer la necesidad de una lengua hablada por todos, "que se articule en el plano cultural con los elementos populares hasta entonces relegados al ghetto oscuro y reificante de los dialectos" (Jacqueline Risset, *Tel Quel*, núm. 42, 1970).

Aunque no se puede reducir a Gramsci a pocas fórmulas, como ya lo hice notar, algunas expresiones sintéticas tan cargadas de implicaciones como "sólo la verdad es revolucionaria" están en la base de toda una metodología y de toda una praxis políticas. Un estilo como el de Gramsci, fundamentalmente opuesto a toda pedagogía de tipo paternalista, a las falsas vulgarizaciones, a la tradición jesuítica de la verdad de doble faz, no podía dejar de plantear en todos los terrenos la cuestión de la verdad y de la actitud que deben adoptar frente a ella todos los grupos sociales comprometidos en el proceso revolucionario, sin darle una significación estricta y rigurosamente política.

"La filosofía de la praxis –afirma Gramsci– no trata de resolver pacíficamente las contradicciones existentes en la historia y la sociedad; antes bien, es la teoría de tales contradicciones. No es el instrumento de gobierno de grupos dominantes para tener el consentimiento y ejercitar

[12] Pier Paolo Pasolini, en *Paese Sera*, 30 de abril de 1972.

la hegemonía sobre clases subalternas, sino que es la expresión de estas clases subalternas, que desean educarse a sí mismas en el arte de gobierno y que tienen interés en conocer todas las verdades, aun las desagradables, y evitar los engaños (imposibles) de la clase superior y tanto más de sí mismas" *(M S,* p. 237 [246]).

Verdad revolucionaria –opuesta a las mentiras motivadas por la razón de Estado, aunque se trate de un Estado socialista, mentiras que pueden despolitizar a las masas y someterlas: verdad que se opone a ellas gracias a su "pesimismo de la inteligencia", entendido no como "spleen" romántico, sino como actitud de negatividad dialéctica. Actitud que necesariamente corre pareja con ese "optimismo de la voluntad" a lo largo de la difícil construcción de la vía que lleva a la revolución.

La realidad inmediata, presente, tiene algo de brutal: es al mismo tiempo negra y blanca, el Cielo y el Infiermo como decía el viejo Blake, y hacia ella hay que dirigir violentamente la atención si se pretende transformarla. La inteligencia es pesimista en el sentido de que conoce los menores recovecos de cada recoveco, en el sentido de que conoce los desarrollos continuos de las contradicciones. El optimismo nace en el acto mismo en que la voluntad se apropia de esa realidad para transformarla por la praxis, en un sentido revolucionario.

En la cárcel, Gramsci retomaba la fórmula –"sólo la verdad es revolucionaria"– que aprecia en su juventud y, despojándola de todo entusiasmo y de resonancias idealistas, le confería toda su significación política, a favor de una toma de conciencia madura y reflexiva: "En la política de masas, decir la verdad es la *necesidad política" (P P,* p. 53).

CÓMO EL PCI ZANJÓ SUS PROBLEMAS CON GRAMSCI

Es imposible evitar la delicada cuestión de las relaciones entre Gramsci y el PCI, puesta en evidencia después del XX Congreso y la desestalinización; durante diez años estuvo en el centro de los debates estratégicos del partido, por lo menos hasta 1967, mientras que por otro lado en el "Convegno di Cagliari", tuvo lugar una especie de "recuperación" idealista de Gramsci cuyo protagonista fue el liberal Garin; allí Gramsci fue presentado como una especie de anti-Marx, sobre la base del falso argumento de que sus ideas marxistas estaban marcadas por la tradición idealista italiana. También Norberto Bobbio, autor liberal-radical, consagró a Gramsci un confuso artículo sobre su divergencia conceptual con Marx. El "Convegno di Cagliari" (diez años después del Convegno de 1958, de Roma, donde se había reevaluado a Gramsci, en pleno periodo de desestalinización), aparece pues como un acto político que marca una victoria de la derecha, particularmente contra la izquierda interna del PCI,

que se había manifestado en la FGCI (Federación Juvenil Comunista Italiana) alrededor de los años sesenta, sobre el tema de los Consejos y de la estrategia de la revolución italiana en el clima de un vigoroso retorno a Gramsci. Esta ofensiva de la derecha venía después del cuestionamiento de izquierda dentro del PCI, que, adoptando diversas formas, se reagrupará alrededor de Ingrao y luego de los representantes de *Il Manifesto,* en esa época miembros del CC del PCI.

No quiero presentar una imagen falseada de la historia; por eso pienso que la primera afirmación de la que hay que partir para explicar estos fenómenos es la siguiente: la recuperación derechista de Gramsci se debe también al acuerdo tácito del mismo PCI. Se podría agregar que la reacción de cierta *izquierda* extraparlamentaria, que hace de Gramsci el "padre de la socialdemocracia", tiene su origen político en una actitud oficial según la cual el PCI proclamó siempre que su línea no es más que el desarrollo coherente de la estrategia indicada por Gramsci desde 1923-1924, de modo que ciertas interpretaciones sobre el "revisionismo" de Gramsci no sólo no han sido refutadas sino que han podido mantenerse en circulación. Amendola, por ejemplo, ha convalidado en los hechos la oposición entre "hegemonía" (vista como democracia progresiva) y poder de clase, para hacer de Gramsci "el verdadero fundador de la línea del PCI continuada por Togliatti". Merli y el grupo "izquierdista" que, en 1964 (y luego en 1967), deciden "ajustarle las cuentas a la teoría de la revolución sin revolución" afirma que, para Gramsci, "el concepto de ruptura revolucionaria es reemplazado por el de revolución en dos tiempos, revolución sin revolución". De modo que, según ellos, se puede hablar de una manera de proceder por grados, que no pretende arribar a una ruptura revolucionaria, sino –con etapas cada vez más avanzadas– a un "frentismo" democrático. Y mientras a Merli sólo le inspira desdén ese Gramsci deformado por él mismo como un demócrata-reformista, Amendola no está en desacuerdo con esa interpretación política, como lo demuestra un artículo escrito en 1967 ("Amendola, Gramsci e Togliatti", en *Comunismo, Antifascismo, Resistenza),* pues dicha interpretación no incomoda a la democracia cristiana y a los socialistas.

En nuestros días, el PCI deja entender que el concepto gramsciano de hegemonía es la alternativa al poder de clase, confundiendo las cosas hasta el punto de no polemizar con los que afirman que su concepción es "favorable a la colaboración de clases, en *el Estado intermedio* entre el Estado burgués conservador y el Estado socialista" (S. Merli, en "I nostri conti con la teoria della rivoluzione senza rivoluzione" [Nuestro ajuste de cuentas con la teoría de la revolución sin revolución], en *Giovane Critica,* 1967). Y, mientras que la hegemonía no es, en la concepción de Gramsci, una alternativa a la dictadura del proletariado, el PCI, por intermedio de filósofos comunistas como Gruppi, ha traspuesto ofi-

cialmente la teoría gramsciana de la hegemonía a la línea rectora de su política actual: se utiliza el concepto gramsciano para afirmar que la hegemonía es algo distinto del poder de clase y que la posición de Gramsci abre la vía "a un enriquecimiento de la concepción leninista del Estado, en la medida en que el Estado puede ser visto no sólo como una máquina opresiva que, por eso, debe ser destruida. Aparecen entonces las consecuencias que esto supone para la teoría y la práctica política" (!!) (Luciano Gruppi: "Il concetto d'egemonia" [El concepto de hegemonía], en *Critica Marxista,* 1967, cuaderno especial, núm. 3).

También se ha dejado pasar, sin objetarlo, el razonamiento según el cual la concepción gramsciana está hecha de "hipótesis mitológicas construidas por encima de la iniciativa de los Consejos", y que la estrategia de alianzas indiferenciadas, de derecha y de izquierda, que fue aplicada ininterrumpidamente por el PCI hasta hoy, ha sido "inventada" por Gramsci, quien abandonó las ideas leninistas (Cortesi, *Alcuni problemi della storia del PCI* [Algunos problemas de la historia del PCI], 1963). Le resultaba pues muy difícil al PCI combatir las críticas de "izquierda" de Gramsci, en la medida en que el PCI siempre sostuvo la tesis de la continuidad de su política, desde la época en que Gramsci estuvo en la dirección, hasta Togliatti. La tradición del Partido ha conservado, por lo menos en el pasado, una manera de presentar la historia sobre la base del "culto de la personalidad", que, como se sabe, no soporta una confrontación franca con la realidad histórica. Fue así que el PCI acreditó la leyenda de la fidelidad teórica y práctica de Togliatti hacia Gramsci, atribuyendo incluso a este último las bases políticas del "viraje de Salerno", cuando el "bloque histórico" pasa a ser un "bloque antifascista", desplazando totalmente la idea primordial del derrocamiento del Estado burgués y transformando, de manera caricaturesca a los Comités obreros y campesinos en Comités de Liberación Nacional (CLN).

Si Gramsci se atuvo a su propio *objetivo de los consejos,* fue porque nunca abandonó el objetivo de una destrucción de la democracia burguesa y del nacimiento de una democracia proletaria; Togliatti, por el contrario, disminuyó progresivamente la importancia que habían tenido los Consejos en el pensamiento de Gramsci. Por ejemplo, con su manera de concebir la revolución italiana sustituyendo la técnica de la gestión capitalista por la de la gestión obrera en el lugar de trabajo, para privilegiar y forzar la búsqueda de una "vía parlamentaria hacia el socialismo" o "vía italiana" (así como actualmente en Francia, Georges Marchais habla de una "vía francesa"). Leyendo las *Tesis de Lyon,* que indican una estrategia de la revolución, advertimos el desplazamiento efectuado por el PCI, que pasa de la búsqueda de las formas y las fuerzas motrices de la revolución italiana, a la apertura –después de la guerra– de una época enteramente orientada hacia la perspectiva gradualista, democrática, basada en un bloque de alianzas antifascistas que tiene como objetivo la res-

tauración del régimen parlamentario burgués. En la historia oficial del PCI, escrita por lo demás con mucho conocimiento por Paolo Spriano, se presenta la carta de Gramsci a los dirigentes rusos *sólo de pasada;* cuando se la hubo discutido más a fondo, se hizo circular dentro del partido la idea de que había que ver en ella, por un lado, el *realismo* de Togliatti y, por otro, el *idealismo* de Gramsci (Ragionieri, *Introduzione a Togliatti,* Editori Riuniti); mientras que la verdad es que Gramsci, que también era *realista,* apuntaba a objetivos políticos diferentes, objetivos que parecen hoy más fundados en la *realidad* que la "realpolitik" de Togliatti.

Entre 1958 y 1968 se desenvolvió en el PCI un debate que tuvo nuevamente por objeto las condiciones de la revolución en Italia. En el curso de ese debate se efectuó el "redescubrimiento" de Gramsci como el pensador marxista que realizó el análisis más profundo de la vía revolucionaria en Occidente. Simultáneamente se inició en el PCI una lucha política interna durante la cual la posición más avanzada estuvo representada por la FGCI. Se trataba de una "pequeña revolución" que se basaba, como dije, en una nueva historiografía, en el conocimiento de documentos reales que habían dejado de sufrir censuras y deformaciones, y que surgían inmediatamente después de plantearse los problemas suscitados por la "desestalinización", proponiendo una vez más el concepto de la *democracia socialista.* La joven generación redescubría así un Gramsci bastante diferente del que le había presentado la historia oficial fabricada por el PCI. Reivindicaba al Gramsci de la ruptura entre el leninismo y el stalinismo, al Gramsci de los Consejos y de *L'Ordine Nuovo,* para crear a partir de allí una alternativa política al PCI, contra una vía nacional al socialismo fundada en el parlamentarismo. Fue entonces cuando la FGCI creó el órgano de prensa más sólido que haya redactado jamás un movimiento de la juventud comunista, *Città futura,* [13] donde se seguía la trama del desarrollo del pensamiento gramsciano en la manera de concebir la relación Consejos-partido (y, más generalmente, masa-base-partido), las cuestiones internas de la democracia de partido y las relaciones con la Internacional, es decir, las relaciones entre los partidos comunistas y la Unión Soviética; así se planteó en términos nuevos, entre otros temas, la "cuestión china".

Entre 1963 y 1966, la juventud comunista francesa, reagrupada en torno a la UEC (Unión de Estudiantes Comunistas), cuestionó la orientación de la dirección stalinista del PCF. Fue así como nació en el PCF un movimiento de *italianistas.* Pero se construyó sobre una base muy distinta que la FGCI, o sea, sobre el "frente khruscheviano" del antistalinismo, entendido como culto de la personalidad, y de las *libertades* a reivin-

[13] Basándose en el nombre del número único de la revista de la federación de la juventud socialista piamontesa, redactada por Gramsci en 1917

dicar. Mientras tanto, los jóvenes comunistas italianos iban mucho más lejos y buscaban, entre el stalinismo y la socialdemocracia, una verdadera vía revolucionaria. Tuve la ocasión de conocer, en Roma y en París, por un lado a los dirigentes de la FGCI, Occhetto y Petruccioli, y por otro a los de la UEC, Pierre Khan y Alain Fourner,[14] de modo que pude seguir casi paso a paso su defenestración política: en el PCI esto fue cubierto por la hábil política del "perdón" de los reprobados *(promoveatur ut amoveatur)*; en el PCF, en cambio, fue el brutal lenguaje de la expulsión. Entre 1962 y 1963, los jóvenes comunistas italianos y franceses se habían encontrado varias veces en París, hasta que el PCF les cerró las puertas a los representantes de la FGCI que habían venido a París para una asamblea de la juventud comunista francesa, temiendo que el antistalinismo simplista de la UEC pudiera ser sustituido por ideas revolucionarias que se inspiraran en la idea fundamental de Gramsci sobre la complejidad de la revolución en Occidente. Al frente de la delegación de la FGCI se hallaba Franco Petrone y, única entre todas las representaciones internacionales, fue prácticamente expulsada de las sesiones. En 1964, luego de la muerte de Togliatti y de Thorez, se abría una lucha política interna en los dos partidos: las consecuencias fueron mucho más graves para el PCI, en el que, una vez concluida la mediación ambigua de Togliatti entre la derecha y la izquierda, que había impedido la ruptura de la unidad interna, se instaló una época de represión de la izquierda interna del partido, que llegó a excluir a los redactores de *Il Manifesto.*

En 1964, la FGCI había preparado sus propias tesis, tomadas de la temática de Gramsci, para su inminente congreso, que debía preceder al XI congreso del PCI, a comienzos de 1966. Recuerdo haber encontrado en París a Petruccioli, quien, mostrándome su portafolios lleno de papeles, me dijo bromeando: "Acá hay cien páginas de estragegia". Pero el PCI ya había tomado sus medidas: *Città futura,* que expresaba la radicalización de la lucha política y teórica, había sido suspendida con el pretexto de que ya no se disponía de fondos para apoyarla. Pero el acto principal del grupo dirigente que yuguló la FGCI se cumplió con la decisión de suspender el congreso, que fue transformado en una especie de conferencia.

Las tesis de la FGGI nunca fueron conocidas por el partido. El choque con la dirección del PCI había sido tanto más brutal cuanto que Ingrao y Trentin, representantes de la izquierda, no habían sostenido a la FGCI. Ésta fue decapitada de manera astuta en el XI congreso, introduciendo al principal líder, Occhetto, en la dirección del PCI y a Petrucciolli en el CC, y reemplazándolos por un grupo dirigente dócilmente "alineado". En respuesta al abandono de que había sido víctima, la FGCI no se alineó con Ingrao en el XI congreso: arrinconada, privada

[14] Al concluir este libro, me enteré que Alain Fourner se suicidó en 1973.

de sus instrumentos de análisis, se replegó. Se la obligó así a no comprender la pregunta suscitada por la juventud: "¿qué somos, adónde vamos?", y a no captar el sentido de los movimientos estudiantiles de 1967, del mismo modo que la juventud comunista francesa, más adelante, fue completamente derrotada por el movimiento estudiantil de 1968.

Después de 1968, la "izquierda de Ingrao" trata de crear un nuevo bloque de fuerzas anticapitalistas, de formular la hipótesis de un "modelo de desarrollo" revolucionario, y de elaborar una estrategia socialista; a su vez, aprovecha las ideas gramscianas. Pero ya es una batalla de retaguardia, en el sentido de que partió del error de no haber comprendido que la disidencia de la FGCI expresaba anticipadamente la realidad política que explotaría en 1967-1968 y que los retornos a Gramsci de los jóvenes comunistas expresaban las razones históricas de una vanguardia. Ingrao, derrotado a su vez en el XI congreso, abandonó a sus amigos y se retiró acatando la disciplina. Lo que quedó de esa izquierda se reagrupa en el XII congreso, en enero de 1969. En marzo del mismo año funda la revista mensual *Il Manifesto* y se la expulsa oficialmente del PCI en noviembre de 1969. "Hacía falta –escribe Rossana Rossanda (en su introducción francesa a las *Tesis de Il Manifesto,* Éd. du Seuil)–, no solamente ajustar cuentas con Khruschev y Stalin, sino también con los modelos de construcción socialista de los años veinte, con la experiencia de la Internacional: reflexionar sobre Lenin, Gramsci, Rosa Luxemburg, y no solamente sobre sus elaboraciones teóricas, sino sobre sus opciones políticas y sus resultados. Eso significaba, finalmente, que se considerara la quiebra o el aplazamiento permanente de las revoluciones en Europa no como la simple historia de repliegues subjetivos, o de la traición de los grupos dirigentes comunistas, ni tampoco como carencia de una estrategia justa que hoy podría retomarse, sino como los signos de las limitaciones profundas de la III Internacional frente a los problemas de la revolución europea". Límites profundos, que conciernen a toda la estrategia del movimiento comunista y, en primer lugar, a la URSS, y que reaparecen en la división bipolar actual del mundo, con una relación de colusión y de rivalidad, entre Moscú y Washington. Límites profundos que no fueron solamente problemas de desviación "humanista-economicista" de la III Internacional, como escribe demasiado simplemente y con excesiva prudencia Althusser *(Réponse à John Lewis,* Maspero, 1973 [hay ed. cast.: *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis,* Siglo XXI Argentina, 1974]). En el PCI el debate sobre Gramsci, después del "Convegno di Cagliari", que trató de presentarlo como el teórico de la línea actual del partido, no se volvió a reabrir. El silencio sobre Gramsci se rompió bruscamente, en el curso de estos últimos meses, cuando Berlinguer dirigió a la democracia cristiana su proposición de un "compromiso histórico" para gobernar el país. Esto dio lugar a una intervención de Luigi Longo, quien criticando esa fórmula, le opuso el

concepto de "bloque histórico", sin cuestionar por eso la línea general del partido. Esta disputa más bien verbal ha reabierto un debate muy actual y fecundo sobre las tesis políticas de Gramsci en la masa de los miembros del partido.

2
GRAMSCI Y LA REVOLUCIÓN

Aunque nunca se haya anatemizado el pensamiento de Gramsci, éste siempre ha sido, en el curso de su desarrollo, sospechoso de "herejía", en la medida en que su obra constituye una *crítica de izquierda* de Stalin y abarca todo un conjunto de problemas fundamentales que conciernen a las relaciones partido-masas, partido-democracia socialista, a la jerarquía política o estatal, a la disciplina burocrática por oposición al consenso, a la hegemonía ideológica del partido como "intelectual colectivo", a las relaciones intelectuales-obreros y obreros-campesinos, y, por último al enlace de trabajo manual y trabajo intelectual, a la función permanente de una "reforma intelectual y moral" en la superestructura, en íntima relación con la evolución de la infraestructura.

Vista desde este ángulo, la lectura de Gramsci nos asombra hoy por la pertinencia con la que permite medir los efectos ruinosos de la política errónea llevada adelante en las sociedades de transición al socialismo en la URSS y en los países del Este.

GRAMSCI Y EL STALINISMO

"Desde el primer contacto, se comprende inmediatamente que el pensamiento de Gramsci no podía ser, en ningún caso, admitido y tolerado por el movimiento comunista de la época staliniana", declaraba el teórico Franz Marek en el curso de una conferencia pronunciada en Viena en enero de 1972. Es cierto. No es casual que el año 1956, año de la desestalinización y del XX Congreso, sea un año clave para el conocimiento de la obra de Gramsci. En efecto, en el momento en que, después de la denuncia de los "crímenes stalinianos", se inicia una tentativa de ahondamiento de la reflexión teórica y política sobre la construcción del socialismo soviético de acuerdo a la forma que adoptó en la época stalinista, se efectúa un *retorno* a Gramsci, a su aporte teórico y político sobre problemas de una actualidad y urgencia que no han disminuido en absoluto. ¿Cuál es el sentido del "socialismo de Estado" en las sociedades de transición, y de su manera de garantizar el desarrollo instalando a la economía en el *puesto de mando?* ¿Qué implica el desajuste entre una infraestructura hipertrofiada y una superestructura regresiva o estancada? ¿Qué implica el desequilibrio entre esas dos fases, una de las cuales

responde a las mismas leyes de desarrollo productivo que las que reivindica la expansión capitalista, y la otra se caracteriza por una ausencia total de un debate teórico y político? ¿Dónde están las razones de la falta de consenso, de la coerción, de la "justicia" represiva? ¿De dónde proviene la "despolitización" de las masas en los países que enarbolaron la bandera del socialismo? ¿De dónde proviene la represión militar contra otros países socialistas, no siempre subordinados a las razones de Estado de la URSS, la teoría de su "soberanía limitada", el sofocamiento de toda experiencia original, como fue el caso del "socialismo de rostro humano", en Checoslovaquia?

Todos estos problemas los volvemos a encontrar a través de las tumultuosas vicisitudes a las que asistimos estupefactos en el curso de los últimos quince años, desde las rebeliones de Hungría, de Checoslovaquia, de Polonia, hasta el conflicto sino-soviético, que adopta la forma de un enfrentamiento político-teórico sobre la construcción del socialismo en China –como crítica de izquierda de la construcción staliniana y post-staliniana en la URSS. Es así como, desde 1956, y no solamente dentro del PCI sino en la mayoría de los países occidentales, vuelve a tener actualidad la interpretación gramsciana del Estado, del partido político, de la relación partido-masas.

El lugar teórico de la reflexión marxista de Gramsci se halla en la verificación de una hipótesis central referente a los intelectuales y el Estado, bajo la forma en que él la aplicó a los acontecimientos que trataba de interpretar desde la cárcel, particularmente en lo que se refiere a la sociedad socialista. La noción de "bloque histórico", que representó el centro teórico-político de toda su reflexión durante los años de cautiverio, había madurado poco a poco en la mente de Gramsci, no sólo a partir de los acontecimientos ligados a las revoluciones burguesas de Francia e Inglaterra, sino también de lo que pasó en la Unión Soviética bajo Stalin, desde 1926, año de la ruptura brutal entre Trotski y Stalin, en el seno del grupo bolchevique, hasta 1929, año que marcó una fractura entre la teoría política gramsciana y las experiencias político-estatales que viviría luego el movimiento comunista, y hasta comienzos del año 1935, en vísperas de los procesos stalinianos, a los que negó todo fundamento racional y que lo dejaron profundamente consternado. El enredo de la situación obligó a Gramsci a reubicar la noción de bloque histórico en el centro de su reflexión política. Piero Sraffa, amigo de Gramsci y actualmente profesor en la universidad de Cambridge, ha relatado (cf. Spriano in *Rinascita*, 14 de abril de 1967) que en el curso de una de sus visitas a la clínica Quisisana, escuchó a Gramsci –que primero le había confiado sus preocupaciones a propósito de la actividad y de la orientación del partido comunista italiano después de su arresto, y de sus temores de un eventual retorno a los antiguos esquemas sectarios– elegir como tema central de su entrevista la cuestión de los procesos de

Moscú, esos famosos procesos stalinianos contra los líderes de la oposición. El del grupo zinovievista se había desarrollado entre el 19 y el 24 de agosto de 1936. Los dos hombres se preguntaron qué valor se podía conceder a esas confesiones y autoacusaciones de traición, cuando no se pudo establecer ninguna prueba objetiva de los "crímenes" de los opositores.

Quiero señalar aquí un inédito, uno de los últimos escritos, una de las últimas notas, en la que se manifiesta la mordaz ironía de Gramsci: tras "la autocrítica y la hipocresía de la autocrítica" (y se comprende –aunque difieren las opiniones al respecto– que de ese modo designa las "confesiones" en la URSS), ve esbozarse una nueva forma de absolutismo, que, "teóricamente, no presenta gran diferencia con el viejo absolutismo de los regímenes constitucionales, de los que no es sino la imagen invertida". Gramsci se refiere más adelante a la eliminación de León Trotski y al hecho de que "el abandono del terreno de la legalidad es un síntoma (o un signo precursor) de la intensificación de las luchas, e inversamente". Y concluye con esta fórmula sarcástica: "Romper el barómetro no basta para suprimir el mal tiempo". Después de esta nota, Gramsci no agregó nada a los *Cuadernos*, abandonando definitivamente la pluma frente a la inextricable situación de entonces. En efecto, toda su concepción de las relaciones entre Estado y sociedad civil, Estado y partido, partido y organizaciones depositarias del consenso en el seno de la sociedad civil –temas en los que insisten constantemente y de manera más o menos explícita sus investigaciones de la cárcel– carecía del menor punto de contacto y de articulación con la política gubernamental inaurugada en la URSS, cuyas líneas se expresan, por ejemplo, en la compulsiva colectivización del campo.[1] Por otro lado, el viraje del PCI en 1929 –a saber, la línea que hacía de la revolución una consecuencia inmediata de la crisis económica y que, por consiguiente, afirmaba el carácter inevitable de un enfrentamiento directo de las clases ("clase contra clase" era la consigna), negando toda la táctica de alianzas hasta el punto de calificar a la socialdemocracia de "socialfascismo"– ese viraje que reclamaba una sumisión incondicional a la línea de la Internacional y a la URSS, fue denunciado por Gramsci como "un error del economicismo y del maximalismo". Dicha línea fue seguida por Togliatti con fría determinación, llegando hasta provocar la ruptura en el seno del grupo dirigente formado en Lyon, con la idea de que convenía destruir cada oposición interna, a fin de reducir al silencio la política gramsciana de una perspectiva de lucha a largo plazo y preocupada por la complejidad de las tareas que se le presentaban a la vanguardia obrera en el

[1] "Son las relaciones fundamentales de alianza entre obreros y campesinos las que están conmovidas y amenazadas, es decir, los pilares mismos del Estado obrero y de la revolución", escribía Gramsci a Togliatti, en 1926 (cf. apéndice).

Occidente capitalista.[2] En cambio se puede hablar, un poco más tarde, con el VII congreso de la Internacional, de un "retorno" a Gramsci: menos por la aparición de los *Frentes populares* –que presentan una estructura político-social indiferenciada, bien alejada del pensamiento de Gramsci– que por una recuperación de la iniciativa política tendiente a reconstituir la red de alianzas que le es indispensable a la clase obrera para crear su nuevo bloque histórico, derrotar al fascismo y romper la hegemonía burguesa.

Para comprender mejor la posición de Gramsci frente a la revolución y al movimiento obrero de la III Internacional, me parece importante insistir en la cuestión de las relaciones de Gramsci con el PCI en cuanto relaciones "oficialmente" mantenidas a través de la borrasca de las vicisitudes históricas. Luego de la confusión política consiguiente a la desestali-

[2] Tomando como punto de partida la terrible (¡aunque no fatal!) crisis que el capitalismo mundial atravesó a partir de 1928-1929 (inflación, incremento extraordinario de la desocupación, particularmente en los Estados Unidos, recesión económica, etc.), la Internacional comunista (VI congreso y X pleno), entonces controlada firmemente por Stalin, había planteado, basándose en un análisis tan impreciso como quimérico e impregnado de economicismo, que para el proletariado había llegado el momento de ajustar cuentas con la burguesía: el socialismo estaba al alcance de la mano, bastaba esperar, y los valerosos y diligentes "camaradas" del PC, estalinizados hasta la médula, iban a recoger la victoria como un fruto maduro. Había que terminar, pues, con la política "de derecha" de los Frentes unidos; el conjunto de los "camaradas" del PC iban a dirigir, a guiar, a conducir las masas a la victoria. "Clase contra clase" era la consigna. Sin efectuar el menor análisis de clase que permitiera determinar de manera precisa las contradicciones en el seno del enemigo, para luego explotarlas con el fin de celebrar alianzas y pactos, conquistando así a las masas aún no situadas bajo la hegemonía del comunismo, se estableció de manera sectaria que, respecto a los objetivos finales, *la socialdemocracia no era sino un fascismo disfrazado,* que era, en suma, un "socialfascismo" y, como tal, un enemigo más peligroso que el fascismo mismo.

Después de un cierto número de disputas internas, el PCI adhirió a esta política, expulsando a quienes formulaban reservas. Para un país como Italia, dominado por la dictadura fascista, el dilema no consistía en escoger "entre un capitalismo progresista (democracia burguesa) y un capitalismo que retrocede hacia la Edad Media (fascismo), sino . . . entre la dictadura del capital y la dictadura del proletariado" *(Lo Stato Operaio,* órgano del PCI, 3 de marzo de 1929). De allí la tesis de la lucha directa para el paso inmediato del fascismo a la dictadura proletaria, y el rechazo de toda táctica de alianza con los partidos antifascistas no comunistas, definidos como "socialfascistas". Togliatti llegó a afirmar: "La clase obrera no puede avanzar sino pasando sobre el cuerpo de la socialdemocracia. Si no logramos enfrentar a la socialdemocracia con las armas y los métodos que la situación exige, y conducir victoriosamente esa lucha, no podremos derrocar el régimen capitalista" (Spriano: *Storia del PCI,* t. 2, p. 226 – Archivos del PCI). Gramsci adoptará posiciones completamente diferentes (cf. en particular *Gramsci e la Svolta,* texto del informe enviado en 1933 al CC del partido por Athos Lisa, a propósito de las discusiones que tuvo con Gramsci en 1930, en la prisión de Turi, sobre la "cons-

nización, el PCI renunció a las interpretaciones que deformaban a Gramsci respecto a la ortodoxia staliniana. No sólo se suprimió la censura que había afectado a las *Cartas desde la cárcel* (en las que se había extirpado toda referencia, por anodina que fuera, a Bordiga; los pasajes en los que Gramsci reclamaba obras de Trotski e incluso otros, enteramente "personales", que daban de él una imagen poco conforme a la de un "duro" según los cánones del "hombre staliniano"; aquellos, por ejemplo, en los que pide que le hagan llegar hojas de afeitar); también se dedicó una atención crítica a la demarcación de los *Cuadernos*. Ese redescubrimiento de Gramsci fue ante todo el de una concepción muy profunda de la democracia socialista, aun cuando en 1956 no era fácil para los historiadores comunistas ortodoxos deshacer ese nudo: conciliar la teoría gramsciana con el stalinismo togliattiano. El historiador Ragionieri intentó la empresa de la manera más ambiciosa y más sutil, demostrando que Togliatti (cuya coincidencia ideológica y política con Gramsci no podía ser

tituyente" y la perspectiva de la lucha antifascista. En *Rinascita*, 12 de diciembre de 1964).

En enero-febrero de 1930 estalla la crisis en el seno del grupo dirigente comunista, entre una mayoría que comprende, entre otros, a Togliatti, Camilla Ravera, Longo y Secchia, y una minoría a la que pertenecen los que luego se conocerán como los "tres": Trezzo, Leonetti y Ravazzoli. El ataque se concentra contra Togliatti y la línea política que él hace progresar adhiriendo al viraje, en homenaje a la Internacional. La liquidación de los "tres" se decidió en junio y Togliatti, que había viajado a Moscú en julio, volvió con la ratificación de la expulsión. ¿Es posible decir que los "tres" seguían una *línea gramsciana?* En cierta manera, sí. Gramsci, por cierto, no estuvo de acuerdo con su expulsión, ni con el viraje, como lo revelará el hermano de Gramsci, Gennaro, a Fiori, en 1965. En junio de 1930, el mismo Gennaro, enviado por Togliatti, fue a ver a Gramsci a la cárcel, para conocer su opinión; ahora Gennaro dice que le mintió a Togliatti al afirmar que "Gramsci está de acuerdo con nosotros", en la medida en que temía reacciones. En realidad, Gennaro Gramsci revelará, treinta y cinco años después, poniendo de relieve el clima de persecución encubierta que reinaba en el partido, que temía que refiriendo la neta oposición de Gramsci, el partido lo abandonase, lo condenase políticamente, relegándolo a una condición de aislamiento aún más grave (cf. Spriano, en el t. 2 de la *Storia del PCI,* pp. 279-280).

Así es como una generación de italianos y parte de la siguiente afirmaron que la historia es la historia de las ideas, la del Espíritu que se desarrolla en un movimiento continuo hacia la "libertad", sin tomar en consideración las fuerzas materiales, económicas y sociales (el fascismo, por ejemplo, era para Croce sólo un paréntesis en el desarrollo de la libertad); que el arte es una síntesis de contenidos y de formas debidos a la espiritualidad individual del artista, sin tomar en consideración las condiciones ambientales e históricas; que la filosofía es "ciencia del espíritu" mientras que la ciencia natural no es más que un "seudo-concepto", ya que está ligada a la materialidad y por lo tanto privada de la universalidad del concepto de Espíritu.

Después de la segunda guerra mundial y la caída del fascismo, la corriente crociana, bajo la presión de la cultura moderna que la hostigaba (marxismo, filosofía de las ciencias), perdió terreno y público, pero se mantuvo y se mantiene aún con mucha vivacidad en ciertos medios de pequeños y medianos intelectuales (los

puesta en duda, sin riesgo de excomunión) era "gramsciano", incluso en el momento en que aparecieron graves disensiones entre los dos grandes del PCI, tal como lo prueban los documentos.

O sea que las relaciones de la teoría gramsciana con el PCI fueron mediatizadas por la "astucia" o la diplomacia de Togliatti. En la época del stalinismo, se presentó a Gramsci como un staliniano de férrea disciplina: Togliatti, en algunos artículos de antes de la guerra, pretendía discernir "la profunda influencia ejercida sobre él [Gramsci]. . . por las obras de Stalin" (Togliatti: *Gramsci*, Editori Riuniti, p. 30).

Después de la Liberación, en plena era staliniana, y bajo la dirección suprema de los "stalinistas" más ortodoxos, los *Cuadernos de la cárcel* se publicaron en una edición arbitraria, con los títulos que aún hoy conservan (*Il Risorgimento, Letteratura e Vita nazionale, Note sul Machiavelli, Passato e Presente,* etc.), y que fueron elegidos por Togliatti. Bajo cada una de esas rúbricas se agruparon, sin tener en cuenta el orden cronológico, es decir, sin respetar la evolución del pensamiento de Gramsci, y

docentes, por ejemplo). Precisamente en razón de la importancia que tenía Croce en la sociedad italiana en la época en que Gramsci escribía, éste declaraba que era necesario escribir un "anti-Croce". Gramsci es consciente de que el neoidealismo crociano ha renovado la cultura italiana, provinciana y de inspiración positivista, y no es casual que en sus escritos de juventud se pueda encontrar un cierto tono "crociano" pronto abandonado. Gramsci quiere subrayar sus límites y su "carácter de clase". Para él, lo que hace falta es una filosofía de la pura inmanencia, el marxismo, es decir, esa filosofía que identifica la realidad con la "acción humana"; no con la "acción" abstracta y desencarnada de los idealistas, sino con una "acción" concreta, una actividad económica y productiva (en una palabra: una praxis) dentro de la cual se establezca una doble relación orgánica entre la naturaleza y los hombres, y de los hombres entre sí. Gramsci muestra, pues, en qué sentido la filosofía de Croce no es sino una metafísica, una teología laica y modernizada. Al mismo tiempo, y contra los materialistas vulgares, Gramsci rehabilita –y es aquí donde utiliza inteligentemente la lección del neoidealismo– la dimensión ético-política del materialismo histórico: no es cierto que "la filosofía de la praxis excluye la historia ético-política, esto es [que] no reconoce la realidad de un momento de hegemonía, no da importancia a la dirección cultural y moral y juzga los hechos de superestructura como meras 'apariencias' " (M. S., p. 189 [196]).

La teoría del bloque histórico, de la hegemonía, del Estado, tal como se presenta en el pensamiento gramsciano, nos muestra la importancia que Gramsci otorgaba a la superestructura, aunque sin olvidar nunca la estructura y todo lo que se vincula con ella. Tan clásica como superficial es la acusación que dirigen hoy en día numerosos antigramscianos contra Gramsci por haber sobrestimado a Croce. Gramsci, como se dijo, escribía en una época en la que Croce era verdaderamente la encarnación de la "cultura burguesa"; si Croce está hoy culturalmente muerto y enterrado, se debe precisamente al conocimiento y la difusión de los escritos gramscianos. Por lo demás, si es cierto que la polémica anticrociana ha perdido actualidad, ¿se puede decir lo mismo de los argumentos teóricos que Gramsci supo extraer de esa polémica? Ésa es la verdadera pregunta y nuestra respuesta es resueltamente negativa.

de manera a menudo incoherente, las notas y los escritos de diez años que parecían ser los más coincidentes, en cuanto al contenido, con los principios de clasificación establecidos por Togliatti. Se podría pensar actualmente que los *Cuadernos* fueron publicados primero porque eran, sin duda, los de más difícil acceso y porque su difusión llegaría esencialmente a la élite del partido. Recién en 1972 los *Cuadernos* fueron objeto de una edición popular. Pero todavía esperamos la publicación completa de los *33 Cuadernos*. anunciada en 1967 –y en cuya redacción trabaja Valentino Gerratana–;[3] por fin contaremos con ellos en su versión integral (en la primera y la segunda redacción) y, lo que es más importante, de acuerdo al orden en que fueron redactados, orden no sólo cronológico sino político, en razón de la constante confrontación con el acontecimiento, que es su regla. No se puede hojear sin emoción esos cuadernos, rayados o cuadriculados, como los escolares, donde Gramsci escribía con un cuidado meticuloso, con su escritura armoniosa, sin la menor tachadura, y en los que cada página lleva el sello de la penitenciaría. Si descubrimos por lo menos los *Cuadernos* en 1947, debimos esperar más de veinte años para los escritos políticos anteriores al periodo de cautiverio, incluyendo las *Tesis de Lyon*: es decir, todos los escritos político-revolucionarios de más fácil acceso para el militante, incluso en el plano del lenguaje (el último volumen de escritos políticos que incluye las *Tesis de Lyon* salió en 1971; ese texto había sido publicado una sola vez en el cuaderno especial de *Rinascita*, núm. 2).

Con la desestalinización, el mismo Togliatti comenzó a consagrar a Gramsci algunas notas, e incluso estudios profundos (*Coloquio de Estudios gramscianos* de 1958) y a estudiar la obra para hacer resaltar el aporte original del pensamiento gramsciano. La sombra de ese Gramsci que, por la profundidad de sus intuiciones y la solidez de sus cualidades morales, forzaba su admiración, parecía cernirse sobre el líder del PCI. Situación shakespeariana, en cierto sentido. En 1964, poco antes de su muerte, Togliatti publicó en *Rinascita* su correspondencia con Gramsci sobre la situación en el seno del partido bolquevique (1926), pero censurando la respuesta final, demasiado despreciativa, que le había dirigido Gramsci y en la que él era tratado sin miramientos de "burócrata". La carta del Buró político del PCI a la Internacional, redactada por Gramsci, ya había sido publicada por Tasca en 1938 y utilizada, también por él,

[3] Gerratana efectúa desde 1957 un trabajo de cartujo con los *Cuadernos*. Debe *reconstituir* ciertos pasajes del manuscrito primitivo, pues su contenido se dispersó en los diferentes volúmenes titulados por Togliatti. Las *Obras* completas de Gramsci tendrán más de 3 000 páginas, 50 de ellas inéditas, y estarán acompañadas de 500 páginas de notas mencionando todas las fuentes que Gramsci habría utilizado en la cárcel; libros, periódicos de la época, recuerdos, acontecimientos. Los *Cuadernos* contienen 2 848 páginas, escritas entre 1929 y 1936. Las 428 cartas de la cárcel llegan hasta el 23 de enero de 1937.

en una serie de artículos aparecidos en *Mondo,* en septiembre de 1953. Pero el PCI había respondido que se trataba de una falsificación. Más tarde, en el Coloquio sobre Gramsci (Roma, 1958), a quienes lo interrogaban sobre la autenticidad del documento, Togliatti respondía irónicamente: "No es a mí a quien deben plantear la cuestión, sino al Buró Político del PC". Finalmente, en 1964, publicó, en su propia revista, el conjunto de ese intercambio de cartas, menos la última respuesta de Gramsci, limitándose a informar a los lectores de *Rinascita* que Gramsci había rechazado sus tesis en una nota de tono acerbo que él había extraviado. Según Rossana Rossanda, responsable en esa época de la Comisión cultural del PCI y actualmente dirigente de *Il Manifesto,* cuando ella le preguntó a Togliatti: "¿Pero quién tenía razón?", el viejo dirigente habría respondido: "Yo, indudablemente. Gramsci planteaba problemas de orden moral, cuestiones que habrían tenido sentido tal vez en una perspectiva histórica a largo plazo, pero las decisiones a tomar estaban ligadas a las opciones inmediatas, tácticas, que se revelaron justas para el Partido". En esa entrevista con Rossanda *(Rinascita,* agosto de 1965), así como en el artículo de *Rinascita,* "Togliatti reivindicaba su realismo político. Es la situación concreta *–hic et nunc,* quería decir– la que da la razón a las opciones: no se puede proceder de otra manera para fecundarla y transformarla. No existen atajos".

En 1970, pocos meses después de la celebración del 70 aniversario de Longo, nuevo secretario del PCI, cuando se abrió dentro del partido un debate sobre la cuestión de saber quién iba a sucederlo, *Rinascita* publicó la correspondencia completa Gramsci-Togliatti, que provenía de Moscú; después de "búsquedas llevadas a cabo en los archivos del Instituto marxista-leninista y en los del PCI", como explicaba *Rinascita* (del 24 de abril de 1970), la última carta de Gramsci a Togliatti, había reaparecido y significaba una conmoción política. En el fondo, ése fue tal vez el único acto de "destogliattización" del PCI: no obstante, realizado en primer lugar por Amendola, por intermedio de Longo, no se presentó ni como una operación antistalinista ni como una operación de izquierda, sino más bien como un acto de consolidación de la dirección del nuevo grupo dirigente. La carta presentaba en parte a un Togliatti de férrea disciplina staliniana, al que Gramsci reprochaba su visión "abstracta", su "esquematismo", declarándole: "Todo tu razonamiento está viciado de burocratismo". Lo esencial de la argumentación de Gramsci se reduce aquí a anticipaciones de una intuición genial sobre los efectos nefastos y regresivos del stalinismo.

Más adelante examinaremos el análisis contenido en el informe de Gramsci a la Internacional, después de la ruptura entre Stalin y Trotski, Kamenev y Zinoviev; análisis que plantea los problemas del aislamiento de la revolución, de la relación de la revolución proletaria con la enorme masa de los campesinos que representan la mayoría de la población, de

la vinculación entre las fuerzas democráticas y la fase socialista del proceso revolucionario, de la edificación del socialismo en un solo país (tesis apoyada por Gramsci, contra Trotski), y sobre todo de la determinación de los medios de acumulación masiva de capitales para la industrialización.

El fondo de toda esta discusión (así como también en el seno del grupo bolchevique) remite al problema de la relación entre obreros y campesinos, y al de la función hegemónica de la clase obrera. La complejidad de ese conjunto de cuestiones obliga a Gramsci, desde el fondo de su prisión, a reconsiderar toda su práctica de dirigente revolucionario, no sólo con el fin de establecer una estrategia revolucionaria para Occidente, sino además para hacer avanzar el socialismo en una sociedad de transición; esta preocupación sirve de contrapunto a toda la reflexión teórica sobre el concepto de Estado y de hegemonía, a la que Gramsci se consagró ininterrumpidamente durante diez años en los *Cuadernos.*

Gramsci fue detenido por la policía fascista algunas semanas después del envío de esa correspondencia, en el momento en que se disponía a tomar el tren para Génova, donde debía tener lugar la reunión del grupo dirigente del PCI. Participaba de esa reunión un representante de la Internacional, encargado de rechazar en toda la línea la tesis gramsciana. Togliatti, que estaba en ese momento en Moscú, había pedido a Grieco que lo representase y defendiera su punto de vista contra Gramsci. "Y por lo demás –confesó Togliatti a Rossanda en el transcurso de la entrevista publicada en *Rinascita*– la cuestión, dentro del PCI, ya estaba resuelta". Togliatti le mostró a Rossanda el acta de la reunión de Génova (hasta ese momento secreta) y agregó en voz baja, sonriendo: "Pero fíjate, cuando Grieco expuso mi punto de vista, no hubo mayor discusión. Si Gramsci hubiese estado allí, en cambio, habría luchado hasta el fin".

Rossanda me ha hecho notar recientemente a este respecto, expresando su propio punto de vista, que Togliatti conocía en definitiva el precio que Gramsci pagaría *hasta el fin* por su carta, y que él ciertamente lo habría protegido en 1926 y después, ya que, aunque estuviese encarcelado, los comunistas más fieles a la Internacional lo hubiesen expulsado abiertamente. Y, según ella, si todo el drama fue horrible, lo fue menos que lo que sugiere Paggi al referirse a la expulsión de Gramsci del PCI: cuando, en 1936, Togliatti no llama a Gramsci a Moscú, ésa es la única manera de salvarle la vida, de evitarle una muerte tal vez mucho más atroz.

LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE, EXPERIENCIA CAPITAL EN LA FORMACIÓN DE GRAMSCI

Para no perder de vista el tema de este estudio –Gramsci y la revolución– y a fin de precisar asimismo la naturaleza de los vínculos entre Gramsci y el movimiento obrero internacional, será conveniente poner el acento en la relación entre el joven Gramsci y la revolución de Octubre, así como en su visión del proceso revolucionario en Italia; visión que descansa, como la de los Soviets, en los Consejos de fábrica como núcleos organizados, que liberan una energía revolucionaria y reafirman la función dirigente de los obreros; proceso revolucionario que Gramsci consideraba inminente, después de Octubre de 1917, a través de todo el Occidente.

Lo que constituye la originalidad de Gramsci, desde su juventud, es la constante referencia a la situación internacional, que lo conduce a su concepción de la revolución, basada a su vez en un análisis de clase a escala nacional. Gramsci no sigue ningún esquema. Los rechaza todos. Es su manera propia –que los burócratas ortodoxos llaman *no marxista*– de leer *El capital* teniendo en cuenta el hecho de que la revolución ha estallado en un mundo semiindustrializado como Rusia, y no en un país capitalista desarrollado, sometido a las leyes estudiadas por Marx. El pensamiento de Lenin, no sólo representa, en *¿Qué hacer?*, la primera reacción a la interpretación fatalista del marxismo, sino que inaugura, con la revolución de Octubre, una nueva interpretación del marxismo como conjunto de leyes generales: las revoluciones nacionales pueden formar parte de la revolución general, y los países capitalistas poco desarrollados como Rusia pueden hacer realizar un salto adelante hacia la revolución mundial. En dos artículos sobre la revolución de Octubre –"La revolución contra *El capital*", publicado en *Avanti!* el 24 de noviembre de 1917, y "Nuestro Marx", que apareció en *Il Grido del Popolo* el 4 de mayo de 1918–, Gramsci reafirma, contra los partidarios de las interpretaciones mecanicistas, que si bien las leyes del desarrollo histórico aparecen como una tendencia general, ellas son, en realidad, obra de los hombres, de manera que hay que conceder una gran importancia a los factores que ponen en juego los datos objetivos y subjetivos que caracterizan a una realidad de tipo nacional. ¿Qué significa ser marxista? Ésa es, en definitiva, la interrogación de Gramsci. "La revolución de los bolcheviques se ha injertado definitivamente en la revolución general del pueblo ruso", escribe en "La revolución contra *El capital*". "Es la revolución contra *El capital* de Marx. Éste era, en Rusia, el libro de la burguesía más que el del proletariado. Constituía la demostración crítica de que era inevitable que se formara, en Rusia, una burguesía, que se abriera una era capitalista, que se estableciera una civilización de tipo occidental antes de que el proletariado pudiese pensar en su ofensiva, en

sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los acontecimientos tomaron desprevenidas a las ideologías. . . Las leyes del materialismo histórico no son tan intangibles como se podría creer y como se ha creído. Es evidente que aunque los bolcheviques hayan rechazado algunas afirmaciones de *El capital*, no por eso han negado su pensamiento inmanente, vivificante. No son 'marxistas' en el sentido de que su compilación de las obras del maestro no dio lugar a una nueva doctrina plena de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Vivieron el pensamiento marxista, el que no muere jamás. . . Y ese pensamiento afirma siempre que el factor determinante de la historia no son los hechos brutos de la economía, sino el hombre, la sociedad de los hombres. . . quienes afirman una voluntad social, colectiva, comprenden los hechos económicos, los juzgan y los someten a su voluntad haciendo de ésta la fuerza motriz de la economía, modelando la realidad objetiva, viviente, inestable, que adquiere la consistencia de la lava en fusión y puede canalizarse dónde y como lo desee la voluntad" *(S G*, pp. 149-150 [cf. *Antología*, pp. 34-35]).

Althusser escribe en *Para leer El capital*, haciendo una alusión más precisa al *historicismo* de Gramsci: "Sin embargo, se habrá notado que este último sentido del 'historicismo' que nos remite a un tema interior de la teoría marxista es todavía, en gran parte, una *indicación crítica*, destinada a condenar a todos los marxistas 'librescos', a aquellos que pretenden hacer recaer el marxismo en el destino de las 'filosofías individuales' que no tienen nada que ver con la realidad, y a todos los ideólogos, que tal como Croce, retoman la desgraciada tradición de los intelectuales del Renacimiento, que quieren educar al género humano 'desde arriba' sin entrar en la acción política ni en la historia real. El historicismo afirmado por Gramsci tiene el sentido de una vigorosa protesta contra ese aristocratismo de la teoría y de sus 'pensadores'. La vieja protesta contra el fariseísmo libresco de la II Internacional *(La revolución contra El capital)* resuena todavía: es un llamado directo a la 'práctica', a la acción política, a la 'transformación' del mundo sin lo cual el marxismo no sería más que el alimento de ratas de biblioteca o de funcionarios políticos pasivos".

En "Nuestro Marx", Gramsci rompe otra vez una lanza contra la ideología dominante del movimiento socialista que hace de Marx un "místico", "un metafísico positivista", un "Marx impregnado de tendencias positivistas y naturalistas", y comienza preguntándose provocativamente: "¿Somos marxistas? ¿Hay marxistas? Tonterías. . . Se reincidirá en estas preguntas en ocasión del centenario, y harán correr un río de tinta y de burradas. Marx no nos dejó como doctrina una serie de pamplinas; no tenía nada del mesías que deja tras de sí una retahila de parábolas cargadas de imperativos categóricos, de principios indiscutibles, absolutos, fuera del tiempo y del espacio. Un único imperativo categórico, un solo precepto: *Proletarios de todo el mundo, uníos. . .* Con

Marx, la historia sigue siendo el dominio de las ideas, del espíritu, de la actividad consciente de los individuos aislados o asociados. Pero las ideas, el espíritu se sustancializan, pierden su carácter arbitrario; dejan de ser ficciones arbitrarias sociológico-religiosas. Su sustancia se encuentra en la economía, en la actividad práctica, en los sistemas y las relaciones de producción y de intercambio. . . Marxista es un adjetivo gastado como una moneda que ya ha pasado por muchas manos. Karl Marx es el maestro de nuestra vida espiritual y moral, y no un pastor armado de un báculo" [cf. *Antología,* pp. 37-40].

Esta apasionada polémica de Gramsci contra las deformaciones deterministas de la II Internacional no constituye inicialmente más que un aspecto de la batalla contra la pobreza política del socialismo italiano y su incapacidad revolucionaria –violentamente evidenciada por Octubre de 1917– para afrontar los grandes problemas de las revoluciones nacionales.

Para penetrar en la textura política más íntima de los conceptos gramscianos hay que tomar asimismo en consideración los juicios sobre el jacobinismo y sobre la revolución rusa como revolución no jacobina. El jacobinismo remitía a la posición de clase de una revolución burguesa; Gramsci veía, pues, en él "un fenómeno puramente burgués". Pero en los artículos que datan de 1917, Gramsci critica el jacobinismo desde otra perspectiva, en cuanto "régimen autoritario que sustituye a otro régimen autoritario", mientras que la revolución de Octubre es un movimiento que nace en la *base,* y beneficia no sólo a la clase proletaria sino a toda la población laboriosa. Desde el comienzo tiene un claro carácter de clase, de dictadura de clase, establecido en ruptura con la vieja maquinaria del Estado, y tendiente al surgimiento de un nuevo Estado proletario.

Esta lectura de Marx del periodo juvenil, aunque impregnada de voluntarismo, va acompañada en Gramsci de una constante referencia a la fábrica, concebida como parte del territorio nacional, y lugar indispensable al nacimiento de la lucha por un nuevo Estado; lectura que anticipa ya una práctica política: la de los Consejos de fábrica. Según Gramsci, a través del sistema de los Consejos, "los hombres, todos los hombres, se convierten en artífices de su destino". Para él, la revolución de Octubre es el ejemplo de esa victoria de la voluntad política sobre el determinismo económico, del hombre en su realidad histórica sobre el "ineluctable" curso de las cosas. Es la victoria sobre el fatalismo de los dirigentes socialistas reducidos a la impotencia por su propia dimisión. A este respecto se puede evocar, a título de síntesis ilustrativa, la "fábula del castor" que cuenta Gramsci para ejemplificar sobre el destino adverso y las derrotas políticas a las que se exponen los capituladores: "El castor, perseguido por los cazadores que quieren arrancarle los testículos de los que se extraen medicamentos que salvan la vida, se los arranca por sí mis-

mo" *(PP,* p. 59). Reivindicando a los maestros del socialismo científico (desde 1911), Gramsci recordaba en *Il Grido del Popolo* (9 de febrero de 1918) las enseñanzas de Marx en *La Sagrada Familia:* "La historia no hace nada, el hombre lo hace todo". Y también a Marx en *El 18 Brumario:* "Los hombres hacen su propia historia bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado".

Para Gramsci, los bolcheviques conciben la historia como un proceso de creación sin fin: Lenin es el más socialista y el más revolucionario de todos porque la base de su cultura es el materialismo dialéctico. La manera más legítima de definir el "humanismo gramsciano" –que, por lo demás, se apoya en las obras del joven Marx, en su historicismo teñido de idealismo– consiste en acentuar ante todo esa mezcla de intuiciones sintetizantes y de pasión voluntarista por el Octubre victorioso ("¡Dios es el hombre!", exclamará Gramsci, en un momento, a propósito de los bolcheviques).

Ahora, abordamos el otro problema: el papel que atribuye el joven Gramsci a la filosofía de Croce, de quien dice (el 11 de febrero de 1918), a propósito de la *Città futura,* que "era, en Europa, el mayor pensador del momento", pues su pensamiento contendría las premisas de un resurgimiento del marxismo en los jóvenes, así como el *hegelianismo,* para Marx, había originado una nueva concepción de la historia y de sus leyes.[4]

A Hegel, símbolo de la libertad de pensamiento en oposición a la arbitrariedad del *Syllabus (Il Grido del Popolo,* 15 de enero de 1916),

[4] En su juventud, Benedetto Croce se interesó en el marxismo, sobre todo bajo la influencia de Labriola, pero pronto se orientó hacia concepciones revisionistas, hasta el punto de que su ensayo *Materialismo histórico y economía marxista* suministra –como observa Gramsci– "las armas intelectuales a los dos movimientos revisionistas más importantes de la época, el de Bernstein en Alemania y el de Sorel en Francia".

Croce creía haber "liquidado" al marxismo, considerado por él como "un puro esquema económico de interpretación de la historia".

Croce se interesó en todos los campos de la cultura: filosofía, literatura, historia, arte, política. Fue, con Gentile, el "padre" del neoidealismo italiano, reduciendo la realidad a la del espíritu, y la historia concreta a la de las ideas. En política, fue un liberal, por lo tanto un enemigo declarado del comunismo hasta el punto de que vio con buenos ojos el ascenso del fascismo.

Bajo la dictadura, y aunque profesara abiertamente opiniones antifascistas, no fue molestado y pudo proseguir su trabajo mientras millares de militantes eran condenados al exilio o a la cárcel. Esto se explica por el hecho de que, desde el comienzo del siglo, Croce había llegado a ser el mejor instrumento de la hegemonía burguesa. Era el "papa laico" de la cultura italiana, como escribe Gramsci, quien mostró cómo Croce se convirtió en "el instrumento de la hegemonía de un grupo social sobre la hegemonía nacional entera" y, por consiguiente, en "la maquinaria más poderosa para poner de acuerdo a las fuerzas nuevas" con los "intereses vitales (no sólo inmediatos sino también futuros)" del grupo dominante.

Gramsci le reconoce un valor mayéutico, que es función de la relación que establece entre Hegel y Marx, entre idealismo y materialismo histórico. "En el conflicto que opone el *Syllabus* a Hegel –escribe en su polémica contra Missiroli–, es Hegel quien triunfa, porque Hegel es la vida del pensamiento que no conoce límites y se afirma a sí mismo como algo que se trasciende, que se supera, que se renueva incesantemente. . ."

A pesar de los resabios de idealismo que hay en esta concepción de juventud, Gramsci en los años siguientes, irá identificando progresivamente en Croce al adversario que es preciso atacar, "el reaccionario más dañino de la península", el enemigo que ejerce su dominación sobre los intelectuales, dominación que hay que derrocar para abrir el camino a la hegemonía de la clase obrera. Gramsci define a Croce como "la más poderosa maquinaria de sometimiento de las fuerzas nuevas a los intereses vitales (no sólo inmediatos sino también futuros) que posee actualmente el grupo dominante, el cual me parece, sabe apreciarlo en su justo valor, a pesar de las apariencias". Aquí Gramsci expresa abiertamente sus dudas en cuanto al "antifascismo" radical de Croce *(Cartas desde la cárcel,* núm. 269).

"Tras el frente de los terratenientes –afirma Gramsci en *Algunos temas sobre la cuestión meridional–* actúa en el Mediodía otro frente, el de los intelectuales, cuya misión consiste en tapar las brechas del primero a fin de prevenir su derrumbe. Los representantes de este frente de intelectuales son Giustino Fortunato y Benedetto Croce, a quienes, hay que considerar, por eso, como los reaccionarios más dañinos de la península". No obstante, Gramsci es el primero en reconocer, no sin ironía, su "crocianismo" juvenil, cuando escribe en los *Cuadernos:* "En 1917, [yo] era más bien de tendencia crociana" *(MS,* p. 199 [205]).

LOS CONSEJOS DE FÁBRICA

Es la revolución de Octubre la que dio todo su sentido a la acción de Gramsci, comprometiéndola en la vía que debía conducir a los Consejos de fábrica ("La revolución internacional ha tomado cuerpo y se ha reforzado a partir del momento en que el proletariado ruso ha inventado el Estado de los soviets sobre la base de su experiencia de clase explotada", escribe el 15 de mayo de 1919). Lo que plantea la pregunta: "¿Existe en Italia, como institución de la clase obrera, algo que pueda compararse a los soviets, que participe de su naturaleza?" Sí, responde Gramsci, existe y es la *Comisión interna*[5] *(ON,* 12-14 de agosto de 1920). "El

[5] Los Consejos obreros, o más exactamente los temas desarrollados por *L'Ordine Nuovo* en torno a los Consejos nacieron, entre otras, de esta cuestión: ¿existe

Consejo es la unidad básica en el lugar de trabajo, el primer eslabón de la cadena histórica que conduce a la dictadura del proletariado y al comunismo" (*O N*, "La cuestión de las comisiones internas", 15-19 de agosto de 1919).

En 1919 se inicia un vigoroso movimiento, del que surgirán los Consejos creados por iniciativa de *L'Ordine Nuovo*, en quince empresas que agrupan a más de 30 000 trabajadores.[6] La polémica contra el reformismo del partido y del sindicato se desarrolla en el plano de los ataques políticos, y adquiere una fuerza revolucionaria que, en muchos sentidos,

en Italia algo que se asemeje a los soviets? Y de la respuesta positiva que se pudo dar entonces: la clase obrera italiana ha creado ya, desde hace un cierto tiempo, organizaciones de base (por lo menos en el plano teórico): las Comisiones internas.

Fue en 1906 cuando se asistió a su primera y tímida aparición, a iniciativa de los obreros metalúrgicos. Objetivo: disponer de una organización que fuera portadora de los intereses de los obreros, que garantizara y defendiera en la fábrica los derechos de los trabajadores en materia de aplicación de las tarifas del trabajo a destajo, de medidas disciplinarias, de horarios, de calificaciones, etc. Los jefes de empresa toleraron, pero sin reconocerlas, las Comisiones internas que para las demás categorías de trabajadores no eran sino un objetivo por alcanzar. En cierto modo, se trataba sin duda de organizaciones corporativas, pero estaban estrechamente ligadas a la lucha de clases.

Durante la guerra, el propio gobierno favoreció la creación de las CI, no para tomar a su cargo los intereses de los obreros, sino para disponer de una organización "obrera" que permitiera oponerse a los movimientos de huelga, al descontento, etc.

En 1919, las CI de la Federación italiana de obreros metalúrgicos (FIOM) fueron reconocidas oficialmente. Debían estar compuestas de cinco miembros elegidos por los obreros inscritos en el sindicato y eran mandatarias de la FIOM en las fábricas. Sin embargo, en la práctica, los cinco miembros eran elegidos antes de las elecciones por la burocracia sindical de la FIOM y el procedimiento electoral era bien sumario (¡voto mano en alto a la salida de la fábrica!). Esas organizaciones, aunque respondían a la voluntad de los obreros, eran así muy poco democráticas y representativas (recordemos que sólo los miembros de la Federación tomaban parte en el voto). La competencia de las CI no iba más allá del marco de los acuerdos sindicales (acuerdos contractuales entre patrones y sindicatos); separados de la organización productiva, es decir, de los talleres de la empresa, sólo representaban de una manera muy general al conjunto de los trabajadores. La aspiración de los obreros a una organización democrática y autónoma no había sido satisfecha.

L'Ordine Nuovo trató de responder a esa necesidad sobre la base de los dos siguientes principios fundamentales:

a. todos los obreros sin distinción son electores;
b. la organización obrera debe articularse sobre la base de las unidades de producción (equipos, talleres, fábricas).

De ese modo, en 1919, *L'Ordine Nuovo* propuso la elección de comisarios de taller que debían formar un Consejo de fábrica, a partir del cual se debería crear la Comisión interna o Comité ejecutivo. En síntesis, se puede decir que las viejas CI fueron los órganos de los sindicatos, mientras que los Consejos de fábrica pretendían ser los de las organizaciones de masas.

[6] La ciudad del automóvil contaba, en esa época, 150 a 200 000 obreros industriales.

la hace aún muy actual. *L'Ordine Nuovo* fustiga a los mandarines del sindicato, guardianes y tutores de la clase obrera, que tienen una visión burocrática de la relación partido-masas y consideran a los trabajadores como atrasados, anulando su iniciativa. Gramsci desarrolla insistentemente el punto de vista estratégico de que son las masas las destinadas a "hacer la revolución" y no el sindicato o el partido (PSI). El movimiento proletario debe encontrar su propia expresión y dar a luz sus propias instituciones. Es algo muy diferente de una *visión sindical* o de un *sindicalismo revolucionario.* A través de su crítica corrosiva del reformismo sindical y de partido, Gramsci busca la nueva vía de una política obrera, que conducirá a la formación del partido comunista en 1921. Más que una vocación libertaria, más que una forma de espontaneísmo, más que un avatar del anarcosindicalismo, en la acción de Gramsci hay que ver un esfuerzo constante por "adjudicar a las masas toda facultad de iniciativa revolucionaria".

¿Nos hemos alejado de la política? No, al contrario, estamos en su centro mismo. Precisamente en este terreno, Gramsci identifica su lucha con la de Lenin y la de Rosa Luxemburgo, a quienes justamente reivindica, ya que tanto uno como otra, más allá de las evidentes diferencias de fondo, emprendieron una dura batalla teórico-política contra el mismo enemigo socialdemócrata. La Luxemburgo, a través de los consejos obreros *(Arbeiter Rat),* trató de hacer prevalecer, contra un Estado burocrático que tuviera en sus manos la socialización, una organización democrática de masas que controla la producción y organiza a partir de la base un nuevo orden. ¿Y no fue Lenin quien estigmatizó la posición de los socialdemócratas independientes de Alemania? Los acusó de no comprender el movimiento revolucionario de masas *(Escritos,* 1919) y dijo a este respecto: "Nuestros filisteos sueñan evidentemente con una revolución en cuyo transcurso las masas se sublevarían de golpe, ya organizadas. Revoluciones de este tipo no existen y no pueden existir. El capitalismo sólo puede ser derrocado mediante una revolución que, en el curso de la lucha, subleve a masas aún no preparadas. Las explosiones espontáneas bajo la ola revolucionaria son inevitables". (Ulteriormente abordaremos, a través del estudio de la "gran derrota" del proletariado europeo, la crítica gramsciana de lo que es la "huelga general" para la Luxemburgo, aunque su juicio sobre la gran revolucionaria sea superficial, haciéndose eco de la campaña llevada a cabo por la Internacional.) La denuncia de Gramsci de la concepción idólatra del Estado propia del sindicalismo,[7] se confunde con la de la visión socialdemócrata reformista, de inspiración prusiana y típicamente burocrática, sobre las relaciones entre Estado y movimiento obrero. Lejos de encauzar esta polémica en las *impasses* del anarcosindicalismo —Gramsci fue acusado de anarco-

[7] Sobre la crítica del sindicalismo, cf. *M,* pp. 29-37 [38-48] y *PP,* pp. 55-59.

sindicalista por los reformistas del partido y de la CGL [Confederación General del Trabajo], y también por Bordiga, con lo cual el círculo está cerrado–, hay que entenderla a la luz del leninismo y sus enseñanzas (olvidadas por Stalin), en relación con su concepción del Estado, de la revolución y de las fuerzas motrices de ésta.

Por otra parte, la "espontaneidad" a la que alude Gramsci se presenta como el medio de pasar por encima de los aparatos burocráticos y jerárquicos del sindicato y del partido, para encontrar al trabajador en su condición de ciudadano y de productor, y no ya de asalariado y miembro del sindicato o del partido. ¿Cómo no tener presente que es esta misma "espontaneidad" la que evoca Mao en la consigna "de las masas a las masas", que implica que el partido debe ser un núcleo dirigente pero no "funcionarizado", para no constituir un obstáculo a la imaginación creadora de las masas? ¿Y qué es la misma "espontaneidad" a la que se apela para poner en movimiento la revolución cultural china, no bajo la forma de una explosión anárquica, sino como un proceso dinámico que requiere la energía creadora de los hombres, para "hacer la revolución y promover la producción"? Tampoco conviene olvidar que durante la explosión de la revolución cultural china, el primer organismo que se suprimió dentro de la fábrica fue precisamente el sindicato, acusado de burocratismo y de economicismo (se lo remplazó por la Asamblea obrera); en 1973 se lo recreó sobre una base política muy diferente. Gramsci no retoma la fórmula leninista del sindicato como "correa de transmisión del partido": Lenin había elaborado esa fórmula contra Trotski, para rechazar la tesis de la institucionalización del sindicato, para reivindicar su autonomía en la estructura estatal; Stalin deformará esta fórmula para establecer la sumisión total del sindicato al partido.

Para Gramsci, es igualmente cierto que el sindicato es susceptible de suprimir toda la energía creadora que haya en el seno de las masas aún no políticamente organizadas, pudiendo reducirse así a una simple y mala réplica de lo que antes existía, o de lo que existe por encima de él.

La práctica que inaugura *L'Ordine Nuovo* es la del contacto directo, la del diálogo con las masas, con todos los trabajadores, sindicalizados o no, socialistas o anarquistas, católicos o sin partido; en una palabra, tiende a hacer de la Comisión interna "una emanación espontánea de la masa que se autogobierna", y de la elección del Consejo un acto en el que participan todos los trabajadores, incluso los no sindicalizados (dicho sea entre paréntesis, los comités revolucionarios, en China, nacieron sobre la base de este tipo de elecciones), a fin de que el Consejo lleve en sí los gérmenes futuros del poder de base, como expresión de la mayoría absoluta de los trabajadores.

Dirigiéndose a los trabajadores, Gramsci les inculca nuevos hábitos, en oposición a lo que hacen los patrones barrigones del sindicato y del partido, que distribuyen desde lo alto las directivas y "dirigen" a las

masas. "Actúen, trabajen, creen" les dice en cambio Gramsci. "Las cosas que se dicen en el diario, véanlas, reconsidérenlas con sus propios ojos, traten ustedes mismos de sacar el mejor partido de ellas, por su cuenta. Sólo lo que se adquiere por sí mismo tiene valor en la lucha social y en la vida intelectual. . ." (*Rassegna sull'Ordine Nuovo,* del 19 de julio de 1919). Nos parece escuchar un eco del "contar con las propias fuerzas" de los chinos y de este otro lema: "La teoría sin la práctica es ciega". . . "Animarse a pensar, animarse a hablar, animarse a actuar" son las consignas que han desencadenado la revolución cultural.

Es el periodo de colaboración más intenso entre Gramsci y Togliatti, a pesar de algunos momentos de ruptura cuya consideración de detalle sería muy extensa.[8] A Togliatti se debe el artículo que reclama "la reanudación de la producción", entendiéndose que "los trabajadores harán funcionar las fábricas sin los patrones" y que se creará un sistema de representantes (delegados de talleres, se diría hoy) que garantizará una total democracia obrera. El sindicalismo, concebido como una nueva forma de lucha de las masas organizadas, fue entonces objeto de un estudio particular sobre la base de experiencias que habían tenido lugar en Inglaterra a través del movimiento de los *shop stewards:* quince obreros elegían un delegado, la asamblea de delegados constituía un comité obrero

[8] A propósito de las relaciones entre Gramsci y Togliatti, entre mayo y septiembre de 1920 se abre una crisis en el interior de la sección del PSI turinés. El grupo de *L'Ordine Nuovo* se quiebra: Gramsci se acerca a los abstencionistas bordiguistas, Togliatti y Terracini se vinculan al "derechista" Tasca. Detrás de las cuestiones inmediatas, sobre todo la de saber si había que participar o no en las elecciones administrativas que se avecinaban, las divergencias tenían que ver con la orientación de la política del partido.

Tasca veía en el movimiento de los Consejos de fábrica un medio de reforzar las posiciones y la autoridad de la corriente turinesa en el interior del PSI y del sindicato; por eso rechazaban toda orientación antisindical en el seno de los Consejos. En virtud de esas mismas razones, deseaba un PSI reformado. Como dice el mismo Gramsci (carta del 5 de enero de 1924), en agosto de 1920 Togliatti y Terracini "se unieron a Tasca, quien se había separado de nosotros (o sea de *L'Ordine Nuovo)* ya en el mes de enero" [cf. *Antología,* p. 135].

Gramsci, en cambio, se había "acercado" a los bordiguistas, quienes, desde hacía un tiempo, afirmaban la necesidad de crear un partido comunista. Esto se explicaba por el hecho de que, en razón del desarrollo de la experiencia de los Consejos y del movimiento obrero italiano e internacional, Gramsci tendía a poner el acento en los Consejos como factores de ruptura, tanto respecto al Estado burgués como a las instituciones tradicionales de la clase obrera (partido y sindicato), cada vez más metidos en el pantano del reformismo. Hacia mediados de 1920, Gramsci tomó plenamente conciencia de la necesidad de crear un partido comunista, y con ese fin estimuló la formación de "grupos de educación comunista" que trabajaran en el seno de los Consejos de fábrica para someterlos a su hegemonía y hacerles adquirir esa dimensión revolucionaria que habían tenido los soviets gracias a la acción de los bolcheviques durante la revolución rusa. En otras palabras, Gramsci captó perfectamente la significación del papel del partido revolucionario.

y el conjunto de todos los comités obreros reunidos, un comité obrero local.

Gramsci se interesó vivamente en las experiencias del sindicalista revolucionario norteamericano Daniel De Leon. Posteriormente, Lenin juzgó también positivamente la función de los delegados obreros creados por De Leon, los IWW *(Industrial Workers of the World)*. Y aunque Lenin no haya conocido sus escritos, anteriores a la experiencia rusa de 1905, sino después de la muerte del marxista norteamericano, cuando los leyó, en 1918-1919, lo impresionaron tanto que Arthur Ransome anota en su testimonio: "Algunos días más tarde, Lenin introdujo algunas frases de De Leon en el proyecto del nuevo programa del PC, como si hubiera querido, de esa manera, rendir un homenaje a su memoria". En la efervescencia del espíritu internacionalista del movimiento obrero, Gramsci descubrió los textos de De Leon, muerto en 1914, a través de las traducciones existentes, y no fue insensible a esa tentativa de adaptar el marxismo a las particularidades del desarrollo industrial norteamericano, ni a esa lucha por superar el reformismo mezquino de la socialdemocracia a través de la confianza otorgada a la capacidad del movimiento de los IWW de crear un partido revolucionario que estuviera en condiciones de derrocar el Estado burgués.

En toda esta fermentación ideológica, Gramsci encontró un estímulo para proseguir el combate por la creación de nuevas instituciones prole-

Como se ve, la cuestión era de importancia, lo que no impide que los historiadores del PCI la silencien: ella muestra claramente que la pareja Gramsci-Togliatti, de la que se ha hecho un mito, no estaba tan unida como se quiere hacer creer. En realidad, Togliatti se separó muy pronto de Tasca para volver a las posiciones de Gramsci. Las relaciones Gramsci-Togliatti son una serie alternada de oposiciones y acercamientos. Es lo que se produjo en 1920, y lo que sucedió también en 1923-1924, cuando a Togliatti le costó tanto separarse de Bordiga para formar lo que se llama "el nuevo grupo"; igualmente en 1926, a propósito del problema interno del PC ruso; luego en 1929, en ocasión del "viraje"!

En definitiva, en todas las cuestiones importantes se comprueba una divergencia muy clara entre las tesis de Gramsci y las de Togliatti, quien, no obstante, no sólo no la reconoció sino que afirmó que después de comprender, ya sea de inmediato o tardíamente, la validez de las tesis gramscianas, había aceptado siempre las posiciones de Gramsci.

A propósito de lo que separa a Gramsci de Togliatti, un historiador comunista –Procacci, miembro del CC del PCI– ha escrito: "Togliatti. . . tenía en común con él [Gramsci] la formación cultural, el sentido de la particularidad y de la especificidad de la tradición revolucionaria italiana. Pero la conciencia de que esta tradición estaba hecha de anarquismo y de maximalismo vulgar y veleidoso lo hacía más escéptico, y contribuía a mantener en él una actitud pedagógica hacia el partido. . . y a reforzar en él la convicción íntima de que los comunistas italianos tenían mucho que aprender de esos comunistas rusos que habían sabido hacer la revolución y defenderla contra viento y marea. . . De allí su fidelidad al Comintern y a la URSS, y su desacuerdo con Gramsci sobre su evaluación de la evolución interna de la política soviética" (G. Procacci: *Storia degli Italiani*, Bari, 1970, p. 527).

tarias. En su conflicto con la vieja escuela reformista, se volvió hacia Francia, menos por el afán de hacer perder a su cultura su provincianismo que por familiarizarse con un estilo de vida y de pensamiento no ya local, ni aún regional, sino nacional y con mayor razón porque trataba de insertarse en un marco de vida y de pensamiento europeos. Sin embargo, no basta referirse aquí a la cultura francesa (por otra parte, Gramsci estaba más bien fascinado por toda la experiencia del Proletkult ruso y su producción intelectual), ni a Rolland, Barbusse y Nizan (de quien hablará en sus *Cuadernos*, a propósito del libro *Los perros guardianes*, que le parece "un apoyo a la filosofía de la praxis" *(M S*, p. 293); hay que pensar sobre todo en esa pasión con la que sigue la agitación política en Francia antes y después de la guerra, y más particularmente en el problema específico de la relación Gramsci-Sorel (que no podría reducirse a una simple relación de subordinación, como lo pretende Lindenberg en el prefacio de su ensayo *L'Internationale et l'ecole de classe*, y más bien señala la complejidad de la formación intelectual de Gramsci).

Gramsci toma conocimiento de la corriente crítica que, en Francia, se opone a la degeneración del partido político y que, durante el periodo posdreyfusiano, se integra con diversos sectores: desde el grupo sindicalista agrupado en torno a *La vie ouvrière*, hasta el de Péguy y los *Cahiers de la quinzaine*. Por distintos conceptos, lo que interesa a Gramsci, desde el punto de vista de su estudio sobre las relaciones intelectuales-clase obrera, es la lucha emprendida por los sindicalistas franceses contra un sindicato que sólo conoce reivindicaciones cuantitativas: gestor, en definitiva, de una administración burguesa. La oposición de Gramsci a ese tipo de sindicato no se refiere solamente al carácter estructuralmente anticuado del mismo, sino también a su origen liberal burgués, en la medida en que está esencialmente destinado a pactar con el capital para vender a mejor precio la fuerza de trabajo, y no a destruir el capitalismo. "Mientras que el Consejo ('negación de la legalidad industrial') tiende, por su espontaneidad revolucionaria, al estallido de la lucha de clases, el sindicato, por su forma burocrática, tiende a encubrir esa lucha" *(ON*, pp. 132-133).

La polémica emprendida, en Francia, contra el intelectual tradicional, contra el universitario cuya adhesión al movimiento obrero no constituye en absoluto un obstáculo a su carrera, así como el afán de unificar experiencia política y experiencia intelectual, lo mismo que la polémica de Péguy contra el "partido de los intelectuales", no se relacionan tanto con un mito generador de entusiasmo en este joven del Mediodía, como más bien con la idea de una revolución intelectual y moral de la sociedad, a la que consagrará desde ese momento la mayor parte de su enseñanza teórica, denunciando a los "políticos", al sindicalismo socialdemócrata, el reformismo mendicante, el vacío político.

El Sorel al que se refiere Gramsci en los años de juventud no es precisamente un dirigente político, sino un escritor importante con el que es tanto más fácil dialogar en el plano cultural cuanto que, para Gramsci, Sorel se distingue de los sindicalistas en su crítica del Estado centralizador y burocrático, en su rechazo del partido con vocación economicista, en su antiparlamentarismo, en sus apelaciones a la violencia, rasgos en los que Gramsci ve lo que lo diferencia de los reformistas.

Por otra parte, Arturo Labriola, en *Reformas y revolución social*, muestra claramente que la interpretación del sindicalismo que propone Sorel remite a un proyecto de plataforma opuesto al reformismo y a las estructuras de la organización económico-sindical, a una posición de clase original a partir de la cual debe desarrollarse la lucha de los trabajadores contra la organización política. La posición soreliana respecto al partido político descarta toda tentación economicista y se abre a la perspectiva de una nueva civilización en la que el proletariado, iniciando un proceso de barbarización de la clase dominante, se convertiría en el bloque granítico destinado a desarrollarse a partir de sí mismo: en este sentido, Sorel se preocupaba de reintroducir el postulado de Marx según el cual "la emancipación del proletariado es la obra del proletariado mismo". No vale la pena insistir en que la incoherencia de las opciones políticas de Sorel, su intervencionismo, su evolución reaccionaria, sus relaciones con el fascismo –que le valieron la admiración de Mussolini–, fueron, luego, estigmatizadas por Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel.* Pero, en verdad, Gramsci había elegido una vía muy personal y diferente de la soreliana, efectuando, desde el comienzo, esta distinción: "Hasta ahora tuvimos la ocasión de hablar extensamente de Sorel y de su obra. Lo cierto es que estamos muy lejos de aceptarla totalmente. Tomamos en cuenta la teoría sindicalista tal como nos la presentaron sus discípulos y quienes la aplicaron. . . No sentimos la menor simpatía por esas exageraciones y ese relumbrón intelectual lleno de suficiencia que se introdujeron en nuestro país en nombre del sindicalismo teórico" *(O N,* p. 460).

En sus escritos de la cárcel, Gramsci, luego de un análisis más severo, dará un juicio definitivo sobre su apreciación de Sorel. Éste es objeto de un ataque global y duro que da a Gramsci la oportunidad de examinar atentamente el problema de las clases medias, su apoyo al fascismo, y de reflexionar sobre el anarcosindicalismo. "La pequeña burguesía . . . es ese escudo de humanidad corrompida, disoluta, podrida, con el cual el capitalismo defiende su poder económico y político, humanidad servil, abyecta. . ." *(ON,* diciembre de 1919). Sorel servirá de pretexto para estigmatizar la incomprensión del papel del partido político, "la actividad pasiva" y "negativa" de la huelga general (lo cual nos remite a la crítica dirigida a Rosa Luxemburgo), las revoluciones abandonadas a la irracionalidad y a la total espontaneidad que disimulan, en

realidad, "un mecanicismo puro" (*M*, pp. 4-5 [12]). A partir de este momento, Gramsci concentrará su atención en el origen pequeño-burgués del fascismo, y ése será uno de los aspectos más importantes de su análisis, incluso a nivel de sus efectos en el movimiento comunista internacional. (Sobre la crítica de la corriente soreliana, cf. *M*, pp. 4-6 [10-13] y *MS*, pp. 105-115 [114-124]; sobre el reconocimiento de ciertas exigencias de Sorel, cf. *ON*, pp. 460-461, y *MS*, pp. 105-115 [114-124]).

Si el joven Gramsci había sabido extraer los aspectos positivos del pensamiento soreliano, simétricamente los *Cuadernos* cuestionan al personaje como "intelectual revolucionario" al que no se puede entender fuera del clima de " 'pánico antijacobino' de la época de la Restauración... El curioso antijacobinismo de Sorel, sectario, mezquino, antihistórico, es una consecuencia de la sangría popular de 1871... [que] cortó el cordón umbilical entre el 'nuevo pueblo' y la tradición del 93. Sorel habría querido ser el representante de esta ruptura entre pueblo y jacobinismo histórico, pero no lo logró" (*MS*, p. 109 [118]). El interés de Gramsci por las elaboraciones teóricas de Bergson tuvo un cierto peso en su formación de juventud, pero de ahí a hablar del "bergsonismo" de Gramsci, como dicen los reformistas, hay un abismo.[9]

EL PAPEL DEL PARTIDO

De acuerdo a ciertas afabulaciones, el Gramsci de los Consejos habría subestimado el papel del partido; por otro lado, existiría una diferencia fundamentel entre sus posiciones y la concepción leninista del control obrero y de la función decisiva del partido de vanguardia. Pero se puede invertir el punto de vista y, en lugar de hablar de subestimación, decir que Gramsci, hallándose frente a un PSI reformista, refractario a todo cambio, reconoció la necesidad absoluta de fundar un PC en la línea de la Internacional comunista.[10]

[9] Gramsci fue acusado incluso de bergsonismo. Fue en ocasión de su polémica ideológica y política con los reformistas cuando se desencadenó esta nueva campaña de denigración intelectual. En el contexto de la escisión, la acusación de bergsonismo reaparecía con insistencia, adoptando la forma de una excomunión y de una condenación políticas. Se consideraba bergsonianos a todos aquellos que, habiendo adherido a la Internacional comunista, pensaban que se podía poner la revolución a la orden del día mediante un acto de la voluntad. Ése era el sentido de la polémica reformista que, con la acusación de bergsonismo, trataba de descalificar no una posición ideológica, sino un acto político. Contra esta identificación directa de política y filosofía, Gramsci replicó refiriéndose por un lado a todas las posiciones que había asumido anteriormente, y por otro procediendo a una evaluación objetiva crítica de la filosofía de Bergson y del éxito que ésta había conocido en el seno del movimiento obrero italiano.

[10] El PSI era el único, además de Lenin y los bolcheviques, y de algunas mi-

Precisamente en el transcurso de los años 1919-1920 nace y se desarrolla en el seno de los Consejos la idea de la fundación de un nuevo partido, lo que prueba la profundidad de la comprensión del fenómeno revolucionario en la vanguardia obrera, y su madurez. Gramsci se encontraba entonces entre dos fuegos: por un lado, los ataques obreristas dirigidos por Bordiga; por otro, los de los reformistas y los sindicalistas de la CGL. Pero el apoyo de Lenin a la revista y a su orientación, en 1920, constituye la prueba de que *L'Ordine Nuovo* tuvo el mérito de "haber sabido traducir al lenguaje histórico italiano los principales postulados de la doctrina y de la táctica de la Internacional comunista" ("El programa de *L'Ordine Nuovo*", abril de 1924 [cf. *Antología* cit., p. 157]).

minorías de los partidos socialdemócratas europeos, en haber tomado claramente posición contra la guerra del 14-18. Esto prueba, si no su carácter revolucionario (pues nunca se llegará a la tesis leninista de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil), por lo menos su no compromiso con las clases dominantes.

En realidad, la oposición a la guerra, durante los primeros años, adquirió el aspecto equívoco de "ni adherir, ni sabotear". Esto se explica por la presencia de algunos "asnos" en el seno del PSI, el cual, desde sus orígenes (1892) había asistido a un enfrentamiento entre un ala revolucionaria extremista (anarquista, anarco-sindicalista, maximalista) y un ala reformista (primero Bissolati y Bonomi, luego Treves y Turati). En el Congreso de 1912, el ala revolucionaria predominó con. . . Mussolini. Sus raptos verbales, sus fogosas invectivas suscitaban gran simpatía entre los socialistas no desorientados por el reformismo; Bordiga y Gramsci no ocultaron cierta admiración por el aventurero Mussolini, entonces "socialista". Después de su traición, en vísperas de la guerra y hasta 1921, las diferente corrientes del PSI se distribuyeron del siguiente modo: reformistas (Turati), maximalistas (Serrati), revolucionarios (fracción abstencionista de Bordiga, maximalistas de izquierda, luego el grupo de *L'Ordine Nuovo* de Gramsci). Hay que tener presente que el PSI se contó entre los organizadores de los Congresos de Zimmerwald y de Kiental, y que adhirió a la Internacional comunista, aunque esta adhesión nunca fue total en razón de las críticas y de las dificultades suscitadas sobre todo por la cuestión de la expulsión de los reformistas. En 1921, en el Congreso de Livorno, los revolucionarios, crean una escisión y forman el PCI. Esa escisión, como observa Lenin, no se realizó en las mejores condiciones: el objetivo era expulsar (como lo pedía asimismo la Internacional Comunista) a los reformistas, y resolver así de manera positiva (revolucionaria) la crisis italiana de la posguerra. Pero como el ala maximalista constituía un bloque con los reformistas, el PCI sólo será un pequeño partido y como tal se encontrará en la imposibilidad (o, si se quiere, en la incapacidad) de guiar a las masas hacia la revolución.

Los reformistas sostenían la tesis de la necesidad de una transición lenta y progresiva del capitalismo al socialismo a partir del parlamentarismo y de la colaboración con la burguesía democrática.

Los maximalistas –el mismo nombre lo indica: partidarios de un programa "máximo" (el socialismo) por oposición al programa "mínimo" (es decir, la lucha cotidiana por ciertas mejoras)– pretendían, por cierto, aspirar a la revolución pero sólo de palabra. Su visión del mundo, mecanicista y fatalista, los condenaba a "esperar" mesiánicamente la revolución que llegaría tarde o temprano, pero sin hacer

"Sostener íntegramente el programa de la Internacional era para Gramsci, en los años 1919-1920, lanzar la consigna de los Consejos de fábrica y del control de la producción, es decir, la organización de la masa y de todos los productores en vista de la expropiación de los expoliadores y de la sustitución de la burguesía por el proletariado en la dirección del sector industrial y, en consecuencia, del Estado". Asimismo, en función de su primera experiencia de autonomista sardo, Gramsci vio la necesidad, aunque no llegara a efectuar una teorización política del problema, de ligar la cuestión meridional a la de la conquista del poder por la clase obrera italiana, como un elemento específico de la visión estratégica del proletariado italiano. Por lo tanto, desde el comienzo debía establecerse un enlace estrecho entre el proletariado obrero y el

nada para acelerar y dar un sentido a la marcha espontánea de los acontecimientos. El economicismo, el mecanicismo, la actitud expectante, el espontaneísmo, ésas eran las características propias del maximalismo.

La composición del PCI, surgido de la escisión de Livorno (1921), era la siguiente:

□ el grupo de Bordiga, sin duda el más importante por su influencia. Bordiga era la figura más representativa y mejor conocida de la izquierda socialista; su fracción estaba organizada en escala nacional y poseía su propio órgano, *Il Soviet.* Las tesis sostenidas por Bordiga pueden resumirse así: intransigencia de clase hasta el absurdo; abstencionismo electoral; concepción "mítica" del partido; crítica de toda idea, de toda solución, que no respetara literalmente los textos de Marx. El mérito de Bordiga consistió en haber sido el primero en reconocer la necesidad, aunque fuera de manera abstracta, de crear un partido comunista;

□ el grupo de los maximalistas de izquierda, corriente poco homogénea y confusa, pero sin duda la más importante numéricamente;

□ la Federación de la juventud, que aportó sangre nueva, su organización en escala nacional, y su periódico, *l'Avanguardia;*

□ el grupo de *L'Ordine Nuovo,* sin duda el más interesante desde el punto de vista de las ideas, que por lo demás se impondrán luego en el seno del PCI gracias a la acción de los espíritus más profundos y perspicaces; en él el movimiento obrero reconocerá justamente a sus dirigentes: Gramsci, Togliatti, Tasca, Terracini, Leonetti, etc. Pero el grupo era reducido, geográficamente muy localizado (Turín), y por esa razón poco conocido y poco influyente.

El jefe indiscutido del partido comunista era Bordiga; Gramsci, partidario convencido de la necesidad de un nuevo partido y admirador de Bordiga por sus cualidades y sus méritos, renunciará momentáneamente, entre 1921 y 1923, a algunas de sus ideas para someterse voluntariamente a la autoridad de Bordiga. Hecho notable: Gramsci no tomó la palabra en Livorno; se pretende que esto se debió a que su voz no tenía fuerza, o bien porque no era muy conocido, o también porque era sospechoso de intervencionismo a causa de un artículo publicado en 1914 con el título de "Neutralidad activa y operante". En todo caso fue Terracini, figura conocida y apreciada, quien tomó la palabra en nombre de *L'Ordine Nuovo.* Togliatti ni siquiera fue elegido para el Comité Central.

En 1923-1924, Gramsci librará una batalla contra el bordiguismo e impondrá sus ideas (todas inspiradas en *L'Ordine Nuovo)* –a costa de un esfuerzo sostenido, particularmente respecto a Terracini y Togliatti– a numerosos dirigentes, y luego a todo el partido, aunque éste, sin embargo, se había pasado con armas y bagajes al bordiguismo.

proletariado campesino; en realidad, ese enlace no llegó a establecerse. En su carta para la fundación de *L'Unità* (en *Rivista storica del socialismo,* núm. 18), Gramsci escribe: "Creo que el régimen de los soviets, con su carácter político acentuado por el PC y su descentralización administrativa, su combinación con las fuerzas populares locales, encuentra una preparación ideológica muy buena en la consigna: República federal de obreros y campesinos".

Según Gramsci, esa posición –aunque había que traducirla al lenguaje histórico italiano– era asimismo válida en lo que se refiere al *problema campesino,* por lo cual insistía en asimilar la situación social del campo ruso a la del campo italiano. Su concepción de la unión entre los obreros del norte y los campesinos pobres del sur se expresa en términos de hegemonía del proletariado, aunque Gramsci llegará a desarrollar el verdadero análisis de clase de la situación italiana recién después de la derrota que el fascismo infligirá al movimiento obrero, en 1926, en *La cuestión meridional* y las *Tesis de Lyon.*

El fracaso de la clase obrera italiana después de los "dos años rojos", su reflujo, el advenimiento del fascismo no invalidan la tesis de los Consejos, formulada en 1919-1920; pero sería más justo decir que la ruptura violenta producida por la toma del poder fascista conduce al Gramsci del último periodo al ahondamiento de su reflexión, a la plena madurez de su pensamiento, a las formulaciones más genialmente innovadoras. La tesis central de los Consejos se mantiene, pero reforzándose al integrarse en una síntesis más vasta, en una estrategia política global. La función prioritaria del partido respecto a los Consejos nace de la fundación del partido revolucionario –Gramsci llega a Livorno convencido del papel dirigente del Partido en la revolución proletaria–; Gramsci pasa de "la vanguardia obrera de los Consejos" a "la ideología del partido de vanguardia". Después de la ruptura de Livorno, escribe, sintetizando la situación: "Estamos en pleno Waterloo del revolucionarismo verboso, y el primer eslabón que debemos forjar es el partido comunista" *(SF,* 28 de enero de 1921, p. 52). Si, en el transcurso de los años 1919-1920, su pensamiento sigue dominado por la creación de los Consejos, más adelante se preocupará ante todo del partido. La temática de los Consejos no desaparecerá, pero se integrará en un contexto diferente. (cf. Spriano, en *Prefazione all'antologia di scritti dell'O.N.).*

Por otra parte, el nuevo partido hereda ciertos rasgos distintivos de los Consejos, particularmente los que hacen de él el instrumento y la forma histórica del "proceso de liberación interior por el cual el obrero se transforma de ejecutante en jefe y guía de la revolución proletaria". "Gramsci considera siempre a los Consejos como el instrumento básico para la movilización de las grandes masas, para su formación antiburocrática, y reivindica en ese sentido la tradición de *L'Ordine Nuovo;* pero la fuerza propulsora de la revolución –pues es aquí donde se sitúa, en

Gramsci, el salto cualitativo irreversible– ya no son los Consejos, sino el partido" (Salvadori: *Gramsci e il problema storico della democrazia,* p. 15). Por lo demás, Gramsci plantea sin ambigüedades la naturaleza de la relación entre partidos, consejos y sindicatos: "El partido es la forma superior de organización; los sindicatos y los consejos son formas intermedias en las que se organizan los proletarios más conscientes para la lucha cotidiana contra el capital; ese reagrupamiento se constituye sobre una plataforma sindical" *(SF,* p. 134).

¿Cómo se retoman los principios fundamentales elaborados durante el periodo de *L'Ordine Nuovo,* en todo su valor sugestivo y su teorización política? En mi opinión, la síntesis más afortunada es la propuesta por un joven teórico italiano, Giorgio Bonomi, en un libro sobre Gramsci *(Partito e rivoluzione in Gramsci,* Feltrinelli), a partir de los cinco puntos siguientes:

1) Las masas se organizan de manera autónoma y el partido del proletariado mantiene con sus organizaciones una relación dialéctica;

2) La organización proletaria nace en los lugares de la producción: este principio deriva de los Consejos, y su desarrollo conducirá a la idea de la célula, entendida como base organizativa del Partido;

3) El "hombre colectivo" (el comunista) se desarrolla "de abajo hacia arriba", o sea a partir de los lugares de producción. El trabajador, reducido por el proceso de producción moderno a un simple engranaje de éste, debe hacer "subjetivo" lo que se da "objetivamente". Lo "objetivo" es "el encuentro de la exigencia del desarrollo técnico con los intereses de la clase dominante", pero dado que se trata de una fase históricamente transitoria que, por lo tanto, puede y debe ser superada, el trabajador debe asumir "subjetivamente" el hecho objetivo de la forma moderna de la producción. Debe dejar de considerar sus propios intereses independientemente de las exigencias técnicas: la clase dominada deja de serlo y se afirma como "trabajador colectivo" no sólo a nivel de la fábrica, sino también a nivel nacional e internacional *(M,* pp. 150-151 [178-180] y *PP,* p. 78);

4) La revolución es un acto que realizan las masas y no una pequeña vanguardia;

5) El poder es ejercido por las masas, lo que muestra siempre el enlace profundo y la relación masas-partido.

De esta manera, Gramsci pasó de las reivindicaciones del periodo de los Consejos a la cuestión del partido y a los problemas de doctrina durante el periodo de *L'Ordine Nuovo.* Hay que ver, sin embargo, en el núcleo de la dialéctica de *L'Ordine Nuovo,* en sus contradicciones, en su drama, el momento crucial de un pensamiento que aspiraba, a partir de ese momento, a la transformación orgánica del partido para hacer de él el intrumento de la democracia socialista, verdadera expresión de la vanguardia. La moción "Para una renovación del partido socialista", prepa-

rada por Gramsci para la Internacional y aprobada por la sección socialista de Turín, adquirió cierto peso político en el segundo congreso de la Internacional, reunido en Moscú a fines de julio de 1920. Para Lenin, personalmente, esa moción tenía el valor de una proposición que poseía un contenido político a la vez justo y urgente en cuanto se veía surgir, en el seno del Consejo, la nueva concepción de un partido que excluía a "quienes no eran comunistas revolucionarios" y se reclamaba su transformación de "simple partido parlamentario mantenido dentro del marco estrecho de la democracia burguesa" en un partido del proletariado revolucionario. Las presiones y la cólera de la delegación italiana (Serrati, Graziadei, Bombacci, Bordiga) contra el grupo de *L'Ordine Nuovo*, acusado de intelectualismo abstracto, de aristocratismo cultural, de ineficacia práctica, no convencieron en absoluto a Lenin, quien, en un discurso pronunciado el 30 de julio de 1920, rechazó esas acusaciones, exponiendo el siguiente punto de vista: "Debemos decir simplemente a los camaradas italianos que la orientación de la Internacional comunista corresponde a la de los militantes de *L'Ordine Nuovo* y no a la de la mayoría actual de los dirigentes del partido socialista y su grupo parlamentario".

Pero ya era el periodo de la organización de la ofensiva patronal y su ofensiva, hasta el fascismo. Sería injusto pensar que Gramsci no tenía ninguna conciencia de la terrible encrucijada a la que habían llegado: o bien triunfaba el proletariado o bien la contraofensiva del capital. Por lo demás, en ese mismo documento dirigido a la Internacional, se decía muy claramente que las perspectivas en Italia eran las siguientes: o bien la toma del poder inmediata por la clase obrera, o bien la reacción burguesa a corto plazo. Esta reacción se desencadenará y, poco a poco, arrastrará incluso al poderoso proletariado de Turín a la marea de la reacción fascista. Como ya dije, incluso para los años siguientes hay que seguir refiriéndose al periodo de *L'Ordine Nuovo*, si se quiere situar el origen de clase del partido comunista nacido en Livorno, y comprender cómo sus propias características determinarán la forma de la nueva organización histórica del proletariado. Aunque nos podemos preguntar si, diez años más tarde, en las *Notas sobre Maquiavelo*, el acento no se desplaza hacia la vanguardia, el Príncipe, en cuanto éste sería el único en interpretar la realidad para extraer de ella las potencialidades menos evidentes, la autonomía del momento político en el seno del Partido, concebido como "moderno Príncipe", conserva un carácter dialéctico en su relación con las masas. El Consejo, en el espíritu de Gramsci, seguirá siendo sinónimo del consenso de la masa proletaria, de los trabajadores, en su búsqueda de un tipo, del tipo de democracia revolucionaria y socialista auténtica.

La lección del leninismo residirá para Gramsci en esa concepción de *revolución por abajo*, de proceso de formación molecular del Estado

obrero, concepción que Gramsci plantea como fundamento de su propia teoría del poder y que inspirará su estrategia política de dirigente del partido. "Deberíamos tratar de recrear entre nosotros –escribía Gramsci a Togliatti el 27 de marzo de 1924, siendo secretario del PC surgido de la escisión de Livorno– el clima que reinaba en 1919-1920, con los medios con que contamos: en esa época no tomábamos ninguna iniciativa si no había sido primero sometida a la prueba de los hechos, y si por diversos procedimientos, los trabajadores no habían sido antes consultados al respecto. Por esa razón nuestras iniciativas obtenían casi siempre un éxito amplio e inmediato y eran vistas como la expresión de una necesidad real y difusa, nunca como la fría aplicación de un esquema intelectual".

EL FASCISMO Y "EL PUEBLO DE SIMIOS"

El fascismo que azotó a los países de la Europa industrial barrió, en Italia, con la experiencia de la gran lucha proletaria y comunista. La actualidad del análisis gramsciano del fascismo reside en sus ideas sobre la relación entre fascismo y pequeña burguesía. La cuestión que plantea –¿dónde y cómo el fascismo logra obtener una base de masas?– encuentra una respuesta pertinente que puede explicar lo que ocurrió en Hungría, en Baviera, en Austria, en Italia y luego en la España de Franco, en Portugal, en Grecia, y los regímenes dictatoriales de América Latina.

En el movimiento fascista, la pequeña burguesía, aunque ha perdido la esperanza de reconquistar una función productiva, intenta por todos los medios conservar una posición de iniciativa histórica; por eso "imita a la clase obrera y sale a la calle". Gramsci describe despiadadamente a esa pequeña burguesía urbana, ávida de poder, llena de veneno antiobrero, profundamente conservadora, "una clase de fanfarrones, de escépticos, de corrompidos", comparándola con el Bandar-Log del relato de Kipling: "Ese pueblo de simios, que cree ser superior a los demás pueblos de la jungla, y poseer toda la inteligencia, toda la intuición histórica, todo el espíritu revolucionario, toda la ciencia del poder", etc. (*ON*, 2 de enero de 1921). Precisamente esta pequeña burguesía se había insertado, antes del fascismo, en la institución parlamentaria, transformándola de "organismo de control de la burguesía sobre la administración pública" en "tienducha de chismorreo y de escándalos para hacer una vida parasitaria". Esta pequeña burguesía, después de someterse al poder gubernamental, se convierte al antiparlamentarismo, abandona la constitución "buscando la corrupción".

"Después de arruinar el Parlamento, la pequeña burguesía está arruinando el Estado burgués: en una escala cada vez más vasta, rempla-

za la autoridad de la ley por la violencia privada, ejerciendo (y no puede dejar de hacerlo) esa violencia de una manera caótica, brutal y levantando contra el Estado a capas cada vez más importantes de la población". Gramsci previene entonces que "sólo una insurrección de las grandes masas puede destrozar un desborde reaccionario", pero, al mismo tiempo, subraya (y esto es válido tanto hoy como ayer) que "los socialistas nunca se plantearon seriamente la cuestión de la posibilidad de un golpe de Estado y de los medios que hay que poner en práctica para defenderse y pasar a la ofensiva" *(SF,* p. 137). En realidad, los comunistas tampoco. E incluso se podría decir que, así como Allende, tratando de alejar el putsch, buscó compartir el poder con los jefes de la reacción en ascenso, en Italia se encaró, en la época de Gramsci, una especie de "pacto de pacificación" entre los socialistas y los fascistas, pero este pacto, que no se celebró, sólo puede ser una "leve máscara [que] permite por sí sola continuar impunemente los preparativos y la organización militar de verdaderos ejércitos que se opondrán al gobierno y a los socialistas" *(SF,* p. 137).

Pactar con el fascismo para buscar una *unidad cada vez más amplia,* capaz de conjurar el peligro de la destrucción de la democracia, es decir, una *unidad* que no se fundaría en opciones políticas, en bases organizativas y en una formación ideológica de clase: he aquí un engaño que sirve para encubrir los preparativos del ataque antiproletario. ¿Qué hacen entonces esos hombres que tuvieron la ilusión de exorcizar el fascismo pactando con él? Son destruidos físicamente, al mismo tiempo que la vanguardia comunista, como lo demostraba –en opinión de Gramsci– la sangrienta experiencia húngara que concluyó con la dictadura de Horthy. En una fórmula lapidaria, escribió: "Para vencer a los comunistas, en un primer tiempo los reaccionarios halagan a los socialistas, pactan con ellos, celebran acuerdos de pacificación, pero una vez derrotados los comunistas, los acuerdos y los pactos son pisoteados y los socialistas conocen a su vez la horca y las balas" *(SF,* pp. 257-259).

Insistiendo en la matriz de clase pequeñoburguesa, Gramsci establecía, no obstante, una falsa distinción cuando suponía la existencia de un contraste entre el fascismo urbano y el fascismo de la pequeña burguesía agraria, y consideraba al fascismo agrario como una pura reacción capitalista, antisindical y antiproletaria; por el contrario, la unión entre la pequeña burguesía urbana y el fascismo agrario se reconstituyó muy pronto en nombre de la reacción: ésta también es una lección que no hay que olvidar.

Ese caos de una barbarie sin precedentes que es el fascismo se funda en lo que hoy llamaríamos "los bloqueos del deseo" de esas masas en su relación con el poder y el interés. ("Pues el interés sigue siempre y se encuentra donde el deseo lo pone, pero desea de una manera más profunda que su interés". Deleuze, *Le Nouvel Observateur,* marzo de 1972).

Para comprender la modernidad de Gramsci hay que escuchar el discurso de Wilhelm Reich: *no, las masas no han sido engañadas: han deseado el fascismo.* "Actualmente –escribe Reich– se admite universalmente que el fascismo no es un éxito de Hitler o de Mussolini, sino la expresión de la estructura irracional del hombre nivelado en la masa". Y también: "El fascismo como movimiento político se distingue de todos los demás partidos reaccionarios en que es aceptado y preconizado por las masas".

Se puede decir que el fascismo resurge periódicamente en Europa; no sólo se lo vio en Italia, en la rebelión de Reggio Calabria, en 1972, cuando los fascistas asumieron la dirección del movimiento de masas, sino que además vuelve bajo la forma de una ideología fascista difundida por la burguesía en el poder en los países europeos industrializados; aparece también a través de los "valores" y las "necesidades" que hace aceptar, a través de cierta visión del "orden" y la "justicia"; reaparece siempre detrás del entusiasmo por el éxito individual, detrás de la perspectiva de la "riqueza" y, finalmente, detrás de ese asco por las huelgas, por la lucha obrera y por el socialismo. El fascismo ideológico incita vigorosamente al pequeño burgués a ser "importante", para sentirse un igual del gran burgués capitalista, para creer, a nivel del deseo, que el poder se halla tanto en el oscuro policía como en el Primer ministro.

La acentuación de la matriz pequeño burguesa del fascismo ha representado igualmente, si nos referimos a la atormentada historia de Italia, uno de los aspectos más importantes de la contribución gramsciana; sus ideas encontrarán un gran auditorio en el interior del movimiento comunista internacional, constituyendo así un rasgo permanente de la originalidad de Gramsci respecto a las interpretaciones corrientes u oficiales, que no lograban apreciar el avance amenazador del fascismo hacia la victoria. Gramsci había obtenido, por ejemplo, que se retirara de las *Tesis* de Roma la frase referente a la imposibilidad de un golpe de Estado fascista en Italia. Pues Gramsci no compartía esa confianza acrítica, dogmática, en las masas, vistas como un todo indiferenciado, y que siempre tiene razón. Las masas también "hacen" el fascismo. De allí nace en Gramsci, aun en las reflexiones de los *Cuadernos,* la concepción del valor primordial del partido revolucionario, de la organización revolucionaria, e incluso de la organización militar del pueblo (Mao: "sin un ejército popular, el pueblo no tiene nada"); esa revaloración del partido revolucionario se opone a las posiciones contemporáneas del marxismo universitario, incapaz de ajustar cuentas con la historia, y que se limita a extraer de Marx algunas grandes frases ("no es el hombre, son las masas, etc."), dejando las cosas en el punto en que estaban, o sea en el "reformismo", en la "revolución sin revolución".

Los límites del análisis gramsciano del fascismo residen en las falsas ideas económicas, compartidas por todos los marxistas de la época, sobre el capitalismo "agonizante", y residen también en la incapacidad de cap-

tar –como ocurrió asimismo con todos los revolucionarios marxistas de entonces ("utopía" bolchevique de los años 1920)– la posibilidad de "racionalización parcial" que contenía el capitalismo. El problema de la expansión que puede lograr el desarrollo capitalista permite repetir, a propósito del Gramsci de los años 1919-1920, lo que había señalado Sweezy a propósito de Marx y Engels, o sea que éstos "subestimaban el nivel que podía alcanzar la expansión capitalista en los principales países europeos industrializados" (en *El presente como historia);* mientras que el capitalismo, en primer lugar en los Estados Unidos, alcanzó un grado de productividad que Gramsci sólo veía posible como consecuencia de la revolución y de la formación de una sociedad socialista. En definitiva, contrariamente a lo que pensaba Gramsci (y también Lenin), el capitalismo monopolista no abría la vía al estancamiento científico y tecnológico; al contrario, "la sociedad por acciones reveló ser un instrumento de una eficacia sin precedentes, capaz de promover la ciencia y la tecnología y de emplearlas para la producción de bienes y servicios" (Sweezy, *op. cit.).*

No obstante, la gran contradicción del capitalismo, entre la expansión de las fuerzas productivas, dominadas por los intereses privados, y las exigencias sociales de las grandes masas de productores, de la sociedad entera, aún no ha sido superada. En este sentido, no solamente el revolucionario marxista no puede calzarse las pantuflas del reformismo, sino que además debe verse impulsado a la reflexión y la acción a fin de poder "reinventar" la batalla del socialismo en las nuevas condiciones, cuando el capitalismo es cada vez menos capaz de resolver las contradicciones de clase que surgen en su desarrollo.

3
GRAMSCI Y EL LENINISMO

Dado que Gramsci hace progresar el leninismo completándolo y a veces superándolo, es imposible *descifrar* su obra sin referirse a Lenin.

Gramsci es un hombre político italiano que viene del "gran sur": de Cerdeña, a ese Turín de obreros en el que un "triple y aun un cuádruple provinciano" –como se autodefine– se convertirá en un gran dirigente proletario.

El proceso de su formación no es lineal. Gramsci es tributario de una gran tradición italiana que va de Vico a Labriola, y que hallará en Maquiavelo el gran maestro del arte político; por otra parte, pasará por Croce (ese "hegeliano" inteligente) y finalmente por Sorel y los anarcosindicalistas franceses. Pero los factores decisivos de su evolución deben buscarse en la tradición de la cultura europea, desde el racionalismo francés hasta Hegel. De modo que su formación intelectual es ante todo comparable a la de los grandes maestros del pensamiento marxista, Marx y Engels. El *iter* marxista de Gramsci pasa entre dos escollos, ambos evitados: el marxismo ortodoxo y el marxismo de los revisionistas. Entre uno y otro, Gramsci encuentra una vía original, lo que llama el "marxismo viviente". En este sentido, el artículo "La revolución contra El capital" puede ser considerado como su "manifiesto". En esa vía que había abierto en su juventud, progresará sin solución de continuidad, hasta el punto de que se lo podrá definir como el revolucionario más radical.

Pero lo que marcará a Gramsci será el leninismo, como fundamento a partir del cual efectuará la superación definitiva de lo que llama su "provincianismo", para alcanzar la amplitud de su visión teórica y política. Sin Lenin, Gramsci nunca habría llegado a su pleno desarrollo como teórico de la revolución en Occidente.

Lo que le faltaba a la tradición del pensamiento socialista, era la experiencia de una *verdadera revolución*. Fue Lenin quien provocó el acontecimiento: el concepto de revolución remitía ahora a un hecho de experiencia. Lenin puso un término a la larga diatriba de los tartufos de la II Internacional, que desde años atrás disertaban sobre la diferencia entre la rebelión y la agitación revolucionaria, entre la sociedad capitalista en su pleno desarrollo económico y el carácter inevitable de la revolución. Lenin está en el origen de la *verdadera revolución*, la que no se origina en una milagrosa catástrofe sino en una alianza de clases que destroza los viejos mecanismos del poder capitalista para sustituirlos por el nuevo poder proletario. Los reformistas, con su pedantería ampulosa,

afirmaban que la revolución proletaria y socialista sólo podría surgir en los países donde el capitalismo hubiera alcanzado su estadio supremo de desarrollo. Lenin refutó este punto de vista y abrió el camino a una nueva y fecunda concepción del marxismo. Para Lenin, en el capitalismo que ha llegado a la fase imperialista, la explosión de las contradicciones es la condición de una ruptura revolucionaria que la clase obrera puede provocar en función de las condiciones propias del país en el que actúa como vanguardia y ello, incluso en un país como Rusia, que estaba lejos de haber alcanzado un alto nivel de desarrollo capitalista. Cuando escribe el artículo al que me referí, "La revolución contra El capital" (refiriéndose al libro de Marx), artículo que aún hoy escandaliza a los espíritus bienpensantes, de su texto "parece brotar el grito de liberación del joven Gramsci, que, viendo lo que había pasado en Rusia, comprendía por fin que era posible desembarazarse de la pesada y molesta caparazón de materialismo y de positivismo chato que había recubierto en Italia el pensamiento de Marx, comenzando por algunos importantes y famosos agitadores socialistas". (Togliatti: *Antonio Gramsci,* Editori Riuniti, p. 166 [cf. el artículo de Togliatti en *Gramsci y el marxismo,* Buenos Aires, Proteo, 1965, p. 20]).

¿Quién de nosotros no lanzaría el mismo grito contra los actuales mandarines del marxismo o los supuestos marxistas "legales", si comprendiera que "La revolución contra El capital" es ahora y siempre un estímulo para liberarse del economicismo, que reduce lo esencial de la teoría al "desarrollo de las fuerzas productivas" capitalistas y espera el advenimiento fatal del *gran día,* limitándose a la práctica política del reformismo? ¿Quién no ha lanzado ese "grito de liberación" en el momento de la victoria de la revolución china, en otra fase del capitalismo, la del imperialismo, y en ese otro país donde, según nuestros actuales marxólogos, tampoco estaban reunidas las condiciones de la revolución? Los aspectos fundamentales que Gramsci retiene del leninismo se articulan sobre la base de una triple unión: doctrina del imperialismo, como etapa superior del capitalismo; doctrina de la revolución y por lo tanto del Estado proletario, que ejerce la dictadura en vinculación con su poder hegemónico; finalmente, doctrina del partido como fuerza dirigente de la revolución. Sobre este punto, Gramsci señala que la particularidad de la situación en Rusia reside en el hecho de que *se trata de la primera revolución en la historia que tiene como protagonista y dirigente a un partido* ("El partido comunista", 4 de septiembre de 1920, en *L'Ordine Nuovo,* 19 y 20 p. 157 [cf, *Antología* cit., pp. 105-115]).

Lo que había hecho falta al movimiento socialista, antes de Lenin, era la noción misma de un trastrocamiento de la relación de poder, la noción misma de factores que contribuyen a modificar el antiguo bloque de poder dominante para remplazarlo por la creación revolucionaria de un nuevo bloque. En este aspecto de la problemática insistirá permanen-

temente el Gramsci de los *Cuadernos*, para derivar el concepto de *nuevo bloque histórico;* nuevo bloque = nacimiento de una alternativa de poder, con todo su sistema de alianzas de clases, en el seno de la sociedad capitalista occidental. Ése será, sobre la base del leninismo, el aporte fundamental de Gramsci. Pero la sociedad no se desarrolla *in vitro*, es un tejido de contradicciones, de explosiones, de prácticas revolucionarias y de acciones contrarrevolucionarias. Descubrir las contradicciones, hacerlas estallar, determinar su valor al mismo tiempo destructivo e innovador, ése es el sentido de la lucha revolucionaria. La revolución de Octubre, a la vez por la "teorización y la realización de la hegemonía realizada por Lenin ha sido también un gran acontecimiento 'metafísico' " (*MS*, p. 32 [38]).

Escribe Gramsci: "Así también se llega a la igualdad o ecuación entre 'filosofía y política', entre pensamiento y acción, esto es, a una filosofía de la praxis. Todo es político, incluso la filosofía o las filosofías, y la única 'filosofía' es la historia en acción, es decir, la vida misma. En este sentido se puede interpretar la tesis sobre el proletariado alemán como heredero de la filosofía clásica alemana, y se puede afirmar que la teorización y la realización de la hegemonía realizada por Lenin ha sido también un gran acontecimiento 'metafísico' " [íd.]. La palabra *metafísico* tiene un sentido irónico al lado de la "tesis" del "proletariado alemán como heredero de la filosofía clásica alemana", si se tienen en cuenta las vicisitudes históricas y la derrota de ese mismo proletariado. Pero en ese "metafísico" no hay solamente una intención crítica; si se le saca las comillas, o si se le otorga un sentido muy distinto, se puede decir que Octubre de 1917 tiene un *valor metafísico* en la medida en que es el acontecimiento mundial que marca el nacimiento de nuevas formas de juicio en el seno del pueblo, la creación de un nuevo "sentido común", o sea, de una nueva forma de conocimiento, de conciencia y de "sentido" popular.

Hablando de Lenin y de Gramsci (Colloquio di studi gramsciani, Roma, 1958), Togliatti establecía una comparación que conserva su seducción y su poder emotivo, a pesar del carácter ambiguo que la acción de Togliatti pudo tener en el plano de la práctica política: "La obra de Lenin debe ser ubicada, analógicamente, en el mismo plano en que se puede ubicar la obra de la Revolución francesa. Luego de la Revolución francesa el mundo cambia; cambia el modo de pensar de los hombres. También después de Lenin el modo de pensar de los hombres cambia. Después de Lenin pensamos todos de manera distinta de como pensábamos con anterioridad" (Togliatti, *Antonio Gramsci*, Editori Riuniti, p. 160 [P. Togliatti: "Gramsci y el leninismo", en: P. Togliatti y otros *Gramsci y el marxismo*, Buenos Aires, Proteo, 1965, p. 14]).

Gramsci aprende de Lenin a establecer la relación entre el aspecto nacional y el aspecto internacional del proceso revolucionario: en el mo-

mento en que la cadena imperialista se rompe, los bolcheviques supieron transformar esa ruptura en escala internacional en una ruptura *cualitativa en el plano nacional;* y esto pudieron hacerlo porque ya eran los mejores intérpretes de la evolución global de la sociedad rusa, de la que supieron extraer —mediante su acción— todas las consecuencias: el advenimiento de la función de hegemonía nacional de la clase obrera a través de la evolución y del desarrollo de la coyuntura internacional.

Del mismo modo hay que juzgar a la revolución china, en un país donde la alianza de las clases obrera y campesina representaba ya una fuerza hegemónica nacional mucho antes de la ruptura del frente capitalista e imperialista, en la acción emprendida durante más de veinte años de revolución, a través de esa guerra y esa guerrilla de la que surgió, con todo su sistema de alianzas de clases, la clase obrera como un "nuevo bloque histórico", según la expresión gramsciana.[1]

Esta referencia a la revolucón china, o sea a un "proceso de larga duración" me lleva a abordar el punto fundamental a partir del cual se desarrolla la reflexión original de Gramsci, es decir, la elaboración de su estrategia, definida como *guerra de movimiento* y *guerra de posición.*

Inmediatamente después del advenimiento del fascismo en Italia (1922), Gramsci permaneció en Moscú, en 1922-1923, vinculado a la Internacional comunista.[2] En dos campos diferentes, hizo entonces una experiencia decisiva. Por un lado, se le presentaba un primer elemento de respuesta a la cuestión que lo obsesionaba: ¿Por qué la revolución había fracasado en Occidente? En ese periodo de derrota para el proletariado europeo, Gramsci no sólo estaba en contacto con Lenin, sino que ade-

[1] Gramsci reconoce el alcance internacional de la revolución de Octubre y, tal como lo había hecho Marx al estudiar los ejemplos de otros países lejanos, establece una estrecha relación entre las luchas de la clase obrera en su implicación antimperialista y las de los pueblos que aspiran a la independencia nacional.

Gramsci se muestra opuesto a toda interpretación eurocéntrica de la historia, y otorga a esta última una dimensión verdaderamente universal, que tiende a liberar a los problemas de los países de Extremo Oriente de toda sujeción intelectual a la cultura europea.

Las opiniones expresadas por Gramsci en una nota titulada "Italianos y chinos" son ricas en sugestiones (en *Avanti!,* Piemontese, 18 de julio de 1919; ahora en *ON,* 1919-1920, Einaudi, 1954): "Egipcios, chinos, hindúes, irlandeses, como naciones, y todos los pueblos del mundo en cuanto proletarios, ven en el duelo Lenin-Churchill la lucha entre las fuerzas que los oprimen y las fuerzas que pueden crear las condiciones de su independencia".

[2] 1921-1923 Gramsci "bordiguista" se opone al Frente Unido de la IC.

1923-1926 Gramsci acepta las posiciones de la IC y lucha contra Bordiga.

1924-1926 Aprobación de la línea de Stalin; crítica de Trotski, de su fraccionismo y de su concepción de la organización. Al mismo tiempo, apoyo a Trotski en el plano político.

1926 Conflicto entre Gramsci y Togliatti-Stalin sobre el "método".

Conflicto con Trotski sobre las cuestiones políticas de fondo. Condena de la eliminación de Trotski y de la oposición.

más era testigo de su posición crítica en el seno de la Internacional, y de su vigoroso análisis de las revoluciones abortadas de Occidente. Por otro lado, Gramsci se enfrentó directamente con las dificultades del nuevo Estado socialista en su esfuerzo de construcción, con las luchas internas que ya se esbozaban en el interior del grupo victorioso de los bolcheviques, y con todos los problemas que suscitaba, para Gramsci, el par *dictadura-hegemonía* de la clase obrera, en un nuevo Estado socialista y en la definición de una nueva sociedad por construir.[3] Por el momento nos limitaremos a la primera de esas dos grandes experiencias, la que más tarde encontrará en los *Cuadernos* su expresión teórica acabada en el capítulo titulado "Lucha política y guerra militar": Gramsci retoma allí el paralelo entre guerra y luchas de clases que venía de muy atrás en la tradición marxista, del mismo Marx y de Lenin (influencia de Von Klausewitz) y que reaparecerá todavía, hasta en Mao Ze-dong. La tesis de Gramsci se hallaba prefigurada desde julio de 1920, por un texto de *L'Ordine Nuovo* en el cual se interrogaba dramáticamente sobre las razones de los fracasos del movimiento obrero en Occidente.

¿Cuáles eran, pues, las causas de la derrota del proletariado en Alemania, en Austria, en Baviera, en Ucrania, en Hungría, precisamente —escribe Gramsci— donde no se había logrado que a "la revolución de Febrero" siguiera una "revolución de Octubre", es decir, donde "a la

1929 Conflicto con la IC sobre el "viraje" (rechazo de la noción de socialfascismo, y del "clase contra clase"; revolución primero democrática y luego socialista; la "Constituyente"). Convergencia con las proposiciones de Trotski.

1927-1937 Desacuerdo con la "revolución permanente" y el "fraccionismo" de Trotski.

Crítica del espontaneísmo de Rosa Luxemburgo.

Crítica del bordiguismo (dogmatismo, mecanicismo, economicismo, etc.).

Crítica implícita del stalinismo (burocratismo, economicismo, relaciones partido-masas).

Reconocimiento del "socialismo en un solo país".

1935 Desacuerdo "objetivo" con los Frentes populares.

Gramsci vuelve a proponer su proyecto de una Constituyente.

[3] Sobre Gramsci en la URSS, presentamos la siguiente cita de Togliatti: "En 1922, cuando Gramsci llegó a la Unión Soviética para permanecer allí varios meses, acababa de tener lugar, algo más de un año antes, el X Congreso del PC de la URSS que había puesto fin al debate sobre los sindicatos, y estaba efectuándose la transición a la Nueva política económica. Etapa decisiva en cuyo transcurso fueron tratadas en profundidad ciertas cuestiones determinantes para el futuro de la revolución. Algunos de los más importantes trabajos de Lenin sobre los problemas de la construcción de una economía y de una sociedad socialistas se remontan a ese periodo" (P. Togliatti, *Antonio Gramsci*, cit., p. 157).

En una carta dirigida desde Viena a Zino Zini, a comienzos de 1924, Gramsci escribía: "El espectáculo cotidiano que tuve en Rusia de un pueblo que crea una vida nueva, nuevas costumbres, nuevas relaciones, una nueva manera de pensar y de abordar nuevos problemas, me conduce hoy a ser más optimista sobre nuestro país y su futuro".

revolución como acto de destrucción no le había seguido la revolución como proceso de construcción en el sentido comunista"? ("Dos revoluciones", 5 de julio de 1920, sin firma; ahora en *ON*, pp. 135-140). La esencia del revolucionario reside en la pareja dialéctica: destrucción-construcción; al poder político debe unir su capacidad de gestión de la sociedad, pues la historiá muestra que toda revolución en dos tiempos ha fracasado.

"Las experiencias revolucionarias han . . . mostrado que, después de la de Rusia, todas las demás revoluciones en dos fases han fracasado, y que el fracaso revolucionario en su segunda fase ha arrojado a la clase obrera en un estado de postración y de decaimiento que permitió a la burguesía reorganizarse sólidamente y emprender el trabajo de liquidación sistemática de las vanguardias comunistas que intentaban reconstituirse" *(ibid.).* Sobre la cuestión de la especificidad de la revolución en Occidente, Gramsci precisa su punto de vista en una carta enviada de Viena a Togliatti, a Terracini y a los demás camaradas, fechada el 9 de febrero de 1924, para intervenir en la discusión sobre la formación del nuevo grupo dirigente del PCI: "En la Europa central y occidental, el desarrollo del capitalismo ha determinado no sólo la formación de amplios estratos proletarios, sino también, y por lo mismo, la aristocracia obrera, con sus anexos de burocracia sindical y de grupos socialdemócratas. La determinación, que en Rusia era directa y lanzaba las masas a la calle, al asalto revolucionario, en Europa central y occidental se complica con todas estas superestructuras políticas creadas por el superior desarrollo del capitalismo, hace más lenta y más prudente la acción de las masas y exige, por tanto, al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más complicadas y de más respiro que las que necesitaron los bolcheviques en el periodo comprendido entre marzo y noviembre de 1917" (carta en Togliatti: *La formación del grupo dirigente del PCI*, pp. 196-197 [versión castellana en Antonio Gramsci: *Antología*, México, Siglo XXI, 1970, p. 146]).

Como ya dije, la idea, que debía terminar por imponerse a Gramsci, de que en Occidente era necesario pasar de una "guerra de movimiento" como en Rusia a una "guerra de posición", lleva la marca de su estada en Moscú durante los años 1922-1923 y de su participación en el IV Congreso de la Internacional comunista (13 de noviembre de 1922), en cuyo transcurso Lenin presentó un informe sobre las "Perspectivas de la revolución mundial a los cinco años de la revolución rusa". No sólo Lenin insistió enfáticamente, y sin el menor miramiento, en el precio a pagar para construir el socialismo en Rusia; además, no disimuló en absoluto las dificultades del movimiento a escala internacional, acusando directamente a los comunistas italianos. Inmediatamente después de la marcha fascista a Roma, Lenin declaraba irónicamente: "Es posible que los fascistas de Italia nos presten un buen servicio, si hacen ver a los

italianos que son aún incultos, que no tienen ninguna garantía de que en su país, no aparezcan las centurias negras" (Informe de Lenin al IV congreso de la IC). Lenin se lanzó entonces a fondo a una crítica de la antigua resolución adoptada por el III congreso de la Internacional Comunista; ironizando sobre su total falta de realismo, y afirmando que "está penetrada por completo del espíritu ruso", invitó a los delegados a "*estudiar sus propias realidades*": "En mi opinión, lo más importante para todos nosotros, tanto para los rusos como para los camaradas extranjeros, es que a los cinco años de la revolución rusa debemos estudiar. Sólo ahora tenemos la posibilidad de hacerlo. No sé cuánto tiempo se prolongará esta situación. . . Pero cada minuto libre que nos deje la actividad relacionada con la guerra, que nos deje esta misma, debemos dedicarlo al estudio, y además desde el principio. . . Nosotros, los rusos, también debemos buscar la forma de explicar a los camaradas extranjeros los fundamentos de la resolución. En caso contrario, no podrán de manera alguna cumplirla. Estoy convencido de que en relación con ello debemos decir, tanto a los camaradas rusos como a los extranjeros, que lo más importante del periodo que comienza es el estudio. Nosotros estudiamos en general; ellos deben hacerlo en particular, llegar a comprender realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la labor revolucionaria. [Cf. V.I. Lenin: *Obras escogidas,* Buenos Aires, Cartago, 1965, t. VI, pp. 454-455].

A propósito de las diferentes vías de desarrollo de la revolución en Rusia y en los países adelantados del Occidente capitalista, Lenin ya había intervenido anteriormente con su "Informe sobre la guerra y la paz" (pronunciado el 7 de marzo de 1918, respondiendo a los ataques de la izquierda contra la paz de Brest-Litovsk): informe que Gramsci conoció en oportunidad de su estada en la URSS, donde acababa de difundirse en su primera edición (Mao-Ze-dong, si se me permite la comparación, no es el único en esperar cuatro o cinco años antes de publicar una de sus intervenciones en un Congreso). "Hay que aprender a tener en cuenta –había efirmado Lenin– que la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar con tanta facilidad como en Rusia, país de Nicolás y de Rasputín, y en donde para gran parte de la población era completamente indiferente saber qué clase de pueblos viven en la periferia y qué es lo que allí ocurre. En un país de esta naturaleza, comenzar la revolución era tan fácil como levantar una pluma. Pero en un país donde el capitalismo se ha desarrollado y dado una cultura democrática y una organización que alcazan hasta el último hombre, comenzar la revolución sin la debida preparación sería un desacierto, un absurdo" [V.I. Lenin: *Obras escogidas,* cit., t. V, p. 77].

Esta advertencia de Lenin era la del dirigente más resueltamente empeñado en el estudio de la determinación de las diferencias históricas objetivas con el fin de tenerlas en cuenta como factores de base. Ésa era

una constante de su dirección política, no sólo en el seno del movimiento internacional, sino también en Rusia. Así es como en una carta dirigida en 1921 a los comunistas georgianos les recomienda no trasponer el esquema ruso y adoptar una vía específica para organizar la producción y definir las relaciones con la pequeña y mediana burguesía productiva. Lenin, como líder revolucionario empeñado en el estudio prospectivo de las sociedades socialistas, llegó a hablar incluso de una diferenciación de las formas de poder con *la entrada en acción de las grandes masas humanas de Oriente,* y es precisamente lo que se produjo –hoy podemos comprobarlo– con la esptructura del poder socialista en China a partir de 1949, en un principio radicalmente diferente de la correspondiente a la URSS, y posteriormente antagónica, a partir de la gran revolución cultural proletaria. Cf. el informe de Gramsci al CC del PCI del 2 de agosto de 1926 *(Archivos del PCI,* 1926, 393-43-48): "En los países capitalistas adelantados, la clase dominante tiene recursos políticos y organizativos que no poseía, por ejemplo, en Rusia. Esto quiere decir que incluso crisis económicas muy graves no tienen una repercusión inmediata en el terreno político. La política siempre está atrasada, y seriamente atrasada, respecto a la economía".

El análisis de las diferencias entre Oriente y Occidente se ve aún con mayor claridad en el informe al CC del partido publicado por *L'Unità* el 3 de julio de 1925. Gramsci parte del hecho de que la formación de los partidos bolcheviques (pues era preciso dar con una forma válida de "bolchevización" para los PC de Occidente) había encontrado en Europa occidental infinitamente más dificultades que en Oriente. "En Rusia no existían, antes de la guerra, las grandes organizaciones de trabajadores que caracterizaron, en cambio, a todo el periodo europeo de la Segunda Internacional". La unidad de lucha política y lucha sindical existía en Rusia, mientras que en Occidente había sido remplazada por una "división cada vez mayor del trabajo entre organizaciones sindicales y organizaciones políticas de la clase obrera". Esto tuvo dos consecuencias graves: *a.* "en el terreno sindical se desarrolló con creciente rapidez la tendencia reformista y pacifista, o sea que la influencia de la burguesía sobre el proletariado se intensificó cada vez más"; *b.* "en los partidos políticos, la actividad se orientó crecientemente hacia el terreno parlamentario, es decir, hacia formas que en nada se diferenciaban de la democracia burguesa". Gramsci establece pues una estrecha conexión (de gran actualidad) entre las dificultades que encuentra la lucha revolucionaria en Occidente y el desarrollo industrial, con la formación de una aristocracia obrera de tendencia socialdemócrata. Por eso en Occidente es preciso llegar a una "revolución de la mentalidad" de la clase obrera, mucho más profunda de lo que fue necesario en Oriente. Sin esa revolución en la mentalidad, en la superestructura, aun las crisis económicas más graves que afecten al proletariado no tendrían incidencia en el cam-

po político, siendo superadas por la burguesía. Ésa es la realidad: "En los países capitalistas adelantados, la clase dominante tiene recursos políticos y organizativos que no poseía, por ejemplo, en Rusia. Esto quiere decir que incluso crisis económicas muy graves no tienen una repercusión inmediata en el terreno político. La política siempre está atrasada, y seriamente atrasada, respecto a la economía" (cf. el informe de Gramsci al CC del PCI, del 2 de agosto de 1926, *Archivos del PCI,* 1926, 393-43-48).

En lo que se refiere a la cuestión de saber "si las crisis históricas están determinadas inmediatamente por las crisis económicas", Gramsci hace notar: "Se puede excluir el hecho de que, en virtud de su naturaleza, las crisis económicas inmediatas provoquen efectos fundamentales. Ellas sólo pueden crear un terreno más favorable a la eclosión de ciertas formas de pensar, de plantear y de resolver las cuestiones que conciernen al desarrollo general de la vida del Estado". En resumen, las revoluciones no son juegos de prestidigitación, sino el resultado de la acumulación de un enorme patrimonio político, intelectual, que hace madurar una "voluntad particular", conexa al objetivo revolucionario.

LAS RELACIONES GRAMSCI-LENIN

Lenin se hizo conocer por el movimiento obrero después de la primera guerra mundial, luego del encuentro preliminar de Lugano, en 1914, y de las conferencias de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916). En Italia, sin embargo —según Togliatti—, dos años después de esos acontecimientos se ignoraban aún las obras de Lenin que no habían sido producidas en Italia; sus escritos recién fueron conocidos "en el transcurso del año 1917, sobre todo gracias a revistas y periódicos de habla francesa, y a una revista norteamericana, *Liberator,* dirigida por Max Eastman. Gramsci se encargó de extraer y publicar, en 1919, un amplio estudio de esta última revista sobre Lenin como hombre de Estado del nuevo régimen" (Togliatti, *Antonio Gramsci,* p. 139). "Recién en 1918 Lenin comenzó a ser ampliamente conocido, traducido, publicado y leído en Italia, esencialmente a través de los escritos consagrados a la lucha inmediata de ese periodo, contra el socialchauvinismo y el centrismo, por la creación de partidos comunistas en todos los países, por la fundación y la organización de la Internacional comunista. Se pudieron conocer entonces grandes obras teóricas: *El imperialismo, El Estado y la revolución, La revolución proletaria y el renegado Kautsky,* los informes y tesis de los congresos primero y segundo de la IC, luego *El izquierdismo* y los discursos del tercer congreso de la IC, que son casi su comentario. Entre los menos conocidos: *¿Qué hacer?, Dos tácticas de la socialdemocracia,* y *Un paso*

adelante, dos pasos atrás. Muy difíciles de encontrar, y por tanto prácticamente desconocidos: *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y *Materialismo y empiriocriticismo.* Se puede suponer que en 1922, cuando viajó a la Unión Soviética, Gramsci ya había tomado conocimiento de todos esos textos" *(ibid.)*

Desde los escritos de 1917, Gramsci presiente el papel titánico de Lenin en la revolución; ve en él al "revolucionario que construye sin un ilusionado fervor, según la razón y la sabiduría", "el mayor hombre de Estado de la Europa contemporánea", "el hombre que se cubre de un prestigio que inflama a los pueblos al mismo tiempo que los disciplina", "el hombre que con la sola potencia de su cerebro logra dominar todas las energías sociales susceptibles de movilizarse al servicio de la revolución, que enfrenta a los más hábiles y astutos hombres de Estado de la rutina burguesa y los derrota" (citas de "Tres maximalistas rusos", en *Il Grido del popolo,* 28 de julio de 1917; *Scritti giovanili,* p. 124; "La obra de Lenin", en *Il Grido del Popolo,* 14 de septiembre de 1918; *Scritti giovanili,* p. 312; "El rescate de la historia", en *L'Ordine Nuovo,* 7 de junio de 1919, actualmente en *ON,* p. 67).

Reseñando en 1920 *El Estado y la revolución,* en *L'Ordine Nuovo,* Gramsci comprende todo el alcance del retorno leninista al marxismo en el problema del Estado, y, a pesar del voluntarismo apasionado propio de su juventud, en adelante inspirará en Lenin su reflexión sobre la revolución italiana y sobre la estrategia leninista, que impulsa la lucha "contra los estereotipos en el seno del partido". "En el espíritu de sus fundadores, el socialismo marxista debía poner el acento en el problema del Estado. Todos aquellos que hoy trabajan en su realización vuelven a tocar esta cuestión y ese retorno es más que sintomático. En efecto, los instigadores de la agitación subversiva en el seno de la clase obrera otorgaban un valor radical y absoluto a esa subversión, en razón de su propia doctrina del Estado; y los políticos actuales de esa misma clase obrera, al poner históricamente en práctica esa doctrina, fundan verdaderamente la historia de la nueva clase" (en *L'Ordine Nuovo,* sin firma, 10 de julio de 1920).

Pero nada prueba mejor la filiación ideológica y política entre Gramsci y el leninismo que el artículo aparecido en *L'Ordine Nuovo* a la muerte de Lenin. Para Gramsci, Lenin es ante todo el jefe de la revolución bolchevique, no el inventor de una fórmula matemática cualquiera o de una geometría de la revolución, sino un creador, y es ese poder de creación en el campo del marxismo el que fundamenta –según Gramsci– toda la fuerza de Lenin. "¿En qué consiste –escribe– su originalidad política, y su principal característica? En la historia internacional de las luchas de clases, el bolchevismo es el primer movimiento que ha desarrollado la idea de la hegemonía del proletariado, y ha puesto en práctica los principales problemas revolucionarios abordados por Marx y Engels a

través de su proyecto teórico. Precisamente porque procedía de una práctica histórica y concreta, la idea de hegemonía proletaria implicaba en sí misma la necesaria búsqueda de un aliado de clase: el bolchevismo ha realizado esa alianza a través de la masa de los campesinos pobres".

Poniendo en el centro de ese cuadro, para darle más relieve, la famosa obra de Lenin *Dos tácticas de la socialdemocracia,* Gramsci retomaba su estudio sobre la diversidad de datos históricos, y comparaba la situación de los bolcheviques con la de Italia, desde el punto de vista de la hegemonía de la clase obrera, para arribar a esta comprobación: "La revolución se presenta prácticamente como una hegemonía del proletariado que sirve de guía a su aliada, la clase campesina". Pero Gramsci no se queda allí; desarrollará la tesis leninista de las alianzas en las que debe apoyarse el "bloque histórico". En otro artículo, "El dirigente", aparecido también en marzo de 1924 en *L'Ordine Nuovo.* Gramsci se pregunta: "¿Qué es un dirigente? ¿Cuál es su función?" Para él, Lenin no es un demiurgo, sino el punto de convergencia de un vasto movimiento revolucionario y, según cree, "el problema esencial versa sobre la naturaleza de las relaciones que el o los dirigentes mantienen con el partido de la clase obrera"; "el dirigente, el partido, son elementos de la clase obrera, son una parte de la clase obrera". Notemos, de paso, la diferencia de puntos de vista sobre el partido entre ese Gramsci leninista y Bordiga.[4] También Bordiga había esbozado un retrato de Lenin en su revista *Prometeo* (15 de marzo de 1924), y la comparación de ambos textos permite medir la distancia que separa a las tesis de los dos hombres a propósito del pensamiento y la acción de Lenin. Bordiga ofrecía

[4] *Gramsci y Bordiga:*

En el plano humano los dos hombres se manifestaron siempre, si no una amistad, por lo menos una estima recíproca. Gramsci nunca trató a Bordiga ni de traidor ni de agente del fascismo, como lo hicieron luego todos los dirigentes del PCI, empezando por Togliatti. Aún en los momentos más duros de la lucha política que los enfrentó, Gramsci reconoció siempre los méritos de su adversario y deseó su presencia en el seno de las instancias dirigentes del partido: Gramsci apreciaba su inteligencia, sus cualidades de organizador, su carácter apasionado. En las primeras cartas de la cárcel, Gramsci, que lo había encontrado durante un corto periodo en los lugares de su residencia vigilada, se dirigió a él con palabras llenas de estima y afecto. Por otra parte, una entrevista grabada poco antes de su muerte, retransmitida por la televisión italiana a fines de 1972, nos ha mostrado un Bordiga ya paralizado, bajo una incapacidad casi todal de expresarse, evocando no sin emoción el recuerdo de Gramsci, de quien tenía presente "los grandes ojos azules" y "la mirada que inspiraba ternura"; y Bordiga no era por cierto un hombre que se dejara conmover por un sentimentalismo fácil. Independientemente de las diferencias de personalidad política, esa actitud evoca en cierto sentido el afecto de Lenin por Bujarin, cuya teoría y política, por lo demás, criticaba duramente. Todo esto se inscribe en el marco de una concepción de las relaciones entre comunistas y dentro del partido, propia de Lenin y de Gramsci, como luego veremos, pero que, desde ahora, se puede reconocer como fundamentalmente diferente de la que impera actualmente en el seno de los partidos comunistas: relaciones aún marcadas de ma-

una imagen cristalizada y monolítica de Lenin, "restaurador de la doctrina filosófica del marxismo"; basándose en *Materialismo y empiriocriticismo,* hacía notar que "Lenin establece de una manera que, para nosotros no admite objeción, que no es posible fundar una doctrina socialista y proletaria en el espiritualismo, el misticismo, el moralismo". Sin duda, pero a partir de ahí, Bordiga se lanza a una polémica, poniendo el acen-

nera evidente por el "estilo" staliniano que, dígase lo que se diga, está lejos de haber desaparecido.

En el plano político, las relaciones entre Gramsci y Bordiga fueron muy difíciles, excepto en un breve periodo. *Il Soviet,* órgano de la fracción abstencionista de Bordiga, criticó violentamente (en 1919-1920) la teoría de los Consejos de fábrica que *L'Ordine Nuovo* estaba elaborando y practicando. Bordiga denunciaba en ella una subestimación del papel del partido; un reformismo intrínseco, si no una colaboración de clase (que marcaría la acción de los Consejos turineses); una diferencia de naturaleza entre esos Consejos y los soviets rusos; un claro alejamiento del marxismo en el pensamiento de Gramsci, que, según Bordiga, estaría resentido por un voluntarismo bergsoniano y soreliano, así como por el idealismo crociano. Ya hemos recordado en distintas oportunidades, que Lenin, en cambio, había aprobado incondicionalmente las tesis de *L'Ordine Nuovo.* El hecho es que Bordiga tenía una concepción de "contador" de la política (no es casual que fuera ingeniero), y de allí la intransigencia, el sectarismo, la pureza, el apriorismo, la tendencia mecanicista, el abstencionismo electoral, el desprecio por toda voluntad de actuar sobre los acontecimientos, el estricto respeto de *la letra* de los textos de Marx. No puede sorprender que, para él, el leninismo, lejos de ser el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria, no era más que una restauración del marxismo contra la degeneración oportunista de la II Internacional. Así, Bordiga, se privaba de toda posibilidad de captar plenamente el alcance innovador que presentaba el leninismo como ruptura.

"El leninismo –afirma Gramsci en su polémica con Bordiga– es la ciencia política del proletariado que enseña cómo es posible movilizar todas las fuerzas necesarias para la destrucción de la dictadura burguesa y la instauración de la dictadura proletaria. Para algunos, no hay diferencia entre leninismo y marxismo. Es un error. El leninismo contiene una visión del mundo que es propia de él y sin la cual no se podría hoy comprender a Marx. Esta concepción es la que hace del leninismo una teoría en sí, aunque estrechamente ligada al marxismo. Desde el punto de vista de las relaciones entre marxismo y leninismo, se puede decir que Lenin prolonga a Marx actualizándolo" *L'Unità,* 10 de setiembre de 1925).

Se ha observado muy justamente que Bordiga "es, como Serrati, un hombre del viejo socialismo italiano" (Spriano). Por lo demás, Gramsci ya había afirmado que el partido comunista, bajo la dirección de Bordiga, había creado "una nueva forma de maximalismo" (Gramsci, *L'Unità,* 3 de julio de 1925). En efecto, dejando de lado toda otra consideración, Bordiga tenía una concepción de la historia que en nada se diferenciaba del fatalismo y el mecanicismo de los maximalistas: para él, "sólo cuando se realicen ciertas condiciones ya inscritas en la estricta determinación del programa del Partido, será posible encarar un comienzo de acción" ("Il bordighismo", *Lavoro politico,* 11-12 de enero de 1969). Bordiga extraía del marxismo toda una serie de axiomas, tan rígidos como abstractos, a los que la historia real debía someterse, y no a la inversa; toda la acción revolucionaria se reducía a lo siguiente: esperar la coincidencia entre praxis y teoría. Como se ve, más allá de la neta ruptura entre la práctica y la teoría, típica del extremismo pequeñoburgués, esa teorización, tras el velo de la intransigencia, dejaba un amplio

to en la "pureza" de la doctrina, en su esencia de diamante puro, en su naturaleza incorruptible, terminando por recrear una especie de ortodoxia leninista, particularmente en la cuestión del partido, concebido como una organización de hierro, "partido político de clase, marxista y centralizado, que da pruebas de una disciplina casi militar en los momentos decisivos de la lucha". Un sistema rígido, cerrado y perfecto, tal es la

espacio a la espontaneidad, ya que se prohibía a priori toda intervención activa en la situación producida por la realidad concreta. Gramsci muestra justamente que la teoría de la intransigencia, que implica una "rígida aversión de principio a los compromisos. . . está ligada estrechamente al economismo. La concepción sobre la cual se funda esta aversión no puede ser otra que la certeza inquebrantable de que en el desarrollo histórico existen leyes objetivas del mismo carácter que las leyes naturales, a lo cual se agrega la creencia en un finalismo fatalista similar al religioso. Si las condiciones favorables deben verificarse ineludiblemente, derivándose de ellas, en forma bustante misteriosa, acontecimientos palingenésicos, es evidente no sólo la inutilidad sino el daño de toda iniciativa voluntaria tendiente a planificar estas situaciones según una idea prefijada" (*M*, p. 36 [47]).

En el momento de la formación del PCI, Gramsci, como dijimos, acepta la autoridad de Bordiga, a pesar de ciertos puntos de desacuerdo. Es en 1923, después del viaje a Moscú, cuando Gramsci da la señal de ataque contra Bordiga, en parte bajo la presión de la IC, que no se mostraba favorable a la orientación elegida por Bordiga como dirigente del PC, y en parte en razón de la madurez política que el propio Gramsci había adquirido a favor de su contacto con la realidad del comunismo internacional. Al comienzo se sirvió de rodeos, uniendo a sus posiciones a Leonetti, Terracini, Scoccimarro, Grieco, etc., y luego actuó abiertamente, sobre todo después que Bordiga creó un Comité de enlace que llevó a cabo una acción fraccionista, hasta el Congreso de Lyon, que, en 1926, sancionó en todos los niveles la victoria de Gramsci y de su grupo en el interior del partido: victoria que se afirmaba ya, a pesar de una lucha aún viva, desde fines de 1924 y durante todo el año 1925.

Gramsci critica entonces la noción misma de partido, tal como Bordiga la había teorizado y puesto en práctica bajo su dirección (1922-1924). Gramsci acusa a Bordiga de "descuidar o subestimar el contenido social" del partido, concebido solamente "como un 'órgano' de la clase obrera que se constituye por síntesis de elementos heterogéneos" (*Tesis de Lyon,* núm. 27). "El partido era para Bordiga, como dijo muy bien Berti, una unión de marxistas ortodoxos que se encargaba de indicar el camino de su emancipación a la clase obrera. Sólo ellos estaban en condiciones de poder formular un programa, una estrategia, una táctica verdaderamente revolucionarias: tarde o temprano, las masas harían de ese programa, de ese partido, su tabla de salvación, su guía, y lo seguirían". De ese modo el partido, para Bordiga, se hallaba "investido de una función de síntesis y de dirección definida a priori" (Spriano) y llegaba, "en la práctica, a sustituir a las masas" (Corvisieri). Para Gramsci, en cambio, "la definición del Partido debe acentuar en primer lugar el hecho de que es una 'parte' de la clase obrera" (*Tesis de Lyon,* núm. 27); precisamente de esta diferencia inicial a nivel de la definición del partido (*órgano* de la clase obrera para Bordiga, *parte* de la clase para Gramsci) derivan todas las otras divergencias fundamentales entre ellos sobre la concepción del partido: sectario, dogmático, abstracto en Bordiga, el partido está, en Gramsci, ligado a las masas, abierto a la elaboración creadora y al análisis concreto en el respeto de los principios.

Gramsci advirtió igualmente en la concepción bordiguista del partido una ten-

concepción del partido en Bordiga, en definitiva la menos leninista, por su falta de dialéctica interna. En su lucha contra el individualismo, Bordiga llegó a suprimir toda mediación entre los dirigentes y las masas, pues el dirigente no era más que un espejo que refractaba la irradiación y la imagen de las masas.[5] Según Togliatti, una vez encarcelado, Gramsci ya no tuvo acceso a las obras de Lenin: "En la cárcel, por lo que se

dencia intrínseca al burocratismo, que surge de la tesis núm. 2 sobre la táctica, elaborada por Bordiga y Terracini para el II Congreso del PCI en 1922. "La integración de todos los avances parciales en una acción unitaria depende de dos factores esenciales: el de la conciencia crítica, de la que el partido extrae su programa; el de la voluntad, que se expresa en lo que sirve de instrumento a la acción del partido, su organización disciplinada y centralizada. Sería un error considerar los factores de conciencia y voluntad como facultades que se pueden obtener o exigir de los individuos, ya que sólo se obtienen bajo el efecto de una integración de la actividad de varios individuos en un organismo colectivo unitario" (Bordiga, Terracini, *Tesi sulla tattica del PCI)*. Gramsci observa que "ese concepto, que es verdadero si se refiere a la clase obrera, es equivocado y sumamente peligroso si se refiere al partido. Antes de Livorno era el concepto de Serrati, el cual sostenía que el partido en su conjunto era revolucionario aunque coexistieran en él socialistas de todo pelo y color. En el congreso de escisión de la socialdemocracia rusa ese concepto era el sostenido por los mencheviques, los cuales decían que cuenta el partido en su conjunto, y no sus diversos individuos". Lo cual condujo, en el interior del PCI, a "la esterilización de toda la actividad de los individuos, la pasividad de la masa del partido, la estúpida seguridad de que ya había quien pensaba y cuidaba de todo [. . .] Añádase a eso que el trabajo realizado no se controlaba sino en parte mínima, con lo cual se produjo en el partido una separación verdadera entre las masas y los dirigentes. . .

El error del partido ha consistido en poner en primer plano y abstractamente el problema de la organización, lo cual, además, ha significado sólo la creación de un aparato de funcionarios ortodoxos para con la concepción oficial" (Lettera a Togliatti, ed. cit., 9 de febrero de 1924 [ed. esp., *Antología, opus cit.*, pp. 143-144]).

Dejando a un lado el carácter explícito y la precisión de esos ataques contra Bordiga, se puede decir que todo el pensamiento de Gramsci constituye un cuestionamiento del bordiguismo: de la teoría de las alianzas de clase en oposición al sectarismo, hasta el papel determinante de la iniciativa consciente, que rechaza el fatalismo mecanicista; de la concepción de la disciplina como expresión de una responsabilidad, contraria a la disciplina estrictamente mecanicista, hasta la concepción del partido, a la vez democrático y monolítico en la acción, contra el fraccionismo.

[5] En el estudio de Bordiga, se puede leer: "El comportamiento y el papel de los individuos están determinados por las condiciones generales del medio, de la sociedad y de su historia. El producto de la actividad intelectual de un hombre encuentra su primera elaboración en sus relaciones con el prójimo, y en el aporte, igualmente de naturaleza intelectual, de los demás hombres. Algunos cerebros particularmente dotados y ejercitados, máquinas mejor construidas y más perfeccionadas, traducen, expresan y reorganizan un patrimonio de conocimientos y de experiencias que sólo tiene existencia en el contexto de la vida colectiva. El dirigente, más que inventar, revela la masa a sí misma. . . El dirigente es el instrumento operatorio y no el inspirador del pensamiento y de la acción comunes" *(Il Prometeo*, 15 de marzo de 1924).

sabe, Gramsci no pudo disponer de ningún libro de Lenin, aunque pudo obtener un gran número de textos de Marx y de Hegel. Las referencias a las obras de Lenin que se encuentran en los *Cuadernos* están hechas de memoria, o bien son de segunda mano, extraídas de citas de escritos leninistas que figuraban en diversos libros y revistas. La compra de obras de Lenin nunca fue autorizada por la dirección de la cárcel" (Togliatti, *Antonio Gramsci,* Riuniti, p. 142).

Pero Gramsci ya había asimilado lo esencial del leninismo. Toda su biblioteca de prisionero cabía en una sola valija de fibra deformada a la que rodeaba con una correa de cuero para mantenerla cerrada. A través de esta imagen que condensa la pobreza de esa magra biblioteca que Gramsci acarreaba de uno a otro penal, puede captarse mejor la universalidad de su actividad intelectual, que se pudo comparar con la de Voltaire, no sólo a causa de su saber enciclopédico, sino también por esa voluntad crítica que se afirma de una manera casi agresiva prácticamente en todas las esferas del conocimiento. "Debemos impedir que ese cerebro funcione durante veinte años", había declarado en 1928 el abogado general fascista en el Tribunal especial para la defensa del Estado de Roma. Pero el miedo y el implacable odio de clase de los verdugos fascistas, que Gramsci debió sufrir desde su proceso y condena hasta su brutal asesinato, fueron derrotados en un solo dominio, el del pensamiento, tan grande era en Gramsci la voluntad de preservar, frente al opresor, la lucidez de su propia mente, mediante una constante *actividad intelectual;* porque, como había escrito muy joven en un titular de *L'Ordine Nuovo,* frente a la realidad, en "este mundo grande y terrible, *necesitamos toda nuestra inteligencia".*

GUERRA DE MOVIMIENTO Y GUERRA DE POSICIÓN

En el transcurso de los años de cárcel, los problemas del leninismo no dejaron de preocupar a Gramsci. En la evolución dramática de los acontecimientos, el movimiento revolucionario que había terminado por triunfar era el de Octubre de 1917. Era como un inmenso observatorio a partir del cual se descubría que la Tierra no era chata, que en torno a ella no giraba el Sol, y que el sistema tolemaico del pensamiento político debía ser sustituido, digamos, por la nueva ciencia galilea: acababa de efectuarse una revolución en la ideología y la teoría socialista. Pero, una vez descubierto el nuevo continente de la ciencia, subsistía dramáticamente la cuestión de saber cómo asegurar entonces, en Occidente, el triunfo revolucionario del proletariado, de una clase obrera varias veces vencida. Se planteaba el problema de saber cómo se articula la multiplicidad de las rupturas a través de las cuales la clase obrera llega al poder

y tiende a crear las condiciones de su hegemonía. En la cárcel, el pensamiento de Gramsci progresa. Es entonces, sobre la base de las diferencias existentes entre Rusia y el Occidente, cuando elabora su estrategia del "paso de la guerra de movimiento a la guerra de posición".

El primer término designa, para Gramsci, en sustancia, el enfrentamiento directo para la toma del poder; y el segundo, el conflicto de clase que madura bajo la dirección del partido revolucionario, cuando no es posible la lucha abierta o bien cuando se preparan sus condiciones. Aun en este segundo caso, la acción emprendida tiende al derrocamiento de la estructura y del bloque histórico dominante. No hay aquí ningún inmovilismo, ninguna pausa, ninguna paz social, sino un nuevo tipo de guerra, que posee un carácter completamente diferente del enfrentamiento directo. En ningún caso se lo podría interpretar en términos de "vía parlamentaria", de "vía pacífica" al socialismo. No es en Gramsci donde se pueden encontrar las premisas de la "vía italiana al socialismo" elaborada por Togliatti; ni la menor duda sobre "la eventualidad de una insurrección armada en Europa central y occidental . . .y sobre la necesidad de buscar, si es posible, una vía no insurreccional" (Hajek).

Por lo demás, la comparación entre lucha política y guerra militar debe encararse, según Gramsci, *cum grano salis,* pues "la disposición de las fuerzas políticas no es ni de lejos comparable al encuadramiento militar": "la lucha política es enormemente más compleja".

"La moderna ciencia militar opta esencialmente por la guerra de posición, es decir, la conquista lenta y progresiva de las trincheras enemigas, y no por la guerra de movimiento, o sea el asalto directo, rápido y sorpresivo de las posiciones adversas". La misma estrategia debe adoptarse para el arte y la ciencia políticas, en lo que se refiere, por lo menos, a los Estados más adelantados, en los que la "sociedad civil" ha llegado a ser una estructura muy compleja que resiste a las explosiones más catastróficas de la coyuntura económica (crisis, recesiones, etc.): la superesctructura es, en la sociedad civil, lo que son las trincheras en la guerra moderna *(M,* pp. 62-67 [75-81]). En *Pasado y Presente,* Gramsci retoma estas ideas para hacer la síntesis de las perspectivas de la guerra de posición: "La guerra de posición requiere sacrificios enormes y masas inmensas de población; por eso hace falta en ella una inaudita concentración de la hegemonía [. . . pero] en la política la 'guerra de posición', una vez conseguida la victoria en ella, es definitivamente decisiva" *(PP,* p. 71 [*Antología, opus cit.*, p. 292]).

GRAMSCI Y TROTSKI

Estos conceptos –manifiestamente derivados de una reflexión sobre el

"gran desastre" que conoció el proletariado europeo luego de la guerra, y sobre la nefasta tendencia económica que se confirmó, ulteriormente, durante la fallida revolución de 1929, y también del meditado estudio, que Gramsci emprendió en la cárcel, del problema de la articulación del poder de clase (sociedad civil, etc.)– remiten a una crítica explícita de la "huelga general" en Rosa Luxemburgo y de la "revolución permanente" en Trotski. O sea de las dos teorías que, en el seno del marxismo revolucionario, se proponían como una alternativa a la estrategia leninista. Pero la actitud de Gramsci hacia Trotski es a menudo contradictoria, como se verá más adelante; al mismo tiempo, las ideas que enuncia sobre Rosa Luxemburgo están viciadas por el deficiente conocimiento de su obra.

Gramsci rechaza el internacionalismo de la revolución permanente en cuanto "internacionalismo [. . .] vago y puramente ideológico (en sentido peyorativo)" y adhiere plenamente a la tesis leninista y staliniana del "socialismo en un solo país". "Es cierto –observa Gramsci– que el desarrollo se cumple en la dirección del internacionalismo, pero el punto de partida es 'nacional' y de aquí es necesario partir. Pero la perspectiva es internacional y no puede menos que ser así. Es preciso por ello estudiar con exactitud la combinación de fuerzas nacionales que la clase internacional deberá dirigir y desarrollar según las perspectivas y directivas internacionales." Lo que me parece importante subrayar es la contribución que él aportó a la elaboración de la relación entre revolución nacional e internacionalismo proletario, que recuerda ciertas posiciones chinas sobre los reagrupamientos regionales. "El concepto de hegemonía es aquel donde se anudan las exigencias de carácter nacional y se comprende por qué determinadas tendencias no hablan de dicho concepto o apenas lo rozan. Una clase de carácter internacional, en la medida en que guía a capas sociales estrictamente nacionales (intelectuales) y con frecuencia más que nacionales, particularistas y municipalistas (los campesinos), debe en cierto sentido 'nacionalizarse'; pero este sentido no es muy estrecho ya que antes de que se formen las condiciones para una economía según un plan mundial, es necesario atravesar múltiples fases donde las combinaciones regionales (de grupos de naciones) pueden ser variadas. Por otra parte, es preciso recordar que el desarrollo histórico sigue las leyes de la necesidad hasta tanto la iniciativa no haya pasado netamente del lado de las fuerzas que tienden a la construcción, siguiendo un plan de división del trabajo basado en la paz y la solidaridad." (*M*, pp. 114-115 [139-140]). Y Gramsci, en su texto "Guerra de posición y guerra de movimiento", estigmatiza en Trotski al "teórico político del ataque frontal en un periodo en el cual ese ataque sólo es causa de derrotas" para poner mejor en evidencia las divergencias profundas entre esta concepción y la de Lenin.

Gramsci reconoce que Trotski, en el IV congreso de la Internacional

comunista, "intentó cuestionar sus métodos tácticos, haciendo notar que el frente oriental 'había caído inmediatamente, aunque después hubieron luchas feroces', mientras que en el frente occidental 'primero' estallaron las luchas", pero esta posición, observa Gramsci, "fue formulada en términos brillantes y puramente literarios que no contenían la menor indicación de orden práctico" (Gramsci, nota inédita del *Cuaderno XXX*, en Spriano: *Storia del PCI*, t. II, p. 277), lo que quita todo valor a la reconocida diferencia entre Oriente y Occidente.

Gramsci dirige el mismo reproche de formalismo literario e intelectualismo a la teoría trotskista de la "revolución permanente", pues ésta se reveló, en los hechos, "ineficaz y estéril en 1905, convirtiéndose luego en un esquema abstracto, en un puro producto de teórico de gabinete. La corriente (leninista) que se opuso a esa teoría y a sus fórmulas literarias, se vio conducida, aunque no se lo propusiera 'deliberadamente', a aplicarla en la práctica, pero bajo una forma adaptada a la realidad histórica presente, concreta, viviente, en el contexto del lugar y de la época, tal como brotaba por todos los poros de esa sociedad que era preciso transformar, es decir, bajo la forma de una alianza de dos grupos sociales (proletarios y campesinos) con la hegemonía del grupo urbano" *(R*, p. 90). A la afirmación de Trotski de que se le había dicho que su teoría había demostrado su validez quince años después, Gramsci responde que "en realidad, su teoría como tal no era válida ni quince años antes ni quince años después. . . él adivinó '*grosso modo*', es decir, tuvo razón en la previsión práctica más general. Es como afirmar que una niña de cuatro años se convertirá en madre y al ocurrir esto, a los veinte años, decir: 'lo había adivinado', no recordando sin embargo que cuando tenía cuatro años se deseaba violarla, en la seguridad de que se convertiría en madre"[6] *(M*, p. 68 [82]).

Los textos contenidos en los *Cuadernos* corrigen sus juicios precedentes sobre Trotski, que de todos modos no pueden pasarse por alto. En efecto, si se profundiza el examen de este problema, hay que referir-

[6] A propósito de las relaciones entre Gramsci y Trotski, hay que decir una palabra sobre el "estilo" de la crítica gramsciana: Gramsci consideraba a Trotski como un "camarada" y siempre lo trató como tal. Su crítica política nunca sobrepasó la medida para caer en las acusaciones falsas y las más bajas calumnias, como lo hará el stalinismo. En 1924-1926, Gramsci critica a Trotski, y apoya la línea política de la mayoría del partido bolchevique.

Sobre la aceptación de ciertas exigencias de Trotski, cf. *Cartas*, 9 de febrero de 1924 [en *Antología, opus cit.*, pp. 136-149], y *CPC*, pp. 329-330.

Sobre la convergencia de los dos puntos de vista a propósito del "viraje", cf. Leonetti: *Note su Gramsci*, pp. 181-208.

Sobre la crítica de las posiciones trotskistas a propósito de la edificación del socialismo, cf. *Correspondencia*, 1926, y *CPC*, pp. 329-330.

Sobre la crítica del fraccionismo, cf. *Cartas*, 12 de enero de 1924. Spriano, II, pp. 278-279; *Tesis de Lyon*, núm. 32, *CPC*, pp. 461, 473-474.

se a la carta del 9 de febrero de 1924, enviada a los dirigentes italianos del PCI luego del debate del 16 al 18 de enero de 1924 en la decimotercera conferencia del PC ruso, antes de la muerte de Lenin. En esa carta, Gramsci, por un lado, rechazaba ciertos aspectos políticos del ataque staliniano, considerando a Trotski, al lado de Lenin, como uno de los jefes indiscutidos de la revolución rusa; y por otro, en el plano de la organización, se situaba más cerca de las ideas de Stalin. ¿Contradicciones no resueltas? ¿Incertidumbres de estrategia? Leamos lo que escribía Gramsci: "Todo el mundo sabe que ya en 1905 Trotski pensaba que podía verificarse en Rusia una revolución socialista y obrera, mientras que los bolcheviques pensaban sólo en establecer una dictadura política del proletariado aliado con los campesinos, dictadura que sirviera de continente al desarrollo del capitalismo, sin tocar a éste en su estructura económica. También es manifiesto que en noviembre de 1917, Lenin, con la mayoría del partido, había pasado a la concepción de Trotski y pensaba ocupar no sólo el gobierno político, sino también el industrial" (Gramsci, carta del 9 de febrero de 1924 [en *Antología,* cit., p. 137].

En lo que se refiere a los problemas políticos internos de la URSS, vistos por Trotski, escribía Gramsci: "En la reciente polémica ocurrida en Rusia se aprecia que Trotski y la oposición en general, vista la prolongada ausencia de Lenin de la dirección del partido, temen seriamente una vuelta a la vieja mentalidad, la cual sería desastrosa para la revolución. Piden una mayor intervención del elemento obrero en la vida del partido y una disminución de los poderes de la burocracia, y quieren en el fondo asegurar a la revolución su carácter socialista y obrero e impedir que se llegue lentamente a aquella dictadura democrática, continente de un capitalismo en desarrollo, que era el programa de Zinoviev y compañía todavía en noviembre de 1917". De hecho, Gramsci toma partido contra Trotski a medida que la ruptura en la dirección se va haciendo irreversible. Al mismo tiempo –nueva actitud contradictoria– sin dejar de atacarlo en la reunión del CC del 7 de febrero de 1925, un año después de la carta citada, Gramsci hace una afirmación que está dirigida en realidad contra la concepción staliniana del socialismo en un solo país: "si la revolución europea queda postergada por toda una época histórica, es decir, si la clase obrera rusa no pudiera contar, durante mucho tiempo, con el apoyo del proletariado de otros países, es evidente que la revolución rusa debe transformarse". No obstante, inmediatamente después condena a Trotski diciendo que su oposición adopta objetivamente un carácter de "movimiento contrarrevolucionario", pues la falta de unidad en el partido, en un país donde hay un solo partido, divide al Estado". Pero el profundo desgarramiento de Gramsci ante la situación que atraviesa Rusia lo prueba –aunque su posición pueda parecer equidistante de Stalin y de Trotski– la carta de 1926: "Hoy no tenemos ya la seguridad del pasado; nos sentimos inevitablemente preocupados". En el fondo de

sí mismo, se opone a la victoria de la fracción mayoritaria de Stalin, que se orienta en la vía del poder personal absoluto, eliminando a la oposición. En efecto, como se sabe, todo se encamina a la represión, incluso física, de la oposición. Por otra parte, podrá olvidar Stalin alguna vez que Gramsci, en su famosa carta, declara: "Los camaradas Zinoviev, Trotski y Kamenev han contrubuido poderosamente a educarnos para la revolución, y han sido nuestros maestros".

GRAMSCI Y ROSA LUXEMBURGO

La crítica que Gramsci hace a Rosa Luxemburgo, en ese mismo texto, es menos severa y sistemática que la dirigida a Trotski.

Gramsci había leído en la cárcel algunas obras de Rosa Luxemburgo (*Huelga de masas, partido y sindicatos, Reforma o revolución*) y, como ya dije, lo importante es que la experiencia de los Consejos de fábrica de 1919-1920 no fue ajena a la reflexión profunda y a las acciones emprendidas por la revolucionaria polaca; dicha experiencia fundamentaba los ataques contra el sindicalismo burocrático y reformista, incapaz de organizar a los trabajadores en vista de una perspectiva revolucionaria. Sobre la cuestión de "la historicidad de la filosofía de la praxis", es decir, de los diferentes momentos históricos de la ideología marxista, puestos en relación con el movimiento revolucionario obrero y confrontados con él, Gramsci, en la cárcel, tomó como referencia básica las obras de Rosa Luxemburgo, particularmente *Reforma o revolución*. No obstante, no es solamente el curso de la revolución fallida en Alemania, sino también y sobre todo su interpretación teórica por Rosa Luxemburgo lo que Gramsci encara con su *solución de recambio:* Gramsci afirma su *alteridad,* en la medida en que rechaza la perspectiva de una revolución que interviene con la caída del capitalismo en su etapa imperialista. En la cárcel, la crítica de la gran teórica se hace más explícita respecto al "prejuicio economicista y espontaneísta"; los Consejos de fábrica, según Gramsci, remiten a la idea de una nueva reorganización político-productiva de la sociedad en el marco de un proceso revolucionario de largo plazo, y no a la sola existencia de una exaltación revolucionaria o de un momento privilegiado de la lucha como la "huelga general"; se trataba, pues, de un proceso organizado y dirigido por la voluntad de los hombres reagrupados en la vanguardia revolucionaria y capaces de una elaboración original del marxismo, tanto en el plano teórico como en el de la praxis política, con todas las tareas que se imponen de manera imprescriptible al proletariado cuando, en una fase histórica determinada, está en condiciones de apoderarse del Estado para garantizar su dirección. Refiriéndose sobre todo a *Huelga de masas, partido y sindicatos,* Grams-

ci da un juicio sobre su obra: "En efecto, Rosa descuidó los elementos 'voluntarios' y organizativos que en aquellos acontecimientos eran mucho más eficientes y numerosos de lo que ella creía, víctima de un cierto prejuicio 'economista' y espontaneísta" *(M,* p. 65 [79]).

El desacuerdo de Gramsci con Rosa Luxemburgo parte de la condena del economicismo: "La revolución no puede dejar de tener en cuenta el conjunto de las condiciones económicas, culturales y sociales. Si no, la doctrina del ataque, cuando ese ataque no puede conducir más que a la derrota, se convierte en una empresa suicida. . ." De todos modos, Gramsci prueba con esto que no es fácil defender la tesis de sus afinidades recíprocas como "potentially deviant communists", como lo sostiene J. P. Nettl en su bella biografía de Rosa Luxemburgo *(Rosa Luxemburg,* Londres, 1966, p. 175). Nettl se arriesga a establecer una estrecha comparación entre dos personalidades fundamentalmente diferentes como las de Gramsci y Rosa Luxemburgo.

"ASAMBLEA CONSTITUYENTE" Y "FRENTE POPULAR"

Gramsci no atribuye un valor orgánico sino metodológico a la distinción entre "sociedad política" y "sociedad civil", definiendo a esta última, en Occidente, como un conjunto que constituye una trama inextricable, "una estructura muy compleja y resistente a las 'irrupciones' catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna. Así como en éste ocurría que un encarnizado ataque de la artillería parecía destruir todo el sistema defensivo adversario, cuando en realidad sólo había destruido la superficie exterior y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraban frente a una línea defensiva todavía eficiente, lo mismo ocurre en la política durante las grandes crisis económicas" *(M,* p. 67 [81]).

Estas notas fueron redactadas en el transcurso del año 1930, o sea que la teoría de la "guerra de posición" criticaba explícitamente el "viraje" de 1929. Pues si era flagrante el desacuerdo entre Gramsci y Trotski –cuyos errores criticó abiertamente, al mismo tiempo que desaprobaba su "liquidación"–, no menos evidente era su oposición a Stalin y su política.[7] No se trataba solamente del desacuerdo al que ya aludimos y que apareció en el intercambio de cartas con Togliatti, en 1926, donde se cuestionaba a la dirección del PCI y de la Internacional y se impugna-

[7] Sobre la crítica de la "revolución permanente", cf. *M,* pp. 67-68, 114-115 [81-82, 139-140]; *PP,* p. 71; *R,* pp. 89-90, Spriano, II, p. 277.

Contra la aceptación de la "liquidación" de Trotski, cf. *CPC,* pp. 211-212; *PP,* p. 72; Spriano, II, pp. 278-279; *M,* p. 329 [305].

ban los "métodos" empleados tanto en el interior del PC como de la Internacional, sino además de muchas otras cosas. A pesar de las mistificaciones y los encubrimientos que tienden a ocultar todos esos hechos, hay que decir que, en realidad, Gramsci manifestó su oposición radical a Stalin y a la Internacional en dos circunstancias políticas determinantes: en 1929, en ocasión del "viraje" y, en 1935, en ocasión de los "frentes populares". Ese rechazo hizo suponer ciertos elementos de herejía o, lo que es más grave, de traición. Tal vez, como ya dije refiriéndome a Leonardo Paggi, Gramsci fue expulsado del partido. La atmósfera de recelo que rodeaba a Gramsci en la cárcel, en sus relaciones con los prisioneros comunistas, está confirmada por el testimonio de uno de éstos, Giovanni Lay, como lo refiere Fiori en su libro *Vida de Antonio Gramsci:* "La verdad –refiere Giovanni Lay– es que las discusiones entre los camaradas de las celdas no siempre tenían el carácter de discusión política. A menudo, demasiado a menudo a mi parecer, descendían al nivel del chisme e incluso de la calumnia, con apreciaciones personales sobre Gramsci que a veces llegaban a la denigración. En mi celda estaban entonces Bruno Spadoni y Angelo Scucchia. Scucchia llegaba a decir que las posiciones de Gramsci eran socialdemócratas, que Gramsci ya no era comunista, que se había hecho crociano por oportunismo, que había que denunciar su acción disgregadora al partido y que, por consiguiente, había que expulsarlo del paseo colectivo en el patio. Spadoni y yo soportamos con paciencia a este camarada, al principio, con la esperanza de volverle a hacer entrar en razón, pero diciéndole claramente que no le permitiríamos continuar su reprobable acción. Cuando estuvo claro que no había nada que hacer, hablamos de ello con Gramsci. Nos dijo en seguida que en otras celdas las discusiones degeneraban también, a menudo, en apreciaciones absurdas y sólo llevaban a la división entre los camaradas" [Giuseppe Fiori, *Vida de Antonio Gramsci,* Barcelona, Península, 1968, p. 305].

En pleno "viraje", es decir, en el momento en que se esperaba que la crisis económica desembocara inmediatamente en la revolución socia-

Sobre la crítica del "método" de Stalin; sobre las nociones de "centralismo democrático" y de "centralismo burocrático", cf. *Correspondencia,* 1926; *M,* pp. 26, 76-77 [366, 90-92]; *PP,* p. 65.

Sobre la necesidad del "jefe", de la disciplina, sobre la "idolatría" del Estado, cf. *M,* pp. 98-99, 131-133 [126-127, 157-160]; *PP,* pp. 67-68, 165-166.

Sobre el reconocimiento del "socialismo en un sólo país", cf. *M,* pp. 114-115 [139-140].

Sobre el rechazo del "viraje", cf. Spriano, II, pp. 265, 275-285; A. Lisa, *Rinascita,* 12 de diciembre de 1964; Leonetti: *Note su Gramsci,* pp. 181-208.

Sobre el rechazo de los Frentes populares, cf. Spriano, III, p. 150 e *Il Contemporaneo,* 14 de abril de 1967.

Sobre los "procesos", cf. Spriano, II, pp. 278-279; *PP,* p. 72; Spriano, *Il Contemporaneo,* 14 de abril de 1967.

lista y cuando, con esta convicción, se había efectuado un brusco cambio de rumbo, Gramsci hizo una serie de exposiciones políticas a los prisioneros de Turi. Rechazó la línea del PCI y de la Internacional, criticando el catastrofismo de inspiración economicista y el consiguiente dogmatismo, según los cuales se trataba de iniciar la lucha "clase contra clase", abandonando toda alianza y pronosticando la evolución socialfascista de la socialdemocracia. Según Gramsci, el PCI "sufría aún de maximalismo". Propuso entonces una estrategia que "había meditado y estudiado extensamente", a la que "concedía una importancia y un valor políticos primordiales". Expuso la idea de una "Asamblea constituyente" y, consciente de la profunda diferencia entre esa propuesta y la línea del partido, definió irónicamente a su proyecto como "un puñetazo en la cara".[8] "Con demasiada frecuencia –decía– en el partido se tiene miedo a todas las denominaciones que no entran en la vieja fraseología maximalista. . . Toda acción táctica que no corresponda al subjetivismo de los soñadores es considerada, en general, como una deformación de la táctica y de la estrategia de la revolución. Así, se habla a menudo de revolución sin tener una noción precisa de lo que se requiere para llevarla a cabo, de los medios necesarios para alcanzar el fin. No se sabe adecuar los medios a las diversas situaciones históricas". El análisis de la situación italiana llevaba a Gramsci a la conclusión de que la fuerza del fascismo, por un lado, había postrado a las masas en un gran desaliento, debilitando así su combatividad y, por otro, había reducido al mínimo el impacto del partido del proletariado; en esas condiciones –decía– es imposible hablar de la conquista del poder sin pasar por un periodo de transición, por breve que sea.

Al brutal viraje de 1929, cuyas consecuencias fueron –como lo comprendió muy bien Gramsci– el aislamiento de los comunistas y el fracaso de toda perspectiva revolucionaria, Gramsci oponía su "asamblea constituyente" concebida no "como un fin en sí, sino como un medio"

[8] El problema consiste en encontrar, "sin temor a parecer poco revolucionario", el objetivo más susceptible de favorecer una alianza: ése, según Gramsci, es "un problema constitucional e institucional". En efecto, el campesino o el pequeñoburgués tienen conciencia de "la inutilidad social del rey", pero no están aún en condiciones de comprender su derrocamiento en beneficio del proletariado, y se imaginan que su propia condición es más susceptible de mejorar "en el régimen republicano que en el de los soviets". "La lucha por la toma del poder representa un paso que esos estratos sociales sólo podrán dar por grados, en la medida en que la táctica del partido los conduzca progresivamente a reconocer la validez de su propio programa y la falsedad del de los demás partidos políticos y su demagogia, en la que todavía creen". Dado, pues que "las perspectivas revolucionarias, en Italia, existen en número de dos, la probable y la menos probable", y que "la más probable es la de la transición", el partido "debe desarrollar una acción común con los partidos que, en Italia, luchan contra el fascismo" y debe hacer suya la consigna de la Asamblea constituyente.

que expresaba la necesidad del proletariado de ganar la alianza de las demás capas sociales interesadas en el derrocamiento del fascismo: los campesinos y la pequeña burguesía. Afirmaba: "Sin la conquista de nuevas alianzas, el proletariado se priva de toda posibilidad seria de un movimiento revolucionario". Gramsci señala, por cierto, que "la acción que el partido debe emprender no podría estar a remolque de los otros partidos antifascistas. El objetivo del partido es la conquista del poder por la violencia, la dictadura del proletariado, a la que debe llegar recurriendo a la táctica más adaptada a una situación histórica dada y a las relaciones de fuerza que existan en los diferentes momentos de la lucha. . ." "Por tanto, el entendimiento con los demás partidos antifascistas debe efectuarse en condiciones de independencia política y de supremacía". ¿No hay aquí como un eco de la gran polémica, en el seno del partido comunista chino, sobre la táctica del "frente único"? (Las referencias de las citas relativas a la "Asamblea contstituyente" son indirectas: Athos Lisa, *Rinascita*, 12 de diciembre de 1964; Fiori: *Vita di Antonio Gramsci*, pp. 290-298 [ed. esp. cit., pp. 296-305]; Spriano, *Storia del PCI*, II, pp. 279-286).

Gramsci volvió a proponer este tipo de Asamblea constituyente –y no podía ser de otro modo, teniendo en cuenta lo que acabamos de decir– en la época de los "frentes populares", cuando la Internacional comunista adoptó la nueva línea, pasando del sectarismo apriorístico del periodo del "viraje" a la "apertura" indiscriminada del "frente", próxima a la colaboración de clases.

"Asamblea constituyente" y "frentes populares" están arraigados en dos concepciones políticas opuestas, no obstante la vieja mistificación que pretendió hacer *también* de Gramsci el "teórico" de los "frentes populares". Para Gramsci, la política de los "frentes populares" era, de hecho, una política que tendía exclusivamente a la defensa de las instituciones democráticas burguesas y no una política orientada a la revolución socialista: estaba dictada por la necesidad de defender al Estado soviético y no tenía incidencia alguna en el desarrollo de la revolución en los demás países; "sancionaba la alianza entre partidos burgueses y partidos proletarios para todo un periodo histórico y consideraba a las consignas democráticas no como medios sino como fines". En cambio, la "Asamblea constituyente" era un objetivo táctico que derivaba de un análisis preciso de la realidad política y social del país, y se presentaba como un "medio" para asegurar el éxito de la revolución por un lado contra el aventurerismo sectario y por otro contra la colaboración de clase.[9]

[9] Sobre la política de los "frentes populares" en Gramsci, cf. P. Togliatti, *Il capo della classe operaia italiana*, cit., p. 36; Spriano, *op. cit.*, t. III, p. 150; Colletti, "Gramsci et la révolution en Italie", en *La Sinistra*, 1 de enero de 1966; Corvisieri, "Gramsci contre Staline", en *La Sinistra*, junio de 1967.

Para concluir, quisiera volver a "Lucha política y guerra militar". Este escrito de Gramsci se ha convertido en un verdadero lecho de Procusto. A partir de él se fijaron, estiraron o condensaron –según las necesidades– todas las teorías existentes sobre las "vías nacionales", las "vías parlamentarias" y todos los tipos de "atajos" reformistas al socialismo. La tesis de la "guerra de posición" fue interpretada como la que debía conducir a través de lentas y graduales reformas, de carácter más o menos estructural, a la transformación progresiva de las estructuras, sin sacar al país de la dictadura burguesa. Se confunde deliberadamente la tesis de la "vía parlamentaria" de los reformistas con la tesis de la "nacionalización" del proletariado, o sea, con la tesis que encarna, a escala nacional, la teoría y la práctica de la revolución socialista de acuerdo a las enseñanzas de Lenin y de Mao Ze-dong, es decir de los dos dirigentes de la revolución victoriosa. Con el pretexto de una *estrategia nacional,* se adopta una vía *reformista nacional* que olvida el fundamento mismo del marxismo-leninismo, a saber, la destrucción del Estado burgués y el establecimiento de la dictadura del proletariado. Las "vías nacionales" al socialismo que encubren el revisionismo corriente, son ahora infinitas, como las de la Providencia. En su libro *Les cinq Socialismes* (Seuil, 1972, [*Los cinco comunismos,* Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1972]), Gilles Martinet presenta cinco modelos de socialismo como cinco modelos de vestidos, a utilizar según la estación.

Ahora bien, la concepción gramsciana de la "guerra de posición" no permite en absoluto tal eclecticismo, y menos aún la interpretación de una "toma del poder por la vía parlamentaria". Un especialista italiano de Gramsci, Salvadori *(op. cit.,* p. 140), ha sintetizado sus observaciones en una fórmula pertinente en la que insistiré, haciéndola mía: "El alcance de las observaciones de Gramsci sobre una mayor resistencia del Estado y de la Sociedad civil en Occidente, está ligado a la convicción de que, para quebrar el aparato de dominación de la clase dirigente a fin de lograr el objetivo estratégico alcanzado en Oriente en 1917, es necesario disponer, en Occidente, de una reserva de fuerzas a la vez diferente y más importante. En esto reside precisamente su parentesco con Lenin: la concepción del Estado es la misma, lo que cambia es la relación entre medios y fines. En resumen, la vía indicada por Gramsci va en el sentido de una acumulación, en el seno de las masas, de un potencial de conciencia revolucionaria al mismo tiempo más desarrollado, más amplio y más radical".

4
EL "MEZZOGIORNO" EN LA FORMACIÓN DEL ESTADO ITALIANO Y EN EL RISORGIMENTO*

Después de la derrota, la reflexión de Gramsci se orienta hacia la profundización del problema de la alianza entre clase obrera y campesinos. Los Consejos debían favorecer ese acercamiento –sobre la base de la consigna: República Federal de obreros y campesinos (versión gramsciana de la directiva de la IC: gobierno obrero y campesino)– en vista de extender las luchas obreras, más allá del marco de la fábrica, al conjunto del territorio nacional. Esta tesis no se reducía a una consigna; tenía como fundamento teórico el conjunto de ensayos que Gramsci había redactado entonces sobre esta cuestión en forma de artículos; más precisamente, se trata de tres exposiciones fundamentales que se ordenan bajo el mismo título "Obreros y campesinos". Esa consigna, no obstante, era una abstracción, hasta tal punto estaba encubierta y disimulada por el enfrentamiento directo de los obreros con el capital. Falta saber si también Gramsci tendía a creer, durante el periodo 1919-1920, que los Consejos contenían en sí mismos, como forma de organización obrera capaz de asumir el proceso de producción, la solución del problema del poder, es decir su conquista en vista de la construcción de un nuevo Estado. Podemos admitirlo, si nos atenemos a algunas formulaciones suyas desprendidas del contexto de su obra. Pero la acción emprendida en el seno de los Consejos tendía esencialmente y, en primer lugar, a probar que la clase obrera, como grupo social homogéneo, tenía los medios de superar la crisis, el desorden y el caos hacia los cuales se encaminaba entonces el país, favoreciendo así, en consecuencia, la toma de conciencia de las vanguardias obreras en cuanto a sus capacidades de acción. Pero será a propósito de la cuestión meridional que Gramsci avanzará más en la definición de una estrategia revolucionaria en Italia. Allí se origina el análisis de clase que restituirá cuerpo y vigor a las estructuras embrionarias del reagrupamiento obrero revolucionario, los Consejos vistos bajo la forma de Soviets. Pero, rodeando a los Soviets, la inmensa marea de los campesinos rusos estaba a su vez en plena rebelión. ¿Y en torno a los Consejos de Turín? ¿No había, en el sur, el más total silencio político, dejando de lado algunos enfrentamientos de cierta importancia?

A partir del fracaso de los Consejos, Gramsci "repensará" toda la estrategia revolucionaria, no sólo de Italia sino de Occidente, como lo prueba el pasaje de la carta del 9 de febrero de 1924.

LA CUESTIÓN MERIDIONAL

El trabajo *Algunos temas sobre la cuestión meridional* fue objeto de un opúsculo de unas treinta páginas cuya redacción, iniciada en 1926, poco antes del arresto de Gramsci, quedó inconclusa. Como las cien páginas de *El príncipe* de Maquiavelo, este texto de Gramsci marca uno de los jalones del pensamiento teórico y político italiano. Y, así como Maquiavelo habla como fundador de una teoría política en una Italia que se halla efectivamente dividida en múltiples pequeños Estados, que los particularismos regionales reducen a una impotencia ruinosa, invocando al *Príncipe* para que encabece, como "condottiero", el movimiento por la independencia nacional, del mismo modo, en el marco de un Estado italiano surgido del Risorgimento, marcado por la fractura entre el norte y el sur, Gramsci apela, en nombre de las estructuras de la Italia moderna, a un sistema de alianzas políticas entre obreros del norte, campesinos del sur e intelectuales, que aseguraría una función dirigente al proletariado en la toma del poder y haría del PC el partido político proletario marxista-leninista, el "Príncipe moderno". No es casual que Gramsci se consagre en la cárcel al estudio de Maquiavelo, a quien considera "el maestro más clásico del arte político" *(R,* p. 189), y que analice *El príncipe* como un "manifiesto" en el cual ve una "utopía revolucionaria" –las dos palabras claves son "revolucionario" y "manifiesto"– que, por comparación, evocará ese manifiesto revolucionario comunista, al que durante toda su vida consagrará sus investigaciones. (También Hegel, en la *Constitución de Alemania* (1802), había rendido homenaje al genio de Maquiavelo, contra todas las deformaciones moralizantes que habían desnaturalizado a *El príncipe).*

Para Gramsci, la forma de *unidad nacional* que está a la orden del día, tantos siglos después de Maquiavelo, es la revolución proletaria y la instauración del socialismo en Italia; las formas y los objetivos no son ya los mismos desde Maquiavelo, pues existe un Estado nacional, aunque la unidad aún no se haya realizado plenamente; ahora, ya no es un individuo aislado, como el Príncipe ilustrado, quien debe hacer triunfar la revolución, sino la vanguardia del partido proletario y de las clases explotadas, la única capaz de reunir al norte y al sur en un único bloque histórico que encuentre en el partido su unidad y su guía.

Las treinta páginas de *La cuestión meridional* constituyen un documento que, en algunos aspectos, desborda el marco de la realidad italiana y la estructura particular en el seno de la cual se realizó su unidad –con un norte que ejerce despóticamente su dominación sobre un sur sometido– para proponer un análisis ejemplar de la estructura de clases, una estrategia revolucionaria que pasa por la alianza entre ciudad y campo, entre obreros, campesinos e intelectuales, en vista de crear un "bloque histórico" en el interior de una sociedad industrialmente desarrolla-

da, que tiene como fin la destrucción de la máquina estatal burguesa. Vista desde este ángulo, *La cuestión meridional*, no obstante el hecho de que sus datos fundamentales ya se han modificado, abarca las imperfecciones congénitas y las contradicciones principales del capitalismo occidental: sometimiento y subordinación del campo a la ciudad, enfeudamiento de la agricultura a la industria moderna, división permanente entre proletariado industrial y campesinado, supervivencias del corporativismo y del egoísmo en el seno de la clase obrera, ausencia, como protagonista, de un mundo campesino condenado a las explosiones desesperadas (rebelión de Reggio Calabria, luchas del movimiento occitano o bretón); revela, por último, el papel negativo que desempeñan los intelectuales como "agentes del grupo dominante, asegurando la cohesión ideológica necesaria a la burguesía para reforzar su propia hegemonía sobre las masas incultas del campesinado y de los provincianos (a través del intelectual el terrateniente mantiene bajo su dependencia al campesino del sur)", escribe Gramsci en *La cuestión meridional).* Se trata de una cuestión específicamente italiana, pero que abarca un cierto número de puntos que, en el plano de la reflexión y del método, pueden aplicarse a toda la Europa occidental. Si se tiene en cuenta que Gramsci propone reinterpretar toda la historia italiana también bajo el aspecto de la relación ciudad-campo, se comprende que *La cuestión meridional* puede aportar mucho a nuestra perspectiva teórica y política, para entender mejor el movimiento histórico actual de nuestra sociedad en general; Gramsci aborda el problema meridional, por un lado como problema nacional, y por otro en su relación con el desarrollo internacional del capitalismo en Europa, caracterizado por la dominación de las zonas superindustrializadas sobre los islotes de subdesarrollo, enfoque que tiene en cuenta el contexto general de las relaciones sociales, económicas y políticas de clase.

La cuestión meridional fija los grandes ejes del pensamiento político de Gramsci, que se desarrollarán ulteriormente en los *Cuadernos:* el aspecto político-estratégico de la alianza obreros-campesinos, los conceptos de Estado, hegemonía y bloque histórico, el papel de los intelectuales, el papel del partido como "intelectual colectivo" o "moderno Príncipe" y el análisis del fascismo como ideología de masas de la pequeña burguesía, mantenida por el bloque de los industriales y los terratenientes. *La cuestión meridional* es como un diamante de mil facetas, cada una de las cuales, iluminando un punto particular, focaliza uno de los aspectos del pensamiento teórico-político gramsciano con una irradiación y una transparencia tales que, luego, Gramsci podrá volver al conjunto de esos temas abordados en 1926, para desarrollarlos de una manera unitaria en los *Cuadernos. La cuestión meridional* es, por otra parte, junto con las tesis de Lyon —preparadas por Gramsci para el III congreso del PCI—, la única obra que escribió en el momento de su mayor experiencia política

de dirigente del partido, antes de su arresto, y por ello, la única que refleja su universo conceptual en el ardor mismo de la acción y no a través de los barrotes de su celda.

CONTRADICCIONES EN EL MEZZOGIORNO ANTES DE LA UNIDAD

Para estudiar *La cuestión meridional*, y dado que me propongo sobre todo ampliar su alcance teórico y político refiriéndolo a la situación actual y a las características propias de la sociedad capitalista desarrollada, se hace necesario evocar la historia de la unidad italiana y de la formación del Estado hacia fines del siglo XIX; y ello, para precisar bien el marco histórico-político de la unificación realizada durante el Risorgimento, bajo la dirección de la burguesía y según ciertas características específicas y muy particulares de Italia. En 1861 Italia acaba de realizar su unificación. Pero sólo en 1870 se incorpora al territorio liberado aquel que se llamaba entonces el Estado pontificio. Esto representa pues un considerable retardo respecto a la formación de las demás naciones de Europa. Antes de constituir un Estado, Italia estaba dividida –como Maquiavelo y Leopardi habían uno analizado y el otro cantado– en una multitud de pequeños Estados de variable importancia: la Lombardía-Venecia bajo la dominación austríaca, allí donde la república cisalpina (Milán) había formado, bajo Napoleón, una pequeña república de carácter progresista que estaba bajo la influencia de la Revolución francesa; el Gran Ducado de Toscana; el vasto Estado pontificio (Lacio, Umbría, Marcas y Romaña); el reino de Nápoles, gobernado por los Borbones. La relación de dominación entre ciudades y campo, tal como se estructuró durante el Risorgimento, ejerció, según Gramsci, junto con el posterior sometimiento del sur, "una influencia determinante sobre el desarrollo de las luchas por la independencia, en una época en la que esa dominación era aún más radical y más coercitiva que hoy". De esta manera, Gramsci desarrolla su análisis de la relación ciudad-campo. En las ciudades –dice–, incluso en las no "industriales" –las "ciudades del silencio", como las llama, Roma, Nápoles–, se encuentran vastos islotes de población de tipo urbano-moderno, sumergidos y abrumados, aplastados por otros grupos *que no son de tipo moderno* pero que representan la enorme mayoría de la población. Y agregó que aún hoy, en Nápoles, sobre 1 200 000 habitantes, solamente un tercio de la población laboriosa tiene una actividad regular y se cuenta oficialmente 120 000 desocupados, sobre todo entre los estratos subproletarizados, sin hablar del desempleo casi total de las mujeres. "Tal es la paradoja de las ciudades del silencio".

"Una ciudad 'industrial' es siempre más progresista que el campo del

que depende orgánicamente. Pero en Italia son raras las ciudades 'industriales' y más raras todavía las específicamente industriales. Sin embargo, las 'cien' grandes ciudades italianas son ciudades industriales, y el hecho de que en Italia la población se encuentre dos veces más concentrada que en Francia en zonas no rurales, ¿es una prueba de que la industrialización italiana está dos veces más desarrollada que en Francia? En Italia, la urbanización no es un fenómeno simplemente y tampoco "específicamente" ligado al desarrollo capitalista y a la gran industria. La que por mucho tiempo fue la ciudad más grande de Italia y aún hoy una de las más importantes, Nápoles, no es una ciudad industrial; así como tampoco Roma (que actualmente es la ciudad más grande del país)" *(R,* p. 124 Editori Riuniti; "La relación ciudad-campo en el Risorgimento y la estructura nacional").

Sobre el supuesto "misterio de Nápoles", escribe también Gramsci: "Nápoles es la ciudad donde la mayor parte de los propietarios terratenientes del Mezzogiorno (nobles o no) gastan la renta agraria. En torno a algunas decenas de millares de estas familias de propietarios, de mayor o menor importancia económica, con sus cortes de siervos y lacayos, se organiza la vida práctica de la mayor parte de la ciudad, con sus industrias artesanales, sus vendedores ambulantes y el desmenuzamiento prodigioso de la oferta directa de mercancías y servicios a los ociosos que circulan por las calles. Otra parte importante de la ciudad se organiza en torno al tránsito y al comercio por mayor. La industria 'productiva' en el sentido de que crea y acumula nuevos bienes es relativamente pequeña, a pesar de que en las estadísticas oficiales Nápoles figura como la cuarta ciudad industrial de Italia, luego de Milán, Turín y Génova. Esta estructura economicosocial de Nápoles. . . explica una gran parte de la historia de dicha ciudad, tan plena de aparentes contradicciones y de espinosos problemas políticos. El caso de Nápoles se repite agravado en Palermo y Roma y en toda una serie numerosa de ciudades (las famosas *cento città* [cien ciudades]) no sólo de Italia meridional y de las islas, sino de Italia central y también septentrional. . . A muchas poblaciones de este tipo de ciudades se les puede aplicar el refrán popular: cuando un caballo caga cien gorriones se alimentan" (Gramsci: "Americanismo e Fordismo", p. 314 [en *Notas sobre Maquiavelo. . .*, pp. 288-289]).

"En este tipo de ciudades –escribe Gramsci– existe entre todos esos grupos sociales cierta unidad ideológica urbana enfrentada al campo, unidad a la que no escapan los núcleos que, en razón de sus funciones civiles, representan los elementos más modernos que se puede encontrar; se odia y desprecia al 'villano', formándose un frente común de oposición contra las reivindicaciones del campo, las cuales, si obtuvieran su finalidad, harían imposible ese tipo de ciudad. Inversamente, en el campo existe una hostilidad difusa pero no menos tenaz y feroz contra la ciudad, contra toda la ciudad, cualesquiera sean los grupos sociales que la

conpongan" *(R.,* p. 124). En efecto, es en las ciudades donde el terrateniente, como explotador del campo, gasta su propia renta, y son esas ciudades las que drenan el dinero de las regiones vecinas, a las que sirven de únicos mercados.

Para ilustrar este tipo de contradicción, Gramsci evoca el episodio de la República napolitana de 1799, en la que una *élite* de intelectuales, fuertemente influenciados por la Revolución francesa, tomó el poder, expulsando de Nápoles a los Borbones. "La ciudad –escribe Gramsci– fue aplastada por las hordas campesinas, armadas por el cardenal Ruffo, porque la República, tanto en su primera fase aristocrática como en su periodo burgués, había descuidado totalmente el campo; la eventualidad de una solución de tipo jacobino, que implicaba desposeer a los terratenientes que gastaban su renta en Nápoles, privando así a las grandes masas populares de sus ingresos y de sus medios de subsistencia, habría suscitado la indiferencia, cuando no la hostilidad, de la gente humilde de Nápoles" *(R.,* p. 125).

No obstante, como lo prueba la revolución de Nápoles de 1799, es el sur el que, durante el periodo que precede al Risorgimento, toma la iniciativa de la acción y abre las crisis políticas: en 1799 en Nápoles, en 1820-1821 en Palermo, en 1847 en Messina y en Sicilia, en 1847-1848 en Sicilia y en Nápoles. Eso es lo que incitó quizás a ciertos políticos y hombres de acción de la época a cultivar el mito de un sur que sería "el polvorín de Italia". En este contexto de creencia ingenua en un sur explotado y por tanto dispuesto a rebelarse, hay que situar la famosa expedición de Carlo Pisacane, el "jacobino italiano", según Gramsci, en el sentido de que su visión política y estratégica asociaba la ciudad y el campo en el proceso revolucionario. Como su proyecto estratégico y político se prolongaba en un objetivo militar, Pisacane –según Gramsci– pertenecía a la corriente determinada por las ideas de Maquiavelo: "A la corriente de Maquiavelo hay que vincular sin duda a Carlo Pisacane, para quien el problema de la satisfacción de las reivindicaciones populares, previamente estimuladas por la propaganda, es enfocado desde un punto de vista esencialmente militar". Pisacane, "noble napolitano, había incorporado por su cuenta un conjunto de conceptos militares heredados de la Revolución francesa, de las campañas napoleónicas, y traspuestos a Nápoles por José Bonaparte y J. Murat y más aún de la experiencia directa de los oficiales napolitanos que habían combatido al lado de Napoleón. . . fue él quien comprendió que sin democracia política no hay ejército nacional posible" *(R,* p. 162).

Con el apoyo de voluntarios, trató de constituir un ejército nacional a fin de sublevar al sur en un vasto movimiento de liberación nacional que permitiera, simultáneamente, expulsar a los austríacos y echar las

bases de la unidad italiana. Pero la historia de Pisacane se asemeja a la de un Che Guevara de la época. Apenas sus patrullas armadas habían alcanzado las costas de Calabria los campesinos, excitados por los terratenientes y los curas, contra el Anticristo, se precipitaron con sus horquillas y los masacraron a él y a sus jóvenes voluntarios.

Por sus constantes referencias a la formación del Estado francés después de la gran Revolución, el análisis del Risorgimento que emprende Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* es la consecuencia lógica de las premisas que había expuesto en *La cuestión meridional* sobre las limitaciones del Risorgimento ligadas a la ausencia de participación obrera y campesina. "Lo que le faltó al Risorgimento –escribe Gramsci– fue el fermento 'jacobino' en el sentido clásico del término; en este sentido, Pisacane es una de las figuras más interesantes, porque fue uno de los pocos que tuvo conciencia de esta carencia, aunque él no fuera el 'jacobino' que necesitaba Italia. Hay que notar además que la Italia anterior a 1859 estaba obsesionada no por el comunismo sino por la Revolución francesa y el Terror, lo cual provocaba el 'pánico' no de los burgueses sino de los terratenientes; por lo demás, el comunismo, en la propaganda de Metternich, se reducía a la sola cuestión de la reforma agraria". Para Gramsci, al Risorgimento le habían faltado dos elementos característicos de la Revolución francesa de 1789: la vinculación entre ciudad y campo y un partido político, "no tanto en el sentido moderno de la palabra, como más bien en el que entonces tenía y como lo entendía la Revolución francesa, en la forma de una corriente de ideas" (Gramsci, *R*, p. 152). Para Gramsci, el Risorgimento fue sólo una "revolución pasiva".

En Francia existía, en cambio, un fermento político-teórico, nacido de la unidad popular a escala de todo el territorio, unidad política y cultural que garantizó al mismo tiempo la reforma agraria en el campo y las libertades democráticas en las ciudades y estuvo en el origen del éxito de esa revolución, aunque luego el jacobinismo debía entregar a la burguesía en bandeja de plata el nuevo Estado surgido de las ruinas del feudalismo. "Los jacobinos –escribe Gramsci en *Il Risorgimento*– lucharon con valentía y éxito para asegurar la unión de la ciudad y el campo. Su derrota como partido dominante se debe a que en cierto momento chocaron con las exigencias de los obreros parisienses, aunque su obra prosiguió, bajo otra forma, con Napoleón. . . En la literatura francesa, la necesidad de superar la oposición entre la ciudad (París) y el campo fue siempre vivamente sentida y afirmada; recuérdese las novelas de Eugenio Sue, muy populares también en Italia, y que insisten constantemente en la necesidad de interesarse en la suerte de los campesinos, de mantenerlos en contacto con la capital; ahora bien, Sue fue el novelista popular de la tradición política jacobina" *(R,* p. 98, Editori Riuniti).

Y retomando su comparación entre las insuficiencias propias del Risorgimento y los aportes fundamentales y positivos de la Revolución

francesa, Gramsci subraya que entonces "París desempeñó un papel que, en la Italia posterior a 1848, no podía corresponder a ninguna ciudad, cualquiera fuera el programa de acción".

Gramsci escribe en *Passato e presente* (p. 53): "Interpretación del Risorgimento y de toda época compleja de transformaciones históricas en términos de 'revolución pasiva'. Ventajas e inconvenientes de esa interpretación. Riesgo de derrotismo histórico, es decir, de desmovilización, ligado al hecho de que el planteo general del problema puede conducir al fatalismo, etc.; pero esta concepción es dialéctica, o sea que presupone e incluso postula como necesario un planteo vigorosamente antitético y que despliegue rigurosamente todas sus posibilidades de desarrollo. Por tanto, la teoría de la 'revolución pasiva' no es un programa, como lo hicieron los liberales italianos del Risorgimento, sino un criterio de interpretación en ausencia de otros elementos activos que desempeñen un papel determinante".

En varias oportunidades, Gramsci reflexiona y desarrolla la noción de "revolución pasiva". Este término, en su formulación primitiva, lo tomó Gramsci del historiador Cuoco, para quien la "revolución pasiva" es la que llevan consigo los ejércitos dirigidos por Bonaparte. No se trata pues de una revolución del pueblo y, como tal, abre un abismo entre los intelectuales y las masas, entre la cultura y la nación, lo cual suscita la contradicción, que señala Cuoco, entre la aspiración a la independencia de una "nación" italiana y su preferencia fundamental por una "revolución sin revolución". En sus *Notas sobre Maquiavelo*, Gramsci desarrolla en estos términos la noción de "revolución pasiva"; "El concepto de 'revolución pasiva' debe ser rigurosamente deducido de los dos principios fundamentales de ciencia política: 1) que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se desarrollaron en su interior encuentran aún posibilidades de ulteriores movimientos progresivos; 2) que la sociedad no se plantea objetivos para cuya solución no se hayan dado ya las condiciones necesarias, etc. Se entiende que estos principios deben primero ser desarrollados críticamente en toda su importancia y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo. Deben ser referidos así a la descripción de los tres momentos fundamentales que pueden distinguirse en una 'situación' o equilibrio de fuerzas, con la máxima valoración del segundo momento, o equilibrio de las fuerzas políticas y especialmente del tercer momento o equilibrio político-militar.

"Se debe recordar que Pisacane en sus *Ensayos* se ocupa precisamente de este tercer momento. Pisacane comprende, a diferencia de Mazzini, toda la importancia que tiene la presencia en Italia de un ejército austríaco aguerrido, siempre listo para intervenir en cualquier lugar de la península y que tiene detrás de sí a toda la potencia militar del imperio de los Habsburgos, o sea, una matriz siempre lista para formar nuevos ejércitos de refuerzo. Otro elemento histórico digno de ser anotado es el

desarrollo del cristianismo en el seno del Imperio romano, así como el fenómeno actual del gandhismo en la India y la teoría de la no resistencia al mal de Tolstoi, que tanto se aproxima a la primera fase del cristianismo (antes del edicto de Milán). El gandhismo y el tolstoísmo son teorizaciones ingenuas y de tinte religioso de la 'revolución pasiva'. Deben anotarse también algunos movimientos denominados 'liquidacionistas' y las reacciones que suscitaron, en relación con los tiempos y con las formas de determinadas situaciones (especialmente del tercer momento). El punto de partida del estudio será la expresión de Vincenzo Cuoco, pero es evidente que la expresión de Cuoco a propósito de la revolución napolitana de 1799 no es más que un punto de partida, ya que el concepto es modificado y enriquecido por completo" (*M*, p. 69 [83-84]).

En *Il Risorgimento*, Gramsci profundiza ese concepto, declarando que la "revolución pasiva" cuestiona a un grupo dirigente que, sin querer poner sus intereses y sus aspiraciones en concordancia con los de los demás grupos, trata de "dominar" pero sin "dirigir". Esa función de *dominación* sin *dirección* puede ser ejercida no sólo por un partido político sino también por un Estado o una potencia, como fue el caso del Piamonte durante el Risorgimento. Se trata de momentos históricos en cuyo transcurso se aplica una "dictadura sin hegemonía". Como escribe Gramsci: "trataba de 'dominar' y no de 'dirigir', y más precisamente: trataba de imponer no sus personas, sino sus intereses. Querían que una fuerza nueva, ajena a todo compromiso y a toda presión, fuera el árbitro de la nación; esa fuerza fue el Piamonte, y de allí el papel que desempeñó la monarquía.

"El Piamonte desempeña, en efecto, una función que, en ciertos aspectos, puede compararse con la del partido, es decir, con la del personal dirigente de un grupo social (se habla siempre de un 'partido piamontés'), con la diferencia de que se trataba de un Estado, con su ejército, su diplomacia, etc. Es esencial profundizar el sentido que asume ese tipo de intervención 'a la piamontesa' en las revoluciones pasivas, a saber que un Estado sustituye a los grupos sociales locales para emprender una lucha de renovación. Éste es uno de esos casos en que los grupos efectúan una función de 'dominación' y no de 'dirección': dictadura sin hegemonía. La hegemonía será la de una fracción del grupo sobre su totalidad, y no la del grupo sobre otras fuerzas para radicalizar el movimiento, según el modelo 'jacobino' " (*R*, pp. 106-107). ¿Cuál es, finalmente, el contenido de la noción de revolución pasiva? Gramsci se propone redefinirla en estos términos: "... Quizás expresa el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria en el desarrollo de la historia italiana y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes a la subversión esporádica, elemental, orgánica, de las masas populares, con 'restauraciones' que han recogido una parte de las exigencias de abajo, lo que da lugar a las expresiones 'restau-

raciones progresistas' o 'revoluciones-restauraciones', o incluso 'revoluciones pasivas' " *(MS,* p. 219 [226-227]).

¿Qué le hubiera hecho falta a Italia para provocar una coyuntura histórica de una naturaleza muy diferente a la de Francia? La cuestión debía formularse en términos de "guerra de movimientos-guerra de sitio"; en otras palabras, para expulsar a los austríacos y los colaboradores italianos, hubiera sido necesario: 1. formar un partido italiano poderoso, homogéneo y coherente; 2. dotar a ese partido de un programa claro y concreto, susceptible de incorporar a las grandes masas populares,[1] *que en ese momento no podían ser otras que las campesinas* [subrayado mío] y, que las habría preparado para una sublevación general en todo el país" *(R,* p. 151). Por el contrario, durante el Risorgimento comenzó la ruptura, no sólo entre la ciudad y el campo, sino también entre el norte y el sur, y eso es lo que da a la unidad italiana el carácter de una conquista –"conquista real", precisa Gramsci– emprendida por los reyes del Piamonte y la burguesía para apoderarse del sur y de todas las poblaciones agrícolas a las que luego se privará del mayor de los beneficios: la reforma agraria, la apropiación de las tierras. "Durante el Risorgimento –escribe Gramsci– se iniciaba ya, en una forma embrionaria, la relación histórica entre el norte y el sur, relación comparable a la que se establece entre una gran ciudad y una vasta campaña; como esa relación no tiene el carácter clásico del enlace orgánico entre provincia y capital industrial, sino que comprende dos extensiones de territorio, de tradiciones civiles y culturales profundamente diferentes, todos los elementos que podían otorgarle el aspecto de un conflicto de nacionalidades se reforzaron".

RISORGIMENTO: UNA REVOLUCIÓN PASIVA

El pueblo italiano, por consiguiente, fue excluido del Risorgimento, exclusión no tanto física (numerosos son los episodios heroicos de insurrecciones populares) como política. Por eso el Risorgimento fue una revolución pasiva. Sin duda podemos afirmar, contrariamente a quienes ven en ella una fase de la "guerra de posición", que para Gramsci la expresión "revolución pasiva" tiene una significación peyorativa. Para Gramsci, esa noción hace referencia a lo que hoy podríamos llamar "revolución reformista", o "centro izquierda" o aun "cartel de las izquier-

[1] "¿Por qué –escribe Gramsci– el partido de acción no planteó en toda su amplitud la cuestión agraria? Que los moderados no lo hayan hecho, no puede sorprender... [pero] el mismo partido de acción... pensaba, en este punto, como los moderados, y consideraba como 'nacionales' a la aristocracia y los propietarios y no a millones de campesinos" *(R,* p. 133, Editori Riuniti).

das", incluso provisto de un Programa común.* La revolución pasiva se caracteriza por la no participación de las masas en el movimiento y por un tipo de acción en el que sólo intervienen las élites políticas, los partidos en cuanto grupos dirigentes y las fuerzas que asumen *desde arriba* la dirección de la acción, excluyendo la participación popular, a la que temen no poder *controlar*, a fin de canalizar al movimiento histórico dentro de límites determinados de antemano y compatibles con la línea política de la clase dirigente. En opinión de Gramsci, la "revolución pasiva" no puede constituir un "programa" (como para los liberales del Risorgimento); es preciso, al contrario, acentuar la lucha para sacar a las masas de la "anestesia política" en la que se las mantiene.

La unidad italiana se hizo bajo la presión de la dinastía de los Savoya y bajo la dirección de la burguesía industrial y comercial del norte, que había desarrollado una industria y una economía relativamente modernas (bajo el impulso de los capitalismos austríaco y francés) y no se avenía a la división del país en dos zonas, con su sistema de aduanas y de fronteras que convenía suprimir para penetrar libremente, como conquistadores, en un sur que, bajo el reinado del Estado pontificio y del rey de Nápoles, había llegado al último grado del atraso económico, social y cultural. Gramsci insiste, como vimos, en las desastrosas consecuencias de la ausencia, en el seno del Risorgimento italiano, de un partido o de un reagrupamiento susceptible de catalizar las energías revolucionarias a escala del país. A este respecto observa, muy justamente, hasta qué punto el partido de acción de la época –del que formaban parte Garibaldi, Pisacane, Felice Orsini y las personalidades más prestigiosas del Risorgimento– *había sufrido la influencia* de la corriente moderada de la burguesía en su incapacidad para expresar, en forma de programa político, preciso, sus propios ideales democráticos y sociales y, más aún, en su ineptitud para entrar en contacto con ese pueblo al que, no obstante, quería convertir en uno de los protagonistas del movimiento de independencia nacional. "Precisamente sobre la base de la vaga consigna 'independencia y unidad', que no tenía en cuenta en absoluto un contenido político concreto, los moderados constituyeron, después de 1848, y bajo su propia hegemonía, el bloque nacional, influyendo así, de una u otra manera, en los dirigentes del partido de acción, Mazzini y Garibaldi" (*R*, p. 110).

El problema de la dirección política en el curso del proceso de formación y desarrollo de la unidad nacional y del Estado, se le plantea a Gramsci con una agudeza trágica; por eso insiste en que "el llamado partido de acción no se apoyaba en ninguna clase histórica determinada, y

* Alusión a la plataforma política conjunta de la coalición integrada actualmente en Francia, por los partidos comunista y socialista y el movimiento de radicales de izquierda [T.]

las oscilaciones de sus órganos dirigentes estaban determinadas en última instancia por los intereses de los moderados. En definitiva, el partido de acción tuvo a los moderados por guía histórica. Cuando Víctor Manuel II afirmó, según se cuenta, que tenía al partido de acción en el bolsillo, o algo parecido, decía la verdad, no sólo porque el rey tenía contactos personales con Garibaldi, sino también porque el partido de acción fue efectivamente dirigido, aunque indirectamente, por Cavour y el rey" *(R,* p. 94, Ed. Riuniti).

Fue así como la unidad italiana, cuyos principales actores habían sido los "voluntarios" burgueses y pequeñoburgueses, incluso a nivel de la lucha armada, consagró el triunfo del ala moderada de la burguesía. Es ejemplar, en este sentido, la conquista del sur por Garibaldi; éste –que se declaraba republicano y partidario de un programa social avanzado– en nombre del ideal abstracto de la *unidad de la patria* (que era también el de Mazzini), frenó con la masacre de Bronte el avance de los campesinos sicilianos que reivindicaban las tierras; una vez llegado a Teano, cerca de Nápoles, entregó al rey de Cerdeña y al moderado Cavour (el mayor agente de la burguesía en ascenso) todo el sur, como tierra anexada al reino por la conquista. "Hay que estudiar el comportamiento político de los garibaldinos en Sicilia durante los años 1860, comportamiento dictado por Crispi: los movimientos insurreccionales de los campesinos contra los barones fueron reprimidos implacablemente, creándose la Guardia nacional anticampesina; es ejemplar a este respecto la expedición punitiva de Nino Bixio en la región de Catania, donde las sublevaciones fueron más violentas" *(R,* p. 133).

La guerrilla del sur, todavía llamada lucha garibaldina, no sólo se detuvo tempranamente, además hizo acto de sumisión, en nombre de los intereses *superiores* de la nación, encarnados por los reyes piamonteses. Es interesante recordar a este respecto lo que escribía Engels *(Nueva Gaceta Renana,* 1o. de abril de 1849), condenando indirectamente una actitud como la de Garibaldi: "Un pueblo deseoso de conquistar su independencia no debe limitarse a los procedimientos de la guerrilla tradicional. La insurrección de masas, la guerra revolucionaria, la guerrilla generalizada son los únicos medios que permiten a un pueblo pequeño vencer a uno más grande y a un ejército más débil enfrentar a uno más fuerte y mejor organizado". Lo que se llama "realismo político" condujo en cambio a Garibaldi a frenar la participación de las masas meridionales en beneficio de un régimen de orden. La aristocracia rural preservaba así su dominación en el sur (como lo muestra en *El gatopardo* Tomasi di Lampedusa, cuya filosofía era: "Hay que cambiar todo para que nada cambie") y efectuada su reconversión mediante una alianza con los industriales del norte, formando de ese modo el nuevo bastión del orden y de la autoridad.

"HEGEMONÍA" Y "BLOQUE HISTÓRICO"

Sus notas de la cárcel prueban la aguda conciencia que tuvo Gramsci del vacío creado por la ausencia, en el seno del Risorgimento, de un verdadero partido político, pues el partido de acción ni siquiera fue capaz de incluir entre sus consignas la reforma agraria, hasta tal punto estaba desgarrado por sus rivalidades internas y sus permanentes vacilaciones, faltándole una dirección enérgica. En el momento en que cedía la dominación extranjera en Italia, el partido de acción no estuvo en condiciones de proponer, frente a la disgregación del "bloque ideológico", una alternativa a través de la formación de un nuevo grupo social dominante: "Incapaz de crear un grupo social realmente progresista, es decir de hacer avanzar verdaderamente a la sociedad global, no sólo satisfaciendo sus exigencias de supervivencia, sino también ampliando su aparato de dirección en vista de una constante y progresiva conquista de nuevas esferas de actividades económico-políticas". Éste es uno de los temas en los que Gramsci insiste constantemente. Hay momentos históricos en los cuales la reacción ve disgregarse sus fuerzas de dominación, las que designa el término "viejo bloque hegemónico" y que revelan las posibilidades objetivas de una nueva dirección revolucionaria; pero ésta no nace de un movimiento espontáneo, de una sorpresa milagrosa y exaltante, sino de la paciente elaboración de un nuevo bloque ideológico y político que asegura la hegemonía de la clase que ha llegado a ser históricamente la clase progresista. "El partido de acción no podía, por su propia naturaleza, ejercer tal poder de atracción pues él mismo estaba bajo la influencia del clima de temor (miedo a un terrorismo como el de 1793, reforzado por los acontecimientos de 1848-1850 en Francia) que lo hacía dudar de introducir en su programa ciertas reivindicaciones populares (como la reforma agraria); además, algunos de sus más eminentes representantes (Garibaldi) mantenían, aunque de manera esporádica (oscilación) relaciones personales de subordinación con los dirigentes moderados. . . El partido de acción no llegó a tener un programa concreto de gobierno y, finalmente, nunca fue otra cosa que un instrumento de propaganda y de agitación en manos de los moderados. Los desacuerdos y los conflictos internos del partido de acción, los odios terribles que concitó Mazzini, en razón de sus maniobras, en hombres de acción más resueltos (Garibaldi, Felice Orsini, etc.) tenían su origen en las carencias de una dirección política sin firmeza" *(R,* pp. 96-97). Y Gramsci evoca brevemente las *predicaciones confusas* de un Mazzini, para oponerles el alcance práctico de los escritos de Pisacane; pero nunca comprendió la animosidad de Pisacane hacia Garibaldi, cuando manifestó su hostilidad a la dictadura militar de éste último en la república romana, "exhibiendo una actitud de desprecio hacia Garibaldi comparable a la de los estados mayores del antiguo régimen hacia Napoleón". El realismo lúcido de Gramsci sub-

estima manifiestamente, en este punto, la actitud moderada de Mazzini bajo la república romana, preconizando una especie de colaboración de clase a fin de mantener todos los privilegios, tanto los más grandes como los más pequeños, línea contra la que se sublevaba Pisacane en nombre de una posición de clase intransigente.

EL BLOQUE INDUSTRIAL-AGRARIO

El mismo tipo de estructura unitaria que se había creado en el seno del Estado italiano durante el Risorgimento, favoreció la extensión del dominio político, económico y administrativo del norte industrializado, y particularmente del Piamonte, sobre un sur agrícola y atrasado. El Estado italiano, desde el comienzo, tuvo una política desfavorable al desarrollo del sur, y todas sus medidas políticas, administrativas y aduaneras, lejos de reducir la distancia y el desequilibrio entre esas dos regiones, no hicieron más que acentuarlos. Dicha política reflejaba los intereses del bloque industrial-agrario que se había consolidado y reforzado progresivamente desde la unificación del país. La industria del norte sacrificó deliberadamente los intereses de las zonas meridionales, reducidas al papel de mercado de consumo de tipo colonial, y favoreció desvergonzadamente el sector industrial de las regiones septentrionales.

Tampoco se preocupaba el gobierno de resolver el problema planteado por el atraso del sur, ya que, precisamente éste estaba ligado funcionalmente a la expansión neocolonial del norte; los industriales se habían aliado con los terratenientes después de asegurarse su apoyo mediante el reconocimiento del carácter intangible de los latifundios. Simultáneamente habían conseguido el apoyo de las clases intermedias, mediante la conservación de los privilegios económicos, sociales y políticos concedidos a los estratos medios del sur –profesiones liberales, abogados, profesores, funcionarios estatales, médicos, clérigos–, en definitiva, los *intelectuales*. Gramsci estudiará extensamente la actitud de estos últimos y su fidelidad a los terratenientes en vista de garantizar la dominación y la explotación de las masas campesinas analfabetas, poniendo en evidencia el papel reaccionario desempeñado por los intelectuales meridionales "por intermedio de los cuales los terratenientes mantienen a los campesinos del sur bajo su dependencia".

De esta manera, el "bloque histórico" constituido por los industriales del norte y los grandes propietarios del sur, selló su unidad sobre la base de intereses bien precisos: las tierras, a menudo sin cultivar, continuaban suministrando una renta a los "señores" meridionales; esa renta no se invertía totalmente en el mismo lugar, ni se gastaba enteramente en las ciudades, sino que iba a alimentar a los bancos del norte, favore-

ciendo así el despegue industrial de esa región; el Estado, no sólo no gastaba un centavo para los equipos estructurales e infraestructurales del sur, sino que además imponía a los campesinos pobres del sur cargas fiscales relativamente pesadas. Por esa razón, en el transcurso de los años 1861-1870, se desencadenó una violenta lucha social, "el bandolerismo", que, bajo una forma indirecta e inorgánica, atestiguaba precisamente el descontento y la oposición de las masas desheredadas a la opresión (otro signo característico, aún hoy, del terrible estado de degradación que afecta al sur y a las islas: las formas actuales de "bandolerismo", los secuestros "con rescate", practicados sobre todo en los medios campesinos más pobres, en Cerdeña).

De este modo, el Risorgimento dio origen a dos Italias bien distintas: una, el norte industrializado, posee una economía relativamente floreciente, un buen nivel de instrucción, una cultura moderna en el sentido amplio del término, una burguesía eficaz e inteligente y una clase obrera y popular consciente y relativamente encaminada a la maduración política de clase; esa Italia, como observaba Gramsci a propósito de la relación ciudad-campo anteriormente evocada, era (y sigue siendo) abiertamente hostil a todo lo que fuera meridional y campesino, pues todo lo que viniera "del sur" se consideraba "sucio". "Italia estaba dividida en 'nordici' y 'sudici',* y esta expresión traducía de manera muy característica el odio violento que se desarrollaba entre la gente del sur y los obreros del norte" *(La cuestión meridional).* Era la prueba de que las poblaciones del Mediodía reaccionaban a su vez con el odio contra el norte. El sur era económicamente muy atrasado, socialmente semifeudal, con una tasa de analfabetismo del 90‰, una cultura retrógrada, cuando no primitiva, una nobleza y una burguesía mezquinas, ignaras, parasitarias, y una clase popular (campesinos) inculta, supersticiosa, de cortos alcances y enemiga, no sólo del Estado, sino también de todo lo que, en definitiva, provenía "del norte" y, por tanto, también, de la "clase obrera acomodada".

En *Il Risorgimento,* Gramsci describe la situación italiana en ese comienzo de siglo, antes de la toma del poder por los fascistas, a través de un análisis que completa y enriquece *La cuestión meridional.* "La complejidad de la relación ciudad-campo puede apreciarse a través de todos los programas políticos que se trató de aplicar antes de la llegada del fascismo al gobierno: el programa de Giolitti y de los liberales-demócratas tendía a crear en el norte un bloque 'urbano' –industriales y obreros– que estuviera en la base de un sistema proteccionista y que reforzara la economía y la hegemonía de esa región. El Mediodía se reducía a un mercado semicolonial, a una reserva de ahorro y de impuestos, y el 'or-

* "Sudici" (sucios) evoca también, por connotación fonética, la palabra "sud" [T.].

den' se mantenía con dos series de disposiciones: medidas de represión policial implacables contra todo movimiento de masas, masacres periódicas de campesinos; medidas político-policiales; régimen de favor concedido a las capas intelectuales o 'leguleyos' ": empleos en las administraciones públicas, saqueo tolerado e impunemente practicado por las administraciones locales, legislación aplicada en el terreno eclesiástico con menos diligencia que en otros lugares, dejando al clero la posibilidad de gozar de sustanciales prebendas, etc.; en definitiva, integración "bajo una forma personalizada" de los elementos meridionales más activos, a la dirección de la jerarquía estatal, con privilegios particulares en el plano "judicial", burocrático, etc.

"De este modo, el estrato social que hubiera podido organizar el descontento endémico del Mediodía, se convertía por el contrario en un instrumento al servicio de la política del norte y de sus propios intereses. Carente de dirección, el descontento no lograba encontrar su modo de expresión política; y, como sus formas de manifestación presentaban siempre un carácter confuso y violento, se las consideraba 'delitos de derecho común' " *(R,* pp. 126-127).

Después de la sangrienta década 1890-1900, la burguesía debió renunciar, en el sur, a una dictadura demasiado violenta, directa y sistemática: simultáneamente, si no juntos, los campesinos del sur y los obreros del norte se rebelaban contra ella. Tales son, a este respecto, las observaciones de Gramsci en *La cuestión meridional.*

En el origen de las guerras coloniales emprendidas por la pequeña Italia se encuentra a los hombres de la derecha, partidarios de la nueva alianza –como Crispi, "que fue el hombre fuerte más representativo de la dictadura burguesa del siglo XIX"– y tan preocupados por el problema meridional que se lanzarán a la guerra colonialista: "el campesino quería la tierra, Crispi no quería (o no podía) dársela en la misma Italia. . .; así, dejándose seducir por el espejismo de una explotación colonial de otras tierras, cultivó un imperialismo puramente verbal y pasional carente de toda base económico-financiera (. . .). La Europa capitalista, disponiendo de grandes medios y habiendo llegado a la etapa de la caída tendencial de la tasa de la ganancia, se hallaba en la necesidad de ampliar el campo de sus inversiones rentables; así fueron creados, a partir de 1890, los grandes imperios coloniales. Pero Italia no estaba preparada: no sólo no disponía en absoluto de capitales para explotar, sino que debía apelar al capital extranjero para sus propias necesidades más inmediatas. La ausencia objetiva de condiciones que impulsaran a Italia a convertirse en una potencia imperialista fue compensada con el enceguecimiento pasional de las masas campesinas en su aspiración a la propiedad rural; se trataba de un problema de política interna que era preciso resolver y fue resuelto

por vía de una solución indirecta. Por eso la política de Crispi encontró la hostilidad de los mismos capitalistas (la gente del norte) que hubieran preferido que se invirtieran en Italia las sumas considerables que se gastaban en Africa: en el sur, en cambio, Crispi debió su popularidad a que creó el 'mito' de la tierra fácil" (*R*, p. 102, Editori Riuniti).

De hecho así como más tarde Mussolini en los tiempos de la campaña de Etiopía y luego de la guerra de liberación, esas conquistas coloniales se saldaron finalmente con una nueva sangría de Italia y la rebelión de los obreros del norte. No obstante, las expediciones coloniales prepararon los estratos de la pequeña burguesía y de los intelectuales, núcleo nacionalista cuya adhesión servirá de base al fascismo: "La guerra de Libia fue vista por todo un estrato de intelectuales como el preludio a la ofensiva de la 'gran (nación) proletaria' contra el mundo capitalista y plutocrático". La teoría de la nación proletaria, definida por Gramsci como un "nacionalsocialismo" que trasponía la lucha de clases al plano de la lucha entre naciones –entre las que tenían derecho a su "lugar en el sol", como decía el fascismo, y las que se lo negaban–, será sostenida por Enrico Corradini (1865-1931) y su propagandista más popular será Gabriele D'Annunzio. Hacia fines del siglo, y durante la década 1900-1910, la cuestión meridional fue puesta a la orden del día por la burguesía liberal ilustrada, para la cual el problema meridional era un simple "accidente" del desarrollo capitalista, y en cuanto tal podía ser solucionado mediante una serie de reformas oportunas en el marco del sistema (actualmente en el Mediodía italiano las fuerzas socialdemócratas, republicanas y demócrata-cristianas, los que he llamado los "sudócratas", se parecen como dos gotas de agua a sus ancestros burgueses en su manera de reclamar "reformas de estructura", pidiendo nuevas subvenciones del Estado, lo que equivale a desear que el gobierno central demuestre más generosidad en las limosnas que concede al Mediodía).

LA CUESTIÓN MERIDIONAL Y LOS SOCIALISTAS

Por otra parte, los que más insistentemente ponían sobre el tapete la cuestión meridional eran los dirigentes del partido socialista. Antes de Gramsci, la cuestión meridional había sido debatida, escudriñada, vuelta del derecho y del revés por viejos sabihondos que habían elaborado varios planes tendientes a explotar todos los recursos disponibles. Insisto en que es la misma situación de nuestros días, con los planes de desarrollo del *Mezzogiorno* –que siempre fracasaron– para la industrialización del Sur, y con la "Cassa del Mezzogiorno",[2] por intermedio de la cual el

[2] La *Cassa del Mezzogiorno* [Caja del Mediodía] se creó en 1950; su función

gobierno subvenciona a los poderes locales para asegurarse su fidelidad contra las masas populares.

Los partidarios de esa política meridional habían escrito entonces libros enteros para estudiar las posibilidades de acercamiento entre las dos Italias, o más exactamente, entre el Estado italiano y el sur de Italia, y se dedicaban a denunciar los males sociales que afectaban al *Mezzogiorno,* proponiendo al Estado diferentes soluciones para que elaborase una nueva política. Un gran número de teóricos y políticos tuvieron en esa época una conciencia aguda del problema meridional, como Villari, Sonnino, Franchetti, Giustino Fortunato y Francesco Saverio Nitti. Sus denuncias presentan todavía hoy un singular carácter de actualidad, por la pasión objetiva que los anima, particularmente cuando insisten por ejemplo –como lo hace Fortunato– en el hecho de que las esperanzas puestas en el gobierno para contribuir a la recuperación del Sur, son "quimeras y nada más"; o cuando el mismo Fortunato define a Calabria (la cual, una vez más, el año pasado, en diciembre de 1972, vio, luego de lluvias torrenciales como tantas otras, cómo el mar se tragaba sus caminos, sus vías férreas, sus pueblos situados a lo largo de las playas) como "una ruina colgante sobre el mar". Los desastres causados por esa inundación son comparables a los de una guerra: 20 muertos; 34 134 personas sin abrigo; 7 301 casas destruidas; 10 410 casas inutilizadas; 10 115 casas que amenazan desmoronarse (en total, 27 826 casas dañadas en grados diversos); 842 000 millones de liras de estragos (de los cuales 427 000 para Calabria y 415 000 para Sicilia). El gobierno Andreotti, a título de medida de urgencia, hizo llegar a las zonas del siniestro por intermedio de las prefecturas, es decir, sin pasar por los Consejos regionales, 610 millones de liras, 550 tiendas de campaña y 8 500 mantas. A título de medida más "orgánica", aprobó un decreto-ley conce-

consistía en atribuir una ayuda financiera a la Italia meridional para frenar el subdesarrollo y proceder a su industrialización. La burguesía, por intermedio de los demócrata-cristianos, esperaba debilitar así la potente ofensiva campesina y popular en lucha por la reforma agraria, que había sido uno de los objetivos de la Resistencia. Para ella se trataba de hacer callar al *Mezzogiorno* a través de la restauración capitalista. Esta creación venía después de un gran movimiento de ocupación de tierras incultas del sur. La *Cassa del Mezzogiorno* representaba, bajo una nueva fórmula, la vinculación entre los grupos dirigentes de la economía capitalista nacional y las formaciones meridionales más reaccionarias (no sólo los empresarios, sino también los notables demócrata-cristianos que administraban, gracias a esa *Caja,* miles de millones de liras). La *Caja,* comedor estatal de los guardianes capitalistas del sur, permitió "cubrir" la corrupción del poder: servía para reprimir las reivindicaciones populares así como las luchas campesinas y obreras. De 1950 a 1972, el gobierno ha gastado en la *Caja* 7 000 millones de liras. Pero esta suma impresionante no ha permitido la industrialización del sur, ni ha dado trabajo a sus habitantes. En 1971, durante la Conferencia de sindicatos de la Italia del sur, se declaró que existían 3 millones de desocupados, cuyos 2/3 se hallaban justamente en el sur. El PCI pidió en 1960 la disolución de la *Cassa del Mezzogiorno.*

diendo una subvención de 78 000 millones de liras. Ese paquete de medidas, por su carácter irrisorio, se inscribe en una política tradicional que tiene ya en su pasivo un deterioro de la situación económica y social responsable, sólo por los últimos 20 años, del éxodo de 850 000 sicilianos y 600 000 calabreses. (A los que respondan que el gobierno no disponía de fondos suficientes, se les puede preguntar dónde fueron a parar los 634 000 millones de liras afectados al plan de revalorización de Calabria, que fueron obtenidos del conjunto de contribuyentes italianos).

"Desde 1861 a nuestros días –escribía Franchetti– los gobiernos de cada partido han visto en el Mezzogiorno no un país por gobernar, sino un grupo de diputados por conciliar". Sonnino, en una intervención en el parlamento, se entregó a una implacable condena de la política del Estado italiano, declarando: "El cobrador y el gendarme: he aquí los propagadores del ideal patriótico en el seno de las masas embrutecidas de nuestros gañanes; con el recibo de los impuestos, las amenazas y el arresto domiciliario, con la libre práctica de la usura, los abusos de las clases más ricas, la desigualdad política y la desigualdad de hecho ante la justicia, así se enseña al campesino que Italia es la madre común que vela sobre todos sus hijos celosamente, sin distinciones".

F.S. Nitti denunciaba en un escrito famoso *(El norte y el sur,* reeditado en 1958) que "desde 1860 se había procedido a un drenaje constante de capitales del sur al norte, consecuencia de la política practicada por el Estado, y que ese drenaje había impedido el desarrollo del Mezzogiorno, convirtiéndose en un factor esencial de desarrollo industrial para el norte. De esta manera –decía–, la Italia meridional se ha convertido en una colonia, en un mercado de consumidores, favoreciendo la expansión de la gran industria del norte".

Pero volvamos al partido socialista. De él se pueden extraer, en definitiva, dos tipos de proposiciones. Una, que afirmaba por cierto la idea de una alianza entre obreros y campesinos, aunque formulada de tal modo que implicaba una subordinación de éstos a aquéllos, en razón misma de la colaboración reformista de dicho partido con el gobierno. Esto se explicaba también en razón de la ideología propagada por la burguesía en las filas de la clase obrera del norte, en virtud de la cual el estado de atraso del sur se debía, en gran parte, a la naturaleza de los meridionales: perezosos, incapaces, bárbaros (contra este "meridionalismo" de inspiración antropológica, defendido por los positivistas –entre los cuales había algunos dirigentes socialistas–, se sublevará Gramsci en *La cuestión meridional).* Otro factor de incomprensión hacia los meridionales correspondía a la convicción de que el sur era "un lastre que impedía que el desarrollo de la sociedad italiana progresara más rápidamente" *QM).* En otras palabras, los dirigentes socialistas (del tipo de Turati) –muy ocupados en su colaboración de clase con el gobierno Giolitti (alrededor de los años 1900-1914), sirviéndoles la participación de la clase

obrera en el desarrollo capitalista para regatear ciertos favores políticos, ciertas ventajas sociales, etc.– veían en el problema meridional y en una eventual política de inversiones industriales, una amenaza a los beneficios que obtenían con esa colaboración. Al lado del partido socialista, al que primero perteneció y luego abandonó, el más ilustre partidario de la política meridional al que me refiero, porque el mismo Gramsci habla de él en *La cuestión meridional*, es Gaetano Salvemini, que tuvo el mérito de introducir esa cuestión en el debate socialista, reconociendo por lo demás la necesidad de hacer intervenir a las masas campesinas, aunque esta intervención se limitara para él a un sistema de democracia rural basado en el desmembramiento de los latifundios, es decir, en la pequeña propiedad. Su posición estaba invalidada, sin embargo, por el hecho de que negaba finalmente el papel dirigente de la clase obrera, confiando más, para la solución del problema del campesinado y del *Mezzogiorno*, en un desarrollo autónomo y espontáneo del movimiento campesino meridional. Frente a estos políticos y teóricos "meridionalistas", Gramsci reacciona de dos maneras: declara una guerra sin cuartel al PSI y a sus desviaciones antimeridionales, pero por otro lado subraya positivamente todos los esfuerzos que, desde Salvemini hasta Gobetti, tienden a plantear el problema del *Mezzogiorno* en forma de análisis reales y de denuncias dramáticas. En efecto, no obstante la implacable lucidez que expone Gramsci al mostrar sus insuficiencias, es evidente que no dejaba de apreciar sus esfuerzos "esclarecidos" para crear una conciencia de masa difusa sobre el drama del sur, cuando explica en *La cuestión meridional* por qué los obreros de Turín habían aceptado presentar como candidato a las elecciones de 1914 a Gaetano Salvemini, "que era entonces el representante más avanzado de las masas campesinas. . . aunque hubiera llevado a cabo contra el partido socialista una campaña muy virulenta y peligrosa, pues sus declaraciones y acusaciones podían suscitar en los trabajadores meridionales un odio no sólo contra los Turati, los Treves, los D'Aragona, sino también contra todo el proletariado industrial" *(QM)*. Salvemini no quiso aceptar esa candidatura, como explicó Gramsci, pero cuando viajó a Turín, se organizaron en su honor "dos inmensos mítines en la Bolsa de trabajo, en la plaza del Estatuto, en cuyo transcurso las masas reconocieron y aplaudieron en él al representante de los campesinos meridionales, más odiosa y cruelmente explotados aún que el proletariado del norte" *(QM)*.

En esa trágica amalgama de contradicciones, Gramsci logra desentrañar el problema esencial: el nacimiento de una fuerza dirigente revolucionaria capaz de organizar la gran alianza entre obreros, campesinos e intelectuales. El partido socialista de entonces era para Gramsci objetivamente antimeridional, porque convalidaba, por un lado, con su obrerismo, las tesis retrógradas sobre la inferioridad del sur, y porque, por otro lado, se presentaba como paladín de la colaboración y del reformismo

frente al gobierno. En tono inflamado, Gramsci estigmatiza, en *La cuestión meridional,* la actitud del partido socialista hacia el sur: "Nosotros sabemos bien –escribe– cuál es la ideología que la propaganda burguesa ha difundido con múltiples ramificaciones en el seno de las masas en el Norte: el *Mezzogiorno* es un lastre que impide que el desarrollo de la sociedad italiana progrese más rápidamente; los meridionales son, biológicamente hablando, seres inferiores, semibárbaros, o perfectos bárbaros, por vocación natural; si el Mezzogiorno está atrasado, no es culpa del sistema capitalista o de cualquier otra causa histórica, sino de la naturaleza que ha hecho a los meridionales holgazanes, inservibles, criminales, salvajes, aunque ese destino cruel está compensado por el surgimiento de grandes genios, completamente aislados, comparables a las palmeras solitarias perdidas en un desierto árido y estéril. El Partido socialista contribuyó ampliamente a difundir esta ideología en el seno del proletariado del norte, convalidando toda la literatura 'meridionalista' de la camarilla de escritores de la llamada escuela positivista" *(QM).*

"SÓLO LA CLASE OBRERA. . ."

Puesto que las masas tienen a su frente a un partido socialista de esta especie, la cuestión que se plantea es el cambio radical de concepción dentro del proletariado respecto a los trabajadores del *Mezzogiorno,* la transformación ideológica de la clase obrera que ha incorporado inconscientemente, a través de la escuela, los periódicos, la literatura, la actitud propia de la burguesía ante el *Mezzogiorno.* La cuestión de la relación ciudad–campo se presentaba en Italia bajo una forma completamente particular: si los campos del norte estaban enfeudados a sus ciudades, el sur y el conjunto de las islas desmpeñaban, respecto al norte, el papel de un inmenso campo, de modo que la cuestión meridional adquiría el aspecto de un problema nacional y territorial. Gramsci mostró entonces, en un artículo del 3 de enero de 1920, de un alcance decisivo, que la cuestión meridional era "el problema central de la vida nacional en Italia", subrayando la necesidad en que se encontraba el nuevo partido comunista de hacer de esa cuestión el eje de su política. "El capitalismo italiano ha tomado el poder adoptando el siguiente esquema: sumisión del campo a las ciudades industriales, sumisión del centro y del sur de Italia a las regiones del norte. La cuestión de las relaciones entre ciudad y campo se presenta en el Estado burgués italiano no sólo como la cuestión de las relaciones de las grandes ciudades industriales con los campos inmediatamente vecinos en el mismo marco regional, sino también como la cuestión de las relaciones entre una parte del territorio nacional y otra, totalmente distinta, que posee sus propias características" *(ON,* 3

de enero de 1920). Ese artículo representaba ya un esfuerzo de dilucidación teórica de un "meridionalismo" que, en Gramsci, se fundaba en la concepción leninista de la unidad de clase entre obreros y campesinos y que asignaba a los comunistas la tarea de asumir la lucha por la unificación de las dos Italias, para la plena realización del Risorgimento, por un lado, y, por otro, para hacer del *nuevo Risorgimento* el martillo que debía destrozar la máquina estatal burguesa. "Sólo la clase obrera –prosigue Gramsci en el mismo artículo– puede conducir hasta su término el laborioso esfuerzo de unificación emprendido bajo el Risorgimento. La burguesía ha realizado la unificación territorial del pueblo italiano; la misión de la clase obrera es acabar la obra de la burguesía, y llegar a unificarlo económica y espiritualmente. Esto sólo es posible destruyendo la actual máquina del Estado burgués". No hay equívoco alguno. Todo el análisis de clase de Gramsci se orienta hacia un proceso de revolucionarización profunda, que tiene por base la supresión violenta del poder de Estado.

De esta manera, Gramsci revela ser el primer teórico que, en Italia, propone un enfoque marxista y revolucionario de la cuestión meridional. Su análisis histórico y social de la situación italiana muestra que la cuestión meridional no es sino un aspecto principal de las contradicciones del desarrollo capitalista, tal como se ha desarrollado en Italia (con el subdesarrollo del sur como complemento del desarrollo del norte) y que, en consecuencia, toda solución reformista es ilusoria: de allí, Gramsci llega a la conclusión enfática de que sólo el socialismo, en razón del papel histórico de los obreros y los campesinos, está en condiciones de resolver la cuestión meridional. Esto remite, pues, de inmediato a la revolución socialista. Desde este punto de vista, la naturaleza de la relación entre obreros y campesinos, entre ciudad y campo, tiene implicaciones precisas: no se trata solamente de una relación social entre dos clases, sino también de una relación territorial, y además de la unidad nacional, todavía inconclusa, entre el inmenso campo del sur y la inmensa ciudad del norte. Por otro lado, ¿cómo no ver que esa visión de una zona subdesarrollada y otra superdesarrollada –cuestión que merece un análisis en profundidad– se impone todavía por su actualidad? Pues dicho enfoque, aunque en términos diferentes, no sólo es pertinente para Italia, sino además para la enorme megalópolis que se ha creado como consecuencia del desarrollo incoherente del capitalismo en el vasto triángulo industrial de la Europa comunitaria, delimitada por el desierto de los campos, de las regiones explotadas, subordinadas económica, social y políticamente a los centros urbanos de decisión, donde el poder capitalista-monopolista detenta las principales palancas de mando: políticas, económicas, judiciales y policiales.

5
LA CUESTIÓN MERIDIONAL
(OBREROS, CAMPESINOS, INTELECTUALES)

El aporte teórico decisivo de esta obra reside en el hecho de considerar a los campesinos y su lucha como uno de los componenetes de la revolución proletaria. Desde este punto de vista, las posiciones defendidas por Gramsci conservan toda su actualidad, ya que no se presentan como un conjunto de fórmulas abstractas (refiriéndose de una manera muy general, digamos, a un "acuerdo unitario" de obreros y campesinos), sino como un sistema de reflexiones estratégicas que se inscriben en la dinámica misma del capitalismo, en el que la alianza obreros-campesinos no limita sus objetivos a la redistribución de los latifundios y la "conquista de la tierra" ("la tierra para quienes la trabajan" sigue siendo todavía, en Francia la consigna del Movimiento de defensa de las explotaciones familiares (MODEF) y, en Italia, la de la Alianza de campesinos), sino que apunta a la superación de las "reivindicaciones", incluso las de "base", integrándolas en una perspectiva general anticapitalista. ". . . Pero lo importante aquí, es observar que el concepto fundamental de los comunistas turineses no ha sido la 'fórmula mágica' del desmembramiento de los latifundios, sino el de la alianza política entre obreros del norte y campesinos del sur para derrocar el poder de la burguesía. . . Del artículo del 3 de enero se dice todavía: '¿Qué puede ganar un campesino pobre ocupando una tierra inculta o mal cultivada? Sin máquinas, sin domicilio en el lugar mismo del trabajo, sin créditos para esperar la estación de la cosecha, sin instituciones cooperativas que compren esa cosecha y la arranquen de las garras del usurero. . . ¿qué puede esperar el campesino de esa ocupación? No obstante, fuimos partidarios de la fórmula completamente realista y en absoluto 'mágica' de la tierra a los campesinos; pero queríamos que se insertara en una acción revolucionaria global de las dos clases aliadas bajo la dirección del proletariado industrial. . . En el mundo proletario, los comunistas turineses han tenido el indiscutible 'mérito' de haber impuesto la cuestión meridional a la atención de la vanguardia obrera, presentándola como uno de los problemas esenciales de la política del proletariado revolucionario a escala nacional" *(QM,* p. 134).

Para Gramsci, pues, se trata fundamentalmente de una alianza de clases que hunde sus raíces en la estructura misma del capitalismo. La función nacional y liberadora de la clase obrera convertirá a los obreros de fábrica y a los campesinos pobres, más allá de sus diferenciaciones, en

las dos fuerzas motrices de la revolución italiana. *La cuestión meridional* no da solamente un paso adelante; además, representa un· *giro* en los análisis teóricos del pensamiento gramsciano. Se tiene la impresión de que Gramsci *vuelve a pensar,* a analizar aquí toda la experiencia de las luchas avanzadas realizadas por los Consejos, hasta en sus límites, límites que precisamente quiere superar.

La experiencia de *L'Ordine Nuovo* se había inscrito en una realidad industrial (urbana) altamente desarrollada, en cuyo interior el Consejo, tendiendo a dar a la clase obrera una justa conciencia de su papel revolucionario, era esencial, sino exclusivamente, una institución obrera nacida en el terreno mismo de la fábrica moderna. Condición necesaria, en cierto sentido, ya que, con el movimiento de los Consejos, Gramsci quería dotar al proletariado de una teoría de la revolución y del poder obrero. Pero fuera y más allá del marco de la fábrica, la experiencia revolucionaria surgida de los Consejos no ganó a otras masas y no llegó al campo. A menudo Gramsci había deplorado el hecho de que "el problema de la alianza entre las vanguardias obreras del norte y las grandes masas campesinas del sur. . . no había encontrado, a través de la acción del grupo turinés, ninguna solución práctica de un alcance real" (P. Togliatti, en su comunicación al *Colloquio di studi gramsciani,* Roma, 1958). Pero no se puede decir que, Gramsci no proponga, en el plano de las ideas, ningún enfoque riguroso del problema campesino, como lo ha probado en *La cuestión meridional,* texto que se abre con la cita de un artículo de *L'Ordine Nuòvo* escrito el 3 de enero de 1920, como vimos. Pero el problema consistía precisamente en no haber logrado superar el nivel de una formulación correcta de la cuestión en el plano ideológico, para poner en práctica una estrategia políticamente eficaz. Podemos preguntarnos si la cuestión central no estaba ligada al hecho de no haber sabido proponer una instancia análoga al Consejo de fábrica para canalizar el descontento campesino, aunque la transposición de ese modelo de la fábrica a la aldea campesina implicaba un riesgo de esquematización mecanicista y abstracta. O tal vez la incapacidad para resolver ese problema derivaba de las reales dificultades que tenían "los comunistas turineses. . . en cambiar la orientación política y la ideología general del proletariado", en la medida en que las ideas propagadas persistentemente por la burguesía remitían, incluso entre los obreros, a la imagen del Mezzogiorno como "un verdadero lastre".

Al redactar *La cuestión meridional,* siete años después de la experiencia de los Consejos, Gramsci muestra que lo que entonces faltó fue un análisis de clase del "bloque histórico" industriales-terratenientes, que dominaba en esa época; esa carencia no permitió evaluar plenamente el peso específico y las implicaciones políticas, económicas y sociales del problema campesino meridional, en vista de la creación, a iniciativa de la clase obrera, de un nuevo bloque histórico, con los campesinos como un

contrapeso al bloque reaccionario de industriales y terratenientes, que se fue consolidando progresivamente desde el Risorgimento hasta el fascismo. El escrito de 1926 se presenta de hecho como un balance que cubre todo un periodo de la historia italiana y del movimiento obrero; a través de un trabajo de elaboración compleja, se desprende a la cuestión meridional de su transfondo político, a favor de un "análisis concreto de una situación concreta", para promover una acción política eficaz que termina por integrar a aquélla en una estrategia amplia, dentro de la cual asumirá un papel determinante. Desde el comienzo del periodo de *L'Ordine Nuovo,* los temas de la cuestión meridional fueron objeto de una sistematización clara y precisa, y, en sus escritos, Gramsci insistió con fuerza en el papel dirigente del proletariado urbano en el campo, rechazando las posiciones reformistas y meridionalistas de Salvemini, según las cuales las fuerzas de la clase obrera debían servir para apoyar de lejos a los campesinos, únicos y verdaderos artífices de la liquidación de los latifundios, de la reforma agraria y de la instauración... de la pequeña propiedad.

En definitiva, el papel de la clase obrera consistía en aplicar, en ese caso, un *proyecto reformista.* En el artículo "Obreros y campesinos" del 2 de agosto de 1919, en cambio, se proclama sin el menor equívoco el reconocimiento del papel de los campesinos como un componente de la revolución proletaria: "Teniendo en cuenta las condiciones reales y objetivas de la sociedad italiana, los protagonistas de la revolución serán las ciudades industriales con sus masas homogéneas y concentradas de trabajadores... Pero su revolución no podrá consolidarse y extenderse partiendo solamente de las fuerzas obreras: es necesario unir la ciudad al campo, establecer, en el campo organizaciones de campesinos pobres que puedan servir de base de desarrollo al estado socialista... Los obreros y los campesinos pobres son los dos motores de la revolución proletaria... La espina dorsal de la revolución, las tropas de choque del ejército proletario que avanza, derribando con su impulso todos los obstáculos, o bien sumergiéndolos bajo las mareas humanas que minan y carcomen con laboriosa paciencia e infatigable abnegación." ¿No se descubre aquí, en el doble papel de los trabajadores y los campesinos, una forma embrionaria de la distinción entre "guerra de movimiento" y "guerra de posición"? "Hay que formar un gobierno que sea el representante de los trabajadores, de los campesinos y de sus intereses vitales, y sólo de ellos; es preciso que ese gobierno refleje el carácter funcional de un aparato de Estado constituido de obreros y campesinos, las dos capas más representativas de las clases laboriosas, con la colaboración de las capas menos numerosas pero no menos necesarias: los técnicos de la producción y de la adminstración, los trabajadores intelectuales" ("Fuori dal dilemma", en *Avanti!,* 29 de noviembre de 1919).

Desde el punto de vista de la exposición de ideas, como se ve a

través de estas citas, Gramsci había formulado de una manera definitiva las premisas teóricas que permiten determinar los rasgos esenciales de la revolución italiana, con la alianza de obreros y campesinos, y luego la ampliación del nuevo bloque "a los trabajadores intelectuales" que, por primera vez en *La cuestión meridional*, desempeñarán un papel de nexo entre infraestructura y superestructura; por último, reafirmó el papel dirigente de la clase obrera sobre todas las clases aliadas en el curso del proceso revolucionario. Pero si en la época de *L'Ordine Nuovo*, la teoría gramsciana sobre el bloque obreros-campesinos-intelectuales parecía bien clara, Gramsci llegará en 1926 a una conciencia crítica mucho más profunda, fundada en el análisis de la derrota del proletariado turinés frente a la ofensiva fascista. Gramsci es entonces secretario del partido, y la situación exige una rigurosa actualización de los análisis políticos, una sólida reestructuración de la estrategia revolucionaria en Italia que tome en consideración los acontecimientos recientes.

Desde antes de *La cuestión meridional*, las *Tesis de Lyon*,[1] en las que Gramsci trabajó durante los meses de agosto y septiembre de 1925, constituyen la reanudación sistemática de una reflexión que había avanzado progresivamente en el curso de los dos últimos años. Encontramos en ellas un análisis histórico del Estado unitario, que es al mismo tiempo el de *La cuestión meridional*. El estudio de la cuestión meridional se presenta no sólo como un componente de la estrategia del partido, sino como el elemento clave de su orientación justa. Las *Tesis* hacen referencia a la explotación de tipo colonialista que el bloque de industriales y terratenientes ha impuesto al *Mezzogiorno* y que el fascismo ha renovado, agravándola (hasta convertirla en "una fuerza permanentemente movilizada contra el Estado", como dice Gramsci) y de la que el país sólo podrá liberarse mediante la insurrección de los campesinos aliados al proletariado. En la *Tesis 17* del Congreso de Lyon se dice: "El sistema de explotación y de opresión de las masas meridionales es exacerbado bajo el fascismo; lo que favorece la radicalización de las capas medias y plantea la cuestión meridional en sus verdaderos términos, como una cuestión que sólo se resolverá mediante la insurrección de los campesinos

[1] Las *Tesis de Lyon* y el éxito que conocieron en el III congreso, en cuanto se esforzaban por precisar la función de los Comités obreros-campesinos concebidos como "fórmula de agitación", marcarán la culminación lógica de la tendencia que asume el partido, la cual, en la medida en que "no corresponde a ninguna fase real del proceso histórico", no hace más que traducir una exigencia táctica que favorece el aglutinamiento de fuerzas en vista de la dictadura del proletariado. A través de estos puntos de vista, es fácil encontrar el tono de los escritos de Gramsci de 1924, cuando todos sus esfuerzos tendían a elaborar una política en contacto con la realidad. (Salvadori escribe con mucha razón en *Gramsci y el problema histórico de la democracia:* "Traducir los soviets al italiano: ésa era la preocupación de Gramsci en 1920; traducir el gobierno obrero y campesino al italiano: tal era la preocupación de Gramsci en 1924").

aliados al proletariado en las luchas contra los capitalistas y los terratenientes".

Las *Tesis de Lyon* (cuyo número es la 44) que prevalecieron en el Congreso, representan una búsqueda metódica de los medios políticos que pueden dotar de eficacia a la alianza obreros-campesinos y, aún hoy, contienen el único análisis de clase de la situación italiana y de las fuerzas motrices de la revolución del que podemos disponer. El PCI nunca superó a Gramsci y sus penetrantes investigaciones de 1926.

Los historiadores y hombres políticos del PCI se separaron en sus interpretaciones. Berti y Spriano, por ejemplo, consideran que las *Tesis* siguen expresando una plataforma de izquierda y que con ellas se termina el periodo comenzado en 1921. Otros, como Ragionieri, piensan en cambio que aquéllas corresponden esencialmente a la concepción que tenía Togliatti de la "hegemonía", pues como allí se dice que "sería un error emprender la enunciación (de la revolución socialista) como una renuncia a descubrir una perspectiva política más cercana", Ragionieri supone que esa perspectiva reside justamente "en las fases intermedias de la lucha", sobre las que se basa la línea del partido dirigido por Togliatti y el bloque de alianzas antifascistas.

La importancia de las *Tesis*, por el contrario, consiste en el hecho de que establecen una relación específica entre la perspectiva *histórica* del socialismo y el *tipo de revolución a realizar en Italia* (enlazada con la caída de la dictadura burguesa que era entonces el fascismo); ellas delimitan las *fuerzas concretas* que deben entrar en el *bloque de alianzas* que puede sostener la lucha del proletariado.

El artículo 19 de las *Tesis de Lyon* sobre las fuerzas motrices y las perspectivas de la revolución, utiliza un lenguaje ponderado, inequívoco y completamente explícito: "Las fuerzas motrices de la revolución italiana, tal como aparecen al término de nuestro análisis, son las siguientes, por orden de importancia:

1. la clase obrera y el proletariado agrícola;
2. los campesinos del *Mezzogiorno* y de las islas, así como los de otras partes de Italia.

"En cuanto a los campesinos, los del *Mezzogiorno* y de las islas, deben situarse en la primera línea de las fuerzas con las cuales debe contar la insurrección contra la dictadura industrial, aunque fuera de una alianza con el proletariado no se les podría adjudicar un papel decisivo".

Con *La cuestión meridional*, las *Tesis de Lyon* representan, pues, el punto culminante del pensamiento gramsciano, la tentativa más coherente que haya sido emprendida jamás en el movimiento obrero italiano para escapar a las consecuencias nefastas del dilema que ha dominado toda su historia, así como la del movimiento obrero internacional, a saber, esa permanente oscilación entre la teoría y la práctica sectarias —motivadas por el estudio del socialfascismo y la espera de un enfrenta-

miento directo inevitable– y la teoría y la práctica de los frentes populares, que separan netamente a la lucha democrática de la lucha socialista y de la perspectiva del comunismo. Se comprende que no se trata en este caso de un simple punto de doctrina o de historia sino de un problema actual, teniendo en cuenta el abismo que separa a esa posición estratégica de una táctica revisionista que no tiene otro fin que las reformas, táctica que inició la liquidación progresiva de la estrategia gramsciana y el repliegue reformista.

LA HEGEMONÍA DE LA CLASE OBRERA Y LA CUESTIÓN DE LA HEGEMONÍA

Gramsci empleó por primera vez el término *hegemonía,* en *La cuestión meridional,* para definir la función revolucionaria del proletariado, consistente en guiar a las clases oprimidas contra el Estado burgués: "Los comunistas turineses se habían planteado concretamente la cuestión de 'la hegemonía del proletariado', o sea, de la base social de la dictadura proletaria y del Estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes, en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas" [Antología, *opus., cit.,* p. 192]. La hegemonía consiste, pues, para la clase obrera en determinar los rasgos específicos de una situación histórica dada, para hacerse el portavoz y el defensor de las reivindicaciones de otros estratos socioeconómicos ampliando sus perspectivas, en vista de una solución global, de manera de realizar la unión orgánica de esos estratos a través de una alianza que es ya más que una alianza, a saber, un frente anticapitalista que trata de aislar a la burguesía.

La clase obrera se convierte en clase dirigente en la medida en que hace de la cuestión meridional una cuestión nacional. *Para Gramsci, plantear el problema de la hegemonía obrera equivale a plantear la cuestión del papel nacional de la clase obrera.* Es, pues, la hegemonía lo que permite que una capa social ejerza una doble función de *dirección* y de *dominación.* En ese carácter, no trata solamente de obtener un consenso general por la persuasión, sino también de reprimir al adversario de clase por la *fuerza.* Como se ve, el término *hegemonía* contiene una doble determinación: la de *dictadura del proletariado,* con la referencia explícita a Lenin que hará Gramsci en los *Cuadernos;* la de *dirección ideológica* del proletariado, la de su capacidad para suscitar el consenso de las masas. Y en este sentido, como dice Huges Portelli *(Gramsci y el bloque*

histórico [Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, p 70]), Gramsci se separa de Lenin "en un punto capital: la preeminencia de la dirección cultural e ideológica" que Lenin, cuando trató el problema de la dictadura del proletariado, nunca percibió con tanta fuerza. Para destrozar la máquina estatal y burguesa que lo aplasta, el proletariado debe, además, dar prueba de su capacidad para garantizar la *hegemonía* de nuevas alianzas a fin de disgregar el amplio frente ideológico de la burguesía en Occidente. Entre las nuevas alianzas, la primera en perspectiva es la alianza con los *intelectuales.*

En la *Tesis 29* se halla una observación muy significativa cuando se dice que el partido debe aliarse a los intelectuales y a todos los elementos que están dispuestos a sublevarse contra el capitalismo, y ese tema ocupará una posición central en *La cuestión meridional:* "La clase obrera y su partido no pueden prescindir de los intelectuales ni pasar por alto la necesidad de reunir en torno a ellos y de guiar a todos los elementos que de una u otra manera se ven inducidos a luchar contra el capitalismo".

Para Gramsci, el Estado no es solamente un *aparato coercitivo,* sino también *hegemónico,* es decir, que la burguesía capitalista ejerce su dictadura no sólo por medio de la coerción, a través del aparato policial, judicial, etc., sino además por medio de su hegemonía (ideológica), con la cual neutraliza o influye de manera determinante en todo un conjunto de fuerzas revolucionarias o indispensables a la revolución, como los campesinos, los intelectuales, las masas pequeñoburguesas. Es este poder hegemónico del Estado burgués el que hay que debilitar durante el periodo prerrevolucionario, apoyándose en la alianza con las fuerzas que hasta entonces estaban sometidas a la superestructura ideológica burguesa. "La necesidad de esas alianzas –como ha observado Lucio Colletti con razón– responde a dos exigencias fundamentales: la de disponer por sí mismo de una amplia fuerza en vista del enfrentamiento revolucionario, y la de actuar en acuerdo con las masas. Es la misma posición de Lenin en 1917".

El propio Gramsci hace referencia al origen leninista del concepto de hegemonía, aunque Lenin, en su obra, nunca haya utilizado el término *hegemonía,* ni puesto el acento en el aspecto cultural de ésta.

En *La cuestión meridional,* Gramsci hará de los intelectuales el elemento articulador entre la infraestructura y la superestructura, y presentará su adhesión al partido y al movimiento revolucionario como condición necesaria para la edificación de un nuevo bloque bajo la hegemonía de la clase principal, el proletariado. Para Gramsci, como ya dije, una clase dominada puede, *antes de la toma del poder,* afirmar su hegemonía lanzándose a la conquista de la "sociedad civil" en el terreno de la superestructura, para "atomizar" el bloque intelectual y destruirlo aún antes de que la lucha haya entrado en su fase política y militar. A través

del análisis de la Revolución francesa, Gramsci demuestra que la burguesía, antes de abrir las hostilidades en el terreno político y militar, emprende una dura batalla ideológica contra la aristocracia, batalla ya prefigurada por la Reforma y que se ha generalizado en la época del "siglo de las luces": la más decidida de las clases dominadas emprende el combate contra la clase dirigente tradicional en el terreno ideológico y disgrega su bloque intelectual, antes de apoderarse de la sociedad política.

En los países donde la "sociedad civil" está más estructurada que en Rusia, o sea, en los países occidentales, el derrocamiento del bloque histórico impone la disgregación de un bloque intelectual muy resistente, que tiende a someter a todos los intelectuales, grandes y pequeños, ya sea por la coerción, por el compromiso, o por la liquidación brutal. Pero la función hegemónica no termina con la toma del poder, y a este respecto se encuentra en Gramsci una concepción completamente nueva del mantenimiento del consenso en el Estado proletario, visto como "revolución social y moral permanente", condición de la extinción del Estado. "Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder); luego, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga firmemente en las manos, se hace dominante, pero tiene que seguir siendo también 'dirigente' " *(R.* p. 70 [*Antología,* cit., p. 486]).

De esta estrategia derivan tres consecuencias imperativas para el partido revolucionario a fin de acortar las etapas hacia la toma del poder y garantizar luego su consolidación: 1. lucha ideológica contra la superestructura del bloque dominante, a fin de quebrar las capas de intelectuales que efectúan la soldadura entre infraestructura y superestructura reaccionaria; 2. incorporación de un aliado privilegiado a la clase obrera: los intelectuales, elemento indispensable y primordial del nuevo bloque histórico; en el curso de la lucha los intelectuales pasarán a ser "intelectuales orgánicos" del proletariado, asumiendo, en nombre de éste y junto a él, la función ideológica –que era patrimonio de los intelectuales burgueses antes de la conquista del poder– para la creación de un *consenso,* o nuevo "sentido común" de las masas; 3. después de la toma del poder, ampliación de la esfera del consenso al curso de la fase de dictadura proletaria *(dictadura* y *consenso* son indisociables en Gramsci) y desarrollo de la hegemonía del proletariado, no sólo en el terreno de la infraestructura, sino también en el de la superestructura (para Gramsci "todos los hombres son intelectuales", o lo llegarán a ser, como lo prueban los chinos con su práctica). Se advierte, a través de estas alusiones sumarias, que Gramsci ha ido mucho más lejos que Lenin en la definición del papel y de la función de los intelectuales, en el marco de la sociedad occidental, como componente del nuevo bloque histórico que no es simplemente una alianza entre clases sociales, sino la nueva fuerza hegemónica del proletariado y que, como tal, está sostenida por una re-

volución cultural permanente en el plano superestructural. En conclusión, en el periodo prerrevolucionario, no hay que atacar solamente los centros económicos y políticos del poder, sino también sus instancias ideológicas; hay que apuntar al centro mismo de todo el aparato que despliega el Estado en el régimen capitalista para preservar y reforzar su dominación ideológica y, si se quiere destrozar finalmente el bloque intelectual, es absolutamente necesario crear nuevos intelectuales aliados al proletariado. Así pues, lo que constituye en realidad la profunda originalidad de este ensayo de 1926, no es sólo el hecho de reconocer la necesidad de la alianza entre los obreros y los campesinos sino sobre todo el haber formulado a título de análisis central las premisas de orden intelectual y político, es decir, las condiciones subjetivamente necesarias para la formación de esa alianza: unificar políticamente a las masas atomizadas de los campesinos meridionales, sustraer a los intelectuales del sur de la influencia del bloque de industriales y terratenientes, arraigarlos en el pueblo campesino, vincularlos con los obreros del norte, *emancipados de toda influencia y de todo corporativismo estrecho.* El tema central de *La cuestión meridional,* que representa el aporte teórico más original, es sin duda el de los intelectuales, problema cuyo "descubrimiento" remite al del bloque histórico, al de la hegemonía del proletariado, según una perspectiva teórica *renovada,* que prosigue la obra de Lenin y la supera: bloque histórico y hegemónico pueden ser considerados la contribución más original del pensamiento gramsciano, incluso desde el punto de vista del desarrollo futuro, que conocerá, en los *Cuadernos,* la estrategia de la lucha a nivel de la superestructura, como lucha política y lucha teórica.

Más adelante estudiaremos en forma mucho más atenta todo este aspecto de la obra de Gramsci a propósito de los intelectuales y su función en la instauración de la nueva hegemonía de la clase obrera.

Pero la cuestión principal es la siguiente: ¿cómo la clase obrera puede ejercer la función dirigente –dominante sobre los demás estratos y, más específicamente, sobre los intelectuales? ¿Cómo puede garantizar la alianza estratégica de obreros, campesinos e intelectuales, como condición necesaria de la instalación del dispositivo de fuerzas revolucionarias que el proletariado debe realizar para destrozar la máquina estatal burguesa que lo somete y constituirse en una fuerza hegemónica? El problema de la hegemonía, en *La cuestión meridional,* retoma un concepto cuyo origen puede encontrarse en el análisis que hace Gramsci de la Revolución rusa, en un artículo que se remonta a 1920, donde cree descubrir en el proletariado ruso esa capacidad de disgregación de la vieja ideología y de difusión de una ideología nueva, irradiadora de consenso, que conmovía la manera de pensar de las masas por coincidir con los intereses y aspiraciones de una vanguardia, pero también con los del pueblo, siendo reconocida en ese carácter por las masas: "La clase obrera

rusa era y es históricamente potente y madura, no tanto porque sus efectivos representen la mayoría de la población sino porque, a través de su partido político, se muestra capaz de construir un Estado, es decir que, en la medida en que la clase obrera consigue convencer a la mayoría de la población, constituida de estratos inorgánicos de las clases medias, de las clases intelectuales, de las clases campesinas, sus intereses inmediatos y futuros coinciden con los de esa mayoría; en esta convicción profunda, como conciencia difusa del sistema social, reposa precisamente el Estado, reposa la adhesión nacional a las iniciativas y a la acción del poder obrero, reposan la disciplina y el espíritu de jerarquía. ¿Jerarquía? Sí, jerarquía; el poder obrero instaura una nueva jerarquía entre las clases sociales. Los intelectuales, todas las clases medias, reconocen en la clase obrera la fuente del poder de Estado, reconocen a la clase obrera como clase dirigente" ("La Russia, potenza mondiale", 14 de agosto de 1920).

Considerado desde este punto de vista, el problema de los intelectuales, tal como lo aborda Gramsci en sus análisis, no se reduce a una función puramente instrumental –alianza coyuntural con los depositarios de la cultura– sino que es estudiado en su realidad efectiva. El terreno de la cultura, en el que los grandes intelectuales despliegan su actividad, es el teatro de una lucha incesante entre lo antiguo y lo nuevo, entre conservadurismo y revolución. Los intelectuales forman parte de un bloque histórico, representan un factor de unidad entre infraestructura y superestructura. Las crisis revolucionarias quiebran ese bloque, las revoluciones nacen de esa ruptura. La propia cultura tiene, pues, sus propias crisis, y el avance de una nueva clase dirigente proletaria requiere la creación de una nueva estructura orgánica, la elaboración de un profundo rigor intelectual y moral cuyas premisas están contenidas en la filosofía marxista.

CONTRA EL CORPORATIVISMO, CONTRA LA "ARISTOCRACIA" OBRERA Y EL SINDICALISMO REIVINDICATIVO

La experiencia de los "Consejos de fábrica" que conoció Gramsci había estado circunscrita esencialmente a la ciudad de Turín, como ya dije al insistir en los límites de la experiencia de *L'Ordine Nuovo* para superar el marco de la fábrica y del contexto urbano y ganar el campo; no obstante, en los Consejos, los obreros se mostraron capaces de elaborar un nuevo sistema, *económico y social;* de guiar y dirigir a las masas populares como componente interesada en la edificación de la sociedad nueva y de convertirse en el centro hegemónico al que se referían, independientemente de las capas de la pequeña y mediana burguesía, los propios

intelectuales. Comentando esta experiencia, Gramsci reconoció en la conquista hegemónica "de ciertas capas de intelectuales de izquierda, uno de los grandes éxitos del movimiento turinés". "Piero Gobetti –escribe en *La cuestión meridional* aludiendo al famoso intelectual liberal de Turín que sería asesinado por los fascistas– no era un comunista y probablemente no lo habría sido nunca, pero había entendido la posición social e histórica del proletariado y no conseguía ya pensar prescindiendo de este elemento" [*Antología* cit., p. 197].

Gramsci debió desplegar grandes esfuerzos en el plano teórico y sostener una encarnizada lucha en el plano político para conducir a la clase obrera turinesa, a través de mil dificultades, a desempeñar ese papel *hegemónico,* en la medida en que estaba minada desde adentro por un sindicalismo de un corporativismo estrecho, por un desprecio hacia los campesinos y una especie de "racismo" hacia el sur. El nudo de *La cuestión meridional,* que en mi opinión sigue respondiendo al problema político actual, reside en el proyecto de destruir toda visión corporativista del proletariado del norte, limitado a sus propios intereses de clase, para llevarlo a una visión nacional. La *hegemonía* del proletariado tiene como fundamento no solamente la difusión de su propia concepción del mundo en el seno de las masas, sino también su capacidad para realizar la convergencia de los intereses materiales entre el proletariado y sus aliados. Una clase obrera que aspira al papel hegemónico debe liberarse de todas las taras del economicismo, de todo egoísmo categorial, de todo conservadurismo sindical, de toda forma de "aristocracia obrera". Desde este punto de vista, el siguiente es un pasaje clave de *La cuestión meridional:* "Para ser capaz de gobernar como clase, el proletariado tiene que despojarse de todo residuo corporativo, de todo prejuicio o incrustación sindicalista. . . El metalúrgico, el carpintero, el albañil, etc., tienen que pensar no ya sólo como proletarios, y no como metalúrgico, carpintero, albañil, etc., sino que tienen que dar un paso más: tienen que pensar como obreros miembros de una clase que tiende a dirigir a los campesinos y a los intelectuales, como miembros de una clase que puede vencer y puede construir el socialismo sólo si está ayudada y seguida por la gran mayoría de esos estratos sociales. Si no se obtiene eso, el proletariado no llega a ser clase dirigente, y esos estratos, que en Italia representan la mayoría de la población, se quedan bajo dirección burguesa y dan al Estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario y de debilitarlo"[2] [*Antología,* cit., p. 193].

[2] No podemos dejar de pensar, al leer estas líneas, en lo que Brecht escribía a propósito de Lenin: "Lenin pensaba en otras cabezas; y en la suya, otras pensaban. Es éste el verdadero pensamiento" (Brecht: *Ecrits sur la politique et la société,* París, L'Arche, p. 130). ¿Cómo la clase obrera puede pensar en millones de otras cabezas, pensar el verdadero pensamiento revolucionario?

Destruir toda forma de egoísmo, verse a sí mismos como miembros de una clase que aspira a dirigir al conjunto del movimiento a guiar y coordinar bajo la acción de la clase obrera al movimiento campesino, a los intelectuales, no sólo implica la superación de los límites de la experiencia del tipo *L'Ordine Nuovo,* sino además una representación *política* del papel dirigente de los obreros en la revolución. Para conseguirlo, es preciso que la clase obrera se aparte de toda "desviación" de tipo "corporativista". ¿Cuál es en el fondo la significación real de todos los acontecimientos evocados por Gramsci en *La cuestión meridional* –desde la proposición de una candidatura obrera en Turín al meridional Salvemini hasta el fracaso de la Asociación regional *Giovane Sardegna,* pasando por la acción emprendida con la brigada Sassari y la negativa a convertir a la Fiat en una cooperativa– sino la de la recuperación de toda una serie de acciones por un núcleo vanguardista, aun cuando en la situación general del movimiento obrero y socialista de la época su poder político no se hubiera desarrollado suficientemente?

La crítica que hace Gramsci de las tendencias corporativistas de la clase obrera conserva hoy toda su pertinencia, particularmente en los sistemas capitalistas desarrollados, donde el corporativismo es un freno no solamente para la unidad de clase entre obreros y campesinos, sino también para la unidad entre obreros e intelectuales, obreros, técnicos y capas pequeñoburguesas. En *La cuestión meridional* se encuentra, formulada en términos que podemos considerar aceptables, la relación entre la clase obrera como fuerza hegemónica y las capas de la población sometidas a la explotación capitalista, uno de los problemas políticos más agudos.

De esta manera, las observaciones teóricas de Gramsci no parecen haber sido formuladas en 1926 sino hoy mismo, frente a una situación en la cual las manifestaciones de "elitismo obrero" o de "corporativismo sindical" quiebran el impulso revolucionario de la clase obrera tradicional en Europa, y desarrollan en ella un sentimiento absurdo de superioridad, tanto respecto a los parias del sur que van a trabajar a Turín y a Milán como hacia los inmigrantes: en Francia, tres millones de trabajadores extranjeros, provenientes de países mediterráneos y de Africa, están afectados, en el marco de la división del trabajo, a las tareas más degradantes y viles que la vieja clase obrera francesa se niega ahora a realizar, destinándolas a la masa de hermanos de miseria venidos del exterior. Se podría decir también que el *Mezzogiorno* italiano se inscribe en el contexto europeo no ya sólo bajo la forma de una cuestión "territorial" nacional italiana, sino como problema de la Europa comunitaria, por la transformación del sur italiano –a favor de la integración capitalista europea– en una reserva de mano de obra, en un mercado de explotación para el conjunto de los países miembros de la Comunidad. El problema de la estrategia socialista de la clase obrera en vista de unificar

el norte y el sur, los estratos *bajos* y los estratos *altos* del proletariado, ya no es sólo el de los italianos del norte frente al *Mezzogiorno*, sino el de los obreros europeos frente a millones de inmigrantes y a las zonas desfavorecidas. *La cuestión meridional* fija como tarea prioritaria del proletariado (europeo, agrego yo) la liquidación de todo "corporativismo residual", de todo prejuicio y resistencia de tipo sindicalista tradeunionista. En este punto se plantea para Europa el problema mayor de la superación del *obrerismo*, característico de ciertos medios obreros en Francia y en Alemania, y que no es sino una encarnizada defensa, por parte de los estratos de la "aristocracia obrera", de los privilegios de ésta bajo el impulso y la responsabilidad, y no sólo bajo la égida, de los sindicatos que tratan de preservarlos, cueste lo que cueste, y a menudo en detrimento de las reivindicaciones de las otras capas laboriosas.[3]

En un contexto como éste, no puedo sino interpretar como una concesión al espíritu corporativista que reina, aunque de manera parcial, en el seno del proletariado francés, el hecho de que en el programa común de la izquierda, presentado en marzo de 1973, sólo se consagren algunas palabras a los trabajadores inmigrantes, no obstante tan numerosos en Francia que han llegado a provocar una reestructuración del capital en un país que incrementa regularmente su tasa de productividad y

[3] La defensa empecinada del proyecto Concorde, avión supersónico para multimillonarios, ¿favorece, más allá del interés de los obreros de la Aeroespacial de Toulouse, la lucha inmediata por la seguridad del empleo y la satisfacción de las necesidades de las capas más amplias de la nación? No, evidentemente, incluso en lo que se refiere a los trabajadores de la Aeroespacial, los cuales, en oportunidad de un viaje que realicé en febrero de 1973 me confesaron su *egoísmo*, reconociendo, con un encogimiento de hombros, que no había otra política posible, ya que era la única preconizada por el sindicato.

A comienzos de febrero, en el transcurso de una encuesta de la agencia SOFRES, que interrogaba a los franceses sobre las prioridades que desearían ver tratadas por el futuro gobierno, las respuestas dadas a las cuatro rúbricas propuestas permitieron establecer la siguiente clasificación: mejora del bienestar social, 84%; desarrollo de las vías de comunicación, 54%; prestigio nacional, 8%; construcción del Concorde, 5%. El crecimiento, en la sociedad de consumo, no es un fin en sí y no podría serlo para la clase obrera. Si este crecimiento es necesario para el funcionamiento del capitalismo, no lo es para la mejora de las condiciones de vida. Hay algo mejor que hacer que fabricar aviones de lujo para un puñado de pachás, tecnócratas y multimillonarios que ganarán tres horas cruzando el Atlántico mientras millones de habitantes de las ciudades-dormitorios las pierden para cruzar París. A aquellos que (sindicatos, "corporaciones" obreras), en nombre del pleno empleo, tratan de defender ese producto de lujo, la mayoría gubernamental puede muy bien pedirles que defiendan igualmente la "fuerza de disuasión" y, por qué no, los yates para multimillonarios; ¡como si los hombres y las máquinas que producen "Mirage" y "Concorde" no pudieran producir otros bienes socialmente más útiles!

El problema del papel *dirigente* de la clase obrera, en lo que se refiere al desarrollo nacional, es un problema de conciencia política que exige ante todo liquidar el corporativismo estrecho.

proyecta convertirse en 1980 en la potencia económica más fuerte de Europa. Realizando una singular previsión, Gramsci escribía: "El aumento del promedio de vida en Francia, con la escasa natalidad y con las necesidades de hacer funcionar un aparato de producción muy rico y complejo, plantea ya hoy algunos problemas ligados a la cuestión nacional. Las viejas generaciones se encuentran en relaciones cada vez más anormales con las generaciones jóvenes de la misma cultura nacional, y las masas trabajadoras son engrosadas por elementos extranjeros inmigratorios que modifican su base: se verifica ya, como en EU, una cierta división del trabajo (empleos calificados para los autóctonos, además de las funciones de dirección y organización; empleos no calificados para los inmigrantes)" ("Americanismo y fordismo", *M,* p. 325 [300]).

A este respecto, se han producido en Francia ciertos episodios reveladores de la "sordera" de los sindicatos que representan a la clase obrera, a los requerimientos reivindicativos de los demás trabajadores. Así, por ejemplo, en la Penaroya de Lyon, una huelga de varios meses, durante la cual un centener de trabajadores magrebinos ("parias" extranjeros) adoptaron posiciones avanzadas en vista de la instauración de una democracia interna en la empresa, no recibió ningún apoyo, políticamente hablando –es decir en cuanto a combatividad y solidaridad con la huelga, y no en forma de la asistencia clásica– por parte de los trabajadores de la poderosa metalurgia lionesa, quienes permanecieron tan indiferentes como si asistieran a un espectáculo de circo. Cuando viajé recientemente a la Bretaña, los campesinos, que habían emprendido durante el verano de 1972 la dura huelga de la leche, me contaron con cierta amargura que la mayor fábrica metalúrgica y mecánica del norte de Francia, el Joint francés, les había cerrado la puerta en las narices, negándoles toda colaboración política para garantizar la victoria de la huelga campesina, con el pretexto de que se trataba de una huelga simplemente reivindicativa, ya que reclamaba el aumento del precio de la leche (sí, pero lo reclamaba a las grandes cooperativas y a las explotaciones agrícolas que compran la leche en el campo bretón); los obreros manifestaron así una ignoracia total de la explotación a la que somete el capital financiero a los campesinos bretones. Ese rechazo de toda acción política al lado de los campesinos habría sido compartido, dentro del Joint francés, por los grandes sindicatos implantados en la fábrica, como la CGT y la CFDT (esta última había obtenido la adhesión masiva de los campesinos pero luego de este rechazo fue abandonada por los trabajadores y campesinos bretones). En cambio algunos meses antes los responsables campesinos de la Bretaña, como me lo hicieron notar, habían apoyado hasta la victoria la huelga del Joint francés, y todos se habían movilizado para afirmar la unión de campesinos y obreros y formar un bloque del campo en torno al sector más avanzado de la industria bretona, en vista de defender y garantizar su victoria sobre los patrones. Fue en la Bretaña donde

1. *Boletín Oficial* de la República Francesa (periodo de sesiones de 1969, reuniones de los días 25 y 26 de febrero de 1969):

Incidencia económica de la inmigración

"La inmigración de los trabajadores extranjeros en Francia presenta numerosas ventajas desde el punto de vista económico. Ofrece posibilidades de reclutamiento para algunos sectores de actividad como la construcción y las obras públicas, o ciertos trabajos particularmente penosos situados muy abajo en la jerarquía y abandonados por los nacionales. . . por otra parte, una gran movilidad geográfica y profesional."

2. "Asuntos de la inmigración" *(Liaisons sociales,* 6 de mayo de 1971):

Por último, el análisis de los flujos anuales de entradas de trabajadores extranjeros y de familias extranjeras durante el año 1969 y el primer semestre de 1970: alrededor de 400 000 nuevos inmigrantes, de los cuales 300 000 trabajadores y 100 000 miembros de familias han entrado, en efecto, en Francia, durante este periodo, lo cual constituye un récord en la historia migratoria francesa.

3. *Le Nouvel Observateur* (1o. al 7 de marzo de 1971).

Sobre el conjunto de trabajadores de Francia, 54% ganan menos de 1 000 francos mensuales.

Entre los trabajadores argelinos en Francia, el 85% gana menos de 1 000 francos por mes. La mitad de ellos percibe un salario cercano al SMIC [salario mínimo] < 3,51 F por hora, o sea 607 F por mes a 40 horas por semana.

Más de la mitad (53%) ganan menos de 800 F por mes.

Su salario medio mensual es de 770 F, aunque hagan a menudo 60 horas por semana.

La mitad de los titulares de un CAP [Certificado de aptitud profesional] está clasificada como mano de obra no calificada.

Envían regular (53%) o irregularmente (40%) dinero a sus familias.

Entre los que envían regularmente dinero: monto promedio de los giros, 310 F por mes, o sea, como media, el 39% del salario.

Para el conjunto de los trabajadores, incluyendo aquellos que no envían nada, la proporción del salario transferido se estima en un 33%.

Para su subsistencia conservan alrededor de 527 F por mes; 53% viven con menos de 474 F.

1 de cada 10 habita una vivienda precaria. "Bidonville" ["villa miseria"] 8% –Carromato: 2%.

15% viven en campamento de barracas.

20% habitan una casa no amueblada (para varios).

6% están alojados en una residencia.

4% habitan en un departamento.

4. Octavilla *Situación de los trabajadores inmigrantes*, difundida durante la huelga de Toulouse (abril de 1973):

"La ley sobre el empleo de trabajadores inmigrantes no se ha modificado desde 1945. Pero las aplicaciones administrativas son cada vez más severas.

Se agregaron algunas precisiones en la circular Fontanet del 23 de febrero de 1972, aplicada desde el 16 de octubre de ese año.

La situación de los trabajadores inmigrantes es asimilable a la de los desocupados. Para el gobierno y los patrones representa una reserva de seguridad. Es esto sin duda lo que se ha buscado al ligar *la duración de la autorización de permanencia en el territorio a la del contrato de trabajo*, de modo que los trabajadores inmigrantes corren el riesgo adicional de ser expulsados durante los periodos de subempleo.

Por lo demás, la circular aparece como una imposición suplementaria, particularmente en dos puntos:

□ *El contrato de trabajo no puede tener una duración inferior a un año.*

El trabajador inmigrante está ligado al empleador aunque las condiciones de trabajo sean inaceptables. El contrato sólo puede ser rescindido ante la Magistratura del trabajo, aunque el empleador no lo respete. ¡Qué fácil es para una persona que no sabe hablar ni escribir en francés!

□ El otorgamiento de la autorización de permanencia en el territorio y de trabajo está ligado a *la presentación de una constancia de vivienda*, completada por el locatario, firmada por él y refrendada por el empleador.

'Un nuevo inmigrante no podrá obtener la autorización de permanecer y de trabajar en Francia sino a condición de que su alojamiento esté garantizado en condiciones decentes y a un precio normal'.

A primera vista, lo anterior aparecería como una preocupación por asegurar mejores condiciones de vivienda a los trabajadores inmigrantes, pero lo cierto es que constituye un control policial suplementario".

Lo que es todavía más grave en el plano político es el hecho de que todos los partidos representados en la Asamblea francesa han aprobado la circular Fontanet, en vista de la elaboración de una política europea sobre la inmigración. Para la izquierda, esta actitud es aún más absurda: por un lado, contribuye de esta manera a la racionalización capitalista, y por otro, legisla la discriminación (selección) política por parte del gobierno francés y del gobierno de los países de origen. Se realizaron centenares de huelgas de hambre de los trabajadores inmigrantes para protestar contra esta circular.

La lucha de la fábrica de relojes Lip, en Besançon, que duró más de 150 días (de la primavera al otoño de 1973), es un episodio ejemplar de la batalla obrera francesa en el sentido de que

demuestra (incorporando al mismo tiempo todos los términos indispensables para una estrategia lúcida de combate) la madurez de conciencia de algunas capas obreras a partir de mayo de 1968.

La batalla de Lip termina con el corporativismo, con el reformismo obrero, con la reivindicación economicista propuesta por los sindicatos tradicionales. Propone un tipo de acción que tiene un impacto en la ciudad, lo cual determina la politización de toda una población urbana y lleva a constituir un frente *obrero-campesino*, con los campesinos del Larzac, que luchaban desde hacía tres años por no ser expulsados de 14 000 hectáreas de tierras que el gobierno requisó para crear en ellas un campo militar. La unión se realiza con la consigna: "Lip, Larzac, una misma lucha". En la "marcha" sobre Besancon, en las manifestaciones en la planicie del Larzac y en la manifestación de París (el 29 de septiembre de 1973), los obreros de Lip y los campesinos estuvieron lado a lado, movidos por una misma tensión política. Lip —para retomar la idea del texto de Gramsci sobre los Consejos— constituye no sólo una experiencia de dirección ideológica de la clase obrera sobre las clases aliadas y *sobre los intelectuales* sino también una nueva experiencia de *control obrero* que terminará por "contaminar", con su ejemplo, a otros medios obreros franceses, amenazados por los patrones, así como a la clase obrera de otros países de Europa. En efecto, el horizonte de la lucha se amplió mucho más allá de la simple defensa del puesto de trabajo para constituir la primera experiencia concreta de "control" de los trabajadores. Es el primer ejemplo embrionario de esa "autogestión" que, hasta ahora, no había sido aplicada en la realidad. Experiencia clave pues, en lugar de limitarse a impugnar la gestión privada del capital y por consiguiente a desembocar en una simple exigencia de nacionalización, tuvo por fin objetivos avanzados que llegaron a cuestionar el sistema.

La *unidad* sindical que se hizo en torno a Lip no asumió el aspecto de *solidaridad sindical* sino que pareció impulsar a los sindicatos a comprender muchas más cosas sobre la condición obrera en la Francia de hoy, hasta el punto de que como dijo Charles Piaget.* "Sin mayo de 1968, no habría existido Lip".

* Charles Piaget: líder de la huelga de Lip y de todo el proceso de gestión obrera de esa empresa Militante del Partido Socialista Unificado, no fue apoyado por el comité nacional del mismo (que optó tempranamente por Francois Mitterrand) cuando se lo quiso convertir en candidato presidencial de diversos grupos de "ultraizquierda" para las elecciones del 5 de mayo de 1974. [T.]

se constituyeron, no solamente para replicar de manera polémica a todas las experiencias negativas, sino también para efectuar un balance realista y reanudar la acción indispensable a las perspectivas de unidad, los primeros comités obreros campesinos, comités que hacen pensar irresistiblemente en la línea elaborada por Gramsci en las *Tesis de Lyon* y *La cuestión meridional.*

En lo que se refiere a Italia, el problema del Mezzogiorno pone en cuestión aún hoy, la orientación política de la clase obrera del norte, pues ésta, mientras le brinda al sur una solidaridad verbal, conserva esencialmente una actitud de defensa corporativista que se basa, entre otras cosas, en la convicción de que el sur es una pesada carga y que los meridionales –ésta es la "actualización" que suscitaron los levantamientos de Reggio Calabria– son potencialmente fascistas. No es casual que esta ideología del *Mezzogiorno* como "lastre" que frena el desarrollo nacional –tal como la denunció Gramsci– se haya desarrollado durante la primera década de este siglo, en la época de la expansión industrial en Italia. Todavía hoy, después del milagro económico italiano, constituye la expresión de una concepción del desarrollo económico nacional según la cual el *Mezzogiorno* no es una condición mayor de ese tipo determinado de expansión, sino al contrario, un factor de atraso y de freno. La ideología del "lastre" expresaba entonces una concepción apenas diferente de la actual sobre un *Mezzogiorno* concebido como zona atrasada en la cual puede invertirse, pero con pérdida de productividad, el *excedente* de la acumulación del sector económico más avanzado del país. Puede advertirse un *viraje* contra esta orientación en las recientes manifestaciones de 300 000 metalúrgicos en Roma (7 de febrero de 1973), concentración más poderosa aún que la del "otoño caliente" de 1969, cuando se asumieron consignas "anticorporativistas" y "antieconomicistas" que vinculaban la renovación del contrato nacional de los metalúrgicos –o sea el conjunto de las negociaciones en el interior de la fábrica– con la lucha del *Mezzogiorno* como criterio de control de objetivos tanto industriales como agrarios. Durante esta poderosa demostración de fuerza organizada, quizás la más grandiosa manifestación obrera desde la Liberación, la Federación italiana de obreros metalúrgicos (FIOM) atacó "el reformismo confuso", proclive al compromiso, que podría conducir a la firma de un contrato ventajoso desde un punto de vista "corporativista", aceptando renunciar a las luchas en el *Mezzogiorno,* de acuerdo a la lógica de "primero producir donde hay fábricas, y luego ver".

Deberíamos recurrir a un enfoque metodológico gramsciano para poder precisar lo que actualmente es la clase obrera en Europa y ver en qué medida asume su papel de clase dirigente o hegemónica (hacia sus aliados); sería interesante, en este contexto, detenerse en el alcance político del pensamiento gramsciano, siempre de candente actualidad, a propósito de la imperiosa necesidad de quebrar el aislamiento del corpora-

tivismo de la aristocracia obrera no sólo respecto a sus aliados campesinos y el *Mezzogiorno* o las zonas subdesarrolladas y semicoloniales, sino también respecto a sus aliados intelectuales. Gramsci dice, en efecto, que "el primer problema a resolver por los comunistas turineses era el del cambio de la orientación política y de la ideología general del proletariado" que, bajo la influencia conjugada de la burguesía y del partido socialista, consideraba a los meridionales como seres inferiores y veía en el atraso del *Mezzogiorno* no una flaqueza "del sistema capitalista sino de la naturaleza que ha hecho a los meridionales holgazanes, inservibles, criminales, salvajes. . .". Gramsci habla explícitamente de una "ideología burguesa en el seno del proletariado septentrional", ideología que "el partido socialista contribuyó ampliamente a difundir". Y agrega que "los comunistas turineses reaccionaron enérgicamente contra esa ideología, particularmente en Turín, donde los relatos y las descripciones de los veteranos de la guerra contra el 'bandolerismo' en el *Mezzogiorno* y las islas habían influido más fuertemente en la tradición y el espíritu populares". En una palabra, los proletarios de Turín no veían en los meridionales otra cosa que una banda de ladrones y de bandidos de caminos.

Por todas esas razones, el PCI, en las *Tesis de Lyon,* no sólo pone en el centro de sus preocupaciones, en una perspectiva autocrítica, el problema meridional, sino que busca profundizar los límites reales y objetivos que representa en el seno de la clase obrera la aparición de "capas aristocráticas" que obstaculizan gravemente sus posibilidades de desarrollo como fuerza viva de la revolución. Así, por ejemplo, se puede leer en la *Tesis 13:* "Una vez quebradas las primeras tentativas proletarias y campesinas de lucha contra el Estado, la burguesía italiana así consolidada puede utilizar, para obstaculizar los progresos del movimiento obrero, los métodos más formales de la democracia, favoreciendo por tanto la corrupción política de la parte más avanzada de la población trabajadora (aristocracia obrera), para hacerla cómplice de la dictadura reaccionaria que ella continúa ejerciendo e impedirle convertirse en el punto de partida de la insurrección popular contra el Estado (giolittismo)".

Y en la *Tesis 20:* entre "los grupos que se esfuerzan por ejercer una influencia sobre una fracción de la población trabajadora para contener la influencia del proletariado, o sobre el mismo proletariado, para hacerle perder su imagen y su autonomía de clase revolucionaria", entre esos grupos, Gramsci incluye también una parte de los obreros (tendencia reformista) y aquellos que, teniendo una base proletaria, tratan de mantener a las masas obreras en un estado de pasividad que las deja a remolque de la política de las otras clases (tendencia maximalista). La escisión de Livorno está dominada por la lucha contra la aristocracia obrera, a la que sostiene y apoya el partido socialista en su negativa a considerar la cuestión meridional como el problema central de la vida nacional. "La separación que aparecerá en Livorno –escribe Gramsci en un artículo del

13 de enero de 1921– entre comunistas y reformistas, significará precisamente esto: la clase obrera revolucionaria se desprende de las corrientes que tratan de explotar la posición privilegiada del norte respecto al *Mezzogiorno* para crear una aristocracia obrera". Para Gramsci, no puede asombrar que "Giolitti se haya opuesto encarnizadamente a toda difusión del socialismo y del sindicalismo en el sur; se trataba de una cosa natural y evidente, ya que el proteccionismo obrero, el reformismo, las cooperativas, los equipos colectivos, todo esto es posible mientras sea parcial; en otras palabras, todo privilegio supone sacrificados y desheredados" (*R*, p. 127, Editori Riuniti). Si la aristocracia obrera ofrece su apoyo a la burguesía reformista en la expoliación del sur, la tarea histórica de la vanguardia no puede llegar a buen término sin la destrucción del aparato hegemónico burgués, que tiende a integrar en el sistema de gobierno a esa misma aristocracia obrera.

En la parte de *La cuestión meridional* consagrada a las deformaciones corporativistas que afectan a la clase obrera, Gramsci denuncia la grave amenaza del reformismo corporativo y atribuye el proyecto y la responsabilidad del mismo tanto a los sindicatos como al gobierno burgués de Giolitti. Dado que el sindicato reformista suministró al gobierno burgués el apoyo indispensable para vencer a los trabajadores, Gramsci escribe en *La cuestión meridional:* "Giolitti quiere meter en cintura a los obreros de Turín. Ya los ha golpeado en dos oportunidades: durante la huelga de abril último, y en el transcurso de la ocupación de fábricas, y cada vez fue con el apoyo de la 'Confederación general del trabajo', es decir, del reformismo corporativo". La trampa reformista de la burguesía, analizada por Gramsci cuando Giolitti quiso llamar a los obreros a lo que hoy se designaría en Francia como "participación" (y eventualmente "nacionalización", bajo la dominación del capitalismo monopolista de Estado) fue desenmascarada por Gramsci en *La cuestión meridional,* a través de una serie de episodios que recuerdan las múltiples tentativas actuales de tipo reformista que las fuerzas burguesas vuelven a impulsar en el transcurso de cada fase de expansión que parece ofrecerles un mayor margen de iniciativa, en vista de una reequilibración más estable de las fuerzas. En cuanto a la burguesía, debe llenar para ello una doble condición: someter a los trabajadores y someter al partido político obrero. Giolitti –y siempre Gramsci se refiere como a un símbolo a este demonio de la integración obrera a los intereses burgueses, durante la fase de desarrollo industrial de Italia– cree posible, por ejemplo, arrinconar a los obreros "y encerrarlos dentro de un sistema burgués estable" mediante la creación de una cooperativa Fiat. "¿Qué ocurrirá si la masa de trabajadores de Fiat acepta participar en la dirección? [. . .] Los obreros de la Fiat adoptaron casi unánimemente el punto de vista de los comunistas y se rechazaron las propuestas de la dirección". Y, algunas líneas más adelante, Gramsci prosigue en un tono dramático: "En abril

de 1921 quedaron cesantes cinco mil obreros en Fiat, se suprimieron los Consejos de fábrica, se bajaron los salarios reales. . . En una palabra, los obreros fueron derrotados; ¿pero aceptaron ese sacrificio inútilmente? No lo creemos así; al contrario, estamos convencidos de que no fue inútil" *(QM)*.

No, no fue inútil, recalquémoslo; por el contrario, ese sacrificio, aunque corresponda a la historia de esos lejanos años, sigue siendo hoy un ejemplo vivo para la creación de una nueva conciencia proletaria que haga de los obreros una clase realmente *hegemónica*. La renuncia del proletariado a luchar por la hegemonía, contra un plato de lentejas ofrecido por la burguesía, lo privó de toda oportunidad de convertirse en una clase dominante y de trabajar para la causa revolucionaria. Ya en 1924, Gramsci había redactado esta clara advertencia: "O bien el proletariado, por intermedio de su partido político, logra en este periodo crearse una red de alianzas en el *Mezzogiorno*, o bien las masas campesinas buscarán dirigentes políticos en su propia zona, convirtiéndose en el bastión de la contrarrevolución hasta llegar al separatismo y recurrir a ejércitos extranjeros, en caso de una revolución puramente industrial en el norte" ("Il Mezzogiorno e il Fascismo", 15 de marzo de 1924, *CPC*, p. 1974).

En los *Cuadernos*, Gramsci afirma que el sindicalismo teórico (una de las formas bajo las cuales se manifiesta el economicismo) impide al proletariado "convertirse alguna vez en dominante, desarrollarse más allá de la fase económica corporativa para elevarse a la fase de hegemonía ético-política en la sociedad civil y dominante en el Estado. . . En el movimiento del sindicalismo teórico. . . La independencia y la autonomía del grupo subalterno que se dice expresar son sacrificadas a la hegemonía intelectual del grupo dominante" *(M*, p. 30 [40]). Esta observación tiene un alcance considerable. En efecto, muestra cómo el proletariado —refiriéndose al mismo sistema de "valores" económicos, ligado al crecimiento y propio de la producción capitalista— puede ser derrotado, por ejemplo, en el plano electoral, es decir, la vieja mayoría burguesa puede nuevamente prevalecer, ya que la izquierda no presenta una homogeneidad intelectual suficiente para proponer una solución de recambio, frente a la del grupo dominante. Y no basta presentar una lista de reivindicaciones, un Programa común de gobierno o un "compromiso histórico" como en Italia, para disgregar la superestructura burguesa; al contrario, las reivindicaciones esencialmente económicas terminan por inscribirse en el contexto superestructural, en el propio proyecto ideológico de la burguesía dominante y, en lugar de debilitar al adversario, terminan, aunque de manera indirecta, por aportar agua a su molino, ya que no ponen en cuestión al sistema.

La crítica del corporativismo obrero o del sindicalismo corporativo que nos presenta Gramsci bajo la forma de una condena irremisible de la

división y del fracaso de la clase obrera (como vimos en el pasaje precedentemente citado de *La cuestión meridional*, donde propone esa imagen fuerte y bella del trabajador que debe pensar con la cabeza de los demás proletarios, en cuanto representante de una clase que asume la dirección del conjunto de los trabajadores) reaparece en la famosa carta dirigida por Gramsci al Comité Central del PCUS, en octubre de 1926. Gramsci teme que la lucha interna del PCUS ponga en cuestión "el principio y la práctica de la hegemonía del proletariado"; le horroriza la idea de que se cuestione "las relaciones fundamentales de la alianza entre los obreros y los campesinos" y, advirtiendo con mucha precisión la contradicción en la que se debate el proletariado ruso como clase dominante que debe renunciar a sus intereses más inmediatos hasta el punto de soportar condiciones de existencia peores que las de las clases que le están subordinadas, escribe: "Pero el proletariado no puede llegar a ser clase dominante si no supera esa contradicción con el sacrificio de sus intereses corporativos, no puede mantener la hegemonía y su dictadura si no sacrifica, incluso cuando ya es dominante, esos intereses inmediatos a los intereses generales y permanentes de la clase... Es fácil hacer demagogia en este terreno, y es difícil no hacerla cuando la cuestión se plantea desde el punto de vista corporativo y no desde el del leninismo, desde el punto de vista de la doctrina de la hegemonía del proletariado que históricamente se encuentra en una determinada posición y no en otra... En la ideología y en la práctica del bloque de oposición renace plenamente toda la tradición de la socialdemocracia y del sindicalismo, la que ha impedido hasta ahora al proletariado occidental organizarse como clase dirigente" (*Carta al CC del PCUS* [en *Antología*, cit., pp. 205-206]).

Ése es el otro problema histórico: representar una fuerza hegemónica no sólo antes sino también después de la conquista del poder; ésta es una de las constantes del pensamiento de Gramsci durante su cautiverio, y motiva su carta al PCUS. Se puede decir que una cuestión tan decisiva ha encontrado igualmente respuesta a través de la larga experiencia de la revolución china, y la actitud del proletariado hacia la inmensa masa rural, que era predominante; la hegemonía obrera fue asimismo el tema de la "Revolución cultural" china que colocó en el centro de sus consignas el lema: "La clase obrera debe dirigirlo todo".

Para resumir los temas que hemos desarrollado aquí, digamos que Gramsci establece como sigue el conjunto de condiciones necesarias al proceso de la revolución en Italia: la palanca de la revolución se halla en la alianza entre obreros y campesinos, su expresión político-institucional básica en los Consejos obreros y campesinos, su centro unificador en el Partido; la unidad que permitirá a las fuerzas revolucionarias superar la oposición ciudad-campo, se expresará a través de una reevaluación de la relación industria-agricultura. Junto a los obreros y campesinos pobres, Gramsci ubica al otro grupo que debe soldar las fuerzas sociales de la

revolución, los intelectuales, apelando así a la colaboración de los "órdenes menos numerosos, pero no menos indispensables: los técnicos de la producción y de la administración, los trabajadores intelectuales". Y la necesidad de esta alianza no se restringe a la destrucción del Estado burgués; también el Estado socialista la requerirá como condición indispensable a su propia afirmación, a fin de "unificar la ciudad y el campo, en vista de su fusión y de su desarrollo mutuo". Escribe Gramsci: "Precisar lo que significa concretamente en italiano la fórmula 'gobierno obrero y campesino'; dar a esta fórmula un contenido político nacional, todo esto sólo es posible si se examinan los problemas más vitales y urgentes de las masas campesinas y, en primer lugar, los grandes problemas específicos que se resumen en la expresión 'Cuestión meridional' " ("Problemas de hoy y de mañana", sin firma, en *ON,* 15 de abril de 1924).

Profundizando su investigación, Gramsci preferirá modificar la fórmula "gobierno obrero y campesino", transformándola en *República federal de obreros y campesinos,* teniendo en cuenta que "el problema de las relaciones entre obreros y campesinos no se plantea sólo como un problema de relaciones de clases, sino también y más precisamente como un problema territorial, es decir, bajo uno de los aspectos de la Cuestión meridional" *(QM).*

Bajo la dirección de Gramsci, el PCI situó en el centro de su estrategia el problema meridional, después de un periodo durante el cual, como escribe Gramsci en una carta de febrero de 1924, "descuidamos, como los socialistas, la cuestión del *Mezzogiorno*" ("La formación del grupo dirigente del PCI" p. 201).

6
HEGEMONÍA, BLOQUE HISTÓRICO, ESTADO

El concepto de hegemonía representa el aporte esencial de Gramsci al marxismo[1] y su contribución más decisiva, por el momento, a la lucha de clase revolucionaria, ya se trate de la fase de la toma del poder, como es nuestro caso en Occidente, o de los países en los cuales la hegemonía ya se ha organizado en Estado socialista. Más adelante veremos que Gramsci puede también suministrarnos, con el concepto de hegemonía, una clave para la interpretación teórico-política de la revolución cultural china, precisamente a través de la lucha que el proletariado desarrolla para reforzar su propia hegemonía en una sociedad socialista y para resolver las contradicciones entre infraestructuras y superestructuras; del mismo modo, en lo que se refiere a los países con dirección socialista de Estado, como la URSS, la teoría gramsciana nos permite comprender, a través del examen de lo que debe ser la hegemonía del proletariado, las razones por las cuales allí el consenso languidece, lo económico está separado de lo político y a veces predomina y la sociedad civil se opone a la sociedad política, lo que origina, como temía Gramsci en 1926, una dominación de las estructuras coercitivas del Estado sobre la dirección ideológica, en detrimento de la hegemonía.[2]

[1] El concepto de hegemonía deriva del griego *eghestai*, que significa "conducir", "ser guía", "ser jefe", y del verbo *eghemoneuo*, que quiere decir "ser guía", "preceder", "conducir", lo que da, por derivación, "ser jefe", "mandar", "dominar". Con *eghemonia*, el griego antiguo designaba el mando supremo de los ejércitos. Se trata, pues, de un término militar. El "eghemon" era el *condottiere*, el guía y también el comandante del ejército. En la época de la guerra del Peloponeso, se hablaba de ciudad "eghemon" para referirse a la que dirigía la alianza de las ciudades griegas, que luchaban entre sí.

[2] "Para comprender la orientación de los *Cuadernos* en su desarrollo –escribe Natta en su ensayo 'Il partito politico', aparecido en *Critica marxista*, cuaderno especial, núm. 3–, no hay que olvidar, que, en la carta al CC del PCUS del año 26, donde se encuentra, entre otros elementos y en lo referente a Italia, el argumento de fondo de *La cuestión meridional*, la razón que invoca Gramsci para criticar y rechazar como erróneas y peligrosas las posiciones de Trotski, Zinoviev y Kamenev, es precisamente el principio y la práctica de la hegemonía [. . .] El proletariado –escribe– no puede mantener la hegemonía y su dictadura si no sacrifica, incluso cuando ya es dominante, sus intereses inmediatos (corporativos) a los intereses generales y permanentes de la clase".

Lo que estaba en cuestión, según Gramsci, era la concepción leninista de la hegemonía, particularmente con el riesgo de ver nuevamente abrirse la vía a las posiciones ideológicas y prácticas de la socialdemocracia y del sindicalismo, que han impedido "hasta ahora al proletariado occidental organizarse en clase dirigente".

Las implicaciones del concepto de hegemonía en Gramsci son variadas; pues como la hegemonía está en estrecha relación con el Estado como gobierno de una clase, el enfoque de acuerdo a este concepto se efectúa desde los ángulos más diferentes: ya se trate del pasado histórico que ha convertido a las clases burguesas en protagonistas (hegemónicos) de la conquista del poder (como en el Risorgimento italiano y en el asalto del Estado por los fascistas, con la creación de un "bloque histórico" reaccionario constituido por los terratenientes del sur y los industriales del norte) o de la fase durante la cual la clase dominada trata de socavar la hegemonía de la burguesía y de asegurarse la hegemonía ideológica, aún antes de la toma del poder. Este último concepto se aplica a las condiciones objetivas y actuales de una iniciativa revolucionaria adaptada a las sociedades capitalistas avanzadas (pocos son los que saben que Gramsci ayudó, con la contribución específica que representa la extensa nota de los *Cuadernos* que lleva por título "Americanismo y Fordismo", a localizar las "casamatas y ciudadelas" de la "sociedad civil" en Occidente y el terreno en el que se desarrolla la lucha obrera en la nueva fase caracterizada por la reoganización del capitalismo a escala mundial y por el control creciente del Estado sobre la estructura económica y sobre la superestructura, a través de una red densa e impalpable de valores, conductas, condicionamientos –a propósito de la sexualidad, la familia, la mujer, el alcoholismo, la alienación, la división del trabajo, etc.– difundida entre las masas, en vista de una racionalización máxima del rendimiento de los trabajadores en los países industrializados). Por último, las implicaciones del concepto de hegemonía conciernen igualmente al desarrollo del nuevo Estado proletario en el cual la hegemonía prepara las condiciones de la "extinción del Estado" y del nacimiento de lo que Gramsci llama una "sociedad regulada", que puede conducir a la liquidación de la función represiva del Estado a medida que se afirman sus rasgos fundamentales.

En *La cuestión meridional,* Gramsci ya había formulado con mucha pertinencia los términos esenciales del problema de la hegemonía: "Para ser capaz de gobernar como clase, el proletariado tiene que despojarse de todo residuo corporativo, de todo prejuicio o incrustación sindicalista". Pero no basta superar la fase corporativo-profesional y adquirir una conciencia de clase; aun hay que llegar a pensar como clase que "tiende a dirigir a los campesinos y a los intelectuales, como miembros de una clase que puede vencer y puede construir el socialismo sólo si está ayudada y seguida por la gran mayoría de esos estratos sociales. Si no se obtiene eso, el proletariado no llega a ser clase dirigente, y esos estratos, que en Italia representan la mayoría de la población, se quedan bajo dirección burguesa y dan al Estado la posibilidad de resistir el ímpetu proletario y de debilitarlo" [*Antología,* cit., p. 193]. Pero, mucho antes de *La cuestión meridional,* el concepto de hegemonía ya es aplicado, no solamente

en la manera como el joven Gramsci considera la revolución de Octubre de 1917 como una "revolución contra *El capital*", en oposición al marxismo determinista y economicista de la II Internacional, sino sobre todo en la noción de los Consejos de fábrica: concepción en la que Gramsci, lejos de ligar la toma del poder a la espera (fatalista) de la crisis del capitalismo, encara en cambio, y mucho antes de que se produzca, la ruptura de la dominación existente, concebida bajo la forma de un desmoronamiento del bloque en el poder y de la aplicación de las capacidades dirigentes de la clase obrera en niveles no estatales (los centros de producción, las fábricas donde viven, luchan y trabajan los proletarios) para desarrollar sobre esta base su aptitud para la gestión del Estado. En los consejos se encuentra el fundamento de todos los principios del *autogobierno* —o de la autogestión, como algunos dirían hoy—, de la dirección política, social y cultural sobre las otras capas sociales, sobre el conjunto de la sociedad, que agrupa a ciudadanos, campesinos y obreros. Gramsci condena la posición "ortodoxa" del marxismo, según la cual no es posible administrar las fábricas sin administrar el Estado (en esos términos se estableció la polémica con Bordiga) y ve, al contrario, en el Consejo la prefiguración de un "contrapoder" estatal, precisamente porque concibe la conquista del poder no como la resultante mecánica de la crisis de la estructura y de la del poder, sino como un proceso cuyo momento esencial está representado por la lucha que abarca la infraestructura y la superestructura, una lucha por la hegemonía.[3]

[3] En *Notas sobre Maquiavelo* (pp. 45-46 [57-58]), Gramsci distingue tres fases en la toma de conciencia de las masas: la fase corporativa representa para él el primer grado y el mas elemental de un proceso mas general de toma de conciencia de sí por la clase social; el segundo momento es "aquel en el que se logra la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía en el campo meramente económico". Ya a este nivel, la cuestión del Estado se plantea pero en términos reformistas, es decir, de participación en el poder con los grupos dominantes y de eventuales modificaciones en el ámbito jurídico y administrativo; el tercer momento "es aquel en que se logra la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación de grupo puramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados". Se entra a la fase política propiamente dicha. El grupo que se impone en el plano social ha hecho ya prevalecer el carácter universal de su ideología, o sea que ha realizado "no solamente la identidad" de los objetivos económicos y políticos, sino también "la unidad intelectual y moral", estableciéndose así "la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados". ¿Qué ocurre entonces con el Estado? "El Estado —escribe Gramsci— es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías 'nacionales'. El grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo

En *La cuestión meridional,* el principio de la hegemonía está definido con una claridad ejemplar y se articula con el de dictadura del proletariado en las relaciones de *dirección* y de *dominación;* la noción de hegemonía preside a la génesis de las alianzas de clase –se trata en este caso de la relación entre obreros y campesinos, que se presenta como el resultado del análisis de una estructura específica, tal como se ha formado históricamente en Italia–, lo que permite a Gramsci relacionar el concepto de hegemonía con el de "bloque histórico" y ver en este último la manera como se realiza una hegemonía determinada. La hegemonía es, pues, la parte visible del *iceberg* que oculta la enorme masa de todo un cuerpo teórico-político, que representa el punto culminante de un genial y complejo trabajo intelectual: el concepto de "bloque histórico", el enlace infraestructura-superestructura, el concepto de Estado y la distinción interna que efectúa Gramsci entre "sociedad política" y "sociedad civil", la definición de la naturaleza del partido revolucionario como "Príncipe moderno", intérprete de una "voluntad colectiva", el papel de los intelectuales como promotores del consenso por su posición articuladora.

No es fácil situarse en este dédalo de conceptos que se yuxtaponen y se imbrican unos en otros como las piezas de un rompecabezas y donde la "racionalidad", de un orden y una sistematización rigurosa, deja lugar a una poderosa y libre inspiración teórico-política, que procede por saltos, por contradicciones que dejan surgir nuevas intuiciones, a veces apenas esbozadas.

"HEGEMONÍA" Y "BLOQUE HISTÓRICO"

Estos dos conceptos son inseparables, pues según Gramsci, *dentro* del "bloque histórico" se realiza una hegemonía determinada, y no es casual que ambos términos aparezcan juntos por primera vez en *La cuestión meridional.*

Ya hemos hablado de la hegemonía. En cuanto al "bloque histórico", Gramsci aplicó concretamente este concepto, no sólo en *La cuestión meridional,* sino también en las *Tesis de Lyon* y en *Il Risorgimento* (donde el análisis de la historia italiana consiste en definir, en el bloque constituido por los industriales del norte y los terratenientes del sur, la

fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo".

composición de clase de la revolución burguesa), para determinar mejor, en definitiva, la estructura del bloque de poder de la burguesía. En el contexto del *Mezzogiorno*, la noción de "bloque histórico" está resumida de este modo: "El Mediodía puede definirse como una gran disgregación social; los campesinos, que son la gran mayoría de su población, no tienen ninguna cohesión propia... La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los grandes propietarios terratenientes y los grandes intelectuales. Los campesinos meridionales se encuentran perpetuamente en fermentación, pero, como masa, son incapaces de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y a sus necesidades. El estrato medio de los intelectuales recibe de la base campesina los impulsos de su actividad política e ideológica. Los grandes propietarios, en el terreno político, y los grandes intelectuales, en el terreno ideológico, centralizan y dominan, en último análisis, todo este conjunto de manifestaciones. Como es natural, la centralización se verifica con mayor eficacia y precisión en el campo ideológico" [*Antología*, cit., p. 193].

Esas pocas líneas precisan la naturaleza del "bloque histórico" que Gramsci, en los *Cuadernos*, definirá así: *"La infraestructura y las superestructuras forman un 'bloque histórico', o sea que el conjunto complejo, contradictorio y discorde de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción" (MS,* p. 39 [46]). En el "bloque histórico", infraestructura y superestructura están en una dependencia estrecha en ese complejo que Gramsci llama aún "fuerzas materiales e ideología": "Las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma, siendo esta distinción de contenido y de forma puramente didascálica, puesto que las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin la fuerza material" *(MS,* p. 49 [57]). La noción de bloque no se comprende sino a partir del concepto de hegemonía, que la determina; y el "bloque histórico" no puede comprenderse, en ningún caso, como alianza o como amalgama informe de las clases sociales más diversas, porque la hegemonía que asegura su cohesión corresponde a una nueva visión global del mundo (superestructura) y se presenta como la nueva capacidad de la clase dirigente en ascenso para tomar a su cargo el conjunto de los problemas de la realidad nacional e indicar sus soluciones concretas (infraestructurales). Estas definiciones teóricas de Gramsci no han sido aún comprendidas, puesto que Mitterrand, hablando del programa común y de las alianzas electorales con el PC, se refiere a Gramsci y a su "bloque histórico" en un artículo publicado en *Le Monde.* [4]

[4] En un artículo aparecido en *Le Monde* (16 de febrero de 1973) sobre *Los nuevos comunistas* (título de un libro recientemente publicado en Francia), Mit-

La dialéctica de la relación infraestructura-superestructura, que constituyen "el bloque histórico", se articula plenamente en el análisis que hace Gramsci de la relación entre acción y conciencia de las clases dominadas, según el cual, cuando *la acción* de las masas está en oposición con el poder dominante, su *conciencia*, es decir, su propia manera de pensar, sigue marcada por la hegemonía ideológica de las fuerzas políticas adversas, pues las masas han sido *educadas* no sólo con una mentalidad opuesta a sus propios intereses fundamentales, sino también a su propia praxis. La clase dominante ha tratado de suprimir la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre infraestructura y superestructura, ejerciendo la hegemonía política bajo una forma capaz de garantizar la cohesión —mediante la acción del Estado, del aparato judicial, de la influencia de la educación ideológica, de la escuela, de las creencias religiosas, de la cultura— de las fuerzas sociales no homogéneas e incluso en situación de contradicción antagónica con las que detentan el poder. "Cada Estado es ético en cuanto una de sus funciones más importantes es la de elevar a la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral, nivel (o tipo) que corresponde a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y, por consiguiente, a los intereses de las clases dominantes. La escuela como función educativa positiva y los tribunales como función educativa represiva y negativa son las actividades estatales más importantes en tal sentido. Pero, en realidad, hacia el logro de dicho fin tienden una multiplicidad de otras iniciativas y actividades denominadas privadas, que forman el aparato de la hegemonía política y cultural de las clases dominantes" (*M*, p. 128 [154]).

La clase dominante ejerce, pues, su poder, independientemente de los compromisos materiales con otras fuerzas sociales, no solamente por medios de coerción, sino además por su visión del mundo, es decir, una filosofía, una moral, costumbres, un sentido común que favorecen el re-

terrand toma la defensa de Garaudy afirmando que éste ha sido condenado por sus camaradas comunistas por haber dado al "bloque histórico" la significación que le da Gramsci. "En síntesis —escribe Mitterrand—, según esta tesis [que Garaudy] tomó de Gramsci, los obreros y los nuevos estratos en cuestión no forman una sola y misma clase, sino un bloque cuyos componentes tienden a la identidad. Pero los nuevos comunistas que excluyeron a Garaudy no querían tocar el dogma". Es evidente que el análisis de Mitterrand sobre la posición de Garaudy está viciado por el hecho de que éste se niega a ver en el bloque histórico el papel dirigente del proletariado como fuerza revolucionaria que lucha por la edificación de una nueva sociedad y el desmoronamiento del viejo Estado burgués, que no debe ser "reformado", sino barrido. Sin querer intervenir en la polémica entre Garaudy y los comunistas franceses, se puede observar que la posición de Garaudy continúa representando una interpretación *de derecha* del pensamiento gramsciano, interpretación que el mismo Mitterrand retoma, tal cual, cuando habla de identidad en las fuerzas del bloque histórico.

conocimiento de su dominación por las clases dominadas. En el lenguaje histórico-político, esto significa que el ejercicio del poder por una clase, en un momento histórico determinado, no sólo es la expresión de las relaciones económicas dominantes en ese momento, sino que sirve para difundir ciertos valores que, a su vez, están determinados por esas relaciones y por los compromisos mediante los cuales dicha clase consigue agrupar en torno a ella a todo un conjunto de otras fuerzas sociales con las que comparte, o aparenta compartir, su poder, aislando de este modo, para oprimirla mejor, a la clase directamente antagónica.

SOCIEDAD POLÍTICA Y SOCIEDAD CIVIL

Para comprender mejor este papel *ideológico* y *dirigente,* Gramsci efectúa una distinción tan sutil como compleja entre "sociedad civil" y "sociedad política" en el Estado de clase. El Estado sería la "sociedad política" y representaría el momento de la fuerza coercitiva, mientras que la "sociedad civil" estaría constituida por una red compleja de funciones educativas e ideológicas, que hacen que además de mando, haya una dirección en la sociedad. "Se pueden fijar –escribe Gramsci– dos grandes planos superestructurales, el que se puede llamar de la 'sociedad civil', que está formado por el conjunto de los organismos vulgarmente llamados 'privados', y el de la 'sociedad política o Estado', y que corresponden a la función de 'hegemonía' que el grupo dominante ejerce en toda sociedad y a la de 'dominio directo' o de comando que se expresa en el Estado y en el gobierno 'jurídico'." (I, *p. 9* [16]).

Junto a esta acepción restringida del concepto de Estado (distinción entre sociedad política y sociedad civil), Gramsci propone otra más amplia, cuando reunifica las nociones de "sociedad política" y de "sociedad civil", afirmando: "Los elementos constitutivos del Estado en sentido orgánico y más amplio [son] el Estado propiamente dicho y [la] sociedad civil" *(M,* p. 122 [147]).

Por lo demás, esta misma distinción entre sociedad política y sociedad civil es de orden "metódico" y no "orgánico", pues "en la realidad efectiva sociedad civil y Estado se identifican" *(M,* pp. 29-30 [39]).

Pero la intuición genial de Gramsci está en haber distinguido, dentro del Estado, y aunque en éste el momento de la fuerza y el del consenso están dialécticamente unidos, un nivel superestructural, la hegemonía, que es también el del aparato ideológico hegemónico –traducido por Althusser en la expresión "aparatos ideológicos de Estado"– a través del cual el Estado de clase ejerce su dirección y mantiene su liderazgo ideológico sobre la "sociedad civil". Es en este terreno donde se ejerce su hegemonía. La distinción entre "sociedad política" y "sociedad civil",

que Gramsci efectúa en los *Cuadernos*, no es solamente una distinción metodológica entre dos niveles de la superestructura, sino sobre todo el lugar teórico en que se asienta un concepto original completamente nuevo en la teoría leninista del Estado, que pone en evidencia la complejidad, la articulación y la relativa independencia, respecto a la base económica, de las instituciones, las organizaciones, las formas de conciencia, la ideología, a través de las cuales se expresa el poder de una clase. Este concepto sirve asimismo para explicar la relación dialéctica entre coerción y consenso, dictadura y hegemonía, que sirve de base y de expresión al poder de una clase. Este sistema ideológico envuelve por completo al ciudadano, lo integra desde la infancia en el universo escolar y más tarde en el de la Iglesia, el ejército, la justicia, la cultura, el ocio y aun el sindicato, y así hasta la muerte, sin dejarle el menor respiro; esta prisión de mil ventanas simboliza el reinado de una hegemonía cuya fuerza reside menos en la coerción que en el hecho de que sus barrotes son tanto más eficaces cuanto que son menos visibles. Es este aspecto de la vida del Estado el que Gramsci trata de iluminar. Su estudio, afirma, "conduce también a ciertas definiciones del concepto de Estado, al que generalmente se entiende como sociedad política (o dictadura, o aparato de coerción para someter a las masas populares a los tipos de producción y a la economía de un momento dado) y no como equilibrio entre sociedad política y sociedad civil (o hegemonía de un grupo social sobre el conjunto de la sociedad nacional, ejercida a través de las llamadas organizaciones privadas, como la Iglesia, los sindicatos, las escuelas, etc.); y es precisamente en la sociedad civil donde los intelectuales desempeñan su papel específico" *(LC,* p. 481).

El Estado es siempre "el órgano propio" de un grupo social, el instrumento de la dictadura de una clase: pero esta dominación no se manifiesta y no se ejerce como afirmación y defensa exclusiva de un estricto "interés económico corporativo". En efecto, el concepto de Estado como "dictadura de clase" no se reduce pura y simplemente al aparato de represión y de mando, sino que abarca el conjunto de las relaciones complejas a través de las cuales se ejerce el trabajo de mediación y de compromiso entre los intereses del grupo dominante y los de los grupos aliados y subordinados, determinando la unidad de los objetivos políticos y económicos. El Estado, como dijimos, no es solamente la "sociedad política" en el sentido amplio, sino también la "sociedad civil", en razón precisamente de que asegurará al proletariado el papel hegemónico en la conquista del consenso, la organización de un "bloque" de fuerzas sociales múltiples y la unificación ideológica y cultural de las masas. El Estado trabaja en la formación de una voluntad colectiva, de una *unidad intelectual y moral* y por tanto en la estructuración del cuerpo social entero, a fin de que los objetivos y las ideas de las clases dominantes puedan presentarse como valores universales.

"Se podría señalar –responde Gramsci– que Estado = sociedad política + sociedad civil, vale decir, hegemonía revestida de coerción" *(M,* p. 132 [158]).

Esta bipolaridad dictadura-hegemonía sirve de soporte a un equilibrio que puede pasar por fases y modos de expresión diferentes y que, también en el Estado burgués, ha permitido afirmar la *universalidad* y la *moralidad* del Estado, su momento ético-político, en un periodo en el cual la expansión impetuosa de la burguesía parecía no conocer límites (la Revolución francesa). Con el concepto de hegemonía Gramsci suministra, respecto a Lenin y su teoría del Estado, una contribución original al estudio actual de la realidad histórico-política, tanto en lo que se refiere a la estrategia de la toma del poder en el periodo prerrevolucionario, como en cuanto a la edificación de un nuevo Estado por la clase obrera. Esta edificación implica, por parte del proletariado, durante dos fases, la prerrevolucionaria y la posrevolucionaria, una capacidad de acción para cambiar la base infraestructural y superestructural de la sociedad política y de la sociedad civil, acción que debe expresarse a través de la dirección ideológica y no sólo a través de las luchas por la conquista o la conservación del poder.

El concepto de *hegemonía,* es decir, el momento de la *dirección,* más allá de la simple dominación por la fuerza, implica una multitud de implicaciones teóricas y políticas que Gramsci condensa en una fórmula rigurosa: "Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder); luego, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga firmemente en las manos, se hace dominante, pero tiene que seguir siendo también 'dirigente' " [*Antología,* cit., p. 486]. "Con esta afirmación –escribe Alessandro Natta (en "El partido político en los *Cuadernos de la cárcel", Critica marxista,* cuaderno especial, núm. 3)– Gramsci hace de la función hegemónica un momento y una condición del proceso revolucionario, un dato que caracteriza no sólo el *ejercicio* sino también la conquista del poder, que articula el antes y el después en la toma del poder e indica las orientaciones fundamentales que deben corresponder a la función hegemónica: la de la creación de un sistema de alianzas y la de la reforma intelectual y moral de la sociedad, de la afirmación misma de la praxis política revolucionaria y, en la construcción del Estado, de una concepción del mundo a la vez nueva y unitaria".[5]

[5] "El criterio –escribe Salvadori– de la dictadura hacia las fuerzas que expresan intereses de clase diferentes y de la hegemonía hacia las fuerzas que carecen esencialmente de conciencia histórica y que por eso son potencialmente asimilables, ya había sido aplicado coherentemente por Gramsci en el plano teórico, tanto en lo que se refiere a la relación Consejos-partido en los años 1919-1920, como en lo que se refiere a la relación Comités obreros y campesinos-partido en los años

Al lado de la definición precedente –que abarca tanto la teoría de la posibilidad y la necesidad del proceso de disgregación del bloque ideológico burgués como la teoría de la dirección y la gestión socialistas como poder capaz, por fuerte que sea, de polarizar en él el consenso ideológico de las masas–, exige otra formulación gramsciana que señala el segundo aspecto fundamental de la hegemonía: "La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como 'dominio' y como 'dirección intelectual y moral'. Un grupo social es dominante respecto de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines o aliados" (*R*, p. 70 [*Antología*, cit., p. 486]).[6] Se puede considerar que ésta es la fórmula que da sentido a la teoría gramsciana de la hegemonía. Gramsci afirma que una clase ejerce su dominación sobre las clases adversas: es el momento de la coerción, de la fuerza, de la dictadura del proletariado tal como la entiende Lenin. Pero Gramsci profundiza la noción de poder de clase siguiendo un desarrollo teórico más rico que el de Lenin: comprueba que la fuerza sola no basta para el ejercicio del poder, el cual sólo es posible cuando, más allá de las relaciones de fuerza entre clases antagónicas la clase dominante obtiene el *consenso* "de los grupos sociales afines o aliados". Pero es indispensable pensar al mismo tiempo los términos de *dominación* y *consenso*, pues si sólo se acentua el segundo –como hacen algunos intérpretes de *derecha* de Gramsci– se termina por hacer del consenso una especie de teoría democrática que llega a identificarse con el electoralismo y el parlamentarismo democrático y burgués. Gramsci efectúa una clara distinción entre la dirección y la dominación, cuando habla de la articulación del poder de una clase, y no hay que olvidar que la definición ya mencionada presenta al Estado como una "hegemonía revestida de coerción".

Desde este punto de vista, la interpretación de Luciano Gruppi es

1924-1926; teoría según la cual el partido debía establecer una relación de hegemonía con los obreros y los campesinos que, aunque ubicados en posiciones ideológicas de partido diferentes, podían ser conquistados y debían serlo para la lucha anticapitalista, mientras que se debía emprender una lucha radicalmente antagónica contra las fuerzas hostiles, tanto por sus posiciones de principio como por sus intereses de clase, a los objetivos revolucionarios" (Salvadori: *Gramsci e il problema storico della democrazia).*

[6] Sobre estas cuestiones, insisto en el interés del artículo ya citado de Gruppi ("Il concetto di egemonia", en *Critica Marxista*, cuaderno especial núm. 3). Aunque Gruppi da al concepto de hegemonía una interpretación que podría convalidar una política de alianzas sin discriminación (y sin plantear el problema del poder, como, por lo demás, hace Garaudy en Francia), sitúa, no obstante, todo su estudio en el plano teórico para profundizar la vinculación entre el concepto de "hegemonía" en Gramsci y el de "dictadura del proletariado" en Lenin. El ejemplo de Gruppi es típico de la contradicción existente en las más altas esferas de los grandes partidos como el PCI, y prueba el tipo de ambigüedad que caracteriza, también en el PCI, la referencia a Gramsci.

inaceptable pues, después de comprobar que en los *Cuadernos* el término "hegemonía del proletariado" "traduce normalmente el concepto de dictadura del proletariado", concluye, no obstante, que para Gramsci "el concepto de hegemonía abarca, en principio, [los conceptos] de dirección y dominación."

Esa identificación de hegemonía y dominación es en primer lugar falsa respecto a la posición de Gramsci, quien, así como protestaba contra la asimilación del poder de clase al puro consenso ideológico (criticaba a Croce por "poner el acento únicamente en el consenso"), no aceptaba que el poder de clase fuese considerado la expresión de la pura fuerza; por otro lado, es también falsa porque conduce a Gruppi a afirmaciones completamente paradógicas respecto a las del mismo Gramsci, como por ejemplo: "Se puede considerar al Estado no sólo como instrumento de opresión que hay que destruir" sino también como un sistema que es preciso reformar.

Por el contrario, Gramsci disipa todo equívoco al respecto, tanto en el conjunto de sus notas como en *La cuestión meridional* o en las *Tesis de Lyon.* Estas últimas concluyen con la afirmación de que no hay otra solución posible al problema del Estado "en el interés de la clase obrera, que la dictadura del proletariado" (*CPC,* p. 513). Y en el artículo del 13 de enero de 1922, saludando la apertura del Congreso de Livorno, Gramsci proponía como tarea a la clase obrera la unificación de las dos Italias, escribiendo que "esto sólo puede producirse mediante la destrucción de la actual máquina del Estado burgués". Tales declaraciones prueban de manera categórica que, para él, sólo de la destrucción del viejo Estado burgués puede nacer el nuevo Estado proletario, cuyas características, por naturaleza incompatibles con las del precedente, se definen así: "El Estado proletario no es la seudodemocracia burguesa, forma hipócrita de la dominación oligárquica financiera, sino la democracia proletaria que emancipará a las masas trabajadoras; no el parlamentarismo, sino el autogobierno de las masas a través de su propio sistema de representación; no la burocracia de oficio, sino órganos administrativos creados por las propias masas, con la participación real de las masas en la administración del país y en la empresa de edificación socialista. La forma concreta del Estado es el poder de los Consejos y de las organizaciones del mismo tipo" (*ON,* 24 de mayo de 1919). El Estado socialista, en efecto, "es el Estado de transición que se propone como tarea la supresión de la competencia con la supresión de la propiedad privada, de las clases, de las economías nacionales: esta tarea no la puede realizar la democracia parlamentaria" (*ON,* 12 de julio de 1919).

La precisión de estas tajantes afirmaciones no ha permitido, sin embargo, descartar todo riesgo de interpretación revisionista de la noción de hegemonía, particularmente nefasto en el sentido de que al acentuar únicamente el consenso, el viejo Estado puede aparecer como una má-

quina a la que basta revisar, mediante un "compromiso histórico", de manera que la "nueva mayoría"* pueda hacerse pasar por una dictadura del proletariado. Texier, por ejemplo, llega a escribir que para Gramsci "la dictadura y la hegemonía son idénticas" ("Gramsci, teórico de las estructuras y el concepto de sociedad civil", *Critica marxista,* núm. 3, 1963) cuando en sus textos el concepto de hegemonía implica no sólo la dirección intelectual y moral sino también la dirección política del bloque de las fuerzas aliadas. La otra deformación, que acentúa únicamente el concepto de hegemonía y lo considera en sí mismo, consiste en no ver en Gramsci más que al filósofo de la superestructura, olvidando el enlace riguroso que él establece entre infraestructura y superestructura dentro del "bloque histórico". Para luchar contra todas esas interpretaciones idealistas y socialdemócratas, hay que insistir firmemente en los dos puntos siguientes:

1. Para Gramsci, el poder no se ejerce solamente a través de la hegemonía, o sea a través de la difusión de las ideas de la clase que la asume: hay una permanencia de la acción coercitiva, lo que Gramsci llama "la necesidad (propia de todo Estado y por tanto del Estado obrero) de la coacción, es decir, del ejército obrero, de los tribunales obreros, de las prisiones donde encerrar a los enemigos declarados e irreductibles de la clase obrera, del pelotón de ejecución para los que combaten con las armas en la mano contra la clase obrera" ("Libertad para todos, *ON,* 24 de febrero de 1921). En otras palabras, el Estado obrero instaura "un aparato estatal que, en su interior, funciona democráticamente, es decir, garantizando a todas las tendencias anticapitalistas la libertad y la posibilidad de convertirse en partidos de gobierno proletario, y que, hacia el exterior, funciona como una máquina implacable aplastando los órganos de poder industriales y políticos del capitalismo" ("El problema del poder", *ON,* 29 de noviembre de 1919). Posiciones hacia las cuales Gramsci se mantendrá fiel, con excepción de la cuestión sobre la posibilidad que tendrían los partidos de convertirse en partidos de gobierno después de la revolución; aquí, modifica su punto de vista, ya que ve al partido proletario como el único capaz de servir a los intereses del proletariado; por consiguiente, ese partido sólo puede ser *único,* como un moderno Príncipe, tal como escribirá más tarde en los *Cuadernos.*

2. La concepción gramsciana de la hegemonía no contiene el menor equívoco "parlamentarista", y Gramsci es incluso el primero en burlarse de lo que más tarde se llamará "la vía parlamentaria al poder" cuando,

* "Compromiso histórico" y "nueva mayoría": la autora une aquí, en una alusión irónica conjunta, las fórmulas con las que los partidos comunistas italiano y francés, respectivamente, han reclamado en sus países el ejercicio del poder compartido con los sectores "progresistas" de ciertas fuerzas políticas burguesas: la democracia cristiana en un caso, el gaullismo en otro. [T.]

desde los primeros años de su acción de militante revolucionario, escribía: "Esperar representar a la mayoría más un voto es el programa de los espíritus timoratos que esperan el socialismo de un decreto real, refrendado por dos ministros" ("Margini", en *La città futura*, 11 de febrero de 1917).

Que las elecciones, en el régimen burgués, sean una máquina cuyas palancas de comando están en manos del capitalismo, con todo su enorme aparato destinado a garantizar el voto-consenso de las masas, es una convicción que se encuentra a todo lo largo de los *Cuadernos*. Gramsci insiste en este argumento cuando afirma: "la racionalidad historicista del consenso numérico es falsificada sistemáticamente por la influencia de la riqueza" (*M*, p. 81 [98]). En el régimen burgués, las elecciones permiten los "golpes de mano electorales" pues son el terreno en el cual, gracias a la red del aparato ideológico de Estado detentado por el capitalismo (la prensa, la radio, los inmensos medios financieros de propaganda y de presión de los partidos hostiles al proletariado; Gramsci no podía saber todavía qué poder tendría la televisión, como medio masivo de persuasión clandestina, en manos del capitalismo), el ciudadano está *acorralado*: "Basta disponer el día fijado de la supremacía ideológica (o mejor, pasional) para tener una mayoría que reinará durante cuatro, cinco años, incluso cuando, una vez enfriadas las pasiones, la masa electoral se separa de su expresión legal" (*PP*, pp. 158, 159).

Gramsci excluye, pues, que el proletariado pueda encontrar una vía auténticamente revolucionaria a través de las instituciones de la democracia liberal: "El parlamentarismo y el electoralismo ofrecen un terreno propicio a. . . la demagogia" (*PP*, p. 68), engendran la burocracia opresiva y parasitaria y sólo sirven para "aprovecharse de las masas amorfas de la población [sobre cuyas reacciones viscerales cuenta el capitalismo para asegurar su propio éxito, como sucedió en Francia durante las elecciones de 1973], cuyas mismas exigencias reivindicativas y pasionales son olvidadas por el poder al día siguiente del voto, ya que las elecciones se desarrollan sobre la base de programas vagos y generales" (*M*, p. 82): elecciones que no comprometen a nadie, que no suponen ningún control democrático de la base de los electores sobre los electos.

Si Gramsci hacía declaraciones incendiarias contra el "cretinismo parlamentario" del PSI, paralelamente condenaba el abstencionismo electoral de Bordiga ("La táctica de las elecciones políticas", en *Scritti politici*, pp. 383-384 y "Lucha antiburguesa" en *Avanti!*, 13 de noviembre de 1919, así como "Los revolucionarios y las elecciones", en *ON*, 15 de noviembre de 1919 y "Comunistas y elecciones" en *ON*, 27 de mayo de 1921). Gramsci se coloca en la posición leninista según la cual hay que utilizar el Parlamento como una tribuna para hacer tomar conciencia a las masas del carácter equívoco de la democracia y de la necesidad de una lucha revolucionaria; el Parlamento sirve para denunciar, mediante

una acción permanente y sostenida, los perjuicios del gobierno burgués. Es decir que en lo que se refiere al Parlamento, se trata de rechazar igualmente las formas de "izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo" que Lenin condenaba radicalmente. En conclusión, desde el punto de vista de una conciencia revolucinaria, si no se lo convierte en un lugar de lamentaciones y recriminaciones, el Parlamento debe estar ligado a la acción de masas. "Sólo por estas razones revolucionarias –escribe Gramsci en vísperas de las elecciones políticas de 1919– la vanguardia consciente del proletariado italiano ha entrado en liza en el torneo electoral, consolidando su lugar en la feria parlamentaria. No por ninguna ilusión sobre la democracia ni por flaqueza reformista, sino para crear las condiciones del triunfo del proletariado, para llevar a buen término el esfuerzo revolucionario que tiende a instaurar la dictadura revolucionaria tal como ésta se encarna en el sistema extraparlamentario y antiparlamentario de los Consejos" (artículo sin firma, en *ON*, 15 de noviembre de 1919). Entre las múltiples interpretaciones abusivas a las que ha dado lugar la obra de Gramsci y las numerosas deformaciones de que ha sido objeto su pensamiento, una de las más persistentes es la que consiste en confundir hegemonía y consenso electoral, permitiendo que el socialista Tamburano escriba (en *Gramsci*, p. 261) que Gramsci "concede un cierto peso al fenómeno electoral como fenómeno democrático" y que Togliatti diga que Gramsci, *así como Lenin*, había encontrado en el Parlamento el medio de "resolver el problema del acceso de las masas trabajadoras. . . a una participación activa en la dirección de la vida económica y de la vida política. . . siempre que el Parlamento llegue a tener un contenido democrático como forma de consulta y de expresión de la voluntad popular" (Togliatti, en *Gramsci e il leninismo*, Editori Riuniti). Pero todo el mundo sabe hoy hasta qué punto, en los parlamentos que pretenden tener el más alto "contenido democrático", la presencia de las masas se reduce a poca cosa, es inexistente, y cómo se utiliza a esa institución –Francia es un ejemplo muy bueno– como válvula de seguridad y como instrumento del poder, mediante un juego engañoso de mayoría y minoría. Gramsci no se hacía ilusión alguna sobre las virtudes del parlamentarismo; para resumir su pensamiento sobre este punto, basta evocar este texto de tono incisivo e irónico: "¿Piensan los proletarios que la conquista de un número creciente de bancas en los organismos del Estado burgués representa un incremento efectivo de las fuerzas y de las capacidades de la clase trabajadora, una conquista real, concreta del poder de su parte? ¿Creen que su historia puede ser vista como el efecto de una conquista por los mismos proletarios de una mayoría de bancas en el parlamento burgués o en el mayor número posible de administraciones locales? . . . ¿Creen que las instituciones burguesas pueden servir igualmente de órganos de gobierno a la clase proletaria, que permiten otorgar más justicia y libertad a los trabajadores, cuando hasta ahora no

han sido para ellos más que un medio de sometimiento y una causa de tormento?" (*SF*, p. 160).

Evidentemente, la respuesta a todas estas preguntas es: ¡no!

HEGEMONÍA Y DICTADURA DEL PROLETARIADO

Gramsci afirma en varias oportunidades que la noción de hegemonía es la contribución más importante de Lenin al marxismo, y traduce habitualmente en los *Cuadernos* el concepto de "dictadura del proletariado" por el de "hegemonía del proletariado". El paralelismo entre los términos de *hegemonía* –que en Gramsci designa ante todo el *momento de la dirección* en la dictadura del proletariado y la capacidad de encabezar un sistema de alianza de clases– y *dictadura del proletariado* en Lenin, es subrayado por Gruppi ("El concepto de hegemonía", *Critica marxista*, cuaderno especial, núm. 3), quien recuerda: "Si bien Lenin insiste a veces en el papel de la dominación y de la violencia en la dictadura del proletariado, en otros lugares acentúa el momento de la dirección: 'La esencia de la dictadura del proletariado no se reduce a la violencia ni consiste fundamentalmente en ella. Su carácter primordial reside en la organización y el espíritu de disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente: el proletariado' " (Lenin, "Saludo a los obreros húngaros" [en V. Lenin: *Obras escogidas*, cit., t. V. p. 469]).

Hay que observar, por lo demás, que el término hegemonía no traduce solamente el de dictadura del proletariado, sino que hace también referencia a situaciones históricas en cuyo transcurso el proletariado está llamado a desempeñar un papel dirigente en el proceso revolucionario, aunque este papel no corresponda a la dictadura del proletariado. Toda la argumentación de "Dos tácticas de la socialdemocracia", de Lenin, tiende a probar la necesidad de una dirección proletaria de la revolución democrático-burguesa: "La situación misma de la burguesía, como clase en la sociedad capitalista, engendra inevitablemente su inconsecuencia en la revolución democrática. La situación misma del proletariado, como clase, lo obliga a ser demócrata consecuente" (Lenin, *Obras escogidas* [*op. cit.*, t. II, p. 57]). De lo cual se deriva la alternativa entre una "constitución liberal" y "una dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y los campesinos". Lo que se encuentra en Lenin es, entonces, menos el término de hegemonía que la idea que contiene: un poder de dirección y de dominación que no se articula sobre la estructura económica según una estricta correspondencia mecánica (a la revolución burguesa corresponde la hegemonía burguesa, a la revolución proletaria la hegemonía y la dictadura del proletariado), sino que se ejerce en función

de la posibilidad de controlar un proceso político determinado, ligada a la posibilidad de encabezar un sistema de alianzas dado, de manera que la revolución burguesa, en ciertas condiciones históricas, puede caracterizarse menos por su propia hegemonía que por la del proletariado. Del concepto leninista de hegemonía Gramsci conserva precisamente, para subrayarla mejor, esa articulación diálectica bien diferente de una correspondencia puramente mecánica entre la base económico-social y el proceso revolucionario y sus direcciones posibles (cf. aquí igualmente "El concepto de hegemonía", cit., *Critica marxista).*

Gramsci insiste en la identidad de su propio concepto de hegemonía con la teoría y la práctica política de Lenin y, a este respecto, afirma que "la teorización y la realización de la hegemonía realizada por Ilich [Lenin] ha sido también un gran acontecimiento 'metafísico' " *(MS,* p. 32 [38]), entendido como superación de la realidad, gracias al advenimiento de la revolución de Octubre. En "el principio teórico-práctico de la hegemonía... es menester buscar el aporte teórico máximo de Ilich [Lenin] a la filosofía de la praxis" *(MS,* p. 39 [46]). Y Gramsci prosigue: "En efecto, Ilich [Lenin] habría hecho progresar la filosofía como filosofía en cuanto hizo progresar la doctrina y la práctica política. La realización de un aparato hegemónico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento, es un hecho de conciencia, un hecho filosófico... cuando se logra introducir una nueva moral conforme a una nueva concepción del mundo se concluye por introducir tal concepción, es decir, se determina una completa reforma filosófica" *(MS,* p. 39 [46]).

Ahora bien, es justo afirmar que cuando Gramsci habla de hegemonía refiriéndose a Lenin, entiende la dictadura del proletariado; y, en la mención que hace del concepto de hegemonía en *La cuestión meridional,* él mismo establece un nexo entre las dos nociones: "Los comunistas turineses se habían planteado concretamente la cuestión de la 'hegemonía del proletariado', o sea, de la base social de la dictadura proletaria y del Estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora" [*Antología,* cit., p. 192].

Gramsci desarrolla el pensamiento de Lenin enriqueciéndolo (como lo prueba también la cita precedente) precisamente por sus ideas sobre todo lo que representa de nuevo la hegemonía como revolución en la superestructura, como revolución cultural, como reforma intelectual y moral. En efecto, tanto a través de la preocupación de llamar a la clase proletaria no sólo *dominante* sino además *dirigente,* como a través de la precedente alusión a Lenin (él realiza "un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento"), Gramsci insiste en la am-

pliación del concepto de dictadura del proletariado que tiende a cubrir el vasto campo de la superestructura, de la filosofía en cuanto praxis. Y, si el concepto de hegemonía se identifica en Gramsci con la noción leninista de dictadura del proletariado, "se separa [de él] en un punto capital: la preeminencia de la dirección cultural e ideológica" [Hugues Portelli: *Gramsci y el bloque histórico,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, p. 70]. Portelli añade: "En sus escritos sobre la hegemonía, Lenin insiste sobre el aspecto puramente político de la hegemonía; en ellos, el problema esencial es el desplazamiento, por la violencia, del aparato del Estado: la sociedad política es el objetivo y, para alcanzarlo, es necesaria una hegemonía política previa. Hegemonía política, puesto que la sociedad política tiene prioridad sobre la sociedad civil en sus preocupaciones estratégicas, y sólo retiene de éstas, por lo tanto, el aspecto político, tanto más porque . . . la sociedad civil era muy débil en Rusia. Para Gramsci, en cambio, el terreno esencial de la lucha contra la clase dirigente se sitúa en la sociedad civil: el grupo que controla la sociedad civil es el grupo hegemónico y la conquista de la sociedad política remata esta hegemonía extendiéndola al conjunto del Estado (sociedad civil + sociedad política). La hegemonía gramsciana es primacía de la sociedad civil sobre la sociedad política; en el análisis leninista, la relación es exactamente la inversa" (Portelli, *op. cit.,* pp. 73-74 [70]). A pesar de cierto esquematismo que pasa por alto el hecho de que, para Gramsci, el Estado es una máquina que hay que destrozar, Portelli indica con mucha claridad el punto en el que Gramsci efectúa un verdadero salto hacia adelante respecto al pensamiento de Lenin.

Gramsci es hijo de un nuevo periodo histórico: el de Occidente. En la cárcel, ha reflexionado sobre la naturaleza de la ideología que en Italia ha ofrecido al fascismo una base de masas no solamente pequeñoburguesa, pues a esta derrota contribuyeron igualmente los estratos obreros; y sobre la instauración de regímenes dictatoriales fascistas no en zonas periféricas del globo sino en el corazón mismo de la sociedad industrial; poco a poco Gramsci ha llegado a la convicción de que, teniendo en cuenta el desarrollo desigual de las superestructuras en las sociedades orientales y en las sociedades occidentales –los acontecimientos de Rusia tenían como tela de fondo una sociedad civil "gelatinosa", inconsistente–, la toma del poder en Occidente plantea un problema nuevo al proletariado: convertirse en clase *dirigente* aun antes de ser una clase dominante, imponer su propia dirección intelectual y moral, disgregar el bloque ideológico superestructural del adversario y hacer estallar sus contradicciones para hacer avanzar la nueva visión revolucionaria; crear un nuevo sistema hegemónico capaz de destruir la retaguardia de enemigo, esas "trincheras", "casamatas", "plazas fuertes" y esos campos atrincherados que existían en el propio centro de la sociedad civil. La fuerza de esta hegemonía distingue al "bloque histórico" antagónico, o

también, el "bloque histórico" antagónico se constituye como tal en la medida en que está unificado por la nueva hegemonía". Todo está relacionado. En países de sociedad civil compleja, escribe Gramsci, "el Estado (sociedad política) sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas (sociedad civil)" (*M*, p. 68 [83]).

Si nos preguntamos por qué una crisis económica, como la de 1929, o un momento culminante de la lucha anticapitalista, como 1968 en Francia o 1969 en Italia, pueden ser luego reabsorbidos y digeridos por el sistema capitalista, se puede responder que ello se debe a que la parte resistente de la estructura utiliza como escudo protector del capitalismo toda una red de relaciones superestructurales, cierta manera de concebir la vida y la organización social, que coincide con los intereses del poder; en consecuencia, el explotado, en su "sentido común", en sus "creencias", adopta, a través de esa mentalidad difusa, el modo de pensar, es decir, la ideología que el explotador le ha impuesto. La dominación ideológica sirve precisamente a la clase hegemónica para crear una conciencia alienada en las clases oprimidas y disimular así las contradicciones inmediatas en las que se debate la sociedad dividida en clases. El problema es, pues, para la principal clase dominada, combatir sin descanso a la clase dirigente, también en el plano ideológico (lucha ideológica), pues precisamente la crisis de la hegemonía adversa prepara las condiciones de la toma del poder; en efecto, según Gramsci, la gran revolución francesa de 1789, aún antes de conquistar el Estado, prepara, con el siglo de las Luces, la derrota de la clase dirigente tradicional y difunde una nueva concepción ideológica, nacional-popular, opuesta a la de la aristocracia, concepción que penetra hasta en el medio rural y echa las bases de la conquista de la sociedad política por el nuevo "bloque histórico". "El iluminismo –escribe Gramsci– creó una serie de mitos populares, que eran sólo la proyección en el futuro de las más profundas y milenarias aspiraciones de las grandes masas, aspiraciones ligadas al cristianismo y a la filosofía del sentido común, mitos tan simplistas como se quiera pero que tenían un origen radicado realmente en los sentimientos y que, de todas maneras, no podían ser controlados en forma experimental (históricamente)" (*M*, p. 107 [130]).

Por otra parte, hay que insistir en la necesidad, para toda subversión, de crear un "bloque histórico" que ciertos mitos tenaces consolidarán, como observa Gramsci al *referirse* a Marx: "Recordar la frecuente afirmación de Marx sobre la 'solidez de las creencias populares' como elemento necesario de una determinada situación. Dice poco más o menos: 'cuando este modo de concebir tenga la fuerza de las creencias populares', etc. Otra afirmación de Marx es que una persuasión popular tiene a menudo la misma energía que una fuerza material, o algo similar; afirmación muy significativa. El análisis de estas afirmaciones, creo, lleva a re-

forzar la concepción de 'bloque histórico' . . " *(MS,* p. 49 [57]).

El concepto gramsciano de hegemonía no es la Weltanschauung que, una vez conquistado el poder, se desarrolla paralelamente a la fase de coerción, sino una lucha, en el periodo preparatorio de la transformación revolucionaria, para la incorporación ideológica de las masas al nuevo orden de cosas; en esta perspectiva se desencadena, en un momento dado, lo que Gramsci llama la lucha entre dos hegemonías, es decir, entre dos tipos de concepción del mundo. El conocimiento del mundo apunta a su transformación, ya que con ese fin "todo individuo comprometido orienta su práctica". "La comprensión crítica de sí mismo se logra a través de una lucha de 'hegemonías' políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego en el de la política, para arribar finalmente a una elaboración superior de la propia concepción de la realidad. La conciencia de formar parte de una determinada fuerza hegemónica (esto es, la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia, en la cual teoría y práctica se unen finalmente. . . He aquí por qué es necesario poner de relieve que el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico, además de un progreso político práctico, porque necesariamente implica y supone una unidad intelectual y una ética conforme a una concepción de la realidad que ha superado el sentido común y se ha tornado crítica" *(MS,* p. 11 [16-17]).

"La estructura y las superestructuras forman un 'bloque histórico' ", afirmaba Gramsci, pero al mismo tiempo unifica esos dos niveles, agrega ciertas observaciones que dan prioridad a la lucha en el plano ideológico, donde la victoria es el radar que señala la subversión ya efectuada en la infraestructura: "Si se forma un grupo social homogéneo al 100% por la ideología, ello significa que existen al 100% las premisas para dicha subversión [de la praxis], o sea que lo 'racional' es real activa y actualmente. El razonamiento se basa en la reciprocidad necesaria entre estructura y superestructura (reciprocidad que es, por cierto, el proceso dialéctico real)" *(MS,* pp. 39-40 [46-47]).

El momento ideológico, o momento ético-político, marca el paso, que Gramsci llama "catarsis", de la fase económico-política, de la fase infraestructural dominante a la fase ideológica, superestructural. "Se puede emplear el término 'catarsis' para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, esto es, la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Ello significa también el paso de lo 'objetivo a lo subjetivo' y de la 'necesidad a la libertad'. La estructura de fuerza exterior que subyuga al hombre, lo asimila, lo hace pasivo, se transforma en medio de la libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas. La fijación del momento 'catártico' deviene así, me parece, el punto de partida de toda la filosofía

de la praxis..." *(MS,* p. 40 [47]). El ahondamiento de la dialéctica de la relación base económica y superestructura permite a Gramsci enriquecer la noción de crisis en el plano superestructural, como lo ha notado Gruppi *(op. cit.)*: "En Gramsci, la crisis revolucionaria se sitúa esencialmente a nivel de la hegemonía, en cuanto crisis de la hegemonía. Pero esa crisis abarca a toda la sociedad, a todo el 'bloque histórico', y no hay que olvidar que el 'bloque histórico' comprende infraestructura y superestructura".

LA CRISIS DE LA HEGEMONÍA EN FRANCIA

En los *Cuadernos,* Gramsci prosigue incansablemente sus investigaciones históricas, tratando de determinar los momentos en los cuales la crisis hegemónica se manifiesta orgánicamente, cuando la clase dirigente pierde su capacidad de dirección ideológica y cultural, su poder de organizar el consenso. Consagrándose sobre todo al estudio de las sociedades occidentales y, en particular, a la historia de Francia entre los siglos XVIII y XIX, Gramsci analiza las diferentes crisis hegemónicas. Distingue en ellas dos tipos: la crisis que refleja la crisis de la estructura, y habla entonces de *crisis orgánica,* que puede durar décadas; y la *crisis coyuntural:* "Los fenómenos de coyuntura dependen también de movimientos orgánicos, pero su significado no es de gran importancia histórica; dan lugar a una crítica política mezquina, cotidiana, que se dirige a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades que tienen la responsabilidad inmediata del poder. Los fenómenos orgánicos dan lugar a la crítica histórico-social que se dirige a los grandes agrupamientos, más allá de las personas inmediatamente responsables y del personal dirigente. Al estudiar un periodo histórico aparece la gran importancia de esta distinción. Tiene lugar una crisis que a veces se prolonga por decenas de años. Esta duración excepcional significa que en la estructura se han revelado (maduraron) contradicciones incurables y que las fuerzas políticas, que obran positivamente en la conservación y defensa de la estructura misma, se esfuerzan sin embargo por sanear y por superar dentro de ciertos límites" *(M,* p. 42 [53]).

Esta persistencia de la crisis muestra hasta qué punto las resistencias a la transformación innovadora, manifestadas en la superestructura, contribuyen al mantenimiento del antiguo sistema. En efecto, constituye un error mecanicista o economicista considerar que las crisis a nivel económico implican automáticamente una ideología que refleja su violencia. Puesto que la ideología está siempre atrasada respecto a los fenómenos económicos, concebir la destrucción sólo como destrucción y no "destrucción-reconstrucción" es caer en una interpretación mecanicista. "En

tales modos de pensar no se tiene en cuenta el factor 'tiempo' y en última instancia ni la misma 'economía', en el sentido de que no se entiende cómo los hechos ideológicos de masa están siempre en retraso con respecto a los fenómenos económicos de masa y cómo, por lo tanto, el impulso automático debido al factor económico es en ciertos momentos demorado, trabado y hasta destruido momentáneamente por los elementos ideológicos tradicionales [. . .] Se trata de ver si en la dialéctica 'revolución-restauración' es el elemento revolución o el elemento restauración el que prevalece, ya que es cierto que en el movimiento histórico jamás se vuelve atrás y no existen restauraciones *in toto*" (*M*, pp. 37, 58 [47, 71]).

Este tipo de crisis orgánica de larga duración es característica de los países occidentales, donde la "sociedad civil", es decir, la superestructura ideológica, es muy diversificada, muy desarrollada y muy resistente. Gramsci dice que en el arte política hay que tener en cuenta esos factores, no considerar a los deseos y las pasiones inmediatas como un análisis objetivo e imparcial, pues de otro modo ocurrirá que "la serpiente, también en este caso, muerde al charlatán, o sea, el demagogo es la primera víctima de su demagogia" (*M*, p. 43 [54-55]). Pero independientemente del error mecanicista-economicista, hay que precaverse asimismo de "un exceso de ideologismo; en un caso —escribe Gramsci— se sobreestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual" (*M*, p. 43 [54]), al que de todos modos hay que tener en cuenta para hallar un impacto "eficaz en la economía".[7]

Con el fin de ahondar en la noción de crisis, tanto desde el punto de vista orgánico como coyuntural, Gramsci adopta cierto procedimiento metodológico que debe dirigir el estudio de los hechos históricos concretos, como "los acontecimientos desarrollados en Francia de 1789 a 1870". Cuando se considera este periodo histórico se comprende por qué "sólo en 1870-71 con la tentativa de la Comuna, se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789, lo cual significa que la nueva clase que lucha por el poder no sólo derrota a los representantes de la vieja sociedad que se niegan a considerarla perimida, sino también a los grupos más nuevos que consideran como superada también la nueva estructura surgida de los cambios promovidos en 1789. Dicha clase de-

[7] "Es por lo menos extraña la actitud que el economismo asume con respecto a las expresiones de voluntad, de acción de iniciativa política e intelectual, como si éstas no fuesen una emanación orgánica de necesidades económicas o, mejor aún, la única expresión eficiente de la economía. Es también una incongruencia que el planteamiento concreto de la cuestión hegemónica sea interpretado como un hecho que subordina al grupo hegemónico. El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forma un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente hará sacrificios de orden económico-corporativo" (*M*, p. 31 [40-41]).

muestra así su vitalidad frente a lo viejo y frente a lo más nuevo. Además, en 1870-71 pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y de táctica política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados en forma ideológica alrededor de 1848" *(M,* pp. 43-44 [55]). Es decir que con el aplastamiento de la Comuna concluye la *crisis orgánica* abierta por la Revolución de 1789. Durante este largo periodo histórico (1789, 1794, 1799, 1804, 1815, 1830, 1848, 1870) se suceden en Francia una multitud de crisis y de conmociones sociales y políticas, hasta la instauración de un nuevo equilibrio entre las fuerzas antagónicas. Pero como lo prueban esas fechas, los periodos de estabilización son cada vez más largos, pues la clase dirigente consigue controlar cada vez mejor la "sociedad civil" y, después de cada crisis aguda, el enfrentamiento concluye o bien con una reorganización de la superestructura, o bien con la instauración de un régimen "cesarista",[8] que va del régimen progresista de Napoleón I, utilizado por la burguesía para consolidar su victoria sobre la aristocracia, hasta el "cesarismo" reaccionario de Napoleón III, al que la burguesía recurre para defender su supremacía contra las fuerzas del progreso. Consultemos el texto de Gramsci: "Las contradicciones internas de la estructura social francesa, que se desarrollan después de 1789, sólo encuentran un equilibrio relativo con la tercera república y Francia conoce entonces sesenta años de vida política equilibrada luego de ochenta años de conmociones producidas en oleadas cada vez más espaciadas: 1789, 1794, 1799, 1804, 1815, 1830, 1848, 1871. El estudio de estas 'oleadas' de amplitudes diferentes es precisamente lo que permite reconstruir las relaciones entre estructura y superestructura por un lado, y por el otro, entre el desarrollo del movimiento orgánico y del movimiento coyuntural de la estructura" *(M,* p. 44 [56]).

1871 representa para Gramsci una experiencia histórica de un valor inestimable, a partir del momento en que los comuneros comprenden que puede haber conflicto entre la exigencia de progreso y la práctica del sufragio universal, e intentan disipar el mito del sufragio universal. Es entonces cuando la burguesía, en el momento en que advierte que pesa

[8] "Si bien el cesarismo expresa siempre la solución 'arbitraria', confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectiva catastrófica, no siempre tienen el mismo significado histórico. Puede existir un cesarismo progresista y uno regresivo; y el significado exacto de cada forma de cesarismo puede ser reconstruido, en última instancia, por medio de la historia concreta y no a través de un esquema sociológico. El cesarismo es progresista cuando su intervención ayuda a las fuerzas progresivas a triunfar aunque sea con ciertos compromisos y temperamentos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a las fuerzas regresivas, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, los cuales, sin embargo, tienen un valor, una importancia y un significado diferente que en el caso anterior. César y Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresivo. Napoleón III y Bismarck de cesarismo regresivo" ("El cesarismo", en *M,* p. 58 [71]).

una amenaza sobre los fundamentos de su mecanismo de poder hegemónico, reacciona con la *dictadura más extrema*, para prevenir todo divorcio entre "sociedad civil" y "sociedad política", que arriesgaría renovar las bases de la dirección del Estado.[9] El estudio del flujo y del reflujo de la crisis en la sociedad francesa muestra que la crisis revolucionaria nace no sólo bajo el efecto de una contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción –pues la clase dominante puede atenuar parcialmente las contradicciones por medio de su hegemonía (difusión de su ideología, manipulación de la voluntad colectiva, etc)–, sino también y sobre todo bajo el efecto de una contradicción entre "sociedad civil" y "sociedad política"; en otras palabras, la clase dominante "ya no consigue ejercer su hegemonía, aunque siga ejerciendo la dictadura, y la clase que se presenta como su adversario directo y reivindica el poder ejerce la hegemonía pero no la dictadura (es decir que aún no está en condiciones de crear un Estado)". Es lo que se produce con la Comuna de París. Doble conclusión: no hay hegemonía posible sin el estallido, además de la sociedad civil, de la sociedad política, es decir, sin la conquista del poder estatal. Paralelamente, en las crisis que ponen en contradicción infraestructura y superestructura, la lucha por el poder no puede tener un resultado victorioso si no lo ha obtenido ya en el plano ideológico, creando una nueva hegemonía. Se puede pensar que, en Francia y en Italia, la Resistencia ha tenido como base, en cierto sentido, alguna forma (parcial) de hegemonía ideológica, una nueva concepción del mundo (en una perspectiva antifascista); sin embargo, no ha puesto en contradicción a la "sociedad civil" con la "sociedad política" sino, al contrario, ha contribuido a su reunificación, inaugurando de esa manera la fase de estabilización relativamente prolongada del capitalismo, que se extiende de 1945 hasta nuestros días y que está marcada por una única ofensiva lanzada contra las *plazas fuertes y las casamatas de la "sociedad civil"*, en mayo de 1968; ofensiva a la cual la vieja sociedad civil ha sabido resistir.

[9] A propósito del sufragio universal y de las elecciones, escribe Gramsci: "Durante la Revolución, el bloque urbano parisiense guió de una manera casi absoluta a la provincia formándose así el mito del sufragio universal que siempre debía dar la razón a la democracia radical parisiense. Es por ello que París quiso el sufragio universal en 1848, pero éste permitió la constitución de un parlamento reaccionario-clerical que facilitó a su vez la carrera a Napoleón III. En 1871 París dio un gran paso adelante, al rebelarse ante la Asamblea Nacional de Versalles, formada sobre la base del sufragio universal, 'comprendiendo' así en forma implícita que entre 'progreso' y sufragio pueden existir conflictos; pero esta experiencia histórica, de un valor inestimable, se perdió inmediatamente porque sus portadores fueron rápidamente destruidos" ("Notas sobre la vida nacional francesa", en *M*, pp. 111-112 [135]).

LA HEGEMONÍA EN GRAMSCI Y LAS DOS REVOLUCIONES CHINAS

Gramsci no conoció la Revolución china y todo su análisis versa sobre la Revolución rusa, incluso en lo que se refiere al reconocimiento de condiciones favorables para una situación revolucionaria en las "sociedades orientales" respecto a las "occidentales", en las cuales la complejidad de la superestructura dificulta aún más la lucha revolucionaria. No obstante, de acuerdo a nuestra experiencia actual, Gramsci continúa siendo, después de tantos años, el pensador marxista que ha forjado el mayor número de instrumentos teóricos para la comprensión de una revolución que, como la china, presenta las características permanentes de una búsqueda de la hegemonía –hegemonía en el Estado, en el partido y en la formación de un nuevo bloque histórico entre infraestructura y superestructura–, a través de un proceso histórico infinitamente más largo que el de la Revolución rusa y enfrentando superestructuras que se consolidaron durante siglos bajo la égida de una "sociedad civil" en la cual los "intelectuales tradicionales" y la masa de funcionarios burocráticos representaban el mayor servilismo hacia el poder. Se puede recordar en este sentido lo que escribía Gramsci a propósito de la "situación parasitaria que existe en India y en China bajo una forma aún más marcada que en la vieja Europa": "La 'tradición' la 'civilización' europea, se caracteriza en cambio por la existencia de tales clases, creadas por la 'riqueza' y 'complejidad' de la historia pasada, que dejó un cúmulo de sedimentaciones pasivas a través de los fenómenos de saturación y fosilización del personal estatal y de los intelectuales, del clero y de la propiedad terrateniente, del comercio de rapiña y del ejército. . . Y por ello puede decirse que cuanto más vetusta es la historia de un país, tanto más numerosas y gravosas son estas sedimentaciones de masas holgazanas e inútiles que viven del 'patrimonio' de los 'antepasados', de estos pensionados de la historia económica" *(M,* p. 313 [287]).

Si consideramos la instauración de la hegemonía del proletariado contra esa vieja sociedad parasitaria como una "revolución intelectual y moral" que precede a la toma del poder, la revolución china nos ofrece sin duda algunas características ejemplares que ilustran el pensamiento de Gramsci: durante la revolución y "guerra popular" más larga de la historia, que duró veinte años sólo en su fase final, las fuerzas revolucionarias, o sea los comunistas, se organizaron no sólo en base a la lucha armada sino también mediante la elaboración de una nueva superestructura opuesta a la superestructura medieval e imperialista que prevaleció en China en todo el ámbito de la "sociedad civil".

Si, en definitiva, la revolución china triunfó oficialmente el 1o. de octubre de 1949 –día que sancionó la aparición de nuevas formas institucionales y de nuevas formas de vivir y trabajar–, esas formas, sin embargo, fueron elaboradas durante décadas, de modo que cuando se ins-

taura en China el poder revolucionario, como Estado, el proceso de revolucionarización de las mentalidades, de los fenómenos sociales, de las estructuras, había iniciado un profundo movimiento que hacía a la revolución irreversible, transformando al "régimen tradicional" en un "régimen superado". (Gramsci, refiriéndose a Marx, recuerda "dos principios": "1) ninguna sociedad se propone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o no estén, al menos, en vía de aparición y de desarrollo; 2) ninguna sociedad desaparece y puede ser sustituida si antes no desarrolló todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones" (*M*, p. 41 [52-53]).

Los principios fundamentales de la revolución china, desde el punto de vista cultural o de la prioridad de la lucha ideológica, tomaron forma durante las primeras décadas del siglo, entre 1915 y 1921 (fecha de la fundación del partido comunista chino); adquirieron un giro radicalmente revolucionario con la "revolución intelectual" de 1915, que se dedicó a destruir los pilares de la antigua superestructura declarando la guerra a la vieja cultura mandarina bajo la consigna de "ciencia y democracia", atacando el régimen de los terratenientes y la familia confuciana, con su plan familiar de tipo patriarcal (empresa de producción típica) y su moral ligada a la tradicional subordinación de la mujer, hasta el punto de proclamar: "el amor es un sentimiento revolucionario". Particularmente el movimiento del 4 de mayo de 1919 refleja la explosión de lo "nuevo" en la sociedad y en la historia, y su gran mérito, como dice Mao, "es haber levantado en aquel momento a la vez la bandera de la lucha por la nueva moral y la de la lucha de la nueva literatura, contra la antigua; sin embargo, ese movimiento cultural no tenía aún la posibilidad de extenderse a las masas obreras y campesinas". El movimiento del 4 de mayo de 1919, que asumió enteramente el aspecto de una "reforma intelectual y moral", podría suministrar una primera respuesta a la pregunta: *¿a partir de cuándo* se inició la decadencia de la antigua China?, o también: ¿a partir de cuándo la tradición llegó a ser tan vacilante y superada que fue posible derrocar el sistema social existente y con él todas las superestructuras culturales, morales y políticas? Manifiestamente mucho antes de la entrada del ejército popular chino en Pekín. Se puede decir que la revolución china, con su poder estatal que es un *anti-Estado,* se articula sobre todas las bases del "poder rojo" y encuentra su expresión más acabada en la República de Yenán; y esta "autogestión" estatal de los revolucionarios representa una de las particularidades que han distinguido a la lucha de los comunistas chinos de la lucha de los comunistas de otros países. Una revolución que, además, liga estrechamente campo y centros urbanos. El mérito histórico de Mao es haber partido de los análisis de clase en Hunán, haciendo de los campesinos pobres la clase aliada fundamental de los proletarios de las ciudades, para iniciar una revolución nacional que hace eco a lo que escribe Gramsci a propósito

del proceso revolucionario inicial, en vista de la formación de una voluntad colectiva de emancipación: "Es imposible cualquier formación de voluntad colectiva nacional-popular si las grandes masas de campesinos cultivadores no irrumpen simultáneamente en la vida política. Esto es lo que intentaba lograr Maquiavelo a través de la reforma de la milicia; esto lo que hicieron los jacobinos en la Revolución francesa." *(M,* p. 7 [14]).

"La revolución de la China semicolonial –afirma Mao– sólo fracasará si la lucha campesina se ve privada del papel dirigente del proletariado; pero no hay que temer en cuanto a que la lucha de los campesinos se desarrolle hasta el punto de hacerlos más fuertes que los obreros" (Informe al CC del PC, del 5 de abril de 1929, citado en la carta de Mao a Lin Piao del 5 de enero de 1930).

El "poder rojo" de la revolución china asumió un papel tutelar en la transformación social, así como el tradicional Estado burocrático había servido para proteger los privilegios de los notables y su monopolio de la tierra. La conquista histórica de Mao, como revolucionario, fue haber intentado establecer instituciones colectivas de base, estrechamente ligadas al contexto de la aldea, pero igualmente caracterizadas por un trastocamiento de las relaciones de clase (la experiencia histórica de Gramsci, como revolucionario, fue haber ligado la fábrica moderna a su entorno y al campo, y haber visto en el Consejo obrero el núcleo de la nueva forma de poder, aún antes de la conquista del Estado).

A propósito del proceso de desarrollo de la revolución china, recuerdo aquí la idea de Gramsci según la cual "si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica" *(M,* p. 31 [41]); del mismo modo, el consenso brindado espontáneamente por las masas al grupo dominante deriva "de su posición y de su función en el mundo de la producción" *(I,* p. 9 [16]). De aquí nace ese concepto de Estado o de poder estatal de nuevo tipo, poder que se organiza, también él, aun antes de la conquista del poder propiamente dicho, en el marco de una dependencia estrecha entre revolución económica y revolución superestructural.[10]

A propósito de la experiencia del poder estatal de Yenán, de 1936 a 1948, hay que precisar que allí no existía solamente un reagrupamiento del gobierno central y el comando del ejército de liberación, sino tam-

[10] "¿Puede haber –pregunta Gramsci– una reforma cultural, es decir una elevación de la conciencia civil de los estratos más bajos de la sociedad, sin una precedente reforma económica y un cambio en la posición social y en el mundo económico? Una reforma intelectual y moral no puede dejar de estar ligada a un programa de reforma económica, o mejor, el programa de reforma económica es precisamente la manera concreta de presentarse de toda reforma intelectual y moral" *(M,* p. 8 [15]).

bien un núcleo dirigente, partidario de una "nueva concepción de la realidad", que consideraba "crítico" y superado el antiguo sentido común de las masas, mediante la elaboración, junto a la nueva estructura económica fundada en la apropiación de la tierra por los campesinos, de una nueva superestructura que desplazaba a la vieja ideología en todos los sectores claves de las relaciones sociales uniendo trabajo manual y trabajo intelectual, proponiendo una nueva formación pedagógica con una renovación del estilo de escritura y de expresión, instituyendo un nuevo régimen matrimonial, opuesto al sistema patriarcal, a las supersticiones y a la religión. Las "tres ataduras" denunciadas por Mao (entre el príncipe y sus súbditos, el padre y sus hijos, el marido y su mujer) representan los aspectos esenciales de una "reforma intelectual y moral" profunda que se presenta ya como una forma evolucionada de hegemonía, no sólo como *dominación,* sino además como *dirección* que reduce a la nada el poder hegemónico de la antigua clase dominante y se apodera de la "sociedad civil" antes de conquistar la "sociedad política". Durante los cuatro días que pasé en Yenán en noviembre de 1972, yendo de un museo a otro, de una gruta a otra, y releyendo los textos más elaborados que Mao redactó en esa época, conseguí asimilar perfectamente, no tanto la experiencia de una lucha armada que marcó ese periodo de la historia china y que no podemos revivir en las mismas condiciones, como más bien los factores de transformación ideológica inducidos por la revolución china. Refiriéndome precisamente al pensamiento de Gramsci, pude reconstituir pedazo por pedazo, a favor de una experiencia directa, el mosaico complejo de una nueva hegemonía completa, total, que abarca todos los ámbitos de la vida del pensamiento del hombre hasta su práctica, y llegué a captar desde adentro la gigantesca obra de elaboración de una filosofía de la praxis realizada por Mao, que transformaría la mentalidad de millones de hombres atrasados y sometidos, haciendo además de ellos, aun antes de la toma del poder, la nueva clase dirigente. Toda la experiencia de la revolución china se basa en el hecho de haber combinado con la lucha armada, con la guerra militar, la lucha ideológica (otorgándole a veces prioridad); la obra completa de Mao Ze-dong, escrita esencialmente entre 1935 y 1948, constituye su *test* más probatorio, particularmente en lo que se refiere a la necesidad, para un gran jefe revolucionario, de preparar las fuerzas y el aparato político-cultural que sirvan de base al nuevo poder estatal de oposición, portador de una nueva visión del mundo, transformando no solamente el principio de la *dominación,* sino también el de la *dirección.* Ahora bien, *dirigir* significa hacer avanzar la "reforma moral e intelectual" en el régimen socialista, ensanchar progresivamente las filas de los "intelectuales orgánicos" propios, promover a toda la masa a las funciones intelectuales de dirección. La experiencia de la revolución china, durante el largo proceso que desemboca en la revolución cultural de 1966-1969, verifica, entre otras

cosas, la afirmación de Gramsci de que "todos los hombres son intelectuales, . . . pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales" (*I*, p. 6 [13]) y que, en consecuencia, "no hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens*" (*I*, p. 6 [13]).

El problema que plantea la China revolucionaria, por lo menos desde un punto de vista estratégico, es precisamente el del nacimiento de ese hombre total en quien el trabajo intelectual y el trabajo manual se unifican. Más adelante tendré oportunidad de insistir en este aspecto de la cuestión, al abordar el capítulo sobre los intelectuales, como conclusión de este libro.

La segunda revolución china, la revolución cultural, desencadena, sobre todo en su fase inicial, una lucha abierta en la vida política, social y cultural del país siendo la primera vez que en un Estado socialista la revolución irrumpe en la superestructura, creando por centenas de millones sus "propios" intelectuales, es decir, hombres que tienen una concepción del mundo totalmente nueva, hombres que trabajan con su cabeza y con sus brazos, descartando así todo riesgo de formación de una nueva casta burocrática o privilegiada.

Para Mao Ze-dong, la toma del poder no garantiza ninguna victoria definitiva si se limita a la estructura: "Es indispensable tomar el poder en el plano ideológico si se quiere consolidar la hegemonía de la clase obrera" (extraído del *Wenhui Pao*, 30 de agosto de 1967). En otras palabras: se trata de luchar para ampliar y hacer más real la hegemonía de la clase obrera, a medida que se desarrollan los medios y las fuerzas de producción en una nación que avanza hacia el progreso técnico e industrial. Se reafirma así como objetivo prioritario de la nueva revolución, la necesidad de liquidar toda supervivencia o de impedir que en la sociedad socialista se constituyan nuevas formas de jerarquía o de tecnocracia, comenzando con la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, y esto a fin de impedir la formación de una nueva clase dirigente de gobernantes "explotadores", que opriman a los gobernados sometidos. Para suprimir radicalmente toda nueva forma de privilegio, se impugna no sólo la escuela y los métodos escolares de selección, sino el propio concepto de Estado del proletariado, la naturaleza del poder político, así como todos los "aparatos ideológicos de Estado" que comprenden, además del ejército, el aparato judicial, la organización política, sindical y social, con la célula familiar y por último, el partido. Gramsci nos suministra igualmente los instrumentos teóricos mejor estudiados para la interpretación de acontecimientos similares a los de la revolución cultural china, en el sentido de que aplica su noción de separación entre "sociedad política" y "sociedad civil" –que corresponde finalmente a la explosión de las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción– igualmente al futuro Estado socialista, así como aplica a éste

el concepto de hegemonía, como poder no sólo de dominación sino también de dirección: cuando se produce "la separación entre 'sociedad civil' y 'sociedad política', se plantea un nuevo problema de hegemonía, es decir, se asiste a un desplazamiento de la base histórica del Estado. Nos encontramos entonces ante una forma extrema de sociedad política: o para luchar contra lo nuevo y conservar lo que vacila consolidándolo coercitivamente, o como expresión de lo nuevo para destruir las resistencias que encuentra en su desarrollo." *(M,* p. 161 [194]). La "forma extrema de sociedad política" que se manifiesta en China con la revolución cultural y los "guardias rojos" da a luz la nueva "sociedad civil" que hubiera podido volverse hacia el pasado, incluso en un régimen socialista; y, en este punto, en lo que se refiere también a los acontecimientos chinos, que dan origen al nuevo poder de los comités revolucionarios, *podemos referirnos al concepto gramsciano de "bloque histórico" como unidad entre infraestructura y superestructura, unidad de contrarios y de distintos.*

En efecto, en la fase de la revolución cultural, el Comité revolucionario desempeña el papel de nuevo "bloque histórico", sustituyendo incluso al partido cuando éste se disgrega bajo la crítica de las masas; y, cosa aún más importante, su consigna expresa perfectamente la unidad de infraestructura y superestructua, tal como está resumida en el famoso lema: "Hacer la revolución, promover la producción." Desde su creación, los Comités revolucionarios reivindicaron la Comuna de París y sus métodos de democracia directa, en lo que se refiere a su manera de ser escogidos y elegidos, y se presentaron como la institución nueva a través de la cual se expresa la voluntad de las masas. Esta segunda revolución china evoca asimismo a Gramsci y su insistencia cuando, aludiendo al régimen soviético, afirmaba que en el Estado de la dictadura del proletariado "el consenso no tiene en el momento del voto una fase terminal; todo lo contrario. El consenso es supuesto como permanentemente activo, hasta tal punto que quienes consienten podrían ser considerados como 'funcionarios' del Estado y las elecciones como un modo de enrolamiento voluntario de funcionarios estatales de un tipo especial, que hasta cierto punto podría vincularse (en planos diferentes) al *selfgovernment.* Las elecciones, al no efectuarse sobre la base de programas vagos y generales, sino a partir de un trabajo concreto inmediato, impulsan a quienes consienten en comprometerse a efectuarlas, a hacer algo más que el común ciudadano legal. Los impulsa a ser una vanguardia de trabajo activo y responsable" *(M,* pp. 81-82 [98]).

El nuevo tipo de dirigente, surgido de la revolución cultural, no hereda atributos divinos del Dalai Lama, que le vienen de arriba; es alguien que se compromete a *hacer más,* a ligar el trabajo de dirección al trabajo práctico; es el antiburócrata por excelencia, el dirigente que puede ser revocado en cualquier momento. La lucha de Mao contra la "casta bu-

rocrática" que intenta nuevamente instalarse en el poder, se identifica con las preocupaciones de Gramsci, quien sin embargo nunca tuvo la experiencia de gobierno, pero había vivido la crisis de 1926 en la URSS como una crisis que tenía sus raíces en un resurgimiento del burocratismo y pensaba que "es la burocracia, es decir, la cristalización del personal dirigente, la que ejerce el poder coercitivo y que hasta cierto punto se transforma en casta" *(M,* p. 87 [105]). (Gramsci ve en ello "la fuente de la debilidad del liberalismo", *ibid.)* Contra la burocracia, como hicieron los chinos, es conveniente destruir la pirámide jerárquica que se reconstituye aún en el socialismo, y defender "la elegibilidad de todos los cargos, reivindicación que constituye el punto extremo de liberalismo y al mismo tiempo su disolución" *(M,* p. 87 [105]).

LA CONCEPCIÓN DEL PARTIDO

El nudo que une, en ciertos aspectos, a Gramsci y Mao, es la *concepción del partido,* la relación partido-masas. Es la redefinición de la naturaleza de este lazo que los chinos ponen en el centro de sus preocupaciones durante la revolución cultural, contra la esclerosis y la *burocratización* del partido, para echar las bases de una *verdadera* democracia –la democracia proletaria– y de un *centralismo democrático* eficaz. Hay que tener en cuenta que Gramsci es el primer pensador marxista que opone a la famosa definición leninista del "centralismo democrático" en el partido, su contrario, su caricatura, el "centralismo burocrático", amenaza permanente para la democracia interna que puede desnaturalizar el partido, dando un carácter policial a su poder. Gramsci propone una reformulación de la relación partido-masas sobre bases antiburocráticas identificándose así con la famosa directiva de Mao "de las masas a las masas" y el proceso de destrucción-reconstrucción del partido ("Uno se divide en dos" también en el interior del PPC) que se inicia en China con la revolución cultural. . . "El funcionamiento del partido –escribe Gramsci– suministra criterios discriminatorios; cuando el partido es progresista funciona 'democráticamente' (en el sentido de un centralismo democrático), cuando el partido es regresivo funciona 'burocráticamente' (en el sentido de un centralismo burocrático). En este segundo caso, el partido es meramente ejecutor, no deliberante; técnicamente es un órgano de policía y su nombre de 'partido político' es una pura metáfora de carácter mitológico" *(M,* p. 26 [36]). Ignoramos hasta qué punto Gramsci, entonces en prisión, estaba informado sobre el proceso de regresión del PCUS bajo el stalinismo, pero es evidente que la degeneración y el carácter regresivo del partido correpondían a la *realidad staliniana* a la cual Gramsci continuaba oponiéndose, en los límites de sus

posibilidades, como lo prueba su acusación de "centralismo burocrático", que apunta precisamente a Stalin, aunque no lo designe por su nombre.

En otro pasaje de los *Cuadernos,* Gramsci vuelve a precisar la naturaleza del "centralismo democrático" y de la relación masas-partido-masas. Observa que equivocadamente se llama "centralismo orgánico" a aquello que –como el centralismo de la Iglesia católica, por ejemplo– no es más que un "centralismo burocrático". El carácter 'orgánico' sólo puede pertenecer al centralismo democrático, que es un 'centralismo' en movimiento, vale decir, una continua adecuación de la organización al movimiento real, una capacidad de equilibrar el impulso de la base con las directivas de la superioridad, una inserción continua de los elementos que surgen de lo profundo de la masa en el sólido marco del aparato de dirección, el que asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias. Tal centralismo es 'orgánico' porque tiene en cuenta el movimiento, que es la forma orgánica en que se revela la realidad histórica, y no se esteriliza mecánicamente en la burocracia; al mismo tiempo tiene en cuenta que es relativamente estable y permanente o que por lo menos se mueve en una dirección fácil de prever. . . este elemento de estabilidad se encarna en el desarrollo orgánico del núcleo central del grupo dirigente. . . En los partidos que representan a grupos socialmente subalternos, el elemento de estabilidad es necesario para asegurar la hegemonía no de los grupos privilegiados sino de los elementos progresistas, orgánicamente progresivos en relación con las otras fuerzas afines o aliadas, pero heterogéneas y oscilantes. . . El centralismo democrático ofrece una fórmula elástica, que se presta a muchas encarnaciones; dicha fórmula vive en cuanto es interpretada y adaptada continuamente a las necesidades. Consiste en la búsqueda crítica de lo que es igual en la aparente disconformidad, y en cambio distinto y aun opuesto en la aparente uniformidad, para organizarlo y conectarlo estrechamente a lo que es similar, aunque de una manera tal que esta organización y esta conexión aparezcan como una necesidad práctica, 'inductiva', experimental y no como resultado de un proceso racionalista, deductivo, abstracto, o sea, propio de los intelectuales puros (o puros asnos)". El centralismo democrático exige "una unidad orgánica entre teoría y práctica, entre capas intelectuales y masas populares, entre gobernantes y gobernados"; en cambio, lo característico de la concepción burocrática no es la unidad viva sino la que se asemeja "a un pantano, superficialmente calmo y 'mudo' . . . vale decir, a una yuxtaposición mecánica de 'unidades' particulares sin nexos entre sí" *(M,* pp. 76-77 [92-93]).

La crítica del burocratismo en nombre de una nueva concepción de las relaciones partido-masas, dirigentes dirigidos, dentro del partido, es una constante del pensamiento gramsciano, un hilo rojo que va mucho más allá de las opciones políticas inmediatas. Toda la experiencia de la

revolución cultural prueba que el partido es el elemento dominante de la dictadura del proletariado, su núcleo dirigente, su vanguardia, en la medida en que funda su relación con las masas en la democracia proletaria y en la medida en que que ésta, a su vez, se alimenta de una línea de masas que espera su concreción. Esta concepción de la relación partido-masas amplía, como en Gramsci, el alcance político y la capacidad práctica del partido marxista-leninista, consolida el papel hegemónico del partido, sobre la más amplia base de la democracia proletaria, permite al partido "una unidad orgánica entre teoría y práctica, entre gobernantes y gobernados" según la expresión gramsciana, e igualmente, de acuerdo con la célebre fórmula de Mao, permite recibir "la sangre nueva del proletariado" suprimiendo todo sentimiento de superioridad, toda pretensión de "instruir al pueblo". La lucha contra la concepción del partido en Liu Shao Chi corresponde a la lucha contra una concepción errónea del partido, *bastante parecida a la del partido stalinista y post-stalinista.* En efecto, lo que caracteriza esencialmente al combate que se desarrolla dentro del partido en China, es el lugar que se les da a las masas, el papel de éstas en el seno del partido así como el mismo papel del partido que les sirve de guía. Gramsci no tiene ninguna visión "tomista" del partido como verdad revelada o como entidad escolástica; por el contrario, pone al partido en relación estrecha con la realidad histórica y hace residir su carácter *orgánico* en su aptitud para *tener en cuenta el movimiento,* sin cristalizarse en la burocracia. También para Mao el partido es una fuerza que actúa en un contexto histórico y, en cuanto tal, es teatro de luchas por la definición de una línea revolucionaria justa; es un cuerpo vivo que puede alterarse, deteriorarse, caer en el revisionismo y que, como todo cuerpo vivo, tiene necesidad de oxígeno y de eliminar el gas carbónico.

Mao quiere poner a China a salvo de la experiencia negativa de los soviéticos, la que se caracteriza por "un poder y un conjunto de cargos no fundados en el principio de la elegibilidad" y un personal dirigente cristalizado en una verdadera casta, para no hablar de una "nueva clase". Se podría decir que en la URSS, el abismo que se ha abierto entre "sociedad civil" y "sociedad política", abismo que todos presenciamos, ha dado origen a una "forma extrema" de sociedad política que, contrariamente a lo que pasó en China con la revolución cultural, tiene un carácter conservador y represivo; el momento esencial es el de la coerción que garantiza la cohesión de un mundo tambaleante, desde el punto de vista de las bases de su consenso de masas, de su poder hegemónico de dirección. "La conquista de la hegemonía política aparece pues no sólo como la consecuencia de la explosión de las contradicciones entre fuerzas productivas. y relaciones de producción, sino además y simultáneamente, como la culminación de un proceso de formación de una conciencia política y cultural en las clases subalternas (por intermedio del partido) a

favor de la cual primero *parcialmente* (en el partido) y luego *globalmente* (en las masas) la contradicción entre la *acción* –exigida por los intereses de clase inmediatos– y la *comprensión* –visión de conjunto de los problemas sociales y políticos– llega a recuperar su unidad a través de la crítica de las ideas dominantes y permite nuevamente armonizar el interés de clase y el programa político, la concepción general que lo inspira, la acción y el pensamiento". Gramsci utiliza el concepto de hegemonía para mostrar que, en la vida social y concreta, no hay una correspondencia estricta entre posición de clase y conciencia en el plano de las ideas, sino un conjunto de relaciones complejas y contradictorias.

He establecido, por lo menos en sus grandes líneas, este acercamiento entre Gramsci y Mao, entre Gramsci y la revolución china, desde el punto de vista de la noción de hegemonía antes y después de la conquista del Estado socialista, para tratar de captar concretamente la orientación que sigue Gramsci en su afán de proponer a la clase revolucionaria el concepto de hegemonía, con toda su riqueza teórica y política, liberando así al marxismo, y por tanto a la acción revolucionaria, del materialismo mecanicista, del revisionismo: la hegemonía como gran conquista del materialismo dialéctico, como guía de la praxis revolucionaria. Del mismo modo las páginas que siguen proponen indirectamente, frente a los acontecimientos ocurridos en China y particularmente frente a la revolución cultural, una hipótesis de interpretación política que, en mi opinión, debe ser tenida en cuenta: la verdad debe surgir del debate.

LA VERDAD CONSCIENTE CONTRA EL DOGMATISMO

Hay que llegar a la verdad en el debate, en la tolerancia, en oposición a toda violencia. Esto recuerda las tesis de los chinos, expuestas en el Documento de 16 puntos sobre la revolución cultural y su lema: "no hay que echar a las ideas falsas con un palo". Gramsci escribía en 1916: "Que cada uno se esfuerce por convencer a los demás de sus verdades es [. . .] moral y necesario". Pero la lucha contra las "verdades" debe ser una lucha en la cual la victoria se obtendrá por la fuerza expansiva de las ideas. "*La violencia puede ser* el mejor método para poner fin a los diferendos entre las clases y, lamentablemente, entre los Estados, pero *no lo es ciertamente para poner fin a los que tienen lugar entre hombre y hombre y entre moralidades y moralidades"*. En diciembre de 1917, Gramsci escribía en *Il Grido del Popolo,* abordando la relación intransigencia-tolerancia: "Los miembros de la colectividad deben ponerse de acuerdo entre sí, discutir juntos. A través de la discusión, debe producirse una fusión de las almas y de las voluntades. Todos los elementos de verdad que cada uno pueda aportar deben sintetizarse en la *verdad* com-

pleja y ser la expresión integral de la *razón.* Para que esto tenga lugar, para que la discusión sea completa y sincera, es necesaria la mayor tolerancia. Cada uno debe estar convencido de que es ésa la verdad y que, por consiguiente, es indispensable encarnarla en actos. En el momento de la acción, todos deben estar de acuerdo, solidarios [. . .]. Sólo se puede ser intransigente en la acción cuando se ha sido tolerante en la discusión, cuando los mejores preparados han ayudado a los que no lo eran a recibir la verdad, cuando todas las experiencias han sido compartidas, cuando se han examinado todos los aspectos del problema, sin crearse ilusión alguna [. . .]. Estamos contra la intolerancia, producto del autoritarismo o de la idolatría, pues impide los acuerdos durables y la fijación de reglas de acción moralmente obligatorias, porque todos han participado libremente en su elaboración. Esta forma de intolerancia conduce necesariamente a la intransigencia, a la incertidumbre, a la disolución de los organismos sociales" *(SG,* p. 137).

No hay que "presentar nunca a la verdad bajo una forma dogmática y absoluta, como si estuviera ya madura y perfecta". La búsqueda de la verdad es siempre un hecho social colectivo cuyo surgimiento se apoya en "una gran tolerancia en las discusiones y en las polémicas". Es decir que no hay que "asombrarse o irritarse cuando se presenta una objeción. Incluso la objeción más extravagante tiene una causa y sólo después de haberla comprendido y eliminado racionalmente se consigue suprimir la objeción y convencer al objetor" *(SG,* p. 261). En efecto, si somos capaces de adoptar esta actitud, eso "significa haberse liberado de la presión de las ideologías (en el sentido peyorativo, de ciego fanatismo ideológico), para colocarse en un punto de vista 'crítico', el único fecundo en la investigación científica" *(MS,* p. 21 [26]).

Durante la revolución cultural, bajo el título "Resolver correctamente las contradicciones en el seno del pueblo" (punto 6 de la Resolución de 16 puntos de agosto de 1966), se presentan consideraciones casi semejantes a las de Gramsci: "Es normal que haya opiniones diferentes entre las masas populares. La confrontación de diferentes opiniones es inevitable, necesaria y benéfica. Durante un debate normal, llevado a fondo, las masas populares sabrán afirmar lo justo y corregir lo erróneo, llegando gradualmente a la unanimidad.

"En el curso del debate deben aplicarse el método de razonar con pruebas y el de la persuasión. No está permitido utilizar apremios para someter a la minoría que sostiene opiniones diferentes. Hay que proteger a la minoría, porque a veces la verdad está de su lado. Aunque sostenga enfoques erróneos, siempre le está permitido defenderse y mantener sus opiniones.

"En un debate, se debe recurrir al razonamiento y no al apremio o a la coerción".

LA DEMOCRACIA PROLETARIA ENTRE LA HEGEMONÍA Y LA "SOCIEDAD REGULADA"

En un Estado socialista, la democracia proletaria corresponde a un movimiento de abajo hacia arriba, al momento en el que el concepto de democracia se identifica con el de hegemonía. Gramsci escribe: "Entre tantos significados de la palabra democracia, me parece que el más realista y concreto es el que se puede extraer en relación con el concepto de hegemonía. En el sistema hegemónico, existe democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos en la medida en que el desarrollo de la economía y por consiguiente de la legislación, que expresa tal desarrollo, favorece el pasaje (molecular) de los grupos dirigidos al grupo dirigente" (*M*, p. 160 [193]).

Cuando en 1924 identificaba el "deber ser" de la democracia proletaria con el ser del régimen soviético, Gramsci escribía que un régimen proletario que encuentra una solución afortunada a la relación dictadura-hegemonía, instaura una "dictadura en expansión [hacia el comunismo] y no represiva", pues "presenciamos un movimiento continuo de abajo hacia arriba, un permanente intercambio a través del conjunto de relaciones sociales, una rotación ininterrumpida de los hombres", de tal modo que en toda la sociedad, "desde la fábrica hasta el gobierno" se asiste a un estilo de vida que se desarrolla "bajo la dirección y el control del proletariado" (*ON*, 27 de diciembre de 1919).

Aunque sus comentadores pasaron siempre por alto este hecho, Gramsci se preocupó constantemente por vincular la lucha por la renovación de la cultura y de la política con la condena radical del parlamentarismo. La tarea de un Estado socialista, "del estado de transición que debe suprimir la competencia con la desaparición de la propiedad privada, de las clases y de las economías nacionales, no puede ser llevada a buen término mediante la democracia parlamentaria" (*ON*, 12 de julio de 1919). El Estado de la democracia proletaria es el que se caracteriza por la abolición de las formas falsamente representativas, por la capacidad de autogobierno de las masas a medida que éstas se orientan hacia la plena realización, hacia su emancipación definitiva. "El tipo de Estado proletario no es la falsa democracia burguesa, forma hipócrita de la dominación oligárquica financiera, sino la democracia proletaria que realizará la liberación de las masas trabajadoras; no el parlamentarismo sino el autogobierno de las masas a través de sus propios organismos electos; no la burocracia de carrera, sino las instancias administrativas creadas por las masas mismas, con su participación real en la gestión del país, en la obra de edificación socialista" ("La internacional comunista", en *ON*, 24 de mayo de 1919).

La dictadura del proletariado presenta, para Gramsci, las características de la democracia más amplia. Aunque haya sobrestimado a los so-

viets como instituciones de libre y fecunda confrontación entre las diferentes tendencias de la clase obrera, adjudicándoles algunas virtudes mágicas en la teoría de los Consejos, lo importante es que, desde su juventud, Gramsci indicó una vía a la que seguirá siendo fiel en los *Cuadernos*, y cuyo principio rector es que el Estado proletario no puede recurrir a la democracia burguesa parlamentaria, sino que debe crear nuevas instituciones, inspirándose en la experiencia de la Comuna de París (tal como la Resolución de 16 puntos desea que se desenvuelvan las elecciones en China a comienzos de la Revolución cultural) y procediendo a una "reforma intelectual y moral".

Así como ya Lenin había afirmado que no es únicamente en la violencia, ni tampoco principalmente en la violencia, donde reside la esencia de la dictadura del proletariado, sino más bien en la capacidad dirigente (cf. *supra)*, también Gramsci afirma que mientras "para los movimientos puramente represivos, sólo se trata de obtener un éxito inmediato, para un movimiento en expansión, como la dictadura del proletariado, conviene también crear y preservar las condiciones indispensables para la acción futura, y entre éstas hay que incluir la educación popular" *(PP*, p. 34).

Gramsci vuelve siempre a la misma idea: si la fuerza es necesaria para la dominación de una clase, ella no es suficiente, pues le falta sobre todo la hegemonía, el consenso, como condición esencial para la prosecución de la obra emprendida con la conquista del poder, a saber, la marcha hacia el comunismo y la liberación de toda la humanidad. Ésa es la razón por la cual el partido que gobierna el Estado proletario, mientras reprime a las fuerzas antagónicas por la violencia, practicando contra sus adversarios una política de dominación que es sinónimo de dictadura, debe promover una relación de democracia en su relación de hegemonía con los grupos que dirige *(M*, p. 160 [193]). El partido y el Estado proletario ejercen su propia hegemonía hacia los grupos susceptibles de asociarse al proyecto estratégico-revolucionario e imponen su dictadura, su dominación, a las clases no asimilables *(I*, p. 9 [16]).

En *El materialismo histórico* (ed. italiana, pp. 266-267), Gramsci observa que la dictadura del proletariado facilita el proceso de hegemonía, pero es necesario orientar todos los esfuerzos hacia la "sociedad civil" para adaptarla a la estructura económica, pues dicha adaptación no se hace mecánicamente; el Estado, guiado por los representantes del cambio surgido en la estructura económica, es decir, por la dictadura del proletariado, sirve de marco estructural al esfuerzo de adaptación. Esta observación de Gramsci no podría ciertamente aplicarse a las sociedades "socialistas de Europa", en las cuales, para referirnos sólo a los casos más espectaculares, han estallado conflictos entre los trabajadores y el Estado, como en Polonia y en Hungría; lo menos que se puede decir es que, en los países de socialismo de Estado, se ha olvidado que el *homo*

oeconomicus –como lo llama Gramsci–, en cuanto representante de un sistema económico determinado, no desaparece automáticamente con la desaparición de la estructura, pues el nuevo *homo* nace de una transformación profunda de la superestructura, de la "sociedad civil", y que esa transformación deben efectuarla el partido revolucionario y el conjunto de las masas. ¿No se trata en este caso del divorcio, que presenciamos en la URSS, entre propiedad colectiva de los medios de producción y superestructuras? "Es entre la estructura económica y el Estado, su legislación y su coacción, donde se sitúa la 'sociedad civil' y ésta debe ser radicalmente transformada en los hechos y no solamente a nivel del formalismo jurídico y en los libros teóricos: el Estado es el instrumento que permite adaptar la sociedad civil a la estructura económica, pero aún es preciso que 'quiera hacerlo'. Esperar que por medio de la propaganda y de la persuasión la 'sociedad civil' se adapte a la nueva estructura, que el viejo *homo oeconomicus* desaparezca sin ser enterrado con todos los honores que merece, implica una nueva forma de retórica económica, una nueva forma de moralismo económico hueco e inoperante" (*MS*, pp. 266-267).

La "reforma intelectual y moral" se efectúa en el marco de la hegemonía, en el marco de una dirección de las masas que preserva a éstas de toda manipulación por parte de los jefes. Si esta maduración intelectual de las masas –que corresponde, para Gramsci, hay que subrayarlo, a una *difusión masiva del marxismo como nueva concepción del mundo*– no se produce, en ese caso las masas "no tienen otra función que la de una fidelidad genérica de tipo militar a un centro político. . . La masa es simplemente 'de maniobra' y se la mantiene 'ocupada' con prédicas morales, con estímulos sentimentales, con mesiánicos mitos de espera de épocas fabulosas, en las cuales todas las contradicciones y miserias presentes serán automáticamente resueltas y curadas" (*M*, p. 22 [30-31]).

Para un Estado guiado por el proletariado, lo que cuenta no es tanto la división entre dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y gobernados, como la cuestión de saber si se proyecta o no superar esa división: "Para formar los dirigentes, es fundamental partir de la siguiente premisa: ¿se quiere que existan siempre gobernados y gobernantes o, por el contrario, se desea crear las condiciones bajo las cuales desaparezca la necesidad de que exista tal división?" (*M*, p. 17 [26]).

Todas las clases, excepto el proletariado –dice Gramsci– están interesadas en mantener esa división. La cuestión es saber si se quiere pasar del Estado de clase, es decir, de la dictadura del proletariado, a la "sociedad regulada" (o sea al comunismo). Ningún Estado (de tipo tradicional) –aunque posea las "cualidades morales" y todo aquello que constituye "el aparato de la hegemonía política y cultural de las clases dominantes"– está en condiciones de garantizar la homogeneidad y el consenso general de los dirigidos hacia los dirigentes hasta el punto de permitir un

autogobierno de los gobernados. Ningún Estado prepara las condiciones que permitan a las masas adquirir una mentalidad de dirigente; solamente la realización de la "reforma intelectual y moral" posibilita la manifestación ideológica principal del socialismo cuando ha llegado a su plena expansión. Ella corresponde al grado de hegemonía alcanzado por el proletariado revolucionario y a su capacidad de autogobierno: ". . . en realidad, esto sólo es posible en el Estado proletario que quiere y puede no sólo eliminar a las demás clases, sino también suprimirse a sí mismo" *(M,* pp. 127-128); en la dictadura del proletariado, "el elemento Estado-coerción se puede considerar agotado a medida que se afirman elementos cada vez más significativos de sociedad regulada (o Estado ético o sociedad civil)" *(M,* p. 132 [159]).

El Estado coercitivo, dice Gramsci, será sustituido progresivamente por el Estado-guardián nocturno, en función de los progresos de la "sociedad regulada"; en otros términos, nos orientaremos a la desaparación del Estado: "En la doctrina del Estado-sociedad regulada, de una fase en la que 'Estado' será igual a 'gobierno' y se identificará con 'sociedad civil', deberá pasarse a una fase de Estado-guardián nocturno, fase de una organización coercitiva que tutelará el desarrollo de los elementos de sociedad regulada cuyo continuo incremento reducirá progresivamente las intervenciones autoritarias y coactivas del Estado. Pero esta perspectiva no puede hacernos pensar en un 'nuevo' liberalismo, puesto que ella conduce al comienzo de una era de libertad orgánica" *(M,* p. 132 [159]).

La marcha hacia la sociedad regulada se efectúa a través de la ampliación (en detrimento de la sociedad política) de una sociedad civil cada vez mejor articulada, es decir, a través de la creciente capacidad de los individuos para autogobernarse. En lo que se refiere a la "sociedad regulada", o sea más precisamente a la perspectiva de la extinción del Estado, Gramsci sitúa la distinción entre "sociedad civil" y "sociedad política" a nivel de esa articulación tan claramente definida como compleja: "La afirmación de que el Estado se identifica con los individuos . . . como elemento de cultura activa (o sea, como movimiento para crear una nueva civilización, un tipo nuevo de hombre y de ciudadano), tiene que servir para determinar la voluntad de construir en el marco de la sociedad política una sociedad civil compleja y bien articulada, en la cual el individuo se gobierne por sí mismo sin que por ello su autogobierno entre en conflicto con la sociedad política, sino convirtiéndose, por el contrario, en su continuación normal, en su complemento orgánico. . . y produzca formas nuevas de vida estatal en las cuales la iniciativa de los individuos y de los grupos sea 'estatal', aunque no debida al 'gobierno de los funcionarios' (esto es conseguir que la vida estatal se haga 'espontánea')" *(PP,* pp. 165-166 [*Antología, op. cit.*, pp. 315-316]).

En las numerosas alusiones que Gramsci hace a este respecto en los *Cuadernos,* la desaparición del Estado corresponde a "la desaparición de

la sociedad política y el advenimiento de la sociedad regulada" *(MS,* p. 75 [82]), o igualmente a la "reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil" *(M,* p. 94 [112]) o también a la superación del Estado por la "sociedad regulada" *(I,* p. 155).

"Cuando Gramsci –escribe Norberto Bobbio (en *Gramsci e la concezione della società civile,* p. 98)– habla de reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil, no alude al movimiento histórico general, sino solamente a aquel que se produce en el interior de la superestructura, determinado, a su vez, en última instancia, por el contexto estructural: por tanto, reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil, pero al mismo tiempo transformación de la estructura económica dialécticamente ligada a la transformación de la sociedad civil". Con la extinción de la lucha de clases, con la desaparición de las clases, se produce una superación del Estado que conduce a su supresión; ya no tiene que reducir la contradicción entre infraestructura y superestructura, porque su ajuste recíproco, en una sociedad sin clases, se efectúa "espontánemante".

Toda la teoría gramsciana de la hegemonía, de la "revolución intelectual y moral" en la sociedad socialista, es un proceso *futuro,* o más exactamente una extraordinaria hipótesis revolucionaria corroborada en los hechos, como ya señalé y hasta nuevo aviso, sólo por la experiencia de la revolución china en algunos de sus aspectos. En lo que se refiere a la URSS, cuando en 1926 dirigía su carta al grupo dirigente del PCUS, Gramsci, a pesar de su grito de alarma, no advertía aún que el PCUS no estaba en condiciones de garantizar la relación dialéctica entre mayoría y minoría, pues ya había pasado de la fase del centralismo democrático a la del "centralismo burocrático" que se reconoce como tal cuando los dirigentes se aseguran el monopolio del saber y de las decisiones reales; en cambio, era ilusoria la distinción entre mayoría y minoría, ya que éstas sólo reproducían las nuevas relaciones de poder en el interior del aparato del Estado y del Partido, sin tener en cuenta en absoluto la participación activa de las masas.

El mayor mérito del pensamiento gramsciano consiste en haber orientado al marxismo en la vía que debe conducir a la liberación total de la humanidad; en haber hecho de la realización de la "reforma intelectual y moral" en las masas la principal manifestación ideológica, primero de la lucha por el socialismo y luego de su plena consumación, y en haberla interpretado en términos de hegemonía y de capacidad de autogobierno por parte del proletariado revolucionario. En última instancia, toda la concepción gramsciana del partido y del Estado revolucionario conduce fatalmente a esta conclusión: los problemas de la hegemonía-dictadura serán insolubles en el contexto de una democracia proletaria mientras el partido que se apropia o se ha apropiado del poder no cumpla su misión, que consiste en realizar la "revolución intelectual y

moral" de la mayoría de las masas. "Sólo hay problemas de garantías morales –escribe Salvadori– en lo que se refiere a la democracia en el Estado proletario, si se tiene en cuenta que las garantías formales deben basarse previamente en esta garantía fundamental: que las masas hayan llegado a ser capaces de autogobernarse. En efecto, la democracia proletaria no corresponde, en Gramsci, a una ideología democrática, a una actitud teóricamente favorable a los valores de la democracia. Al contrario, en la praxis de la democracia, se identifica con el autogobierno. Sólo de esta capacidad de autogobierno dependen las garantías formales de un orden nuevo. La voluntad colectiva consciente y activa encontrará los medios racionales de su propio ejercicio" (Salvadori, *op. cit.*, p. 56).

7
LOS INTELECTUALES

En mi opinión, nada se puede oponer a que se reconozca a Gramsci como el único marxista que ha tratado a fondo la cuestión de los intelectuales, articulándola con el conjunto de su estrategia revolucionaria, cuyo momento esencial está representado por el concepto de hegemonía y su momento más fuerte por el de "bloque histórico", a través de la vinculación dialéctica entre infraestructura y superestructura. Incluso se puede decir, siguiendo a Franz Marek, que la reflexión de Gramsci sobre los intelectuales es quizás el único aspecto de su pensamiento que se impone objetivamente *a todos*, con la misma autoridad, cuando se piensa en la revolución socialista en los países de capitalismo avanzado, aspecto más que nunca actualizado por las consecuencias de la revolución técnico-científica que ha creado en Europa nuevas y amplísimas capas de técnicos intelectuales. "Las transformaciones progresivas de tipo estructural en la economía y la sociedad –escribe Marek (*Critica Marxista*, cuaderno especial, núm. 3)–, el aumento de la proporción de técnicos, las consecuencias de la revolución técnico-científica, hacen de las reflexiones de Gramsci sobre la posición y el papel de los intelectuales, que para el movimiento obrero revolucionario de Europa oriental sólo tuvieron una importancia relativa, un elemento absolutamente indispensable para la estrategia revolucionaria, más aún por el hecho de que la solución de los problemas teóricos complejos con los cuales se enfrenta el movimiento obrero exige del marxismo un esfuerzo de creación". Paralelamente, la formulación sistemática del problema de los intelectuales, efectuada por Gramsci, no ha sido todavía captada plenamente por el movimiento revolucionario, en razón de ciertas tendencias obreristas y dogmáticas que existen en Europa occidental, tendencias que siguen impidiendo un enfoque sistemático y orgánico de la cuestión de los intelectuales, mientras subsisten las dos posiciones, diametralmente opuestas y tan falsa una como otra: por un lado, desconfianza y hostilidad del proletariado hacia los intelectuales (capa no proletaria); por otro, utilización de los intelectuales como instrumentos, y particularmente del "gran intelectual", adorno suntuoso del partido y del movimiento, como símbolo viviente de su influencia ideológico-política en las "más elevadas" esferas del pensamiento y del arte. En síntesis, el intelectual como un título de nobleza que se reivindica. En Francia, el movimiento obrero se ha beneficiado siempre con el apoyo de grandes intelectuales, pues la burguesía ha sabido crear una capa intelectual particularmente rica e importante;

pero al mismo tiempo no hay fuerzas más "obreristas" que ciertas corrientes del movimiento obrero, tanto en su propia estructuración y orientación, como en su actitud (cuando es sincera) hacia los intelectuales, vistos como epígonos corrompidos de la burguesía y cultivadores de un narcisismo ambiguo y ávido de éxito, lo cual no impide que por razones tácticas –cerrando los ojos sobre sus múltiples ambiciones y su gusto del lucro– sea preciso conquistar una y otra vez su adhesión (aunque sólo fuera obteniendo su firma al pie de un petitorio), pero prontos a repudiarlos y "maldecirlos" como renegados cuando optan por una confrontación saludable: la discusión, el debate político fecundo, sobre posiciones, eventualmente, de desacuerdo con las tesis "oficiales". O sea cuando entran con todo derecho, como protagonistas, en la lucha política, en condiciones de asegurar al partido "la homogeneidad y la conciencia de su propia función, no sólo en el sector económico, sino también en el social y político". Los dirigentes comunistas actuales, y ésta es otra contradicción, están dispuestos a dar carta blanca a todo intelectual que paralelamente sea un artista conocido en los medios burgueses, aunque su práctica esté alejada por completo de las masas. Incluso en los PC de ciertos países se considera al intelectual como una especie de "fuerza autónoma", "independiente" de la capa social en la cual gravita. Goza, pues, en el más alto nivel, de una condición privilegiada, a la manera de los príncipes o monarcas de antaño, mientras simultáneamente, el partido obrero hace lo necesario para que el intelectual, concretamente, no tenga en realidad ninguna vinculación orgánica con la base, o una relación política activa con el proletariado, el cual tiene sus propios jefes, de origen esencialmente obrero y campesino. Incluso se puede decir, para ir más lejos, que en la base obrera y en el partido, se mantiene hipócritamente un sentimiento de recelo hacia todos aquellos que tienen un origen intelectual. Así es como Picasso –y tomo este ejemplo a pesar de mi inmensa estima por su genio– es la manifestación más resonante de la manera en que se exime al gran artista de "rendir cuentas" a alguien, de modo que puede no tener relaciones con nadie y morir solo, multimillonario y comunista, desvinculado completamente de las masas, y provocando la consternación general en un movimiento revolucionario oficial que, a través de sus homilías, exalta en él a la vez al artista y al comunista ejemplar, queriendo mostrar así a todos los intelectuales sobre qué pedestal está dispuesto a colocarlos, con la condición de que no *hagan política.*

Para Gramsci, en cambio, el intelectual nunca es *autónomo* respecto al grupo dominante (la clase en el poder, o la clase en ascenso), y menos aún cuando es un "gran" intelectual, en el sentido en que se lo entiende habitualmente.

Al plantear la cuestión de los intelectuales, Gramsci aborda un problema teórico que el marxismo nunca trató: el intelectual es definido

como "representante de la hegemonía", "funcionario de la superestructura", "agente del grupo dominante", el que asegura el consenso ideológico (mando + hegemonía) de la masa en torno al grupo dirigente, el que articula la superestructura y la infraestructura. El papel que desempeña el intelectual, en un nivel tan importante, puede modificarse, sin embargo, en el sentido de un trastocamiento total, inscribiéndose en una configuración histórica que ha dejado de ser tradicional, en la cual encuentra los medios de establecer una nueva *relación orgánica* con la clase revolucionaria en ascenso, es decir el proletariado: el intelectual está "orgánicamente" compelido a realizar una gigantesca tarea histórica revolucionaria que, precisamente por su adhesión, es impostergable, sobre todo en los momentos de crisis de la superestructura. El acercamiento que Gramsci efectúa entre la clase obrera y los intelectuales, como "intelectuales orgánicos del proletariado", constituye una revolución en el pensamiento comunista, ya que invierte la orientación que los partidos comunistas habían dado a ese enorme problema.

EL INTELECTUAL EN "LA CUESTIÓN MERIDIONAL"

Gramsci estudia por primera vez la definición del papel de los intelectuales en el "bloque histórico" y en la hegemonía en *La cuestión meridional,* ensayo donde caracteriza a los intelectuales como el sector que suelda entre sí a la estructura económica y la superestructura del bloque agrario reaccionario: "La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los grandes propietarios terratenientes y los grandes intelectuales. Los campesinos meridionales se encuentran perpetuamente en fermentación, pero, como masa, son incapaces de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y a sus necesidades. El estrato medio de los intelectuales recibe de la base campesina los impulsos de su actividad política e ideológica. Los grandes propietarios, en el terreno político, y los grandes intelectuales, en el terreno ideológico, centralizan y dominan, en último análisis, todo ese conjunto de manifestaciones. Como es natural, la centralización se verifica con mayor eficacia y precisión en el campo ideológico. Por eso Giustino Fortunato y Benedetto Croce representan las claves de bóveda del sistema meridional y, en cierto sentido, son las dos figuras máximas de la reacción italiana" [*Antología,* cit., pp. 193-194]. Es en el terreno ideológico, dice en sustancia Gramsci, donde hay que situar el elemento articulador; por ser en él donde se articulan las alianzas contradictorias entre las clases, él es el que garantiza, más allá de la dominación, la hegemonía social.

En el *Mezzogiorno,* pues, es el intelectual –y sobre todo los grandes intelectuales– quien, realizando el consenso, sirve de pivote a la articulación entre bloque y hegemonía; Gramsci escribe, en una fórmula lapidaria, que "el campesino meridional está ligado al gran propietario agrario por intermedio del intelectual"; "este tipo de organización –prosigue– da origen a un monstruoso bloque agrario que, en su conjunto, desempeña el papel de intermediario y de guardián del capitalismo del norte y de los grandes bancos. Su única preocupación es mantener el *statu quo.* En él no hay el menor barniz intelectual, el menor programa, la menor tendencia a la mejora y al progreso". Gramsci observa también que "en todos los países el estrato de los intelectuales ha quedado radicalmente modificado por el desarrollo del capitalismo" y efectúa aquí la distinción entre "el viejo tipo de intelectual", "elemento organizativo de una sociedad de base campesina y artesanal", y "un tipo nuevo de intelectual" introducido por la industria: "el organizador técnico, el especialista de la ciencia aplicada". Y señala –situándonos en el centro de nuestro mundo occidental industrializado: "En las sociedades en las cuales las fuerzas económicas se han desarrollado en sentido capitalista hasta absorber la mayor parte de la actividad nacional, este segundo tipo de intelectual ha prevalecido, con todas sus características de orden y disciplina intelectual" [*Antología* cit., pp. 194-195].

En los *Cuadernos de la prisión* y particularmente en el ensayo sobre los intelectuales, Gramsci profundizará este análisis afirmando que "cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político: el empresario capitalista crea junto a él al técnico industrial y al especialista en economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc. . . Se debe observar que la elaboración de los grupos intelectuales en la realidad concreta no se cumple en un terreno democrático-abstracto, sino de acuerdo con procesos históricos tradicionales muy concretos. Se han formado grupos que tradicionalmente 'producen' intelectuales y son esos mismos grupos los que con frecuencia se especializan en el 'ahorro', es decir, la pequeña y la media burguesía terrateniente y algunos estratos de la pequeña y de la media burguesía de las ciudades. . . La burguesía rural en Italia, por ejemplo, produce en especial funcionarios estatales y profesionales liberales" *(I,* pp. 3, 8-9 [9, 15-16]).

Gramsci añade que la relación entre los intelectuales y la esfera de la producción está mediatizada en grados diversos por todo el contexto social, por el conjunto de las superestructuras de las que aquéllos son "funcionarios".

Pero volvamos un momento a *La cuestión meridional* y a las consi-

deraciones de Gramsci sobre el "viejo tipo" de intelectual que prevalece en los lugares en que la agricultura sigue desempeñando un papel importante o determinante. Este último, además de suministrar la mayor proporción de personal estatal ("basta pensar que más de las 3/5 partes de la burocracia del Estado son de origen meridional"), "ejerce también localmente, en el pueblo y en el burgo rural, la función de intermediario entre el campesino y la Administración en general". Gramsci sigue ejemplificando con el *Mezzogiorno* italiano, pero creo que podríamos reactualizar su análisis tomando el ejemplo de los intelectuales de viejo tipo y de la mayoría de los miembros de las profesiones liberales, así como de los pequeños notables en el campo francés, para advertir que todos presentan las mismas características: "democrático en su cara campesina, reaccionario en la cara que dirige al gran propietario y al gobierno. . .". "El intelectual del sur procede principalmente de una capa. . . el burgués rural, o sea, el propietario pequeño y medio de tierras que no es campesino, que no trabaja la tierra, que se avergonzaría de ser labrador, pero que, de la poca tierra que tiene y que da en arriendo o en simple medianería, quiere obtener lo suficiente para vivir bien, para mandar los hijos a la universidad o al seminario, para constituir la dote de las hijas que tienen que casarse con un oficial o con un funcionario civil del Estado". [*Antología,* cit., p. 195]. Y Gramsci agrega: "Conviene observar que la masa de campesinos, aunque desempeñe un papel esencial en la esfera de la producción, no produce sus propios intelectuales 'orgánicos', así como no 'asimila' ninguna capa de intelectuales 'tradicionales', mientras que otros grupos sociales extraen la mayoría de sus intelectuales de la masa campesina, y una gran parte de los intelectuales tradicionales son de origen campesino" *(I,* p. 7).

Gramsci escribía que los intelectuales heredan una aversión al campesino trabajador, considerado como una bestia de carga, y un miedo atávico del campesino y de sus violencias destructoras, lo que explica su distinguida hipocresía y su refinada habilidad para engañar a las masas campesinas. Dice también Gramsci: "No se comprende absolutamente nada de la vida colectiva de los campesinos y de los gérmenes y fermentos de desarrollo que en ella existen, si no se toma en consideración, si no se estudia en concreto y si no se profundiza esta subordinación efectiva a los intelectuales: cada desarrollo orgánico de las masas campesinas, hasta cierto punto, está ligado a los movimientos de los intelectuales y de ellos depende" *(I,* p. 11 [18]).

Gramsci incluye en el grupo de los intelectuales al clero, efectuando una distinción entre el cura del sur y el cura del norte; el segundo, "generalmente hijo de artesano o de campesino. . ., está más ligado a la masa de campesinos; tiene más dignidad moral que el cura meridional. . . y ejerce, por esa razón, una función espiritual socialmente mucho más completa en la medida en que orienta la actividad de toda una familia".

Esto se debe a que en el norte se ha producido "la separación de la Iglesia y el Estado" y "la expropiación de los bienes eclesiásticos ha sido más radical que en el *Mezzogiorno*, donde las parroquias y los conventos han conservado o reconstituido importantes propiedades inmobiliarias y mobiliarias". Estas características del clero italiano septentrional, precisamente por sus rasgos específicos de tipo económico, social y político, podrían ser también las del clero de los campos franceses y de todos los países europeos que han procedido o bien a la separación de la Iglesia y el Estado, o bien a la Reforma. El cura del Mezzogiorno en cambio, es enteramente típico de una sociedad en la que predominan la propiedad agraria y la renta. "Se presenta a los campesinos: 1. como un gerente de las tierras con el cual el campesino entra en conflicto por la cuestión del arriendo; 2. como un usurero. . .; 3. como un hombre sometido a las pasiones comunes (mujeres y dinero). . . Por eso, la confesión tiene una autoridad muy débil, y el campesino meridional, aunque sea supersticioso en el sentido pagano, no es clerical".

En conclusión, la función reaccionaria que asumen los "grandes intelectuales" es tan primordial que impide la explosión de las contradicciones en el *Mezzogiorno* hasta el punto de dar origen a un bloque intelectual sobre el cual se apoya el bloque agrario y que asegura a éste una función de hegemonía y de dominación que estaría históricamente condenada sin la ayuda de los intelectuales.

LA "AUTONOMÍA" DEL INTELECTUAL

Desde el comienzo hemos dicho que, incluso para la izquiera, el intelectual es objeto de una condescendiente solicitud, en la medida en que se lo considera "exterior" a las relaciones de clase, independiente, es decir, como "puro pensamiento", personalidad autónoma que difunde el saber y el conocimiento. Gramsci disipa, con raro vigor, este antiguo mito.

La filosofía idealista, al dar lugar a la "utopía social" de la independencia y la autonomía del intelectual, provoca una negación de la dialéctica y un verdadero trastrocamiento de su proceder: "Se puede observar que tal modo de concebir la dialéctica (como proceso mecánico que incapacita para comprender que si "la antítesis tiende a destruir la tesis, la síntesis será una superación, sin que se pueda establecer 'a priori' lo que de la tesis será 'conservado' en la síntesis") es propio de los intelectuales, quienes se conciben a sí mismos como los árbitros y mediadores de las luchas políticas reales, los que personifican la 'catarsis' del momento económico al momento ético-político, esto es, la síntesis del proceso dialéctico mismo; síntesis que 'manipulan' especulativamente en su cerebro, dosificando los elementos 'arbitrariamente' (o sea, pasionalmente). Esta

posición justifica su no 'empeñarse' enteramente en un acto histórico real y es indudablemente cómoda" *(MS,* p. 186 [193-194]).

Esta negación de la "autonomía" sirve igualmente a Gramsci para atacar al intelectual tradicional sobre su manera de *definirse* y de actuar, como si quisiera compararlo con un equilibrista prudente que usara una red de protección, sin correr, en definitiva, riesgo alguno. Mediante este examen crítico, Gramsci trata de probar, como tesis fundamental, que los intelectuales no representan en sí mismos una "clase", sino que están ligados orgánicamente al grupo dominante para asumir la función de "agentes de la hegemonía". En el análisis de estas cuestiones, hay un hecho que parece establecido: se trata de esa errónea concepción ligada a la pretensión clásica de los grupos intelectuales a la autonomía total. "Con Hegel –escribía Gramsci– se comienza a pensar no ya desde el punto de vista de las castas o de los 'estados', sino según el 'Estado', cuya 'aristocracia' son los intelectuales... Sin esta 'valoración' de los intelectuales hecha por Hegel no se puede comprender nada (históricamente) del idealismo moderno y sus raíces sociales". Tampoco se comprende por qué Croce ha ejercido durante tantos años su hegemonía sobre ciertas capas de intelectuales meridionales, ni por qué el mismo Gramsci ha denunciado tales posiciones para reducir la cuestión de los intelectuales a su dimensión concreta, social e histórica. En realidad, Gramsci ha señalado que el error más difundido sobre lo que distingue a las actividades intelectuales "de las actividades de las otras agrupaciones sociales" ha sido el "haber buscado ese criterio de distinción en lo 'intrínseco' de las actividades intelectuales y no, en cambio, en el conjunto del sistema de relaciones en que esas actividades se hallan" (extraído del informe introductorio al Coloquio sobre los intelectuales y el *Mezzogiorno,* organizado por el PCI en Nápoles, en junio de 1972).

Gramsci rompe de esta manera el "arquetipo" del intelectual, heredado de la tradición idealista e individualista, y da una respuesta original a la pregunta "¿qué es un intelectual?": por un lado, "desacraliza", desmistifica al intelectual, y, por otro lo exalta en nombre de sus nuevas potencialidades revolucionarias, por su ligazón orgánica con la clase revolucionaria, es decir, por su condición de "intelectual orgánico del proletariado". Las fórmulas de Gramsci sobre la *no autonomía* de los intelectuales son inequívocas: "No existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada grupo social tiene su propia capa de intelectuales o tiende a formársela; pero los intelectuales de la clase históricamente (y realistamente) progresiva, en las condiciones dadas, ejercen una tal atracción que acaban por someter, en último análisis, como subordinados, a los intelectuales de los demás grupos sociales y, por tanto, llegan a crear un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales, con vínculos de orden psicológico (vanidad, etc.) y a menudo de casta (técnico-jurídicos, corporativos, etc.)" *(R,* p. 71 [*Antología,* cit., p. 487]). En otro lugar,

Gramsci retoma la misma idea: "Así surgen históricamente categorías especializadas en el ejercicio de las tareas intelectuales; proceden de todos los grupos sociales, sobre todo de los más importantes, y están sometidas a una elaboración más amplia y más compleja cuando son producidas por el grupo social dominante" *(I,* p. 10).

No sólo el intelectual no es autónomo, no sólo está ligado a los demás intelectuales por privilegios económicos, corporativos y de casta, sino que –y éste es el punto fundamental– todo grupo que aspira al poder tiene necesidad de intelectuales que estén a su servicio, para reforzar su dominación: "Una de las características más relevantes de cada grupo, que se desarrolla en dirección al dominio, es su lucha por la asimilación y la conquista 'ideológica' de los intelectuales tradicionales, asimilación y conquista que es tanto más rápida y eficaz cuanto más rápidamente elabora el grupo dado, en forma simultánea, sus propios intelectuales orgánicos" *(I,* p. 7 [14]).

Esta expresión de "intelectuales orgánicos" (vinculación orgánica que puede establecerse no sólo con la clase reaccionaria, sino también –y éste es el objetivo de Gramsci– con el proletariado) le permite a Gramsci, como ya dije, efectuar un trastrocamiento total de desarrollo teórico marxista "clásico" sobre esta cuestión, refiriéndola no ya a un problema de alianzas más o menos preciosas, sino sobre todo a la composición orgánica del nuevo bloque para la conquista de la hegemonía. La soldadura de los intelectuales con la clase obrera, como intelectuales orgánicos del proletariado, la ampliación de la noción de trabajo intelectual, como veremos, al conjunto de las actividades laboriosas que presentan siempre un aspecto intelectual, y finalmente el reagrupamiento en el "intelectual colectivo", o sea en el moderno Príncipe (el partido) de todas las fuerzas que trabajan por "la reforma intelectual y moral": tales son las grandes líneas de la "revolución" que efectúa Gramsci para abrir nuevos horizontes a las perspectivas comunistas, en nombre del marxismo vivo y creador. El intelectual ya no es solamente un aliado, un compañero de ruta, una fuerza de apoyo para negociar su influencia, o incluso una gran figura de teórico y de artista, sino una fuerza potencial orgánicamente ligada al proletariado en la lucha por una nueva hegemonía. Nadie ha ido más lejos que Gramsci en el análisis de ese enlace orgánico entre intelectuales y proletariado; recordemos que fue Lenin quien, conversando con Gorki –y sin dejar de considerar a éste un intelectual pequeñoburgués–, afirmaba que el proceso de creación de "ideológos de la clase obrera" y de la emancipación del intelectual de sus ligazones pequeñoburguesas es largo, doloroso, difícil (e incierto).

En una entrevista que me concedió para *L'Unità* (1967), Louis Althusser decía a propósito de los intelectuales: "Como todo 'intelectual', un profesor de filosofía es un pequeñoburgués. Cuando abre la boca, es la ideología pequeñoburguesa la que habla: sus recursos y sus astucias

son infinitos. ¿Sabes lo que dice Lenin de los intelectuales? Algunos pueden ser individualmente (políticamente) *revolucionarios* declarados y valientes, pero en su conjunto permanecen incorregiblemente pequeñoburgueses por su ideología. Lenin, que admiraba el talento de Gorki, lo consideraba, sin embargo, un revolucionario *pequeñoburgués.* Para llegar a ser 'ideólogos de la clase obrera' (Lenin), 'intelectuales orgánicos' del proletariado (Gramsci), es necesario que los intelectuales realicen una revolución radical en sus ideas: reeducación larga, dolorosa, difícil. Una lucha sin fin (interminable) exterior e *interior*" [En: *Para leer El capital,* México, Siglo XXI, 1969, p. 6].

Gramsci piensa que se puede arrancar a los intelectuales del "bloque reaccionario" en el momento de su disgregación o incluso antes de ésta, y que pueden convertirse en "intelectuales orgánicos" del proletariado en el momento en que la nueva clase revolucionaria asume su función dirigente en todo el sector de la sociedad civil y política.

EL INTELECTUAL TRADICIONAL

El intelectual tradicional puede y debe ser objeto de esa conquista; para una mejor comprensión, conviene, sin embargo, responder en primer lugar a la pregunta: "¿qué es un intelectual tradicional?" Para Gramsci, se llega a ser intelectual orgánico del proletariado, ya sea por "asimilación" y "conquista ideológica" *(I,* p. 7 [14]), cuando un intelectual burgués adhiere al programa del proletariado y a su doctrina, se funde en él, participa en su esencia y se convierte en parte integrante del mismo *(QM),* o bien surgiendo "directamente de la masa" a la cual está orgánicamente ligado o, finalmente, partiendo de la concepción del mundo de las masas, liberándola de todas sus trabas, confiriéndole una cierta homogeneidad y coherencia, para elaborar con la masa una clara y neta conciencia *de sí* y de su deber: "El punto de partida debe ser siempre el sentido común, que espontáneamente es la filosofía de las multitudes a las que se trata de tornar ideológicamente homogéneas" *(MS,* p. 120 [127]).

"Cada grupo social 'esencial', al surgir a la historia desde la estructura económica precedente y como expresión del desarrollo de esa estructura, ha encontrado, por lo menos en la historia hasta ahora desenvuelta, categorías intelectuales preexistentes y que además aparecían como representantes de una continuidad histórica no interrumpida aun por los más complicados y radicales cambios de las formas políticas y sociales" *(I,* p. 4 [10-11]). Y más adelante, Gramsci agrega: "Los intelectuales de tipo urbano han crecido al mismo tiempo con la industria y están ligados a su destino. Su función puede ser parangonada con la de los oficiales subalternos en el ejército: no tienen ninguna iniciativa autó-

noma para elaborar planes de construcción; ponen en relación, articulándola, a la masa instrumental con el empresario, elaboran la ejecución inmediata del plan de producción establecido por el estado mayor de la industria y controlan las etapas laborales elementales. . . Los intelectuales de tipo rural son en gran parte 'tradicionales', es decir, están ligados a la masa social campesina y pequeñoburguesa de la ciudad (especialmente de los centros menores) todavía no formada y puesta en movimiento por el sistema capitalista: este tipo de intelectual pone en contacto a la masa campesina con la administración estatal o local (abogados, notarios, etc.) y por ello tiene una gran función político-social, porque la mediación profesional difícilmente puede ser separada de la mediación política" *(I,* p. 11 [18]).

"En el momento de la crisis del viejo 'bloque histórico', burguesía y proletariado se disputan la alianza de los intelectuales tradicionales, cuya adhesión deviene posible y se produce 'espontáneamente' en los periodos históricos en los cuales el grupo social dado es realmente progresivo, o sea, empuja realmente a la sociedad entera hacia adelante, satisfaciendo no sólo sus exigencias fundamentales, sino también la tendencia a la ampliación de sus cuadros para la toma de posesión de nuevas esferas de la actividad económico-productiva" *(R,* pp. 71-72). Gramsci estudia al "intelectual" sin prejuicios, pero sobre la base de un análisis de clase. Y ése es su mayor mérito. Hace de él el tejido conjuntivo que, en la sociedad burguesa, liga la infraestructura a la superestructura y garantiza al "bloque histórico" el ejercicio de la hegemonía.

El grupo en el poder utiliza a los intelectuales no sólo para ganar el apoyo de las masas, sino también para modelarlas en el plano ideológico y moral, de acuerdo a su propia visión del mundo. La "sociedad civil", esa densa red de instituciones que van de la escuela a la Iglesia, pasando por los sindicatos, los partidos y todos los sectores de actividades culturales y especializaciones, no podría funcionar sin la participación de la imponente masa de los intelectuales. Es en ésta donde la "sociedad política", así como la "sociedad civil", recluta sus propios cuadros dirigentes. Los intelectuales desempeñan su papel de agentes de la hegemonía en los dos grandes niveles superestructurales, aquel que se puede designar como "sociedad civil" y el de la "sociedad política o Estado", que corresponden respectivamente a la función de hegemonía que el grupo dirigente ejerce sobre el conjunto del cuerpo social y a la de "dominación directa" o mando, que se expresa a través del Estado y el poder "jurídico". Se llama "orgánicos" a estos intelectuales por referencia a la clase por cuenta de la cual asumen activamente las funciones de dirección; al mismo tiempo, se los llama "tradicionales" en el sentido de que están ligados a una clase que pertenece a un modo de producción anterior o a una clase en vía de desaparición. Quiero decir que el intelectual es visto desde dos ángulos:

a. en cuanto integrado en la estructura social desde el punto de vista de su producción y del lugar que le permite estar orgánicamente ligado a esa estructura; *b.* en cuanto situado en el proceso histórico desde el punto de vista del lugar que ocupa y del papel que desempeña en la política, en la historia, y en este sentido, puede estar orgánicamente ligado a la clase en ascenso.

Respecto a una clase progresista, se dice que el intelectual es tradicional, no sólo porque está ligado a un modo de producción anterior, sino además en la medida en que ha sido el "intelectual orgánico" de una clase desaparecida y no se ha ligado orgánicamente a la clase actualmente en ascenso. Pero ese mismo intelectual tradicional puede mantener una relación nueva, orgánica, con la clase dirigente proletaria, y convertirse así en "un nuevo intelectual". Se considera, como ya vimos, que la conquista de los "intelectuales tradicionales" figura entre las tareas históricas del grupo social que trata de establecer su propia hegemonía, la cual resulta posible en los momentos en que la superestructura procedente se halla en crisis. Para la nueva clase dirigente, particularmente en periodos de crisis, se trata de subordinar los intelectuales tradicionales a los intelectuales orgánicos o de integrarlos en sus filas, y la rapidez de esta integración depende directamente, por un lado, del carácter auténticamente progresista de esta clase y, por otro, de la fragilidad de las organizaciones de intelectuales tradicionales.

Gramsci procede a la siguiente distribución de roles de los intelectuales, tanto en la "sociedad política" como en la "sociedad civil": "Los intelectuales son los 'empleados' del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, a saber 1) del 'consenso' espontáneo que las grandes masas de la población dan a la dirección impuesta a la vida social por el grupo fundamental dominante, 2) del aparato de coerción estatal que asegura 'legalmente' la disciplina de aquellos grupos que no 'consienten' ni activa ni pasivamente, pero que está preparado para toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis en el comando y en la dirección, casos en que no se da el consenso espontáneo" (*I,* p. 9 [16]).

En la primera categoría se encuentran los intelectuales propiamente dichos, es decir los profesores, los periodistas, los docentes, los sacerdotes, los funcionarios de los sindicatos y de los partidos, los diputados que tienen la misión de asegurar la hegemonía de la clase dominante, o también de "determinar y organizar la reforma moral e intelectual, la de adecuar la cultura a la función práctica" (*MS,* p. 149 [158]). En la segunda categoría hay que ubicar a todo el personal del aparato político, administrativo, judicial, militar, es decir, los intelectuales que asumen funciones represivas precisas, categoría que, como observaba Gramsci, se ha ampliado considerablemente en el mundo moderno hasta adquirir enormes proporciones. A propósito de la proliferación de los intelectua-

les, Gramsci escribe que "sería interesante... un estudio de la relación numérica existente entre el personal que profesionalmente se dedica al trabajo cultural activo y la población de cada país... junto con un cálculo aproximativo de las fuerzas libres". La conclusión que extrae Gramsci es que "la escuela, en todos sus grados, y la Iglesia son las dos mayores organizaciones culturales de cada país, por la cantidad de personal que ocupan". También hay que agregar "los diarios, las revistas, la actividad literaria y las instituciones escolares privadas, ya sea como integrantes de la escuela del Estado o como instituciones de cultura del tipo de las universidades populares". "Otras profesiones incorporan a su actividad especializada una fracción cultural no indiferente, como la de los médicos, oficiales del ejército, magistratura. Pero es de notarse que en todos los países, aun cuando en distinta medida, existe una gran fractura entre las masas populares y los grupos intelectuales, inclusive los más numerosos y próximos a la periferia nacional, como los maestros y los curas" (*MS*, p. 19 [24]).

Pero, incluso allí donde existe la "gran fractura" aludida por Gramsci, corresponde a los intelectuales organizar, más allá de la función económica, la función política y social; ningún grupo social puede prescindir de ellos. De esta manera, Gramsci subraya el carácter universal del papel de los intelectuales, que consiste en desarrollar, por cuenta de la clase a la cual pertenecen, la *unidad* y la conciencia de clase, por todo un sutil trabajo de homogeneización, pues "la homogeneidad y la toma de conciencia" no nacen espontáneamente de la posición que esa clase ocupa en el sistema de producción, sino de su acción para promover, en la superestructura, una visión unitaria. Gramsci presenta una nueva perspectiva sobre un problema que había sido pasado por alto o descuidado, el papel del intelectual, y compara a éste con el "jugo gástrico" que tiene la tarea de hacer asimilable todo tipo de alimento. Del mismo modo, el intelectual rumia, mastica y hace "líquida" y "homogénea" a toda ideología, por *indigesta* que sea, "cuando parece que el grupo dirigente ya no estará en condiciones de asimilar y dirigir las nuevas fuerzas que se expresan en los acontecimientos" (*LC*, p. 673).

EL INTELECTUAL ORGÁNICO DEL PROLETARIADO

El intelectual orgánico del proletariado no puede limitarse al papel del viejo intelectual; debe ser su negación y representar respecto a él un punto de ruptura: "Si los 'nuevos' intelectuales se consideran continuación directa de la *intelligentzia* precedente, no son realmente 'nuevos', o sea, no están ligados al nuevo grupo social que representa orgánicamente la nueva situación histórica, sino que son un residuo conservador y fosi-

lizado del grupo social superado históricamente (lo que equivale a decir que la nueva situación histórica no ha alcanzado aún el grado de desarrollo necesario como para tener la capacidad de crear nuevas superestructuras, y que vive aún en la envoltura carcomida de la vieja historia)" *(MS,* p. 148 [157-158]).

"El modo de ser del nuevo intelectual –escribe Gramsci– ya no puede consistir en la elocuencia. . . sino en su participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador, 'persuasivo permanentemente' no como simple orador, y sin embargo superior al espíritu matemático abstracto; a partir de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se es 'especialista' y no se llega a ser 'dirigente' (especialista + político)" *(I,* p. 7 [14]). *(Rojo y experto* era la consigna de la revolución cultural en China, como veremos más adelante).

Orgánico es el intelectual cuya relación con la clase revolucionaria es fuente de un pensamiento común. Ha dejado de ser el narciso inconsecuente, individualista, que flota "en las aulas del libre pensamiento" (ese aspecto "inapresable" es, si se quiere, todo lo contrario de lo "orgánico") y mantiene una relación mistificada (o clandestina) con la clase social a la que sigue perteneciendo. La relación orgánica, en cambio, es reconocida, proclamada, teorizada, aceptada políticamente, para defender mejor "la nueva concepción del mundo" de la que es portadora la clase revolucionaria en ascenso.

El intelectual orgánicamente ligado al proletariado, nuevo cimiento entre infraestructura y superestructura, nace –repitámoslo– de un trastrocamiento del viejo modo de pensar y de conocer, y su ser intelectual (como especialista) se prolonga en un ser "político", para hacer de su acción un compromiso vivido "totalmente en la acción histórica" que realiza como intelectual militante. "Cada nuevo organismo histórico (tipo de sociedad) crea una nueva superestructura, cuyos representantes especializados y portaestandartes (los intelectuales) sólo pueden ser concebidos como 'nuevos' intelectuales, surgidos de la nueva situación, y no como continuación de la intelectualidad precedente" *(MS,* p. 148 [157]). El enlace orgánico modifica las relaciones entre los intelectuales, considerados en un sentido amplio como dirigentes en cada uno de sus ámbitos, y el pueblo, creando así una relación dialéctica estrecha entre dirigentes y dirigidos: es entonces cuando aparece el nuevo "bloque histórico" como unidad entre infraestructura y superestructura cuya unión está asegurada por los intelectuales. Éstos, en efecto, por un lado son los que elaboran y difunden la ideología, y por otro, los que aseguran a la clase una cierta homogeneidad y una conciencia de su lugar en la sociedad; por esa función orgánica representan la condición del "nuevo bloque histórico". "Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos –entre gobernantes y gobernados–, son da-

das por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente sino de manera viviente), sólo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el 'bloque histórico' " *(MS*, p. 115 [124]).

La misión del intelectual orgánico es emprender y promover la "reforma intelectual y moral" que eleva a toda la masa a la condición de intelectual, rompiendo la antigua subordinación del pueblo a la cultura tradicional y reconciliándolo con *su propia* cultura: La "filosofía de masas, la filosofía de la praxis no puede ser concebida sino en forma polémica, de perpetua lucha. Sin embargo, el punto de partida debe ser siempre el sentido común, que espontáneamente es la filosofía de las multitudes y que se trata de tornar ideológicamente homogénea" *(MS*, p. 120 [127]).

¿En qué consiste entonces el "sentido común" o "buen sentido" de las masas al que alude Gramsci? "Su mérito. . . no reside solamente en el hecho de que el sentido común apela, aunque implícitamente, al principio de causalidad, sino en el hecho de que, de una manera mucho más precisa, sabe reconocer por una serie de juicios, la causa exacta, simple e inmediata, sin dejarse seducir por las argucias y las oscuridades metafísicas, seudo-profundas, seudo-científicas" *(MS*, p. 125).

Se parte del "sentido común" para luego superarlo en un movimiento crítico y acercarlo a la "filosofía de los intelectuales", que Gramsci considera "la 'cumbre' del progreso del sentido común". Con un pensamiento claro como la aurora, Gramsci describe ese proceso inherente a la filosofía de la praxis: "Una filosofía de la praxis sólo puede presentarse inicialmente en actitud polémica y crítica, como superación del modo de pensar precedente y del pensamiento concreto existente (o del mundo cultural existente). Es decir, sobre todo, como crítica del 'sentido común' (luego de haberse basado en el sentido común para demostrar que 'todos' son filósofos y que no se trata de introducir *ex novo* una ciencia en la vida individual de 'todos', sino de innovar y tornar 'crítica' una actividad ya existente) y luego de la filosofía de los intelectuales, que ha dado lugar a la historia de la filosofía y que, en cuanto individual (y, en rigor, de desarrollo esencial en la actividad de algunos individuos particularmente dotados), puede considerarse como la 'cumbre' del progreso del sentido común, por lo menos del sentido común de los estratos más cultos de la sociedad y, a través de éstos, también del sentido común popular" *(MS*, p. 9 [14]).

Partiendo del "sentido común", la filosofía de la praxis eleva a los "simples" a una concepción superior de la existencia (a la inversa del catolicismo) y establece una nueva unidad entre los "intelectuales" y las

masas, en el seno de la cual la política representa la forma de intercambio cultural más elaborada. "La relación entre filosofía 'superior' y sentido común está asegurada por la 'política', así como está asegurada por la política la relación entre el catolicismo de los intelectuales y el de los 'simples'. . . [pero] la posición de la filosofía de la praxis es antitética a la católica: la filosofía de la praxis no tiende a mantener a los 'simples' en su filosofía primitiva del sentido común, sino, al contrario, a conducirlos hacia una concepción superior de la vida. Se afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples, no para limitar la actividad científica y mantener la unidad al bajo nivel de las masas, sino para construir un bloque intelectual-moral que haga posible un progreso intelectual de masas y no sólo para pocos grupos intelectuales" (*MS*, p. 11 [16]).

De ese movimiento dialéctico incesante nacen las nuevas *élites* intelectuales, surgidas de la propia masa, y en vinculación "orgánica" más estrecha, en razón de su ubicación en la estructura social y en la historia. Paralelamente, aquellos que ya eran considerados como intelectuales recorren el camino inverso, es decir que van al encuentro de las masas, para mezclarse y fundirse con ellas de manera orgánica. Gramsci advierte que "de allí se deducen determinadas necesidades para cada movimiento cultural que tienda a sustituir al sentido común. . . trabajar sin cesar para elevar intelectualmente a más vastos estratos populares, esto es, para dar personalidad al amorfo elemento de masa, cosa que significa trabajar para suscitar *élites* de intelectuales de un tipo nuevo, que surjan directamente de la masa y que permanezcan en contacto con ella, para llegar a ser las 'ballenas de corsé'. Esta segunda necesidad, cuando es satisfecha, es la que modifica realmente el 'panorama ideológico' de una época"[1] (*MS*, pp. 17-18 [22-23]).

[1] ". . .Toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de permeación de ideas a través de agregados humanos al principio refractarios y sólo atentos a resolver día a día, hora por hora, y para ellos mismos su problema económico y político, sin vínculos de solidaridad con los demás que se encontraban en las mismas condiciones". Y Gramsci vuelve a referirse a la Revolución francesa para señalar el alcance internacionalista de una nueva cultura que une a los hombres "por encima de las fronteras" en un proyecto revolucionario, lo que hoy llamaríamos el internacionalismo proletario de una "revolución cultural": "El último ejemplo, el más próximo a nosotros y, por eso mismo, el menos diverso del nuestro, es el de la Revolución francesa. El anterior periodo cultural, llamado de la Ilustración y tan difamado por los fáciles críticos de la razón teorética, no fue –o no fue, al menos, completamente– ese revoloteo de superficiales inteligencias enciclopédicas que discurrían de todo y de todos con uniforme imperturbabilidad, que creían ser hombres de su tiempo sólo una vez leída la *Gran enciclopedia* de D'Alembert y Diderot; no fue, en suma, sólo un fenómeno de intelectualismo pedante y árido, como el que hoy tenemos delante y encuentra su mayor despliegue en las universidades populares de ínfima categoría. Fue una revolución magnífica por la cual, como agudamente observa De Sanctis en la *Storia della*

La transformación del sistema de representaciones o "panorama ideológico" presupone la aplicación de esa "reforma intelectual y moral" que garantiza y posibilita el ejercicio de la hegemonía, cuando el proletariado pasa de la "fase corporativa" a la fase política, y que además de caracterizar la hegemonía después de la toma del poder, aparece igualmente como la condición del éxito del propio proceso revolucionario. Encabezando la "reforma", Gramsci coloca al moderno Príncipe, es decir, al partido revolucionario.

Asistimos, explica Gramsci, a una ampliación y una promoción de la noción de partido, en la medida en que "en el mundo moderno, un partido es tal, integralmente, cuando es concebido, organizado y dirigido de manera que le permita desarrollarse integralmente y transformarse en un Estado (integral y no en un gobierno entendido técnicamente) y en una concepción del mundo" *(M,* pp. 147-148 [176-177]). El partido como tal debe ejercer su supremacía en el plano ideológico y cultural, y en cierto modo prefigurar la historia futura: "El Príncipe moderno debe ser, y no puede dejar de ser, el abanderado y el organizador de una reforma intelectual y moral, lo cual significa crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna. . . de la cual el moderno Príncipe es al mismo tiempo el organizador y la expresión activa y operante" *(M,* p. 8 [15]). Esa reforma no se limita al advenimiento de una nueva superestructura, sino que implica una revolucionarización de la infraestructura, y es en la acción del partido donde Gramsci hace articularse esos dos momentos, llegando a decir que sin una verdadera reforma económica no puede existir reforma intelectual.

El estrecho enlace que Gramsci establece entre base económica y

letteratura italiana, se formó por toda Europa como una conciencia unitaria, una internacional espiritual burguesa sensible en cada una de sus partes a los dolores y a las desgracias comunes, y que era la mejor preparación de la rebelión sangrienta luego ocurrida en Francia.

En Italia, en Francia, en Alemania, se discutían las mismas cosas, las mismas instituciones, los mismos principios. Cada nueva comedia de Voltaire, cada *pamphlet* nuevo, era como la chispa que pasaba por los hilos, ya tendidos entre Estado y Estado, entre región y región, y se hallaba los mismos consensos y las mismas oposiciones en todas partes y simultáneamente. Las bayonetas del ejército de Napoleón encontraron el camino ya allanado por un ejército invisible de libros, de opúsculos, derramados desde París a partir de la primera mitad del siglo XVIII y que habían preparado a los hombres y las instituciones para la necesaria renovación. Más tarde, una vez que los hechos de Francia consolidaron de nuevo la conciencia, bastaba un movimiento popular en París para provocar otros análogos en Milán, en Viena, y en los centros más pequeños. Todo eso parece natural, espontáneo, a los facilones, pero en realidad sería incomprensible si no se conocieran los factores de cultura que contribuyeron a crear estados de ánimo dispuestos a estallar por una causa que se consideraba común" *(SG,* pp. 24-25 ["Socialismo y cultura", en *Antologia,* cit., pp. 16-17]).

superestructura pone fin, por un lado, a toda interpretación idealista y, por otro, al economicismo y al reformismo que impregnan a las fuerzas políticas "revisionistas" en Occidente, las cuales anteponen las reivindicaciones económicas inmediatas a las perspectivas socialistas.

Ahora bien, la conquista del poder y la edificación de un nuevo Estado por la clase obrera implican que el partido esté en condiciones de efectuar la transformación de la base económica paralelamente a la de la superestructura en la sociedad política y en la sociedad civil, de provocar un trastrocamiento socioeconómico y de iniciar al mismo tiempo, sobre la base de ese proceso, una "reforma intelectual y moral": reunir en el movimiento revolucionario a todos los elementos positivos que están en germen, todas las aspiraciones a la libertad y al progreso, emancipadas de las trabas de la moral burguesa. Si el partido puede ser definido como el moderno Príncipe es precisamente porque es portador de una nueva concepción de la organización y de la existencia, portador de una doctrina capaz de imponerse como "ideología", porque está en condiciones de desarrollar su acción política y revolucionaria en toda la red de "trincheras" que constituye la superestructura burguesa, a fin de hacer prevalecer una hegemonía ideológica y cultural que hará nacer una voluntad colectiva nueva e instaurará una nueva voluntad nacional y popular.

El partido como "intelectual colectivo", más que traducir el principio leninista de la vanguardia, expresa la necesidad de una relación partido-vanguardia-masas, la necesidad de una formación ideológica con carácter de masas, como condición indispensable para el ejercicio mismo de la hegemonía. Si el papel específico de los intelectuales consiste en orquestar el consenso y en servir de cimiento entre la infraestructura y la superestructura, al "intelectual colectivo" le corresponde, por su solidez y su cohesión, funcionar como tejido conjuntivo del bloque histórico. Es como una única cabeza que piensa a través de mil cerebros, el lugar geométrico de todas las inteligencias, de todas las culturas, de todas las especialidades, precisamente porque está llamado a conocer y a dominar toda la realidad nacional e internacional, a actuar sobre ella para transformarla; es la fuerza capaz de elevar a las masas hasta el mayor nivel de conciencia intelectual de la vanguardia; una especie de "hombre colectivo" o una fuerza intelectual homogénea susceptible de articular las relaciones complejas entre masas-partido-grupo dirigente. Por otra parte, el partido hace de cada uno de sus adherentes un "intelectual", en la medida en que provoca un interés y un compromiso político general, en la medida en que tiende a hacer de cada uno un dirigente, es decir, recordémoslo, un hombre político + un especialista, formando "intelectuales orgánicos": "Respecto al problema de los intelectuales. . . el partido político es justamente el mecanismo que en la sociedad civil cumple la misma función que en medida más vasta y más sintéticamente cumple el Estado en la sociedad política, es decir, procura la unión entre

intelectuales orgánicos de un grupo dado, el dominante, y los intelectuales tradicionales; y el partido cumple esta función en forma dependiente de su función fundamental, que es formar sus propios componentes, elementos de un grupo social que ha surgido y se ha desarrollado como económico, hasta convertirlos en intelectuales políticos calificados, dirigentes, organizadores de toda la actividad y la función inherente al desarrollo orgánico de una sociedad integral, civil y política." *(I,* p. 12 [19]). Cada miembro del partido político es un intelectual; en esta conclusión de Gramsci hay una innovación en el plano político que tiene un alcance excepcional: "Que todos los miembros de un partido político deban ser considerados como intelectuales, he ahí una afirmación que puede prestarse a la burla y a la caricatura; sin embargo, si se reflexiona, nada hay más exacto. Se pueden hacer distinciones de grado, un partido podrá tener una mayor o menor composición del grado más alto o del más bajo, no es esto lo que importa: importa la función directiva y organizativa, es decir, educativa, o sea intelectual" *(I,* p. 13 [20]).

Tal es, pues, en conclusión, el enlace íntimo que une al intelectual con la clase obrera, para hacer de él un elemento "orgánico": esa elaboración de una nueva concepción del mundo, que efectúa en estrecha colaboración con los intelectuales tradicionales a quienes ha sustraído de la clase históricamente condenada. Esta concepción del mundo nueva, como dirección ideológica, política y económica, le concierne en el mismo sentido que al obrero y el campesino, y crea una *voluntad colectiva,* una convergencia de objetivos, la conciencia de representar la expresión más acabada del movimiento histórico hacia la emancipación universal; ese proceso de elaboración debe ser concebido en su desarrollo real como una lucha y no como una variante de la filosofía de las Luces. El Intelectual –y prácticamente todos terminan por serlo, pues su participación en el partido político los obliga a superar las actividades limitadas del grupo social y económico, del cual son originarios, para llevarlos a comprometerse más ampliamente en el plano nacional e internacional *(I,* p. 13 [20])– se transforma en "intelectual orgánico" del proletariado, para fundirse finalmente en el "intelectual colectivo", en el partido que se afirma como "aristocracia, élite, vanguardia, es decir, que se concibe a sí mismo como ligado por millones de hilos a un grupo social dado, y a través de él, a toda la humanidad" *(I,* p. 140).

"STURM UND DRANG" CULTURAL Y PROLETARIO

Gramsci había comenzado a librar su batalla en el plano ideológico y cultural desde el periodo de *L'Ordine Nuovo,* tratando, no sin éxito, de efectuar por primera vez en Italia la confluencia entre el movimiento

obrero y el pensamiento marxista, condición indispensable para la realización de la hegemonía proletaria. *L'Ordine Nuovo,* llamada inicialmente revista semanal de cultura política, se convirtió en periódico en 1921, permaneciendo fiel no sólo a esa tradición (a la que se había opuesto Bordiga, quien ironizaba sobre el "culturalismo" de los soñadores del diario), sino también a su propia concepción del marxismo y de la lucha revolucionaria, que reivindicaba contra la degeneración del marxismo de la época, para seguir una línea que acentuaba en primer lugar "los problemas de una revolución cultural que acompañara y provocara la revolución política" (Spriano, en *Gramsci e Ordine Nuovo,* p. 148). El 1o. de mayo de 1918, sale el primer número de *ON,* con el lema: "Instruíos, porque necesitaremos toda vuestra inteligencia. Agitaos, porque necesitaremos todo vuestro entusiasmo. Organizaos, porque necesitaremos toda vuestra fuerza".

Al lado de los Comités de fábrica, Gramsci había propuesto y creado una asociación cultural ("Por una asociación de cultura", en *Avanti!,* 18 de diciembre de 1917), organización paralela a la organización política y económica del proletariado. La revista *ON* también había creado una "escuela de cultura" en el mismo momento de su nacimiento. En vísperas de la fundación del Partido Comunista de Italia (PC d'I), creó en Turín, el 14 de enero de 1921, el Instituto de cultura proletaria, sección del Proletkult de Moscú. "El socialismo es una visión global de la existencia: una filosofía, una mística, una moral. La asociación debería ser un lugar propicio para la discusión de los grandes problemas, para su clarificación, para su difusión". En el artículo "Socialismo y Cultura" *(Il Grido del Popolo,* en *SG,* pp. 22-24), Gramsci manifestaba ya claramente su voluntad de reintroducir en el partido de la clase obrera lo que Engels había llamado la "tercera línea" de la batalla del proletariado, línea teórica que debía acompañar y asegurar el éxito de la lucha en su fase sindical y política. Gramsci distinguía entonces entre cultura burguesa y cultura proletaria. La clase explotadora en el poder concibe "la cultura como saber enciclopédico en el cual el hombre no se contempla más que bajo la forma de un recipiente que hay que rellenar y apuntalar con datos empíricos, con hechos en bruto e inconexos que él tendrá luego que encasillarse en el cerebro como en las columnas de un diccionario para poder contestar, en cada ocasión, a los estímulos varios del mundo externo. Esa forma de cultura es verdaderamente dañina, especialmente para el proletariado. . ." *(ibid.)*

¿Qué es, entonces, la cultura para el proletariado? "Es organización –dice Gramsci en el mismo artículo–, disciplina del yo interior, apoderamiento de la personalidad propia, conquista de superior conciencia por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos y sus deberes. Pero todo eso no puede ocurrir por evolución espontánea, por acciones y reacciones independientes de la

voluntad de cada cual, como ocurre en la naturaleza vegetal y animal, en la cual cada individuo se selecciona y especifica sus propios órganos inconscientemente, por la ley fatal de las cosas. . ." *(ibid.)*

Para el proletariado, la cultura es "la reflexión inteligente de algunos, primero, y, luego, de toda una clase sobre las razones de ciertos hechos y sobre los medios mejores para convertirlos, de ocasión que eran de vasallaje, en signo de rebelión y de reconstrucción social. Eso quiere decir que toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de permeación de ideas a través de agregados humanos al principio refractarios y sólo atentos a resolver día a día, hora por hora, y para ellos mismos su problema económico y político, sin vínculos de solidaridad con los demás que se encontraban en las mismas condiciones. . . La conciencia unitaria del proletariado se ha formado o se está formando a través de la crítica de la civilización capitalista, y crítica quiere decir cultura, y no ya evolución espontánea y naturalista" [*Antología,* cit., pp. 15-17].

Togliatti evoca el periodo de la batalla cultural en el seno de *L'Ordine Nuovo* en un texto particularmente claro y explícito: "El impulso revolucionario de las masas, escribe (en *Il capo della classe operaia italiana,* pp. 24-25), la claridad del pensamiento político del dirigente, iban acompañados en el movimiento de *L'Ordine Nuovo* y de los Consejos de fábrica, de una especie de *Sturm und Drang* cultural y proletario, a favor del cual, saliendo del marco de la política propiamente dicha, se abordaba, se discutía, se popularizaba en las masas los problemas más generales de la historia de nuestro país, del arte, de la literatura, de la moral proletaria, de la escuela y de la técnica. El marxismo-leninismo recuperaba su carácter de concepción global de la vida y del mundo, y Gramsci era particularmente duro e incluso feroz en la lucha contra los que se negaban a admitir la capacidad de las masas trabajadoras para comprender y para hacer suyos los mayores problemas de la ciencia y de la cultura. . . La clase obrera había adquirido, a través del movimiento de los Consejos, un prestigio tal que se había convertido en el polo de atracción de la intelectualidad progresista, de la juventud estudiosa, de la masa de los técnicos fabriles, de los empleados. Y la unidad de todas las fuerzas amantes de la libertad y del progreso, a las que correspondía la tarea de emancipación política y social del proletariado, encontraba un comienzo de realización concreta" (Recordemos a este respecto que no es casual que Gobetti, intelectual no comunista, haya sido llamado a colaborar en *L'Ordine Nuovo,* como crítico teatral).

Gramsci experimentaba de una manera tan imperiosa la necesidad de unir la teoría y la práctica que no se limitaba a afirmar la urgencia de la lucha ideológica y de la educación de las masas, sino que emprendía él mismo ese trabajo, cada vez que le resultaba posible, como lo prueban las conferencias que pronunció, en el transcurso del lejano año de 1916,

en los círculos suburbanos de Turín, y sobre todo sus actividades de periodista político. El grupo de *L'Ordine Nuovo* opera como una vanguardia cultural y desempeña el *verdadero* papel de una vanguardia, pues libra de frente la batalla política y la batalla cultural. No es más que un semanario juvenil, una ola en el vasto mar de la propaganda socialista, que choca con los altaneros tutores del socialismo "oficial", quienes lo combaten y lo acusan de abstracción, de preciosismo intelectual. Y, como a toda *vanguardia,* se le reprocha el ser oscuro, incomprensible, *difícil.* Gramsci replica: "Para ser fáciles hubiéramos debido desnaturalizar y empobrecer el debate sobre conceptos de la mayor importancia, en la más íntima y preciosa sustancia de nuestro espíritu. Un concepto en sí mismo difícil no puede ser vertido en una expresión fácil, sin convertirse de esa manera en una trivialidad". No se trata de *vulgarizar el saber,* sino de luchar contra la ignorancia en la cual el capitalismo mantiene a la clase obrera: "Para los proletarios, es un deber no ser ignorantes. La civilización socialista, sin privilegios de casta ni de categoría, exige, para realizarse plenamente, que todos los ciudadanos estén en condiciones de controlar todo lo que sus mandatarios deciden y hacen. El problema de la educación de los proletarios es un problema de libertad". Del periodo de *Il Grido del Popolo* al de *L'Ordine Nuovo,* Gramsci desarrolla una línea profundamente original, que tiende a promover la idea de una "revolución cultural" y a ponerla en práctica como parte integrante, determinante, del movimiento de emancipación de los trabajadores, en el mismo carácter que la lucha política y la acción sindical, económica, mutualista. El esfuerzo de Gramsci para ligar el momento político-sindical con el momento cultural, es decir, para unir en el seno del partido proletario la práctica y la teoría, haciendo de los proletarios intelectuales, es inseparable de la acción que, en su opinión, debe emprender el partido revolucionario para conquistar una nueva dirección hegemónica sobre la sociedad.

LUCHAR ANTE TODO POR UNA "NUEVA ÉTICA"

Si el partido se niega a luchar por la hegemonía, si se niega a luchar por la "reforma intelectual y moral", hace el juego de las clases adversas y mantiene a la clase obrera en su nivel de conciencia más bajo, impidiéndole desempeñar su papel de clase antagónica del capitalismo. Tal es la lección de Gramsci. El problema que suscita es de una sorprendente actualidad histórica: el partido revolucionario no puede dejar a las masas en el nivel de las reivindicaciones económicas corporativas, que no es sino el primero y más elemental momento del proceso más general, en ocasión del cual una clase toma conciencia de sí misma, como ya vimos,

y que es seguido por un segundo momento, "aquel en el que se logra la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía en el campo meramente económico". El salto cualitativo se efectúa en el tercer momento, "aquel en el que se logra la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación de grupo puramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados" *(M,* pp. 45-46 [57]).

"He ahí también por qué no se puede separar la filosofía de la política, y por qué se puede demostrar, al contrario, que la elección de la concepción del mundo es también un acto político" *(MS,* p. 6 [11]).

Incluso se puede decir que el divorcio entre teoría y práctica crea "una conciencia contradictoria" que puede conducir a las masas a un estado de "pasividad moral y política". La comprensión crítica de sí nace, en cambio, del enfrentamiento "de 'hegemonías' políticas, de direcciones contrastantes, primero *en el campo de la ética,* luego en el de la política, para arribar finalmente a una elaboración superior de la propia concepción de la realidad. La conciencia de formar parte de una determinada fuerza hegemónica (esto es, la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia, en la cual teoría y práctica se unen finalmente" *(MS,* p. 11 [16]; el subrayado es mío).

Este trabajo de difusión de una nueva concepción del mundo que elimina la contradicción entre teoría y práctica se desarrolla en dos direcciones: por un lado, de la vanguardia (el partido) hacia las clases que representa; por otro de la clase hegemónica hacia las demás clases ligadas a ella (es decir, del proletariado hacia las clases aliadas). En ambos casos, los intelectuales desempeñan un papel determinante. En cuanto a la tarea de una "reforma intelectual y moral" que Gramsci también llama, como vimos, "revolución cultural", no se trata de esperar que hayan madurado las condiciones económicas, pues es en cambio la maduración de la nueva concepción del mundo la que precipita el momento del cambio infraestructural, y, en ciertos aspectos, prepara sus condiciones. Hoy tenemos un excelente punto de referencia: la situación actual, en la que la burguesía conoce una abierta crisis de sus "valores", y todo es cuestionado de la manera más radical, incluso la vida sexual y afectiva, creándose objetivamente las premisas de una disgregación del "bloque ético" burgués. Aludiendo precisamente a esta nueva hegemonía política que se expresa "ante todo en el campo de la ética", Gramsci fustiga a todos los hipócritas, también de la izquierda, que desertan de la batalla liberadora contra el viejo poder y se niegan a abordar las grandes cuestiones. Basta mirar a nuestro alrededor: la organización jerárquica del trabajo, la naturaleza y el lugar que ocupan los problemas sexuales, el derecho al aborto, la antipsiquiatría, el control de los nacimientos, la concepción revolucionaria de la familia y del matrimonio, el divorcio, la denuncia de

la condición de la mujer y de su explotación. "Es digno de hacer notar cómo los industriales (especialmente Ford) se han interesado por las relaciones sexuales entre sus dependientes y, en general, por la instalación de sus familiares; las apariencias de 'puritanismo' que asumió este interés (como en el caso del prohibicionismo) no debe conducirnos a error; la verdad es que no puede desarrollarse el nuevo tipo de hombre exigido por la racionalización de la producción y del trabajo mientras el instinto sexual no haya sido regulado de acuerdo con esta racionalización, no haya sido él también racionalizado . . . Estos nuevos métodos (taylorismo y racionalización en general) exigían una rígida disciplina de los instintos sexuales (del sistema nervioso), es decir, una consolidación de la 'familia' en sentido amplio (no de esta o aquella forma del sistema familiar), de la reglamentación y estabilidad de las relaciones sexuales. . . Se forma en este caso lo que se puede llamar una situación de hipocresía social totalitaria. ¿Por qué totalitaria? En las otras situaciones los estratos populares son obligados a observar la 'virtud'; quien la predica no la observa, aunque la alabe de palabra, de suerte que la hipocresía es parcial, no total. Esta situación, por cierto, no puede durar y conducirá a una crisis de libertinaje, pero sólo cuando las masas hayan asimilado la 'virtud' en hábitos permanentes o casi permanentes, vale decir, con oscilaciones cada vez menores" [*M,* 301-304]. Por otra parte, Gramsci introduce este discurso fundamental sobre la moral burguesa, aludiendo en primer lugar, en relación con "la sexualidad como función reproductora y como deporte", a todas las *concepciones sobre la mujer.* "La cuestión ético-civil más importante ligada a la cuestión sexual es la de la formación de una nueva personalidad femenina. Hasta que la mujer no haya alcanzado, además de una real independencia frente al hombre, un nuevo modo de concebirse a sí misma y de concebir su papel en las relaciones sexuales, la cuestión sexual seguirá plagada de caracteres morbosos" [*M,* 301].

En este sentido, para dar un ejemplo reciente de la manera confusa, para no decir atrasada, en que se comportan las fuerzas de izquierda "frente a la moral", citemos el discurso de Georges Séguy, secretario general de la CGT francesa: "Comprendemos la repulsión que inspira a la masa de jóvenes, ávidos de justicia, de honor y de limpieza, la decadencia de este régimen, con todas sus secuelas de escándalos, venalidad, pornografía e incluso criminalidad. Asistimos a una verdadera invasión de corrupción, de perversión y de inmoralidad. Nada escapa a ella, ni la prensa, ni la literatura, ni el cine. En ciertos medios, se confunde fácilmente libertad de creación y decadencia intelectual; nos acusarán tal vez de ceder al puritanismo, pero poco nos importa. Sabemos hasta qué punto esta verdadera polución de las mentes es envilecedora para el hombre, peligrosa para la libertad y favorable a las aventuras fascistas.

"Ya es hora de que todos los que mantenemos nuestra fidelidad a

los valores morales, culturales y humanos, nos movilicemos, sin distinciones de opinión política o de creencia religiosa, para salvaguardarlos". *(Le Monde,* 8 de septiembre de 1973).

¿Qué quiere decir salvaguardar los *valores morales* cuando no se los determina en relación con una revolución contra un sistema que, a través de sus propios "valores morales", somete al trabajador a la productividad capitalista? Además, como Séguy no hace ninguna distinción entre diversas opiniones políticas o religiosas, esta perorata termina por parecerse extrañamente a una de esas homilías que el papa consagra periódicamente a la "salvaguardia de la moral y de las almas" y que sólo quieren ayudar a la buena marcha de la sociedad industrial.

Trabajo, familia, jerarquía, obediencia, propiedad, tal es la moral de esclavos conscientes que la burguesía ha metido en la cabeza de generaciones de trabajadores, para llegar a la "racionalización" del trabajo, para afirmar el principio de la coerción directa e indirecta en la organización de la producción, "para lograr el cínico objetivo expresado por Taylor para la sociedad norteamericana: crear el gorila amaestrado" *(M,* p. 330 [306]).

Es la mística del orden, de la virtud, del deber cumplido, del código del "derecho", de la ley respetada. . . y, desde este punto de vista, los partidos revolucionarios utilizan a su vez el mismo lenguaje para referirse a los mismos "valores": familia, virtud, moralismo bienpensante, patriotismo. La moneda de dos céntimos que circula todavía en Francia y que fue acuñada bajo el gobierno de Pétain, en 1944, lleva estas palabras: "Trabajo, familia, patria". Bajo esta bandera, que a veces parece congregar a la derecha y la izquierda, se sitúa aún, cuando no ha sido quebrada por la extrema izquierda, la dominación de la burguesía; la palabra *libertad,* utilizada por todos sin precisar su contenido —¿para quién? ¿para qué? ¿en qué sentido?— sólo designa la libertad de las masas para construirse por sí mismas su propia prisión, no solamente en el trabajo en cadena de la fábrica, sino también en su propia vida moral, en su mentalidad de sujetos que han renunciado a ser *libres.* Desde este punto de vista, la consigna de mayo de 1968: "gocen sin trabas" constituye un eco de ese esfuerzo tenso y feroz de Gramsci para echar las bases de una moral revolucionaria contra las inhibiciones y el fariseísmo de la moral burguesa (cf. "Americanismo y Fordismo", en *M).*

Gramsci ataca a los adeptos timoratos de la vieja moral, que se dicen al mismo tiempo revolucionarios, mofándose primero de su *economocismo* y denunciando "cierta concepción fatalista de estos grupos. . . según la cual todo se justifica por el medio social". En realidad, es todo lo contrario. "El sentido de las responsabilidades termina así por esfumarse, cada responsabilidad está inmersa en una responsabilidad social abstracta y no localizable. Si fuera así, el mundo y la historia serían inmutables. Si, de hecho, el individuo, para cambiar, necesita que toda la

sociedad haya cambiado antes que él, mecánicamente, por no se sabe qué fenómeno sobrenatural, jamás se habría producido cambio alguno". Gramsci estigmatiza aquí el "conservadurismo" de izquierda, típico en ciertos partidos comunistas bienpensantes aterrorizados por la idea de lanzar el debate sobre una moral nueva, a veces por mezquinos intereses electorales, por temor de perder aunque fuera un solo voto; abandonando el terreno de la lucha contra la moral burguesa, se niegan a abatir la ideología aún dominante y todos sus viejos valores, a pesar de la crisis que los conmueve de raíz.

La problemática del papel de los intelectuales encuentra su verdadera dimensión en el marco de esa "reforma intelectual y moral" durante la cual los intelectuales asumen totalmente su tarea otorgando a la clase su homogeneidad y su conciencia y elaborando una nueva ideología a partir de su posición de clase. Pues la misión de los intelectuales consiste en iniciar una reforma susceptible de "crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna" *(M,* p. 8 [15]).

A modo de ejemplo, se pueden evocar las relaciones de Lu Sin con la revolución china; si en China Lu Sin es considerado por Mao Ze-dong como un eminente intelectual revolucionario, es precisamente en la medida en que su obra de escritor asestó un golpe mortal a la vieja moral china y fijó las grandes líneas, no sólo de una nueva ética, sino también de una "forma superior y total" de concepción del mundo. Me parece ejemplar recordar cómo, en 1918, Lu Sin hizo sus primeras armas con el *Diario de un loco.* Este joven escritor, educado en la mejor tradición de los mandarines, estudiante que aprobaba brillantemente los exámenes de la enseñanza oficial, nutrido de la cultura oficial más refinada y de la moral dominante, descubre en su relato que todo lo que está escrito en los libros, todas las máximas de la moral, toda la enseñanza de la clase dominante, se reducen a un solo principio: "Come a los hombres". Todos tratan entonces, en el relato, de liberar a ese personaje de su *locura:* la familia, los amigos, los demás intelectuales; todos lo cuidan con piadosa devoción para hacer de él un "hombre normal", es decir, un "comedor de hombres" como piensa el "loco". Así, pues, resiste, con creciente lucidez, y según una convicción cada vez más *fundada en razón,* basada en la idea de que la naturaleza de todas las relaciones humanas, toda la historia y toda la sociedad están precisamente dominadas por esos "comedores de hombres" de los que el "loco" no quiere formar parte. La dolorosa intuición del "loco" no excluye la esperanza de una revolución moral, que reconcilie a los hombres con la razón, y es esta nueva visión del mundo la que anima a Lu Sin, quien hace que el "loco" termine su diario exclamando: "Tal vez existan todavía niños que nunca han comido hombres: ¡salvad a los niños!"

Tal es pues el problema: que no sólo el artista, sino también, como veremos, el partido como "intelectual colectivo", encuentre la valentía de denunciar la hipocresía, la crueldad, el oprobio de la sociedad de clase fundada en la explotación más racionalizada que sólo puede actuar convalidada por la moral, la cultura tradicional y la iglesia; en su trabajo eficaz, en vista de imponer su hegemonía, no encuentra ninguna impugnación "moral" y continúa sojuzgando a los hombres al impedir la liberación de su "inconsciente" –para retomar un término que nos remite no a Gramsci sino a Freud, estableciendo al mismo tiempo un enlace entre los dos.

En efecto, todo el discurso de Gramsci versa sobre la superestructura, sobre el trabajo de transformación ideológica aún antes de la revolución, mientras que su preocupación permanente es poner en primer plano al "sujeto revolucionario" en cuanto éste se expresa en su nuevo "deber ser".

El intelectual "orgánico" del proletariado, que ha roto con la vieja moral y la vieja religión y ha efectuado una destrucción científica de la moral burguesa hasta liberarse totalmente (o hasta la liberación de su "inconsciente") nos sitúa ante un problema completamente nuevo: ¿en qué medida se puede establecer una relación entre Gramsci, pensador marxista, y Freud? O también, ¿en qué medida es posible localizar, en Gramsci ciertos puntos de convergencia entre marxismo y freudismo? Problema que, en su urgencia, permanece abierto y al que los partidos comunistas han vuelto la espalda hasta el momento (salvo que reconsideremos, en este contexto, el enlace entre causalidad externa y causalidad interna, el "sujeto" tal como se plantea en la *Contradicción* de Mao).

Gramsci reconsidera la doctrina marxista desde el punto de vista político. Cuando la revolución está bloqueada, el problema debe plantearse de la siguiente manera: ¿por qué motivos subjetivos no se realizó la solución revolucionaria objetivamente posible?

Por eso la filosofía de la praxis, que es, en Gramsci, una teoría de la organización y de la acción política, lleva en sí la preocupación que está en el origen de la "primacía de la subjetividad". Considerando a los hombres como *sujetos de la historia* y planteando la cuestión de la relación del sujeto inmerso en una relación orgánica intersubjetiva, luchando por la revolución de la mentalidad, tiende objetivamente a iluminar al inconsciente, para hacer de él la afirmación de una libertad antiburguesa. Pide al hombre, como sujeto que debe tomar la iniciativa revolucionaria, que tenga suficiente coraje moral para liberarse, tomando *conciencia* de ella, de la vieja ideología y de esa "carga" que representan todas las inhibiciones, las reglas y las leyes impuestas por la sociedad burguesa y consolidadas por una interiorización en el nivel del *inconsciente.* En resumen, la formación de una conciencia de clase pasa también por la ac-

ción sobre el *inconsciente*, liberando a la *memoria* individual y colectiva. Así es, por lo menos, como yo interpreto a Gramsci.

En efecto, toda la lucha por la revolución de las mentalidades, lucha que desemboca en una extensión de la conciencia de clase, debería implicar la liquidación de todos los tabúes religiosos, sexuales, pedagógicos, culturales y morales.

Para liberarse de la dominación de quienes detentan el poder, una clase debe, más allá de los *símbolos* generales, tomar conciencia de su historia, aplicando para ello su propia *memoria:* "Recordemos los hechos. Reforcemos nuestra conciencia con nuestros recuerdos, sumergiendo a nuestra mente en el río de *nuestra* tradición, de *nuestra* historia, de *nuestra* vida" *(SG,* p. 49). La memoria pasa a ser memoria colectiva. No se adhiere a un partido por razones de interés económico; a través de ese acto, se adhiere a un "deber ser": éste es un hecho que corresponde por excelencia a la conciencia, a la "subjetividad" *(M,* p. 39 [50]).

LIBERTAD DE CREACIÓN ARTÍSTICA

Si Gramsci rechaza la idea de una autonomía del intelectual, negando toda tentativa de ubicarla por encima y fuera de las clases, no por eso deja de aceptar la existencia del problema real de la autonomía de la investigación respecto al momento político, de la libertad en la producción artística e intelectual. Gramsci se opone al avasallamiento de los intelectuales por el poder, así como está contra la subordinación de las masas al monopolio del saber y de la política por parte del grupo dirigente. La "libertad" que reivindica para los intelectuales es la misma "libertad" que reclama para las masas en cuanto derecho igual al conocimiento, a la posibilidad de expresión, a la contribución a la cultura. En definitiva, se mantiene al margen de esa *hipocresía* según la cual, cada vez que en el movimiento obrero surge el problema de la "libertad" de los intelectuales, se reivindica únicamente la *"libertad" para los hombres de la cultura,* la cual, además de ser un puro verbalismo, supone el error fundamental de tratar a los intelectuales como una capa privilegiada a la que se puede conceder una "libertad" que las masas, en cambio, no necesitan. Lo cierto es que la "libertad" del intelectual sólo puede existir en el seno de la "libertad" de las masas.

"Conocerse –escribe Gramsci– quiere decir ser dueño de sí mismo, afirmarse, salir del caos. . ." *(R,* p. 25). Asumirse, pues, como "sujeto en proceso". La lucha de la revista *Tel Quel,* que dará lugar en 1971 a la ruptura con el PCF, se organizó según Philippe Solders, alrededor de la cuestión de la relación con Freud: "El nudo de todos los problemas se inscribe en la cuestión del descubrimiento freudiano, hasta e incluso en

la ruptura de 1971, ya que al mismo tiempo que se desenvolvía una intensa lucha teórica contra una derecha ligada a un cierto número de opciones revisionistas-reformistas, se desarrolló igualmente una lucha histórica para decidir si la cuestión de Freud se abordaría de manera decisiva o si por el contrario nos limitaríamos a aproximaciones 'filosóficas' " (en *Promesse*, núm. 34-35, p. 12). Cabe preguntarse, a propósito de este "punto determinante", si Gramsci es el primer pensador marxista que, al abordar el problema de la revolución superestructural, comienza a acercarse a Freud.[2]

Para Gramsci, la libertad de creación en el campo del arte es la condición necesaria para la expresión real del contenido moral, social y político que ella implica. La libertad reivindicada por Gramsci en el marco de esta motivación, para la *ciencia en general,* está de acuerdo con el principio según el cual sólo la libre investigación puede conducir a un saber auténtico. La cuestión que se plantea a propósito del problema de la "fijación de los límites de la libertad de discusión y de propaganda", es la siguiente: "¿Quién fijará los 'derechos de la ciencia' y los límites de la investigación científica? ¿Podrán fijarse alguna vez previamente esos derechos y límites?" Gramsci respondía, tomando abiertamente partido por la libertad de investigación y de pensamiento: "La personalidad histórica de un filósofo individual se halla también determinada por la relación activa existente entre él y el ambiente cultural que quiere modificar, ambiente que reobra sobre el filósofo y, al obligarlo a una continua autocrítica, funciona como maestro". Por la voluntad de hacer posible este intercambio intersubjetivo Gramsci explica que una de las reivindicaciones principales de las capas intelectuales modernas en el terreno político haya sido la de las libertades de pensamiento y de expresión (prensa y asociación). "Porque solamente donde existe dicha condición política se realiza una relación maestro-discípulo. . . y en realidad se realiza 'históricamente' un nuevo tipo de filósofo a quien puede llamarse 'filósofo democrático', o sea, el filósofo convencido de que su personalidad no se limita a su individualidad física, sino que se halla en relación social activa de modificación del ambiente cultural" (*MS,* pp. 26-27 [32]).

Durante la "revolución moral-intelectual", en la relación *destrucción-construcción,* Gramsci privilegia el segundo término y, por consiguiente, la necesidad de una *reconstrucción* en el campo del arte; este punto se revela más complicado que la gestión y el empleo racional de las fábricas, pues no se puede planificar el *nuevo arte* en una oficina, ya que el mismo surge de la relación entre los hombres y la nueva realidad. Gramsci realizó esa elaboración desde 1921: "El campo de la lucha por

[2] Esta idea, que requiere más desarrollo, invitará –así lo espero– más allá de las observaciones hechas apresuradamente y de pasada, a un esfuerzo de reflexión teórica profunda.

la creación de una nueva civilización es absolutamente misterioso, totalmente caracterizado por lo imprevisible y lo imprevisto. Una fábrica que pasa del poder capitalista al poder obrero continuará produciendo los mismo objetos materiales que produce actualmente. Pero, ¿de qué manera y bajo qué formas nacerán las obras poéticas, dramáticas, novelísticas, musicales, pictóricas, costumbristas y lingüísticas? Esas obras no son producidas por una fábrica material. Dicha fábrica no puede reorganizarse con un poder obrero, siguiendo un plan. Aquí no se puede prever la producción necesaria para la satisfacción de las necesidades inmediatas, no se pueden elaborar estadísticas. En este campo nada se puede prever excepto una hipótesis general: existirá una cultura (una civilización) proletaria, totalmente diferente de la cultura burguesa.[3] Existirá una poesía, una novela, un teatro, costumbres, una lengua, una pintura, una música características de la civilización proletaria, floración y ornamento de esa nueva organización social. ¿Qué queda por hacer? Nada más que destruir la actual forma de civilización" *(SF,* pp. 21-22).

En su *¿Qué hacer?,* Lenin había visto a los intelectuales como "portadores de la ciencia"; en los escritos publicados después de la toma del poder, como en la entrevista con la Zetkin, emite juicios sobre el problema de la autonomía de la creación, hablando a su vez de la *libertad* de la obra de arte. Gramsci avanza en un terreno que Lenin apenas había tenido tiempo de abordar, y se adelanta a éste con una gran audacia, afirmando que la intervención de lo alto para obtener un producto artístico que coincida con los intereses políticos inmediatos, se convierte en otra versión del viejo jesuitismo político y moral. Para Gramsci, la orquestación del arte, incluso para promover un nuevo arte, además de ofrecer resultados mediocres, hace que se pase del arte a la propaganda. En resumen, el arte no puede surgir como por encanto, en virtud del mandato de una voluntad política que viene desde lo alto; Gramsci observa, en sus notas de la cárcel: "Dos escritores pueden representar (expresar) el mismo momento histórico-social, siendo uno un artista y el otro un simple pintor de brocha gorda". Y prosigue, aclarando el sentido de la "lucha por un nuevo arte": "Es evidente que, para ser exactos, debe hablarse de lucha por una 'nueva cultura' y no por un 'nuevo arte' (en sentido inmediato). Tal vez tampoco pueda decirse que se lucha por un contenido nuevo del arte, que no podría ser pensado abstractamente, separado de la forma. Luchar por un nuevo arte significaría luchar por crear nuevos artistas, lo cual es absurdo, ya que éstos no pueden ser creados artificialmente. Se debe hablar de lucha por una nueva cultura, es decir por una nueva vida moral, que no puede dejar de estar íntimamente ligada a una nueva intuición de la vida, hasta convertirla en una

[3] También en este campo, las distinciones de clase desaparecerán, así como desaparecerá el "carrerismo" burgués.

nueva manera de ver y sentir la realidad, y por consiguiente, en un mundo íntimamente connaturalizado con los 'artistas posibles' y con las 'obras de arte posibles'. Por eso el arte es arte y no propaganda política 'querida' y propuesta" [*LVN*, pp. 22, 25-26].

Aplicando su metodología a la libertad de creación artística, Gramsci priva a la palabra "libertad" de su antiguo sentido burgués, y afirma que la grandeza que se *libera* en una verdadera obra de arte es el espejo de la madurez real y no aparente de un orden nuevo, de una nueva concepción, revolucionaria, del mundo, que vive no sólo en el artista, sino en las masas. En definitiva, ordenar a los artistas, como en la época stalinista, que produzcan miles de cuadros representando tractores, excavadoras, vacas y gallinas, o también al hombre staliniano henchido de heroísmo, no creó sino un mundo artístico "ficticio y postizo". Gramsci afirma: "La presión del político para que el arte de su tiempo exprese un determinado mundo cultural es actividad política, no de crítica artística. Si el mundo cultural por el que se lucha es un hecho viviente y necesario, su expansión será irresistible y encontrará sus artistas. Pero, si no obstante la presión, ese carácter irresistible no aparece ni actúa, significa que se trataba de un mundo ficticio y postizo, de una elucubración, sobre el papel, de mediocres que se lamentaban que los hombres de mayor estatura no estén de acuerdo con ellos" (*LVN*, p. 12 [28]).

La violencia en las cuestiones de pensamiento y de moral es estúpida e "inútil", dado que el objetivo de un *nuevo arte* no puede ser sino una "concepción del mundo" más elevada y diferente, aceptada racionalmente, mediante la cual el artista va al socialismo. El artista, a su vez, es un revolucionario, un intelectual orgánico, y no el *protegido* de un gobierno "paternalista".

DEL "INTELECTUAL ORGÁNICO" EN GRAMSCI AL "INTELECTUAL COMPLETO" EN MAO ZE-DONG

La lectura de Gramsci nos conduce invariablemente a confrontar su enfoque sistemático del proceso de formación y del papel de los intelectuales con la teoría y la práctica de Mao en el transcurso de la revolución china. El propio Mao reconoce a la estrategia revolucionaria un valor no instrumental, ya que está fundado en el vínculo orgánico entre lucha del proletariado e intelectuales, cuando escribe: "Sin los intelectuales no podemos realizar correctamente nuestro trabajo, por eso debemos esforzarnos por unirlos a nosotros. La sociedad socialista comprende tres categorías principales de individuos: los obreros, los campesinos, los intelectuales" (Mao, en el "Discurso en la conferencia nacional del PCCH sobre el trabajo de propaganda"). "En un país semicolonial y semi-

feudal, culturalmente subdesarrollado como China, los intelectuales son particularmente apreciados. En cuanto a los intelectuales, el CC ha tomado la decisión... de acogerlos con los brazos abiertos *con la condición de que sean revolucionarios* y estén dispuestos a participar en la guerra de resistencia..." (Mao, en "Rectifiquemos el estilo de trabajo en el partido", discurso de Yenán, 1o. de febrero de 1942 [en *Obras escogidas de Mao-Tse-Tung,* Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1968, t., III, p. 35]).

Para Gramsci, es indispensable el contacto con las masas: ésa es precisamente la definición de la filosofía de la praxis, que implica la relación necesaria entre teoría y acción, *conocer* para *transformar,* "praxis" y "transformación" es, para Gramsci, el trabajo revolucionario de las masas, no en un sentido abstracto sino en relación con la vida real, la práctica, la revolución histórica concreta que, en las masas, "halla... la fuente de los problemas que estudiar y resolver" (*MS,* p. 9 [13-14].

Ese vínculo entre el intelectual orgánico y el pueblo, más allá del que une teoría y práctica, es afirmado también por Mao, en términos notablemente parecidos: "Todo lo que ha sido sometido, en el proceso del conocimiento, a una elaboración que se funda en la práctica, refleja... la realidad objetiva de una manera más profunda, más fiel, más completa" (Mao: *Sobre la práctica* [en *Obras escogidas* cit., vol. I, p. 326]).

Los intelectuales forman un "bloque" con las masas y elaboran y hacen coherentes los principios que éstas perciben, para transformar el "sentir" en "comprender", como dice Gramsci, asumiento así una nueva función dirigente que, en el intelectual, se prolonga en una capacidad política, contribuyendo a la promoción de todo un pueblo y no de círculos restringidos de privilegiados. ¿Es esto la "revolución cultural"? Lo cierto es que la mejor traducción de la noción de "intelectual orgánico", entendiendo a éste como *ligado a la organización de clase,* consiste, en Mao, en situar al intelectual en las posiciones de la clase obrera, considerándolo en función de su comportamiento de clase. Para el intelectual, dice Mao, se trata "... de modificar su psicología, de salir de una clase y de entrar e incorporarse a otra..." (Mao: "Intervenciones en el foro de Yenán sobre arte y literatura", 1942 [en *Obras escogidas* cit., vol. III, p. 71]). Mao remplaza el término "intelectual orgánico" por la expresión prácticamente equivalente de "intelectual completo". Marx es el símbolo más alto del *intelectual completo,* dice Mao; en otras palabras, el intelectual Marx "ha participado en la práctica del movimiento revolucionario para retornar a la práctica que lo engloba todo, analizándola, estudiándola y luego generalizándola" (Mao: "La reforma de estudios, el Partido y la literatura", discurso de Yenán, 1o. de febrero de 1942 [en *Obras escogidas* cit., vol. III, p. 36]).

El problema, para el intelectual, sea "orgánico" o "completo", es no

sólo situarse en las posiciones de la clase trabajadora, sino convertirse en el elemento que da a ésta su homogeneidad, en vista de un desarrollo que se efectúa a partir de la base y favorece un progreso intelectual de masas. Precisamente Gramsci escribe, como ya señalé en el primer capítulo, que la filosofía de la praxis "afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples, no para limitar la actividad científica y mantener la unidad al bajo nivel de las masas, sino para construir un bloque intelectual-moral que haga posible un progreso intelectual de masas y no sólo para pocos grupos intelectuales" *(MS,* p. 11 [16]).

Ese mismo proceso de interdependencia entre cultura y masas para arribar a una síntesis dialéctica superior, es expresado por Mao, en su lucha contra el "estilo de cliché en el Partido", con estas palabras: ". . . Para retomar los términos de nuestros camaradas: ¿debemos elevar el nivel de la literatura y del arte o hacerlos populares? Dado que nuestra literatura y nuestro arte deben estar esencialmente al servicio de los obreros, de los campesinos, de los soldados, hacerlos populares quiere decir difundir el arte y la literatura entre ellos, mientras que elevar su nivel significa elevar el nivel de comprensión artística y literaria de esas categorías. . . No se puede, pues, distinguir claramente el problema de la popularización de la cultura y el arte, y el problema del mejoramiento del nivel" (Mao, en "Intervención sobre la literatura y el arte" en Yenán, 1942 [en *Obras escogidas* cit., vol. III, pp. 78-79 y 81]).

Del mismo modo, se puede decir que Gramsci aplica la "línea de masas" a la cultura (en un sentido "nacional-popular") tal como se expresa en Mao en la relación dialéctica entre vanguardia y masas, resumida en la famosa expresión: "En toda la actividad práctica de nuestro partido, un justo trabajo de dirección debe basarse siempre en el principio: partir de las masas para retornar a las masas" (Mao, en "Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección" [en *Obras escogidas* cit., vol. III, p. 119]). La traducción de esa relación dialéctica puede ser en Gramsci el paso del "sentir" de las masas al "saber" de los intelectuales y, luego, del "saber" al "sentir" de los "simples": "El elemento popular –escribe Gramsci– 'siente', pero no siempre comprende o sabe. El elemento intelectual 'sabe' pero no comprende o, particularmente, 'siente' . . . El error del intelectual consiste en creer que se pueda *saber* sin comprender y, especialmente, sin sentir ni ser apasionado (no sólo del saber en sí, sino del objeto del saber), esto es, que el intelectual pueda ser tal (y no un puro pedante), si se halla separado del pueblo-nación o sea, sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprendiéndolas y, por lo tanto, explicándolas y justificándolas por la situación histórica determinada; vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una superior concepción del mundo, científica y coherentemente elaborada. . . No se hace política-historia sin esta pasión, sin esta vinculación sentimental entre intelectuales y pueblo-nación. En ausencia de tal nexo, las

relaciones entre el intelectual y el pueblo-nación son o se reducen a relaciones de orden puramente burocrático, formal; los intelectuales se convierten en una casta o un sacerdocio" (*MS*, p. 115 [123-124]).

¿Casta, sacerdocio, aristocracia del saber separada del pueblo? En Mao Ze-dong encontramos, a propósito de las capas intelectuales, las preocupaciones expresadas en su texto ejemplar contra "el estilo de cliché en el partido", pronunciado en Yenán: "En nuestro partido ha aparecido un estilo de cliché . . . el estilo de cliché es un lenguaje chato e insípido. Numerosos camaradas encargados de la propaganda no aprenden la lengua, y su propaganda es bastante fastidiosa . . . pues un buen conocimiento de la lengua es imposible sin un estudio asiduo. Ante todo hay que aprender la lengua del pueblo. El vocabulario del pueblo es muy rico y muy vivaz y refleja la vida real: hay que aprender la lengua de las masas, no el lenguaje de los libros, la lengua de los paladines de la causa del pueblo para los cuales toda palabra, toda idea reflejan los sentimientos de millones de seres" [en *Obras escogidas*, cit., vol. III, pp. 55-56 y 62]).

Es lo que lo incita a estimular su paso orgánico a las posiciones del proletariado: ". . . Hay que recordar –dice Mao en su intervención en Yenán– que ningún artista o escritor revolucionario puede producir una obra significativa si no está ligado a las masas, si no logra expresar sus pensamientos y sus sentimientos [*pasiones* y *sentimientos* son las palabras que usa Gramsci] . . . Sólo quien hable en nombre del pueblo puede educarlo; sólo quien se convierta en su discípulo puede convertirse en su maestro. El que se comporte como señor o como aristócrata, inclinándose desde lo alto hacia el 'pueblo humilde', aunque tenga un gran talento no será de ninguna utilidad para el pueblo y su obra no tendrá ningún futuro. . ." [en *Obras escogidas* cit., vol. III, pp. 83-84]).

"Buen sentido" en Gramsci e "ideas justas" en Mao, sin embargo, no son siempre asimilables, pues las "ideas justas" están, me parece, mucho más fundadas en el plano materialista y *son tales* que expresan las "necesidades" de la clase, más que una "conciencia cultural". Como ya dije, en Mao más que en Gramsci, está reforzado el momento de la dialéctica (negación de la negación, negación de la destrucción). Sea como fuere, el discurso de Yenán sobre la literatura y el arte, que, en ciertos aspectos, refleja el realismo socialista, es menos rico que los textos de Mao del periodo siguiente, a partir de 1956 hasta la revolución cultural.

La nueva cultura, la manera nueva de concebir el mundo proceden, pues, de la filosofía de la praxis como desarrollo de nuevas relaciones sociales entre los hombres: "La filosofía de la praxis no sólo pretendía explicar y justificar todo el pasado, sino explicar y justificarse históricamente también a sí misma. Era, pues, el máximo historicismo, la liberación total de todo 'ideologismo' abstracto, la conquista real del mundo

histórico, el comienzo de una nueva civilización" *(MS,* p. 89 [97]).

Hay que ver una prueba suplementaria de la actualidad del pensamiento de Gramsci en el hecho político de que la mayor revolución de la historia después de la de Octubre de 1917, es decir, la revolución china, pone el acento con la misma insistencia en la vinculación entre teoría y práctica, en el valor de la lucha ideológica, en la batalla que hay que librar ininterrumpidamente en la superestructura, en la nueva concepción del mundo que hay que elaborar incesantemente, en la lucha *permanente* que hay que emprender en nombre del materialismo contra el idealismo ("toda la historia de la filosofía es la historia de la lucha y el desarrollo de dos escuelas filosóficas rivales, el idealismo y el materialismo" –dice Mao, así como Gramsci afirmaba que existe una lucha abierta y permanente entre "dos hegemonías" políticas opuestas), en el carácter "completo" u "orgánico" de la relación del intelectual con las masas, rechazando la aberrante división del hombre en dos seres distintos, uno que trabaja con su cabeza y otro con sus brazos, para hacer de todo hombre un *ser integral, un intelectual.* También para Mao Ze-dong, el problema de la hegemonía como dirección cultural se plantea aún antes de la toma del poder, *aún antes* de la victoria revolucionaria y *por lo tanto después* de la conquista del socialismo, sin solución de continuidad: "La cultura revolucionaria es para las masas populares una poderosa arma revolucionaria. Antes de la revolución, prepara ideológicamente el terreno y, durante la revolución, representa un sector importante e indispensable del frente revolucionario general" (Mao, en "Sobre la nueva democracia" [en *Obras escogidas,* op. cit., t. II, p. 397]).

En la resolución del CC del partido comunista chino, adoptada el 8 de agosto de 1966, verdadera Carta de la revolución cultura, se cita a Mao, en el punto núm. 1, en lo concerniente a la "nueva etapa de la revolución socialista", con esta directiva: "Para derrocar un régimen, necesariamente y en primer lugar es preciso preparar a la opinión y trabajar en el terreno ideológico. Esto es válido tanto para las clases revolucionarias como para las clases contrarrevolucionarias".

Mao define la línea estratégica de la revolución china en la superestructura o "revolución cultural" con términos que van en la misma dirección que todo el trabajo de investigación de Gramsci –de *La cuestión meridional* a los *Cuadernos*– sobre la *hegemonía ideológica* que el proletariado debe ejercer *antes* y *después* de la toma del poder:

"Aunque derrocada, la burguesía trata de corromper a las masas y de conquistar su corazón por medio del pensamiento, la cultura, los hábitos y las costumbres antiguos de las clases explotadoras, con el fin de lograr su restauración. El proletariado debe hacer lo contrario: oponer una réplica frente a cada desafío lanzado por la burguesía en el terreno ideológico y transformar la fisonomía *moral* [subrayado mío] de toda la sociedad con el pensamiento, la cultura, los hábitos y las costumbres

nuevos que son propios del proletariado. En el momento actual, nuestro objetivo es combatir y aplastar a los que detentan los puestos de dirección pero se han orientado en la vía capitalista, criticar a las 'autoridades' académicas reaccionarias de la burguesía, criticar la ideología de la burguesía y de todas las demás clases explotadoras, y reformar el sistema pedagógico, la literatura, el arte y todas las demás ramas de la superestructura que no corresponden a la base económica socialista, a fin de contribuir a la consolidación y al desarrollo del sistema socialista".

¿No hay una singular convergencia entre estas ideas y la afirmación de Gramsci de que el proletariado debe ejercer su hegemonía no solamente *antes* sino también *después* de la toma del poder? La práctica del movimiento revolucionario no puede descuidar en ningún momento la lucha ideológica, teórica, y por eso la famosa expresión de Mao, tomada de Lenin: "Sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario". Esta fórmula muestra claramente la importancia del movimiento cultural revolucionario para la práctica del movimiento revolucionario. Estos dos movimientos pertenecen a las masas. . . Un trabajador cultural revolucionario separado de las masas no es sino un 'general sin ejército' y su potencia de fuego es, desde luego, insuficiente para abatir al enemigo. . ." *ibid.* [*op. cit.*, t. II, p. 397]).

A propósito del intelectual incapaz de ligarse a las masas, Gramsci utiliza casi las mismas expresiones cuando declara: "Las 'vanguardias' sin ejército de refuerzo. . ., sin infantería y sin artillería, son, asimismo la imagen transpuesta del heroísmo retórico. . . así sucede con la concepción de las élites intelectuales separadas de las masas, pero no con la de los intelectuales que se mantienen orgánicamente ligados al conjunto de las masas nacionales y populares" (*R*, p. 198).

Como también dice Mao (en "Sobre la nueva democracia"): "Todos deben comprender que el pueblo es la fuente inagotable de nuestra cultura revolucionaria". También en este caso nos encontramos con la transposición de la noción gramsciana, a la que me referí extensamente, del paso del "sentido común" popular –como punto de partida de la nueva cultura– a su expresión más elaborada, la filosofía de la praxis, como "filosofía de masas".[4]

[4] "A este respecto, se presenta una cuestión teórica fundamental: ¿la teoría moderna puede estar en oposición con los sentimientos 'espontáneos' de las masas? ('Espontáneos' en el sentido de que no derivan de una educación sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino que se forman a favor de la experiencia cotidiana iluminada por el 'sentido común', es decir, la visión tradicional del mundo, espontaneidad que llamamos vulgarmente 'instinto' y que no es sino una forma primitiva y elemental de adquisición histórica). No puede estar en oposición: no hay aquí más que una diferencia 'cuantitativa' de grado y no de cualidad: por una especie de 'reducción' recíproca, se debe poder pasar de la una a los otros y viceversa (Recordemos que Emmanuel Kant aspiraba a que su teoría filosófica estuviera de acuerdo con el 'sentido común' ". . .) (*PP*, pp. 57-58).

EL "HOMBRE COLECTIVO": TRABAJO MANUAL Y TRABAJO INTELECTUAL. LA ALTERNATIVA PEDAGÓGICA DE GRAMSCI

En lo que se refiere a su relación con Mao, y más aún al problema de la revolución cultural, lo que me parece más importante en Gramsci es su esfuerzo teórico para elaborar una nueva *concepción* del intelectual según la cual el *homo faber* es inseparable del *homo sapiens:* "Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales", es la fórmula de Gramsci a la que ya me referí. "No hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens" (I,* p. 6 [13]).

En lo que se refiere a la relación entre objetividad y subjetividad, es evidente que Gramsci concede primacía a la "subjetividad", ligándola a la categoría de la "historicidad". Se trata de una manera de concebir lo objetivo, que anula la oposición especulativa entre objetivo y subjetivo. La historia real coincide pues con la acción del hombre que es su sujeto protagónico y no su instrumento: "No sólo la filosofía de la praxis –escribe Gramsci– está vinculada al inmanentismo, sino también la concepción subjetiva de la realidad, en cuanto la invierte, explicándola como hecho histórico, como 'subjetividad histórica de un grupo social', como hecho real que se presenta en forma de fenómeno de 'especulación' filosófica y es simplemente un hecho práctico, la forma de un concreto contenido social y el modo de conducir el conjunto de la sociedad a dotarse de unidad moral" *(MS,* p. 191 [198]).[5]

Gramsci utiliza indiferentemente las expresiones "hombre colectivo" y "hombre masa" para designar ese nuevo tipo de hombre que realiza la fusión entre el trabajador manual y el trabajador intelectual.

En los *Cuadernos,* el concepto de hombre carece de su contenido humanista (que caracteriza a todo el periodo juvenil) como lo muestra el siguiente pasaje, en el que el "hombre colectivo" se forma y se transforma "activamente, por medio de la técnica y el trabajo" es decir por la transformación de las relaciones sociales de producción que ponen fin a la división social entre trabajo manual y trabajo intelectual: "Todas las filosofías existentes hasta ahora reproducen, puede decirse, esta posición del catolicismo, o sea, que conciben al hombre como individuo limitado a su individualidad y al espíritu como tal individualidad. Y en este punto es necesario reformar el concepto de hombre. Es preciso concebir al hombre como una serie de relaciones activas (un proceso) en el cual, si

[5] En cuanto a la utilización del término *humanismo,* no olvidemos que tiene lugar en un espacio del que están claramente excluidas las nociones correlativas de "hombre en general" o "individuo". En Gramsci, el término humanismo reviste una función anti-idealista, por lo tanto polémica.

bien la individualidad tiene la máxima importancia, no es, sin embargo, el único elemento digno de consideración. La humanidad que se refleja en cada individualidad está compuesta de diversos elementos: 1) el individuo; 2) los otros hombres; 3) la naturaleza.

"Pero el segundo y tercer elementos, no son tan simples como puede parecer. El hombre no entra en relación con los demás hombres por yuxtaposición, sino orgánicamente, es decir, en cuanto forma parte de organismos, desde los más simples hasta los más complejos. Así, el hombre no entra en relación con la naturaleza simplemente por el hecho de ser él mismo naturaleza, sino activamente, por medio de la técnica y el trabajo. Y aún estas relaciones no son mecánicas. Son activas y conscientes; corresponden al grado mayor o menor de conciencia que de ellas tenga el hombre. Por ello se puede decir que cada cual se cambia a sí mismo, se modifica, en la medida en que cambia y modifica todo el conjunto de las relaciones de las cuales es el centro de anudamiento. En este sentido, el filósofo real no es y no puede ser otra cosa que el político, es decir, el hombre activo que modifica el ambiente, entendido por ambiente el conjunto de las relaciones de que el hombre forma parte. Si la individualidad misma es el conjunto de estas relaciones, crearse una personalidad significa adquirir conciencia de esas relaciones, y modificar la personalidad significa modificar el conjunto de estas relaciones" *(MS,* p. 28-29 [34]).

Los hombres, pues, son siempre "hombres-masa" u "hombres colectivos": "Por la propia concepción del mundo se pertenece siempre a un determinado agrupamiento, y precisamente al de todos los elementos sociales que participan de un mismo modo de pensar y de obrar. Se es conformista de algún conformismo, se es siempre hombre masa u hombre colectivo. El problema es éste: ¿a qué tipo histórico pertenece el conformismo, el hombre colectivo del cual se participa? Cuando la concepción del mundo no es crítica ni coherente, sino ocasional y disgregada, se pertenece simultáneamente a una multiplicidad de hombres masa, y la propia personalidad se forma de manera caprichosa: hay en ella elementos del hombre de las cavernas y principios de la ciencia más moderna y avanzada; prejuicios de las etapas históricas pasadas, groseramente localistas, e intuiciones de una filosofía del porvenir que será propia del género humano mundialmente unificado. Criticar la propia concepción del mundo es tornarla, entonces, consciente, y elevarla hasta el punto al que ha llegado el pensamiento mundial más avanzado. Significa también, por consiguiente, criticar toda la filosofía existente hasta ahora, en la medida en que ha dejado estratificaciones consolidadas en la filosofía popular. El comienzo de la elaboración crítica es la conciencia de lo que realmente se es, es decir, un 'conócete a ti mismo' como producto del proceso histórico desarrollado hasta ahora y que ha dejado en ti una infinidad de huellas recibidas sin beneficio de inventario. Es preciso efec-

tuar, inicialmente, ese inventario" *(MS*, p. 4 [8]). Se es intelectual porque, independientemente de la actividad profesional, "cada hombre. . . despliega cierta actividad intelectual. . . participa en una concepción del mundo, tiene una consciente línea de conducta moral, y por eso contribuye a sostener o a modificar una concepción del mundo, es decir, a suscitar nuevos modos de pensar" *(I*, p. 7 [13].

En los *Cuadernos*, en las notas sobre "Americanismo y Fordismo", contra la división capitalista del trabajo, Gramsci insiste también en el concepto de 'trabajador colectivo', a fin de lograr la unión de socialismo y democracia, de organización del trabajo y socialismo. El "trabajador colectivo" de Gramsci no puede ser reducido al esquema árido y anticuado del stajanovismo, o conciliado con las técnicas del trabajo por piezas, a ritmos cada vez más vertiginosos, o con los altos salarios o las primas de producción. Es otra cosa. En cuanto a los problemas de la organización del trabajo, Gramsci pertenece al primer grupo de socialistas anteriores al monolitismo staliniano, y sigue la orientación del marxismo clásico, según el cual la revolución se afirma también como nueva estructuración del trabajo; y esto, en relación con la capacidad del proletariado de hacerse "heredero" del más alto nivel de desarrollo de la "sociedad capitalista", considerada como *realidad objetiva* y que como tal, debe utilizarse y negarse al mismo tiempo.

Si el movimiento revolucionario logra plantear la cuestión de la dominación racional del aparato productivo y tecnológico contemporáneo (es éste el gran problema de Gramsci), los "tecnócratas" no podrán acusar al socialismo de ser muy bueno pero totalmente ineficaz y "utópico" en el marco del desarrollo de la producción.

¿En qué consiste, pues, la creación de ese intelectual de nuevo tipo? "El problema de la creación de un nuevo grupo intelectual consiste, por lo tanto, en elaborar críticamente la actividad que existe en cada uno en cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo nervioso-muscular en un nuevo equilibrio, y logrando que el mismo esfuerzo nervioso-muscular, en tanto elemento de una actividad práctica general, que renueva constantemente el mundo físico y social, llegue a ser el fundamento de una nueva e integral concepción del mundo" [*I*, p. 13]. Si el esfuerzo muscular y nervioso está asociado a una actividad productiva que contribuye a los progresos de la sociedad, ese esfuerzo es un hecho de conocimiento, un hecho intelectual, la primera piedra que sirve de fundamento a esa nueva y global visión del mundo. Mao no dice otra cosa: "en una sociedad sin clases –escribe en *Acerca de la práctica*–, cada hombre como miembro de la sociedad mantiene con ésta relaciones de producción determinadas y se consagra a la actividad productiva para resolver los problemas de la vida material de los hombres. En una sociedad de clase, los miembros de las diferentes clases mantienen, en variadas formas, relaciones de producción determinadas y se dedican

a una actividad productiva que tiende a resolver los problemas de la vida material de los hombres. Allí se encuentra el origen del desarrollo del conocimiento humano".

Toda la segunda revolución china –o revolución cultural– se presenta como un gigantesco esfuerzo, en un régimen socialista, para: *a.* hacer de todos los hombres, inmersos en una actividad productiva directa, intelectuales; *b.* fusionar al *homo sapiens* (que en la sociedad socialista se había reconstituido como capa o casta privilegiada) con el *homo faber;* en otros término, hacer un esfuerzo para unir el trabajo manual y el trabajo intelectual, desde la escuela, que sirve de crisol a la formación del niño, hasta el conjunto de las actividades más nobles –la investigación científica– a las que se consagra la intelectualidad.

En lo que se refiere al primer punto *(a),* hay que señalar la intervención masiva del proletariado chino en la superestructura, basándose ésta en la directiva de Mao: "El proletariado debe ejercer una dictadura total sobre la burguesía en el terreno superestructural, ocupando todos los sectores de la cultura" a fin de evitar todo retorno a una casta de intelectuales. En cuanto al segundo punto *(b),* hay que insistir en la revolución que se ha efectuado en todo el sistema de enseñanza escolar, con la consigna: "llevar hasta el fin la revolución proletaria en la enseñanza" y sobre todo –*horribile dictu* para los mandarines de la cultura occidental– a través del proceso de *reeducación* de los intelectuales chinos de todo orden y de todo grado. En definitiva, en el transcurso de esta revolución, Mao no ha hecho más que aplicar el principio de Marx de que "el educador debe ser educado" (encontramos repetidamente en Gramsci esta alusión a la tercera tesis sobre Feuerbach, cuando afirma que sólo se puede considerar "maestro" a quien esté en condiciones de resolver positivamente el problema de la relación entre instrucción y educación).

En cuanto a *la revolución de la manera de pensar de la juventud,* ésta se ha producido en China no sólo a través de la práctica política de los "guardias rojos", en quienes el "hacer la revolución" fue la principal "acción cultural", sino también a través de las ramificaciones del sistema escolar, desde la escuela elemental hasta la universidad. La intervención de Mao en el terreno de la enseñanza se basa en tres principios: 1) transformar el sistema de instrucción y hacer de él una forma de educación; 2) crear escuelas completas, uniendo los estudios con el trabajo manual; 3) reeducar a los maestros.

Gramsci escribe que "la separación de la instrucción y la educación" (distinción efectuada por la pedagogía idealista) implica por parte del alumno una pura pasividad, haciendo de él un simple "recipiente de nociones abstractas": reclama, pues, una "escuela unitaria" como base de toda orientación pedagógica. "El advenimiento de la escuela unitaria significa el comienzo de nuevas relaciones entre trabajo intelectual y trabajo industrial no sólo en la escuela, sino también en toda la vida social. El

principio unitario se reflejará, por lo tanto, en todos los organismos de cultura, transformándolos y dándoles un nuevo contenido... La organización académica deberá ser reorganizada y vivificada de un extremo al otro... integrando el trabajo académico tradicional... con actividades ligadas a la vida colectiva, al mundo de la producción y del trabajo... Se construirá un mecanismo para seleccionar y estimular el desarrollo de las capacidades individuales de las masas populares, capacidades hoy sacrificadas y frustradas... Cada círculo local debería tener necesariamente... secciones especiales que se encargarían de discutir los aspectos técnicos de los problemas industriales, agrarios, de organización y racionalización del trabajo, problemas fabriles, agrícolas y burocráticos, etc." *(I,* pp. 105-107 [118-119]). Como ya hice notar, Gramsci había reconocido que "en el mundo moderno la educación técnica, ligada estrechamente al trabajo industrial, aun el más primitivo y descalificado, debe formar la base del nuevo tipo de intelectual" *(I,* p. 7 [13-14]).

Gramsci propone, pues, una *alternativa pedagógica,* favoreciendo la aparición de un nuevo tipo de intelectual surgido de un sistema de educación único, a la vez intelectual y manual. Esta alternativa se asemeja a lo ocurrido en China durante la revolución cultural en lo que se refiere al sitema de enseñanza, cuando Mao comenzó por denunciar los métodos de selección (que habían reintroducido en la enseñanza superior de la China socialista una mayoría de hijos de dirigentes y funcionarios, "sacrificando las capacidades de las masas populares"), criticando ese tipo de enseñanza "con programas sobrecargados", concebidos para "atiborrar a los estudiantes como se rellena a los patos" (el "recipiente" al que alude Gramsci), y los "exámenes preparados como si se enfrentara a un enemigo", en todo semejantes a las pruebas de la época "de los exámenes imperiales". Es la escuela que, bajo la dirección del proletariado, ha servido de pivote a la revolucionarización de la mentalidad en el seno de la juventud, según la estrategia que afirma la hegemonía de la clase obrera en la superestructura: "Para realizar la revolución proletaria en la enseñanza, es preciso que la clase obrera asuma su dirección...". El trabajo manual, formando una síntesis nueva con el trabajo intelectual, ha permitido en la escuela china la realización de la directiva de Mao de 1966, llamada "directiva del 7 de mayo": "Sin dejar de consagrarse esencialmente a sus estudios, los estudiantes deben al mismo tiempo adquirir otros conocimientos. Deben instruirse no sólo en el plano cultural, sino también en el terreno industrial, agrícola, militar... los intelectuales burgueses deben dejar de dominar nuestras escuelas". Para Mao, como para Gramsci, el trabajo se convierte en un componente de la instrucción en la medida en que la propia actividad manual, en su función educativa, aparece como una forma de participación en la vida de toda la sociedad, no solamente para conocerla, sino para captar su naturaleza y transformarla. Esto es válido no sólo para las generaciones que hacen su

entrada en la vida sino también para *todos los hombres* de una sociedad en desarrollo; en esta perspectiva, China ha insumido tesoros de energía para hacer que el trabajo manual se convierta en la actividad por la cual pasa la inmensa mayoría del personal directivo de toda especie, de todos los órdenes, durante la revolución cultural. Esto se ha hecho a fin de evitar que se reconstituya una "nueva casta" de intelectuales, como se produjo en la URSS. "Es absolutamente necesario vigilar que el personal directivo participe en el trabajo colectivo de producción, pues pertenecen al partido o al Estado y son trabajadores como los demás, y no señores que viven a costa del pueblo" (Mao, en "El falso comunismo de Jruschov", etc., julio de 1964). La naturaleza pedagógica de la enseñanza en China obliga a todos a vivir a la vez las condiciones de trabajador manual e intelectual, pues la recomposición definitiva del *homo sapiens* y el *homo faber* en un solo hombre sólo se hará posible con el comunismo. En este sentido, el *trabajo manual de los dirigentes* en China es siempre más pedagógico y realizable que el inverso, o sea el trabajo intelectual de los obreros y campesinos, que es, no obstante, la gran ambición y el objetivo de la revolución cultural, con todas las tentaciones de "ultraizquierda" que implica esa subjetivización voluntarista extrema.

La *reeducación de los educadores* pasa a ser no sólo la expresión de una nueva concepción del mundo, sino también la ocasión de una renovada toma de contacto con la realidad en movimiento, con la *propia estructura,* que no es, como dice Gramsci, un "dios desconocido". Entre infraestructura y superestructura, los chinos establecen, precisamente revolucionando la superestructura, un enlace riguroso cuya justificación teórica nos ofrece justamente Gramsci. "¿Es que acaso la estructura es concebida como algo inmóvil y absoluto y no, en cambio, como la realidad misma en movimiento? La afirmación de las *Tesis sobre Feuerbach* sobre el 'educador que debe ser educado', ¿no concibe una relación necesaria de reacción activa del hombre sobre la estructura, afirmando la unidad del proceso real?" *(MS,* pp. 230-231 [239]). Además de superar la dicotomía entre trabajo intelectual y trabajo manual propia de la vieja sociedad, es preciso que el *homo sapiens* se convierta en el complemento del *homo faber;* incluso se podría llegar a decir que el nuevo intelectual, completo u orgánico, nace del trabajador políticamente comprometido. Se advierte que la fórmula de Mao "rojo y experto" se adapta como un guante a la de Gramsci "especialista + político"; la primacía de la política se une a la calificación técnica, sin solución de continuidad.

Estas anticipaciones audaces encuentran en la revolución cultural china y en la fase actual de construcción del socialismo en China, su plena confirmación histórica.

Creo que es el momento de hacer notar que la lección gramsciana, lejos de haber sido asimilada por los partidos que pretenden ser la vanguardia del movimiento obrero en Occidente, es ignorada cuando no

abiertamente combatida, del mismo modo, digámoslo, que la revolución cultural china, cuyo aspecto más "exasperante" reside precisamente –y ello no solamente para la URSS, sino también para todos los partidos comunistas occidentales– en esa actividad manual que está obligado a realizar el intelectual, en esa reeducación, considerada como menoscabo y un modo de desprecio hacia el intelectual, para quien se reclama, ahora y siempre, a imagen del "modelo siviético", un status privilegiado de pensador, de investigador, de científico, de teórico; un status, en definitiva, de hombre que no se debe "ensuciar las manos". Toda la pedagogía soviética, después de un comienzo revolucionario que la había situado en la vanguardia de la nueva enseñanza, ha terminado por basarse en esa división, típica de la sociedad capitalista, entre actividad intelectual y actividad manual. Puedo ofrecer un ejemplo personal: en el transcurso de la polémica entablada en noviembre de 1971, a propósito de mi libro *De la Chine*, la revista *La nouvelle critique* atacó justamente esa síntesis efectuada en China entre trabajo manual y trabajo intelectual, insistiendo en la concepción pequeñoburguesa y burguesa de la división necesaria del trabajo, y llegó a declarar que el "progreso técnico moderno implica necesariamente una división del trabajo cada vez más profunda", reconociendo como signo distintivo del progreso, *incluso en la futura sociedad socialista*, la división entre el hombre que trabaja con sus manos y el que trabaja con su cerebro (la revista ironizaba sobre el hecho de que, mediante el estudio, como referí en mi libro, un barrendero chino había popido convertirse en un inventor). Ahora bien, es precisamente esa absurda separación la que la sociedad moderna capitalista ve hoy cuestionada en la base, con una impugnación de todo el oprimente aparato que engendra, de la jerarquía y de la subordinación recíproca de los hombres según el grado de desarrollo de sus conocimientos intelectuales. Una monstruosa alienación, fundada en los valores retrógrados de la vieja civilización capitalista. Se mantiene esa barrera que Marx deseaba ver desaparecer para siempre, es decir, "la subordinación servil de los hombres y la división del trabajo". Y Lenin, del mismo modo, deseaba en *El Estado y la revolución* "un desarrollo tan alto del comunismo, con el que desaparece el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo físico, desapareciendo, por consiguiente, una de las fuentes más importantes de la desigualdad social moderna, fuente de desigualdad que de ningún modo puede ser suprimida de repente, por el sólo hecho de que los medios de producción pasen a ser propiedad social, por la sola expropiación de los capitalistas" [en V.I. Lenin: *Obras escogidas*, Buenos Aires, Cartago, 1965, t. IV, p. 389]. Además de seguir la vía abierta por Marx y Lenin, Gramsci es el único pensador marxista que, en el marco de la sociedad altamente desarrollada que conocemos, ha afirmado a título de hipótesis la necesidad de reconciliar los dos tipos de actividad, manual e intelectual, en el seno del mismo individuo, el *intelectual* orgá-

nico del proletariado, cuyo advenimiento pasa por la "autodestrucción" del *antiguo intelectual.* A propósito de esta *autodestrucción,* la revista *Rinascita* ha entrevistado recientemente (20 de abril de 1973) a un especialista de Gramsci, Leonardo Paggi, para pedirle que definiera en una perspectiva gramsciana la función y el papel del intelectual: "En mi opinión –respondió Paggi– hay que plantear previamente. . . que el intelectual acepte sin disimularla, pero tampoco sin invocarla exageradamente, su condición de 'hombre sin cualidades', es decir, que acepte y sitúe en el centro de su reflexión personal, con sus propios instrumentos, las razones de la imposibilidad de llegar a una forma real de autoidentificación cultural, social y política como intelectual, o sea como especialista de una disciplina determinada. Lo más significativo y liberador que se encuentra en la cultura italiana de este siglo pasa en sustancia por la aceptación de esa realidad. No quisiera parecer injurioso, pero si se quiere captar la personalidad de Gramsci y, en primer lugar, lo esencial de ella, *la modalidad de su pensamiento,* hay que tener en cuenta que la determinación de una opción política, tan marcada y profunda en el plano del pensamiento como la de Gramsci, va acompañada, en el terreno intelectual, de una aceptación de sí como hombre sin cualidades. Actualmente esto significa para nosotros, creo –parafraseando una famosa fórmula de Gramsci–, que no se milita en el partido de la clase obrera como filósofo, historiador, hombre de letras, etc., que asume un 'compromiso político', sino como intelectual que en su propio campo ha hecho la experiencia de la imposibilidad de interpretar el mundo a partir de instrumentos y de una óptica determinados. En este sentido el conjunto de cuestiones relativas a la crisis del intelectual encuentra en el plano teórico un eco más fiel y quizás más preciso, a través de la nueva corriente, que las diferentes formas de conocimiento y de expresión tienden a reivindicar". Esta fórmula de Paggi, según la cual el intelectual debe aceptar sin la menor presunción su papel de *"hombre sin cualidades"* encuentra, me parece, su justo lugar como conclusión a mis observaciones sobre el *intelectual orgánico,*

GRAMSCI Y LOS INTELECTUALES FRANCESES

Quisiera introducir las reflexiones siguientes sobre los intelectuales franceses con una advertencia, refiriéndome al texto de Gramsci ya citado y extraído de su polémica contra el *Manual popular de sociología* de Bujarin, para precisar bien que mis consideraciones se refieren a los "grandes" intelectuales incluso cuando, en razón de ciertas formulaciones, mi texto parecería dar lugar a ciertas generalizaciones que engloban a todos los intelectuales. "En realidad las menciones de los grandes intelectuales

son fugacísimas. Plantéase el problema de si no era preciso, en cambio, referirse sólo a los grandes intelectuales adversarios y dejar de lado a los secundarios, a los masticadores de frases hechas. Surge la impresión de que se querría combatir sólo contra los más débiles y muy especialmente contra las posiciones más débiles (o más inadecuadamente sostenidas por los más débiles) para obtener fáciles victorias verbales (puesto que no se puede hablar de victorias reales)" *(MS,* p. 124 [137]).

Por mi parte, en cambio, estoy dispuesta a "combatir contra los más fuertes" y ruego al lector, a lo largo de las páginas que siguen, que tome en consideración esta declaración de intención. Estas páginas, por lo demás, no son sino la transición hacia un trabajo de análisis y de reflexión sobre la sociedad francesa contemporánea que será la materia de mi próximo libro.

Gramsci ha extraído la mayoría de sus reflexiones sobre el concepto de hegemonía cultural en la burguesía, de su estudio sobre la organización cultural francesa, a la que analizaba como el edificio más acabado y mejor estructurado de la clase dominante a partir de la revolución de 1789, desde el punto de vista de la organización del consenso y de la formación de una voluntad nacional-popular. Gramsci estudia el siglo de las Luces, el jacobinismo y sobre todo, la revolución de 1789, a la que define como "una gran revolución cultural y moral", resumiendo en estos términos todo ese periodo histórico: "Francia fue lacerada por las guerras de religión y la victoria aparente del catolicismo, pero tuvo una gran reforma popular en el siglo XVIII, con el iluminismo y el volterianismo, la Enciclopedia, que precedió y acompañó a la revolución de 1789. Se trató realmente de una gran reforma intelectual y moral del pueblo francés, más completa que la alemana luterana, porque abrazó a las grandes masas de campesinos, porque tuvo un fondo laico decidido y porque intentó sustituir totalmente la religión por medio de una ideología laica representada por el vínculo nacional y patriótico" *(MS,* p. 86 [92-93]).

El jacobinismo francés (los jacobinos, dice Gramsci, "fueron ciertamente una 'encarnación categórica' del Príncipe de Maquiavelo. El Príncipe moderno debe tener una parte destinada al jacobinismo. . .") presenta, para Gramsci, una "ejemplificación de cómo se formó y operó en concreto una voluntad colectiva que al menos en algunos aspectos fue creación *ex novo,* original. . . voluntad como conciencia activa de la necesidad histórica, como protagonista de un drama histórico efectivo y real" *(M,* p. 6 [13]).

En cuanto a la concepción del poder, del Estado y particularmente del principio de la hegemonía, Gramsci descubre las huellas de un "jacobinismo" precoz en Maquiavelo, quien tuvo la intuición decisiva, ya en su época, en la Italia del siglo XVI, de la relación y de la alianza entre ciudad y campo, en vista de una expresión de la voluntad colectiva na-

cional y popular, así como de la relación dialéctica entre autoridad y consenso, tal como se expresa en *El Príncipe.* Como ya vimos, el Risorgimento italiano encuentra su límite histórico, según Gramsci, en la ausencia de un movimiento jacobino; el fracaso de este movimiento histórico está ligado al hecho de que tuvo lugar sin "la fuerza que en las otras naciones ha suscitado y organizado la voluntad colectiva nacional popular fundando los Estados modernos" (*M,* p. 7 [14]).

Esa misma fuerza creó en Francia un vínculo estrecho entre ciudad y campo y suscitó una voluntad colectiva con la irrupción *simultánea* de las grandes masas campesinas en la lucha política, masas sin las cuales no es posible ningún movimiento revolucionario: "Es imposible cualquier formación de voluntad colectiva nacional popular si las grandes masas de campesinos cultivadores no irrumpen *simultáneamente* en la vida política. Esto es lo que intentaba lograr Maquiavelo a través de la reforma de la milicia. . ." (*M,* p. 7 [14]).

El término "jacobino" define, pues, para Gramsci el contenido socioeconómico de una política revolucionaria, la aspiración a la hegemonía, por parte de una clase que busca su desarrollo histórico total, como precisamente trataron de hacerlo los jacobinos franceses con su política de alianza entre burgueses y campesinos y su estrategia de la "revolución permanente": "Mediante una lucha sin cuartel los jacobinos llegaron a desempeñar su papel de partido dirigente; éstos se impusieron de hecho a la burguesía francesa conduciéndola a posiciones mucho más avanzadas que las que hubieran deseado ocupar espontáneamente los primeros núcleos burgueses más sólidos. . . y uno de los rasgos característicos del jacobinismo y por tanto de toda la gran revolución, [fue] forzar la situación. . . y poner a los burgueses ante el hecho consumado, de manera irreversible, empujándolos más allá de sí mismos con patadas en las nalgas, a iniciativa de un grupo de hombres extremadamente enérgicos y resueltos" (*R,* pp. 84-86).

Pero al mismo tiempo, los términos jacobinismo y jacobino tienen en Gramsci una significación más compleja e incluso dos sentidos por completo diferentes, como lo reconoce él mismo, ya que ha habido una ruptura del vínculo que, al unir el *contenido* político-social y el *método* en esa experiencia histórica precisa de la revolución francesa, había constituido un todo orgánico (*R,* p. 75). El término "jacobino", caracteriza así no sólo ese aspecto positivo del que terminamos de hablar, sino también la acción ferozmente decidida y violenta emprendida por una minoría, el voluntarismo exasperado de un grupo sectario, autoritario, que trata de explotar una situación política, una orientación intelectualista-abstracta; estas consideraciones han hecho que Gramsci se negara a utilizar este término, así entendido, a propósito de los bolcheviques durante la revolución de Octubre, y se mofara de los "remedos jacobinos" en Italia. Los jacobinos franceses legaron a la burguesía naciente un Estado

unido y centralizado, pues, examinándolo desde el ángulo de la filosofía de la praxis, se puede apreciar "el valor histórico real y no abstracto que el jacobinismo ha tenido como elemento creador de la nueva nación francesa", valor que fue transmitido como patrimonio a los "conservadores, que en realidad eran hijos vergonzantes de los jacobinos y que, mientras maldecían sus excesos, administraban con cuidado la herencia"[6] (*MS*, p. 89, nota [96-97]).

Si bien es cierto que los jacobinos instauraron el Estado burgués, que hicieron de la burguesía una clase nacional, es decir, que dieron al Estado bases duraderas y crearon la realidad nacional compacta de la Francia moderna, es al mismo tiempo indiscutible, para Gramsci, que el jacobinismo siempre representó un elemento de fuerza interno en el seno de la burguesía. "A pesar de todo –escribe Gramsci– los jacobinos se mantuvieron siempre en el terreno de la burguesía (como) lo prueban los acontecimientos que sellaron su caída como partido con un carácter demasiado marcado y rígido, y la muerte de Robespierre. No quisieron reconocer a los obreros el derecho de coalición, manteniendo la ley Le Chapelier y por consiguiente debieron promulgar la ley sobre el *máximo.* Quebraron así el bloque urbano de París: sus tropas de choque, que se habían reunido en el Hôtel de Ville, se dispersaron desilusionadas y la reacción termidoriana triunfó. La revolución había tocado en sus límites las clases más amplias. . . la política de alianza y de revolución permanente terminó por plantear nuevas cuestiones que entonces no podían resolverse" (*R*, p. 86).

Sin embargo, es precisamente en los *Cuadernos* donde el término "jacobino" tiende a recuperar su sentido positivo de visión revolucionaria, en el cual están presentes la relación dictadura-hegemonía y la coherencia orgánica entre contenido y métodos, hasta tal punto que Gramsci dirá de Trotski que tenía "el temperamento jacobino carente de un contenido político adecuado". En cambio la "corriente" leninista manifestó un "temperamento y un contenido *jacobinos* considerando las nuevas relaciones históricas y no para utilizar una etiqueta literaria puramente intelectual" (*R*, pp. 89-90).

Se puede decir que Gramsci, en su estudio sobre "la formación de los intelectuales tradicionales como el problema histórico más interesan-

[6] Esta cita está tomada del siguiente pasaje: "Si los historicistas conservadores, teóricos de los viejo, están bien ubicados para criticar el carácter utópico de las ideologías jacobinas momificadas, los filósofos de la praxis están mejor ubicados, ya sea para apreciar el valor histórico real y no abstracto que el jacobinismo ha tenido como elemento creador de la nueva nación francesa, esto es, como hecho de actividad circunscrita a determinadas circunstancias y no ideologizado; como también para la misión histórica de estos mismos conservadores que, en realidad, eran hijos vergonzantes de los jacobinos y que, mientras maldecían sus excesos, administraban con cuidado la herencia" (*MS*, p. 89 [96-97]).

te" sitúa el origen de los intelectuales modernos en Francia en el jacobinismo y el movimiento de las Luces que posee numerosos elementos que aún hoy, en mi opinión, caracterizan a la intelectualidad francesa. Gramsci pone el acento en el fenómeno parisiense de "concentración" de los intelectuales de todo orden y de todo tipo, como "expresión burocrática" del "movimiento nacional unitario que había tenido lugar en Francia"; pero, como ese movimiento de centralización se produjo "después de la Revolución y sobre todo con Napoleón", fue un "centralismo nacional" y "no burocrático". Recordemos a este respecto que Gramsci hace coincidir en la historia antigua el cambio de la condición social de los intelectuales con el paso de la República al Imperio, en el momento en que César reconoce la ciudadanía a los médicos y los maestros de artes liberales, a fin de incitarlos a habitar en Roma. César se propone, pues, según Gramsci: "1o.) hacer establecer en Roma a los intelectuales que ya se encontraban en ella, creando así una categoría permanente de ellos, ya que sin su permanencia no se podía crear una organización cultural. . .; 2o.) atraer a Roma los mejores intelectuales de todo el Imperio romano, promoviendo una gran centralización" (*I*, p. 13 [21]). París asume igualmente, desde antes de la Revolución pero sobre todo después de ella, ese papel de polo de atracción y ese tipo de formación de las capas intelectuales se origina en el marco de una entidad nacional unitaria, lo que hace que Gramsci considere a Francia como el ejemplo de un país que "es el exponente de un tipo de desarrollo armónico de todas las energías nacionales y especialmente de las categorías intelectuales". De ahí la afirmación: "Cuando en 1789 un nuevo grupo social surgió políticamente en la historia, el mismo estaba completamente capacitado para todas sus funciones sociales y por eso luchó por el dominio total de la nación, sin avenirse a compromisos esenciales con las viejas clases, sino subordinándolas a sus propios fines. Las primeras células intelectuales del nuevo tipo nacen con las primeras células económicas: la misma organización eclesiástica sufre su influencia (galicanismo, luchas precoces entre la Iglesia y el Estado). Esa maciza construcción intelectual explica la función de la cultura francesa en los siglos XVIII y XIX, función de irradiación internacional y cosmopolita, y también de expansión con características imperialistas y hegemónicas en modo orgánico; por lo tanto muy distinta de la italiana, de carácter inmigratorio, personal y disgregado que no refluye sobre la base nacional para potenciarla sino que tiende a hacer imposible la constitución de una firme base nacional" (*I*, p. 14 [22]).

Aún hoy, a pesar de las crisis, las contradicciones y las enormes brechas que la explosión de mayo del 68 ha abierto en la hegemonía ideológica burguesa, París conserva ese papel "cosmopolita" de gran centro intelectual del mundo y desempeña su función polarizadora tendiente a reforzar la base cultural nacional (burguesa). París es la ciudad que con-

tinúa aceptando, de acuerdo a toda su tradición, dentro de su organización cultural, "la emigración de cerebros" en el más alto nivel. (Sería interesante estudiar cuántos intelectuales de origen extranjero ocupan actualmente cargos en los peródicos, las revistas, las editoriales y en los grandes centros culturales en general). Se ve muy claramente cómo se efectúa, a través de las organizaciones de intelectuales franceses, la unión entre infraestructura y superestructura, en la que constituyen una articulación; y también se ve cómo se establece la jerarquía entre "grandes intelectuales", es decir, los mandarines de la cultura parisiense, y pequeños intelectuales, con una proporción enorme de técnicos en los grandes centros y una mayoría de docentes en los medios rurales (400 000 maestros). Y lo que Gramsci decía es válido para el conjunto de la organización del capitalismo monopolista de Estado, por lo tanto para Francia y más aún para París, a saber que "los altos intelectuales urbanos se confunden cada vez más con el estado mayor industrial propiamente dicho" (*I*, p. 11 [18]).

Francia presenta, pues, una sólida organización intelectual, tal vez la más sólida, orgánicamente ligada al poder a pesar de las crisis coyunturales y fiel a la misión que se le confía, el ejercicio de la hegemonía, para mantener instalado todo el sistema de "casamatas y trincheras" que caracteriza a una sociedad civil que posee en Francia múltiples niveles de articulación y ramificaciones en el nivel superestructural. Los intelectuales franceses. como " 'empleados' del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía" [*I*, p. 16], parecen desempeñar plenamente su papel de elemento articulador entre infraestructura y superestructura, papel importante e irremplazable para la hegemonía burguesa en un país "cultivado". Según Gramsci, lo que caracteriza a esta intelectualidad, a pesar de todas sus baladronadas y sus violentas filípicas antiburguesas, es su sentido congénito de la disciplina hacia los centros del poder cultural, su adhesión a los valores nacionales y patrióticos que se inscribe en el linaje de esa ideología enteramente laica representada por la solidaridad nacional y el patriotismo que fue la fuente del jacobinismo.

Siempre a propósito de Francia y para atenerse al país occidental que ha sabido imponer mejor su dominación intelectual, Gramsci escribe: "La hegemonía burguesa es muy fuerte y tiene muchas reservas. Los intelectuales están muy concentrados (Instituto de Francia, universidades, grandes periódicos y revistas de París) y aunque numerosísimos, son en el fondo muy disciplinados en los centros nacionales de cultura." (*M*, p. 105 [127]). Y agrega Gramsci, a propósito de ese encarcelamiento orgánico de los intelectuales que se efectúa en espiral en todos los niveles, de la administración civil a la administración militar: "La burocracia civil y militar tiene una gran tradición y ha alcanzado un elevado grado de homogeneidad activa" (*M*, p. 105 [127]).

En otras palabras, la misión de la burocracia de toda especie y en todos los niveles es hacer "asimilable" y homogénea, *activamente*, a la ideología burguesa, por "indigesta" que sea, para "mantener al pueblo en una relación estrecha con el grupo dirigente, incluso en literatura".[7] Por lo demás, ninguna burguesía –y es ésta una prueba de la solidez de su dominio ideológico– parece temer menos a sus intelectuales –aunque éstos pertenezcan a la izquierda– que la burguesía francesa, que les reserva en el marco de la Academia –creada bajo la monarquía absoluta, coincidente con el advenimiento de Luis XIV al poder y con lo que se llama el "siglo de oro" de la literatura francesa– los honores más espectaculares, en los límites de la *sublimación*, calificando a sus miembros de "Inmortales",[8] adjetivo que traduce una admiración delirante de la que no se encuentra equivalente en ningún otro lugar. Ninguna burguesía europea mantiene a sus funcionarios con un nivel de remuneración tan elevado, siendo además el salario más importante cuanto más prestigiosos

[7] Las "Notas críticas sobre una tentativa de 'ensayo popular de sociología' ", a propósito del texto de Bujarin (al que Gramsci hace una crítica de izquierda antistaliniana) subrayan de manera explícita las relaciones que los intelectuales franceses, incluso en un plano literario y filosófico, mantienen con las masas para guiarlas en estrecho contacto con los representantes de la ideología dominante: "En la literatura filosófica francesa existen más estudios sobre el 'sentido común' que en otras literaturas nacionales; ello se debe al carácter más estrechamente 'popular-nacional' de la cultura francesa, o sea, al hecho de que los intelectuales tienden, más que en otras partes, por determinadas condiciones tradicionales, a acercarse al pueblo para guiarlo ideológicamente y mantenerlo unido al grupo dirigente. Por ello, se podrá hallar en la literatura francesa mucho material sobre el sentido común para utilizar y elaborar. La actitud de la cultura filosófica francesa hacia el sentido común puede ofrecer un buen modelo de construcción ideológica hegemónica" *(MS*, p. 124 [127]).

[8] "Pero aún hoy, la Academia ha conservado el poder de halagar la vanidad de los espíritus más libres. Una vez miembro de la Academia, el feliz Inmortal ve crecer, de manera muy apreciable, su independencia y su autoridad. El académico recibe el homenaje no sólo de todos aquellos que depositan su candidatura en la Academia, sino también del círculo infinitamente más vasto de los que esperan hacerlo algún día. La Academia dispone de una renta anual de varias centenas de miles de francos que cada año distribuye en premios literarios. Éstos contribuyen igualmente a extender su influencia. En fin, el académico es un hombre que ha "llegado". Mientras era sólo un candidato, debía imponerse una prudente reserva, a fin de no herir ninguna susceptibilidad. Una vez electo, reconquista de golpe su libertad de palabra y su independencia de pensamiento. "El esclavo romano –dice Fernand Vanderem– sólo conocía esta dicha el día de las Saturnales. El Académico. . . la conoce todos los días que Dios hace". También están ligadas a su elección ventajas materiales. Tan pronto como un escritor puede hacer seguir su nombre de la mención "de la Academia francesa", sus derechos de autor aumentan como por arte de magia, al mismo tiempo que la tirada de sus libros" *(La Littérature*, Hachette, 1927).

Esta cita sobre Francia, tomada de un famoso ensayo del alemán E.R. Curtius (1933) puede aplicarse actualmente, creo, al conjunto de los grandes intelectuales que han "llegado".

son los títulos y grados obtenidos en los concursos universitarios o en el marco de las "Grandes Escuelas", comenzando por la Escuela Nacional de Administración (ENA), la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm, la Escuela Politécnica, la Central, la de Minas, donde se selecciona a los intelectuales.[9]

En nuestros días, los grandes tecnócratas del Estado, orgullo de Francia, que poseen el poder real, no son tanto los hombres de letras como más bien los altos funcionarios de la administración, esos "supermen", egresados de la Politécnica y de la ENA, que consagran el acceso a los grandes cuerpos administrativos y técnicos de la Nación. En Francia, el sistema de remuneración presenta esta particularidad: los más altos grados universitarios son pagados por el Estado según una escala de sueldos cuyo índice corresponde al de los generales y jefes militares de más alta graduación. La burguesía francesa, según el análisis gramsciano, asimila, pues, hasta en su modo de remuneración, a los funcionarios civiles y militares de la sociedad en la misma burocracia al servicio del Estado. Francia es el país en el que la "conservación" del intelectual es objeto de la atención más escrupulosa. Ofrece generosamente su caución para la "consagración" de los intelectuales en todos los niveles, y por eso cada uno tiene su lugar en las bibliotecas, los museos, las galerías, los periódicos, las editoriales, etc. La burguesía francesa elabora, incluso, un escrupuloso inventario de toda la producción intelectual, poniéndola a salvo del paso del tiempo. A menudo se concede a los intelectuales una importancia excesiva con relación a su valor real, lo que se explica en parte por el hecho de que en Francia —aunque existan rivalidades feroces entre grupos, salones y clanes culturales, que dan lugar a luchas tan sanguinarias en palabras como inofensivas en los actos—, *no existe un verdadero pensamiento crítico* (se adora o se detesta, y eso es todo) y también por el hecho de que la burguesía hace de ellos una verdadera "casta". Este fenómeno está acompañado de una ignorancia o de una gran indiferencia respecto a la producción intelectual extranjera (recordemos una vez más que Gramsci aún no ha sido traducido al francés y que Marx, Engels, Freud y Joyce siguen esperando el imprimátur para la publicación de sus obras completas). El sentimiento de superioridad de los intelectuales parisienses respecto a los intelectuales extranjeros y su cultura es asimismo una forma de "autoconservación" y de "autoexaltación" que contribuyen a reforzar la hegemonía burguesa y responden a su pasión cosmopolita, en vista de preservar a ese magíster intelectual que Francia detenta desde el siglo XVIII. Precisemos también que los intelectuales franceses son consumidores insaciables, *en primer lugar* de su propia cultura; sólo después se alimentan (siempre parsimoniosamente)

[9] Cf. sobre este punto *L'Enarchie* (Calmann-Lévy) y *La Mafia polytechnicienne* (ed. du Seuil).

de cultura extranjera. El gran intelectual francés termina por convertirse, aún en vida, en una institución para el Estado burgués: Aragón, Sartre, Lacan, Malraux, Barthes, Foucault, Aron e incluso Althusser y Bettelheim son considerados, independientemente de sus posiciones políticas de izquierda o de derecha, ante todo como grandes intelectuales, y punto. A Pompidou le gustaba citar a Aragon y Eluard, y de Gaulle escribía a Sartre, a propósito del Tribunal Rusell, llamándolo "mi querido maestro".

Gramsci efectúa una distinción teórico-política muy clara entre cosmopolitismo e internacionalismo. El cosmopolitismo es la difusión de la cultura de la clase dominante o de la que está por convertirse en dirigente, a favor de una conmoción histórica (por ejemplo, la Revolución francesa); el internacionalismo, en cambio, se funda en una nueva concepción del mundo y de su transformación en una perspectiva revolucionaria y a través de un combate teórico-político que tiene como protagonistas a las masas (por ejemplo, la Revolución de Octubre). Mientras el cosmopolitismo es un fenómeno de élite, el internacionalismo implica la participación de enormes masas humanas. Escribe Gramsci: "En el 1700 el cosmopolitismo de los intelectuales fue 'máximo', pero ¿a cuántas fracciones del conjunto social alcanzaba? ¿Y no se trataba en gran parte de una manifestación hegemónica de la cultura y de los grandes intelectuales franceses?" *(M,* p. 163 [195]). Gramsci utiliza también un lenguaje diplomático para designar a los intelectuales que desempeñan el papel de "embajadores" de la cultura: "La función cosmopolita de los intelectuales franceses desde el siglo XVIII hasta nuestros días tiene un carácter completamente diferente de la que ejercían los italianos precedentemente. Los intelectuales franceses expresan y representan explícitamente un bloque nacional compacto del que son 'embajadores' culturales", etc. *(PP,* p. 215).

Estableciendo una vinculación entre internacionalismo y política nacional, Gramsci redefine igualmente de manera indirecta la relación entre un cosmopolitismo vagamente ideológico y un internacionalismo que, en su contenido, se funda en una política realista: "El desarrollo se cumple en la dirección del internacionalismo, pero el punto de partida es 'nacional' y de aquí es necesario partir. Pero la perspectiva es internacional y no puede menos que ser así. Es preciso por ello estudiar con exactitud la combinación de fuerzas nacionales que la clase internacional deberá dirigir y desarrollar según las perspectivas y directivas internacionales. La clase dirigente merece ese nombre sólo en cuanto interpreta exactamente esta combinación, de la que ella misma es un componente, lo que le permite, en cuanto tal, dar al movimiento una cierta orientación hacia determinadas perspectivas" *(M,* p. 114 [139]).

Todos los intelectuales franceses dependen más o menos del Estado,[10] e incluso los que se llaman revolucionarios reciben fuertes subvenciones, sea de parte de las instituciones culturales estatales y universitarias, sea de los centros culturales de todo tipo que se consagran a las actividades intelectuales más diversas, sea de las editoriales. Actualmente existe también una red de mil ramificaciones secretas que abarca toda la estructura de los servicios ministeriales encargados de la "investigación tecnológica" (sin hablar de la ORTF).* No existe, sin duda, un país en el que se verifique mejor que en Francia el juicio de Gramsci sobre la "ilusión" idealista que permite que el intelectual se considere *autónomo, independiente* del régimen social bajo el cual vive y se desenvuelve, y en el que constituye, junto a todos los demás intelectuales, una verdadera "casta".

Pero, para volver a las consideraciones de Gramsci sobre los intelectuales franceses, se puede decir que el juicio más definitivo que ha emitido sobre las razones de su "fragilidad" y de su "obediencia" a la burguesía, figura en esta nota titulada "Bizantinismo francés": "La tradición cultural francesa, que presenta los conceptos en términos de acción política y en la cual reflexión teórica y práctica se desarrollan formando un todo histórico, podría parecer ejemplar. Pero esta cultura ha degenerado rápidamente después de los acontecimientos de la gran revolución, convirtiéndose en una nueva Bizancio cultural. Los signos de esta degeneración estaban ya activamente presentes, cuando culminaba el gran drama revolucionario, en los propios jacobinos, que eran sus protagonistas más decididos y cabales. La cultura francesa no tiene un carácter 'pan-político' en el sentido en que hoy lo entendemos, sino jurídico. El modo de expresión francés no tiene el dinamismo sintético que es propio del hombre políticamente comprometido en la lucha; es más bien el del jurista que sistematiza abstracciones formales: la política francesa consiste principalmente en elaborar formas jurídicas. El francés no tiene el espíritu dialéctico y concretamente revolucionario, incluso cuando actúa como revolucionario: su proyecto es siempre 'conservador', pues trata de dar una forma perfecta y definitiva a todas sus nuevas realizaciones. Al innovar, piensa

[10] ¿Es necesario recordar, a este respecto, la vulgaridad de las declaraciones de Druon, ministro de Cultura de Pompidou, quien adoptó una actitud brutal hasta ahora ausente de las declaraciones oficiales? "La gente que golpea a la puerta de este ministerio con una escudilla en una mano y un coctel Molotov en la otra, deberán elegir". Esta declaración de tono amenazante es un llamado al orden que se dirige directamente a los intelectuales para que recuerden que son los "agentes de la superestructura" bajo la dependencia económica del Estado.

* Oficina de Radiodifusión y Televisión Francesa, que centralizaba la gestión de dichos medios en Francia, donde, como en otros países, existe el monopolio estatal en ese campo. Recientemente, el gobierno francés disolvió la ORTF, que ha sido sustituida por siete compañías separadas que administrarán los canales de televisión y las emisoras radiales [T.].

ya en conservar, en congelar lo nuevo codificándolo" *(PP*, p. 213).
cándolo" *(PP*, p. 213).

Según Gramsci, la mayor debilidad histórica de este tipo de intelectual reside en esa separación entre pensamiento y acción, incluso cuando parece estar en su intención el establecimiento de un enlace ejemplar entre lo que elabora intelectualmente y las formas de su acción. Esta incapacidad para establecer una correspondencia entre una teoría y una práctica consecuente, halla su origen en el papel que tuvieron que asumir los intelectuales del siglo de las Luces, los jacobinos, que fueron esencialmente los *organizadores* de los fundamentos de la nación nueva y de las formas jurídicas del futuro gobierno de la burguesía. Los intelectuales jacobinos, teniendo en cuenta su contexto histórico, no captaban el carácter de clase de la estructura social y concebían su propio papel como esencialmente unitario, es decir suponían que respondía a los intereses fundamentales de la Nación, *por encima de las clases* y en relación directa con el Estado, en el que eran la articulación entre infraestructura y superestructura. Pero si esta función unitaria, aureolada del mito nacional (concreto), servía en esa época para promover el Estado burgués, ya contenía los gérmenes de su degeneración, como observa Gramsci, en el sentido de que esa identificación con el Estado, con la Patria, con la Nación, convirtiéndose luego en una de las constantes de esa intelectualidad, le impediría afirmarse como fuerza revolucionaria, como detonador de la explosión de las contradicciones entre infraestructura y superestructura. Esta manera de "sistematizar incluso lo nuevo" se ha traducido y se sigue traduciendo en una ideología del orden. Modalidad más cartesiana que dialéctica. Por lo demás, la intelectualidad parisiense no domina la dialéctica, porque ésta y el materialismo histórico son un producto de importación, introducido en Francia por Hegel, Marx y Engels. A menudo, el cerebro de ciertos intelectuales hace pensar en un "jardín a la francesa", en el que cada planta, cada arbusto tiene su lugar asignado, ése y no otro. Basta que caiga una piedra para que se rompa el bello ordenamiento, para que el intelectual, espantado, experimente una parálisis que lo incapacita para "reorganizar" su espacio mental. El "mal francés" no es solamente el gusto por la abstracción y el bizantinismo, es también la falta de imaginación. El orden apreciado por esta intelectualidad se manifiesta a través de la razón, la técnica, el conocimiento y, ante todo, en el respeto al Derecho con mayúscula, incluso en la izquierda. Ideología abstracta de maníacos de la clasificación, de organizadores puntillosos y aplicados que, aunque se tomen por tales, no tienen el espíritu de los combatientes políticos que saben que *todo puede perderse* para siempre; al contrario, aún después de la explosión y la rebelión, vuelven casi siempre a su "cómoda" posición de pensadores en un sistema de hegemonía burguesa estructural sobre la base de la Nación tal como se ha formado en los siglos XVIII y XIX y dentro de una institu-

ción (como a veces se considera a los partidos de izquierda). En este sentido se puede decir que la mayoría de los intelectuales, tomando en consideración el lugar y el papel que ocupan en la antigua superestructura, son "tradicionales" y, como escribe a este respecto Marcelin Pleynet: ". . . si se observa de una manera suficientemente amplia y precisa, se verá que en su cultura, en sus desplazamientos ideológicos, el sujeto que encontramos hoy ha nacido en el siglo XIX; no tiene otra cultura, no tiene otro fondo histórico que el que le suministra esa especie de trans-historicismo burgués" *(Promesse,* núm. 34-35, 1973, p. 17). Los intelectuales difunden a veces entre las masas esa "falsa conciencia" que obstaculiza la "toma de conciencia revolucionaria" porque encubre, sofoca e impide que estallen las contradicciones que se manifiestan entre la base económica y la superestructura ideológica. Frecuentemente sus batallas no son sino combates imaginarios. No hay duda que *el pensamiento político en Francia es pobre,* mucho más pobre que en Italia, incluso en la extrema izquierda (a la inversa de lo que sucede en el campo de la literatura y las ciencias humanas) y es extremadamente raro encontrar, incluso entre los intelectuales más rigurosos en sus estudios, *pensadores políticos,* es decir, hombres que innoven, inventen en materia política o bien que sean capaces de establecer un enlace entre teoría y práctica, ajustándose a la realidad de su país y de su tiempo. Desde el punto de vista del florecimiento del pensamiento político, Francia se muestra hoy como un país muy viejo en el cual reaparecen simpre las mismas fórmulas, los mismos lugares comunes, exceptuando los grandes momentos revolucionarios.

El intelectual politizado que actúa, por así decir, en primera línea, en el campo del movimiento obrero, a fin de introducir lo "nuevo", efectúa a menudo en política intervenciones de retaguardia, en el sentido de que sus elaboraciones ya han sido pensadas en otro lado, o han sido objeto de un acto político y de enfrentamiento en el combate político y teórico emprendido por otros partidos comunistas. Así como el último libro de Althusser *Réponse ă John Lewis* [*Para una crítica de la prăctica teórica,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1974]), el filósofo marxista que ha tenido indudablemente el mérito mayor de reintroducir el estudio de Marx en una Francia aún positivista, aparece políticamente superado por textos de militantes comunistas italianos, escritos en 1970 y 1971, que versan sobre el carácter de la revolución cultural china, sobre el economicismo de la III Internacional, sobre las discrasias del XX congreso y la farsa del "culto de la personalidad", en fin, sobre el análisis de clase del movimiento checoslovaco reprimido por los rusos.

Se puede admirar, por cierto, la manera en que esos temas han sido ordenados y articulados por filósofos y escritores, con sus fórmulas bien acuñadas y una prolijidad de calígrafos; ése es su talento. Pero su *sustancia* no es nueva, e incluso ha envejecido respecto a los escritos políticos

de comunistas de países extranjeros, a los que casi nunca hacen referencia. Nunca se citan sus nombres, siguiendo un hábito según el cual el intelectual francés, cuando escribe, fuera de las citas de los grandes clásicos, ignora voluntariamente lo que le es contemporáneo, más por "megalomanía" que por nacionalismo. No obstante, probablemente esa penuria, ese *retardo político* pueden deberse también a la mayor "coerción" y "dureza" del PCF respecto a sus intelectuales, como explicaré más en detalle en las conclusiones a este capítulo. Por eso, en este marco, podemos demostrar una mayor "comprensión": el intelectual militante francés busca a veces una coartada en las batallas políticas que ya han tenido lugar en otra parte, en otros partidos comunistas, en otros movimientos obreros, a fin de no sufrir consecuencias demasiado pesadas. Podemos comprender que espere "coyunturas" más favorables, en las que el peligro de sufrir "represiones" disminuya o desaparezca totalmente, cuando esos "conceptos" circulan ya en el movimiento comunista y otros ya han experimentado, a cara descubierta, todas sus consecuencias.

Para Gramsci, el poder de la hegemonía burguesa que es tal que garantiza la "obediencia" de los "grandes intelectuales" y de la "burocracia militar y civil" y que no es *analizado críticamente* en ese carácter por quienes son "agentes de la superestructura"– explica asimismo la ausencia de un verdadero pensamiento revolucionario en Francia a comienzos del siglo XX.

Es en la época de la Comuna cuando París, según Gramsci, desempeña el papel de "cabeza revolucionaria de Francia", después de la sangría de 1871, a la que siguió un "chato oportunismo". "El radicalismo unifica así en el plano intermedio de la mediocridad pequeño burguesa a la aristocracia obrera de la ciudad con el campesino ocioso de la campaña. Después de la guerra continuó el desarrollo histórico, tronchado a sangre y fuego en 1871, pero en una forma incierta, informe, oscilante y, en especial, privado de cerebros pensantes" (*M*, p. 112 [136]). Esta amputación ha creado un vacío teórico que aún no ha sido cubierto y es esto lo que explica por qué actualmente el pensamiento político sigue siendo, en Francia, un pensamiento mutilado. Pero también hay que decir algo sobre el efecto de condicionamiento que deriva de los orígenes del socialismo francés, el cual, a la inversa de los grandes pensadores marxistas o de filósofos de la praxis como Lenin, Luxemburgo, Gramsci, Labriola, no introduce ruptura alguna en el pensamiento político (los pensadores de Francia son entonces Jaurès o Guesde, los grandes tribunos). No hay duda que Francia no ha tenido pensadores marxistas, como lo lamenta Althusser en *La revolución teórica de Marx,* y que la filosofía de la historia y la dialéctica materialista son importadas del extranjero (por lo demás, en la tradición de los grandes filósofos franceses hasta fines del siglo XIX, no ha habido filósofo de la historia, excepto Montesquieu). El pensamiento marxista francés no se articula con la crítica his-

tórica, sino que se alimenta más bien de las ciencias naturales y de un marxismo codificado en nuevas reglas, en un positivismo que ha osificado la realidad y, en consecuencia, ha encerrado la filosofía en una "nueva teología materialista"[11] (*M*, p. 184). Esta influencia ha tenido una repercusión en la formación del pensamiento socialista francés, de modo que se puede afirmar que el socialismo en Francia, "en el espíritu de sus teóricos y en el de sus jefes y de quienes los inspira, tenía la triste ventaja de que se lo comparese con el pensamiento más seco, más árido, más desesperadamente estéril del siglo XIX, el positivismo" (*SF*, pp. 12-13). Y Gramsci subraya, entre otras, las relaciones que establecieron entre 1890 y 1900, los intelectuales socialistas y los positivistas en Francia (*M*, p. 215).

La ausencia de un pensamiento marxista como el de Gramsci hace que parezca completamente nueva en Francia, digamos, la noción de "intelectual orgánico" del proletariado. Los propios intelectuales comunistas pretenden que el papel dirigente de la clase obrera en la superestructura interviene después de la toma del poder y que no es una de sus condiciones (puede verse aquí la profunda diferencia, ya señalada, que separa a Gramsci de Althusser a propósito del combate en la superestructura). La expresión "comprometido" [*engagé*], tan difundida en Francia y que la lengua francesa ha creado para definir, actualmente en todo el mundo, al intelectual que se compromete en política, significa al mismo tiempo, si se la examina de cerca, todo lo contrario de "orgánicamente

[11] Nizan es una excepción. Es, por cierto, el filósofo francés cuyas posiciones, en el plano de la filosofía y de la praxis, son más cercanas a las de Gramsci, y es sin duda el único en haber estigmatizado con rara valentía la docilidad de los "perros guardianes" de la ideología burguesa:

"Toda esa filosofía sirve para ocultar las miserias de nuestro tiempo, el vacío espiritual de los hombres, la división fundamental de su conciencia, y esa separación cada día más angustiosa entre sus poderes y el límite real de su realización. Su fin es disimular el verdadero aspecto de la dominación burguesa. Lejos de servir a lo verdadero, que no existe, a lo universal, que no existe, a lo eterno, que no existe, es un instrumento en la lucha contra una indignación y una protesta naciente. Sirve para desviar a los explotados de la contemplación –peligrosa para los explotadores– de su degradación, de su capitidisminución. Tiene por misión hacer aceptar un orden dándole un rostro atrayente, confiriéndole nobleza, justificándolo. Mistifica a las víctimas del régimen burgués, a los hombres que podrían levantarse en su contra. Los dirige hacia vías sin salida, donde se apagará la revuelta. Sirve a la clase social que es causa de todas las degradaciones presentes, la misma clase de que forman parte los filósofos. Su objeto es volver claras y firmes, propagar las verdades parciales engendradas por la burguesía y útiles a su predominio. Toda esta vida parasitaria de la filosofía se dirige contra los hombres situados por su nacimiento o por su vida fuera de las fronteras burguesas. Las necesidades humanas, los destinos humanos, son en lo sucesivo incompatibles con los valores, las virtudes, las defensas y las esperanzas de la burguesía. Quien sirve a la burguesía no sirve a los hombres" (Paul Nizan, *Les chiens de garde*, París, Maspero, 1965, pp. 93-94 [*Los perros guardianes*, Madrid, Fundamentos, 1973, p. 93]).

ligado al proletariado", o también orgánicamente ligado a la política, que plantea el proletariado como condición de su nueva hegemonía. Así, "comprometido" se convierte en un término cómodo, en la medida en que la acción revolucionaria no se asume plenamente –y termina por encubrir el viejo papel del intelectual tradicional, que se cree autónomo respecto al "bloque histórico" y que adhiere a tal o cual causa, aportando a ella frecuentemente una contribución positiva, según las épocas y las modas políticas, pero manteniéndose encerrado en el universo separado de su "casta", no solamente nacional (como el Frente Popular, la Resistencia o la lucha antigaullista) sino sobre todo internacional: Indochina, Vietnam, Cuba, Palestina, China. Incluso se podría decir que precisamente al proyectarse al plano internacional, el *compromiso* del intelectual francés confirma, bajo formas modernas, el papel cosmopolita que Francia ha desempeñado desde el siglo de las Luces, a través de su misión cultural universal, y que los intelectuales son los mejores "embajadores" de la nación francesa. Pero como este "comprometerse" supone el "descomprometerse", sirve para crear una coartada a la ausencia de un "lazo orgánico" con el proletariado (mientras que existe uno, estructural, con la burguesía) y permite explicar por qué en Francia, gracias al apoyo que aporta a una de las nobles causas precedentemente evocadas o a su "rebelión" (de cualquier naturaleza que sea), del intelectual siempre se dice que es *de izquierda* por principio. La otra consecuencia de ese cosmopolitismo y de esa ausencia de lazo orgánico con las masas de su país es el estilo de vida adoptado por los intelectuales, que se apiñan en París. Dentro de esos muros que los ocultan, hay otros, los que en el Barrio Latino delimitan un cuadrilátero de algunas hectáreas que hace las veces de fortaleza asediada por hordas de bárbaros, los hombres de la calle; y hoy tiene la mayor dificultad en salir de allí, en abandonar su "trinchera" para ir al *interior* de su pueblo, de su país, que les es *prácticamente desconocido.* Un gran intelectual francés, cuando no está en París o en su casa de campaña, es más fácil que se halle en Tokio, en Nueva York, en El Cairo, en Atenas, en Venecia, en Roma, que en Occitania, en Lyon, en Toulouse, en la Bretaña. Saliendo de París, donde están concentradas las editoriales, las redacciones de los periódicos, los cafés literarios, las librerías, los salones, las recepciones mundanas, los jurados de los premios literarios, su dirección preferida es la de su aeropuerto parisiense, desde donde puede llegar a los aeropuertos de las capitales del vasto mundo. En el fondo, si hay una tierra que le aparece hostil y desagradable al intelectual parisiense, es *su propia provincia.* En ese vacío parisiense-cosmopolita, en ese aislamiento de casta, al PCF le resulta fácil aparecer, no sólo para sus *propios* intelectuales, sino también para todos los intelectuales de izquierda en general, como la única fuerza capaz de "ponerlos en relación con el proletariado", rompiendo el círculo de aislamiento político e intelectual que los rodea. El PCF los

reinserta, por así decir, en el circuito de masas, aunque sólo fuera en la forma de un contacto epidérmico con el proletariado: sea haciéndolos intervenir de cuando en cuando en sus órganos de prensa, sea publicando las críticas de sus obras, sea en las grandes ocasiones, sacándolos para exhibirlos en carne y hueso a las masas, como Aragon en la fiesta del periódico *L'Humanité* y en los congresos, dando así a los intelectuales, mediante esos contactos episódicos, la ilusión de "hablar a la clase obrera francesa". Al mismo tiempo, no lo olvidemos, los militantes encuentran en esa política ambigua un pretexto para alimentar su vieja desconfianza (de origen obrerista) hacia la intelectualidad. Sin embargo, aunque juzgando negativamente a los intelectuales, los camaradas de la base están dispuestos a movilizarse generosamente para vender las obras del gran intelectual "alineado" –el que nunca está en desacuerdo con el partido– favoreciendo eficazmente su entrada en los circuitos comerciales, es decir, aportándole un apoyo financiero (ventas por suscripción), golpeando a las puertas de los proletarios para proponerles las lujosas "obras completas" o "cruzadas" (Aragon y Triolet), o esforzándose por imponerlas *en el mercado* a través de la red de casas de la Cultura, de los teatros populares, etc.

Partiendo de Gramsci, habría que examinar, actualmente, todo el edificio cultural francés en su proceso de formación y de estructuración, para llegar a la conclusión de que desempeña un papel de intermediario en el "bloque histórico", consolidando la hegemonía burguesa. Convendría arrancar implacablemente esa cobertura que sirve de caución política incluso a los intelectuales que pretenden ser de izquierda y a las fuerzas políticas que les suministran tales coartadas y tales sistemas de protección, manteniendo con ellos una relación política equívoca. Por otra parte, basta advertir la desenvoltura con la que el intelectual francés manifiesta contradictoriamente sus pasiones políticas, un día maoísta, otro día antimaoísta (me refiero aquí al delirio sobre la revolución cultural china y a las repercusiones del asunto Lin Piao), un día por Guevara, otro día por Mitterrand, para comprender hasta qué punto su práctica es exterior a su teoría. "Maoísta" o "antimaoísta", "guevarista" o "mitterrandista", es decir, siempre "comprometido" de una u otra manera, no deja de proseguir –y es aquí donde está a la vez su fuerza y su debilidad de invertebrado político– su trabajo minucioso, con un cuidado escrupuloso y una paciencia de benedictino, puliendo su página como una bola de billar para hacer avanzar su obra de escritor, de ensayista, de lingüista, de psicoanalista, de filósofo, de novelista, etc. Se esfuerza, en sustancia, por sistematizar su producción "bajo la forma de un código", en razón de la separación que está en condiciones de efectuar entre teoría y práctica, entre dramas concretos y trabajo de gabinete y que, en definitiva, se encuentra en el origen de su gran capacidad productiva. Incluso Sartre, que es el intelectual más *comprometido* de Fran-

cia, el filósofo del compromiso, durante los años calientes, alrededor de 1968, durante la gran tempestad que sacudió a la Francia intelectual, no ha dejado de hacer progresar su inmenso ensayo sobre Flaubert, volumen tras volumen. Para no hablar de todos los demás, cuya lista está al pie de cada petitorio.

La revuelta de 1968 es tal vez el único momento histórico que ha iluminado vivamente ese hiato entre acción y pensamiento, con un cuestionamiento global de la superestructura ideológica, del mandarinato intelectual, del saber universitario hueco, del discurso universitario parasitario, en una palabra, de los intelectuales orgánicos del bloque burgués, cualesquiera hayan sido sus posiciones en el espectro de las fuerzas políticas.

Para muchos intelectuales, se trataba entonces de superar la oposición teoría-práctica y de tomar concretamente la medida de lo que podría significar en la acción real de las masas su *compromiso,* si lo vivían verdaderamente. Esto evoca la anécdota que se cuenta a propósito de Fichte, teórico del "yo" y del "no yo": un día, en oportunidad de una violenta manifestación de estudiantes en Berlín, una piedra cayó violentamente sobre la ventana del filósofo, rompiendo los cristales. Fichte quedó conmovido. "Es el *no yo* que se venga", dijo entonces alguien que estaba cerca de él, aludiendo a la piedra como símbolo del choque con lo real. En ese encuentro con la dura realidad, numerosos intelectuales de la izquierda francesa perdieron más o menos la razón, en mayo del 68; como el aprendiz de hechicero, se encontraron frente a fuerzas que habían evocado pero que no estaban en condiciones de controlar y que los desbordaban. Una cosa es hablar de la fuerza revolucionaria, y otra muy distinta es encontrarse frente a ella, viviente y activa.[12] Y si los más ingenuos creyeron poder presentarse como protagonistas del movimiento, los más "advertidos" sintieron miedo, en el sentido de que tuvieron conciencia de lo que significaba una "revolución cultural", sin que el proletariado asumiera su misión de conquista de la hegemonía y

[12] En el prólogo de su *Carlos Marx,* escribe Franz Mehring: "Es indudable que la incomparable grandeza de Marx estriba, entre otras cosas, en el todo inseparable que en él forman, completándose y ayudándose mutuamente, el pensador y el hombre de acción. Pero no menos indudable es que el luchador prevalecía en él, en todo instante, sobre el hombre de pensamiento. En esto, todos nuestros grandes maestros y precursores pensaron lo mismo; todos ellos pensaron, para decirlo con las palabras de Lassalle, que de buen grado hubieran dejado inédito cuanto sabían con tal de que sonase por fin la hora práctica de la actuación. Y nadie mejor que nosotros sabe cuánta razón tenían, en estos tiempos en que vemos, con un escalofrío de horror, cómo investigadores serios que se han pasado tres o cuatro años de su vida analizando los puntos y las comas de las obras de Marx, al llegar la hora histórica en que las circunstancias les permitían y les ordenaban obrar como él, no saben hacer otra cosa que dar vueltas y más vueltas en torno a su eje, como veletas chirriantes" [Franz Mehring: *Carlos Marx, el fundador del socialismo científico. Historia de su vida y de la 1a. Internacional.* B. Aires, Claridad, 1965, p. 11].

de cambio simultáneo de la infraestructura, sin que los intelectuales en su conjunto, estuvieran dispuestos a hacer las veces de elemento articulador entre infraestructura y superestructura, en la perspectiva de una nueva hegemonía, la del proletariado. Si el movimiento corría el riesgo de adquirir un carácter pequeñoburgués, era en razón de esa falta de enlace orgánico "entre intelectuales y masas", pero más todavía en razón de la dramática ausencia de una fuerza revolucionaria que sirviera de guía. Por otra parte, el PCF fue tomado totalmente desprevenido –en razón de su línea ideológica y política que hace de los intelectuales no la fuerza orgánica del proletariado, como en Gramsci, sino preciosos aliados o útiles simpatizantes– frente a la explosión de una revuelta cuyo detonador estalló en la superestructura para luego encender el fuego en la infraestructura con la huelga de 10 millones de trabajadores y una lucha que paralizó durante un mes a toda Francia. Se manifiesta entonces la desconfianza de la clase obrera frente a los estudiantes y los intelectuales, hasta tal punto está habituada, en razón del obrerismo y el corporativismo de su propia "aristocracia", a considerar a los intelectuales sólo como ligados al grupo dominante, probando así su incapacidad para pensarse como clase "hegemónica" y, por lo tanto, susceptible de tomar la dirección de la lucha de las capas no proletarias. Frente a los estudiantes que vienen a traer la bandera roja a los trabajadores de Renault, reconociendo con ese gesto simbólico que la bandera de la revolución debe ser enarbolada por el proletariado, los obreros reaccionan cerrándoles la puerta en las narices, con un espíritu "corporativo" lleno de prevenciones. La hegemonía ideológica del proletariado de la que habla Gramsci faltó trágicamente en mayo del 68, y la culpa no la tienen tanto los mismos obreros como más bien el vacío teórico de un pensamiento revolucionario que siempre fue incapaz de establecer, entre trabajadores e intelectuales, un lazo que no sea solamente instrumental; ese vacío termina por mantener entre ellos una verdadera muralla de China, separación que la burguesía introduce para conservar su hegemonía reaccionaria. Y lo que inmediatamente salta a la vista de los trabajadores, no es tanto la enorme brecha abierta por mayo del 68 en la dominación ideológica burguesa y por la cual era posible que pasara la nueva hegemonía cultural del proletariado, como el aspecto de lucha reivindicativa del movimiento insurreccional que concluyó efectivamente con los acuerdos y las negociaciones económicas. Quien hoy examine el comportamiento de los intelectuales franceses de primer plano advierte que, después de 1968, han recuperado más o menos lo que Gramsci llama el espíritu de *disciplina* hacia los centros de poder del Estado. Como ya dije en el comienzo de este escrito, Mayo del 68 representa el momento más alto de la lucha ideológica anticapitalista que se conoció jamás en la superestructura burguesa; y lo dramático es que encontró sin preparación y sin respuesta tanto a los intelectuales franceses como al partido co-

munista, lo que ocasionó el reflujo del movimiento y la retirada. Mayo del 68 no ha cuestionado la propiedad privada de los medios de producción, sino la cultura y su contenido, la dominación intelectual, el modo de vida y los valores de la sociedad de consumo en todos los niveles de la "sociead civil", impugnando fundamentalmente la organización del aparato ideológico de Estado en las menores fibras del tejido social. Se partió de la escuela, de la educación, para abordar los problemas de la vida familiar, amorosa, sexual, para luego volver a la cuestión del carácter de sometimiento y subordinación de la organización del trabajo en cadena en la sociedad de clase, según un movimiento dialéctico que englobaba infraestructura y superestructura, para promover una "nueva concepción de la vida". En este sentido, nada será ya como *antes* del 68. Y a pesar de lo que se llama su "fracaso", no caerá en el olvido nada relativo a esta experiencia: el 68 es el movimiento de *liberación* más profundo que los franceses conocieron durante estos últimos cien años en el nivel de la superestructura, como primer asalto lanzado contra la ciudadela ideológica del capitalismo.

Esa lucha cuestiona igualmente, en Francia, la división tradicional entre trabajo manual y trabajo intelectual, y toda la orientación pedagógica burguesa que reestructura a la escuela sobre la base de una depreciación del trabajo manual respecto al trabajo intelectual. Se impugna la división entre *homo faber* y *homo sapiens*, de la que se responsabiliza también a la izquierda, y en nombre de la cual, en el sistema social, la autoridad, la dirección del trabajo corresponden a la actividad intelectual y dependen del secreto del saber (concepción compartida por todo el espectro de las fuerzas políticas, incluyendo a los comunistas). Después de 1968, la tentativa más generosa, que se saldó con un fracaso, ha sido la de algunos intelectuales, que se consideraban más orgánicamente ligados al proletariado y se dispusieron a "autodestruirse" como tales, retornando al trabajo, como obreros entre obreros, en Renault o en Citroen. Pero el gran problema que suscitaron no podía y no puede tener una solución individual, pues se trata de elaborar toda una estrategia revolucionaria que haga del intelectual un intelectual orgánicamente ligado al proletariado, para asegurar a éste una nueva hegemonía.

Como hemos visto, para Gramsci la tarea histórica consiste en crear una hegemonía que se oponga a la de la burguesía, y el verdadero problema es la ruptura total, irreversible, con la antigua concepción unitaria de la cultura, propia de la hegemonía burguesa, en vista de la preparación de lo que en diversas oportunidades hemos llamado la condición previa del advenimiento del socialismo, es decir, la instauración de una nueva hegemonía que garantice, aun antes de la toma del poder, el ejercicio de una nueva dirección cultural por parte de la clase obrera. Los intelectuales, como punta de lanza del movimiento de disgregación del bloque histórico anterior, representan la clave de bóveda de esa futura

hegemonía y suscitan así una nueva toma de conciencia ideológica; en resumen, sirven de nexo entre la base económica transformada y la superestructura renovada. Si el poder de la clase dominante depende en realidad no sólo de sus medios de coerción, sino también de la hegemonía que ejerce (elaboración y difusión de una ideología que crea una unidad dentro de un bloque social, entre grupos precisamente distintos del grupo dominante) y si son los intelectuales quienes asumen esa función "hegemonizadora" por cuenta de la clase subalterna que trata de convertirse en dirigente y dominante, entonces es esencial "hegemonizar" a los intelectuales a fin de socavar mejor la dominación y la hegemonía de la clase dominante. En otras palabras, hay que hacer de manera que los intelectuales, en vinculación orgánica con el proletariado, desempeñen su papel revolucionario, que consiste en favorecer el surgimiento de la nueva hegemonía, privando al bloque de la clase dominante de los "funcionarios de la superestructura", de los "agentes del grupo dominante", en síntesis, de los intelectuales tradicionales. *Es sobre todo el partido revolucionario,* en el sentido gramsciano de Príncipe moderno, el que debe asumir la tarea de desarrollar esa estrategia que hace de los intelectuales el elemento organizador fundamental para el advenimiento de una nueva hegemonía, la del proletariado.

LA POLÍTICA DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS HACIA LOS INTELECTUALES

Tirar la piedra a los intelectuales puede resultar un juego demasiado fácil, y aun inútil, si no reubicamos los "vicios" del intelectual tradicional en el contexto histórico de la política de los partidos comunistas hacia ellos. Gramsci plantea el problema del "intelectual orgánico" perteneciente a un partido comunista que se podría llamar "ideal", en el sentido de que nunca existió uno con esas características en la historia del movimiento.[13] Su enfoque teórico sobre el problema del "intelectual or-

[13] El problema planteado por Sajarov-Solyenitsin es el del lugar de los intelectuales en una sociedad de transición hacia el socialismo. Podemos entonces preguntarnos si estos últimos están destinados para siempre a constituir una clase privilegiada con altos salarios y honores. En realidad, la cuestión fundamental es la de la connivencia entre "perseguidores y perseguidos": aceptación de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual con las compartimentaciones jerárquicas implícitas en esas separaciones verticales. El Estado mantiene la división social del trabajo, que ha reforzado la integración de los intelectuales en el seno de una categoría aparte compuesta de científicos y artistas que ya no tienen contacto alguno con las masas. El centralismo burocrático (partido-Estado), en sus numerosas cristalizaciones, necesita fundamentalmente una capa más o menos petrificada que esté destinada a la cultura y a la investigación, en vista del progreso técnico y de una

gánico" y su relación con las masas no fue retomado por los partidos comunistas, salvo convirtiéndolo en una caricatura populista (el intelectual que pega carteles o vende periódicos los domingos, para acercarse al pueblo y hacerse perdonar su "pecado"). Las razones de esta situación se

confrontación competitiva en el plano internacional. El límite ideológico de los intelectuales soviéticos rebeldes –del que es responsable la reconstitución de las clases en la URSS– consiste en plantear *separadamente* la cuestión de la "libertad para los intelectuales" sin llegar a *pensar políticamente* la libertad de las masas, el desarrollo de sus iniciativas en el contexto de una creatividad colectiva. Los partidos comunistas occidentales, por su parte, al interesarse en el "escándalo" Sajarov-Solyenitsin, han querido sobre todo tranquilizar a los hombres de cultura de Occidente: alejándose de Gramsci, han dado una visión de los "hombres que piensan" que implica que hay que tratar a éstos con miramientos especiales, igual que a los VIP *(very important persons)* de la sociedad de consumo, que toman el avión en primera clase. A pesar de la oposición soviética que consiste en recurrir a valores espirituales (Solyenitsin) o tecnocráticos (Sajarov) que se sitúan fuera de toda referencia a la lucha de clases, hay que reconocer sin embargo que el "asunto" deja entrever las constradicciones internas de la URSS. Tenemos la prueba de que las instituciones del socialismo de Estado están en contradicción con la sociedad socialista: en la medida en que bloquean la marcha progresiva hacia la liberación de los mecanismos reguladores de la sociedad por una nueva fuerza dinámica indispensable. Uno de los mecanismos fundamentales es la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción: por lo tanto, la relación entre el aumento de la productividad así como de los éxitos tecnológicos y un nuevo tipo de organización de la relación entre los trabajadores. El desarrollo de las fuerzas productivas debería exigir nuevas técnicas de autogobierno y un máximo de descentralización luego de la etapa staliniana. El otro mecanismo decisivo es el problema de la democracia socialista, ya que la institución del socialismo de Estado está en contradicción con la conciencia y los derechos del trabajador socialista, y en contraste dramático con los principios fundamentales del ciudadano socialista y con el poder absoluto de un superestado sin ninguna participación de los trabajadores en el poder, sin decisiones y controles de la base. Es la práctica de la "soberanía limitada" aplicada al pueblo soviético. A través de este "asunto" también se puede plantear el problema fundamental del paso del socialismo de Estado a una democracia socialista. Este problema no se resolverá a través del cambio en la continuidad, sino a partir de una *gran ruptura* tal como podría ser la revolución cultural capaz de echar las futuras bases de un autogobierno de las masas. La no creación en la URSS de una relación orgánica entre las masas y los intelectuales proviene, pues, de una elección general que es la de haber construido un estado según el "modelo capitalista". Es en este estado donde los intelectuales ocupan el lugar de una "corporación" privilegiada donde los hombres de ciencia y de cultura son los "huéspedes" del movimiento obrero. Hay, así, una incapacidad de los partidos comunistas occidentales para enfrentar este "asunto" como interlocutores naturales y conscientes de los problemas de la degeneración de las actuales estructuras socialistas; se limitan de hecho a esta frase: "Entre nosotros, con el socialismo, el intelectual será libre" o "Meternos en un asunto que no nos concierne significa para nosotros hacerle el juego a la burguesía". En el fondo, los problemas existentes deberían en cambio formar parte del *gran debate* sobre el socialismo y los intelectuales, del que hablaba Gramsci. Y Sajarov no debería invitar a su casa al corresponsal de France Press sino más bien al corresponsal en Moscú de *L'Unità*. Pero para el PCI esto significaría pagar un precio político necesario en vista de anudar

hallan en la estructura *decisional e ideológica monolítica* de los partidos comunistas. El intelectual está así, históricamente, atenazado: *a.* si está solo, es débil y portador de los vicios de su "casta"; *b.* si se "liga" a las masas pero no confía su cabeza al partido, se convierte en fraccionista, renegado o traidor.

La historia de toda la III Internacional y, por consiguiente, la práctica de los partidos comunistas surgidos de ella implican la operación paradójica del rechazo del intelectual profundamente "político", en la medida en que la "política" es atributo del grupo dirigente del partido y "hacer política", para el intelectual, sólo es posible a través de la mediación de ese grupo. El partido no le pide una contribución política original, sino sólo un esfuerzo de propaganda, para que se haga eco de la "línea" decidida por la cúspide.

En la práctica, toda la historia del movimiento comunista contiene una especie de "programación" objetiva de la separación entre el intelectual y las masas, una "institucionalización" del hiato entre el intelectual y la *política.* Son comprensibles entonces las dificultades con las que se ha encontrado el movimiento comunista, recordando lo que dice Gramsci del *nuevo arte* y del *artista nuevo,* que no pueden programarse como un plan quinquenal, en una oficina política del PC. En efecto, es explicable que el "arte socialista" y el "realismo socialista" –salvo raras excepciones, pues no todo es desechable– fuera tan burocrático y triste, a diferencia del periodo que precedió y siguió a Octubre, en cuyo transcurso el partido revolucionario ejerció su hegemonía ideológica desde antes de la toma del poder: Eisenstein, Maiacovski, el Proletkult, la RAPP (Asociación rusa de escritores proletarios); sin hablar del florecimiento inigualable de talentos políticos, de esa notable generación de pensadores marxistas de fines y de comienzos de siglo, que nunca se volvió a repetir, y a la que sucedió la generación de los funcionarios, o de los tecnócratas del comunismo, con algunas excepciones, como la de Gramsci.

En el fondo, el mundo conceptual comunista cuenta hoy una sola inteligencia marxista que pueda compararse con Lenin y, en ciertos aspectos, va más lejos, Mao Ze-dong, pero éste, sin embargo, es violentamente atacado por las direcciones de los partidos comunistas, que rechazan su obra teórica, hasta el punto de que su pensamiento fue presentado como una "caricatura" o una farsa en la prensa oficial de muchos PC, sobre todo durante la revolución cultural.

una relación crítica abierta con el PCUS, y es evidente que esa nueva relación sería políticamente lucrativa para varios millones de intelectuales y técnicos de la sociedad occidental: con el mérito de plantear el problema del lugar de los intelectuales de hoy y de mañana en el seno de la sociedad. Pero estos problemas se plantearán sin duda nuevamente y de manera esencial hasta el punto de reintroducir el debate sobre el intelectual "orgánico" tal como Gramsci lo concibe en su obra.

Para determinar las etapas regresivas en la política de los partidos comunistas hacia los intelectuales, hay que volver atrás, a la época de la centralización del poder en manos de Stalin, que ordenó las estructuras de la URSS como las de un Estado moderno y abrió la vía al socialismo ecomomicista, más bien que a una sociedad nueva que habría debido exigir un alto desarrollo cultural de las masas y la formación de una capa de "intelectuales orgánicos" que aseguraran el *consenso*. El periodo de la "bolchevización" (1920-1926) de los partidos comunistas había sido políticamente positivo gracias a la lucha ideológica que se había desatado contra la socialdemocracia: en Francia, por ejemplo, se comienzan a leer los *Cahiers du bolchevisme,* a Marx, Engels, Lenin (desconocido en este país hasta octubre de 1917) y no solamente a Jaurès, Guesde, Lafargue o Plejanov.

Si en esa época se asiste al compromiso de los intelectuales en el plano ideológico, para asentar la unidad del partido sobre bases marxistas, y Barbusse, por ejemplo, dirige la página literaria de *L'Humanité* y solicita la colaboración de Breton; a la inversa, hacia los años treinta, se cambia de registro. En el congreso de Jarkov (para tomar un punto de referencia), dominado por Zdanov, se reafirma con temible rigor el dogma de la *fidelidad* a la "línea cultural" de la III Internacional, lo que imposibilita modificar en un ápice la orientación "cultural" establecida en la URSS. Es más o menos en esa época cuando Aragon, rompiendo con los surrealistas, adhiere al partido; y fue entonces cuando comenzó ese trabajo paciente e infatigable del PCF para convertirlo en el "modelo" del intelectual comunista. A él que, poeta, escribe novelas, habla de arte y de literatura, es "letrista" de canciones de amor, pero cuando abre la boca *en política,* lo hace solamente para dar su acuerdo incondicional a todo lo que hace el partido, el cual por antonomasia, es justo, grandioso, etc.

Se podría situar el momento de un nuevo "golpe de timón" respecto a los intelectuales, en oportunidad de los frentes populares y, en Francia, en 1933, cuando Thorez fue electo secretario del partido y los comunistas franceses fueron los primeros en elaborar la estrategia del Frente. Si, respecto a sus propios intelectuales, los partidos comunistas confirman más que nunca la línea intransigente de la *separación* de la política y la "absoluta disciplina", fuera de sus filas, en cambio, el PCF reúne y forma un gran frente intelectual antifascista cuyos resultados positivos son conocidos pero que, como consecuencia negativa, implica la desaparición de la lucha ideológica sobre bases marxistas, sepultada por la ola del humanismo pequeñoburgués. Aun cuando el valor de los frentes populares como catalizadores antifascistas sea evidente, no se puede olvidar que la cuestión que se plantea es la de la función dirigente de la clase obrera, lo que explica la crítica de Gramsci a "la alianza entre partidos burgueses y partidos proletarios", cuando el proletariado pierde su

fisonomía de clase para "quedar a remolque de los demás partidos antifascistas", agregando que esa política fue dictada "por la necesidad de defender al Estado soviético y no tenía ninguna incidencia en el desarrollo de la revolución en los demás países".

El frente de intelectuales antifascistas fue insistentemente solicitado sobre la base de valores como la "patria", velada por el *nacionalismo*, que constituyen en el PCF una matriz histórica constante, que le viene de la Revolución francesa, fundadora del nuevo Estado moderno. En el fondo, nada es menos cierto que el hecho de que el PCF sea un "partido ruso", como dicen los periódicos burgueses, en la medida en que es ante todo un partido *nacionalista;* en el plano internacional ha adoptado la línea del PCUS buscando un compromiso con sus propias exigencias nacionales y patrióticas; y esto, aunque caiga a veces en contradicciones grotescas, como en la época de su aplicación desenfrenada del "culto de Stalin", en el que superó en devoción a todos los demás partidos comunistas.

La política cultural basada en la gran opción antifascista y en los valores nacionales duró, para todos los partidos comunistas (sin interrupción, con la sola ruptura de la época del pacto germano-soviético) hasta el periodo de la posguerra. Es indudable que jugó un papel capital para movilizar las fuerzas contra el hitlerismo y el fascismo. No obstante, tiene poco que ver con la línea gramsciana del "intelectual orgánico". En Italia, en la época del "retorno" de Togliatti de la URSS, en la época de la Resistencia y de los gobiernos de liberación, esa política cultural de promoción pública del intelectual adquirió tales proporciones que los cuadros intelectuales fueron inscritos en todos los niveles de dirección del partido comunista y de los sindicatos, sin discriminación, no por cierto con la intención de hacerlos "orgánicos" al proletariado, sino como elementos de prestigio, como blasón de una *legitimidad cultural.* Así el obrero turinés o el campesino del sur aprendieron a sacarse el sombrero ante los Guttuso, los Levi, los De Sanctis y los Zavattini (que, por lo demás, dieron obras importantes a la literatura, la pintura y el cine, apoyándose en el realismo socialista), considerándolos como *superiores* a ellos, exactamente como ocurre en el marco de la hegemonía burguesa.

El nuevo rompimiento entre los partidos comunistas y los intelectuales, que tuvo lugar en 1956, en oportunidad de la invasión de Hungría, parece de importancia secundaria, en el sentido de que provoca en los intelectuales opciones de tipo *liberal* (tan cierto es esto que todos los intelectuales que abandonan los partidos comunistas en esa época pasan en su mayoría a adoptar posiciones de derecha), aunque los acontecimientos de Hungría representan el *primer momento* en que se abre dentro de los partidos comunistas (también en el caso de Mao Ze-dong) el interrogante sobre la política realizada por la URSS en los países libera-

dos del fascismo y, por consiguiente, sobre el propio régimen interior de la Unión Soviética; es entonces cuando se expresan las primeras dudas en cuanto al carácter simplista de una fórmula que atribuye todas las desviaciones al "culto de Stalin".

Alrededor de los años sesenta, durante la guerra de Argelia (y es tal vez, históricamente, el aspecto que más ha marcado, positivamente, a toda una generación), los intelectuales franceses de izquierda libraron una lucha prácticamente aislados (en esa época, Sartre, atacado por el PCF, pronunciaba discursos en Roma, bajo la égida del PCI) oponiéndose a la guerra. Estos intelectuales, se puede decir, le *salvaron la cara* a Francia ante el mundo, y esto no se olvidará.

El XX congreso, a pesar de sus increíbles limitaciones, permite por lo menos que los intelectuales comunistas comiencen a expresarse, no en política, desde luego –esto no se producirá jamás–, pero sí en las cuestiones teóricas, filosóficas, sin que sean tratados de *agentes trotskistas* o del capitalismo. "Si pude intervenir de ese modo –escribe Althusser– fue en virtud del XX congreso. De hecho, antes del XX congreso, no era siquiera posible a un filósofo comunista, al menos en Francia, publicar textos filosóficos (un poco) cercanos a la política, que no fuesen otra cosa que el comentario propagandístico de fórmulas consagradas. Demos al XX congreso lo que le pertenece: en adelante eso es posible y, para no hablar más que del partido francés, éste reconoció en el curso de la sesión del Comité central de Argenteuil (1966), el derecho de sus miembros a la investigación y a la expresión filosófica" (Althusser: *Réponse à John Lewis* [*Para una crítica de la práctica teórica,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, pp. 67-68]). Aunque hay que agregar que el PCF ha progresado –en el sentido evocado por Althusser con zapatos de plomo– hasta el punto de que la reunión de Argenteuil tiene lugar en 1966, es decir, *¡diez años después* del XX congreso!

Althusser deja entender entre líneas que en el fondo, si se puede comenzar a "abrir la boca" en filosofía, en política sólo se lo puede hacer *un poco,* pues la realidad es que la mordaza subsiste. . . Argenteuil pone fin, pues, a la teorización dogmática de la época zdanoviana y stalinista para los intelectuales, y ofrece un marco "liberal" para la cultura, que debe dar confianza a todos (se celebra una alianza con los socialistas, con las fuerzas de Mitterrand, estableciéndose el programa común de la izquierda en 1972).

Pero el problema que plantea Argenteuil, si nos referimos a la posición de Gramsci, a la política de los partidos comunistas hacia los intelectuales, es en primer lugar que esa reunión sanciona con su silencio, una vez más, la separación entre intelectuales y masas, entre intelectuales y política, proponiendo nuevamente el viejo canon de *cada uno en su lugar,* uno en la fábrica y otro en su gabinete de trabajo, uno en la célula de la Universidad con otros profesores como él, y otro en la de

Renault con otros obreros como él. (En 1956 fue disuelta la poderosa célula de la Sorbona y se advirtió entonces que los 60 o más adherentes que tenía eran todos profesores).

Si bien es cierto que el intelectual puede participar en la vida de la célula del barrio mientras habita, como Aragon, en un palacete, la doméstica o el portero que tengan el honor de encontrarlo de cuando en cuando en la célula, en carne y hueso, experimentarán una timidez reverencial y no harán más que mirar cómo está vestido, cómo camina, cómo habla, como ocurre con las estrellas de cine. (Conocí, en efecto, a una mucama comunista, Yvette, que cada vez que encontraba a Aragon en la célula del barrio, conmovida, hablaba de él sin parar durante tres días).

Recuerdo también que cuando surgió en el PCF el cuestionamiento (lamentablemente no de izquierda) de la UEC [Unión de estudiantes comunistas], las pocas decenas de intelectuales que firmaron una carta dirigida a la dirección, solicitando que no se tomaran medidas disciplinarias contra los jóvenes dirigentes comunistas en desacuerdo, fueron despedidos, sin respuesta, con la célebre frase: "vaya a discutir a su célula" o "vuelva a su célula". En este caso se advierte cómo la célula de barrio, compuesta también por militantes trabajadores proletarios, termina por mantener una relación represiva con el intelectual, en el momento en que éste hace su "acción política", aunque sea dentro del desacuerdo.

En Italia, problemas de este tipo se plantearon con menos agudeza, particularmente por la simple razón de que casi no hay "células" y la vida del partido se desarrolla en las secciones, donde el intelectual es ante todo una personalidad que entrega mucho más dinero que los demás para ayudar a *L'Unità*, o que puede ser elegido diputado. Una mayor flexibilidad y mayor habilidad han permitido que el PCI nunca tuviera necesidad, digamos, de una reunión del tipo de la de Argenteuil; también por otra razón: el pensamiento marxista, en Italia, se apoya, para generaciones de militantes, sobre las robustas espaldas de Gramsci, puede contar con un pensador marxista original, lo que constituye la mayor riqueza del partido comunista italiano y su superioridad sobre el PCF. Una situación dramática de "bloqueo intelectual", como la que describe Althusser antes del XX congreso, nunca ha sido posible en el PCI. Los debates de los intelectuales comunistas en *Rinascita*, en *Il Contemporaneo*, en las reuniones del Instituto de Gramsci, tienen un hálito y una dimensión desconocidos en el PCF, aunque es cierto que se trata de debates de élites que no conciernen a la base, y que se desarrollan dentro de una dialéctica permitida por el grupo dirigente.

No obstante, desterrando todo entusiasmo ilusorio, el PCI ha dado prueba a su vez de una evidente dureza hacia los intelectuales comunistas, eliminando todo empleo de la vieja "duplicidad togliattiana". Ha reaccionado apresuradamente contra la transformación *política* del inte-

lectual y contra toda *contribución política* del intelectual que "toque a la línea", siempre sacrosanta, del partido. Ya hablé, en el primer capítulo, de la *liquidación* del grupo dirigente de la FGCI, casi todos estudiantes, en 1966. Hablé de la *liquidación* de los responsables de *Il Manifesto* que llegó hasta su expulsión del partido, en 1969, acto autoritario que ha empobrecido y diezmado en todas las federaciones, los cuadros intelectuales decididos a hacer política. 1968 fue en Italia, en este sentido, el año de la ruptura entre la política de mediación de Togliatti y la dirección de un grupo duro de funcionarios, que no permiten que se inicie en el partido un debate *de izquierda*, en el estilo de los grandes movimientos obreros y estudiantiles y de la revolución cultural china.

En Francia, en cambio, en 1968 los intelectuales "tradicionales" se replegaron para defender la defensa de las instituciones universitarias, por las razones que traté de explicar en relación con la formación de la intelectualidad francesa. Estaban espantados, *también en la izquierda*, por la tormenta que sacudía las superestructuras ideológicas y las de la enseñanza en Francia. Con excepción de los izquierdistas, de Sartre y de algunos intelectuales, los profesores de la Universidad y los del secundario manifestaron, todos ellos, ese espíritu de "casta" del que habla Gramsci, de modo que, sobre bases más corporativas que antiizquierdistas, se ampararon en el PCF, el cual, por primera vez, en 1969, obtuvo así la mayoría en los sindicatos SNE-SUP y SNES [de la enseñanza superior y secundaria]. (De esta operación de *repliegue* sólo se salvaron algunos grupos de intelectuales comunistas, entre los cuales figuraba Robert Linhart, que se habían organizado alrededor de los *Cahiers marxistes-lélinistes).*

En Italia, los años que siguieron al 68 estuvieron marcados, en cambio, como ya dije, por ásperas reprimendas y persecuciones de los intelectuales comunistas que estaban "en desacuerdo"; y lo que resulta más antigramsciano en el procedimiento del PCI es justamente ese ataque al intelectual en un momento en que éste abandonando la rutina prevista, sus estudios y sus obras creadas en el aislamiento, decide relacionarse políticamente, por consiguiente *orgánicamente* con la masa de militantes, con los que ya no quiere discutir desde lo alto de una cátedra, sino desde *adentro* los problemas comunes al movimiento.

Así es como, para dar un ejemplo, nunca observé una maduración tan rica en Rossana Rossanda, en su carácter de intelectual y de militante, como cuando ésta, abandonando su cómodo papel de dirigente de la comisión cultural y después de haber estado al frente de la casa de la Cultura de Milán, comenzó a plantear, al CC y a la Federación de Milán, cuestiones sobre la estrategia política seguida por el Partido. Y no obstante, fue precisamente entonces cuando, después de haberla mimado durante años, los dirigentes la convirtieron en blanco de su ironía. También en lo que a mí se refiere, el libro que esribí sobre la ola de aconte-

cimientos de 1968, en Nápoles, a través del análisis concreto que efectué durante la campaña electoral del PCI en esa época y que constituyó para mí el momento del salto cualitativo hacia lo que Gramsci llama "intelectual orgánico", extrayendo de las experiencias de las masas *conclusiones políticas generales;* y bien, fue precisamente en ese momento cuando el partido consideró que mis ideas críticas eran incompatibles con la función de diputado. Entre los momentos más penosos de mi vida de militante se encuentra el de la discusión, durante casi toda una noche, en el Comité federal de Nápoles. Esa discusión había comenzado con una especie de acta de acusación, pronunciada por uno de los dirigentes de la Federación, que me imputaba el haber ofendido a la clase obrera de Nápoles y al partido, y concluyó con el pedido de una autocrítica. Me negué a aceptar la vieja regla hipócrita de la autocrítica (y sentí por ello una gran amargura), aunque provocada por intervenciones insultantes de representantes del Comité federal, que pretendían hablar en nombre de la base napolitana y me pedían que renunciara a mi mandato de diputada.

No es entre paréntesis, sino con todas las letras como debería afirmar que la explosión de cólera en Nápoles, en cuanto manifestación de la degradación que entonces describí, convierte a mi impugnado libro en un documento político que el PCI podría haber utilizado en su batalla por el establecimiento de una nueva dirección política en esa ciudad y en el Mediodía. Pero ello con una condición: no enceguecerse por ese viejo disentimiento-odio hacia el intelectual que piensa políticamente, fuera de las directivas de los funcionarios, detentores autorizados de la política. Debo agregar que la ruptura más grave se produjo a propósito de la interpretación de los acontecimientos de la revolución cultural en China, adonde viajé en 1970, mientras todavía era diputada del PCI. Mi libro *(Dalla Cina* [*Sobre China*]) explicaba —después de la ruptura que había tenido lugar entre la URSS y China— desde dentro del movimiento obrero y más especialmente del PCI, el sentido y el alcance ideológico nuevo que daba China a todo el movimiento obrero, a todo el marxismo, y no sólo en la teoría, sino también en la práctica. Fue ese libro el que, en setiembre de 1971, fue prohibido en la fiesta de *L'Humanité,* de manera que se puede decir que el PCF asumía abiertamente la dirección de una ofensiva antichina y prosoviética, a través de la prohibición de un *acto político positivo,* que ejemplificaba la *aguda politización* por la que debía pasar el *intelectual* para llegar a ser, desde el interior de las masas y entre las masas, el comentador de ciertos problemas referentes al internacionalismo proletario.

Pero también allí surgía el mismo problema: el juicio sobre China sólo correspondía a los "santones" de las direcciones oficiales de los partidos comunistas, y en primer lugar al PCUS, y el "intelectual político" que se había aventurado en ese terreno era un "réprobo", un "superfi-

cial", un "sinófilo". De esa época data mi amistad-alianza con el grupo de la revista *Tel Quel,* el cual, luego de esa represión –la prohibición de mi libro sobre China– rompió sus relaciones con el PCF.

Si me he extendido sobre estos aspectos más bien personales, es sobre todo porque en mi curso sobre Gramsci en la universidad de Vincennes, los estudiantes me pidieron repetidamente que explicara mi situación en el partido comunista italiano, del que soy y seguiré siendo miembro (habitualmente se dice que en el PCF hace tiempo que me habrían expulsado). Los jóvenes querían comprender concretamente cuál era la relación entre los partidos comunistas y los intelectuales.

De todos modos, mi verdadera conclusión no es personal. Ésta abarca ciertas consideraciones fundamentales que tienden a demostrar que el problema no consiste en reclamar la "libertad" para los intelectuales (como dicen los burgueses) sino, invirtiendo el problema, que se trata de confiar en las masas, en su capacidad cultural, para "elevar a la masa, a través de la reforma intelectual y moral, a la condición de intelectual". Cada miembro de un partido político es un intelectual, asegura Gramsci, y "todos son filósofos"... La cuestión no es tanto "ir a las masas" como crear el lazo orgánico que se forma entre las masas y los intelectuales, partiendo del "sentido común" de las masas, criticáncolo, destruyendo lo negativo y, por último, elaborando la filosofía de la praxis.

La significación que da Gramsci a la relación orgánica entre intelectuales y masas pone fuertemente el acento en las masas, como está claramente expresado aquí: "Para mí, todos son cultivados, pues todos piesan, todos relacionan causas y efectos". ¿Qué es la "cultura"? ¿Qué sentido da Gramsci a la cultura? Ésta no es, por cierto, un acto paternalista, sino un acto histórico, "filosofía de la praxis". No hay equívoco posible sobre el problema en Gramsci: "La importancia que tiene el 'momento cultural', incluso en la actividad práctica (colectiva): cada acto histórico sólo puede ser cumplido por el 'hombre colectivo'. Esto supone el logro de una unidad 'cultural-social', por la cual una multiplicidad de voluntades disgregadas, con heterogeneidad de fines, se sueldan con vistas a un mismo fin, sobre la base de una misma y común concepción del mundo" (*MS,* p. 26 [31]).

Gramsci pensó pues, a las masas, como durante todo el periodo de *L'Ordine Nuovo,* en su *realidad intelectual.* El problema del intelectual orgánico, en el fondo, pasa a ser el siguiente: ¿qué iniciativa puede aportar el *nuevo intelectual* en la teoría del saber? Un planteo de este tipo, que transforma a las masas en intelectuales, por un lado derrota al revisionismo, que liquida los conceptos teóricos del marxismo, y por otro al dogmatismo, que los congela en esquemas sin vida. Entre la *época vital* de la formación de los partidos comunistas, entre la época de Lenin y la nuestra, ¿no hay toda una larga historia de dogmatización de los conceptos, o de la corrupción de éstos? Pero que todos se conviertan en

intelectuales, adhiriendo al partido político, que tengan derecho "a todas las verdades, incluso las más desagradables", ¿no termina esto por crear, para un partido comunista tradicional, toda una serie de "dificultades"? ¿Cómo hará aceptar sus opciones y las "verdades" dadas con cuentagotas, el silencio mistificador, o la ausencia de informaciones?

Pero, al mismo tiempo, las masas empujadas hacia atrás, hacia la ignorancia, el economicismo, la reivindicación al día, la lucha "gradual", ¿no corren el riesgo de que las gane la inercia, de que caigan en la despolitización, en la desconfianza del socialismo y, por consiguiente, que se las mantenga bajo el látigo de la ideología dominante, que habla a veces el lenguaje brutal del fascismo (al que, sobre todo, no es insensible la pequeña burguesía)?

¡Hay que mirar la historia del pensamiento marxista! La dramática constante que hay en ella, es la operación que consiste en *congelar* los conceptos de tal modo que dejan de producir una iniciativa política. Por lo demás, ésa es la razón de que ya no se estudie a Marx, a Engels, a Lenin o a Gramsci: en cambio, se aprende de memoria el programa común. Para que el marxismo genere aún la iniciativa, la acción, para que haya un traslado de los conceptos a la praxis, hay que volver a pensarlo en la realidad viviente, como lo hicieron Lenin y Gramsci. Cuando los comunistas chinos dicen que su "enemigo principal" es la URSS, tal vez no aludan tanto a los términos militares del problema, sino a la base teórica del desacuerdo antagónico, en el sentido de que se acusa a la URSS de haber *osificado* los principios del marxismo y del leninismo; ésa es, entre otras, la razón de que en China se efectúe esa gigantesca y masiva lectura de las obras marxistas clásicas, que nunca conoció proporciones similares en todo el mundo.

La cuestión es que no se puede hacer de los principios del marxismo, "huesos muertos", como decía Lenin.

Ésa es la mayor enseñanza marxista que Gramsci nos ofrece: la exigencia inalterada e inalienable –si queremos evitar la derrota– de un "marxismo viviente".

POST–SCRIPTUM: PARÍS-CAMBRIDGE-PARÍS

Después de concluir mi curso sobre Gramsci en la universidad de Vincennes, partí de París un día de mayo hacia Cambridge, en dirección del Trinity College (que figura en la más modesta guía de viajes), con el fin de encontrar al último amigo de Antonio Gramsci: el profesor Piero Sraffa, "fellow" en la Universidad. Tenía motivos para estar contenta: encontrar al viejo camarada de Gramsci, y a través de él sus huellas, entrever su última sombra: como si pudiera hablar de su "heroico furor" con la misma persona de quien había leído durante meses las principales obras, sola en la penumbra de mi pequeño departamento del bulevar Saint-Germain (donde sólo podía leer a la luz de una lámpara), que me prestó generosamente mi amigo el pintor chileno Mata durante todo el invierno. En mi aislamiento político, había tenido una idea constante: ¿cómo se habían interrumpido las relaciones entre Gramsci y el partido, hasta llegar al silencio codificado, si no la ruptura abierta, a partir de 1929-1931 y después? Sraffa era indudablemente el hombre que más debía saberlo, según los testimonios que había recogido.

En ese día de mayo, también me sentía aliviada de ausentarme de París un domingo, pues, como dice Kafka en algún lado, el lunes será maravilloso, ¡pero qué interminable que es un domingo (parisiense, agregó)! El que se queda en París el domingo, se siente como un paraguas negro abierto bajo un cielo azul. Siniestro, inútil. Atrayéndose la mala suerte. Además, ya no me gustaba ese departamentito en el que la calefacción a gas no funcionaba prácticamente nunca, y yo llamaba a los mecánicos, a los plomeros, a la flor y nata de los expertos: la firma Le Blanc, que me había vendido el aparato, me remitía al instalador de radiadores, el señor Pouyet, y este último, secamente, me reenviaba a Le Blanc, y viceversa, atribuyéndose mutuamente la responsabilidad. Cada vez que alguien golpeaba a la puerta, me levantaba de un salto pensando: ¿es Le Blanc?, ¿es Pouyet? Ya estaba casi convencida de que nadie en París era capaz de reparar un aparato de calefacción. Podrán hacer, desde luego, el supersónico Concorde. Pero la calefacción a gas, puedo jurarlo, no saben como tratarla, como si uno les presentara una máquina lunar. Y los obreros venían y se iban, cada vez con 50 francos, y firmaban recibos en colores, amarillos o rosados, los refrendaban, y después todo empezaba de nuevo: otra vez la calefacción descompuesta. Durante todo el invierno, trabajando sobre Gramsci, envidié a los que tenían una verdadera calefacción, pero sobre todo a quienes poseían un teléfono. Pues en París —ambiciosa megalópolis de la Comunidad, que galopa en el

aumento de la tasa de crecimiento más que ningún otro país europeo– es imposible, incluso con la intervención del papa o de Kissinger, obtener un teléfono, ya que el gobierno francés está siempre a punto de comenzar trabajos de instalaciones telefónicas, pero por razones misteriosas, y a través de veinte años de transición de la IV República a la V, aún no se ha comenzado a escavar los subterráneos para colocar los cables. Exhumar Pompeya, en general, hubiera llevado menos tiempo. Confieso, para vergüenza mía, que en la película *El último tango en París*, último superproducto erótico del arte cinematográfico, sobre el cual todo el mundo ha dado interpretaciones científicas, mi modesta idea (fija) era que los dos amantes, en su frenesí sexual, no disputaban finalmente otra cosa que un departamento vacío, céntrico y. . . con teléfono. En realidad siempre hay un teléfono negro que suena, en el piso, pero que nadie utiliza. Es lo que me ha quedado grabado en la memoria, más que la manteca funcional de Marlon Brando. La última razón que me tranquilizaba al cerrar la puerta, era que interponía un espacio entre yo y mis vecinos de piso, que ciertamente no me querían, por lo menos si fueron realmente ellos los que llenaron de cola la cerradura de mi puerta, de manera que una noche debí dormir en el hotel y esperar la mañana para llamar a un cerrajero que la desmontó, la cambió y, para consolarme, me dijo: "Usted sabe, son bromas que de cuando en cuando los franceses hacen a los extranjeros".

Así, durante un año, había trabajado duro sobre Gramsci, trajinando entre Roma y París, con las valijas llenas de libros, pero todo me parecía liviano, y la luz metálica del pensamiento de Gramsci se filtraba siempre a través de los avances, los saltos, la discontinuidad de la escritura, y tenía la impresión de captar sus conceptos claves y las articulaciones que anotaba con destino a mi curso. De modo que mi soledad, únicamente interrumpida por la compañía de la estatua de Diderot que se levantaba en la placita de enfrente –un Diderot irónico, con una pluma de ganso en la mano derecha–, me parecía recrear a veces el terreno favorable para penetrar en el aislamiento del genio, crecido en pleno desierto, de un Gramsci escribiendo en la cárcel.

Este largo preámbulo, para decir que mi viaje a Londres, en busca de Gramsci, pudo ser en la trama de mi vida una ruptura aguardada y dichosa. Y más aún porque casi había acabado mi trabajo en Vincennes, que debí afrontar sola, sin ayuda de discusiones o consejos eruditos (todo el mundo escurría el bulto diciendo: "no leí a Gramsci"; e incluso los que habían escrito sobre él se limitaban a decirme paternalísticamente: "continúa, continúa"). Mi trabajo no era un trabajo de erudición, no era un "curso" pulido como una bola de billar, ni una obra académica, universitaria, sino un trabajo militante, como se puede verificar por lo que precede, cuyo único mérito consiste en haber buscado en el pensamiento de Gramsci el filo más cortante para romper el nudo de inhibi-

ciones y contradicciones políticas que nos envuelve, aquí, en Occidente. Mi largo recorrido para llegar a Gramsci pasaba de Nápoles, por China, y la revolución cultural: de Roma a Pekín, de Pekín a Roma y París, hacia Gramsci. Y lo que puede parecer un vagabundo tenía, por el contrario, en su base, una lógica política tensa. Mi libro sobre China me había conducido tan lejos que había sido proyectado fuera de la vida del partido como una flecha: lejos de las masas, de la base proletaria de Nápoles; pero en el interior de ese trayecto había mantenido la voluntad de transformar ese "aislamiento" en una nueva práctica militante, la de la reflexión y el estudio de la realidad, según mis posibilidades. Había aceptado esa serie de cursos en una universidad como Vincennes con el objetivo preciso de reflejar en Occidente el pensamiento de Gramsci, un pensamiento que nos ofrece el mayor número de indicaciones teóricas y políticas para desarrollar la lucha ideológica, es decir, para abrir el frente de la "tercera línea" (como dice Engels) del combate contra el capitalismo, y para acercar a nosotros, ideológicamente, la revolución cultural a través de la concepción de la "hegemonía": no la Revolución cultural como un acontecimiento estereotipado o imitado mecánicamente, sino como experiencia de injerto en el árbol de nuestro pensamiento marxista. Pero, ante todo, acercar a nosotros el pensamiento de Gramsci en la medida en que toda su obra es una crítica de izquierda de Stalin, a propósito del conjunto de cuestiones fundamentales relativas a las sociedades de transición al socialismo, el desgarrador problema de su impotencia y en ocasiones también sus trágicas acciones condenables (Checoslovaquia); en la medida en que Gramsci nos ofrece la única clave posible para comprender Mayo del 68 o el otoño caliente de 1969 en Italia como gran revuelta ideológica y como revuelta obrera; en la medida en que representa el único marxista que, prolongando y aún superando a Lenin, determina las líneas directrices de una revolución que se desenvuelve en los países industrialmente desarrollados.

Las últimas páginas que dejé en mi escritorio trataban del ensayo de Gramsci sobre los intelectuales, y sobre la influencia ideológica que la hegemonía burguesa ejerce a través de sus intelectuales, los grandes intelectuales, los intelectuales tradicionales, a los que hay que oponer los "intelectuales orgánicos" del proletariado, para hacer del proletariado una clase ideológicamente hegemónica aún antes de ser dominante. Y ahora me dirigía a uno de esos antros sagrados del *saber*, la universidad de Cambridge, para visitar al profesor Piero Sraffa, antiguo "fellow" del College.

CAMBRIDGE (MAYO DE 1973)

Penetro en el patio de la Universidad, que se extiende tras un pórtico recargado de escudos medievales; después de atravesar el claustro macizo, tomo por una pequeña puerta a la derecha, una escalera y, en el primer piso, encuentro dos puertas, una al lado de otra; no puedo equivocarme, pues en dos placas de mármol, casi funerarias, se lee: de un lado, señor Piero Sraffa; del otro Lord Adrian. Además, es el profesor Sraffa, prevenido por el portero galoneado del College, quien me abre la puerta. Es un hombre alto, pálido, con algo más de color en la mirada. Advierto en seguida que me tiene un poco de miedo, que huele una trampa, una intriga; trato de tranquilizarlo. ¿Tal vez es mi nombre, que le he dado por teléfono, el que le causa esa tensión? Le hablo con franqueza: quién soy yo, qué hago, qué escribo, el acuerdo y el desacuerdo con el partido, él me interroga con sus ojos vacíos, "¿qué hace usted aquí?", quiere comprenderme, estudiarme, ¿qué quiero de él?

–Gramsci, respondí. Vea, dicto un curso sobre Gramsci en la universidad de Vincennes y desde hace meses deseaba encontrarlo. Su nombre me persigue como un objetivo que tenía que alcanzar. Usted es el último amigo de Gramsci, el que ha hablado más extensamente con él en la cárcel, el último que lo ha visto, aparte de Tatiana y de su hermano Carlos. Usted sabe, para mí Gramsci está tan increíblemente presente, es una fuerza tan dominante, tiene tal peso sobre nuestro pensamiento político que para mí el hecho de encontrarlo, de encontrar a quien estuvo junto a Gramsci la época de su detención, es una gran emoción.

El profesor Sraffa me mira, estupefacto:

–Sí, sí, pero me acuerdo tan poco... ¿Quiere recordarme en qué año murió Gramsci? ¿En 1937, dice? Entonces fíjese, hace ya treinta y cinco años, hace tanto que ya no sé nada, casi nada... Soy muy viejo...

Trato de dominar mi estupefacción ante todas las fechas archiconocidas que me pide, como para hacerme comprender que está lejos de mí, a una distancia de años-luz. Replico:

–Pero usted nació en 1898, creo, no es tan viejo...

Insiste, con una suave duplicidad o como alguien que ya no es de este mundo:

–Sí, yo era más joven que Gramsci, creo, creo que sí, pero dígame: ¿cuando nació él? Y sobre todo, lo que quisiera que me diga es: ¿en qué año fue a la cárcel? ¿En 1926, dice? Debe ser así... Diez años de cárcel, es mucho... realmente mucho... Vivió mucho más de lo que debía, enfermo como estaba, y resistió diez años, verdaderamente una duración excepcional, gracias a la voluntad, a la fibra mental pues el cuerpo, en cambio, usted sabe, no era más que una llaga...

–Sí, ya sé, usted lo encontró un mes antes de su muerte, en marzo.

—Sí, pero, ¿dónde lo vi? Dígamelo mejor usted, ¿dónde murió Gramsci? ¿En Formia? ¿En Roma? Sí, usted debe tener razón, en Roma, en la clínica Quisisana. Es cierto, ya recuerdo, había veinticuatro policías de guardia cada ocho horas, cada ocho horas ocho policías, delante de la habitación, en el corredor, en la puerta... ¿Muchos, no? Gramsci había recibido, el día antes de morir, la noticia oficial de que su libertad vigilada había terminado, en fin, que era libre...

Un estremecimiento sacude al profesor, y continúa repitiendo cuántos policías rodeaban a Gramsci, lo interrumpo, lo tomo del brazo, lo miro en los ojos y le pregunto:

—¿Pero cómo era cuando estaba tan enfermo en Roma? ¿Tenía lucidez sobre su suerte? ¿Estaba desesperado por morir? ¿Qué le decía a usted?

Responde acurrucándose en su amplio sillón de cuero, como tras un escudo.

Tiene un aire de espanto:

—Estaba calmo, resignado; casi contento... Ya no tenía ganas de vivir, estaba en el final de todos los sufrimientos físicos y morales, y el desacuerdo con el partido...

Insisto, al vuelo:

—Pero dígame: ¿qué desacuerdo?, ¿en qué consistía? Usted le dijo a Spriano en 1967 que Gramsci le había dado un mensaje para el partido replanteando la consigna de la Constituyente, y para expresar su divergencia sobre el "viraje" de 1929, sobre el aspecto sectario y dogmático de ese viraje, típicamente en la línea de Stalin. Ése sería un mensaje. ¿Ha habido otros?

—No sé... Ya no sé bien. ¿Pero en qué día estamos? Casi no tengo memoria. Usted me viene a ver, por lo tanto usted debe saber en qué día estamos...

Insisto, sin dejarme detener por el calendario:

—¿Gramsci le habló de una tensión entre él y los demás camaradas prisioneros, en 1930-1933, como cuenta Athos Lisa, cuando Gramsci estaba en Turi, y los otros comunistas lo consideraban un desviacionista, un fraccionista, porque se negaba a aceptar pasivamente las directivas de Stalin y de la Internacional sobre el "viraje"? .. ¿Gramsci le habló de su aislamiento dentro de la cárcel, lo que explica que haya callado en ese momento y que dejara de hablar con los demás?

—No, fíjese, Gramsci no hablaba de política... No sé nada de Turi. Fui allí en 1931, después de la hemoptisis que él tuvo en aquel momento, pero no me dejaron verlo (en ese momento advierto que, cuando se trata de refutar mis informaciones, el anciano profesor parece recuperar la memoria)... Pero discúlpeme, le pregunté en qué día estamos, y usted no me contestó.

"11 de mayo de 1973", le digo, con un poco de dureza. Y luego:

—Pero quisiera que me responda a esto: ¿adónde quería ir Gramsci, si hubiera vivido?

—Bueno, ya recuerdo, quería volver a Cerdeña, a su casa, a su tierra. . . lo decía con toda fuerza y toda su esperanza.

—¿Pero no quería reincorporarse a un centro del partido, retomar contacto con Togliatti, con los demás dirigentes, en cualquier forma, en cualquier lugar?

El profesor me mira aterrorizado. ¿Quién soy? ¿Qué secretos quiero arrancar a su "tumba" antes de que se cierre?

—. . . No sé bien, creo que no, no lo recuerdo, él quería volver a habituarse a vivir, a reflexionar, informarse sobre lo que pasaba. . . Ponerse al corriente. . . En la cárcel, no sabía nada. . . Desacuerdo, dice usted, ¿pero cómo se puede estar de acuerdo o en desacuerdo cuando no se sabe lo que pasa?

—¿Pero usted dice que Gramsci no le hablaba de política? ¿Nunca se le ocurrió que tal vez él no quería discutir con usted?

—No sé. Sólo me hablaba de economía, de las noticias. . . Me pedía detalles cotidianos. . .

—¿Pero ustedes tenían testigos que los escuchaban?

—En Formia, no. Estaba en libertad vigilada. Hablábamos solos en su habitación o paseábamos. En Roma también hablábamos solos.

—¿Cuánto tiempo se quedaba con él?

—Una semana, tal vez más, pero lo veía casi todos los días, e iba a visitarlo cuatro o cinco veces al año.

—¿Pero usted no lo ponía al corriente de lo que pasaba afuera? ¿Gramsci no le preguntaba sobre la Unión Soviética, sobre el partido, sobre Togliatti, sobre el grupo dirigente?

Un estremecimiento sacude otra vez al profesor que, como un ectoplasma, desaparece dentro de su gran sillón.

—¿La URSS? Sabíamos tan poco, y además, yo nunca me interesé verdaderamente en la política, mis intereses eran los de un economista.

—Sí, ya sé que Gramsci escribió una carta a Tatiana en la que dice que usted preparaba una edición crítica de Ricardo. Conozco su ensayo sobre las *mercancías reproducidas por mercancías.* Figura en todas las bibliografías de economía, conozco su valor. . . Pero para Gramsci, usted sabe, la política era toda su vida de combatiente, ¿y a usted no le parece extraño que un hombre como usted, que no se interesaba en la política, haya sido el único nexo de Gramsci con el exterior, y el único nexo oficial con el partido? En esa época usted se encontraba con Tasca, Togliatti, Amendola y les informaba sobre Gramsci, usted representaba el contacto con el centro del partido en el exterior. Usted estaba relacionado con la cuñada de Gramsci, Tatiana. Fíjese, usted es el único amigo que ha visitado regularmente a Gramsci, desde la primera vez en Milán, en 1929, y luego en Formia, en la clínica del doctor Cusumano, de

1934 a 1935, y finalmente en Roma, en la clínica Quisisana, de 1935 a 1937. Perdóneme que le dé tantas fechas, pero usted insiste. . .

—Yo era profesor en Cambridge. Era amigo de Gramsci desde el periodo de *L'Ordine Nuovo*, habíamos sido presentados por el profesor Cosmo. ¿Conoce al profesor Cosmo? (Una vez más, lo miro y nos miramos uno al otro, estupefactos, ¿cómo podría conocerlo?). De Cagliari, donde era profesor, fui llamado en 1927 a Cambridge por la intervención de Salvemini, como profesor de economía política, y desde entonces enseño en Cambridge. El fascismo me tenía cierto respeto. . . yo venía de Inglaterra, donde enseñaba en la universidad de Cambridge, y usted sabe, la reputación de Cambridge. . . incluso sobre los fascistas, tenía influencia.

—¿Usted no tomaba notas de lo que Gramsci le decía? Aparte de Tatiana, que era una mujer simple, pero que relataba minuciosamente todas sus discusiones con Gramsci, nadie le ha hablado más directamente que usted durante años. ¿Y usted no tomaba notas, no escribía nada?

—Ah, no, vea, me resulta horrible escribir algo que no sea economía, ni siquiera escribo artículos.

—¿Y las cartas de Gramsci?

—Las copiaba a todas y las enviaba al centro exterior del partido. Todo lo que escribía, incluso a su mujer, se le enviaba a su cuñada Tatiana, que trabajaba en la embajada soviética en Roma. Ella, a su vez, copiaba todo. . . El original, lo enviaba a Moscú, y me daba la copia, que yo enviaba al partido. Además, tenía las cartas que Tatiana me escribía para informarme de la salud de Gramsci y de lo que él le decía. Y, por cierto, tenía las cartas que Gramsci me escribía, y que yo remitía al partido para que se pudieran publicar: *casi todas*. . .

La expresión *casi todas* implica una reserva en la que yo no reparo. Continúo:

—Es decir que Gramsci sabía que ni una sola de sus líneas dejaría de estar controlada, copiada tres veces: *a.* por la censura fascista en la cárcel; *b.* por Tania para Moscú; *c.* por usted para el Partido. Condiciones difíciles para un hombre que quisiera hablar claramente, decirlo todo. . .

Él cambia de tema:

—Fíjese, los fascistas se interesaban mucho en Gramsci. Mussolini quería que se le enviase personalmente una copia de todas sus cartas y de todo lo que escribía. . . Mussolini se ocupaba personalmente de Gramsci. . . Todo, incluso una autorización para verlo, pasaba por él, directamente. . . También las mías.

—No solamente los fascistas. Tampoco los otros, en Moscú o en otra parte, querían perder una línea de lo que Gramsci escribía, una palabra de lo que decía. . . Simplemente, nadie le respondía, ¿no es así?

Se vuelve a hundir en su sillón protector, como en una cuna para ancianos:

—¿Pero cómo se le podía responder? Estaba el fascismo y, además, él no estaba al corriente de nada, estaba separado de la vida, de la lucha política concreta. No me interrogaba sobre Togliatti ni sobre nada, confiesa en voz baja.

—Pero usted que lo veía, ¿usted no se interesaba en la política, no es cierto? Usted que tenía contactos oficiales con Gramsci, particularmente para el partido, ¿usted no le informaba en política, me dijo?

—Yo tenía otros intereses, la economía, como le dije. Ciertamente, leía los diarios... Gramsci quería saberlo todo, en detalle, sobre lo que yo leía, hasta los hechos menos importantes. Traté de referirle lo que se escribía, hasta las noticias.

—Pero usted venía de una gran capital extranjera, Londres. Sabía muchas cosas sobre los acontecimientos políticos mundiales... ¿Gramsci no le preguntaba?

—Muy poco, muy poco. Quería conocer los pequeños hechos cotidianos. Después discutíamos de economía... Soy economista...

—¿Pero usted informaba al partido de sus encuentros con Gramsci?

—Creo que sí. Ya no recuerdo. Pienso que sí. Yo copiaba las cartas. Sin duda agregaba a veces una nota. Luego alguien venía a verme para pedirme más detalles sobre nuestras conversaciones...

—¿Pero usted no piensa que Gramsci pudo mantener reserva, incluso con usted, pues en el fondo sabía que todo lo que le dijera sería conocido, de una u otra manera, en el partido? Tal vez no siempre quería hablarle... abiertamente. O tal vez sí le ha hablado, pero usted no lo recuerda...

—Sí, en efecto, soy muy viejo, ya no tengo memoria. Me falta. No sé, verdaderamente no sé.

—Así pues, sin interés por la política y sin memoria, perdóneme, usted ha terminado por ser objetivamente el Tácito de Gramsci. La historia ha elegido un Tácito mudo en esta ocasión. Como siempre sucede, se establece el silencio en torno a los mártires de la "ciencia nueva", de los apóstatas o de los grandes pensadores revolucionarios. En efecto, si pensamos en ello, ¿qué ocurrió en los últimos años de Lenin? Las informaciones son tan escasas, los testigos inexistentes o mudos. Al hablarle a usted, pienso en eso. ¿No cree que hubiera sido mejor para nosotros que en lugar de un profesor de Cambridge haya sido el más simple de los camaradas, el obrero más modesto, quien tomara notas en cada uno de sus encuentros con Gramsci?

—Imposible. Nadie podía hacerlo. Habría sido arrestado...

—En usted, en cambio, todos confiaban...

—Yo era profesor en Cambridge. Ya se lo dije.

—Usted también era, si no me equivoco, el sobrino del primer presidente del Tribunal supremo fascista, Mariano d'Amelio, como lo recuerda Gramsci en una carta de 1929, en la que dice que se dirige a usted

para que se sepa el resultado que tuvo el recurso en revisión de su proceso, que Terracini, en nombre de todos, había presentado en el Tribunal supremo un año antes. Pero veamos, ¿nunca pensó en eso? Supongamos que se quiera que no haya ningún testimonio sobre Gramsci en la cárcel. Objetivamente, quién, mejor que usted, podría hoy lograr ese objetivo, a saber, no dejar huella alguna, salvo las que encontramos en los *Cuadernos* y en las cartas que llevan el sello de la penitenciaría?

—¿Qué quiere usted de mí, exactamente? Soy tan viejo, ya no volveré a Italia. Los amigos mueren y no nacen. ¿Sabe usted que los amigos mueren y no nacen? Cada vez, alguien desaparece... Pero, dígame... ¿Longo está vivo o muerto? Me dice que está vivo. Es interesante. Todavía vive. ¿Y la mujer de Gramsci, está viva o muerta? Vive todavía, dice. ¡Qué temple! ¿Y los hijos? ¿Aún en Rusia? ¿Deben ser verdaderos rusos, funcionarios soviéticos? ¿Y Tania, está muerta..?

Sí, Tania murió dos años después que Gramsci, de pena, creo...* ¿Estimaba usted a Tania?

—No era muy avispada, no, pero se había consagrado a él con una devoción inmensa. Tengo aún sus cartas, que conservé, en las que me da noticias de Gramsci, con faltas de ortografía, pues no conocía bien el italiano. ¿El Instituto Gramsci existe siempre en Roma? ¿Qué se hace en ese Instituto? ¿Se estudia mucho la obra de Gramsci en el partido?

—Usted sabe, el Instituto se parece un poco a una gran biblioteca. Está llena de silencio. Hay algunos investigadores y estudiantes que preparan su tesis. Gerratana prepara la edición crítica de los *Cuadernos* de Gramsci, que saldrá el año próximo. Ha trabajado diez años. Pero el pensamiento de Gramsci, para responderle, no está vivo en el partido, en los debates políticos. Gramsci no está presente en ellos, si es lo que quiere saber. Está ausente de las discusiones teóricas y políticas que interesan a los militantes, frente a los problemas actuales.

El profesor ríe, misterioso, ante esa imagen del Instituto... ¡Ja! ¡ Ja! ¡Ja! ... como una biblioteca, en el fondo, como su biblioteca, en la que estamos hablando ahora. ¿No se parecen las bibliotecas?

—¡Pero el partido tiene razón! ¿Cómo se puede estudiar la obra de Gramsci, en la base? El partido debe ocuparse de los problemas concretos de todos los días: qué quiere usted que represente hoy en día la lucha ideológica, la batalla teórica, quisiera decir... En la época de Gramsci era otra cosa... Y después ha habido la experiencia soviética y las otras construcciones socialistas. El capitalismo está cada vez más seguro de sí mismo, y no sólo económicamente; penetra a fondo y se incrusta en la mente de los hombres. En la época de Gramsci era diferente, ¿pero cuánto tiempo ha pasado?

Tengo un momento de desconcierto, de alucinación. Veo a los pro-

* En realidad, Tania murió en 1943, en Moscú (donde residía desde 1938) [T.].

fesores *ortodoxos* del marxismo encerrados en sus facultades, muy célebres, en sus cómodas cátedras universitarias, en Cambridge o en París, en sus departamentos silenciosos, poblados de libros, lejos del ruido de las masas, de la "bestialidad" del hombre que lucha por la vida. Encerrados en altas torres de marfil, espíritus de jade muy preciosos.

Y si, dentro de algún tiempo, entráramos en una época de olvido universal del marxismo en la que, inocentemente, hubiéramos perdido todos la memoria, olvidado los conocimientos teóricos; y si los grandes marxistas, los ases de la teoría, interrogados sobre la ciencia que ha dominado nuestro siglo, como única teoría revolucionaria, dijeran, farfullando: "Sí, sí, había una época en la que se decía martismolismo. No, perdón, corrija: marxilista. . . ¿O tal vez lenmarxista? Tantos años han pasado, ¿quién puede acordarse? Usted pronuncia marxista-leninista. Sí, debe ser así. Y ese Lao-Tseu, no Tung, ¿Lao Tseu-tung, tal vez? Pero probablemente, más bien Mao-Tse. . . ayúdeme, ¿diría, creo, cultura en la revolución, o bien, como usted insiste, revolución cultural. . .?

En esa época, amnésicos, sepultados bajo sus volúmenes, ningún teórico sabrá ya nada, como viejos recién nacidos, justamente como Lao-Tseu, "el viejo niño", que nació con cabellos blancos. Ni los jefes de partidos revolucionarios, ni los especialistas reconstruirían la teoría. . . pues habrían perdido la memoria, y osificado los conceptos.

Después, el escenario cambia. El profesor me invita a almorzar con él en el refectorio de Cambridge. Sala medieval, ventanas góticas con vidrios flamígeros, mesa maciza de roble, de un lado los profesores, tres mesas, y en el fondo, los estudiantes, separados por una barrera. . . Los "fellows" son todos decrépitos. Tal vez porque es domingo y los "jóvenes" han salido. Mi vecino de la izquierda se parece a un buey inmenso, golpeado en la cabeza, plegado en dos sobre su plato. Lleva guantes de lana de los que emergen muñones de dedos, violetas, hinchados por los sabañones. La sopa corre a lo largo de su mentón, que descansa sobre su pecho como una piedra, inmóvil. No ve y no escucha nada. Mastica y nada más. No es sino un tubo digestivo.

—¿Ve a nuestro vecino de la izquierda? Es un reputado historiador —me murmura Sraffa—. Tiene 92 años. Es más bien viejo. . .

Nadie saluda ni habla. Las grandes celebridades de Cambridge, arrugadas y apergaminadas, parecen estar todas encadenadas a su papel silencioso de grandes intelectuales. Son monumentos. Están conservados y se los visita como a tales. Aguardan el momento de pasar de la tumba universitaria a la del cementerio. Están ya en la "tumba" en cierto sentido, conscientes de esa dignidad intemporal. Me miran con una curiosidad pronto sofocada por el tedio. ¿Quién es esa mujer? ¡Una muujeer! Pero el cansancio pronto los gana, y vuelven a caer en su vacío, como guijarros que caen en la nada.

Le pregunto a Sraffa:

—¿No hablan entre ustedes?

—A veces sí, a veces ocurre, responde animándose. Lord Adrian, que es mi vecino y que es premio Nobel, me saluda siempre cuando nos cruzamos en el piso. Cada uno de nosotros tiene su departamento, pero no nos visitamos. Nos vemos más bien aquí, en las comidas, en la sala de lectura, o en el jardín. Cada uno de nosotros tiene algunos amigos. . .

Pero aquí, en la mesa, los venerables profesores tienen la nariz metida en el plato y no ven nada, no hablan y no intervienen. Si no masticaran, creeríamos estar viendo los esperpentos inventados por Hiéronymus Bosch. Son los grandes espíritus de la cultura burguesa, en el país capitalista más antiguo de Europa. De repente cae una pila de platos, del lado de los estudiantes y, bajo la bóveda, se creería que ha estallado una bomba. Los profesores reaccionan, se agitan, incluso se vuelven y gruñen su desaprobación, su desprecio por tanto estrépito.

Los que están menos paralizados por la vejez se levantan, como nosotros, para ir a servirse al buffet. El camarero, que está detrás de la mesa, con la sopa caliente, también es muy viejo. . . Se elige entre la sopa y los fiambres, entre el estofado y la salsa, entre las papas fritas y la ensalada. Los profesores hurgan largamente, con mucha corrección, para encontrar los mejores trozos. En cuanto a mí, todo me parece igualmente insípido, desabrido. No ocurre lo mismo con Piero Sraffa, que me hace notar que la alimentación de los profesores es muy cuidada, mejor y más abundante que la de los estudiantes. . . Es mejor que en cualquier restaurante de Cambridge, y nadie va afuera. Más aún, como se puede tener un invitado de cuando en cuando, por cuenta de la Universidad, como hoy el profesor Sraffa, los "fellows" aprovechan para invitar a un amigo. Quisiera seguir interrogando a Sraffa sobre Gramsci, pero me hace entender que no se habla en la mesa. Sólo se escucha el ruido de las mandíbulas y de las dentaduras postizas.

Pasamos luego al salón donde tomamos el café, capilla recogida con sillones de cuero pardo. Viejísimos profesores se han dormido sobre sus diarios. El café está servido en cafeteras. El profesor Sraffa prueba cuál de las dos está más caliente.

—Fíjese —dice—, hay que ser astuto y ver, con la mano, dónde el café está más caliente.

Está muy contento de sí mismo y ríe burlonamente. Nos sentamos los dos sobre el canapé, y me dispongo a hablarle. Pero los profesores salen de sus bandas de momias, se agitan y, escandalizados, miran hacia mi lado. El Trinity es un colegio donde nunca ha habido profesoras o estudiantes mujeres. ¡Cómo puedo atreverme a romper ese silencio! Una ligera angustia comienza a ganarme. Me siento muy joven, pero también como muerta. Una niña muerta.

—¿Salimos? —digo.

—La llevo al jardín, me propone Sraffa alegremente. Cada Colegio

tiene su jardín privado donde *sólo* los profesores pueden ir. Nosotros, los "fellows" del Trinity, podemos pasearnos sobre el césped, tenemos el derecho de pisar la hierba. Los estudiantes no tenían el derecho de ir al jardín. . . Acaban de recibir la autorización de penetrar en él de mañana, hasta mediodía. . . Pero la mañana está reservada precisamente a los estudios. . .

El profesor ríe, con una risa caballuna como siempre, de esa astucia, como si estuviese contento de que, en definitiva, los jóvenes no puedan poner nunca sus pies en el jardín y aún menos pisar el césped. Después de atravesar una reja, penetramos en un parque encantado. Nos paseamos en una hierba mullida, verde y emocionante, prado verde de hierba tierna y, en todos lados a nuestro alrededor, magnolias, durazneros, almendros, cerezos en flor, naturaleza benigna y magnífica que se renueva al lado de la gigantesca tumba universitaria. . . Quisiera hundir mis pies en esa hierba ligera, correr hasta perder aliento, lejos de aquí. . . pues debe haber en el mundo muchos lugares tan verdes como éste.

–Dígame –me interrumpe Sraffa–, ¿en qué mes estamos? Mayo, dice. Entonces, ¿por qué aún no hay rosas? Lo repito: Los amigos mueren y no nacen. Ya no iré a Italia, soy demasiado viejo. Ya no tengo nuevos amigos. No es como las flores del jardín.

Lo mira, con su vida desbordante, asombrado de que los hombres no nazcan tan fácilmente como la hierba.

Gramsci está bien lejos. ¿Pero ha existido verdaderamente? ¿De cuando en cuando? Temo que el profesor vuelva a interrogarme para asegurarse de que todo es verdadero. ¿O bien finge? La alienación es tan absurda que podría coincidir con el supremo fingimiento. No permitir que le saquen una sola palabra, hasta la tumba. Ser como una caja fuerte, a prueba de soplete. Llevarse al otro mundo, con las fastuosas insignias profesorales de Cambridge, todo recuerdo de Gramsci, por segunda vez. Construir a su alrededor, mientras esté vivo, otra cárcel, de muros infranqueables, dentro del recinto gris de Cambridge. Volvemos al departamente. Hay una botella de leche en el piso, único signo de vida que indica la presencia de Lord Adrian, premio Nobel. En su casa, el profesor se hunde en su sillón y me revela exhalando un suspiro:

–¿Sabe? Tengo cartas de Gramsci. . . Una parte está aquí, además de todas las otras que he dado al partido. . . ¿Seguramente le gustaría verlas?

–Desde luego, me haría muy feliz. . . No me atreví a interrumpirlo cuando usted me decía que todas las cartas no habían sido publicadas. ¿Pero usted está seguro de tenerlas? –digo, recelosa. Se afirma que usted las entregó todas.

Se anima, esboza una sonrisa, desde el fondo de su sillón. Luego un resorte se desprende y me propone, ahora seguro de sí, que las busquemos juntos, en seguida, en su departamento.

—Las tengo, naturalmente que las tengo. Pero el problema es saber dónde las he puesto. Ya que está aquí, ayúdeme. Miremos en esos cajones.

Afuera, el tiempo lluvioso, londinense, se ensombrece. Sube una cortina de bruma. Es domingo. ¿El profesor se aburre y quiere verdaderamente ponerse a buscar cartas, como si jugara al bridge? El absurdo comienza entonces (maligna caza del tesoro): te congelas, te calientas, te quemas —tal vez por aquí, no, no, más bien por allá—, subo y bajo de las sillas. Saco cajas y cajas de los estantes de la biblioteca, a medida que el profesor me las indica. Hurgamos dentro de ellas. Nada. Ninguna huella de Gramsci.

—Fíjese. Mire allí arriba. Tome esta caja. Arriba, hay una *I*. ¿Por qué hay una *I*? ¿Qué quiere decir eso? Démela, por favor.

Abre, mira y dice:

—*I*, desde luego, Internacional comunista. Tome esta otra con una *L*, ¿pero por qué puse una *L*?

—Tal vez Lenin —digo, ahora que creo haber comprendido el juego.

—¿Y *M*?

—Marx —digo.

—Sí, Marx. Miremos adentro.

En las cajas que abrimos, ha coleccionado las primeras ediciones raras de escritos políticos, opúsculos, panfletos, piezas rarísimas para un Instituto de historia del movimiento obrero. Encontramos un prospecto amarillo, de 1871, del mitin realizado en Londres sobre la Comuna de París, y entre los "oradores ingleses" hay un tal Dr. Karl Marx.

—¿Vio? —dice Sraffa, que parece muy contento—, es el único que tiene el título de doctor. Sin duda los otros no tenían ningún título. Sólo él era doctor. Un título que le correspondía.

Restituyo la *M* a su lugar. Continuamos buscando. Estoy completamente perdida, atrapada en el juego de esa gallina ciega para viejos niños. No sé qué hacer. En el fondo, la red en que me ha capturado corresponde a la magia negra. Miro permanentemente mi reloj. A las tres, de golpe le digo:

—Tengo una cita. Debo irme. Discúlpeme. . .

Pero él insiste, amablemente, empecinado. Me dice que todavía tenemos tiempo y me pide que continúe buscando las "cartas de Gramsci". Mi presencia puede serle útil. Pasamos entonces a su dormitorio y miramos bajo la cama, donde se halla un viejo baúl. . . en la mesa de luz. . . en un cajón. . . Sólo encontramos cajas de medicamentos. Se arrodilla. Me da lástima. Temo que no se pueda volver a levantar. Yo también me arrodillo, al lado de él, desesperada, aprisionada en ese juego-locura. A cuatro patas, agachados, buscamos la "caja" de las cartas de Gramsci. Como se mira en el fondo de un pozo.

—Las encontraré algún día —dice, confiado—. Qué quiere, ya no ten-

go memoria. Ya no sé dónde puse esas cartas. Pero me acordaré... ¿Dónde pude haberlas guardado? Lo recordaré... Es preciso que las encuentre, aunque sólo fuera para donarlas a alguien. A propósito, ¿a quién, le parece?

—Al Instituto Gramsci —digo en seguida.

—Sí, ya lo he pensado. Pero debo encontrarlas, si no, usted comprende, vendrán aquí cuando esté muerto y quemarán todo. Por otra parte, nadie, aquí, en Cambridge, se interesa en Gramsci. ¿Usted dice que en Francia se manifiesta cierto interés por él? Extraño, extraño... Sí. Las cartas. Más vale donarlas en Italia. Naturalmente. Naturalmente... pero ahora el problema es encontrarlas. Déme su dirección... Cuando las encuentre, le escribiré dos palabras. Así, usted vendrá, y yo se las mostraré.

El viejo sonríe, lleno de cortesía, extendido en su sillón, sobre cuyo brazo se encuentra una visera de celuloide, blanca, como las que se usan para jugar al tenis, y que me ha fascinado durante toda la conversación. Sin duda le sirve para protegerse los ojos de la luz, cuando lee...

Saca su libreta. Mi nombre, difícil, lo escribe muy correctamente, con sus cuatro "c" como la marca de una mente clara y precisa. Aunque la sospecha de que se burla de mí persiste, le doy mi dirección en Roma y en París y también yo participo en el juego:

—Llámeme inmediatamente, cuando las encuentre...

—En seguida, dice él, todo sonrisa. Pero, le ruego, vuelva a decirme en qué día de mayo estamos...

—Ya no sé, ya no lo sé yo tampoco. Ni el año, ni el día... Son las tres. Me esperan. Le agradezco su hospitalidad. Adiós...

Corro hacia la salida.

"Soy muy viejo". La voz lenta del profesor me sigue todavía. "Ya no pondré los pies en Roma. Los amigos mueren, no nacen. Ya se lo dije. Es cierto. No nos volveremos a ver en Roma".

La puerta de roble, maciza, se cierra suavemente a mis espaldas. Miro la placa de mármol, sólo un instante: señor Piero Sraffa. Y pienso que en el fondo las cosas son como si no fuera Gramsci sino él quien desapareció hace treinta y cinco años. Pero no ha recibido ninguna comunicación "oficial". Y hasta nueva orden vive. Tampoco Lord Adrian ha sido informado de que estaba en la "tumba" de Cambridge, según entiendo. Salvo la botella de leche en el piso, cuya presencia es increíblemente viva.

Las grandes "eminencias de la cultura burguesa", como dicen los chinos, están en su cementerio, durante diez o veinte años, hasta que el *Times* no anuncie la noticia de su muerte. Los ordenanzas sacan entonces la placa de mármol y ponen otra en su lugar, con un nuevo nombre, bien grabado, el de otro locatario que quedará allí hasta su "muerte pública". Se transporta entonces, definitivamente, la placa de mármol al

cementerio de los profesores; ¿quién sabe dónde? Ser profesor en Cambridge da derecho a esperar la muerte fisiológica en la Universidad, en el propio departamento del Trinity, a partir de los sesenta y cinco años, cuando se deja de enseñar. A condición de seguir siendo un solterón y sin ningún contacto femenino; el departamento sólo es retirado en caso de matrimonio. Y, en el interior, se forma una extraña cofradía masculina, profesores-alumnos, profesores-profesores. Así, durante años, los profesores envejecen. Todos los ectoplasmas-profesores vagan en los corredores, los cursos, el refectorio, la sala de lectura, el jardín, totalmente ausentes y silenciosos, sin intercambiar una sola palabra. En Cambridge, la cultura burguesa ha levantado el mayor monumento a su hegemonía absoluta. Los grandes intelectuales, me digo, recordando a Gramsci, están aislados, colocados en un estado de rarefacción total, de abstracción global, convirtiéndose en personajes de museo. Un museo de la cultura. Un mundo empolvado de dignos fantasmas. Todos han firmado el pacto de vivir sin tener ya ningún contacto con la vida, es decir, con las masas, el pueblo, la chusma. La cultura de Cambridge está mucho más lejos de los hombres que Marte de la tierra. Años-luz separan a las momias inmóviles del Trinity de ese buen pueblo que llega en autocar, con aparatos fotográficos y cámaras, y toma frenéticamente fotografías con el fin de llevarse el recuerdo magnificado del "reino de la cultura de Cambridge".

(Hay que citar a Nizan en *Les chiens de garde:* "La filosofía de nuestro tiempo vive. ¿Pero qué vida? ¿Qué funciones tiene su vida? Hay muchas clases de vida sobre la tierra: la de los vivos, y la de sus parásitos. . . Me pregunto si la filosofía actual vive como un hombre vivo o como un gusano. No hay razón alguna que nos obligue a desechar este género de problemas. No hay razón para negarles respuestas". [*Los perros guardianes,* cit., pp. 53-54])

¿Por qué hay tanta gente? Recuerdo que es domingo. El domingo, todas las agencias turísticas ponen en su programa de viaje londinense "la visita a Cambridge" para el pueblo.

(Hay que volver a citar a Nizan en *Les chiens de garde:* "Pero estos hombres (un desocupado, un peón) no olvidarán eternamente su indigencia, su dolor y su humillación. No seguirán engañados indefinidamente por el gran aparato de ilusiones, por el decorado artificial a cuyo abrigo la burguesía mantiene su despiadado poder" [*Los perros guardianes,* cit., pp. 92-93]).

Hoy la gente puede echar un vistazo al pórtico severo, así como al claustro cuadrado, edificio grandioso, noble y sombrío (el Trinity fue edificado en 1350), y entrever los jardines florecidos, con los niños en el brazo o de la mano, echar breves miradas a las ventanas cerradas, soñando con profesores de espíritu vivo, sumergidos en reflexiones universales. Profesores como las estrellas-vedettes del mundo sublime del saber. Na-

die sabe que adentro vagan también numerosas sombras. Yo, ahora, sí. Por sierto, es conmovedor *saber*. ¿Quién de nosotros no prefiere hacerse ilusiones? Pero como yo *sé*, debo hablar, contar, para todos los "turistas" que nunca pondrán los pies en los departamentos de los "fellows" de Cambridge; para todos los militantes que no saben que el último compañero de Gramsci fue un ilustre profesor de Cambridge.

Estoy parada bajo el pórtico de entrada. Mi amigo, Antonio Bronda, corresponsal de *L'Unità* en Londres, no llega. Cae una fina lluvia. Las caravanas de turistas continúan amontonándose en la puerta de la Universidad y tic-tac-tac-tic, fotografían todo. Sobre todo los alemanes y los japoneses, armados con enormes cámaras. . . Espero, clavada en ese lugar, que mi camarada de *L'Unità* pase a llevarme. Espero diez, quince, treinta minutos, que cronometro ansiosamente, como se hace en un circuito deportivo. Los turistas me fotografían bajo el pórtico, bajo la lluvia que cada vez es más gris y más apretada. Pienso que ya nadie vendrá a buscarme y que debería volver a lo del profesor Sraffa para pedirle que me llame un taxi. Pero él me dirá: "Si todavía tiene tiempo, ¿por qué no busca un poco conmigo las cartas de Gramsci? . . . Miremos en la cocina, que aún no inspeccionamos. . ." Y así me arrastrará en su ronda infinita, me encerrará en su farsa profesoral, él, antes amigo, el único amigo que vio Gramsci durante sus últimos años de prisionero, etc.

Pienso que uno de nosotros ha vencido. Es él, en su "cementerio" de Cambridge de puertas abiertas, de donde los profesores emergen a medio cuerpo como Farinata, y luego se escapan para ir al refectorio, para pisotear la hierba de su jardín; es él, Piero Sraffa, el hombre que tuvo la confianza de Togliatti, del partido, de la familia de Gramsci. Es él, el hombre hacia el que todos los biógrafos de Gramsci expresan un inmenso reconocimiento. Ciertamente, mil gracias, como se dice al terminar las conferencias, también de parte mía. Aunque fuera de la iconografía oficial haya desaparecido toda huella de Gramsci, borrada para siempre, sepultada en medio de las piedras medievales de Cambridge. Y no obstante, yo también, en cierto sentido, agradezco sinceramente a Piero Sraffa, pues gracias a él pienso haber mirado en ese silencio, sin ilusiones, con los ojos lúcidos del proletariado, captando en el inconsciente que se despertó en mí como una fuerza todopoderosa, la última tragedia de la vida de Gramsci. Sin querer hablarme, Sraffa me ha dicho de ella infinitamente más "muerto" que vivo. (Para la pequeña historia, diez días después de esa entrevista, el profesor Sraffa "volvió a poner los pies en Roma". Fue al Instituto Gramsci e informó a los dirigentes de mi visita en Cambridge y de *mi búsqueda* de las cartas de Gramsci. . . "Se burló de ti", concluye un camarada que trabaja en el Instituto).

PARÍS (MAYO DE 1973)

De vuelta en Francia, aún angustiada por la sombría y cercada Cambridge, Vincennes me pareció un inagotable parque de diversiones, con su asombroso espectáculo de corredores transformados en zocos (espectáculo que tanto me había sorprendido al principio), con vendedores de papas fritas, de sandwiches, de bebidas, de zapatos rotos, de ropa usada. El sol brillaba y la "el traje universitario" de Vincennes, antes nuevo –y parte integrante del uniforme revolucionario en 1968– pero pronto andrajoso, no me pareció tan remendado como la primera vez que lo vi. Al contrario, los estudiantes leían, tirados sobre el césped, un césped que todos podían pisotear. Pensé... En el fondo, respiro. Seamos sinceros. París sigue siendo una ciudad en la que se puede pensar; como dice obstinadamente mi amigo Sollers, es, en todo el mundo, la capital que ofrece el más amplio margen de libertad al pensamiento. Fue con esa serena disposición espiritual que, doblando la esquina de la facultad de sociología, me cruce con uno de mis amigos profesores quien me dijo al vuelo: "Sabes, hay una carta del ministerio de Educación que niega tu nombramiento para el curso sobre Gramsci... Pídesela a Rey. Él te la mostrará".

La noticia me pareció pesada, casi insultante, pero el aspecto del profesor era tan inocente... Rey busca en su enorme portafolios y me da la fotocopia de la carta, en regla, con los sellos y las fórmulas, arriba el membrete del ministerio, abajo, como firma, *el ministro,* y un texto como una bula pontificia, cuatro líneas en total, dirigidas al presidente de la Universidad de París y al rector de la Academia de París. Objeto: "Su proposición concerniente a la señora Macciocchi". "En respuesta a su carta citada en referencia, tengo el honor de hacerle saber que he decidido no acceder a su proposición de nombrar a la señora Macciocchi, en calidad de asistente asociada de sociología". Ningún motivo. Ni siquiera la menor justificación. Ni tampoco una fórmula de cortesía habitual como "lamentamos...", etc. Es absolutamente un úcase, un desafío, una pedrada en la cara y que siento como tal, no tanto por mí como por el objeto del curso: Antonio Gramsci. Se da nuevamente una vuelta de llave a la cerradura de la cárcel, como si aún estuviera en Turi o en Civitavecchia. Y todo esto en París, en la Universidad de avanzada, nacida después de los acontecimientos de 1968, como conquista del Mayo francés... Examinando la carta, advierto que tiene la fecha del 8 de marzo. Estamos a mediados de mayo. Es el fin del año universitario, el fin de los cursos. ¿Por qué sólo me entero recién ahora?

—Retrasos debidos a la burocracia. Y después, hubo la huelga de la facultad de Vincennes –me dicen, incómodos.

—Está bien –digo–, pero entonces hay que avisar inmediatamente al consejo de sociología, para que pueda reaccionar ante el ministerio...

Son los colegas de sociología, los del Consejo para ser más precisos, quienes me propusieron y me hicieron venir de Roma. . .

Rey me contesta mirándose la punta de los zapatos:

–Ya les leí la carta, en la reunión. Pero excepto B., nadie hizo comentarios. Ha habido, como te digo, una especie de aceptación resignada. Sabes, están un poco traumatizados por el fracaso de la huelga a propósito del DEUG [Diploma de estudios universitarios generales]. . .

–¿Pero qué tiene que ver Gramsci con esto? –digo. ¿No son ellos, en sociología, los que tenían tanto interés teórico en Gramsci? ¿No están allí los sociólogos de vanguardia para quienes tanto significa Gramsci, filósofo de la superestructura transferida a los aparatos ideológicos de Estado? Ahora, el aparato ideológico de Estado burgués, que tan detalladamente fue analizado por los especialistas en cuestión, pone en el Index a Gramsci, al curso sobre Gramsci. Ya no comprendo nada. ¿No es ésta una discriminación flagrante, un símbolo del poder absoluto, de la hegemonía de la burguesía en el terreno ideológico?

–De acuerdo –responde Rey–, pero ellos tienen otras preocupaciones en este momento. Y además, ya nombraron a otro en tu lugar, un noruego, que puede seguir las tesis del 3er. ciclo. . . Por otra parte, fíjate, desde el comienzo del curso algunos no eran favorables a ti. Se ocupan de los aparatos ideológicos, de la superestructura. Decían que ahora tú querías hacer una *carrera universitaria* en Francia. . . después de tus batallas políticas.

Ya sé, lamentablemente, que en París, la "carrera universitaria" *lo es todo* para los intelectuales. Es la promoción social, política, el respeto de la prensa, el éxito mundano. Es imposible incorporarlos *por dentro* a lo que significa una vida militante, donde todo puede ganarse o perderse en un instante, es imposible modificar su óptica de universitarios. Es inútil insistir, sería una batalla perdida. Me ocupo, pues, del presente, *hic et nunc.* Vuelvo al comienzo. Interrogando a los dirigentes de la facultad a propósito de la intriga que hay tras la decisión ministerial, me entero de que la oposición no viene del ministerio de Educación. . . sino del ministerio del Interior, el cual, no solamente "no quiere a Gramsci", sino que tampoco puede aceptar que una comunista, conocida por un libro sobre China y por sus posiciones de izquierda en el PCI, dé un curso en la Universidad. Una vez más hay una prohibición y una condena

A pesar de esto, reacciono:

–¿Y desde cuándo el Interior, la policía, entre ustedes, en Francia, dan su aprobación a propósito de un docente extranjero y del contenido de un discurso? ¿No significa el colmo del control policial?

Pero mis camaradas profesores no parecen muy propensos a acalorarse. El domingo, mientras yo estaba en Londres, ya han manifestado contra el nuevo ministro de Cultura, Druon. Han desfilado desde la Bastilla hasta la plaza de la República, el recorrido clásico de la protesta,

con un pañuelo sobre la boca para mostrar que están amordazados, y para rechazar las palabras injuriosas que les dirigió el ministro de Cultura. Han hecho en gran desfile, un desfile a lo yanqui, con representaciones evocadoras de la represión de la cultura, incluyendo un ataúd conteniendo la libertad asfixiada. Ahora, evidentemente, están todos muy cansados.

En el curso Gramsci, lo que se juega parece secundario. Y por otra parte, no está solamente el ministerio de Educación, sino también el del Interior: la policía les da siempre un poco de miedo. . . ¿No dice Gramsci que, en el fondo, los intelectuales franceses son disciplinados frente al poder? Una intervención del Interior no tiene precedentes. Pero, justamente, lo que a mí me parece muy grave, inaceptable, deja desconcertados (y tal vez recelosos) a los profesores, que no saben en qué aguas navegar. Precisamente para reaccionar contra ese estado de espíritu de temor, trato de romper la inercia, la pasividad que me rodea. Y lucho en el fondo por un lado conmigo misma, porque tengo ganas de mandarlos al diablo, pero por otro, trato de no perder mi voluntad de asumir una conducta de militante.

Propongo a Rey que vaya a la asamblea general de profesores e informe de la intervención del ministerio. Rey le pregunta a una rubiecita que, evidentemente, desempeña un papel importante en la dirección de la asamblea, si puede hablar de mi caso. Ella se encoge de hombros y, con una inclinación de cabeza, da su acuerdo. Entonces, al final de la asamblea, con una voz tímida, Rey da sus informaciones. Cita la carta del ministerio, que no se anima a leer. Habla de las presiones ejercidas por el ministerio del Interior. Lo escuchan con un manifiesto fastidio. ¿Alguien quiere hablar? Una sola persona interviene para decir que, "en el fondo, cuando se trata de un extranjero, es un procedimiento normal pasar por el Interior". Y punto ¡Bravo! –tengo ganas de decir. Volvemos a la "lógica cartesiana", al Derecho con mayúscula, que es también la "ley" que rige la nación. La profesora que dirige el "Comité de lucha contra la represión", creado una semana atrás en la Universidad, refunfuña: "Por cierto, no es justo, pero es indispensable que yo me salve", y se va, en efecto.

Estoy más estupefacta que mortificada, cuando veo que me tiran como un limón exprimido. Tengo ganas de decir, con una voz firme: "Ustedes me parecen terriblemente indiferentes. ¿No serán chauvinistas, por casualidad? ¿Dónde está su solidaridad tan célebre? No hablemos de mí, pero el curso es sobre Gramsci y ustedes, aquí, en Vincennes, ¿no declaran ser, en un 80%, marxistas? ¿Dónde está esa vinculación aceptada, y aun reivindicada, entre la teoría y la práctica, de la que ustedes me hablaron tantas veces?" Pero me callo. También ellos pensarían (¿cómo cambiar su mentalidad?) que quiero defender mi "plato de garbanzos" pagado por la universidad de Vincennes, como dice Druon. En el

fondo, están todos encerrados en el mismo círculo: el problema de la carrera, del ministro Druon a los colegas profesores. Prevalece un mismo "racionalismo", aunque sea en dos direcciones opuestas. Me siento de golpe convertida en una inmigrante que pide trabajo. ¡Contra la opinión del ministerio del Interior! ¿No hay una ley Fontanet-Debré sobre la inmigración, aprobada por *todo* el Parlamento francés, que pide un *control* de la inmigración? El control no es evidentemente intelectual o técnico; es político, policial. Todos lo saben. . . ¡Y bien! Yo entro en ese caso. Y los profesores se encogen de hombros.

Incluso Rey, el único verdaderamente solidario, que hubiera debido insistir –"bueno, qué hacemos?"–, no se anima a intervenir, inseguro, intimidado, sofocado por la indiferencia de esa pequeña y docta asamblea. Todos se van apresuradamente. La sala se vacía. Nos quedamos con la carta del ministerio en la mano. . . ¿La pego sobre la pared? Busco al profesor que ha presentado la proposición de mi afectación a Gramsci en el Consejo de la facultad de Vincennes. Pero no está bien. Su mujer me dice que ya se sabía, en el fondo, que todo terminaría así, desde que los sindicatos intervinieron, por primera vez, hace ya de esto varios meses, para pedir una respuesta a mi asunto. Y agrega:

–Cuando fui al ministerio de Educación, me preguntaron si estaba prohibida tu entrada en Francia, como afirmaba el ministerio del Interior. Después, a fuerza de buscar, nos enteramos de que la única prohibición era la de la venta de tu libro sobre China en la fiesta de *L'Humanité*. ¿Raro, no? que el ministerio del Interior se ocupe de los libros que son rechazados por *L'Humanité*. . . Pero ya te lo había dicho, hace varios meses, y no querías creerme.

En su honor, el único problema que todos se plantean y que examinan, es el financiero: como el ministerio no me reconoce, me pagarán en base a las horas suplementarias de las que la facultad dispone autónomamente. Así me reembolsarán, ya que durante un año pagué todos mis gastos esperando el nombramiento. Me dicen que un colega profesor quería negarme incluso esas horas suplementarias, a fin de disponer de ellas de otra manera. Pero los otros se indignaron un poco. Entonces me las atribuyeron, para saldar las deudas y tapar el agujero que había en mis modestas finanzas. . . Desde luego, ahora es preciso que se ponga en marcha el aparato burocrático, y la computadora de Vincennes parece particularmente enfriada. Ya ha "escupido" el expediente, por falta de datos exactos; habrá que esperar a septiembre.

Pienso en esa "extraña" entrada de Gramsci en la gran Universidad francesa, donde ha efectuado un recorrido completamente irracional. Al comienzo, cálida acogida; ahora, algunos de mis amigos, profesores de mucho renombre, no están mucho más indignados que los de menor importancia, con excepción de Charles Bettelheim y Jacques Juillard (que trabaja también para el sindicato SGEN [Sindicato general de la educa-

ción nacional]). Nadie dice: "Hay que protestar". Salvo Sollers, que no es profesor. El más célebre teórico marxista, al que trato de encontrar expresamente, hace un solo comentario: "Es preciso que te arreglen las cuentas, por el dinero que ya has gastado". Después, cambia de tema. Para él también el asunto está cerrado, decidido por el ministerio del Interior, por la administración, por el derecho. Una sinóloga, también "amiga de China", me encuentra y me dice: "Supe lo que te pasó. Eso me preocupa... *por mí.* Aunque me dijeron que no tengo nada que temer, porque soy una universitaria francesa titular...". Todos tienen otra cosa en la cabeza, y ante todo, ellos mismos. Por lo demás, un intelectual francés tradicional piensa en los demás generalmente durante su tiempo libre. Es inútil preguntarse dónde está su constante invocación de la libertad, en la práctica. Evidentemente, hay libertad y libertad. Y ante todo, hay una para el francés, y otra para el extranjero. Cuando digo: "¿pero no le parece que la intervención del Interior crea un grave precedente, incluso para ustedes? ...", me recuerdan amablemente que sí, que es cierto, pero que yo soy italiana y ellos franceses. A mi alrededor se levantan muros de caucho, rostros banalmente inexpresivos. Se muestran como un "mandarinato" intangible, un universo distinto del mío: el de la gente que el ministerio del Interior puede condenar al ostracismo. Comprendo, en mi modesto nivel de Vincennes, el vínculo de complicidad tácita que une entre sí a aquellos que se llamó en Mayo los "mandarines de la cultura". Comprendo que cada uno tiene su propio grupo, tras el cual se atrinchera. Cada uno se protege tras un profesor importante, y juntos forman otros tantos agregados moleculares-protectores, también llamados entre nosotros, en Italia, "mafia universitaria". En el fondo, estoy al margen de todo esto, afuera, extranjera y mujer, privada también de la "protección" de un "barón universitario" que tiene su código de reglas no escritas que yo ignoro. No sólo por ignorancia, sino por deseo de claridad, como en política. (Me siento como en Nápoles, cuando llegué para ser elegida diputada, e hice resurgir un avispero de ambiciones reprimidas, de rivalidades. ¡Cómo se parece todo en el mundo, cómo todo se relaciona! Ciertos camaradas del Mediodía de Italia y las luminarias de estas doctas facultades se parecen, en el fondo, más allá de los mares y las montañas). Pero no, digo, aquí en París, de Vincennes a las grandes escuelas, ¿no son lo más refinado que hay en el plano cultural? Después recuerdo a Gramsci: "cada época llamada de decadencia (en la cual se produce una disgregación del viejo mundo) está caracterizada por un pensamiento refinado y altamente 'especulativo' " *(MS,* p. 43 [50]). En realidad, ya sé, de cerca, que el mundo cultural francés se disgrega lentamente, se deshace; siglos de cultura que se ahogan en la abstracción, en la impotencia; espectáculo grandioso y terrible. Mi "caso" es tan pequeño en todo esto: una mosquita.

Con esa deserción de todos (en el mundo francés de la cultura, las

"relaciones" se cultivan como flores de invernadero, y lo había olvidado) se produce en mí un brusco cambio total. Me siento alegre, risueña, y los encuentro terriblemente ridículos, con su temor de comprometerse y esa prisa por cerrar un asunto desagradable. Por eso a la noche, casi de buen humor, y completamente tranquila, informo a los estudiantes que siguen mi curso lo que ha ocurrido. Leo la carta del ministerio. No espero nada. Lo hago solamente como un deber. Pero, al contrario, la reacción es violenta, generosa. Se diría que ha estallado una tormenta, tanto los gana la cólera. Descubro así la otra cara de la medalla. Una vez más me demuestran que lo mejor que posee Francia son las jóvenes generaciones (¿hasta que sean adultas? . . .) Los únicos que todavía no son prisioneros del sistema. Los estudiantes redactan un orden del día de protesta, sobre la marcha; se comprometen a llevarlo a todas las facultades, a hacerlo votar en todos los cursos, y a constituir una delegación ante el rectorado y otra ante el ministerio.

Dos días después, el 10 a la noche, una delegación de estudiantes me visita en mi "departamentito" del bulevar Saint-Germain para llevarme una pila de hojas, firmadas en todas las facultades por otros estudiantes que hacen suya la protesta. Janine, una jovencita rubia de rostro delgado, y los estudiantes obreros, pues los he tenido en mi curso, Cherif, un estudiante tunecino que trabaja como changador durante su tiempo libre, y Rino, que es camarero en un gran hotel, el "PLM", se comprometen a llevar al día siguiente al consejo de profesores de sociología la pila de peticiones para que los docentes reaccionen, para que se muevan también, de una u otra manera.

Pero al día siguiente, Janine vuelve al curso con el aspecto de un perro apaleado. Cuenta a los demás estudiantes que, cuando llevó las mociones y habló de las protestas elevadas por los alumnos, los profesores de sociología no dijeron nada y pasaron a otro punto del orden del día.

—Eso duró segundos —dice Janine. Estoy conmovida por su manera de actuar.

Pero entre los estudiantes la actitud es cada vez más radical. Después de cada una de mis clases sobre Gramsci, discuten de mi caso, que se va extendiendo, pues deciden hablar de él en todas partes, informar a la prensa, en seguida, sin esperar. Ahora incluso el personal técnico del secretariado de la Universidad, al que veo por primera vez, me recibe con amabilidad, y encuentro caras amistosas, generosas, no de profesores, sino de simples empleados, de camaradas. . . Me muestran la carta de protesta del decano Friou al ministerio. Finalmente, alguien dice: ¿desde cuándo es el ministerio del Interior el que nombra a los profesores? Los sindicatos SNE-SUP (afiliado a la CGT) y el SGEN (afiliado a la CFDT [Confederación francesa democrática del trabajo]) se reúnen.

Es *Le Monde* (del 30 de mayo) —después que el secretariado de

Vincennes le ha suministrado los documentos– el que hace estallar el "escándalo", con un artículo a tres columnas (titulado: "La administración niega un cargo docente a la señora Macciocchi"), que termina con un cuestionamiento del ministerio del Interior y la afirmación polémica: "Es normal que llame la atención esta intervención inhabitual en el nombramiento de docentes extranjeros". Una vez más, tendría ganas de decir que *Le Monde* detenta el poder en Francia: la noticia es catapultada de golpe a la realidad e, impresa en grandes caracteres, adquiere esa característica de discriminación que los profesores de Vincennes, miopes como topos, no lograban advertir. Ahora la atmósfera cambia. En Italia, retomando el artículo de *Le Monde*, los diarios hacen ruido, semiirritados, semidivertidos, afirmando en sus títulos (sensacionalistas): "El curso sobre Gramsci de Macciocchi suspendido en París por el ministerio de Educación", o bien "No de París a Macciocchi", etc. Así es como también *L'Unità* protesta. Pero no *L'Humanité*, el cual, sin embargo, publica la interpelación de Pierre Juquin, diputado comunista, al ministro de Educación. (Mi nombre, dicho sea de paso, impreso en *L'Unità* con el apelativo de camarada, después de un abandono-exilio de dos años, es un *hecho político* flamante). Es comprensible que ambos partidos comunistas hayan decidido no asociarse (ni siquiera indirectamente) a la represión gubernamental de Marcellin [ministro del Interior]. El 2 de junio, *L'Humanité* publica el comunicado del sindicato SNE-SUP en el que "se eleva una viva protesta" contra la negativa de nombramiento al cargo docente, definiendo la actitud del poder como "una manifestación de autoritarismo". Los diputados del PCI presentan a su vez al Parlamento una interpelación que ahora está dirigida al ministro de Relaciones Exteriores, y que contiene una fórmula introductoria un poco extraña: no es por ofender a la persona. . . sino a la cultura italiana. El gobierno francés, a través de una nota oficiosa de la agencia France Press, se ve obligado a responder y, para justificar su paradójica hostilidad, que se muestra cada vez más vacilante, explica que "si se obtiene la autorización de penetrar en el territorio francés, esto no significa que la autorización se extienda a un edificio público" (¿qué no es un "edificio público", incluyendo los hoteles y los cines? No se sabe; lo que sí se sabe es que la policía no teme el ridículo). La nota agrega sin embargo que "actualmente se examina la situación de la señora Macciocchi".

Y heme aquí en el camino del regreso, una vez más, en la ruta entre Orly y París (instantánea en un taxi), con mi habitual valija de libros, aturdida, como alguien que sabe que está en el ojo del tifón, en equilibrio muy precario, entre el apoyo que se esboza *por arriba*, invisible y complejo, y la hostilidad manifiesta o hipócrita que siento en *mi nivel*, de aquellos que introducen el discurso con: "Malas noticias. . ." y, de inmediato, por un instinto irracional, se preguntan si también ellos no tienen una pequeña (o una gran) cuenta que arreglar conmigo. La coyun-

tura desfavorable creada por Marcellin, ministro del Interior, ejerce una siniestra atracción. Como el vacío. Siento lo raro de esa falta absoluta de pudor. Casi alegremente, el narciso-intelectual retira su hoja de parra y. . . el rey está desnudo. La política está en el puesto de mando, por así decir, y los que asistieron, atormentados por un complejo de inferioridad a causa de la contradicción en que los sumía, a mi batalla sobre China entre los partidos comunistas occidentales y el PCUS, y al hecho de que pagué políticamente (entre los intelectuales no es difícil encontrar a alguien que esté dispuesto a arriesgar su carrera o su posición); ahora, por lo tanto, piensan irresistiblemente que ha llegado el momento de tener, políticamente, razón contra mí, jactándose de su antigua prudencia y aportando un desmentido a mis opciones de vida y de combate.

Se da vuelta la página. Una página blanca en la que todo está por escribirse. Debo decir de inmediato (mientras ofrezco un blanco tentador a cierto tipo de neurosis) que el asunto se va aclarando. Aquí entran en juego otras contradicciones, las que existen entre el gobierno y los sindicatos, entre el gobierno y el PCF, que ha hecho de Vincennes una de sus plazas fuertes y no acepta que lo metan en el mismo saco o juego represivo discriminatorio, "pues no es solamente un caso arbitrario, sino un ejemplo que viene a ilustrar toda una orientación inquietante" *France Nouvelle).* Es evidente que Marcellin, en cambio, pensaba jugar sobre seguro. ¿Acaso mi libro no había sido prohibido en la fiesta de *L'Humanité?* He aquí alguien que no encontrará apoyo, en el momento en que se la golpee desde la derecha. Es lo que todos dijeron, o pensaron, dando por perdida la partida y decididos a no quemarse. Pero *France Nouvelle* reacciona, mete los pies en el plato, y explica: "Ya escuchamos las observaciones sarcásticas sobre los comunistas que defienden la libertad. ¿Se acuerdan ustedes de la fiesta de *L'Humanité,* donde se negaron a vender el libro de M.A. Macciocchi sobre China? Hay que reiterar entonces una vez más que los comunistas no confunden a su partido con las instituciones oficiales al servicio del conjunto de los ciudadanos. Cuando se fijan reglas, se las fijan solamente a sí mismos. El partido no crea un modelo para la sociedad socialista. No se propone ese fin. Es una organización de lucha para la transformación de la sociedad. La lista de los libros que difunde no es la de los autores del programa de las escuelas o de la universidad".

Aunque se puede observar que la defensa es más "sindical" que "política", la referencia a la prohibición (absurda) de *De la Chine,* ¿no subraya acaso, no digo de ningún modo una autocrítica, pero sí al menos un arrepentimiento?

Ahora, entre los profesores de Vincennes, nueva voltereta, el comportamiento ha cambiado: más aún, se ha vuelto como un guante. "Si el sindicato SNE-SUP ha tomado esa posición, nos adherimos, estamos de acuerdo", dice uno de los más hostiles, encogiéndose de hombros. La

presión *de abajo*, de los estudiantes, los ha tocado y conmovido menos que la presión *de arriba* (la de las instituciones democráticas que se oponen a las instituciones del poder), que repentinamente los conquista. En el fondo, están siempre en el interior de una legalidad.

La proposición de los sindicatos y del consejo de la facultad de nombrarme nuevamente asistente para el año 1973-1974 es firmada por el consejo de sociología (adonde acudo bastante turbada), aunque algunos se interrogan sobre las posibilidades reales de ese nombramiento.

Pero los acontecimientos se precipitan, como al final de los westerns, hacia su desenlace.

"Solidaridad con Macciocchi" es el título de la convocatoria a una conferencia de prensa organizada por los sindicatos del consejo de la facultad de Vincennes en el Colegio de Francia, donde se hace conocer oficialmente mi nuevo nombramiento para 1973-1974. Acudo, acompañada por mi amigo François Wahl. El decano Frioux, Goldring (del SNE-SUP) y Pierre Philippe Rey (del SGEN) toman la palabra para proclamar su decisión de entablar una prueba de fuerza con el gobierno sobre este caso, y de ganarla para el año próximo. La asistencia no es numerosa, pero veo los rostros intensos de mis estudiantes, que quieren seguir de cerca el asunto. Por primera vez, algunos colegas de sociología asoman la nariz. Alguien insiste, un poco pesadamente, en que la prohibición que afecta ahora a una extranjera podría, en otras circunstancias, si se la acepta pasivamente, afectar a profesores. . . franceses. En síntesis, el ataque contra una extranjera deja adivinar, entre líneas, una eventual discriminación entre los nacionales (!).

El último acto se podría llamar también "final". El ministerio de Educación da marcha atrás, a causa también de las protestas que se elevan en Italia y de la polémica en los diarios. Comunica al decano Frioux que se acepta mi nombramiento para el año transcurrido 1972-1973. El sindicato SNE-SUP, en oportunidad de su congreso nacional en Lyon, anuncia la noticia y la asamblea, me cuentan, lanza un ¡hurra! Me entero por *Le Monde* del 16 de junio, última edición, que "el ministerio de Educación ha aceptado finalmente el nombramiento de M.A.M.". Leo la noticia como si se tratara de otra persona. Algunos días después, me encuentro en la comitiva del SNE-SUP –aún aturdida por mi reciente "celebridad" universitaria– en oportunidad de la manifestación por la defensa de las libertades, tras un letrero preparado por la universidad de Vincennes en el que se lee: "El poder retrocede. La lucha da resultado. Macciocchi nombrada en Vincennes". Cantamos *La Internacional*. Hay en todas partes emocionantes banderas rojas. Hacía tanto tiempo que no había militado en la calle en medio de una masa de gente común y, en fin, con alivio, lejos de la abstracción bizantina de los intelectuales tradicionales. . .

Recibo ahora cartas de felicitación. En Francia, se ama a los vence-

dores, como en los partidos de fútbol o de rugby. Vencer frente al gobierno, verlo retroceder ante una injusticia, es tanto más exaltante cuanto que el poder parece intangible, por encima de todos, tirano ideológico. Así advierto que tengo inumerables amigos y camaradas que seguían todo, con la oreja tendida *(open hear)* pegada al suelo como los indios, para atender a lo que ocurría a mi alrededor, y lo que veía como el silencio del aislamiento me parece ahora una atención oculta, casi febril.

En Vincennes, el año escolar termina y, último acto, los sindicatos y el consejo deciden "tomar una copa" por la victoria alcanzada. Tengo la impresión de que los que verdaderamente lucharon (y en realidad los hubo, particularmente entre los estudiantes y los militantes) tienen un peso menos en el estómago. Se sienten livianos como mariposas, alegres como ruiseñores, descansados como veraneantes.

Qué importancia tiene esto, si alguien me llama aparte e, insinuante, me advierte: "Ahora que se ha obtenido el nombramiento para el año pasado, no vale la pena, no es cierto, insistir de nuevo para el año que viene. Debes sentirte perfectamente libre de irte... de continuar tu vida... de tener otros proyectos".

Todo demuestra, como decía siempre Gramsci, que "este mundo es grande y terrible". Una prueba es esta especie de diario de viaje de mi recorrida París-Cambridge-París, en dos grandes universidades, entre intelectuales renombrados, siguiendo las huellas de Gramsci. Creo que nada mejor que este apéndice puede ser la conclusión del curso, a fin de salir de la metafísica de los discursos abstractos y caer del idealismo en el materialismo, entre los *"sujetos" revolucionarios,* los protagonistas de nuestro presente, justamente para oponernos de manera radical, y no con palabras, a toda separación entre teoría y práctica. Como decía Marx en su 10a. tesis sobre Feuerbach: "El punto de vista del antiguo materialismo es la sociedad *'civil';* el del nuevo materialismo, la sociedad *humana* o la humanidad socializada". En el fondo, estas hojas podrían muy bien titularse: "Gramsci en Europa, invierno-primavera 1973".

SELECCIÓN DE TEXTOS

ALGUNOS TEMAS SOBRE LA CUESTIÓN MERIDIONAL

Este ensayo, tal como lo publicamos aquí de acuerdo al manuscrito conservado en los Archivos del PCI, fue publicado por primera vez en París, en enero de 1930, en la revista Stato Operaio, *con la siguiente nota de presentación: "En 1926, durante los meses que precedieron inmediatamente a su arresto, el camarada Gramsci preparaba la publicación de una revista ideológica para nuestro partido. En los primeros números de esta revista, debía abordar la cuestión meridional a través de una serie de artículos que ya había redactado y leído a algunos camaradas del Comité Central. Publicamos aquí uno de esos artículos, en el estado en que nos ha llegado después de mil vicisitudes. El texto no está completo, y su autor sin duda lo habría retocado en diversos pasajes". Los demás artículos a los que se hace alusión no han podido ser hallados.*

Estas notas se originan en la publicación de un artículo sobre el problema meridional, firmado por Ulenspiegel[1], y aparecido en *Quarto stato*[2] del 18 de septiembre, al que la redacción de la revista presentó con una introducción más bien graciosa. Ulenspiegel informa, en su artículo, de la aparición del libro de Guido Dorso[3] (*La Rivoluzione meridionale*, Turín, Piero Gobetti, 1925) y alude a la opinión de Dorso sobre la actitud de nuestro partido a propósito de la cuestión del Mediodía; en su introducción, la redacción de *Quarto stato*, que declara estar compuesta de "jóvenes que conocen *perfectamente en sus líneas generales* [*sic*] el problema meridional", protesta colectivamente por la posibilidad de que se le reconozcan "méritos" al Partido comunista. Hasta aquí, no hay nada que objetar; en todo tiempo y lugar, jóvenes del tipo *Quarto stato* han inferido al papel muchas otras opiniones y protestas sin que el papel se rebelase. Pero a continuación los "jóvenes" agregan textualmente: "No hemos olvidado que la fórmula mágica de los comunistas turineses era: división del latifundio entre los proletarios rurales. Esa fórmula está en las antípodas de toda visión sana y realista del problema meridional". Y aquí hay que poner las cosas en su sitio, pues lo único "mágico" es el descaro y el superficial diletantismo de los "jóvenes" escritores de *Quarto stato*.

La "fórmula mágica" es un invento puro y simple. Muy poca consideración deben tener los "jóvenes" de *Quarto stato* por sus cultivados lectores si se atreven a distorsionar la verdad con esa enfática pedantería. Aquí está un pasaje de *L'Ordine Nuovo* (núm. 3, enero de 1920) en el que se resume el punto de vista de los comunistas turineses:

"La burguesía septentrional ha sojuzgado a la Italia meridional y las islas, reduciéndolas a colonias explotadas; el proletariado septentrional, al emanciparse de la esclavitud capitalista, emancipará a las masas campesinas meridionales, sometidas a la banca y al industrialismo parasitario del Norte. No hay que buscar la regeneración económica y política de los campesinos en una división de las tierras incultas o mal cultivadas, sino en la solidaridad del proletariado industrial, para el cual es necesario, a su vez, la solidaridad de los campesinos, pues su 'interés' consiste en que el capitalismo no renazca económicamente de la propiedad territorial y en que la Italia meridional y las islas no se conviertan en una base militar de la contrarrevolución capitalista. Al imponer el control obrero sobre la industria, el proletariado orientará a ésta hacia la producción de máquinas agrícolas para los campesinos, de telas y calzados para los campesinos, de energía eléctrica para los campesinos; impedirá que la industria y la banca sigan explotando a los campesinos, sometiéndolos como esclavos a sus cajafuertes. Al derrocar la autocracia en la fábrica y

[1] Seudónimo de Tommaso Fiore, colaborador de *La Rivoluzione Liberale*.

[2] *Quarto stato*, revista de inspiración liberal-socialista, fundada y dirigida por C. Rosselli y publicada en Milán entre marzo y octubre de 1926.

[3] Guido Dorso, en el marco del movimiento meridionalista, representa, junto a Gobetti, la tentativa más audaz de la corriente liberal para encontrar una solución a la crisis del Estado italiano después de la guerra.

el aparato opresivo del Estado capitalista, instaurando el Estado obrero que someta a los capitalistas a la ley del trabajo útil, los obreros destrozarán todas las cadenas que tienen atado al campesino a su miseria, a su desesperación; instaurando la dictadura obrera y controlando las industrias y los bancos, el proletariado pondrá la enorme potencia de la organización estatal al servicio de los campesinos en su lucha contra los propietarios, contra la naturaleza, contra la miseria; otorgará créditos a los campesinos, establecerá cooperativas, garantizará la seguridad de las personas y de los bienes contra el pillaje; realizará obras públicas de saneamiento e irrigación. Y hará todo esto porque es de su interés incrementar la producción agrícola, porque es de su interés tener y conservar la solidaridad de las masas campesinas, porque es de su interés orientar la producción industrial al trabajo útil y fraterno entre la ciudad y el campo, entre el Norte y el Mediodía".

Esto fue escrito en enero de 1920. Han pasado siete años y, políticamente, también hemos envejecido siete años; hoy podríamos expresar mejor algún concepto, podríamos —y deberíamos— distinguir mejor el periodo inmediatamente posterior a la conquista del Estado, caracterizado por el simple control obrero de la industria, y los periodos siguientes. Pero lo que importa consignar aquí es que el concepto fundamental de los comunistas turineses no ha sido la "fórmula mágica" de la división del latifundio, sino el de la alianza política entre obreros del norte y campesinos del sur para derrocar el poder estatal de la burguesía; más aún, los comunistas turineses (sin dejar de sostener que la división de las tierras estaba subordinada a la acción solidaria de las dos clases) ponían en guardia precisamente contra las ilusiones que podía suscitar la distribución mecánica de los latifundios, como una solución "milagrosa". En el mismo artículo del 3 de enero de 1920 se lee:

"¿Qué gana un campesino pobre con invadir una tierra inculta o mal cultivada? Sin máquinas, sin una vivienda en el lugar de trabajo, sin crédito para esperar la época de la cosecha, sin instituciones cooperativas que adquieran esa cosecha (en el caso de que llegue a la cosecha sin antes haberse ahorcado en el arbusto más fuerte del bosque o en la higuera silvestre menos raquítica de la tierra inculta), salvándolo de las garras de los usureros. ¿Qué puede ganar un campesino pobre con la invasión?"

Nosotros apoyábamos la fórmula más realista y en absoluto "mágica": la tierra a los campesinos; pero queríamos que estuviese encuadrada en una acción revolucionaria general de las dos clases aliadas, bajo la dirección del proletariado industrial. Los escritores de *Quarto stato* inventaron pura y simplemente la "fórmula mágica" atribuida a los comunistas turineses, demostrando así su poca seriedad de publicistas y su escaso escrúpulo de intelectuales de botica; también éstos son elementos políticos que pesan y traen consecuencias.

En el campo proletario, los comunistas turineses han tenido un "mérito" indiscutible: impusieron la cuestión meridional a la atención de la vanguardia obrera, presentándola como uno de los problemas esenciales de la política nacional del proletariado revolucionario. En este sentido

han contribuido prácticamente a sacar a la cuestión meridional de su caracterización global, intelectualista, supuestamente "concreta",[4] para hacerla entrar en una nueva caracterización. El protagonista de la cuestión meridional era ahora el obrero revolucionario de Turín y de Milán, y no ya los Giustino Fortunato, los Gaetano Salvemini, los Eugenio Azimonti, los Arturo Labriola,[5] para no citar sino los nombres de los santones que aprecian los "jóvenes" de *Quarto stato.*

Los comunistas turineses se plantearon concretamente la cuestión de la "hegemonía del proletariado", o sea de la base social de la dictadura proletaria y del Estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas. Pero la cuestión campesina está en Italia históricamente determinada, no es la "cuestión campesina y agraria en general"; en Italia la cuestión campesina tiene, por la determinada tradición italiana, por el determinado desarrollo de la historia italiana, dos formas típicas y peculiares: la cuestión meridional y la cuestión vaticana. Conquistar la mayoría de las masas campesinas significa, por tanto, para el proletariado italiano dominar esas dos cuestiones desde el punto de vista social, comprender las exigencias de clase que representan, incorporar esas exigencias a su programa revolucionario de transición, plantear esas exigencias entre sus reivindicaciones de lucha.

El primer problema que debían resolver los comunistas turineses era la modificación de la orientación política y la ideología general del mismo proletariado, como elemento nacional que vive en el conjunto de la vida estatal y sufre inconscientemente la influencia de la escuela, de la prensa y de la tradición burguesas. Es conocida la ideología que en múltiples ramificaciones difunden los propagandistas de la burguesía entre las masas del norte: el Mediodía es el lastre que impide que progrese más rápidamente el desarrollo civil de Italia; los meridionales son seres biológicamente inferiores, semibárbaros o bárbaros completos, por destino natural; si el Mediodía está atrasado, la culpa no es del sistema capitalista o de cualquier otra causa histórica, sino de la naturaleza que ha hecho a los meridionales holgazanes, inservibles, criminales, bárbaros,

[4] *Concretista* en el original. Con este término, Gramsci designa el procedimiento que consiste en abordar el problema del Mediodía fraccionándolo en una multitud de cuestiones particulares y parciales, es decir, perdiendo de vista el contenido político global del problema. Su expresión más completa y, en un sentido, más válida, fue la experiencia de *L'Unità,* orientada por Gaetano Salvemini.

[5] Giustino Fortunato, liberal-conservador, fue uno de los representantes más importantes del movimiento "meridionalista" (cf. más adelante, *Notas históricas).* Eugenio Azimonti, técnico agrícola, fue uno de los colaboradores de *La Rivoluzione Liberale* de *L'Unità* de Gaetano Salvemini Arturo Labriola, dirigente socialista napolitano, fue en Italia uno de los representantes más importantes del sindicalismo revolucionario.

compensándose este cruel destino con la explosión puramente individual de grandes genios, solitarias palmeras en un árido y estéril desierto. El Partido socialista fue en gran parte el difusor de esta ideología burguesa en el proletariado septentrional; el Partido socialista[6] convalidó toda la literatura "meridionalista"[7] de la camarilla de escritores de la llamada escuela positivista, como los Ferri, los Sergi, los Niceforo, los Orano[8] y discípulos menores que en artículos, ensayos, cuentos, novelas, libros de impresiones y recuerdos repitieron en diversas formas el mismo estribillo; una vez más la "ciencia" servía para humillar a los miserales y los explotados, pero esta vez se revestía de los colores socialistas, pretendía ser la ciencia del proletariado.

Los comunistas turineses reaccionaron enérgicamente contra esta ideología, particularmente en Turín, donde los relatos y las descripciones de los veteranos de guerra contra el "bandolerismo" en el Mediodía y en las islas habían influenciado en mayor medida la tradición y el espíritu popular. Reaccionaron enérgicamente, en forma práctica, logrando obtener resultados concretos de inmenso alcance histórico, logrando el surgimiento, sobre todo en Turín, de embriones de lo que será la solución del problema meridional.

Por otra parte, ya antes de la guerra se había verificado en Turín un episodio que contenía en potencia toda la acción y la propaganda que después de la guerra desarrollarían los comunistas. Cuando en 1914, a raíz de la muerte de Pilade Gay, quedó vacante el IV Colegio de la ciudad y se planteó la cuestión del nuevo candidato, un grupo de la sección socialista integrado por los futuros redactores de *L'Ordine Nuovo* sometió el proyecto de presentar como candidato a Gaetano Salvemini. Salvemini era entonces el exponente más radicalmente avanzado de las masas campesinas del Mediodía. Estaba fuera del partido socialista y más bien llevaba a cabo contra él una campaña virulenta muy peligrosa, ya que sus afirmaciones y acusaciones se convertían, entre las masas trabajadoras meridionales, en causa de odio no sólo contra los Turati, los Treves, Los D'Aragona[9] sino además contra el conjunto del proletariado industrial. (Muchas de las balas que la guardia real descargó en los años 1919, 1920, 1921, 1922 contra los obreros estaban hechas con el mismo plomo que sirvió para imprimir los artículos de Salvemini).[10] A pesar de esto, con el nombre de Salvémini el grupo turinés quería hacer una afirmación en el sentido que le comunicó al propio Salvemini el compañero

[6] Cf. nota 6 del segundo capítulo.

[7] Cf. mas adelante *Notas históricas.*

[8] Sergi, Niceforo, Orano, Lombroso y Ferri fueron los representantes de la corriente "antropológica" en la cuestión meridional. Sus teorías, de inspiración positivista, encontraron un amplio eco dentro del mismo partido socialista.

[9] Cf. nota 6 del segundo capítulo.

[10] Salvemini, en su introducción a los *Scritti sulla quistione meridionale* (Turín, 1954) discute esta afirmación. Pero es evidente que Gramsci se refiere a las relaciones objetivas entre el pretexto ideológico de la crítica que hace Salvemini del "parasitismo rojo" o, de manera más general, del corporativismo socialista, y las represiones contra los obreros.

Ottavio Pastore, quien se trasladó a Florencia para obtener su aceptación a la candidatura: "Los obreros de Turín quieren elegir a un diputado para los campesinos de Puglia. Los obreros de Turín saben que en las elecciones generales de 1913, los campesinos de Molfetta y de Bitonto eran, en su inmensa mayoría, favorables a Salvemini; la presión administrativa del gobierno Giolitti y la violencia de los matones y de la policía impidieron expresarse a los campesinos de Puglia. Los obreros de Turín no le piden a Salvemini compromiso alguno, ni de partido ni de programa, ni de disciplina al grupo parlamentario; una vez electo, Salvemini se deberá a los campesinos de Puglia, no a los obreros de Turín, quienes harán la propaganda electoral de acuerdo a sus propios principios y no estarán en ningún modo comprometidos por la actividad política de Salvemini".

Salvemini no quiso aceptar la candidatura, aunque la propuesta lo impresionó e incluso lo conmovió (en aquella época todavía no se hablaba de la "perfidia" comunista, y en las costumbres había honestidad y buen humor); propuso como candidato a Mussolini[11] y se comprometió a ir a Turín a sostener al Partido socialista en la lucha electoral. Participó, en efecto, de dos grandiosos mitines en la Cámara del trabajo y en la plaza Estatuto, en medio de la masa que veía y aplaudía en él al representante de los campesinos meridionales oprimidos y explotados en forma más odiosa y bestial que al proletariado septentrional.

La orientación potencialmente contenida en este episodio que no tuvo mayores prolongaciones por voluntad de Salvemini, fue retomada y aplicada por los comunistas en el periodo de la posguerra. Queremos recordar los hechos más salientes y sintomáticos.

En 1919 se formó la asociación "Joven Cerdeña",[12] comienzo y premisa del futuro partido sardo de acción. La "Joven Cerdeña" se proponía unir a todos los sardos de la isla y del continente en un bloque regional capaz de ejercer una presión eficaz sobre el gobierno para obtener que se mantuvieran las promesas hechas a los soldados durante la guerra; el organizador de "Joven Cerdeña" en el continente era un tal profesor Pietro Nurra, *socialista,* que muy probablemente hoy forme parte del grupo de "jóvenes" que todas las semanas descubre, en *Quarto stato,* algún nuevo horizonte para explorar. Con el entusiasmo que crea toda posibilidad nueva de conseguir medallas, cruces y galones, el movimiento obtuvo la adhesión de abogados, profesores, funcionarios. La asamblea constituyente, convocada en Turín por los sardos que habitaban el Piamonte, fue imponente por la cantidad de participantes. En su mayoría eran gente pobre, gente de pueblo sin calificación particular, peones, jubilados, ex carabineros, ex guardacárceles, ex funcionarios de aduana que ejercían una multitud de pequeños negocios; a todos los exaltaba la idea de reencontrarse entre coterráneos, de escuchar hablar sobre su tierra, a la que continuaban ligados por innumerables lazos de

[11] Mussolini era en esa época director de *Avanti!,* órgano oficial del partido socialista y coincidía con Salvemini en su crítica a los socialistas reformistas.

[12] Movimiento autonomista, formado por antiguos combatientes, fundado en 1919 por Emilio Lussu.

parentesco, de amistad, de recuerdos, de sufrimientos, de esperanzas: la esperanza de volver a su tierra, pero a una tierra más próspera y rica, que brindase las condiciones necesarias para vivir, aunque fuera modestamente.

Los comunistas sardos asistentes a la reunión, que fueron exactamente ocho, presentaron a la presidencia una moción en la que solicitaban la posibilidad de hacer un contrainforme. Después del discurso inflamado y retórico del relator oficial, aderezado con todas las cursilerías de la oratoria regionalista, después que los participantes hubieron llorado los recuerdos de los dolores pasados y de la sangre derramada en la guerra por los regimientos sardos, exaltándose hasta el delirio con la idea del bloque compacto formado por todos los hijos generosos de Cerdeña, era muy difícil "meterles" un contrainforme; las previsiones más optimistas anticipaban, si no un linchamiento, por lo menos un paseíto hasta la comisaría de policía, después de haber sido salvados de la "noble indignación de la muchedumbre". El contrainforme, aunque suscitó una gran sorpresa, fue escuchado sin embargo con atención, y una vez roto el encanto se llegó rápida pero metódicamente a la conclusión revolucionaria: ¿están ustedes, pobres diablos sardos, por un bloque con los señores de Cerdeña que los han arruinado y son los guardianes locales de la explotación capitalista, o están por un bloque con los obreros revolucionarios del continente, que aspiran a suprimir todas las formas de explotación y a emancipar a todos los oprimidos? Se hizo penetrar esta alternativa en la cabeza de los asistentes. El voto por división fue un éxito formidable: por un lado un grupito de señores elegantes, de funcionarios con sombreros de copa, de profesionales lívidos de rabia y de miedo, apoyados por unos cuarenta policías, y por otro la multitud de pobres diablos y de mujercitas endomingadas rodeando a la minúscula célula comunista. Una hora después, se constituía en la Cámara del trabajo el Círculo educativo socialista sardo, con 256 inscritos; en cuanto a "Joven Cerdeña" su constitución fue postergada *sine die* y nunca tuvo lugar.

Fue ésa la base política en que se basó la acción realizada entre los soldados de la brigada Sassari,[13] brigada de composición casi totalmente regional. La brigada Sassari había participado en la represión del movimiento insurreccional de Turín, en agosto de 1917; se tenía la seguridad de que nunca fraternizaría con los obreros, en razón de los recuerdos de odio que toda represión deja en la masa y que se dirigen también contra los instrumentos materiales de la represión, y también en los regimientos, que recuerdan a los soldados caídos bajo los golpes de los insurgentes. La brigada fue acogida por una multitud de señores y señoras que ofrecían a los soldados flores, cigarros, frutas. El estado de ánimo de los soldados está caracterizado por este relato de un obrero curtidor de Sassari, que se ocupó de los primeros sondeos de propaganda: "Me acerqué a un campamento de la plaza X (durante los primeros días los soldados

[13] La brigada Sassari, llamada a Turín en ocasión de la ocupación de fábricas (1920) había servido, en 1917, para reprimir las rebeliones del proletariado turinés "por el pan y contra la guerra".

sardos acamparon en las plazas, como en una ciudad conquistada) y hablé con un joven campesino que me recibió cordialmente porque era de Sassari, como yo. '¿Qué vinieron a hacer a Turín?' 'Vinimos a tirar contra los señores que hacen huelga'. 'Pero los que hacen huelga no son los señores, sino los obreros y los pobres'. 'Aquí todos son señores: tienen cuello y corbata; ganan 30 liras por día. Yo conozco a los pobres y sé cómo están vestidos, en Sassari sí que hay muchos pobres; todos nosotros, que trabajamos con la azada, somos pobres y ganamos 1.50 por día'. 'Pero yo también soy obrero y soy pobre'. 'Tú eres pobre porque eres sardo'. 'Pero si hago huelga con los demás, ¿tirarás contra mí?' El soldado reflexionó un momento y luego, poniéndome una mano en la espalda, me dijo: 'Escucha, cuando hagas huelga con los demás. ¡quédate en tu casa!' ".

Ése era el espíritu de la gran mayoría de la brigada, en la que sólo había unos pocos obreros mineros de la cuenca de Iglesias. No obstante, pocos meses después, en vísperas de la huelga general del 20-21 de julio, la brigada fue alejada de Turín, los soldados antiguos fueron licenciados y la formación dividida en tres: se envió un tercio a Aosta, un tercio a Trieste y un tercio a Roma. Se hizo partir a la brigada de noche, repentinamente; no había ninguna multitud elegante para despedirlos en la estación; y si bien entonaban cantos de guerra, éstos ya no tenían el mismo contenido de los que cantaban a su llegada.

¿Estos acontecimientos no dejaron secuelas? Sí, han dado resultados que aún hoy persisten y continúan actuando profundamente en las masas populares. Han iluminado fugazmente a mentes que nunca antes habían reflexionado en esa dirección y que han quedado impresionadas, radicalmente modificadas. Se han dispersado nuestros archivos; nosotros mismos destruimos muchos documentos para evitar arrestos y persecuciones. Pero recordamos que a la redacción turinesa de *Avanti!* llegaban decenas y centenares de cartas de Cerdeña; cartas frecuentemente colectivas, firmadas por ejemplo por todos los ex combatientes de la Sassari de una determinada región. Por vías incontroladas e incontrolables, se difundía nuestra posición política; ésta, a su vez, influyó fuertemente en la base del recientemente constituido Partido sardo de acción, y a este respecto pueden recordarse episodios ricos en contenido y significado.

La última repercusión notoria de esta acción tuvo lugar en 1922 cuando, con los mismos propósitos con que nos dirigimos a la brigada Sassari, se invitó a Turín a 300 carabineros de la legión de Cagliari. En la redacción de *L'Ordine Nuovo* recibimos una declaración de principios, firmada por una gran parte de estos carabineros, que se hacía eco de todo nuestro planteamiento del problema meridional, y que constituía la prueba decisiva de que nuestra orientación era la correcta.

El proletariado debía hacer suya esa orientación para dar a la misma una eficiencia política: esto es obvio. Ninguna acción de masa es posible si la propia masa no está convencida de los fines que quiere alcanzar y de los métodos que debe aplicar. Para ser capaz de gobernar como clase, el proletariado tiene que despojarse de todo residuo corporativo, de todo

prejuicio o de incrustación sindicalista. ¿Qué significa eso? Que no sólo hay que superar las distinciones que existen entre las diversas profesiones, sino que, para conquistar la confianza y el consenso de los campesinos y de algunas categorías semiproletarias de las ciudades, hay que superar también algunos prejuicios y vencer ciertos egoísmos que pueden subsistir y subsisten en la clase obrera como tal, aunque en su seno hayan desaparecido ya los particularismos profesionales. El metalúrgico, el carpintero, el albañil, etc., tienen que pensar no ya sólo como proletarios, y no como metalúrgico, carpintero, albañil, etc., sino que tienen que dar un paso más: tienen que pensar como obreros miembros de una clase que tiende a dirigir a los campesinos y a los intelectuales, como miembros de una clase que puede vencer y puede construir el socialismo sólo si está ayudada y seguida por la gran mayoría de esos estratos sociales. Si no se obtiene eso, el proletariado no llega a ser clase dirigente, y esos estratos, que en Italia representan la mayoría de la población, se quedan bajo dirección burguesa y dan al Estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario y de debilitarlo.

Y bien: lo que se ha verificado en el terreno de la cuestión meridional, demuestra que el proletariado ha comprendido cuál es su deber. Hay que consignar dos hechos, uno de los cuales tuvo lugar en Turín y el otro en Reggio Emilia, es decir, en la ciudadela del reformismo, del corporativismo de clase, del proteccionismo obrero que los "meridionalistas" toman como ejemplo en su propaganda entre los campesinos del Sur.

Después de la ocupación de las fábricas,[14] la dirección de la Fiat propuso a los obreros que asumieran la gestión de la empresa en forma de cooperativa. Como es natural, los reformistas estuvieron de acuerdo. Se perfilaba una crisis industrial y el espectro de la desocupación angustiaba a las familias obreras. La transformación de la Fiat en cooperativa podía garantizar cierta seguridad de empleo al personal y especialmente a los obreros políticamente más activos, persuadidos de que iban a ser dejados cesantes.

La sección socialista conducida por los comunistas intervino enérgicamente en esta cuestión. Se dijo a los obreros: una gran empresa cooperativa como la Fiat puede ser asumida por los obreros sólo en el caso de que éstos estén dispuestos a incorporarse al sistema de fuerzas políticas burguesas que hoy gobierna en Italia. La propuesta de la dirección de Fiat está dentro del plan político de Giolitti. ¿En qué consiste este plan? Antes de la guerra, la burguesía ya no podía gobernar tranquilamente. La insurrección de los campesinos sicilianos en 1894 y la insurrección de

[14] La ocupación de las fábricas fue el punto culminante de un movimiento de agitación y de huelgas que se desarrolló en Italia después de la primera guerra mundial. Giolitti, que estaba nuevamente en el gobierno, adoptó su política habitual de neutralidad; contando con la ambigüedad de la posición de la Confederación general del trabajo y de los socialistas reformistas que no querían radicalizar la lucha, favoreció el acuerdo entre los sindicatos y los industriales, que puso fin a las ocupaciones.

Milán en 1898 fueron el *experimentum crucis* de la burguesía italiana. Después de la década sangrienta de 1890-1900,[15] la burguesía debió renunciar a una dictadura demasiado excluyente, demasiado violenta, demasiado directa: contra ella se rebelaban, *simultáneamente,* aunque no en forma coordinada, los campesinos meridionales y los obreros del Norte. En el nuevo siglo, la clase dominante inauguró una nueva política de alianzas de clase, de bloques políticos de clase, es decir, de democracia burguesa. Debía optar entre una democracia rural, o sea, una alianza con los campesinos meridionales, una política de libertad de aduanas, de sufragio universal, de descentralización administrativa, de bajos precios en los productos industriales; y un bloque industrial capitalista-obrero, sin sufragio universal, con proteccionismo aduanero, con el mantenimiento de la centralización estatal (expresión del dominio burgués sobre los campesinos, especialmente los del Mediodía y las islas), con una política reformista de salarios y de libertades sindicales. Escogió, y no es casual que lo haya hecho, la segunda solución. Giolitti[16] encarnó el dominio burgués y el Partido socialista se convirtió en el instrumento de la política giolittiana. Si se observa con atención, en la década de 1900-1910 se verifican las crisis más radicales en el movimiento socialista y obrero: las masas reaccionan espontáneamente contra la política de los jefes reformistas. Surgió el sindicalismo,[17] que es la expresión instintiva, elemental, primitiva, pero sana, de la reacción obrera contra el bloque integrado con la burguesía y a favor de un bloque integrado con los campesinos *y en primer lugar con los campesinos meridionales.* Más bien, en cierto sentido, el sindicalismo es una débil tentativa de los campesinos meridionales, representados por sus intelectuales, de dirigir al proletariado. ¿Cómo está constituido el núcleo dirigente del sindicalismo italiano? ¿Cuál es la esencia ideológica del sindicalismo italiano? El núcleo dirigente del sindicalismo está constituido casi exclusivamente por meridionales: Labriola, Leone, Longobardi, Orano. La esencia ideológica del sindicalismo es un nuevo liberalismo más enérgico, más agresivo, más belicoso que el tradicional. Si se observa bien, hay dos motivos fundamentales alrededor de los cuales sobrevienen las sucesivas crisis del sindicalismo y el paso gradual de los dirigentes sindicales al campo burgués: la emigración y el libre cambio, dos motivos estrechamente ligados al meridionalismo. El fenómeno de la emigración hace nacer la concepción de la "nación proletaria" de Enrico Corradini;[18] la guerra de Libia[19] es vista por todo

15 Cf. más adelante *Notas históricas.*

16 Cf. más adelante *Notas históricas.*

17 Movimiento revisionista de inspiración soreliana, al que adhirieron en Italia Arturo Labriola, Enrico Leone, Paolo Orano. Este movimiento sindicalista cayó en su mayor parte en el fascismo, después de haber adoptado una posición netamente favorable a la intervención, en vísperas de la primera guerra mundial.

18 Enrico Corradini fue el gran teórico de lo que Gramsci llamó el "socialismo nacional", doctrina que desnaturalizaba el carácter social de la lucha de clases convirtiéndola en una lucha entre naciones. En la concepción de Corradini, Italia era la "nación proletaria" y debía imponer por las armas su derecho a las demás naciones.

19 La campaña de Libia (1911) sirvió a Giolitti para asegurarse el apoyo de la

un estrato de intelectuales como el comienzo de la ofensiva de la "gran nación proletaria" contra el mundo capitalista y plutocrático. Todo un grupo de sindicalistas pasa al nacionalismo; más aún, en sus orígenes, el Partido nacionalista se constituye con intelectuales ex sindicalistas (Monicelli, Forges-Davanzati, Maraviglia). El libro de Labriola *Storia di 10 anni* (los diez años que transcurren entre 1900 y 1910) es la expresión más típica y característica de este neoliberalismo antigiolittiano y meridionalista.

En estos diez años el capitalismo se fortalece y desarrolla, reorientando una parte de su actividad en la agricultura del Valle del Po. El rasgo más característico de estos diez años son las huelgas de masa de los obreros agrícolas del Valle del Po. Esto conmueve considerablemente a los campesinos septentrionales y se verifica una profunda diferenciación de clase (el número de jornaleros aumenta en un 50%, de acuerdo a los datos del censo de 1911) a la que corresponde una redefinición de las corrientes políticas y de las actitudes mentales. La democracia cristiana[20] y el mussolinismo[21] son los dos productos más salientes de la época: la Romaña es el crisol regional de estas dos nuevas actividades y al parecer el jornalero se ha convertido en el protagonista social de la lucha política. La democracia social en sus organismos de izquierda (*L'Azione*, de Cesena) e incluso el mussolinismo caen rápidamente bajo el control de los "meridionalistas". *L'Azione* de Cesena es una edición regional de *L'Unità* de Gaetano Salvemini. El *Avanti!* dirigido por Mussolini se ha ido transformando, lenta pero seguramente, en una tribuna de escritores sindicalistas y meridionalistas. Los Fancello, los Lanzillo, los Panunzio, los Ciccotti con sus asiduos colaboradores; el mismo Salvemini no disimula su simpatía por Mussolini, que es asimismo el niño mimado de *La Voce* de Prezzolini.[22] Todos recordarán que cuando Mussolini abandona *Avanti!* y el Partido socialista, está rodeado por esta cohorte de sindicalistas y meridionalistas.

La repercusión más notable de este periodo en el campo revolucionario es la semana roja[23] de junio de 1914: la Romaña y las Marcas son

derecha nacionalista y de importantes fuerzas económicas, y para reforzar su sistema político. Terminó con la paz de Lausana (octubre de 1912), celebrada después de la ocupación paralela de Rodas y de otras islas del Dodecaneso.

[20] Gramsci alude aquí al origen del partido popular italiano, fundado en 1919 por el clérigo siciliano Luigi Sturzo, que marcó la entrada del movimiento católico en la escena política. El partido adquirió muy pronto un carácter de masa: apoyó las reivindicaciones campesinas, sobre todo en el centro y el norte, así como los intereses de los grupos conservadores o reaccionarios.

[21] Mussolini, que había sido expulsado del partido socialista en vísperas de la primera guerra mundial, constituyó en Milán, el 23 de marzo de 1919, el movimiento fascista, que se transformó en partido en 1921. Originariamente, el movimiento no tenía un carácter político bien definido; mezclaba en su programa declaraciones revolucionarias, antiburguesas, y un ardiente nacionalismo.

[22] Revista de crítica literaria y de cultura política que apareció entre 1908 y 1916.

[23] Cf. más adelante, *Notas históricas.*

el epicentro de la semana roja. En el campo de la política burguesa la repercusión más notable es el pacto Gentiloni.[24] Como el Partido socialista, por efecto de los movimientos agrarios del Valle del Po, había retomado —después de 1910— la táctica intransigente, el bloque industrial, sostenido y representado por Giolitti, pierde eficiencia. Giolitti cambia de hombro el fusil y sustituye la alianza entre burgueses y obreros por la alianza entre burgueses y católicos, los cuales representan a las masas campesinas de la Italia septentrional y central. En virtud de esta alianza, el partido conservador de Sonnino queda completamente destruido, conservando sólo una pequeña célula en la Italia meridional, en torno a Antonio Salandra.[25] La guerra y la posguerra han asistido al desarrollo de una serie de procesos moleculares en la clase burguesa que tiene la mayor importancia. Salandra y Nitti[26] fueron los dos primeros jefes de gobierno meridionales (para no hablar, naturalmente de los sicilianos, como Crispi,[27] que fue el más enérgico representante de la dictadura burguesa en el siglo XIX); ambos trataron de poner en práctica el programa burgués industrial-agrario meridional, Salandra en el terreno conservador y Nitti en el campo democrático (tanto uno como otro jefe de gobierno fueron apoyados decididamente por el *Corriere della Sera,* o sea, por la industria textil lombarda). Ya durante la guerra, Salandra intentó desplazar a favor del Mediodía las fuerzas técnicas de la organización estatal, es decir, sustituir el personal giolittiano del Estado por un nuevo personal que encarnase el nuevo curso político de la burguesía. Se recordará que *La Stampa* realizó, especialmente en 1917-1918, una campaña por una estrecha colaboración entre giolittianos y socialistas, para impedir que "los de Puglia" ocuparan el Estado; esa campaña estuvo orientada en *La Stampa* por Francesco Ciccotti, o sea que era una expresión del acuerdo existente entre Giolitti y los reformistas. La cuestión no era insignificante, y los giolittianos, en su encarnizada defensa, terminaron por transgredir los límites admitidos a un partido de la gran burguesía, llegando a efectuar esas manifestaciones de antipatriotismo y de derrotismo que están en la memoria de todos. Actualmente Giolitti está nuevamente en el poder, y nuevamente la burguesía le renueva su confianza, por el pánico que la invade ante el impetuoso movimiento de las masas popu-

[24] El pacto Gentiloni marcó el punto culminante de las negociaciones que se desarrollaban entre la Unión electoral católica italiana, presidida por el conde V. Gentiloni, y Giolitti. Sobre la base de este acuerdo, los electores católicos quedaban invitados a votar por los candidatos liberales que se habían comprometido a respetar los siete puntos del acuerdo, es decir, por el mismo Giolitti.

[25] Sidney Sonnino y Antonio Salandra, dirigentes del partido conservador y ambos presidentes del Consejo, respectivamente en 1906 y en 1914. En vísperas de la primera guerra mundial, estuvieron entre los "intervencionistas" más vigorosos.

[26] Hombre político liberal, electo presidente del Consejo en 1919: su ministerio trató de hacer frente a la situación de crisis social y al avance del movimiento fascista mediante el libre juego democrático en el seno del Parlamento. Pero la incapacidad de su gobierno para controlar la situación entrañó la crisis definitiva del Estado liberal italiano.

[27] Cf. más adelante, *Notas históricas.*

lares. Giolitti quiere domesticar a los obreros de Turín. Dos veces los ha derrotado: en la huelga de abril pasado y en la ocupación de las fábricas con la ayuda de la Confederación general del trabajo, es decir, del reformismo corporativo. Ahora piensa que puede encuadrarlos dentro del sistema burgués estatal. En realidad, ¿qué ocurrirá si el personal de Fiat acepta la propuesta de la dirección? Las actuales acciones industriales pasarán a ser obligaciones, de modo que la cooperativa deberá pagar a los portadores de obligaciones un dividendo fijo, cualquiera sea la evolución de las operaciones. La empresa Fiat soportará la imposición de toda clase de cargas por parte de los organismos crediticios, que siguen en manos de los burgueses, los cuales están interesados en reducir a los obreros a su poder discrecional. La masa de obreros deberá ligarse necesariamente al Estado, que "acudirá en ayuda de los obreros" a través de la obra de los diputados obreros, mediante la subordinación del partido político obrero a la política gubernativa. En eso consistiría la plena aplicación del programa de Giolitti. El proletariado turinés dejará de existir como clase independiente y será sólo un apéndice del Estado burgués. Triunfará el corporativismo de clase, pero el proletariado habrá perdido su posición y su función de dirigente y de guía; la masa de los obreros más pobres lo verán como un privilegiado y los campesinos como un explotador en la misma medida que los burgueses, porque la burguesía, como siempre ha hecho, presentará ante las masas campesinas a los núcleos obreros privilegiados como la única causa de sus males y de su miseria.

Los trabajadores de la Fiat aceptaron casi unánimemente nuestro punto de vista y rechazaron las proposiciones de la dirección. Pero este experimento no podía ser suficiente. El proletariado turinés había demostrado, con toda una serie de acciones, que poseía un altísimo grado de madurez y de capacidad política. Los técnicos y los empleados de fábrica, en 1919, pudieron mejorar sus condiciones sólo porque contaban con el apoyo de los obreros. Para truncar la agitación de los técnicos, los industriales propusieron a los obreros que nombraran ellos mismo, electivamente, nuevos capataces y jefes de taller; los obreros rechazaron la propuesta, aunque tuviesen varios motivos de conflicto con los técnicos, que siempre habían sido un instrumento patronal de represión y de persecución. La prensa desencadenó entonces una furiosa campaña para aislar a los técnicos, haciendo resaltar sus altísimos salarios, que llegaban hasta las 7 000 liras mensuales. Los obreros calificados contribuyeron a la agitación de los peones, que sólo de ese modo lograron imponerse: dentro de las fábricas se barrió con todos los privilegios y las formas de explotación que favorecían a las categorías más calificadas en desmedro de las menos calificadas. A través de estas acciones, la vanguardia proletaria se conquistó una posición social de avanzada, y ésta es la base del desarrollo del Partido comunista en Turín. ¿Y fuera de Turín? Nuestro propósito es justamente trasladar la consideración de la cuestión fuera de Turín, y especialmente a Reggio Emilia, donde existía la mayor concentración de reformismo y de corporativismo de clase.

Reggio Emilia fue siempre el blanco de los "meridionalistas". Una

frase de Camillo Prampolini:[28] "Italia está dividida en *nordici* y *sudici*"* era como la expresión más característica del odio violento que se desarrollaba entre los meridionales hacia los obreros del Norte. En Reggio Emilia se presentó una situación similar a la de la Fiat: una gran fábrica debía pasar a manos de los obreros como empresa cooperativa. Los reformistas de Reggio estaban entusiasmados con el acontecimiento y lo celebraban estrepitosamente en su prensa y en sus reuniones.[29] Un comunista turinés[30] fue a Reggio, tomó la palabra en una asamblea de la fábrica, exponiendo en sus líneas generales la cuestión entre el norte y el sur, y se produjo el "milagro": los obreros, en su gran mayoría, rechazaron la tesis reformista y corporativa. Se demostró así que los reformistas no representaban el espíritu de los obreros de Reggio; sólo representaban su pasividad y otros aspectos negativos. Habían logrado instaurar un monopolio polítido, dada la notable concentración en sus filas de organizadores y propagandistas de cierto valor profesional, lo que les permitió impedir el desarrollo y la organización de una corriente revolucionaria; pero bastó la presencia de un revolucionario capaz para ponerlos en su lugar, dejando en claro que los obreros de Reggio son valerosos combatientes y no cerdos cebados con el forraje del gobierno.

En abril de 1921, 5 000 obreros revolucionarios fueron dejados cesantes por la Fiat, se abolieron los Consejos de fábrica, se redujeron los salarios.[31] En Reggio Emilia debe haber sucedido algo similar. Es decir, los obreros fueron derrotados. ¿Pero fue acaso inútil el sacrificio que habían realizado? Creemos que no; más bien estamos seguros de que no fue inútil. Ciertamente es difícil registrar toda una serie de grandes acontecimientos de masas que prueben la eficacia inmediata y fulminante de esas acciones. Por lo demás, en lo que se refiere a los campesinos ese registro es siempre difícil y casi imposible; y aún más difícil en lo que se refiere a la masa campesina del Mediodía.

El Mediodía puede definirse como una gran disgregación social; los campesinos, que son la gran mayoría de su población, no tienen ninguna cohesión propia. (Está claro que hay que introducir excepciones: en Apulia, Cerdeña y Sicilia, que tienen características especiales dentro del gran cuadro de la estructura meridional). La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los grandes terratenientes y los grandes intelectuales. Los campesinos meridionales se encuentran perpetuamente en fermentación, pero, como masa, son incapaces de dar una expresión centralizada a sus

[28] Nacido en Reggio Emilia, figuró entre los fundadores del partido socialista italiano (1892).

[29] Cf. "Un asino bardato", en *SF*, pp. 64-67.

[30] Se trata de Umberto Terracini (cf. nota 6 del segundo capítulo).

[31] Cf. *L'avvento della democrazia industriale* y *Uomini in carne e ossa*, en *SF*, pp. 128-130, 154-156.

* Como ya se dijo, se trata de un juego de palabras en el que la expresión *sudici* (sucios) connota también fonéticamente la palabra "sud". [T.]

aspiraciones y a sus necesidades. El estrato medio de los intelectuales recibe de la base campesina los impulsos de su actividad política e ideológica. Los grandes propietarios, en el terreno político, y los grandes intelectuales, en el terreno ideológico, centralizan y dominan, en última instancia, todo ese conjunto de manifestaciones. Como es natural, la centralización se verifica con mayor eficacia y precisión en el campo ideológico. Por eso Giustino Fortunato y Benedetto Croce[32] representan las claves de bóveda del sistema meridional y, en cierto sentido, son las dos figuras máximas de la reacción italiana.

Los intelectuales meridionales son un estrato social de los más interesantes y más importantes de la vida nacional italiana. Basta pensar en que más de las tres quintas partes de la burocracia estatal está constituida por meridionales para aceptar esa afirmación. Ahora bien, para comprender la particular psicología de los intelectuales meridionales hay que tener presentes algunos datos de hecho:

1. En todos los países el estrato de los intelectuales ha quedado radicalmente modificado por el desarrollo del capitalismo. El viejo tipo de intelectual era el elemento organizativo de una sociedad de base campesina y artesana predominantemente; para organizar el Estado, para organizar el comercio, la clase dominante cultivaba un determinado tipo de intelectual. La industria ha introducido un tipo nuevo de intelectual: el organizador técnico, el especialista de la ciencia aplicada. En las sociedades en las cuales las fuerzas económicas se han desarrollado en sentido capitalista hasta absorber la mayor parte de la actividad nacional, este segundo tipo de intelectual ha prevalecido, con todas sus características de orden y disciplina intelectual. En cambio, en los países cuya agricultura ejerce una función todavía notable o incluso preponderante, sigue prevalenciendo el viejo tipo, el cual da la mayor parte del personal del Estado y ejerce también localmente, en el pueblo y en el burgo rural, la función de intermediario entre el campesino y la administración en general. En la Italia meridional predomina este tipo con todas sus características: democrático en su cara campesina, reaccionario en la cara que dirige al gran propietario y al gobierno, politicastro, corrompido, desleal; no se comprendería la tradicional figura de los partidos políticos meridionales si no se tuvieran en cuenta los caracteres de este estrato social.

2. El intelectual del sur procede principalmente de una capa que es todavía considerable allí: el burgués rural, o sea, el propietario pequeño y medio de tierras que no es campesino, que no trabaja la tierra, que se avergonzaría de ser labrador pero que, de la poca tierra que tiene y que da en arriendo o en simple aparcería, quiere obtener lo suficiente para vivir bien, para mandar los hijos a la universidad o al seminario, para constituir la dote de las hijas que tienen que casarse con un oficial o con un funcionario civil del Estado. Los intelectuales reciben de esa capa una áspera aversión al campesino trabajador, considerado como máquina de trabajo que hay que roer hasta el hueso y que se puede sustituir fácilmente dada la superpoblación trabajadora, y reciben también el senti-

[32] Cf. nota 2 del segundo capítulo.

miento atávico e instintivo de un pánico loco al campesino y a sus violencias destructivas, y, por tanto, una costumbre de refinada hipocresía y una refinadísima habilidad para engañar y domesticar a las masas campesinas.

3. Como el clero pertenece al grupo social de los intelectuales, es necesario anotar la diversidad de características entre el clero meridional y el clero septentrional. El cura septentrional comúnmente es hijo de artesano o de campesino; tiene sentimientos democráticos, está más ligado a la masa de los campesinos; moralmente es más correcto que el cura meridional, el que a menudo convive casi abiertamente con una mujer, y por esto ejerce un oficio espiritual más completo socialmente, es un dirigente de toda la actividad de una familia. En el norte la separación de la Iglesia y el Estado y la expropiación de los bienes eclesiásticos fue más radical que en el Mediodía, donde las parroquias y los conventos o conservaron o reconstituyeron importantes propiedades inmobiliarias y mobiliarias. En el Mediodía el cura aparece ante el campesino: 1o.) como un administrador de tierras con el que el campesino entra en conflicto por el problema de los alquileres; 2o.) como usurero que pide elevadísimas tasas de interés y hace jugar el elemento religioso para cobrar con seguridad el alquiler o la usura; 3o.) como un hombre sometido a las pasiones comunes (mujeres y dinero) y que, por lo tanto, espiritualmente no da garantías de discreción y de imparcialidad. La confesión ejerce una escasísima labor dirigente y el campesino meridional, si a menudo es supersticioso en sentido pagano, no es clerical. Todo este complejo explica el porqué en el Mediodía el partido popular (exceptuada alguna zona de Sicilia) no tuvo una posición importante, no tuvo ninguna red de instituciones ni de organizaciones de masa. La posición del campesino hacia el clero está resumida en el dicho popular: "El cura es cura en el altar; afuera es un hombre como todos los demás".

El campesino meridional está ligado al gran terrateniente por los oficios del intelectual. Los movimientos de campesinos, en cuanto se unen, no en organizaciones de masa autónomas e independientes aunque fuera formalmente (es decir, capaces de seleccionar cuadros campesinos de origen campesino y de registrar y acumular las diferenciaciones y progresos que en el movimiento se realizan), terminan por sistematizarse siempre en las ordinarias articulaciones del aparato estatal –comunas, provincias, cámara de diputados– a través de composiciones y descomposiciones de los partidos locales, cuyo personal está constituido por intelectuales, pero que son controlados por los grandes propietarios y sus hombres de confianza, como Salandra, Orlando, Di Cesaro.[33] La guerra pareció introducir un elemento nuevo en este tipo de organización con el movimiento de los ex combatientes, en el que los campesinos-soldados y los intelectuales-oficiales formaban un bloque más unido entre sí y en cierta medida antagónico con los grandes propietarios. No duró demasiado y el último residuo de esto es la Unión Nacional creada por Amendo-

[33] El duque G. Colonna di Cesaro, representante de la Democracia social, expresión política de la gran propiedad territorial meridional.

la,[34] que tiene una sombra de existencia por su antifascismo; sin embargo, dada la falta de tradición y de organización *explícita* de los intelectuales *democráticos* en el Mediodía, también esta agrupación debe ser considerada y tenida en cuenta, porque puede convertirse, de pequeño hilo de agua en caudaloso y crecido torrente, dentro de otras condiciones políticas generales. La única región donde el movimiento de los ex combatientes asumió un perfil más preciso y logró crearse una estructura social más sólida, es Cerdeña. Y es comprensible, porque justamente en Cerdeña la clase de los grandes propietarios terratenientes es muy débil, no desarrolla función alguna y no tiene las antiquísimas tradiciones culturales y gubernativas del Mediodía continental. La presión de abajo, ejercida por las masas de campesinos y pastores, no encuentra un contrapeso sofocante en el estrato social superior de los grandes propietarios; los intelectuales dirigentes soportan de lleno esa presión y dan pasos adelante más firmes que los de la Unión nacional. Tanto respecto a Cerdeña como al Mediodía, la situación siciliana tiene características diferenciales muy profundas. Allí los grandes propietarios están mucho más cohesionados y afirmados que en el Mediodía continental; por otro lado, existe cierta industria y un comercio desarrollado (Sicilia es la región más rica de todo el Mediodía y una de las más ricas de Italia); las clases superiores son bien conscientes de su importancia en la vida nacional y la hacen sentir. Sicilia y el Piamonte son las dos regiones que han dado el mayor número de dirigentes políticos al Estado italiano, son las dos regiones que han tenido un papel de primer orden desde 1870 en adelante. Las masas populares sicilianas son más avanzadas que en el Mediodía, pero su progreso ha asumido una forma típicamente siciliana: existe un socialismo de masas siciliano que tiene toda una tradición y un desarrollo peculiar; en la Cámara de 1922 contaba con cerca de 20 diputados sobre un total de 52 electos en la isla.

Hemos dicho que el campesino meridional está ligado al gran terrateniente por medio del intelectual. Este tipo de organización es el más difundido en todo el Mediodía continental y en Sicilia. Forma un monstruoso bloque agrario que en su conjunto funciona como intermediario y guardián del capitalismo septentrional y los grandes bancos. Su único fin es el de conservar el *statu quo*. En su seno no hay ninguna luz intelectual, ningún programa, ningún interés por mejoras o progreso. Cuando aparecen algunas ideas o algún programa, hay que buscar su origen fuera del Mediodía, en los grupos políticos agrarios conservadores, especialmente de la Toscana, que en el Parlamento eran los aliados de los conservadores del bloque agrario meridional. Sonnino y Franchetti[35] estuvieron entre los pocos burgueses inteligentes que se plantearon el problema meridional como un problema nacional y establecieron un programa de gobierno para solucionarlo. ¿Cuál fue el punto de vista de Sonnino y Franchetti? La necesidad de crear en la Italia meridional un estrato me-

[34] Hombre político liberal y antifascista, guió la oposición constitucional llamada "del Aventino". Fue asesinado por los fascistas.

[35] Cf. más adelante, *Notas históricas*.

dio independiente de carácter económico que cumpliera la función, como entonces se decía, de "opinión pública" y por un lado limitase los crueles abusos de los propietarios y por otro moderase las tendencias insurreccionales de los campesinos pobres. Sonnino y Franchetti estaban muy alarmados por la popularidad que tenían en el Mediodía las ideas del bakuninismo de la I Internacional. La alarma que experimentaban les hizo cometer a menudo torpezas grotescas. Por ejemplo, en una publicación suya aluden a que una hostería o una fonda popular de una región de Calabria (citamos de memoria) se llamaba "a los huelguistas" [*scioperanti*], para demostrar la difusión y el arraigo que allí tenían las ideas internacionalistas. El hecho, de ser cierto (y debe serlo, dada la probidad intelectual de los autores) tiene una explicación más sencilla si recordamos que en el Mediodía hay numerosas colonias de albaneses y que la palabra *skipetari* sufrió, al pasar a los dialectos, las deformaciones más curiosas y extrañas (por ejemplo, en algunos documentos de la República veneciana se habla de formaciones militares de "S'ciopetà"). Pero en el Mediodía no estaban tan difundidas las teorías de Bakunin aunque la situación misma podía haber inspirado probablemente a Bakunin sus teorías: los campesinos pobres meridionales pensaban, por cierto, en el *sfascio* (desbarajuste) mucho antes que en la mente de Bakunin hubiese germinado la teoría de la "pandestrucción".

El programa gubernativo de Sonnino y Franchetti nunca tuvo ni siquiera un comienzo de realización. Y no podía tenerlo. Es tal la imbricación de relaciones entre el norte y el Mediodía en la organización de la economía nacional y del Estado, que resulta imposible el surgimiento de una clase media difusa de naturaleza económica (es decir, en el fondo, de una difusa burguesía capitalista). El sistema fiscal y aduanero impide toda acumulación de capitales y de ahorro en el nivel local, y por otro lado los capitalistas propietarios de empresas no transforman localmente sus ganancias en nuevo capital, porque no son de la región. Cuando la emigración asumió en el siglo XX proporciones gigantescas y las primeras remesas comenzaron a afluir desde América, los economistas liberales exclamaron triunfalmente: el sueño de Sonnino se realiza. En el Mediodía se verifica una silenciosa revolución que, lenta pero seguramente, modificará toda la estructura económica y social de la región. Pero intervino el Estado y la revolución silenciosa fue sofocada al nacer. El gobierno ofreció bonos del tesoro con interés garantizado y los emigrantes y sus familias se transformaron de agentes de la revolución silenciosa en agentes del Estado, al que le suministraban medios financieros para subsidiar las industrias parasitarias del Norte. Francesco Nitti, adepto a un programa democrático y formalmente ajeno al bloque agrario meridional, pudo aparecer como un activo realizador del programa de Sonnino, pero en cambio fue el mejor agente del capitalismo septentrional para arrasar con los últimos recursos del ahorro meridional. Los millones engullidos por el Banco de descuentos provenían casi todos del Mediodía: los 400 000 acreedores del Banco italiano de descuento eran en su inmensa mayoría ahorristas meridionales.[36]

[36] A la expansión originada en la guerra, sucedió una grave crisis que afectó

Por sobre el bloque agrario en el Mediodía funciona un bloque intelectual que prácticamente sirvió hasta ahora para impedir que las resquebrajaduras del bloque agrario se volviesen demasiado peligrosas y determinasen un derrumbe. Exponentes de este grupo intelectual son Giustino Fortunato y Benedetto Croce, quienes pueden ser juzgados como los reaccionarios más activos de la península.

Hemos dicho que la Italia meridional es una gran disgregación social. Esta fórmula puede referirse a los intelectuales, y no sólo a los campesinos. Es notable el hecho de que en el sur, junto a las grandísimas propiedades, hayan existido y sigan existiendo grandes acumulaciones culturales y de inteligencia en individuos sueltos o en reducidos grupos de grandes intelectuales, mientras que, en cambio, no existe una organización de la cultura media. En el sur existe la casa editorial Laterza, y existe la revista *La Critica,* existen academias y empresas culturales de gran erudición; no existen revistas medias y pequeñas, no existen casas editoriales alrededor de las cuales se agrupen formaciones medias de intelectuales meridionales. Los meridionales que han intentado salirse del bloque agrario y plantear la cuestión meridional de una forma radical han encontrado hospitalidad y se han agrupado en torno a revistas impresas fuera del Mediodía. Puede incluso decirse que todas las iniciativas culturales debidas a intelectuales medios ocurridas en el siglo XX en la Italia central y septentrional se han caracterizado por el meridionalismo, porque estaban intensamente influidas por intelectuales meridionales. Todas las revistas de los intelectuales florentinos, *La Voce, L'Unità;* las revistas de los demócratas cristianos, como *L'Azione* de Cesena; las revistas de los jóvenes liberales de la Emilia y de Milán, de G. Borelli, como *La Patria* de Bolonia o *L'Azione* de Milán, y, por último, *La Rivoluzione Liberale* de Gobetti.[37] Ahora bien, los supremos moderadores políticos e intelectuales de todas esas inciativas han sido Giustino Fortunato y Benedetto Croce. En un ámbito más amplio que el muy sofocante del bloque agrario han conseguido que el planteamiento de los problemas del sur no rebasara ciertos límites, no se hiciera revolucionario. Hombres de gran cultura e inteligencia, nacidos en el terreno tradicional del sur pero ligados a la cultura europea y, por tanto, a la mundial, tenían todo lo necesario para dar satisfacción a las necesidades intelectuales de los representantes más honrados de la juventud culta del Mediodía, para consolar sus inquietas veleidades de rebelión contra las condiciones existentes, para orientarlos según una línea media de serenidad clásica del pensamiento y de la acción. Los llamados neoprotestantes o calvinistas

también a los bancos, en esa época "mixtos", que habían realizado las mayores inversiones financieras en la industria. Fue así como el Banco italiano de Descuentos debió cerrar sus puertas, haciendo perder a los ahorristas un tercio de sus depósitos; como observa Gramsci, esto dio lugar a un proceso de expropiación de los pequeños ahorristas.

[37] Hombre político liberal y resueltamente antifascista, fundó y dirigió, entre 1922 y 1925, la revista *La Rivoluzione Liberale.* Fue asesinado por los fascistas en 1926.

no han entendido que en Italia, como no pudo darse una reforma religiosa de masas, por las condiciones modernas de la civilización, no se ha verificado más que la única reforma históricamente posible, con la filosofía de Benedetto Croce: ha cambiado la orientación y el método del pensamiento, se ha construido una nueva concepción del mundo que superaba al catolicismo y a cualquier otra religión mitológica. En este sentido Benedetto Croce ha cumplido una altísima función "nacional": ha separado a los intelectuales radicales del sur de las masas campesinas, permitiéndoles participar de la cultura nacional y europea, y a través de esta cultura los ha hecho absorber por la burguesía nacional y, por tanto, por el bloque agrario.

L'Ordine Nuovo y los comunistas turineses, aunque en cierto sentido pueden ser vistos en relación con las formaciones intelectuales a que hemos aludido y aunque han sufrido, por tanto, la influencia intelectual de Giustino Fortunato y de Benedetto Croce, representan, sin embargo, al mismo tiempo, una ruptura completa con esa tradición y el comienzo de un nuevo desarrollo que ya ha dado frutos y que los dará todavía. Como ya se ha dicho, presentaron al proletariado urbano como protagonista moderno de la historia italiana y, por tanto, también de la cuestión meridional. Habiendo servido de intermediarios entre el proletariado y determinados estratos de intelectuales de izquierda, han conseguido modificar notablemente, si no completamente, la orientación mental de éstos. Éste es el elemento principal de la figura de Piero Gobetti, si bien se piensa. El cual no era un comunista y probablemente no lo habría sido nunca, pero había entendido la posición social e histórica del proletariado y no conseguía ya pensar prescindiendo de este elemento. En el común trabajo del periódico, Gobetti se encontró por obra nuestra en contacto con un mundo vivo que antes no había conocido más que por las fórmulas de los libros. Su característica más destacada era la lealtad intelectual y la falta completa de toda vanidad y mezquindad de orden inferior; por eso tuvo que convencerse de que toda una serie de modos de ver y pensar tradicionales respecto del proletariado eran injustos y falsos. ¿Qué consecuencias tuvieron para Gobetti esos contactos con el mundo proletario? Ellos fueron el origen y el impulso de una concepción que no vamos a discutir y profundizar, que en gran parte enlaza con el sindicalismo y con el modo de pensar de los sindicalistas intelectuales: los principios del liberalismo se proyectan en ella desde el orden de los fenómenos individuales al orden de los fenómenos de masa. Las cualidades de excelencia y de prestigio características de la vida de los individuos se trasponen a las clases, concebidas casi como individualidades colectivas. Esta concepción lleva generalmente a los intelectuales que la comparten a la pura contemplación y registro mental de méritos y deméritos, a una odiosa y sosa posición de árbitro de la pelea, de adjudicadores de premios y castigos. Prácticamente Gobetti no sucumbió a ese destino. Resultó ser un organizador cultural de gran valía y tuvo en ese último periodo una función que no debe olvidarse ni subestimarse por parte de los obreros. Él abrió una trinchera más allá de la cual no retrocedieron ya los grupos de intelectuales más honrados y sinceros que

en 1919, 1920 y 1921 vieron que el proletariado había sido como clase dirigente superior a la burguesía. De buena fe y honradamente algunos, y otros de malísima fe y sin honradez alguna, fueron diciendo que Gobetti no era más que un comunista camuflado, un agente, si no del Partido comunista, sí al menos del grupo comunista de *L'Ordine Nuovo.* No hace ni siquiera falta desmentir esas charlatanerías insulsas. La figura de Gobetti y el movimiento que él representó fueron productos espontáneos del nuevo clima histórico italiano: en eso estriba su significación y su importancia. Algunas veces, camaradas del partido nos han reprochado el que no lucháramos contra la corriente de ideas de *La Rivoluzione Liberale:* el que no hubiera lucha con él pareció prueba de una relación orgánica maquiavélica (como suele decirse) entre Gobetti y nosotros. Pero el hecho es que no podíamos combatir a Gobetti porque él representaba un movimiento que no debe combatirse, al menos en principio. No comprender esto significa no comprender la cuestión de los intelectuales y la función que éstos desarrollan en la lucha de clases. Gobetti nos servía prácticamente como enlace: 1o.) con los intelectuales nacidos en el terreno de la técnica capitalista y que habían adoptado una actitud de izquierda, favorable a la dictadura del proletariado, en 1919-1920; 2o.) con una serie de intelectuales meridionales que, mediante vinculaciones más complejas, planteaban la cuestión meridional de modo diverso del tradicional, introduciendo en ella al proletariado del norte: Guido Dorso es la figura más completa e interesante de estos intelectuales. ¿Por qué íbamos a luchar contra el movimiento de *La Rivoluzione Liberale?* ¿Por el hecho de que no estaba compuesto por comunistas que hubieran aceptado desde la A hasta la Z nuestro programa y nuestra doctrina? Eso habría sido política e históricamente una paradoja. Los intelectuales se desarrollan lentamente, mucho más lentamente que cualquier otro grupo social, por su misma naturaleza y función histórica. Los intelectuales representan toda la tradición cultural de un pueblo, cuya historia entera quieren asumir y sintetizar: esto se ha dicho especialmente del intelectual de viejo tipo, del intelectual nacido en el terreno campesino. Creer posible que vaya a romper como masa con todo el pasado y a ponerse completamente en el terreno de una nueva ideología es absurdo. Es absurdo por lo que hace a los intelectuales como masa, y tal vez absurdo respecto de muchísimos intelectuales tomados individualmente, pese a todos los honrados esfuerzos que ellos hagan y quieran hacer. Ahora bien, a nosotros nos interesan los intelectuales como masa, y no sólo como individuos. Es sin duda importante y útil para el proletariado que uno o más intelectuales, individualmente, se adhieran a su programa y a su doctrina, se fundan con el proletariado, se conviertan en parte de él y se sientan parte de él. El proletariado es, como clase, pobre en elementos organizativos, y no tiene ni puede formarse un estrato propio de intelectuales sino muy lentamente, muy fatigosamente, y sólo después de la conquista del poder estatal. Pero también es importante que en la masa de los intelectuales se produzca una fractura de carácter orgánico, históricamente caracterizada; que se forme, como formación de masas, una tendencia de izquierda en el sentido moderno de la palabra, o sea,

orientada hacia el proletariado revolucionario. La alianza del proletariado con las masas campesinas exige esa formación, aún más lo exige la alianza del proletariado con las masas campesinas del sur. El proletariado destruirá el bloque agrario meridional en la medida en que consiga, por medio de su partido, organizar en formaciones autónomas e independientes a masas cada vez más considerables de campesinos pobres; pero conseguirá cumplir más o menos esa tarea obligada según su capacidad, entre otras cosas, de disgregar el bloque intelectual que es la armadura flexible, pero muy resistente, del bloque agrario. Piero Gobetti ayudó al proletariado en esa tarea, y creemos que los amigos del muerto continuarán, también sin su guía, la obra emprendida, que es gigantesca y difícil, pero precisamente por eso digna de todos los sacrificios (incluso del de la vida, como ha sido el caso de Gobetti), por parte de aquellos intelectuales (que son muchos, más de los que se cree) del norte y del sur que han comprendido que hay dos únicas fuerzas esencialmente nacionales y portadoras del futuro: el proletariado y los campesinos.

LA SITUACIÓN ITALIANA Y LAS TAREAS DEL PCI

Las Tesis de Lyon *fueron redactadas por Gramsci y Togliatti para el III congreso del partido comunista italiano, que tuvo lugar en Lyon en 1926 y sancionó la derrota del extremismo de Bordiga. Las* Tesis, *en efecto, representan sobre todo una ruptura con los extremistas de ultraizquierda y Bordiga, la primera tentativa de dotar al PCI, recientemente fundado, de una línea y de un programa orgánico basado en el análisis de la realidad italiana, de una comprensión histórica de los objetivos políticos del proletariado revolucionario, con una real voluntad política de ligarse a las masas. El rechazo del dogmatismo, del sectarismo, de una visión puramente intelectualista del leninismo; es decir, el rechazo de un "purismo ideológico" al que no correspondía ninguna línea de masas y ninguna posibilidad práctica de que el partido pudiese arraigarse en las masas, y encabezarlas: en esta posición se originaron las* Tesis de Lyon *como una tentavia de conciliación fecunda entre la verdad del leninismo y el conocimiento del estado particular de las relaciones de clase en Italia.*

Las Tesis *parten, pues, de la teoría y de la aplicación concreta de ésta contra la línea bordiguista, mayoritaria en el partido. Por lo demás –y ése es el otro gran mérito de las* Tesis*–, se presentan como la primera tentativa orgánica y global de efectuar una ruptura con las posiciones extremistas, sin caer por eso en el reformismo y el revisionismo.*

En las Tesis de Lyon *que, tengámoslo en cuenta, son la penúltima obra de Gramsci antes de su encarcelamiento (la última será* La cuestión meridional, *inconclusa), volvemos a encontrar todos los temas del pensamiento gramsciano: su interpretación de la historia italiana, la cuestión meridional, los conceptos de hegemonía, de alianzas de clases, de fuerzas motrices de la revolución, de dictadura del proletariado, de partido, de centralismo democrático, el análisis del fascismo, etc. Es lo que explica la gran importancia de las* Tesis *y, en muchos aspectos, su actualidad. El PCI, sin embargo, sólo las reeditó dos veces: en 1951, en "30 años de vida del PCI" (cuaderno de* Rinascita, *núm. 2) y en 1971, en el último volumen de las* Obras *de Gramsci (pero nunca en edición popular). Ha sido sobre todo* Il Manifesto *el que, durante los últimos años, publicó en diferentes oportunidades pasajes esenciales de los análisis políticos gramscianos.*

TESIS DE LYON

1. En el momento actual podemos considerar que la transformación de los partidos comunistas –donde se concentra la vanguardia de la clase obrera– en partidos bolcheviques es el objetivo fundamental de la Internacional comunista. Es preciso conectar este objetivo con el desarrollo histórico del movimiento obrero internacional, y en particular con la lucha que se desarrolló en su seno entre el marxismo y las corrientes que constituían una desviación de los principios y de la práctica de la lucha de clase revolucionaria.

En Italia, el objetivo de crear un partido bolchevique adquiere todo su preciso sentido cuando se toman en consideración las vicisitudes del movimiento obrero desde sus inicios y las deficiencias fundamentales que se revelaron en él.

2. El nacimiento del movimiento obrero tuvo lugar en los diferentes países en formas diversas. Lo que tuvieron en común fue la espontánea rebelión del proletariado contra el capitalismo. Esta rebelión asumió, sin embargo, en cada nación una forma específica, que fue el reflejo y la consecuencia de las particulares características nacionales de aquellos elementos que, provenientes de la pequeña burguesía y del campesinado, habían contribuido a formar la gran masa del proletariado industrial.

El marxismo constituyó el elemento consciente, científico, superior al particularismo de las diversas tendencias de carácter y origen nacional y contra ellas luchó en el campo teórico y en el terreno de la organización. Todo el proceso formativo de la I Internacional tuvo como eje esta lucha, que concluyó con la expulsión del bakuninismo de la Internacional. En el momento en que la I Internacional dejó de existir, el marxismo había triunfado en el movimiento obrero. De hecho los partidos que constituyeron la II Internacional reivindicaban en su totalidad el marxismo, considerándolo el fundamento de su táctica en todas las cuestiones esenciales.

Después de la victoria del marxismo, las tendencias de carácter nacional a las que había derrotado trataron de manifestarse por otra vía, resurgiendo en el seno mismo del marxismo como formas de revisionismo. Este proceso se vio favorecido por el desarrollo de la fase imperialista del capitalismo. A este fenómeno están estrechamente ligados estos tres hechos: la desaparición progresiva, en las filas del movimiento obrero, de la crítica del Estado, parte esencial de la doctrina marxista, que fue sustituida por las utopías democráticas; la formación de una aristocracia obrera; un nuevo desplazamiento masivo de la pequeña burguesía y del campesinado hacia el proletariado, y por tanto, una nueva difusión entre el proletariado de corrientes ideológicas de carácter nacional, contrarias al marxismo. El proceso de degeneración de la II Internacional asumió así la forma de una lucha contra el marxismo que se desarrollaba dentro del propio marxismo. Ese proceso culminó en el desastre provocado por la guerra.

El único partido que se salvó de la degeneración fue el Partido bolchevique, que logró mantenerse a la cabeza del movimiento obrero de su

propio país, expulsó de sus filas a las tendencias antimarxistas y elaboró, a través de las experiencias de tres revoluciones, el leninismo, que es el marxismo de la época del capitalismo monopolista, de las guerras imperialistas y de la revolución proletaria. Así se determina históricamente la posición del partido bolchevique en la fundación y conducción de la III Internacional, y se plantea el problema de la formación de partidos bolcheviques en cada país, que requiere que la vanguardia del proletariado asuma la doctrina y la práctica del marxismo revolucionario, superando y liquidando completamente toda corriente antimarxista.

3. En Italia, los orígenes y las vicisitudes del movimiento obrero no dieron lugar a que se constituyera, antes de la guerra, una corriente de izquierda marxista que tuviese permanencia y continuidad. El carácter originario del movimiento obrero italiano fue muy confuso; confluyeron en él tendencias diversas, del idealismo mazziniano[1] al genérico humanitarismo de los cooperativistas y los partidarios de la mutualidad y al bakuninismo, el cual sostenía que en Italia existían, aún antes de un desarrollo capitalista, las condiciones para pasar inmediatamente al socialismo. El origen tardío y la debilidad del industrialismo explican la ausencia del elemento clarificador dado por la existencia de un proletariado fuerte; otra consecuencia fue que incluso la ruptura entre anarquistas y socialistas se realizó con veinte años de atraso (1892, Congreso de Génova).

El Partido socialista italiano que surgió del Congreso de Génova comprendía dos corrientes dominantes. Por un lado, había un grupo de intelectuales que sólo representaban la tendencia a una reforma democrática del Estado: su marxismo no iba más allá del propósito de suscitar y organizar las fuerzas del proletariado para ponerlas al servicio de la instauración de la democracia (Turati, Bissolati, etc.). Por otro, un grupo más directamente ligado al movimiento proletario y que representaba una tendencia obrera, pero carecía de toda conciencia teórica adecuada (Lazzari). Hasta 1900, el partido sólo se propuso fines de carácter democrático. Después de 1900, conquistada la libertad de organización e iniciada una fase democrática, fue evidente la incapacidad de todos los grupos que lo componían para darle la fisonomía de un partido marxista del proletariado.

Al contrario: los elementos intelectuales se apartaron cada vez más de la clase obrera, y tampoco dio resultado la tentativa, debida a otro estrato de intelectuales y pequeños burgueses, de constituir una izquierda marxista que se basase en el sindicalismo. Como reacción a esta tentativa, triunfó dentro del partido la fracción integralista que, en su vacío verbalismo conciliador, expresó una característica fundamental del movimiento obrero italiano, explicable asimismo por la debilidad del industrialismo y la deficiente conciencia crítica del proletariado. El revolucionarismo de los años anteriores a la guerra mantiene intacta esta característica; nunca logró superar los límites del genérico populismo para proponerse la construcción de un partido de la clase obrera y la aplicación del método de la lucha de clase.

[1] Cf. *Notas históricas.*

Dentro de esta corriente revolucionaria comenzó a diferenciarse, ya antes de la guerra, un grupo de "extrema izquierda" que sostenía las tesis del marxismo revolucionario, aunque esporádicamente y sin lograr ejercer una influencia real sobre el desarrollo del movimiento obrero.

Así se explica el carácter negativo y equívoco que tuvo la oposición del Partido socialista a la guerra y también se explica que después de ésta el partido se encontrara ante una situación revolucionaria inmediata, sin haber resuelto ni planteado ninguno de los problemas fundamentales que la organización política del proletariado debe resolver para realizar sus objetivos: en primer lugar, el problema de la "opción de clase" y de la forma organizativa adecuada a ella; luego el problema del programa del partido, el de su ideología, y finalmente los problemas de estrategia y táctica, cuya resolución debe conducir a reagrupar alrededor del proletariado a las fuerzas que son sus aliadas naturales en la lucha contra el Estado y a guiar a aquél a la conquista del poder.

Sólo después de la guerra se inicia en Italia la acumulación sistemática de una experiencia que pueda contribuir positivamente a la resolución de estos problemas. Recién en el Congreso de Livorno se asientan las bases constitutivas del partido de clase del proletariado, el cual, para convertirse en un partido bolchevique y cumplir plenamente su función, debe liquidar todas las tendencias antimarxistas que son, tradicionalmente, propias del movimiento obrero.

Análisis de la estructura social italiana

4. El capitalismo es el elemento predominante en la sociedad italiana y la fuerza que prevalece en la determinación de su desarrollo. De este dato fundamental se desprende la consecuencia de que no existe en Italia la posibilidad de una revolución que no sea la revolución socialista. En los países capitalistas, la única clase que puede realizar una transformación social real y profunda es la clase obrera. Sólo la clase obrera es capaz de poner en práctica los cambios de carácter económico y político que son necesarios para que las energías de nuestro país encuentren completa libertad y posibilidades de desarrollo. La manera en que cumplirá esta función revolucionaria está en relación con el grado de desarrollo del capitalismo en Italia y con la estructura social correspondiente.

5. El industrialismo, que constituye la parte esencial del capitalismo, es muy débil en Italia. Sus posibilidades de desarrollo están limitadas por la situación geográfica y la falta de materias primas. Por eso no llega a absorber a la mayoría de la población italiana (4 millones de obreros industriales contra 3 millones y medio de obreros agrícolas y 4 millones de campesinos). Al industrialismo se opone una agricultura que se presenta como la base natural de la economía del país. Las variadísimas condiciones del suelo y las consiguientes diferencias de cultivos y sistemas de arrendamiento, provocan sin embargo una fuerte diferenciación de las capas rurales, con un predominio de los estratos pobres, más próximos a las condiciones del proletariado y más susceptibles de sufrir

su influencia y de aceptar su conducción. Entre las clases industriales y agrarias se interpone una pequeña burguesía urbana bastante extensa, cuya importancia es considerable. Está compuesta predominantemente de artesanos, profesionales y empleados del Estado.

6. La debilidad intrínseca del capitalismo obliga a la clase industrial a apelar a distintos recursos para asegurarse el control de toda la economía del país. Esos recursos consisten, en definitiva, en un sistema de compromisos comerciales entre una parte de los industriales y una parte de las clases agrícolas, más precisamente los grandes terratenientes. Es decir, no existe la tradicional lucha económica entre industriales y agrarios, ni la rotación de grupos dirigentes que ella determina en otros países. Por lo demás, los industriales no tienen necesidad de sostener, contra los agrarios, una política económica que asegure una afluencia continua de mano de obra del campo a las fábricas, porque esta afluencia está garantizada por la superabundancia de población agrícola pobre, que es característica de Italia. El acuerdo industrial-agrario se basa en una solidaridad de intereses entre algunos grupos privilegiados, en desmedro de los intereses generales de la producción y de la mayoría de los trabajadores. Ese acuerdo determina una acumulación de riqueza en manos de los grandes industriales, que es la consecuencia de una expoliación sistemática de categorías enteras de la población y de regiones enteras del país. Los resultados de esta política económica son de hecho el déficit del balance económico, el estancamiento del desarrollo económico de regiones enteras (el Mediodía, las islas), la traba al surgimiento y desarrollo de una economía más adaptada a la estructura del país y a sus recursos, la miseria creciente de la población trabajadora, la existencia de una corriente migratoria permanente y el consiguiente empobrecimiento demográfico.

7. Así como no controla, por su naturaleza, toda la economía, la clase industrial tampoco logra organizar por sí sola la sociedad global y el Estado. Sólo le resulta posible construir un Estado nacional cuando puede explotar factores de política internacional (el llamado *Risorgimento).* Para reforzar el Estado y para defenderlo, necesita establecer compromisos con las clases sobre las que la industria ejerce una hegemonía limitada, particularmente los agrarios y la pequeña burguesía. Esa situación origina una heterogeneidad y una debilidad de toda la estructura social, así como del Estado, que es su expresión.

7. bis. Entontramos un reflejo típico de la debilidad de la estructura social en el ejército, antes de la guerra. Un círculo restringido de oficiales, carentes del prestigio de los jefes (viejas clases dirigentes agrarias, nuevas clases industriales) tiene a sus órdenes a una casta de oficiales subalternos burocratizada (pequeña burguesía), incapaz de servir de nexo con la masa de soldados, indisciplinada y abandonada a sí misma. En la guerra todo el ejército debió reorganizarse desde abajo, después de una eliminación de los grados superiores y de una transformación de la estructura organizativa que corresponde al surgimiento de una nueva categoría de oficiales *subalternos.* Este fenómeno prefigura la transformación análoga que realizará el fascismo, en una escala más amplia, respecto al Estado.

8. Las relaciones entre la industria y la agricultura, que son esenciales para la vida económica de un país y para la determinación de las superestructuras políticas, tienen en Italia una base territorial. En el norte se conglomeran, en algunos grandes centros, la producción y la población agraria. En consecuencia, todos los conflictos inherentes a la estructura social del país contienen un elemento que concierne al Estado y amenaza su unidad. Los grupos dirigentes burgueses y agrarios buscan la solución del problema a través de un compromiso. Ninguno de estos grupos posee, por su naturaleza, un carácter unitario y una función unitaria. Por otra parte, el carácter del compromiso con el que se preserva la unidad hace aún más grave la situación y coloca a las poblaciones trabajadoras del Mediodía en una posición análoga a la de las poblaciones coloniales. La gran industria del norte desempeña, respecto a ellas, la función de las metrópolis capitalistas; en cambio, los grandes terratenientes y la propia burguesía media meridional están en la situación de las categorías que en las colonias se alían a la metrópoli para mantener sometida a la masa del pueblo trabajador. La explotación económica y la opresión política se unen, pues, para hacer de la población trabajadora del Mediodía una fuerza constantemente movilizada contra el Estado.

9. El proletariado tiene en Italia una importancia superior a la que posee en otros países europeos, incluso en los de un capitalismo más avanzado, y es sólo comparable a la que tenía en Rusia antes de la revolución. Esto se debe sobre todo al hecho de que, en virtud de la escasez de materias primas, la industria se apoya preferentemente en la mano de obra (trabajadores especializados) y en segundo lugar a la heterogeneidad y los conflictos de intereses que debilitan a la clase dirigente. Frente a esta heterogeneidad, el proletariado se presenta como el único elemento que, por su propia naturaleza, tiene una función unificadora y coordinadora de toda la sociedad. Su programa de clase es el único programa "unitario", es decir, el único cuya realización no conduce al ahondamiento de los conflictos entre los diversos elementos de la economía y de la sociedad y no entraña una amenaza para la unidad del Estado. Junto al proletariado industrial existe, además, una gran masa de proletarios agrícolas, concentrada sobre todo en el Valle del Po, muy propensa a recibir la influencia de los obreros de la industria y, por tanto, fácilmente movilizable en la lucha contra el capitalismo y el Estado.

El caso de Italia constituye una confirmación de la tesis de que las condiciones más favorables para la revolución proletaria no se encuentran necesariamente siempre en los países donde el capitalismo y el industrialismo han llegado a su más alto grado de desarrollo, sino que pueden existir en cambio allí donde el tejido del sistema capitalista ofrece menor resistencia, por sus debilidades estructurales, al embate de la clase revolucionaria y de sus aliados.

La política de la burguesía italiana

10. El objetivo que se propusieron alcanzar las clases dirigentes italianas, desde los orígenes del Estado unitario en adelante, fue el de mantener sometidas a las grandes masas de la población trabajadora, impidiendo que, al organizarse en torno al proletariado industrial y agrícola, se convirtieran en una fuerza revolucionaria capaz de realizar una completa transformación social y política que haga nacer un Estado proletario. Pero la debilidad intrínseca del capitalismo lo obligó a basar el ordenamiento de la economía y del Estado burgués en una unidad obtenida por vía de compromisos entre grupos no homogéneos. En una amplia perspectiva histórica, este sistema se demostró inadecuado al fin que perseguía. Toda forma de compromiso entre los diversos grupos dirigentes de la sociedad italiana se resolvió en realidad en un obstáculo puesto al desarrollo de una u otra parte de la economía del país. Esa situación da lugar a nuevos conflictos y nuevas reacciones de la mayoría de la población, que obligan a acentuar la presión sobre las masas impulsando a éstas cada vez con mayor decisión a la movilización y a la rebelión contra el Estado.

11. El primer periodo de vida del Estado italiano (1870-1890)[2] es el de su mayor debilidad. Las dos partes que integran la clase dirigente, los intelectuales burgueses y los capitalistas, están unidos en un propósito de mantener la unidad, pero divididos en cuanto a la forma que se debe dar al Estado unitario. Falta entre ellos una homogeneidad positiva. Los problemas que el Estado se plantea son limitados y se refieren más a la forma que a la esencia del dominio político de la burguesía; entre ellos predomina el del equilibrio presupuestario, que es un problema de pura conservación. La conciencia de la necesidad de ampliar la base de las clases que dirigen el Estado sólo llega con los inicios del "transformismo".[3] La mayor debilidad del Estado está dada en este periodo por el hecho de que, fuera de él, el Vaticano reúne a su alrededor a un bloque reaccionario y antiestatal constituido por los agrarios y por la gran masa de campesinos atrasados, controlados y dirigidos por ricos propietarios y por clérigos. El programa del Vaticano consta de dos partes: por un lado se propone luchar contra el Estado burgués unitario y "liberal" y, al mismo tiempo, está dispuesto a constituir, con los campesinos, un ejército de reserva contra el avance del proletariado socialista suscitado por el desarrollo de la industria. El Estado reacciona al sabotaje del que es víctima por parte del Vaticano, e instaura toda una legislación de contenido y de objetivos anticlericales.

12. En el periodo que transcurre entre 1890 y 1900,[4] la burguesía se plantea resueltamente el problema de organizar su propia dictadura, y lo resuelve con una serie de medidas de carácter político y económico que determinarán en lo sucesivo la historia italiana.

[2] Cf. *ibid.*
[3] Cf. *ibid.*
[4] Cf. *ibid.*

Ante todo, se resuelve la contradicción entre la burguesía intelectual y los industriales: un signo de ello es la llegada al poder de Crispi.[5] La burguesía así consolidada resuelve la cuestión de sus relaciones con el exterior (Triple alianza) y se siente bastante fuerte como para intentar intervenir en el campo de la competencia internacional, con el fin de conquistar mercados coloniales. En el terreno interno, la dictadura burguesa se establece políticamente restringiendo el derecho del voto, lo que reduce el cuerpo electoral a poco más de un millón de electores sobre 30 millones de habitantes. En el campo económico, la introducción del proteccionismo industrial-agrario corresponde al propósito del capitalismo de obtener el control de toda la riqueza nacional. Con ese fin se celebra una alianza entre industriales y terratenientes. Esta alianza arranca al Vaticano una parte de las fuerzas que había logrado reunir, sobre todo entre los propietarios de tierras del Mediodía, y las incorpora al marco del Estado burgués. Por lo demás, el mismo Vaticano advierte la necesidad de acentuar más la parte de su programa reaccionario que contempla la resistencia al movimiento obrero, y toma posición contra el socialismo con la encíclica *Rerum, Novarum.* Frente a la amenaza que el Vaticano sigue representando para el Estado, las clases dirigentes reaccionan dándose una organización unitaria con un programa anticlerical, a través de la masonería.

En ese periodo es cuando aparecen los primeros progresos reales del movimiento obrero. La instauración de la dictadura industrial-agraria plantea en sus términos reales el problema de la revolución, determinando sus factores históricos. Surge en el norte un proletariado industrial y agrícola, mientras en el sur la población rural, sometida a un sistema de explotación "colonial", es mantenida en su estado de sojuzgamiento mediante una opresión política cada vez más acentuada. En este periodo se plantean con toda claridad los términos de la "cuestión meridional". De manera espontánea, sin que intervenga el factor consciente, y sin que tampoco el Partido socialista extraiga de este hecho una indicación para su estrategia de partido de la clase obrera, se verifica por primera vez la confluencia de tentativas insurreccionales del proletariado septentrional con una rebelión de campesinos meridionales (brigadas sicilianas).[6]

13. Una vez derrotadas las primeras tentativas insurreccionales del proletariado y de los campesinos contra el Estado, la burguesía italiana consolidada está en condiciones de adoptar, para obstaculizar los progresos del movimiento obrero, los métodos exteriores de la democracia y los de la corrupción política con el sector privilegiado de la población trabajadora (aristocracia obrera) para hacerlo cómplice de la dictadura reaccionaria que continúa ejerciendo e impedirle que se convierta en el centro de la insurrección popular contra el Estado (giolittismo).[7] Se produce, no obstante, entre 1900 y 1910, una fase de concentración indus-

[5] Cf. *ibid.*
[6] Cf. *ibid.*
[7] Cf. *ibid.*

trial y agraria. El proletariado rural se incrementa en un 50% en detrimento de las categorías ligadas por contrato, aparceros y arrendatarios. Esto da lugar a una ola de movimientos rurales y a una nueva orientación de los campesinos que obliga al propio Vaticano a reaccionar con la fundación de la "Acción Católica" y con un movimiento "social" que, en sus formas extremas, llega a asumir las apariencias de una reforma religiosa (modernismo).[8] Esta reacción del Vaticano que tiende a retener a las masas se corresponde con el acuerdo de los católicos con las clases dirigentes para consolidar las bases del Estado (abolición del *non expedit,* pacto Gentiloni). También hacia el final de este tercer periodo (1914) los diversos movimientos parciales del proletariado y de los campesinos culminan en una nueva tentativa espontánea de unificación de las diversas fuerzas de masa antiestatales en una insurrección contra el Estado reaccionario. A partir de esta tentativa se plantea ya con suficiente relieve un problema que aparecerá en toda su amplitud en la posguerra: la necesidad de que el proletariado organice, por sí mismo, un partido de clase que le permita encabezar y dirigir la insurrección.

14. En la posguerra se produce la máxima concentración económica en el campo industrial. El proletariado alcanza el grado más alto de organización, paralelamente a la máxima disgregación de las clases dirigentes y del Estado. Todas las contradicciones inherentes al organismo social afloran con la máxima crudeza bajo el efecto del despertar de las masas, incluso de las más atrasadas, a la vida política, como consecuencia de la guerra y de sus secuelas inmediatas. Y, como siempre, el avance de los obreros de la industria y del agro va acompañado de una profunda agitación de las masas campesinas, tanto en el Mediodía como en otras regiones. Las grandes huelgas y la ocupación de las fábricas se desarrollan contemporáneamente a la ocupación de las tierras. La resistencia de las fuerzas reaccionarias se ejerce todavía según la dirección tradicional. El Vaticano acepta que, junto a la "Acción Católica", se constituya un verdadero partido que se propone integrar a las masas campesinas en el marco del Estado burgués, respondiendo así en apariencia a sus aspiraciones de redención económica y de democracia política. Las clases dirigentes, a su vez, ponen en práctica un vasto plan de corrupción y de disgregación interna del movimiento obrero usando como señuelo, ante los dirigentes oportunistas, la posibilidad de que una aristocracia obrera colabore con el gobierno en una tentativa de solución "reformista" del problema del Estado (gobierno de izquierda). Pero en un país pobre y desunido como Italia, el sólo hecho de que se entrevea una solución "reformista" del problema del Estado provoca inevitablemente la disgregación de la cohesión estatal y social, que no puede resistir la colisión de los numerosos grupos en los que se fraccionan las mismas clases dirigentes y las clases intermedias. Cada grupo tiene sus propias exigencias de

[8] Vasto movimiento nacido entre 1904 y 1905 en el interior del catolicismo, hostil a las posiciones políticas conservadoras sostenidas por la Iglesia, y tendiente a una profunda reforma en la conciencia católica. En Italia, el sacerdote Romolo Murri dirigió este movimiento, condenado por el Papa Pío X en 1907.

protección económica y de autonomía política, y, en ausencia de un núcleo de clase homogéneo que sepa imponer, con su dictadura, una disciplina de trabajo y de producción a todo el país, derrotando y eliminando a los explotadores capitalistas y agrarios, el gobierno resulta imposible y la crisis del poder permanece continuamente abierta.

La derrota del proletariado revolucionario se debe, en este periodo decisivo, a las deficiencias políticas, organizativas, tácticas y estratégicas del partido de los trabajadores. Como consecuencia de estas deficiencias, el proletariado no logra ponerse al frente de la insurrección de la gran mayoría de la población para hacerla desembocar en la creación de un Estado obrero; al contrario, él mismo sufre la influencia de otras clases sociales que paralizan su acción. Por tanto, hay que considerar que la victoria del fascismo, en 1922, no es una victoria sobre la revolución, sino la consecuencia de la derrota sufrida por las fuerzas revolucionarias en razón de sus carencias intrínsecas.

El fascismo y su política

15. El fascismo, como movimiento de la reacción armada cuyo fin es la disgregación y la desorganización de la clase trabajadora para inmovilizarla, entra en el marco de la política tradicional de las clases dirigentes italianas, y en la lucha del capitalismo contra la clase obrera. Por eso se benefició en sus orígenes, en su organización y en su desarrollo, con el apoyo de todos los viejos grupos dirigentes y en particular de los terratenientes, que se sintieron más amenazados por la presión de las masas rurales. No obstante, socialmente el fascismo encuentra su base en la pequeña burguesía urbana y en una nueva burguesía agraria surgida, en ciertas regiones, de una transformación de la propiedad rural (fenómenos de capitalismo agrario en Emilia, formación de una capa intermedia de origen rural, "concesiones de tierras", nuevos repartos de terrenos). Esta circunstancia y el hecho de haber encontrado una unidad ideológica y organizativa en las formaciones militares en que revive la tradición de la guerra (arditismo)[9] y que son utilizadas en la guerrilla contra los trabajadores, permiten que el fascismo conciba y ponga en práctica un plan de conquista del Estado en contraposición a las viejas capas dirigentes. Es absurdo hablar de revolución. Pero las nuevas categorías que se reagrupan alrededor del fascismo extraen de su origen una homogeneidad y una común mentalidad de "capitalismo en ascenso". Esto explica que su lucha contra los hombres políticos del pasado sea posible y que puedan

[9] De la palabra italiana *arditi* (audaces): nombre dado durante la primera guerra mundial, en el ejército italiano, a destacamentos especiales destinados a golpes de mano y operaciones particularmente riesgosas. Los fascistas, reivindicando a esos grupos de *arditi*, organizaron a partir de 1919 grupos armados (las *squadre d'azione*) que desencadenaron una guerrilla extremadamente violenta contra los trabajadores, sus partidos y sus periódicos, hasta llegar a las "expediciones punitivas" y el asesinato de representantes de la izquierda.

justificarla con una construcción ideológica que contradice las teorías tradicionales del Estado y de sus relaciones con los ciudadanos. En esencia, el fascismo modifica el programa conservador y reaccionario que siempre fue predominante en la política italiana sólo por una manera distinta de concebir el proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias. La táctica de los acuerdos y compromisos es sustituida por el proyecto de realizar una unidad orgánica de todas las fuerzas de la burguesía en un solo organismo político bajo el control de una central única que debería dirigir simultáneamente el partido, el gobierno y el Estado. Este proyecto corresponde a la voluntad de resistir a fondo todo ataque revolucionario, lo que le permite al fascismo ganar la adhesión de la parte más resueltamente reaccionaria de la burguesía industrial y de los terratenientes.

16. El método fascista de defensa del orden, de la propiedad y del Estado es, aún más que el sistema tradicional de los compromisos y de la política de izquierda, un factor disgregador de la cohesión social y de sus superestructuras políticas. Las reacciones que provoca deben ser examinadas en relación con su aplicación tanto en el campo económico como en el terreno político.

En primer lugar, en el terreno político, la unidad orgánica de la burguesía en el fascismo no se realiza inmediatamente después de la conquista del poder. Fuera del fascismo subsisten núcleos de oposición burguesa al régimen. Por un lado no adhiere a él el grupo que confía en una solución giolittiana del problema del Estado. Este grupo está ligado a una parte de la burguesía industrial y, con un programa de reformismo "laborista", ejerce cierta influencia en algunas capas de obreros y de pequeños burgueses. Por otro lado, el programa tendiente a fundar el Estado sobre una democracia rural del Mediodía y sobre la parte "sana" de la industria septentrional (*Corriere della Sera,* liberalismo Nitti) tiende a convertirse en programa de una organización política de oposición al fascismo con base de masas en el Mediodía (Unión nacional).

El fascismo está obligado a luchar enérgicamente contra estos grupos supérstites y a luchar con energía aún mayor contra la masonería, a la que considera razonablemente como un centro de organización de todas las fuerzas que tradicionalmente apoyan el Estado. Esta lucha que es, quiérase o no, el índice de una fisura en el bloque de las fuerzas conservadoras y antiproletarias, puede favorecer, en determinadas circunstancias, el desarrollo y la afirmación del proletariado como tercer factor que tiene que desempeñar un papel decisivo en una situación política.

En el campo económico, el fascismo actúa como instrumento de una oligarquía industrial y agraria para concentrar en manos del capitalismo el control de todas las riquezas del país. Esto no puede dejar de provocar un descontento en la pequeña burguesía, la cual, con el advenimiento del fascismo, creyó llegada la hora de su dominación.

El fascismo adopta toda una serie de medidas para favorecer una nueva concentración industrial (abolición del impuesto sobre las sucesiones, política financiera y fiscal, refuerzo del proteccionismo), que están acompañadas por otras medidas a favor de los terratenientes y contra los

pequeños y medianos cultivadores (impuestos, gravámenes sobre los granos, "batalla del grano"). La acumulación determinada por estas medidas no constituye un incremento de la riqueza nacional, sino la expoliación de una clase en beneficio de otra, es decir, la expoliación de las clases trabajadoras y medias en beneficio de la plutocracia. El propósito de favorecer a la plutocracia aparece descaradamente en el proyecto de legalizar, en el nuevo código de comercio, el régimen de las acciones privilegiadas; un puñado de financistas se halla así en condiciones de poder disponer sin control alguno de ingentes masas del ahorro proveniente de la mediana y pequeña burguesía, a las que se priva del derecho de disponer de su riqueza. En el mismo programa, pero con consecuencias políticas más amplias, entra el proyecto de unificación de los bancos de emisión, es decir, en la práctica, de supresión de los dos grandes bancos meridionales. Estos dos bancos cumplen hoy la función de absorber los ahorros del Mediodía y las remesas de los emigrantes (600 millones), o sea la función que desempeñaba en el pasado el Estado con la emisión de bonos del tesoro y el Banco de descuentos, en interés de una parte de la industria pesada del norte. Los bancos meridionales han estado controlados hasta ahora por las mismas clases dirigentes del Mediodía, que han encontrado en este control una base real para su dominación política. La supresión de los bancos meridionales como bancos de emisión trasladará esta función a la gran industria del Norte, la cual, a través del Banco comercial, controla el Banco de Italia, reforzando así la explotación económica "colonial" y el empobrecimiento del Mediodía, y acelerando por otro lado el lento proceso en virtud del cual incluso la pequeña burguesía meridional es desplazada del Estado.

La política económica del fascismo se completa con medidas tendientes a reforzar el curso de la moneda, a sanear el presupuesto del Estado, a pagar las deudas de guerra y a favorecer la intervención del capital inglés-norteamericano en Italia. En todos estos campos, el fascismo pone en práctica el programa de la plutocracia (Nitti) y de una minoría industrial-agraria en detrimento de la mayoría de la población, cuyas condiciones de vida empeoran progresivamente.

Lo que corona toda la propaganda ideológica y la acción política y económica del fascismo es su tendencia al "imperialismo". Esta tendencia expresa la necesidad que experimentan las clases dirigentes industriales-agrarias italianas de encontrar fuera del campo nacional los elementos para resolver la crisis de la sociedad italiana. Ella contiene los gérmenes de una guerra que será emprendida en nombre de la expansión italiana pero en la cual, en realidad, la Italia fascista será un instrumento en manos de uno de los grupos imperialistas que se disputan el dominio del mundo.

17. Consiguientemente, la política del fascismo determina profundas reacciones de las masas. El fenómeno más grave es el desplazamiento cada vez más marcado de las poblaciones agrarias del Mediodía y de las islas del sistema de fuerzas que rigen el Estado. La vieja clase dirigente local (Orlando, Di Cesarò, De Nicola, etc.) ya no ejerce de manera sistemática su función de intermediaria en las relaciones con el Estado. La

pequeña burguesía tiende, pues, a acercarse a los campesinos. El fascismo lleva al extremo el sistema de explotación y de opresión de las masas meridionales, lo que facilita la radicalización incluso de las categorías intermedias y plantea la cuestión meridional en sus términos reales, como cuestión que sólo puede resolver la insurrección de los campesinos aliados al proletariado en la lucha contra los capitalistas y contra los terratenientes.

También los campesinos medios y pobres de otras partes de Italia adquieren, aunque más lentamente, una función revolucionaria. El Vaticano –cuyo papel reaccionario ha sido asumido por el fascismo– ya no controla las poblaciones rurales por completo a través de los sacerdotes, de la "Acción Católica" y del Partido popular, una parte de los campesinos, llamada a luchar para defender sus intereses por las mismas organizaciones autorizadas y dirigidas por las autoridades eclesiásticas, que ahora soporta la presión económica y política del fascismo, acentúa su propia orientación de clase y comienza a sentir que su suerte está ligada a la de la clase obrera. Un índice de esta tendencia es el fenómeno Miglioli.[10] Otro síntoma muy interesante es también el hecho de que las organizaciones blancas, que como fracción de la "Acción Católica" están dirigidas directamente por el Vaticano, han debido entrar en los comités intersindicales con las Ligas rojas, expresión de ese periodo proletario que desde 1870 los católicos indicaban como inminente en la sociedad italiana.

En cuanto al proletariado, la actividad disgregadora de sus fuerzas encuentra un límite en la resistencia activa de la vanguardia revolucionaria y en una resistencia pasiva de la gran masa, que sigue siendo fundamentalmente clasista y demuestra que se pone en movimiento apenas disminuye la presión física del fascismo y se hacen más fuertes los estímulos de sus intereses de clase. La tentativa de crear en él una división interna con los sindicatos fascistas, puede considerarse fracasada. Cambiando su programa, los sindicatos fascistas se convierten ahora en instrumentos directos de opresión reaccionaria al servicio del Estado.

18. Frente a la amenaza que representan los virajes y el surgimiento de nuevas fuerzas, suscitados por su política, el fascismo reacciona imponiendo a toda la sociedad el peso de una fuerza militar y de un sistema de opresión que encadena a la población al hecho mecánico de la producción, sin posibilidad de tener una vida propia, de manifestar su propia voluntad y de organizarse para la defensa de sus intereses.

La llamada legislación fascista no se propone otro fin que el de consolidar y asegurar la permanencia de ese sistema. La nueva ley electoral política, las modificaciones del ordenamiento administrativo con la introducción del síndico para las comunas rurales, etc. tratan de poner fin a la participación de las masas en la vida política y administrativa del país. El control de que son objeto las asociaciones impide cualquier forma "legal" durable de organización de las masas. La nueva política sindical

[10] Guido Miglioli: líder de la corriente de izquierda del partido popular y organizador sindical cristiano.

quita a la Confederación del trabajo y a los sindicatos de clase la posibilidad de celebrar convenios, privándolos así del contacto con las masas que se habían organizado en torno a ellos. Se suprime la prensa proletaria. Se condena al partido de clase del proletariado a una vida completamente ilegal. Se utilizan sistemáticamente violencias físicas y persecuciones policiales, sobre todo en el campo, con el fin de instaurar el terror y de mantener una situación de estado de sitio.

El resultado de este conjunto de actividades reaccionarias y represivas es el desequilibrio entre la real relación de fuerzas sociales y la relación de las fuerzas organizadas, lo que hace que a un aparente retorno a la normalidad y a la estabilidad corresponda una agudización de conflictos prontos a estallar en cualquier momento bajo otras formas.

18 bis. La crisis que siguió al asesinato de Matteotti[11] ha probado que la aparente estabilidad del régimen fascista podía resultar amenazada hasta en sus fundamentos por la irrupción imprevista de conflictos económicos y políticos cuya agravación no se había advertido. Al mismo tiempo ha demostrado la incapacidad de la pequeña burguesía para hacer triunfar, en el actual periodo histórico, la lucha contra la reacción industrial-agraria.

Fuerzas motrices y perspectivas de la revolución

19. Las fuerzas motrices de la revolución italiana, tal como surge de nuestro análisis, son, en orden de importancia, las siguientes:

1) la clase obrera y el proletariado rural;

2) los campesinos del Mediodía y de las islas y los campesinos del resto de Italia.

El desarrollo y la rapidez del proceso revolucionario sólo pueden ser apreciados a partir de una evaluación de ciertos elementos subjetivos, es decir, de la medida en que la clase obrera logre adquirir una personalidad política propia, una firme conciencia de clase y una independencia de todas las demás clases, de la medida en que logre organizar sus fuerzas, o sea, ejercer de hecho una función de conducción de los demás factores, comenzando por dar una expresión política concreta a su alianza con los campesinos.

En líneas generales, se puede afirmar —apoyándose además en la experiencia italiana— que se pasará del periodo de preparación revolucionaria a un periodo revolucionario "inmediato" cuando el proletariado in-

[11] Giacomo Matteotti, diputado socialista, dirigente de la corriente reformista, expulsado del partido socialista en octubre de 1922. Después de la victoria de los fascistas en 1924, victoria obtenida gracias a una serie de falsificaciones e intimidaciones, Matteotti pronunció un discurso en el parlamento denunciando abiertamente las ilegalidades y las violencias fascistas. Al día siguiente, fue secuestrado por un grupo de fascistas y liquidado físicamente. El episodio suscitó en la opinión pública una ola de indignación que puso en peligro al régimen, pero la crisis fue rápidamente superada gracias al apoyo que el rey Víctor Manuel III no dejó de brindar a Mussolini.

dustrial y rural del norte haya logrado recuperar, por el desarrollo de la situación objetiva y a través de una serie de luchas particulares e inmediatas, un alto grado de organización y de combatividad.

En cuanto a los campesinos, hay que colocar a los del Mediodía y las islas en la primera fila entre las fuerzas con las que debe contar la insurrección contra la dictadura industrial-agraria, aunque no se les debe atribuir una importancia decisiva fuera de una alianza con el proletariado. La alianza entre ellos y los obreros es el resultado de un proceso histórico natural y profundo, favorecido por todas las vicisitudes del Estado italiano. Para los campesinos de otras partes de Italia el proceso de orientación hacia la alianza con el proletariado es más lento y deberá ser estimulado mediante una atenta acción política del partido del proletariado. Los éxitos ya obtenidos en Italia en este campo indican además que el problema de romper la alianza de los campesinos con las fuerzas reaccionarias también debe ser planteado, en gran medida, en otros países de Europa occidental, como un problema consistente en destruir la influencia de la organización católica sobre las masas rurales.

20. Los obstáculos al desarrollo de la revolución, además de los provenientes de la presión fascista, están en relación con la variedad de los grupos en que se divide la burguesía. Cada uno de esos grupos se esfuerza por ejercer una influencia sobre un sector de la población trabajadora para impedir que se extienda la influencia del proletariado, o sobre el mismo proletariado para hacerle perder su personalidad y su autonomía de clase revolucionaria. Se constituye así una cadena de fuerzas reaccionarias, que a partir del fascismo comprende los grupos antifascistas que no tienen gran base de masas (liberales), los que tienen una base entre los campesinos y en la pequeña burguesía (demócratas, antiguos combatientes, miembros del partido popular, republicanos) e incluso parcialmente en los obreros (partido reformista), y los que teniendo una base proletaria tienden a mantener a las masas obreras en una condición de pasividad, haciéndoles seguir la política de otras clases (partido maximalista). También el grupo que dirige la Confederación del trabajo debe ser considerado del mismo modo, o sea como vehículo de una influencia disgregadora de otras clases sobre los trabajadores. Cada uno de los grupos que hemos indicado cuenta con el apoyo de una parte de la población trabajadora italiana. Una modificación de este estado de cosas sólo puede concebirse como consecuencia de una sitemática y permanente acción política de la vanguardia proletaria organizada en el partido comunista.

Hay que considerar con particular atención a los grupos y partidos que tienen una base de masas, o tratan de formársela como partidos democráticos o como partidos regionales, en la población agrícola del Mediodía y de las Islas (Unión nacional, partidos de acción sardo, molisano, irpino, etc.). Estos partidos no ejercen una influencia directa sobre el proletariado, pero constituyen un obstáculo a la realización de la alianza entre obreros y campesinos. Al orientar a las clases agrícolas del Mediodía hacia una democracia rural y a soluciones democráticas regionales, quiebran la unidad del proceso de liberación de la población trabajadora

italiana, impide que los campesinos triunfen en su lucha contra la explotación económica y política de la burguesía y de los terratenientes, y preparan su transformación en guardia blanca de la reacción. El éxito político de la clase obrera está relacionado, también en este campo, con la acción política del partido del proletariado.

21. La posibilidad de derrocar el régimen fascista mediante una acción de grupos antifascistas pretendidamente democráticos sólo existiría si estos grupos lograran, neutralizando la acción del proletariado, ponerse al frente de un movimiento de masas hasta conseguir controlar su desarrollo. La función de la oposición burguesa democrática consiste, en cambio, en colaborar con el fascismo para impedir la reorganización de la clase obrera y la realización de su programa de clase. En este sentido está en vías de realizarse un compromiso entre el fascismo y la oposición burguesa, que inspirará la política de toda formación "centralista" que surja de las ruinas del Aventino.[12] La oposición podrá volver a protagonizar la acción de defensa del régimen capitalista sólo cuando la propia represión fascista no logre controlar el estallido de los conflictos de clase, y la amenaza de una insurrección proletaria y su convergencia con una guerra de campesinos aparezca grave e inminente. La posibilidad de que la burguesía y el propio fascismo recurran a un sistema reaccionario encubierto por las apariencias de un "gobierno de izquierda" debe estar, pues, continuamente presente en nuestras perspectivas (división de funciones entre fascismo y democracia, *Tesis del V Congreso mundial).*[13]

22. De este análisis de los factores de la revolución y de sus perspectivas se desprenden los objetivos del Partido comunista. De él dependen los criterios de su actividad organizativa y los de su acción política. De él derivan las líneas rectoras y fundamentales de su programa.

[12] Después del asesinato de Matteotti, los diputados de la oposición recurrieron al rey Víctor Manuel III para impulsarlo a disolver la Cámara y efectuar nuevas elecciones; ante el rechazo categórico del rey, que prefirió sostener a Mussolini, todos los grupos de oposición decidieron dejar de sesionar en la Cámara: es lo que se llamó la "secesión del Aventino", por analogía con lo sucedido en Roma en el año 493 a. C. cuando una parte de la plebe, en el momento de su rebelión contra el patriciado, se retiró a una de las siete colinas de Roma. Allí, el cónsul Menenio Agrippa supo reducirlos a la obediencia, tras un discurso históricamente famoso.

Pero los diferentes grupos de la oposición no lograron encontrar un acuerdo sobre una acción común (el partido comunista propuso la creación de un antiparlamento, la movilización de las masas y la proclamación de la huelga general; los demás grupos prefirieron permanecer dentro de la "legalidad"): fue así como la oposición, demasiado débil y dividida, se disgregó, lo que permitió que Mussolini consolidase su régimen dictatorial, desembarazándose (mediante el asesinato, el arresto o el exilio) de los diputados de la oposición.

[13] El V Congreso de la Internacional tuvo lugar en Moscú (17 junio al 8 de julio de 1924), fue entonces cuando comenzó la bolchevización de las secciones nacionales que habían adherido a la Internacional comunista, y se confirmó la táctica del frente único contra el fascismo. No estando Gramsci presente, Togliatti y Bordiga fueron electos en el ejecutivo de la Internacional.

Objetivos fundamentales del Partido comunista

23. Después de haber resistido victoriosamente a la ola reaccionaria que pretendía sumergirlo (1923), después de haber contribuido con su propia acción a poner un primer tope al proceso de dispersión de las fuerzas trabajadoras (elecciones de 1924), después de haber aprovechado la crisis Matteotti para reorganizar la vanguardia proletaria, que se opuso exitosamente a la tentativa de instaurar una supremacía pequeño burguesa en la vida política (Aventino), y de asentar las bases de una auténtica política campesina del proletariado italiano, el partido se encuentra hoy en la fase de la preparación política de la revolución.

Su objetivo fundamentral puede resumirse en estos tres puntos:

1) organizar y unificar al proletariado industrial y agrícola para la revolución.

2) organizar y movilizar alrededor del proletariado a todas las fuerzas necesarias para la victoria revolucionaria y para la fundación del Estado obrero;

3) plantear al proletariado y a sus aliados el problema de la insurrección contra el Estado burgués y de la lucha por la dictadura proletaria y conducirlo política y materialmente para la resolución de esa tarea mediante una serie de luchas parciales.

La construcción del Partido comunista como partido "bolchevique"

24. La organización de la vanguardia proletaria en Partido comunista es la parte esencial de nuestra actividad organizativa. Los obreros italianos han hecho su propia experiencia (en 1919-1920) de que donde falta la conducción de un Partido comunista construido como partido de la clase obrera y como partido de la revolución, no es posible que tenga un resultado victorioso la lucha por el derrocamiento del régimen capitalista. La construcción de un Partido comunista que sea efectivamente el partido de la clase obrera y el partido de la revolución –es decir, que sea un partido "bolchevique"– se conecta directamente con los siguientes puntos fundamentales:

1) la ideología del partido;
2) la forma de la organización, y su grado de cohesión;
3) la capacidad de funcionar en contacto con la masa;
4) la capacidad estratégica y táctica.

Cada uno de estos puntos está ligado estrechamente con los demás y, con rigor lógico, no puede desvincularse de ellos. Cada uno de ellos, en efecto, indica y comprende una serie de problemas cuyas soluciones interfieren y se implican recíprocamente. Su examen separado sólo será útil si se tiene presente que no se puede resolver ninguno sino a través de una formulación y una solución de conjunto.

La ideología del partido

25. El Partido comunista requiere una unidad ideológica completa para poder desempeñar en todo momento su función de guía de la clase obrera. La unidad ideológica es la condición de la fuerza del partido y de su capacidad política; es indispensable para transformarlo en un partido bolchevique. La base de la unidad ideológica es la doctrina del marxismo y del leninismo, entendido este último como la doctrina marxista adaptada a los problemas del periodo del imperialismo y del comienzo de la revolución proletaria *(Tesis sobre la bolchevización del Ejecutivo ampliado de abril de 1925,* núm. IV y VI).

El Partido comunista de Italia ha formado su ideología en la lucha contra la socialdemocracia (reformistas) y contra el centrismo político representado por el Partido maximalista. Pero no encuentra en la historia del movimiento obrero italiano una vigorosa y permanente corriente de pensamiento marxista que le sirva de referencia. Falta además en sus filas un conocimiento profundo y ampliamente difundido de las teorías del marxismo y del leninismo. Son posibles, pues, las desviaciones.

La elevación del nivel ideológico del partido debe obtenerse mediante una sistemática actividad interna que se proponga llevar a todos sus miembros a tomar plenamente conciencia de los fines inmediatos del movimiento revolucionario, y a tener una cierta capacidad de análisis marxista de las situaciones y una capacidad correlativa de orientación política (escuela de partido). Hay que rechazar la concepción según la cual los factores de conciencia y de madurez revolucionaria —que constituyen la ideología— pueden realizarse en el partido sin que se hayan realizado ya en un amplio número de los miembros del mismo.

26. A pesar de que desde sus orígenes ha librado una lucha contra degeneraciones derechistas y centralistas, el peligro de desviaciones de derecha está presente en el Partido comunista de Italia.

En el campo teórico, está representado por tentativas de revisión del marxismo hechas por el compañero Graziadei con el pretexto de una elucidación "científica" de algunos de los conceptos fundamentales de la doctrina de Marx. La tentativa de Graziadei no puede ciertamente conducir a la creación de una corriente y por tanto de una fracción que amenace la unidad ideológica y la cohesión del partido. No obstante, está implícita en ella un apoyo a corrientes y desviaciones políticas de derecha. De todos modos, la misma indica la necesidad de que el partido efectúe un profundo estudio del marxismo y adquiera una conciencia teórica más firme y elevada.

El peligro de que se cree una tendencia de derecha está ligado a la situación general del país. La opresión misma que impone el fascismo tiende a alimentar la opinión de que, como el proletariado está en la imposibilidad de derrocar rápidamente el régimen, una táctica mejor sería la que conduzca, si no a un bloque burgués-proletario por la eliminación constitucional del fascismo, por lo menos a una pasividad de la vanguardia revolucionaria, a una no intervención activa del Partido comunista en la lucha política inmediata, a fin de permitir que la burgue-

sía utilice al proletariado como masa de maniobra electoral contra el fascismo. Este programa se presenta con la fórmula de que el Partido comunista debe ser "el ala izquierda" de una oposición de todas las fuerzas que conspiran para derrocar al régimen fascista. Es la expresión de un profundo pesimismo acerca de las capacidades revolucionarias de la clase trabajadora.

El mismo pesimismo y las mismas desviaciones conducen a interpretar erróneamente la naturaleza y la función histórica de los partidos socialdemócratas en el momento actual, a olvidar que aunque la socialdemocracia tenga aún su base social en gran medida en el proletariado, en lo que se refiere a su ideología y a la función política que cumple, debe ser considerada no como el ala derecha del movimiento obrero, sino como el ala izquierda de la burguesía y como tal debe ser desenmascarada ante las masas.

El peligro de derecha debe ser combatido con la propaganda ideológica, con la oposición del programa revolucionario de la clase obrera y de su partido al programa de la derecha, y con las medidas disciplinarias habituales cada vez que se haga sentir su necesidad.

27. Existe igualmente un riesgo de desviación de izquierda de la ideología marxista y leninista, ligado a los orígenes del partido y a la situación general del país. Está representado por la tendencia extremista conducida por el compañero Bordiga. Esta tendencia se formó en la situación particular de disgregación e incapacidad programática, organizativa, estratégica y táctica en que se encontró el Partido socialista italiano desde fines de la guerra hasta el Congreso de Livorno: su origen y su éxito se explican además por el hecho de que, siendo la clase obrera una minoría dentro de la población trabajadora italiana, es permanente el riesgo de que su partido sufra desviaciones debidas a una infiltración de otras clases, y en particular de la pequeña burguesía. Ante esta condición de la clase obrera y la situación del Partido socialista italiano, reaccionó la extrema izquierda con una ideología particular, es decir, con una concepción de la naturaleza del partido, de su función y de su táctica que es contraria a la del marxismo y el leninismo:

a) la extrema izquierda define al partido, subestimando o pasando por alto su contenido social, como un "órgano" de la clase obrera, que se constituye por síntesis de elementos heterogéneos. El partido debe ser definido, en cambio, poniendo de relieve sobre todo el hecho de que es una "parte" de la clase obrera. El error en la definición del partido lleva a formular equivocadamente los problemas organizativos y los problemas tácticos;

b) para la extrema izquierda la función del partido no consite en guiar en todo momento a la clase esforzándose por mantenerse en contacto con ella a través de todas las modificaciones de la situación objetiva, sino en elaborar cuadros preparados para conducir a la masa cuando el desarrollo de la situación la haga acercarse al partido, haciéndole aceptar las posiciones programáticas y de principio fijadas por él;

c) en lo que se refiere a la táctica, la extrema izquierda sostiene que ésta no debe estar determinada respecto a la situación objetiva y a

la posición de las masas, de manera que adhiera siempre a la realidad manteniendo un contacto permanente con las capas más amplias de la población trabajadora, sino que debe definirse en base a preocupaciones formalistas. Es característica del extremismo la concepción de que las desviaciones de los principios de la política comunista no se evitan con la construcción de partidos "bolcheviques" que sean capaces de realizar, sin desviarse, todas las acciones políticas requeridas para movilizar a las masas y obtener la victoria revolucionaria, sino imponiendo a la táctica límites rígidos y formales de carácter exterior (en el campo organizativo: la "adhesión individual", o sea el rechazo de las "fusiones", las cuales, no obstante, siempre pueden ser, en determinadas condiciones, un medio muy eficaz para que el partido extienda su influencia; en el campo político: encubrimiento de los términos del problema de la conquista de la mayoría, frente único sindical y no político, ninguna diferenciación en la manera de luchar contra la democracia en función del grado de adhesión de las masas a formaciones democráticas contrarrevolucionarias y de la inminencia y gravedad de una amenaza reaccionaria, rechazo de la consigna de un gobierno obrero y campesino). Se apela pues a un análisis de la situación de los movimientos de masa únicamente para controlar una línea deducida en base a preocupaciones formalistas y sectarias: en la determinación de la política del partido nunca se tiene en cuenta el elemento particular; se quiebra la visión unitaria y global que es propia de nuestro método de investigación política (dialéctica); la actividad del partido y sus consignas pierden eficacia y valor, reduciéndose a actividades y consignas de simple propaganda.

La pasividad política del partido es una consecuencia inevitable de esa posición. Un aspecto de ella fue, en el pasado, el "abstencionismo", lo que permite acercar al extremismo de izquierda y al maximalismo a las desviaciones de derecha. Tal como las tendencias de derecha, es expresión de un escepticismo sobre la posibilidad de que la masa obrera organice por sí misma un partido de clase que sea capaz de conducir a las grandes masas esforzándose por mantenerse en todo momento ligada a ella.

La lucha ideológica contra el extremismo de izquierda debe librarse oponiéndole la concepción marxista y leninista del partido del proletariado como partido de masa y demostrando la necesidad de que éste adapte su táctica a las situaciones para estar en condiciones de modificarlas, para no perder el contacto con las masas y para ampliar su esfera de influencia.

El extremismo de izquierda fue la ideología oficial del partido italiano durante el primer periodo de su existencia. Lo sostienen compañeros que figuraron entre los fundadores del partido y que contribuyeron ampliamente a su construcción después de Livorno. Hay, pues, razones que explican por qué esa concepción estuvo tanto tiempo arraigada en la mayoría de los compañeros, aunque nunca fuera objeto de una evaluación crítica global, sino más bien la consecuencia de un generalizado estado de ánimo. Es evidente entonces que el peligro de extrema izquierda debe ser considerado como una realidad inmediata, como un obstáculo no

sólo a la unificación y elevación ideológica, sino al desarrollo político del partido y a la eficacia de su acción. Debe ser combatido como tal, no sólo con la propaganda sino además con una acción política y eventualmente con medidas organizativas.

28. El nivel de conciencia internacionalista que impregna al partido es un elemento de su ideología. El mismo es bastante fuerte entre nosotros como espíritu de solidaridad internacional, aunque no tanto como conciencia de pertenecer a un partido mundial. Contribuye a esta debilidad la tendencia a presentar la concepción de extrema izquierda como una concepción nacional ("originalidad" y valor "histórico" de las posiciones de la "izquierda italiana") que se opone a la concepción marxista y leninista de la Internacional comunista y trata de sustituirla. Esto da lugar a una especie de "patriotismo de partido" que se niega a encuadrarse en una organización mundial de acuerdo a los principios propios de esta organización (rechazo de cargos, lucha fraccionista internacional, etc.). Esta escasa conciencia internacionalista permite que repercuta en el partido la campaña que realiza la burguesía para presentar a la Internacional comunista como un órgano del Estado ruso. Algunas de las tesis de extrema izquierda a este respecto se unen a las tesis habituales de los partidos contrarrevolucionarios. Deben ser combatidas vigorosamente, con una propaganda que demuestre el papel históricamente predominante y dirigente del partido ruso en la creación de una Internacional comunista y haga conocer la posición del Estado obrero ruso —primera y única conquista real de la clase obrera en la lucha por el poder— sobre el movimiento obrero internacional *(Tesis sobre la situación internacional).*

La base de la organización del partido

29. Todos los problemas de organización son problemas políticos. Su solución debe permitir al partido realizar su objetivo fundamental, hacer que el proletariado adquiera una completa independencia política, darle una fisonomía, una personalidad, una conciencia revolucionaria precisa, impedir toda infiltración e influencia disgregadora por parte de clases y elementos que, aunque tienen intereses contrarios al capitalismo, no están dispuestos a librar una lucha contra él hasta sus últimas consecuencias.

Hay, en primer lugar, un problema político: el de la base de la organización. La organización del partido debe construirse sobre la base de la producción y por tanto a partir del lugar de trabajo (células). Este principio es esencial para la creación de un partido "bolchevique" y se refiere a la necesidad de que el partido esté en condiciones de dirigir el movimiento de masa de la clase obrera, la cual está naturalmente unificada por el desarrollo del capitalismo según el proceso de producción.

Situando la base organizativa en el lugar de producción, el partido efectúa una elección a propósito de la clase en que se apoya. Se proclama un partido de clase y el partido de una sola clase, la clase obrera.

Todas las objeciones al principio que funda la organización del par-

tido sobre la base de la producción parten de concepciones que están ligadas a clases ajenas al proletariado, aunque sean defendidas por compañeros y grupos que se dicen de "extrema izquierda". Se basan en una consideración pesimista de las capacidades revolucionarias del obrero y del obrero comunista, y expresan el espíritu antiproletario del pequeño burgués intelectual, que cree ser la sal de la tierra y ve en el obrero el instrumento material del trastrocamiento social y no el protagonista consciente e inteligente de la revolución.

Dentro del partido italiano se reproducen, a propósito de las células, las discusiones y conflictos que llevaron en Rusia a la escisión entre bolcheviques y mencheviques, en cuanto al mismo problema de la elección de la clase, del carácter de clase del partido y del modo de adhesión al partido de elementos no proletarios. Este hecho, en relación con la situación italiana, tiene además una notable importancia. Es la propia estructura social y son las condiciones y las tradiciones de la lucha política las que hacen que en Italia sea mucho más serio que en otros lugares el riesgo de edificar el partido en base a una "síntesis" de elementos heterogéneos, es decir, de dejar abierta la vía a la influencia paralizadora de otras clases. Se trata de un peligro que la misma política del fascismo agravará al desplazar hacia el terreno revolucionario a capas enteras de la pequeña burguesía.

Es evidente que el partido comunista no puede ser solamente un partido de obreros. La clase obrera y su partido no pueden prescindir de los intelectuales ni pueden pasar por alto la necesidad de reagrupar a su alrededor y de conducir a todos los elementos que por una u otra vía se ven impulsados a rebelarse contra el capitalismo. Así, pues, el partido comunista no puede cerrar las puertas a los campesinos; más bien debe tener campesinos y servirse de ellos para estrechar los vínculos políticos entre el proletariado y las clases rurales. Pero hay que rechazar enérgicamente, como contrarrevolucionaria, toda concepción que haga del partido una "síntesis" de elementos heterogéneos, en vez de sostener sin concesiones que él mismo es una parte del proletariado, que el proletariado debe imprimirle las características de su propia organización y que el proletariado debe tener asegurada en el partido una función directiva.

30. Son inconsistentes las objeciones prácticas a la organización sobre la base de la producción (células), según las cuales esta estructura organizativa no permitiría superar la competencia entre diversas categorías de obreros y dejaría la puerta abierta al funcionarismo.

La práctica de los consejos de fábrica (1919-1920) ha demostrado que sólo una organización implantada en el lugar y en el sistema de la producción permite establecer un contacto entre los estratos superiores y los estratos inferiores de la masa trabajadora (obreros calificados, no calificados y peones) y crear vínculos de solidaridad que socaven las bases a todo fenómeno de "aristocracia obrera".

La organización por células implica que en el partido se forme un estrato bastante amplio de elementos dirigentes (secretarios de célula, miembros de los comités de célula, etc.) que son parte de la masa y permanecen en ella aunque desempeñen funciones directivas, a diferencia

de los secretarios de las secciones territoriales, que necesariamente están separados de la masa trabajadora. El partido debe ocuparse particularmente de la educación de estos compañeros que forman el tejido conjuntivo de la organización y son el instrumento de vinculación con las masas. Desde cualquier punto de vista que se considere, la transformación de la estructura sobre la base de la producción es el objetivo fundamental del partido en el momento actual y la única manera de resolver sus problemas más importantes. En ella hay que poner el acento e intensificar todo el trabajo ideológico y práctico que se requiere.

Cohesión de la organización del partido. Fraccionismo.

31. La organización de un partido bolchevique debe ser, en cualquier momento de la vida del partido, una organización centralizada, dirigida por el comité central, no sólo en las palabras sino en los actos. Una férrea disciplina partidaria debe reinar en sus filas. Esto no quiere decir que el partido debe ser dirigido desde arriba con métodos autocráticos. Tanto el comité central como los órganos inferiores de dirección están constituidos en base a una elección y en base a una selección de elementos capaces, realizada a través de la prueba del trabajo y de la experiencia del movimiento. Este segundo elemento garantiza que los criterios para la formación de los grupos dirigentes locales y del grupo dirigente central no sean mecánicos, exteriores y "parlamentarios", sino que correspondan a un proceso real de formación de una vanguardia proletaria homogénea y ligada a las masas.

El principio de la elección de los órganos dirigentes –democracia interna– no es absoluto, sino relativo a las condiciones de la lucha política. Aunque conozca ciertas limitaciones, los órganos centrales y periféricos siempre deben considerar su poder no como superpuesto a la voluntad del partido sino como emanando de ésta, esforzándose por acentuar su carácter proletario y multiplicando los lazos con la masa de los compañeros y con la clase obrera. Esta última necesidad se siente particularmente en Italia, donde la reacción impuso y sigue imponiendo una fuerte limitación a la democracia interna.

La democracia interna también es relativa al grado de capacidad política que poseen los órganos periféricos y los compañeros que trabajan en la periferia. La acción ejercida por el centro para incrementar esta capacidad hace posible una extensión de los sistemas "democráticos" y una reducción cada vez mayor del sistema de la "cooptación" y de las intervenciones de arriba para resolver las cuestiones organizativas locales.

32. La centralización y la cohesión del partido exige que no existan en su seno grupos organizados que asuman un carácter de fracción. Un partido bolchevique se diferencia en esto profundamente de los partidos socialdemócratas, en los que hay una gran variedad de grupos y la lucha de fracciones es la forma normal de elaboración de las directivas políticas y de selección de los grupos dirigentes. Los partidos y la Internacional comunista han nacido de la lucha de fracciones que se desarrolló

dentro de la II Internacional. Al constituirse como partidos y como organización mundial del proletariado han establecido como norma de su vida interna y de su desarrollo no ya la lucha de fracciones, sino la colaboración orgánica de todas las tendencias a través de la participación en los órganos dirigentes.

La existencia y la lucha de fracciones son de hecho incompatibles con la esencia del partido del proletariado, cuya unidad se resiente de esa manera, quedando abierta la vía a la influencia de otras clases. Esto no significa que en el partido no puedan surgir tendencias y que éstas no busquen a veces organizarse en fracciones, sino que contra esta última eventualidad se debe luchar enérgicamente para reducir los conflictos de tendencias, las elaboraciones teóricas y la selección de dirigentes a la forma que corresponde a los partidos comunistas, o sea, a un proceso de desarrollo real y unitario (dialéctico) y no a una controversia y a luchas de carácter "parlamentario".

33. La experiencia del movimiento obrero —cuyos fracasos son imputables a la impotencia del PSI, por la lucha de fracciones y por el hecho de que cada fracción llevaba adelante, independientemente del patido, su propia política, paralizando la acción de las demás fracciones y la de todo el partido—, esta experiencia ofrece un buen terreno para crear y mantener la cohesión y la centralización que deben ser características de un partido bolchevique.

Entre los diversos grupos que han dado origen al Partido comunista de Italia subsisten algunas divergencias que deben desaparecer mediante una profundización de la común ideología marxista y leninista. Sólo entre los partidarios de la ideología antimarxista de extrema izquierda se ha mantenido durante largo tiempo una homogeneidad y una solidaridad de carácter fraccionista. Hubo incluso, con la creación del llamado "Comité de acuerdo", un intento de pasar del fraccionismo larvado a la lucha abierta de fracción. La amplitud de la reacción del Partido ante este nefasto intento de dividir sus fuerzas es la prueba más convincente de que, en este campo, todo intento de volver a los hábitos de la socialdemocracia está condenado al fracaso.

En cierta medida existe también un riesgo de fraccionismo a propósito de la fusión con los miembros del partido socialista adherentes a la III Internacional. Estos no tienen una unidad ideológica, y mantienen entre sí lazos de carácter esencialmente corporativo, que se crearon en sus dos años de vida como fracción en el seno del PSI: estos lazos se han ido debilitando cada vez más y no será difícil eliminarlos por completo.

La lucha contra el fraccionismo debe ser, ante todo, difundida a través de principios organizativos justos, pero sólo tendrá éxito cuando el partido italiano llegue a considerar la discusión de sus problemas actuales y los de la Internacional como un hecho normal, orientando sus tendencias en relación a estos problemas.

El funcionamiento de la organización del partido

34. Un partido bolchevique debe estar organizado de manera de poder funcionar, en cualquier condición, en contacto con la masa. Este principio tiene para nosotros la mayor importancia, en razón de la represión que ejerce el fascismo con el fin de impedir que las relaciones de fuerzas reales se traduzcan en relaciones de fuerzas organizadas. Sólo con la máxima concentración e intensidad de la actividad del partido se puede lograr neutralizar, al menos en parte, este factor negativo e impedir que obstaculice profundamente el proceso de la revolución. Por eso hay que tomar en consideración:

a) el número de inscriptos y su capacidad política; deben ser suficientemente numerosos para permitir una continua extensión de nuestra influencia. Hay que combatir la tendencia a restringir artificialmente los cuadros, porque nos conduce a la pasividad, a la atrofia. Pero todo inscripto debe ser un elemento políticamente activo, capaz de difundir la influencia del partido y traducir cotidianamente en los actos sus directivas, conduciendo a una parte de la masa trabajadora;

b) la utilización de todos los compañeros en un trabajo preciso;

c) la coordinación unitaria de los diversos tipos de actividad por medio de comités en los que se articula todo el partido como órgano de trabajo entre las masas;

d) el funcionamiento colegiado de los órganos centrales del partido, considerado como condición para la constitución de un grupo dirigente "bolchevique" homogéneo y compacto;

e) la capacidad de los compañeros de trabajar con las masas, de estar continuamente presentes entre ellas, de estar en primera fila en todas las luchas, de saber asumir en cada ocasión y defender la posición que corresponde a la vanguardia del proletariado. Se insiste en este punto porque los requerimientos del trabajo clandestino y la equivocada ideología de "extrema izquierda" han producido una limitación de la capacidad de trabajo entre las masas y con las masas;

f) la capacidad de los organismos periféricos y de los compañeros de enfrentar situaciones imprevistas y de tomar actitudes correctas incluso antes de que lleguen las instrucciones de los organismos superiores. Hay que combatir la forma de pasividad, también un residuo de las falsas concepciones organizativas del extremismo, que consiste en limitarse siempre a "esperar órdenes de arriba". El partido debe contar con una base capaz de "iniciativa", es decir, que los órganos de base deben saber reaccionar inmediatamente ante cada situación imprevista o inesperada;

g) la capacidad de efectuar un trabajo "subterráneo" (ilegal) y de defender al partido contra todas las formas de reacción sin perder el contacto con las masas, y haciendo de este mismo contacto con las capas más amplias de la clase trabajadora un medio de defensa. En la situación actual, el hecho de limitar la defensa del partido y de su aparato a una actividad de simple "organización interna" debe ser considerado como un abandono de la causa de la revolución.

Cada uno de estos puntos debe ser considerado con atención, pues

indica tanto un defecto del partido como los progresos que debemos imprimir a su acción. Su importancia es tanto mayor cuanto que puede anticiparse que los golpes de la reacción seguirán debilitando el aparato de enlace entre el centro y la periferia, por muy grandes que sean los esfuerzos por mantenerlo intacto.

Estrategia y táctica del partido

35. La capacidad estratégica y táctica del partido es su capacidad de organizar y unificar alrededor de la vanguardia proletaria y de la clase obrera a todas las fuerzas necesarias a la victoria revolucionaria, y de conducirlas efectivamente a la revolución aprovechando las situaciones objetivas y los cambios en la relación de fuerzas que éstas provocan tanto entre la población trabajadora como entre los enemigos de la clase obrera. Con su estrategia y su táctica el partido "dirige a la clase obrera" en los grandes movimientos históricos y en sus luchas cotidianas. Ambas orientaciones de la dirección están entrelazadas y se condicionan mutuamente.

36. El principio de que el partido dirige a la clase obrera no debe ser interpretado mecánicamente. No hay que creer que el partido puede dirigir a la clase obrera mediante una imposición autoritaria externa; esto no es válido ni para el periodo precedente a la conquista del poder ni para el que le sigue. El error de una interpretación mecánica de este principio debe ser combatido en el partido italiano como una posible consecuencia de las desviaciones ideológicas de extrema izquierda; estas desviaciones conducen de hecho a una arbitraria sobrestimación formal del partido en lo que se refiere a la función de conducción de la clase. Afirmamos que la capacidad de dirigir a la clase no está en relación con el hecho de que el partido se "proclame" órgano revolucionario de la misma sino con que "efectivamente" logre, como una parte de la clase obrera, ligarse con todos los sectores de la clase e imprimir a la masa un movimiento en la dirección deseada y favorecida por las condiciones objetivas. Sólo como consecuencia de su acción entre las masas el partido podrá obtener que lo reconozcan como "su" partido (conquista de la mayoría) y sólo una vez cumplida esta condición puede afirmar que la clase obrera lo sigue. Las exigencias de esta acción entre las masas son superiores a todo "patriotismo" de partido.

37. El partido dirige a la clase penetrando en todas las organizaciones en las que se agrupa la masa trabajadora y realizando en ella y a través de ella una sistemática movilización de energías sobre la base del programa de la lucha de clases, y de una acción tendiente a que la mayoría adhiera a las directivas comunistas.

Las organizaciones en las que trabaja el partido y que tienden, por su propia naturaleza, a incorporar a toda la masa obrera, nunca pueden sustituir al partido comunista, que es la organización política de los revolucionarios, es decir, de la vanguardia del proletariado. Por eso está excluida toda relación de subordinación y de "igualdad" entre las orga-

nizaciones de masas y el partido (pacto sindical de Stuttgart, pacto de alianza entre el partido socialista italiano y la Confederación general del trabajo). La relación entre sindicatos y partido es una relación especial de dirección que se instaura a favor de la actividad que los comunistas despliegan dentro de los sindicatos. Los comunistas se organizan en fracción en los sindicatos y en todas las formaciones de masas y participan en primera fila en la vida de estas formaciones y en las luchas que emprenden, sosteniendo el programa y las consignas del partido.

Toda tendencia a apartarse de la vida de las organizaciones, cualesquiera sean éstas, en las que sea posible tomar contacto con las masas trabajadoras, debe ser combatida como una desviación peligrosa, índice de pesimismo y fuente de pasividad.

38. En los países capitalistas, los sindicatos son los órganos específicos donde se reagrupan las masas trabajadoras. La acción en los sindicatos debe considerarse esencial para alcanzar los fines del partido. El partido que renuncia a la lucha para ejercer su influencia en los sindicatos y para conquistar su dirección, renuncia de hecho a la conquista de la masa obrera y a la lucha revolucinaria por el poder.

En Italia, la acción en los sindicatos asume una importancia particular pues permite trabajar de manera más intensa y eficaz y con mejores resultados en esa reorganización del proletariado industrial y rural que debe asegurarle una posición de predominio frente a las demás clases sociales. Pero la represión fascista y especialmente la nueva política sindical del fascismo crean un estado de cosas muy particular. La Confederación del trabajo y los sindicatos se ven privados de toda posibilidad de desarrollar, en las formas tradicionales, una actividad de organización y de defensa económica. Tienden a reducirse a simples oficinas de propaganda. Pero simultáneamente la clase obrera, bajo la presión de la situación objetiva, se ve llevada a reordenar sus propias fuerzas de acuerdo a nuevas formas de organización. El partido debe lograr, entonces, desarrollar una acción de defensa del sindicato de clase y reivindicar su propia libertad, mientras por otro lado apoya y favorece la tendencia a la creación de organismos representativos de masa vinculados con el sistema de producción. Paralizada la actividad del sindicato de clase, la defensa del interés inmediato de los trabajadores tiende a organizarse a través de una fragmentación de la resistencia y de la lucha a nivel de fábricas, categorías, sectores de trabajo, etc. El partido comunista debe estar en condiciones de seguir todas estas luchas y de ejercer una verdadera dirección de las mismas, impidiendo que ellas pierdan el carácter unitario y revolucionario de los conflictos de clase y tratando de explotarlos para favorecer la movilización de todo el proletariado y su organización en un frente de combate *(Tesis sindicales).*

39. El partido dirige y unifica a la clase obrera participando en todas las luchas de clase parciales, y formulando y agitando un programa de reivindicaciones de interés inmediato para la clase trabajadora. Debe considerar las acciones parciales y limitadas como momentos necesarios para llegar a la movilización progresiva y a la unificación de todas las fuerzas de la clase trabajadora.

El partido combate la concepción según la cual debería abstenerse de apoyar o de tomar parte en acciones parciales puesto que los problemas que interesan a la clase trabajadora sólo pueden resolverse con el derrocamiento del régimen capitalista y con una acción general de todas las fuerzas anticapitalistas. Es consciente de la imposibilidad de mejorar seria y duraderamente la condición de los trabajadores en el periodo del imperialismo y antes de que sea derrocado el régimen capitalista. La agitación de un programa de reivindicaciones inmediatas y el apoyo a las luchas parciales es, no obstante, la única manera de ganar a las grandes masas y de movilizarlas contra el capital. Por otra parte, toda agitación o victoria de las categorías obreras en el campo de las reivindicaiones inmediatas hace más aguda la crisis del capitalismo y acelera subjetivamente su caída en la medida en que vulnera el inestable equilibrio económico sobre el cual hoy basa su poder.

El partido comunista liga cada reivindicación inmediata a un objetivo revolucionario, se sirve de cada lucha parcial para inculcar en las masas la necesidad de la acción general, de la insurrección contra el dominio reaccionario del capital, y trata de lograr que toda lucha de carácter limitado sea preparada y dirigida de modo que conduzca a la movilización y unificación de las fuerzas proletarias y no a su dispersión. Defiende estas tesis dentro de las organizaciones de masas a las que corresponde la dirección de los movimientos parciales, o frente a los partidos políticos que toman esa iniciativa, o también las defiende tomando él mismo la iniciativa de proponer las acciones parciales, tanto dentro de las organizaciones de masa como de otros partidos (táctica de frente único). En cada caso se sirve de la experiencia del movimiento y de los resultados obtenidos gracias a sus propuestas para incrementar su influencia, demostrando en los hechos que su programa de acción es el único que responde a los intereses de las masas y a la situación objetiva, y para llevar a posiciones más avanzadas a los sectores atrasados de la clase trabajadora.

La iniciativa directa del partido comunista para una acción parcial puede tener lugar cuando, a través de los organismos de masa, controla una parte considerable de la clase trabajadora, o cuando está seguro de que su consigna será apoyada por una parte considerable de la clase trabajadora. Pero el partido no tomará esta iniciativa sino cuando, en relación con la situación objetiva, exista un desplazamiento a su favor de la relación de fuerzas, y represente un paso adelante en la unificación y movilización de la clase en el terreno revolucionario.

Está excluido que una acción violenta por parte de individuos o de grupos pueda servir para sacar a las masas obreras de su pasividad, si el partido no está profundamente ligado a ellas. En particular, la actividad de los grupos armados, incluso como reacción a la violencia física de los fascistas, sólo tiene valor cuando está vinculada a una reacción de las masas o tiende a suscitarla y prepararla, adquiriendo así, en el plano de la movilización de las fuerzas materiales, un valor comparable al de las huelgas y las reivindicaciones económicas parciales en el plano de la movilización general de las energías proletarias para la defensa de los intereses de clase del proletariado.

39 bis. Es un error suponer que las reivindicaciones inmediatas y las acciones parciales sólo pueden tener un carácter económico. Dado que, al profundizarse la crisis del capitalismo, las clases dirigentes capitalistas y agrarias están obligadas, para mantener su poder, a limitar y suprimir la libertad de organización y las libertades políticas del proletariado, la reivindicación de esas libertades ofrece un excelente terreno para la agitación y las luchas parciales, las que pueden llegar a la movilización de vastas capas de la población trabajadora. Toda la legislación mediante la cual los fascistas suprimen en Italia hasta las más elementales libertades de la clase obrera, deben suministrar al partido comunista motivos para la agitación y la movilización de las masas. El objetivo que se propondrá el partido comunista será vincular cada una de las consignas que lance en este campo a las directivas generales de su acción: en particular, con la demostración práctica de la imposibilidad de que el régimen instaurado por el fascismo sufra limitaciones radicales y transformaciones en un sentido "liberal" y "democrático" sin que se desencadene contra él una lucha de masas, que inevitablemente deberá desembocar en la guerra civil. Esta evidencia sólo se impondrá a las masas a partir del momento en que, enlazando las reivindicaciones parciales de carácter político con las de carácter económico, logremos transformar los movimientos "revolucionarios democráticos" en movimientos revolucionarios obreros y socialistas.

En particular, habrá que llegar a esto en lo que se refiere a la agitación contra la monarquía. La monarquía es uno de los pilares del régimen fascista; es la forma estatal del fascismo italiano. La movilización antimonárquica de las masas de la población italiana es uno de los objetivos que debe proponer el partido comunista. Permitirá desenmascarar eficazmente a algunos de los titulados grupos antifascistas que se retiraron al Aventino. Pero su realización debe ser siempre paralela a la agitación y la lucha contra los otros pilares fundamentales del régimen fascista: la plutocracia industrial y los terratenientes. En la agitación antimonárquica el problema de la forma del Estado será presentado además por el partido comunista en estrecha conexión con el problema del contenido de clase que los comunistas se proponen dar al Estado. En el pasado reciente (junio de 1925), el partido logró conectar estos problemas fundando su acción política en las consignas: "Asamblea republicana basada en los comités obreros y campesinos: control obrero sobre la industria; la tierra a los campesinos".

40. La tarea de unificación de las fuerzas del proletariado y de toda la clase trabajadora sobre un terreno de lucha es la parte "positiva" de la táctica del frente único y representa en Italia, en las actuales circunstancias, la tarea fundamental del partido.

Los comunistas deben proponerse como objetivo concreto y real la unidad de la clase trabajadora, a fin de impedir que el capitalismo aplique su plan de disgregación permanente del proletariado para hacer imposible toda lucha revolucionaria. Deben estar en condiciones de trabajar de múltiples maneras para alcanzar este fin, y sobre todo deben mostrarse capaces de acercarse a los obreros de otros partidos y sin partido su-

perando su hostilidad e incomprensión fuera de lugar, presentándose en todos los casos como los artífices de la unidad de la clase en la lucha por su defensa y su liberación.

El "frente único" de lucha antifascista y anticapitalista que los comunistas se esfuerzan por crear debe tender a ser un frente único organizado, es decir, a fundarse en organismos alrededor de los cuales las masas en su conjunto se reagrupen y se estructuren. Tales son los organismos representativos que las propias masas tienden a constituir, partiendo de las fábricas, y en ocasión de cada agitación, desde que los sindicatos dejan de poder funcionar en condiciones normales. Los comunistas deben tomar conciencia de esta tendencia de las masas y saberla estimular, desarrollando los elementos positivos que contiene y combatiendo las desviaciones particularistas a que puede dar lugar. La cuestión debe ser considerada sin fetichizar una determinada forma de organización, teniendo presente que nuestro objetivo fundamental es llegar a una movilización y una unidad orgánica cada vez más amplias de fuerzas. Para alcanzar este fin es preciso saber adaptarse a todos los terrenos que la realidad nos ofrece, explotar todos los motivos de agitación, insistir en una u otra forma de organización según las necesidades y las posibilidades de desarrollo de cada una de ellas (*Tesis sindicales:* capítulos relativos a las comisiones internas, a los comités de agitación, a las conferencias de fábricas).[14]

41. En la medida en que se propone crear un frente único organizado de la clase trabajadora, la consigna de los comités obreros y campesinos debe ser considerada como la fórmula que resume la acción del partido. Los comités obreros y campesinos son órganos de unidad de la clase trabajadora movilizada ya sea para una lucha de carácter inmediato como para acciones políticas de más largo alcance. La consigna de la creación de comités obreros y campesinos es, pues, una consigna de inmediata realización en todos aquellos casos en que el partido, con su acción, logra movilizar un sector bastante amplio de la clase trabajadora (más de una sola fábrica, más de una sola categoría en una localidad), pero es al mismo tiempo una solución política y una consigna agitativa que se adapta a todo un periodo de la vida y de la acción del partido. Da un carácter evidente y concreto a la necesidad en que se ven los trabajadores de organizar sus fuerzas, mientras las opone, en la práctica, a las de todos los grupos de origen y de naturaleza burguesa, a fin de poder convertirse en el elemento determinante y preponderante de la situación política.

42. La táctica del frente único, como acción política (maniobra) destinada a desenmascarar a los partidos y grupos que se autotitulan proletarios y revolucionarios y poseen una base de masas, está estrechamente ligada al problema de la dirección de las masas por parte del partido

[14] Gramsci alude a las Tesis de Roma elaboradas para el II congreso del partido comunista de Italia (20 al 24 de marzo de 1922). La resolución propuesta por el Comité central que sintetizaba el informe que Gramsci y Angelo Tasca habían presentado al congreso, planteó el problema de los sindicatos y sus relaciones con el partido.

comunista y al problema de la conquista de la mayoría. En la forma en que ha sido definida por los congresos mundiales es aplicable en todos aquellos casos en que, en virtud de la adhesión de las masas a los grupos que combatimos, el enfrentamiento directo con estos últimos no nos permite obtener resultados rápidos y profundos. El éxito de esta táctica supone, previa o simultáneamente, un esfuerzo real de unificación y de movilización de las masas, esfuerzo desplegado por el partido mediante una acción que arranca de la base.

En Italia, el partido no debe renunciar a la táctica del frente único, teniendo en cuenta que aún está lejos de haber conquistado una influencia decisiva sobre la mayoría de la clase obrera y de la población trabajadora. Las particulares condiciones italianas aseguran la vitalidad de formaciones políticas intermedias, basadas en el equívoco y favorecidas por la pasividad de una parte de la masa (maximalistas, republicanos, unitarios). Una formación de este tipo será el grupo centrista que surgirá muy probablemente de las ruinas de Aventino. Para descartar por completo el peligro que representan estas formaciones, no hay otra posibilidad que la táctica del frente único. Pero no podemos anticipar un éxito sino en función del trabajo que simultáneamente desarrollemos para sacar a las masas de su pasividad.

42 bis. El problema del partido maximalista debe ser asimilado al de todas las demás formaciones intermedias que combate el partido comunista, como obstáculos a la preparación revolucionaria del proletariado: formaciones hacia las cuales adopta, teniendo en cuenta las circunstancias, la táctica del frente único. Es evidente que en algunas zonas, el problema de la conquista de la mayoría está ligado para nosotros específicamente al problema de la destrucción de la influencia del PSI y de su periódico.[15] Por lo demás, los dirigentes del partido socialista se ubican cada vez más del lado de las fuerzas contrarrevolucionarias y brindan su apoyo al orden capitalista (campaña por la intervención del capital norteamericano; solidaridad de hecho con los dirigentes sindicales reformistas). Nada permite excluir por completo la posibilidad de su eventual acercamiento a los reformistas y, consiguientemente, su fusión con ellos. El partido comunista debe tener presente esta posibilidad y debe prepararse desde ahora a lograr que, si se produjera, las masas que aún controlan los maximalistas pero que han conservado su espíritu clasista, se desprendan resueltamente de ellos ligándose lo más estrechamente posible con las masas que agrupa la vanguardia comunista. Los buenos resultados de la fusión con la fracción de la III Internacional, decidida por el V Congreso, han enseñado al partido italiano que, en determinadas condiciones, es posible obtener, mediante una acción política acertada, resultados a los que nunca se llegaría con la actividad corriente de propaganda y organización.

43. Mientras agita su programa de reivindicaciones clasistas inmediatas y concentra su actividad en la obtención de la movilización y unificación de las fuerzas obreras y trabajadoras, el partido puede presentar,

[15] Cf. nota 6, segundo capítulo.

con el fin de favorecer el desarrollo de su propia acción, soluciones intermedias sobre ciertos problemas de política general, difundiéndolos entre las masas que aún adhieren a partidos y formaciones contrarrevolucionarias. Esta presentación y agitación de soluciones intermedias —tan alejadas de las consignas partidarias como del programa de inercia y pasividad de los grupos que queremos combatir— permite reagrupar tras el partido a un mayor número de fuerzas, poner en contradicción las palabras de los dirigentes de los partidos de masas contrarrevolucionarios con sus intenciones reales, impulsar a las masas a soluciones revolucionarias y ampliar nuestra influencia (ejemplo: "antiparlamento"). No se pueden prever todas estas soluciones intermedias, pues, en cada circunstancia, ellas deben ajustarse a la realidad. Pero deben ser de tal índole que puedan conectarse con las consignas del partido, y siempre debe ser evidente para las masas que su eventual realización conduciría a una aceleración del proceso revolucionario y a una radicalización de las luchas.

La presentación y agitación de estas soluciones intermedias es la forma específica de lucha que hay que utilizar contra los autotitulados partidos democráticos que son, en realidad, uno de los pilares más firmes del orden capitalista vacilante y como tales comparten el poder, alternativamente, con los grupos reaccionarios, cuando estos partidos están ligados a estratos importantes y decisivos de la población trabajadora (como en Italia en los primeros meses de la crisis Matteotti) y cuando es inminente y grave un peligro reaccionario (táctica adoptada por los bolcheviques respecto a Kerensky durante el golpe de Kornilov). En estos casos el partido comunista obtiene los mejores resultados agitando las mismas soluciones que correspondería adoptar a los supuestos partidos democráticos si éstos supiesen librar una lucha consecuente por la democracia, con todos los medios que la situación requiere. Ante la prueba de los hechos, estos partidos se desenmascaran ante las masas y pierden su influencia sobre ellas.

44. Todas las formas particulares de agitación que pone en práctica el partido y la actividad que despliega en cada dirección para movilizar y unificar a las fuerzas de la clase trabajadora, deben convergir y condensarse en una fórmula política de fácil comprensión para las masas, y que posea el máximo valor de agitación respecto a ellas. Esta fórmula es la del "gobierno obrero y campesino". Indica incluso a las masas más atrasadas la necesidad de la conquista del poder para la solución de los problemas vitales que le interesan y permite conducirlas al terreno propio de la vanguardia proletaria más evolucionada (lucha por la dictadura del proletariado).

En este sentido es una fórmula de agitación, pero no corresponde a una fase real de desarrollo histórico sino al modo de las soluciones intermedias evocadas en la tesis precedente. Para el partido, en efecto, su realización no puede ser sino el preludio de una lucha revolucionaria directa, es decir, de la guerra civil emprendida por el proletariado aliado a los campesinos, para la toma del poder. El partido arriesgaría exponerse a graves desviaciones en su misión de guía de la revolución si interpretara que el gobierno obrero y campesino corresponde a una fase real de desa-

rrollo de la lucha por el poder, es decir, si considerase que esta consigna indica la posibilidad de que el problema del Estado se resuelva en interés de la clase obrera en una forma que no sea la de la dictadura del proletariado.

Lyon, enero de 1926

CORRESPONDENCIA ENTRE GRAMSCI Y TOGLIATTI

La "Correspondencia completa entre Gramsci y Togliatti sobre la situación en el partido bolchevique (1926)" fue publicada íntegramente en Rinascita-Il Contemporaneo, *el 24 de abril de 1970.*

Reúne los siguientes documentos:

1. carta de Gramsci a Togliatti;
2. el documento del Buró político del PCI;
3. la respuesta de Togliatti a Gramsci;
4. la carta de Manuilski a Gramsci;
5. la respuesta de Gramsci a Togliatti.

El documento núm. 2 fue publicado por primera vez en Francia en abril de 1938, editado por Angelo Tasca en la revista Problemi della Rivoluzione italiana *(serie II, núm. 4) y nuevamente, con una nota de Togliatti, en* Rinascita *(Núm. 47, 28 de noviembre de 1964) y el mismo año en* Duemila pagine di Gramsci, *a cargo de G. Ferrata y N. Gallo (Milán, pp. 820-828). Este volumen contiene igualmente una nota de Togliatti (fechada el 26 de febrero de 1964) en la que éste afirma que "no existe ningún original, ni, actualmente, copia alguna del original en los archivos de nuestro partido". Togliatti recuerda que respondió a Gramsci y reconoce que una copia de esta respuesta se halla en los archivos del partido. Finalmente, afirma que Gramsci le respondió a su vez "rechazando sus argumentos". Ambos documentos fueron publicados por G. Berti en los Annali Feltrinelli,* Documenti inediti dell'Archivio Tasca.

Investigaciones efectuadas posteriormente en los archivos del Instituto marxista-leninista de Moscú y en los del PCI *permitieron publicar el conjunto de los documentos, a iniciativa de F. Ferri* (Rinascita, *24 de abril de 1970). En el último volumen de las* Obras *de Gramsci,* La Costruzione del Partito Comunista *(Turín, 1971), figuran los documentos 1, 2, 3 y 5.*

El documento 1 es una nota breve que acompaña la carta núm. 2, que fue escrita por Gramsci, en octubre de 1926, por encargo del Buró político del PCI, *al* CC *del partido bolchevique, en el momento en que tenía lugar el debate entre la mayoría del partido bolchevique y la oposición dirigida por Zinoviev, Kamenev y Trotsky.*

El documento 3 constituye la respuesta de Togliatti –quien representaba entonces al PCI *ante la* IC– *a Gramsci; está fechada en Moscú el 18 de octubre de 1926.*

El documento 4 es una carta inédita (del 21 de octubre de 1966), redactada en francés por Manuilski, miembro de la secretaría de la IC *y dirigida a Gramsci, en la que Manuilski toma posición a favor del* CC *del* PCUS.

El documento 5 es la dura respuesta de Gramsci a Togliatti, que pone fin a este intercambio epistolar.

El intercambio de cartas entre Gramsci y Togliatti pone en evidencia lo esencial de la estrategia que, durante décadas, observaron los partidos comunistas hacia la Internacional comunista y el PCUS. *En cuanto a la carta que Gramsci dirige al* CC *del* PCUS, *es, en cierto sentido, un texto histórico; conserva toda su actualidad por el hecho de que muestra a las claras la relación de dependencia entre los* PC *nacionales y el "partido ruso", relación que, a través de desgarramientos y contradicciones, nunca fue abolida por los movimientos comunistas y que, todavía hoy, exceptuando a China, continúa dominada por la misma exigencia de "fidelidad" hacia el partido "padre".*

A Togliatti le preocupa que el llamado de Gramsci a una unidad superior en el seno del grupo dirigente del PCUS *pueda reforzar a la oposición: utiliza, pues, la misma argumentación que desarrollan siempre ciertos dirigentes de los partidos comunistas y, sobre todo, del* PCUS, *para encubrir los graves problemas que surgen, tanto dentro de los grupos dirigentes como a escala internacional. Togliatti utiliza también el argumento en virtud del cual es preciso aprobar todos los actos políticos de la URSS, ya que la crítica a ellos podría ser explotada por los enemigos de la mayoría, así como por los enemigos externos.*

Massimo Salvadori ha hecho una comparación política muy aguda entre la carta de Gramsci y el testamento político de Lenin:

"Sin querer forzar la analogía, me parece importante comparar la carta de Gramsci de 1926 con el testamento de Lenin. En ciertos aspectos, que expresan preocupaciones que ya abrigaba Lenin, se encuentra en Gramsci una inequívoca inspiración leninista [. . .] *Lenin había expresado sus temores acerca de una ruptura, indicando sobre todo las relaciones entre Stalin y Trotsky como "el mayor riesgo de escisión"* [. . .] *Los riesgos denunciados por Gramsci estaban más que fundados. Poco después de su carta, entre el 23 y el 26 de octubre, los acontecimientos se precipitaron. Ninguna mediación era ya posible. Trotsky fue excluido del Buró político; Kamenev debió renunciar a su condición de miembro suplente del Buró político y Zinoviev fue definitivamente apartado del Komintern. Todos estos hechos interdependientes parecen sugerir una conclusión: Gramsci fue el hombre que no encontró su lugar ni del lado de la oposición rusa ni del lado de la mayoría stalinista".*

1. GRAMSCI A TOGLIATTI

Queridísimo,

Te envío el documento del que te hablé en otra carta. Hazlo copiar y traducir, agregándole, si quieres, nuestros nombres, que de todos modos no deberían publicarse. Puedes revisar el texto, en algunos puntos de detalle y de forma, dada la prisa con que fue escrito. No obstante, los términos esenciales deben ser mantenidos en su integridad. Puesto que queremos ayudar a la mayoría del Comité central, podrías consultar los cambios a introducir con los miembros más responsables. Envíanos pronto la copia del texto definitivo. Nuestra impresión es más bien pesimista; por eso hemos creído necesaria esta carta.

Espero el texto corregido y colacionado de las cartas de Antonio Labriola, prologado por Riazanov. Servirá para el primer número de *L'Ordine Nuovo*. Es imprescindible apurarse.

Enviaré los artículos para la IC dentro de poco, espero. Saludos a todos.

Antonio

2. AL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA SOVIÉTICO

Queridos compañeros,

Los comunistas italianos y todos los trabajadores conscientes de nuestro país han seguido siempre con la mayor atención vuestras discusiones. En vísperas de cada congreso y de cada conferencia del partido comunista ruso estábamos seguros de que, tras haber conseguido una mayor homogeneidad ideológica y organizativa a través de esas discusiones, el partido habría quedado mejor preparado y armado para superar las múltiples dificultades vinculadas al ejercicio del poder de un Estado obrero. Hoy, en vísperas de vuestra XV Conferencia, no tenemos ya la seguridad del pasado; nos sentimos inevitablemente preocupados; nos parece que la actitud actual del bloque de oposición y la virulencia de las polémicas del Partido comunista de la URSS exigen la intervención de los partidos hermanos. Esta precisa convicción nos mueve a escribirles esta carta. Es posible que el aislamiento en el cual se ve obligado a vivir nuestro partido nos haya llevado a exagerar los peligros referentes a la situación interna del Partido comunista de la URSS; en cualquier caso, no son, desde luego, exagerados nuestros juicios acerca de las repercusiones internacionales de esta situación y queremos, como internacionalistas, cumplir con nuestro deber.

La situación interna de nuestro partido hermano de la URSS nos parece distinta y mucho más grave que en las anteriores discusiones, porque hoy vemos que se verifica y se profundiza una escisión en el grupo central leninista que ha sido siempre el núcleo dirigente del partido y de la Internacional. Una escisión de este tipo, con independencia de los resultados numéricos de las votaciones de congreso, puede tener las reper-

cusiones más graves, no sólo si la minoría de oposición no acepta con la máxima lealtad los principios fundamentales de la disciplina revolucionaria del partido, sino también en el caso de que dicha minoría rebase, en el modo de llevar su lucha, ciertos límites que son más importantes que todas las democracias formales.

Una de las enseñanzas preciosas de Lenin ha sido la de que debemos estudiar atentamente los juicios de nuestros enemigos de clase. Pues bien, queridos camaradas, es un hecho que los periódicos y los hombres de Estado más fuertes de la burguesía internacional ponen sus esperanzas en ese carácter orgánico del conflicto existente en el núcleo fundamental del Partido comunista de la URSS, en la escisión de nuestro partido hermano, y están convencidos de que esa escisión acarreará la disgregación y la lenta agonía de la dictadura proletaria, que determinará la catástrofe de la revolución como no lo consiguieron las invasiones y las insurrecciones de los guardias blancos. La misma fría circunspección con la cual la prensa burguesa intenta ahora analizar los acontecimientos rusos, el hecho de que intente evitar, dentro de lo que le es posible, la demagogia violenta que era característica suya hasta ahora, son síntomas que deben dar que pensar a los camaradas rusos y hacerlos más conscientes de su responsabilidad. Hay otra razón más por la cual la burguesía internacional espera la posible escisión o un agravamiento de la crisis interna del Partido comunista de la URSS. Ya hace nueve años que existe en Rusia el Estado obrero. Es un hecho que sólo una pequeña minoría no sólo de las clases trabajadoras, sino incluso de los mismos partidos comunistas de los demás países, es capaz de reconstruir en su conjunto todo el desarrollo de la revolución y de descubrir incluso en los detalles de los cuales se compone la vida cotidiana del Estado de los Soviets la continuidad del hilo rojo que lleva a la perspectiva general de la construcción del socialismo. Y ello no sólo en los países en que ya no existe la libertad de reunión y la libertad de prensa está completamente suprimida o sometida a limitaciones inauditas, como en Italia (donde los tribunales han secuestrado y prohibido la impresión de los libros de Trotski, Lenin, Stalin, Zinoviev y últimamente hasta del *Manifiesto del partido comunista*), sino también en los países en los que nuestros partidos tienen aún libertad para suministrar a sus miembros y a la masa en general una documentación suficiente. En esos países las grandes masas no pueden comprender las discusiones que ocurren en el Partido comunista de la URSS, especialmente cuando son tan violentas como las actuales y se refieren no sólo a un aspecto de detalle, sino a todo el conjunto de la línea política del partido. No sólo las masas trabajadoras en general, sino también las mismas masas de nuestros partidos, ven y quieren ver una única unidad de combate que trabaje en la perspectiva general del socialismo. Sólo en cuanto las masas occidentales europeas ven a Rusia y al partido ruso desde este punto de vista aceptan gustosamente y como un hecho históricamente necesario que el Partido comunista de la URSS sea el partido dirigente de la Internacional, y sólo por eso la República de los Soviets y el Partido comunista de la URSS son hoy un elemento formidable de organización y de propulsión revolucionaria.

Por la misma razón, los partidos burgueses y socialdemócratas explotan las polémicas internas y los conflictos existentes en el Partido comunista de la URSS; ellos quieren luchar contra esa influencia de la Revolución rusa, contra la unidad revolucionaria que se está constituyendo en todo el mundo en torno al Partido comunista de la URSS. Queridos compañeros, es extraordinariamente significativo que en un país como Italia, donde la organización estatal y de partido del fascismo consigue sofocar toda manifestación notable de vida autónoma de las grandes masas obreras y campesinas, los periódicos fascistas, especialmente los de provincia, estén llenos de artículos, técnicamente bien construidos para la propaganda, con un mínimo de demagogia y de actitudes injuriosas, en los que se intenta demostrar con un evidente esfuerzo de objetividad que ahora ya, por las mismas manifestaciones de los dirigentes más conocidos del bloque de oposición del Partido comunista de la URSS, el Estado de los Soviets se va convirtiendo inexorablemente en un puro Estado capitalista y que, por tanto, en el duelo mundial entre el fascismo y el bolchevismo triunfará el fascismo. Esta campaña, aunque por un lado prueba lo enormes que son las simpatías de que goza la República de los Soviets entre las grandes masas del pueblo italiano que, en algunas regiones, no recibe desde hace seis años más que una escasa literatura ilegal de partido, prueba, por otra parte, que el fascismo, que conoce muy bien la real situación interna italiana y ha aprendido a tratar con las masas, intenta utilizar la actitud política del bloque de oposición para romper definitivamente la firme aversión de los trabajadores al gobierno de Mussolini y para determinar al menos un estado de ánimo en el cual el fascismo aparezca como una necesidad histórica inevitable, a pesar de la crueldad y de los males que le acompañan.

Creemos que en el marco de la Internacional nuestro partido es el que más sufre por las repercusiones de la grave situación existente en el Partido comunista de la URSS. Y no sólo por las razones recién expuestas que, por así decirlo, son *externas,* se refieren a las condiciones generales del desarrollo revolucionario en nuestro país. Ustedes saben ya que todos los partidos de la Internacional han heredado de la vieja socialdemocracia y de las diversas tradiciones nacionales existentes en los diversos países (anarquismo, sindicalismo, etc.) una masa de prejuicios y de motivos ideológicos que representan el foco de todas las desviaciones de derecha y de izquierda. En estos últimos años, pero especialmente después del V Congreso mundial, nuestros partidos iban alcanzando, a través de una dolorosa experiencia, a través de crisis dolorosas y extenuantes, una segura estabilización leninista, estaban convirtiéndose en verdaderos partidos bolcheviques. Se iban formando nuevos cuadros proletarios desde abajo, desde las fábricas; los elementos intelectuales eran sometidos a una selección rigurosa y a una comprobación rígida y despiadada sobre la base de su trabajo práctico en el terreno de la acción. Esta reelaboración ocurría bajo la guía del Partido comunista de la URSS en su complejo unitario, y de todos los grandes jefes del partido de la URSS. Pues bien, la agudeza de la crisis actual y la amenaza de escisión abierta o latente que contiene frenan este proceso de desarrollo

y de reelaboración de nuestros partidos, cristaliza las desviaciones de derecha y de izquierda, aleja una vez más el éxito de la unidad orgánica del partido mundial de los trabajadores. Consideramos que es nuestro deber de internacionalistas llamar especialmente la atención de los compañeros más responsables del Partido comunista de ls URSS acerca de este elemento del problema. Compañeros, ustedes han sido en estos nueve años de historia mundial el elemento organizador y propulsor de las fuerzas revolucionarias de todos los países; la función que han desarrollado no tiene precedentes en toda la historia del género humano que puedan igualarla ni en amplitud ni en profundidad. Pero hoy están destruyendo su obra, degradando y corriendo el riesgo de anular la función dirigente que el Partido comunista de la URSS había conquistado por el impulso de Lenin; nos parece que la violenta pasión de las cuestiones rusas les hace perder a ustedes de vista los aspectos internacionales de las mismas cuestiones rusas, les hace olvidar que sus deberes de militantes rusos no pueden ni deben satisfacerse fuera del marco de los intereses del proletariado internacional.

El Buró político del Partido comunista de Italia ha estudiado con la mayor diligencia y atención posibles en sus condiciones todos los problemas que hoy están en discusión en el Partido comunista de la URSS. Las cuestiones que hoy se les plantean a ustedes pueden presentarse mañana a nuestro partido. También en nuestro país son las masas rurales la mayoría de la población trabajadora. Además, todos los problemas inherentes a la hegemonía del proletariado se presentan en Italia en una forma sin duda más compleja y aguda que en la misma Rusia, porque la densidad de la población rural italiana es enormemente mayor, porque nuestros campesinos tienen una riquísima tradición organizativa y han conseguido siempre hacer notar muy sensiblemente su peso específico de masa en la vida política nacional, porque aquí el aparato organizativo eclesiástico tiene dos mil años de tradición y se ha especializado en la propaganda y la organización de los campesinos de un modo que no tiene paralelo en los demás países. Si es verdad que la industria está más desarrollada en nuestro país y que el proletariado tiene una base material notable, no lo es menos que esa industria carece de materias primas en el país y está por tanto, más expuesta a las crisis; por eso el proletariado no podrá cumplir su función dirigente más que si abunda en espíritu de sacrificio y se ha liberado completamente de todo residuo de corporativismo reformista o sindicalista. El Buró político del Partido comunista de Italia ha estudiado vuestras discusiones desde este punto de vista realista que consideramos leninista. Hasta el momento no hemos expresado opinión de partido más que sobre la cuestión estrictamente disciplinaria de las fracciones, por atenernos a la invitación que nos hicieron, después de vuestro XIV Congreso, a no trasladar la discusión rusa a las secciones de la Internacional. Pero ahora declaramos que consideramos fundamentalmente justa la línea política de la mayoría del Comité central del Partido comunista de la URSS, y que en ese mismo sentido se pronunciará sin duda la mayoría del partido italiano si llega a ser necesario plantear enteramente la cuestión. No queremos, y consideramos inútil, hacer agi-

tación o propaganda con ustedes o con los compañeros del bloque de oposición. Por eso nos abstendremos de formular una lista de todas las cuestiones particulares con nuestro juicio sobre cada una. Repetimos que nos impresiona el hecho de que la actitud de la oposición afecta a toda la línea política del Comité central y hiere, por tanto, el corazón mismo de la doctrina leninista y de la acción política del partido de la URSS. Lo que se pone en discusión es así el principio y la práctica de la hegemonía del proletariado, las relaciones fundamentales de la alianza entre los obreros y los campesinos las que se perturban y se ponen en peligro, o sea, los pilares del Estado obrero y de la Revolución. Compañeros, jamás en la historia se ha visto que una clase dominante estuviera en su conjunto en condiciones de vida inferiores a las de determinados elementos y estratos de la clase dominada y sometida. Esta contradicción inaudita es la que ha reservado la historia para el proletariado; en esta contradicción se encuentran los peligros mayores para la dictadura del proletariado, especialmente en los países en los cuales el capitalismo no había alcanzado un gran desarrollo ni había conseguido unificar las fuerzas productivas. Esta contradicción se presenta también, por lo demás, en algunos aspectos, en los países capitalistas en los que el proletariado ha conseguido objetivamente una función social elevada, y de ella nacen el reformismo y el sindicalismo, el espíritu corporativo y las estratificaciones de la aristocracia obrera. Pero el proletariado no puede llegar a ser clase dominante si no supera esa contradicción con el sacrificio de sus intereses corporativos, no puede mantener la hegemonía y su dictadura si no sacrifica, incluso cuando ya es dominante, esos intereses inmediatos a los intereses generales y permanentes de la clase. Sin duda es fácil hacer demagogia en este terreno, es fácil insistir en los lados negativos de la contradicción: "¿Eres tú el dominante, obrero mal vestido y mal alimentado, o lo es el *nepman*[1] con su abrigo de piel y con todos los bienes de la tierra a su disposición?" Del mismo modo los reformistas, después de alguna huelga general que aumenta la cohesión y la disciplina de la masa, pero que con su larga duración empobrece aún más a los obreros, dicen: "¿Para qué ha servido la lucha? ¡Están más pobres y miserables que antes!" Es fácil hacer demagogia en este terreno, y es difícil no hacerla cuando la cuestión se plantea desde el punto de vista del espíritu corporativo y no desde el del leninismo, desde el punto de vista de la doctrina de la hegemonía del proletariado que históricamente se encuentra en una determinada posición y no en otra.

Ese es para nosotros el elemento esencial de vuestras discusiones. En este elemento se encuentra la raíz del error del bloque de oposición y el origen de los peligros latentes contenidos en su actividad. En la ideología y en la práctica del bloque de oposición renace plenamente toda la tradición de la socialdemocracia y del sindicalismo, la que ha impedido hasta ahora al proletariado occidental organizarse como clase dirigente.

Sólo una firme unidad y una firme disciplina en el partido que gobierna el Estado obrero puede asegurar la hegemonía proletaria en régi-

[1] "Nepman": hombre de la NEP (nueva política económica) [T.].

men de Nueva política económica, o sea, en pleno despliegue de la contradicción que hemos indicado. Pero la unidad y la disciplina no pueden ser en este caso mecánicas y obligadas; tienen que ser leales y de convicción, no las de una tropa enemiga prisionera o cercada que piensa en la evasión o en la salida por sorpresa.

Eso es lo que queríamos decirles, muy queridos compañeros, con espíritu fraternal y amistoso, aunque seamos hermanos menores. Los camaradas Zinoviev, Trotski y Kamenev han contribuido poderosamente a educarnos para la revolución, nos han corregido algunas veces muy enérgica y severamente y han sido nuestros maestros. A ellos especialmente nos dirigimos, como a los mayores responsables de esta situación, porque queremos estar seguros de que la mayoría del Comité central del Partido comunista de la URSS no desea una victoria aplastante en esta lucha, sino que está dispuesta a evitar las medidas excesivas. La unidad de nuestro partido hermano de Rusia es necesaria para el desarrollo y el triunfo de las fuerzas revolucionarias mundiales; todo comunista e internacionalista tiene que estar dispuesto a los mayores sacrificios por esa necesidad. Los daños de un error cometido por el partido unido pueden superarse fácilmente; los daños de una escisión o de una prolongada situación de escisión latente pueden ser irreparables y mortales.

Con saludos comunistas,

El Buró Político del PCI

3. TOGLIATTI A GRAMSCI

18 de octubre de 1926

Queridísimo Antonio,

Por la presente quisiera exponerte sucintamente mi opinión sobre la carta del Buró político del Partido comunista italiano al Comité central del Partido comunista de la URSS. No estoy de acuerdo con esa carta por algunas razones que te voy a indicar muy esquemáticamente.

1. El defecto esencial de la carta reside en su planteo. Se pone en primer plano la escisión que tuvo lugar en el grupo dirigente del Partido comunista de la Unión, relegándose al segundo plano la cuestión de saber si la línea seguida por la mayoría del Comité central es justa o no. Éste es un procedimiento característico de la manera en que muchos compañeros de los partidos occidentales consideran y juzgan los problemas del Partido comunista de la Unión, pero no corresponde a un planteamiento exacto de dichos problemas. Es indudable que la unidad del grupo dirigente del Partido comunista ruso tiene mayor importancia que la de los grupos dirigentes de otros partidos. Esta importancia está ligada a la función histórica que asumió ese grupo en la constitución de la Internacional. Pero por grande que sea, no debe llevarnos a juzgar las cuestiones del partido comunista ruso en base a una línea distinta de aquella en que se basan los principios y las posiciones políticas. Los riesgos que implica la posición que ustedes han adoptado en su carta son muy gran-

des, pues a partir de ahora la unidad de la vieja guardia leninista no podrá sin duda mantenerse mucho tiempo o encontrará muchas dificultades para hacerlo de manera durable. En el pasado, el factor determinante de esa unidad era el enorme prestigio y la autoridad personal de Lenin. Éste es un elemento irremplazable. La línea del partido se fijará a través de discusiones y debates. Debemos habituarnos a controlar los nervios e incitar a los compañeros de la base a hacer otro tanto. Y debemos iniciarnos, nosotros y los militantes del partido, en el conocimiento de los problemas rusos, de modo de poder juzgarlos desde el ángulo de los principios y de las posiciones políticas. En este estudio de las cuestiones rusas y no en una apelación a la unidad del grupo dirigente consiste la ayuda que deben brindar al Partido comunista ruso los demás partidos de la Internacional. Ustedes tienen razón en hablar de la necesidad de una intervención de estos partidos en el conflicto entre el Comité central y la oposición, pero esta intervención sólo puede tener lugar bajo la forma de una contribución que tienda a determinar y a confirmar, sobre la base de nuestra experiencia revolucionaria, la correcta línea leninista en la solución de los problemas rusos.

Si nuestra intervención se efectúa sobre otras bases, existe el riesgo de que no sea útil, sino perjudicial.

2. Se puede considerar que una consecuencia de ese punto de vista erróneo está en el hecho de que, en la primera mitad de su carta, precisamente aquella en que insisten en los efectos que puede tener para el movimiento occidental una escisión en el partido ruso (y en su núcleo dirigente), ustedes hablan indiferentemente de todos los compañeros dirigentes, sin hacer, en definitiva, ninguna distinción entre los compañeros que están al frente del Comité central y los jefes de la oposición.

En la página dos de las cuartillas escritas por Antonio se invita a los compañeros rusos a reflexionar y a ser "más conscientes de su responsabilidad". No hay nada que aluda a una distinción entre ellos.

En la página 6 se dice:

"Consideramos que es nuestro deber de internacionalistas llamar especialmente la atención de los compañeros más responsables del Partido comunista de la URSS acerca de este elemento del problema. Compañeros, ustedes han sido en estos nueve años de historia mundial el elemento organizador y propulsor de las fuerzas revolucionarias de todos los países; la función que han desarrollado no tiene precedentes en toda la historia del género humano que puedan igualarla ni en amplitud ni en profundidad. Pero hoy están destruyendo su obra, degradando y corriendo el riesgo de anular la función dirigente que el Partido comunista de la URSS había conquistado por el impulso de Lenin; nos parece que la violenta pasión de las cuestiones rusas les hace perder a ustedes de vista los aspectos internacionales de las mismas cuestiones rusas, les hace olvidar que sus deberes de militantes rusos no pueden ni deben satisfacerse fuera del marco de los intereses del proletariado internacional".

Tampoco en este caso se encuentra el menor elemento de diferenciación. La única conclusión que cabe es que el Buró político del Partido comunista italiano considera que todos son responsables y que todos de-

ben ser llamados al orden. Es cierto que hacia el final de la carta se corrige esta actitud. Se dice que Zinoviev, Kamenev y Trotski son los "mayores" responsables, y se añade:

"Queremos estar seguros de que la mayoría del Comité central del Partido comunista de la URSS no desea una victoria aplastante en esta lucha, sino que está dispuesta a evitar las medidas excesivas".

La expresión "queremos creer" tiene un valor limitativo; con ella se quiere decir que *no se está seguro.*

Ahora bien, independientemente de toda consideración sobre la aportunidad de una intervención en la controversia actual que impute ciertos errores al Comité central, independientemente del hecho de que esa toma de posición sólo puede redundar en *total* beneficio de la oposición, al margen, pues, de todas estas cuestiones de oportunidad, ¿se puede afirmar que el Comité central cometió ciertos errores? No lo creo. Lo prueban las tentativas realizadas, antes del XIV congreso, para llegar a un acuerdo y, lo que es más importante, la política seguida después del XIV congreso, que fue prudente y a la que de ningún modo se puede acusar de haberse orientado a ciegas en una dirección. En cuanto a la vida interna del partido, la central rusa no es más responsable de la discusión, del fraccionismo de la oposición, de la gravedad de la crisis, etc., de lo que nosotros mismos, central italiana, lo somos del fraccionismo de Bordiga, de la constitución y de la actividad del Comité de acuerdo, etc. En la vida interna del partido comunista de la URSS hay, sin duda, cierto rigor. Pero éste es necesario. Si los partidos occidentales quisieran intervenir ante el grupo dirigente para hacer desaparecer ese rigor, cometerían un error muy grave. Realmente en ese caso la dictadura del proletariado podría verse comprometida.

Creo, pues, que la primera mitad de la carta de ustedes y las expresiones finales vinculadas a ella, constituyen un error político. Este error menoscaba los aspectos positivos de la carta (e incluso de su primera parte).

Una observación más sobre este punto. Es justo que los partidos extranjeros vean con preocupación la agudización de la crisis del Partido comunista ruso, y es justo que traten, en lo que esté a su alcance, de hacerla menos aguda. Pero es evidente que cuando se está de acuerdo con la línea del Comité central, la mejor manera de contribuir a superar la crisis consiste en expresar adhesión a dicha línea, sin ninguna limitación. Si la oposición rusa no hubiese contado con el apoyo de algunos grupos de oposición o de partidos enteros de la Internacional, no habría tenido la actitud que asumió después del XIV Congreso. La experiencia demuestra que la oposición utiliza las mínimas oscilaciones que se manifiestan hasta en los juicios emanados de grupos y partidos a los que se sabe de acuerdo con el Comité central.

3. En el pasaje que antes cité, donde se llama a los compañeros rusos a su responsabilidad, se dice que pierden de vista los aspectos internacionales de las cuestiones rusas. En esta afirmación se omite el hecho de que, después del XIV Congreso, la discusión rusa se ha desplazado de los problemas predominantemente rusos a los internacionales. La omi-

sión de este hecho explica que en la carta no se aluda a esos problemas internacionales, lo que constituye un tercer grave error.

4. Vuestra carta es demasiado optimista cuando habla de la bolchevización que se venía cumpliendo después del V Congreso, y pareciera que ustedes atribuyen sólo a la discusión rusa la detención del proceso de consolidación de los partidos comunistas. También en este caso el juicio que ustedes formulan es unilateral y les hace cometer un error de apreciación. Por una lado, hay que reconocer que la firmeza bolchevique de algunos grupos dirigentes puestos al frente de nuestros partidos por el V Congreso era sólo aparente (Francia, Alemania, Polonia); por esa razón las crisis que siguieron fueron inevitables. Por otro lado, hay que advertir que estas crisis están mucho más ligadas a los cambios de la situación objetiva y a sus repercusiones sobre la vanguardia de la clase obrera que a las cuestiones rusas. La crisis rusa depende asimismo de estos cambios, del mismo modo que todas las crisis y controversias precedentes, y en particular aquella a la que puso fin el X Congreso y que tiene una profunda analogía con la crisis actual.

5. En cambio la carta es demasiado pesimista no sólo en lo que se refiere a las repercusiones de la cuestión rusa, sino de una manera más general en cuanto a las capacidades de la vanguardia proletaria para comprender cuál es la línea del partido comunista ruso y para hacérsela comprender a las masas obreras. En este sentido ustedes sobrevaloran los efectos negativos de la discusión rusa en el seno del proletariado occidental, y ese pesimismo deja entender que para ustedes no es enteramente justa la línea del partido. Si esta línea es justa y adecuada a las condiciones objetivas, debemos estar en condiciones de hacerles comprender a las masas todo su valor y debemos también estar en condiciones de mantener la cohesión de las masas alrededor de Rusia y del partido bolchevique, a pesar de las controversias. Fue a través de discusiones y escisiones que el partido bolchevique llegó a conquistar la dirección del proletariado ruso. Tengo la impresión de que hoy el punto de vista de ustedes sobre la función histórica del partido y de la revolución rusa es superficial. Es menos la unidad del grupo dirigente (que en definitiva nunca fue total) que el hecho de que el partido ruso condujera a la clase obrera a la conquista y la conservación del poder, lo que ha convertido a ese partido en el organizador y el promotor del movimiento revolucionario mundial de la postguerra. ¿La línea actual del partido lo condena, sí o no, a faltar a esa misión histórica? En estos términos debe plantearse la cuestión de la posición del partido ruso en el movimiento obrero internacional si no se quiere caer de lleno en los argumentos de la oposición.

Estas no son más que algunas observaciones formuladas a toda prisa. Pero creo que son fundamentales. Quisiera conocer lo que piensas al respecto.

Fraternalmente.

Palmiro Togliatti

4. MANUILSKI A GRAMSCI[2]

21 de octubre de 1926

Querido amigo:

Me permito escribirle esta carta porque el compañero Ercoli, después de haber recibido su carta al Comité dirigente del VKP me puso al corriente de la cuestión y me pidió mi consejo. Advertí que su carta fue escrita antes de saber que nuestra oposición había capitulado. Usted ha seguido la polémica de nuestra prensa así como las noticias alarmantes publicadas en la prensa burguesa y por las diferentes agencias (Stefani), y apreció la situación tal como la veía desde Italia. Si yo hubiera estado en su lugar, lejos de toda fuente de informaciones, la habría apreciado de la misma manera. Y usted, en Italia, está en una situación excepcional. Ningún periódico comunista de otros países llega legalmente a su país.

Cuando la aprecio a partir de la prensa burguesa, advierto claramente que la situación del VKP está pintada sombríamente. Creemos aquí que cometimos un error al dejar a ustedes sin una información regular a propósito de la cuestión rusa. Hemos decidido ahora reparar ese error y dentro de pocos días se acercará a ustedes un compañero encargado de darles un cuadro exacto de la situación. Y en el futuro me sentiría muy complacido si ustedes me escriben pidiéndome las noticias que les interesan. Ahora quisiera decirle algunas palabras sobre la situación en Rusia. Le ruego que me crea que no se trata de un optimismo oficial, sino de la situación tal cual es.

1. Nunca fue más fuerte que ahora el poder de los Soviets y la dictadura del proletariado. Están arraigados en el espíritu de la población trabajadora tan profundamente que ninguna oposición podrá quebrantarlos. Estamos tan "estabilizados" como el régimen capitalista de Europa occidental e incluso más firmemente.

2. Nunca la oposición sufrió una derrota más lamentable que la del mes pasado. Si ha capitulado, no fue porque se ejerciera contra ella medidas disciplinarias, sino porque enfrentaba en nuestro partido tal resistencia en la base que comprendió que por varios años le resultaría imposible conmover al partido.

3. Todo el mundo aquí, e incluso la oposición, advierte en qué vía se ha orientado y la "impasse" en que se encontraba. Ahora es evidente que salir del Comité anglorruso fue una táctica estúpida. Asimismo en cuanto a los problemas internos rusos: Los peligros señalados por la oposición han sido advertidos claramente por nuestro partido, hasta en su base, tomando las medidas correspondientes. Basta ver la política impositiva para comprender que el kulak está tan amordazado como un perro. Por lo demás en el Ejecutivo ampliado tendremos la ocasión de ofrecerle todas las pruebas.

Por eso, querido amigo, le ruego que comunique a todos los compañeros del Buró político que no existe ningún peligro de escisión en el

[2] Manuilski escribió este texto directamente en francés.

VKP. Comprendo vuestras inquietudes pero las cosas aquí marchan bien. Ustedes tendrán la oportunidad de convencerse cuando vengan al Ejecutivo ampliado.

Les envío a todos mis saludos más cordiales y sinceros.

D. Manuilski

5. GRAMSCI A TOGLIATTI

26 de octubre de 1926

Queridísimo Ercoli,

Recibí tu carta del 18. Respondo a ella a título personal, aunque estoy persuadido de expresar también la opinión de los demás compañeros.

Tu carta me parece demasiado abstracta y demasiado esquemática en el modo de razonar. Hemos partido del punto de vista –que me parece correcto– de que en nuestros países no existen solamente los partidos, entendidos como organización técnica, sino también las grandes masas trabajadoras, políticamente estratificadas de manera contradictoria, pero globalmente tendientes a la unidad. Uno de los elementos más vigorosos de este proceso unitario es la existencia de la URSS, ligada a la actividad real del PC de la URSS y a la convicción general de que la URSS está orientada en la vía del socialismo. En la medida en que nuestros partidos representan el conjunto de fuerzas dinámicas de la URSS, ejercen una determinada influencia sobre todos los estratos políticos de la gran masa, representan su tendencia unitaria, se mueven en un terreno histórico fundamentalmente favorable a pesar de las contradicciones superestructurales.

Pero no hay que creer que este elemento que hace del PC de la URSS el organizador de masas más potente que haya aparecido jamás en la historia, existirá en adelante de manera estable y determinante: muy al contrario. Es siempre inestable. No hay que olvidar que la revolución rusa tiene ya nueve años de existencia y que su atividad actual es un conjunto de acciones parciales y de actos de gobierno que sólo una conciencia teórica y política muy desarrollada puede captar como conjunto y en su movimiento general hacia el socialismo. No sólo para las grandes masas trabajadoras, sino además para una parte considerable de los afiliados a los partidos occidentales, que se diferencian de las masas sólo por este paso, radical pero inicial, hacia una conciencia desarrollada, que es el ingreso en el partido, el movimiento global de la revolución rusa está representado concretamente por el hecho de que el Partido ruso se mueve unitariamente, que juntos actúan y se mueven los hombres representativos que nuestras masas conocen y se han habituado a conocer. La cuestión de la unidad, no sólo del partido ruso sino también del núcleo leninista, es por lo tanto una cuestión de la máxima importancia en el campo internacional; es, *desde el punto de vista de la masa*, la cuestión más importante en este periodo histórico de intensificado proceso con-

tradictorio hacia la unidad. Es posible y probable que no se pueda conservar la unidad, por lo menos en la forma que ésta revistió en el pasado. También es cierto, sin embargo, que el mundo no se desplomará y que es preciso hacer todo lo posible para preparar a los compañeros y las masas a la nueva situación. Eso no quita que nuestro deber absoluto sea apelar a la conciencia política de los compañeros rusos y advertirles enérgicamente sobre los peligros y las debilidades a que los exponen sus actitudes. Haríamos un pobre papel de revolucionarios irresponsables si permaneciésemos pasivos ante los hechos consumados, justificando a priori su carácter inevitable.

Que cumplir con nuestro deber nos lleve indirectamente a servir *también* a los intereses de la oposición es algo que nos debe preocupar hasta cierto punto; en efecto, nuestro fin es contribuir a la elaboración y al apoyo de un plan unitario, dentro del cual las diferentes tendencias y las diversas personalidades puedan acercarse entre sí y fundirse, incluso ideológicamente. Pero no creo que en nuestra carta –la que, evidentemente, debe ser leída globalmente y no a través de fragmentos fuera de contexto– haya algún riesgo de debilitar la posición de la mayoría del Comité central. En todo caso, y precisamente en vista de eso y de la posibilidad de un riesgo de ese tipo, en una nota adjunta te había autorizado a efectuar modificaciones de forma: podías muy bien haber permutado las dos partes, insertando en el comienzo nuestra afirmación sobre la "responsabilidad" de la oposición. Tu manera de razonar, pues, me ha dado una impresión penosísima.

Y quisiera decirte que en nosotros no hay el menor alarmismo, sino sólo una reflexión serena y equilibrada. Estamos seguros de que en ningún caso el mundo se vendrá abajo: pero sería absurdo actuar solamente cuando el mundo se estuviera por venir abajo, me parece. Por eso ninguna frase hecha modificará nuestra convicción de estar en la línea correcta, en la línea leninista en cuanto a nuestra manera de abordar las cuestiones rusas. La línea leninista consiste en luchar por la unidad del partido, y no sólo por una apariencia de unidad, sino por aquella un poco más profunda que consiste en impedir que se constituyan en el partido dos líneas políticas completamente divergentes en todas las cuestiones. La unidad del partido es una condición esencial, no sólo en nuestros países, por lo que se refiere a la dirección ideológica y política de la Internacional, sino también en Rusia, en cuanto a la hegemonía del proletariado, es decir, al contenido social del Estado.

Tú confundes los aspectos internacionales de la cuestión rusa, que son un reflejo del hecho histórico de la vinculación de las masas trabajadoras con el primer estado socialista, y los problemas de organización internacional en el terreno sindical y político. Los dos órdenes de hechos están estrechamente relacionados, pero son, sin embargo, distintos. Las dificultades que surgen y que se han ido constituyendo en el campo más estrictamente organizativo, dependen de las fluctuaciones que se verifican en el terreno más vasto de la ideología general de masa, es decir, de la disminución de la influencia y del prestigio del partido ruso en algunas zonas populares. Por una cuestión de método no quisimos re-

ferirnos más que a los aspectos más generales: tratamos de no caer en las chapucerías escolásticas que lamentablemente afloran en algunos documentos de otros partidos y quita seriedad a sus intervenciones.

Así, pues, no es cierto, como tú dices, que seamos demasiado optimistas sobre la bolchevización real de los partidos occidentales. Al contrario. El proceso de bolchevización es tan lento y difícil que el menor obstáculo lo frena o retarda. La discusión rusa y la ideología de las oposiciones desempeña en esa detención y ese retardo un papel tanto más importante cuanto que las oposiciones representan en Rusia todos los viejos prejuicios del corporativismo de clase y del sindicalismo que pesan sobre la tradición del proletariado occidental y frenan su desarrollo ideológico y político. Todas nuestras observaciones estaban dirigidas contra las oposiciones. Es cierto que las crisis de los partidos e incluso la del partido ruso están ligadas a la situación objetiva, ¿pero qué significa eso? ¿Que por ese motivo debemos dejar de luchar, debemos cesar de esforzarnos por modificar en un sentido favorable los elementos subjetivos? El bolchevismo consiste también en no perder la cabeza, en mostrar firmeza ideológica y política incluso en las situaciones difíciles. Tu observación, pues, es floja y carece de valor, así como la del punto 5, ya que nosotros hablábamos de las grandes masas y no de la vanguardia proletaria. Por lo demás, incluso para esta última el problema subsiste, pues no está suspendida del aire, sino unida a la masa: y el problema es aún mayor ya que el reformismo, con sus tendencias al corporativismo de clase –es decir a la no comprensión del papel dirigente de la vanguardia, papel que debe ser defendido a costa de sacrificios–, está mucho más arraigado en Occidente que cuanto lo estuvo en Rusia. Además te olvidas fácilmente las condiciones técnicas en que se desenvuelve el trabajo en muchos partidos, que no permiten la difusión de las cuestiones teóricas de más alto nivel fuera de pequeños círculos obreros. Todo tu razonamiento está viciado de "burocratismo": hoy, nueve años después de octubre de 1917, no es ya *el hecho de la toma del poder* por los bolcheviques lo que puede revolucionar a las masas en Occidente, porque se trata de una situación que se da por descontada y que ha producido sus efectos; hoy lo que tiene un impacto ideológico y político es la convicción (si existe) de que el proletariado, después de tomar el poder, *puede construir el socialismo.* La autoridad del partido depende de esta convicción, que no se puede inculcar a las grandes masas con métodos de una pedagogía escolástica sino sólo con los de una pedagogía revolucionaria, o sea, sólo a partir del *hecho político* de que el conjunto del partido ruso está convencido y lucha unitariamente.

Lamento sinceramente que nuestra carta no haya sido comprendida, por ti en primer lugar y que, en todo caso, partiendo de las indicaciones de mi nota personal, no hayas tratado de comprender mejor: *toda* nuestra carta era una requisitoria contra las oposiciones, pero su redacción no estaba hecha en términos demagógicos y precisamente por eso era más eficaz y más seria. Te ruego que adjuntes a las actas, además del texto italiano de la carta y de mi nota personal, también la presente.

Saludos cordiales. Antonio

LUCHA POLÍTICA Y GUERRA MILITAR[1]

En la guerra militar, logrado el fin estratégico de la destrucción del ejército enemigo y de la ocupación de su territorio, se da la paz. Es preciso señalar, por otro lado, que para que concluya la guerra basta con que el fin estratégico sea alcanzado sólo potencialmente; o sea basta con que no exista duda de que un ejército no puede combatir más y que el ejército victorioso "puede" ocupar el territorio enemigo. La lucha política es enormemente más compleja. En cierto sentido puede ser parangonada con las guerras coloniales o con las viejas guerras de conquista, cuando el ejército victorioso ocupa o se propone ocupar en forma estable todo o una parte del territorio conquistado. Entonces, el ejército vencido es desarmado y dispersado, pero la lucha continúa en el terreno político y en el de la "preparación" militar.

Así, la lucha política de la India contra los ingleses (y en cierta medida de Alemania contra Francia o de Hungría contra la Pequeña Entente)[2] conoce tres formas de guerras: de movimiento, de posición y subterránea. La resistencia pasiva de Gandhi es una guerra de posición, que en algunos momentos se convierte en guerra de movimiento y en otros en guerra subterránea: el boicot es guerra de posición, las huelgas son guerra de movimiento, la preparación clandestina de armas y de elementos combativos de asalto es guerra subterránea. Hay una forma de "arditismo", pero es empleada con mucha ponderación. Si los ingleses tuviesen la convicción de que se prepara un gran movimiento insurreccional destinado a destruir su actual superioridad estratégica (que consiste, en cierto sentido, en su posibilidad de maniobrar a través de líneas interiores y de concentrar sus fuerzas en el punto "esporádicamente" más peligroso) con el ahogamiento de masa (es decir, constriñéndolos a diluir sus fuerzas en un teatro bélico generalizado en forma simultánea), les convendría *provocar* la salida prematura de las fuerzas combatientes indias para identificarlas y decapitar el movimiento general. Así, a Francia le convendría que la derecha nacionalista alemana fuese envuelta en un

[1] Fragmento de *Notas sobre Maquiavelo (M,* pp. 62-68 [75-83]). Cf. cap. 3, "Guerra de movimiento y guerra de posición".

[2] La Pequeña Entente es la alianza defensiva que el 14 de agosto de 1920 unió a Yugoslavia y Checoeslovaquia, a las que muy pronto se agregó Rumania, y que estaba destinada a impedir toda tentativa de Hungría de reconquistar total o parcialmente lo que había perdido la monarquía austro-húngara en el tratado de paz. Los contratantes declaran oponerse a toda reconstrucción de la antigua monarquía y a toda nueva federación, y se comprometen a un apoyo recíproco en caso de ataque húngaro. Contra la Pequeña Entente, patrocinada por Francia, Hungría se vio llevada a inclinarse cada vez más, después del surgimiento de los regímenes fascistas, hacia Alemania e Italia.

golpe de Estado aventurado que impulsara a la presunta organización militar ilegal a manifestarse prematuramente, permitiendo una intervención afortunada desde el punto de vista francés. He aquí por qué en estas formas mixtas de lucha, cuyo carácter militar es fundamental y el carácter político preponderante (toda lucha política tiene siempre un sustrato militar), el empleo de los "arditi" demanda un desarrollo táctico original, para cuya concepción la experiencia de guerra sólo puede dar un estímulo y no un modelo.

El problema de los *comitadjis*[3] balcánicos merece un tratamiento aparte, ya que están ligados a condiciones particulares del ambiente físico-geográfico regional, a la formación de las clases rurales e igualmente a la eficiencia real de los gobiernos. Lo mismo para el caso de las bandas irlandesas, cuya forma de guerra y de organización estaba ligada a la estructura social de ese país. Los *comitadjis*, los irlandeses y las otras formas de guerra de guerrillas deben ser separadas de la cuestión del arditismo, si bien parecen tener puntos de contacto con ella. Estas formas de lucha son propias de minorías débiles pero exasperadas, contra mayorías bien organizadas, mientras que el arditismo moderno presupone una gran reserva, inmovilizada por diversas razones pero potencialmente eficiente, que lo sostiene y lo alimenta con aportes individuales.

La relación existente en 1917-18 entre las formaciones de "arditi" y el ejército en su conjunto puede conducir y condujo ya a los dirigentes políticos a erróneas formulaciones en sus planes de lucha. Se olvida: 1) que los "arditi" son simples formaciones tácticas que presuponen un ejército poco eficiente, mas no inerte por completo, puesto que si la disciplina y el espíritu militar se relajaron hasta aconsejar una nueva disposición táctica, a pesar de todo existen en cierta medida, y en correspondencia con ella, se da justamente la nueva formación táctica; de otra manera se produciría inevitablemente la derrota y la fuga; 2) que es preciso no considerar al "arditismo" como un signo de la combatividad general de la masa militar, sino, por el contrario, como un signo de su pasividad y de su relativa desmoralización. Esto sea dicho manteniendo implícito el criterio general de que los parangones entre el arte militar y la política deben ser establecidos siempre *cum grano salis*, es decir, sólo como estímulos para el pensamiento y como términos de simplificación *ad absurdum*. En efecto, en la militancia política falta la sanción penal implacable para quien yerra o no obedece exactamente, falta la ley marcial, sin contar con el hecho de que la disposición de las fuerzas políticas no es ni de lejos comparable al encuadramiento militar.

En la lucha política, además de la guerra de movimiento y de la guerra de asedio o de posición, existen otras formas. El verdadero "arditismo", o sea el "arditismo" moderno, es propio de la guerra de posición, tal como se reveló en 1914-18. La guerra de movimiento y la de asedio de los periodos precedentes tenían también, en cierto sentido, sus

3 Nombre dado a las bandas de combatientes irregulares que operaban en la península balcánica y preparaban la lucha contra los turcos.

"arditi". La caballería ligera y pesada, los *bersaglieri*[4] etc., las tropas veloces en general, cumplían en parte una función de "arditi"; así, por ejemplo, en el arte de organizar las patrullas estaba contenido el germen del arditismo moderno. En la guerra de asedio dicho germen existía más que en la guerra de movimiento: servicio de patrullas más extendido y, sobre todo, el arte de organizar salidas y asaltos imprevistos por medio de elementos escogidos.

Otro elemento digno de tenerse presente es el siguiente: en la lucha política es preciso no imitar los métodos de lucha de las clases dominantes, para no caer en fáciles emboscadas. En las luchas actuales este fenómeno se verifica con mucha frecuencia. Una organización estatal debilitada es como un ejército que ha perdido todo su vigor; entran en el campo los "arditi", o sea, las organizaciones armadas privadas que tienen dos objetivos: hacer uso de la ilegalidad, mientras el Estado parece permanecer en la legalidad, como medio de reorganizar al mismo Estado. Creer que a la actividad privada ilegal se le puede contraponer otra actividad similar, es decir, combatir el arditismo con el arditismo es algo estúpido; significa creer que el Estado permanecerá siempre inerte, lo cual no ocurre jamás, al margen de las otras condiciones diferentes. El carácter de clase lleva a una diferencia fundamental: una clase que debe trabajar todos los días con horario fijo no puede tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas como una clase que tiene amplias posibilidades financieras y no está ligada, con todos sus miembros, a un horario fijo. A cualquier hora del día y de la noche, estas organizaciones convertidas en profesionales pueden descargar golpes decisivos y utilizar la sorpresa. La táctica de los "arditi" no puede tener, por lo tanto, la misma importancia para una clase que para otra. Para ciertas clases es necesaria, porque le es propia, la guerra de movimiento y de maniobra que, en el caso de la lucha política, puede combinarse con un útil y hasta indispensable uso de la táctica de los "arditi". Pero fijarse en un modelo militar es una tontería: la política debe ser, también aquí, superior a la parte militar. Sólo la política crea la posibilidad de la maniobra y del movimiento.

De todo lo dicho se advierte que en el fenómeno del arditismo militar es preciso distinguir entre función técnica de arma especial ligada a la moderna guerra de posición y función político-militar: como función de arma especial el arditismo existió en todos los ejércitos que participaron en la guerra mundial; como función político-militar existió en los países políticamente no homogéneos y debilitados, los que, por consiguiente, tenían como expresión un ejército nacional poco combativo y un Estado Mayor burocratizado y fosilizado en la carrera.

A propósito de la comparación entre los conceptos de guerra de maniobra y guerra de posición en el arte militar y los conceptos correspondientes en el arte político, debe recordarse el folleto de Rosa [Luxemburgo,[5] traducido del francés al italiano en 1919 por C. Alessandri].

[4] Cuerpo de élite fundado en 1836 por el capitán Lamarmora, luego general.
[5] Rosa Luxemburg: *Grève de masse, le Parti et les Syndicats,* trad. Bracke,

En el folleto se teorizan un poco apresuradamente y en forma superficial las experiencias históricas de 1905. En efecto, Rosa descuidó los elementos "voluntarios" y organizativos que en aquellos acontecimientos eran mucho más eficientes y numerosos de lo que ella creía, víctima de un cierto prejuicio "economista" y espontaneísta. Sin embargo este folleto (y otros escritos de la misma autora) es uno de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de maniobra aplicada al arte político. El elemento económico inmediato (crisis, etc.) es considerado como la artillería de campaña que, en la guerra, abre una brecha en la defensa enemiga, brecha suficiente como para que las tropas propias irrumpan y obtengan un éxito definitivo (estratégico) o al menos importante en la dirección de la línea estratégica. Naturalmente, en la ciencia histórica la eficacia del elemento económico inmediato es considerado como mucho más complejo que el de la artillería pesada en la guerra de maniobra, ya que este elemento era concebido como causante de un triple efecto: 1) abrir una brecha en la defensa enemiga luego de haber llevado la confusión a los cuadros adversarios, abatida su confianza en sí mismos, en sus fuerzas y en su porvenir; 2) organizar con una rapidez fulminante las propias tropas, crear sus cuadros, o al menos ubicar con una celeridad fulminante los cuadros existentes (elaborados hasta entonces por el proceso histórico general) en su puesto de enouadre de las tropas diseminadas; 3) crear en forma instantánea la concentración ideológica de la identidad de los fines a alcanzar. Era una forma de férreo determinismo economista, con el agravante de que los efectos eran concebidos como inmediatos en el tiempo y en el espacio; se trataba por ello de un verdadero misticismo histórico, de la espera de una especie de destello milagroso.

La observación del general Krasnov (en su novela)[6] de que la Entente (que no quería una victoria de la Rusia imperial para que no fuese resuelta definitivamente a favor del zarismo la cuestión oriental) impuso al Estado Mayor ruso la guerra de trinchera (absurda dado el enorme desarrollo del frente del Báltico al mar Negro, con grandes zonas palúdicas y boscosas) mientras que la única posible era la guerra de maniobra, es una tontería. El ejército ruso en realidad intentó la guerra de maniobra y de profundización especialmente en el sector austríaco (pero también en la Prusia Oriental) y obtuvo éxitos brillantísimos aunque efímeros. La verdad es que no se puede escoger la forma de guerra que se desea, a menos de tener súbitamente una superioridad abrumadora sobre el enemigo, y sabido es cuántas pérdidas costó la obstinación de los Estados Mayores en no querer reconocer que la guerra de posición era "impuesta" por las relaciones generales de las fuerzas que se enfrentaban. La guerra de posición, en efecto, no está constituida sólo por las trincheras propiamente dichas, sino por todo el sistema organizativo e

Gand, soc. cooperativa "Volks drukkerij" (1909, Abono Germinal núm. 7). [Nota de Gramsci].

[6] P.N. Krasnov: *Ot dvouglavago orla do krasnomouznamcni* (Del águila de dos cabezas a la bandera roja), novela, Berlín, Diakov, 1921.

industrial del territorio que está ubicado a espaldas del ejército: y ella es impuesta sobre todo por el tiro rápido de los cañones, por las ametralladoras, los fusiles, la concentración de las armas en un determinado punto y además por la abundancia del reabastecimiento que permite sustituir en forma rápida el material perdido luego de un avance o de un retroceso. Otro elemento es la gran masa de hombres que constituyen las fuerzas desplegadas, de valor muy desigual y que justamente sólo pueden operar como masa. Se ve cómo en el frente oriental una cosa era irrumpir en el sector alemán y otra diferente en el sector austríaco y cómo también en el sector austríaco, reforzado por tropas escogidas alemanas y comandadas por alemanes, el ataque de choque como táctica termina en un desastre.[7] Algo análogo se observa en la guerra polaca[8] de 1920, cuando el avance que parecía irresistible fue detenido delante de Varsovia por el general Weygand en la línea comandada por los oficiales franceses. Los mismos técnicos militares que ahora se atienen fijamente a la guerra de posición como antes se atenían a la guerra de maniobra, no sostienen por cierto que el tipo precedente debe ser suprimido de la ciencia; sino que en las guerras entre los Estados más avanzados industrial y civilmente se debe considerar a ese tipo como reducido a una función más táctica que estratégica, se lo debe considerar en la misma posición en que se encontraban en una época anterior la guerra de asedio con respecto a la de maniobra.

La misma reducción debe ser realizada en el arte y la ciencia política, al menos en lo que respecta a los Estados más avanzados, donde la "sociedad civil" se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna. Así como en éste ocurría que un encarnizado ataque de la artillería parecía destruir todo el sistema defensivo adversario, cuando en realidad sólo había destruido la superficie exterior y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraron frente a una línea defensiva todavía eficiente, lo mismo ocurre en la política durante las grandes crisis económicas. Ni las tropas asaltantes, por efecto de las crisis, se organizan en forma fulminante en el tiempo y el espacio, ni, tanto menos, adquieren un espí-

[7] Alusión a las ofensivas rusas de los años 1914-1915; mientras que en la parte norte del frente oriental, en manos de los alemanes, los rusos habían sufrido reveses desde el comienzo de la campaña, su superioridad numérica, explotada en particular en el ataque precipitado del verano de 1914 les había permitido aplastar inicialmente a las tropas austro-húngaras y ocupar Galitzia. Durante el verano de 1915, esos resultados quedaron anulados por un contraataque de las tropas austrohúngaras encuadradas y reforzadas por los cuerpos alemanes del general Mackensen.

[8] Pilsudsky, en abril de 1920, lanzó a Polonia a una ofensiva contra la Rusia de los Soviets, esperando aprovechar su debilidad y las luchas contrarrevolucionarias. Pero su ofensiva fue detenida en Ucrania desde el mes de mayo (contraofensiva de Tujachevski). La ofensiva rusa condujo a Budienny hasta las inmediaciones de Varsovia. Pilsudski se salvó por el apoyo de Francia, que le envió municiones y oficiales, entre éstos el general Weygand.

ritu agresivo; recíprocamente, los asaltados no se desmoralizan ni abandonan la defensa, aun entre los escombros, ni pierden la confianza en las propias fuerzas ni en su porvenir. Las cosas, por cierto, no permanecen tal cual eran, pero es verdad que llegan a faltar los elementos de rapidez, de ritmo acelerado, de marcha progresiva definitiva que esperaban encontrar los estrategas del cadornismo político.

El último hecho de este tipo en la historia de la política son los acontecimientos de 1917. Ellos señalaron un cambio decisivo en la historia del arte y de la ciencia de la política. Se trata, por consiguiente, de estudiar con "profundidad" cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden a los sistemas de defensa en la guerra de posición. Se dice con "profundidad" intencionadamente, ya que fueron estudiados, pero desde puntos de vista superficiales y triviales, tal como ciertos historiadores de constumbres estudian las rarezas de la moda femenina desde un punto de vista "racionalista", es decir, persuadidos de que a ciertos fenómenos se los destruye tan sólo con explicarlos en forma "realista", como si fuesen supersticiones populares (que por otro lado tampoco se destruyen con el hecho de explicarlas).

Es necesario ver si la famosa teoría de Bronstein[9] sobre la *permanencia* del movimiento no es el reflejo político de la teoría de la guerra de maniobra (recordar la observación del general de cosacos Krasnov), en última instancia, el reflejo de las condiciones generales económico-cultural-sociales de un país donde los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados, y no pueden transformarse en "trinchera o fortaleza". En este caso, se podría decir que Bronstein, que aparece como un "occidentalista", era en cambio un cosmopolita, es decir superficialmente nacional y superficialmente occidentalista, o europeo. Ilich,* en cambio, era profundamente nacional y profundamente europeo.

En sus memorias, Bronstein recuerda que se le dijo que su teoría había demostrado ser válida luego de. . . quince años, y responde al epigrama con otro epigrama. En realidad, su teoría como tal no era válida ni quince años antes ni quince años después; como ocurre con los obstinados, de los que habla Guicciardini,[10] él adivinó *"grosso modo"*, es decir, tuvo razón en la previsión práctica más general. Es como afirmar que

[9] La teoría de Trotski sobre la "revolución permanente".

[10] Francesco Guicciardini, hombre de Estado, presidente del Estado de Toscana; Maquiavelo se reunió con él en enero de 1525, por iniciativa del papa Clemente VII, para tratar la creación de una milicia nacional. En su obra, Gramsci opone varias veces a Maquiavelo y Guicciardini, afirmando que este último "representa un paso atrás con respecto a Maquiavelo". "Maquiavelo es 'pesimista' (o mejor dicho 'realista') al considerar a los hombres y los móviles de su obra; Guicciardini no es pesimista, sino escéptico y sórdido". En otras palabras: "Guicciardini. . . retoma a un pensamiento político puramente italiano mientras Maquiavelo se había elevado a . . . la experiencia europea (internacional en aquella época)" *(MS,* p. 85 [102]). Gramsci afirma que, en cierto sentido, "habrá que matar al hombre de Guicciardini" para evitar la moral del conservador político y del provinciano sórdido.

* Ilich: Lenin [T.].

una niña de cuatro años se convertirá en madre y al ocurrir esto, a los veinte años, decir: "lo había adivinado", no recordando sin embargo que cuando tenía cuatro años se deseaba violarla, en la seguridad de que se convertiría en madre. Me parece que Ilich había comprendido que era necesario pasar de la guerra de maniobra, aplicada victoriosamente en Oriente en 1917,* a la guerra de posición que era la única posible en Occidente donde, como observa Krasnov, en breve lapso los ejércitos podían acumular interminables cantidades de municiones, donde los cuadros sociales eran de por sí capaces de transformarse en trincheras muy provistas. Y me parece que éste es el significado de la fórmula del "frente único", que corresponde a la concepción de un solo frente de la Entente bajo el comando único de Foch.

Sólo que Ilich no tuvo tiempo de profundizar su fórmula, aun teniendo en cuenta el hecho de que podía ser profundizada sólo teóricamente, mientras que la tarea fundamental era nacional, es decir, exigía un reconocimiento del terreno y una fijación de los elementos de trinchera y de fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil, etc. En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas; en mayor o menor medida de un Estado a otro, se entiende, pero esto precisamente exigía un reconocimiento de carácter nacional.

La teoría de Bronstein puede ser comparada con la de ciertos sindicalistas franceses sobre la huelga general y con la teoría de Rosa expuesta en el folleto traducido por Alessandri. El folleto de Rosa y sus teorías, por otro lado, influyeron sobre los sidicalistas franceses, tal como se evidencia en ciertos artículos de Rosmer sobre Alemania aparecidos en *La Vie ouvrière* (primera serie en pequeños fascículos). Dicha teoría depende en parte también de la teoría de la espontaneidad.

* Oriente en 1917: la Revolución rusa [T.].

NOTA INÉDITA SOBRE LA HIPOCRESÍA DE LA AUTOCRÍTICA

Este texto, redactado en 1935 para el cuaderno Passato e presente, *es inédito; fue publicado parcialmente por Spriano en* Storia del partido comunista italiano *(t. II) y por V. Gerratana en* Rinascita *(27 de octubre de 1972). Gramsci consideraba a estas páginas como un conjunto de notas provisorias que tenía la intención de revisar, como lo prueba la frase: "La argumentación debe reconsiderarse". A través de sus reflexiones (que hay que ubicar en el marco de la problemática tratada por Gramsci y Togliatti en su correspondencia), Gramsci aborda el problema del "parlamentarismo negro" y de la "autocrítica", refiriéndose a la situación italiana (el fascismo). Para resumir, Gramsci afirma que un Estado totalitario que suprime el parlamento legal, lugar donde se enfrentan y equilibran las diferentes tendencias políticas, no puede simultáneamente impedir la formación de un "parlamentarismo implícito" y "negro", prueba del carácter incompleto de la hegemonía de la corriente dominante, y que hace que la misma autocrítica sea formal, ya que no está en condiciones de eliminar las causas que han dado origen a las diferentes tendencias. Gramsci se refiere igualmente aquí al "fraccionismo" (como parlamentarismo negro) y al desplazamiento de Trotski.*

P. Spriano admite que estas consideraciones "hacen referencia a los problemas del comunismo", pero con ciertas restricciones: según él, Gramsci retoma argumentos propios de la "propaganda comunista contra el sistema democrático-burgués y su ausencia total de democracia" y justifica la liquidación de Trotski con "opiniones que no difieren en sustancia de las de Stalin y Togliatti".

Por su lado, Gerratana ve en estas líneas una referencia al fascismo, ya que las alusiones gramscianas a la URSS se explican por el hecho de que Gramsci "siempre se negó a aislar el fenómeno del fascismo pasando por alto su vinculación con todos los aspectos de la realidad contemporánea".

Es evidente que Gramsci se refiere al fascismo; pero no es menos cierto que la referencia a Trotski y a la URSS, con las que termina el texto, es una consecuencia de la argumentación precedente. Estamos autorizados, pues, a leer los pasajes que se refieren explícitamente al fascismo en la parte esencial de su esfuerzo de conceptualización, a la luz de las últimas líneas concernientes a la URSS.

Desde este punto de vista encontramos un Gramsci que apueba, por cierto, la liquidación de Trotski, pero sin dejar de ser, una vez más, ferozmente hostil a los "métodos" de Stalin y de Togliatti.

En definitiva, Gramsci revela la dificultad de un régimen de dictadura proletaria para desembarazarse del parlamentarismo, entendido como formación de tendencias, fenómeno estrechamente ligado a la in-

fraestructura; en otras palabras, sólo mediante una socialización completa de las relaciones de producción será posible eliminar el individualismo y, por consiguiente, la formación de diferentes tendencias políticas. Pero Gramsci, que no es un economista (y aquí hay que recordar que, según la teoría stalinista, un potente desarrollo de la economía socialista suscitará directamente el comunismo, incluso a nivel superestructural) reubica el problema en el marco más amplio de la cuestión de la hegemonía. Visto desde este ángulo, el "parlamentarismo negro", el "individualismo" se integran en el contexto del "corporativismo", es decir de esa búsqueda de la utilidad individual (sólo para el individuo, o sólo para la clase) que Gramsci denuncia permanentemente en sus notas sobre la hegemonía (basta referirse a la ya citada "Correspondencia" de 1926): Gramsci no es, ciertamente, partidario de un retorno al parlamentarismo democrático de tipo burgués, como bien muestra V. Gerratana (en Rinascita, *núm. 42, 27 de octubre de 1972): "¿Esto significa que el retorno al parlamentarismo tradicional sería un progreso? De ningún modo, pues según Gramsci cuando el parlamentarismo funciona 'públicamente',* el verdadero parlamentarismo es 'el negro'. *El problema, explica Gramsci, no puede resolverse automáticamente incluso en el caso de la revolución socialista, pues cuando se produce efectivamente una revolución, no por eso se suprimen de inmediato todos los mecanismo del individualismo económico, lo que inevitablemente genera un fenómeno de 'parlamentarismo negro'. Por lo tanto, hay que situar a esta cuestión dentro del marco de la estrategia de conjunto de los problemas concernientes a la perspectiva revolucionaria en Occidente, tal como Gramsci los abordó e interpretó".*

Pero el problema suscitado concierne a la sociedad socialista tal como se estructuró en la URSS, y sobre la cual se abatiría la ola de los procesos stalinianos.

En este marco, Gramsci bien puede justificar la "liquidación" de Trotski como un "episodio" de la "liquidación del parlamentarismo negro *subsiguiente a la abolición del parlamentarismo* legal", *es decir como una manera de descartar el riesgo de un "despertar de fuerzas sociales latentes y soñolientas"; sin embargo, y aquí reside toda la diferencia con Stalin y Togliatti, esto no basta: Gramsci precisa que el caso Trotski es sólo un síntoma de cierta situación, de un proceso real de lucha cuyas causas no se pueden "liquidar" suprimiendo simplemente los síntomas, eliminando a los protagonistas, recurriendo a la violencia represiva; no es casual que el conjunto de estas notas concluya con una pequeña frase que por sí sola condensa todo el sentido de este enfoque: "Suprimir el barómetro no es suprimir el mal tiempo".*

También en este caso, la diferencia de método entre el centralismo democrático de Gramsci y el centralismo burocrático de Stalin, retomado por Togliatti, se muestra a las claras: franca confrontación, persuasión, supresión a favor del debate de las causas profundas de divergencia, en Gramsci; procedimientos burocráticos, decisiones administrativas, liquidación física, en Stalin.

La nota sobre las reglas jurisdiccionales, escrita en 1935, aunque no

trata directamente de lo que ocurría en la URSS, y está redactada en forma casi cifrada, condena los procesos stalinistas en los que se consideraba a "la confesión" como prueba fundamental, de acuerdo a una antigua concepción feudal, la de la Inquisición.

LA AUTOCRÍTICA Y LA HIPOCRESÍA DE LA AUTOCRÍTICA

Es evidente que la autocrítica se ha convertido en una expresión de moda. Se pretende hacer ceer, en palabras, que la crítica representada por el "libre juego" de las luchas políticas en el régimen representativo tiene ahora un equivalente que, de hecho, si se lo aplica con seriedad, es más eficaz y por tanto más rico en consecuencias que la crítica precedente. Pero ésa es la cuestión: es preciso que el sucedáneo se aplique seriamente, que la autocrítica sea activa y "despiadada", pues en ello reside su mayor eficacia: debe ser despiadada. Vemos, en cambio, que la autocrítica podía dar lugar a discursos muy bellos, a peroratas interminables, y nada más: la autocrítica se ha "parlamentarizado". Pues aún no se ha advertido que destruir el parlamentarismo no es tan fácil como parece. El parlamentarismo es mucho más peligroso "implícito" y "tácito" que en sus formas declaradas, pues conserva todos sus defectos sin tener sus aspectos positivos. Frecuentemente nos encontramos –y cuando menos lo esperamos– con un régimen de partidos "tácito", o sea con un parlamentarismo "tácito" e "implícito". Es, pues, evidente la imposibilidad de abolir una "pura" forma, como la del parlamentarismo, sin abolir radicalmente su contenido, el individualismo en el sentido preciso de "apropiación individual" de la ganancia o de iniciativa económica para la ganancia capitalista individual. La autocrítica hipócrita caracteriza precisamente ese tipo de situación. Por lo demás, ahí están las estadísticas para presentarnos una prueba concreta de esa posición. A menos que se pretenda sostener que la criminalidad ha desaparecido, lo que otras estadísticas desmienten, ¡y de qué manera! (Toda la argumentación debe revisarse y, en particular, la que se refiere al régimen de partidos y el parlamentarismo "implícito", es decir aquel que funciona como un "mercado negro" y una "lotería" clandestina en los casos en que, por una u otra razón, están cerrados el mercado legal y la lotería estatal). Teóricamente, lo importante no es cómo mostrar que entre el viejo absolutismo, derribado por los regímenes constitucionales, y el nuevo absolutismo, hay una diferencia esencial que no se podría considerar como una regresión; sino también probar que ese "parlamentarismo negro" está regido por ciertas necesidades históricas actuales, y es a su manera un "progreso"; que volver al "parlamentarismo" tradicional sería ir a contramano de la historia, ya que, incluso cuando este último "funciona" oficialmente, el verdadero parlamentarismo es, de hecho, el "negro". Teóricamente, en mi opinión, podemos explicar este fenómeno a partir de la noción de "hegemonía", con un retorno al "corporativismo": no en el sentido del "antiguo régimen", sino en el sentido moderno del término, es decir cuando la corporación ya no puede representar a un grupo cerrado y exclusivo, como en el pasado (actualmente se trata de un corporativismo con "función social", sin la menor restricción de naturaleza hereditaria o de alguna otra. . . especie –restricción que, incluso en el pasado, era muy relativa, ya que tenía sobre todo el carácter de un "privilegio legal"). A este respecto, hay que excluir todo apoyo, aunque fuese aparente, a las tendencias "absolutistas", y esto sólo es po-

sible acentuando el carácter "transitorio" (en el sentido de que no hace época, y no en el sentido de que tuviera "corta duración") del fenómeno. (A este respecto, hay que observar que a menudo se tiende a confundir lo que "no hace época" con lo que tiene una corta duración "en el tiempo"; se puede "durar" relativamente de manera prolongada sin "hacer época"; la fuerza de resistencia de ciertos regímenes es por lo general insospechada, sobre todo cuando son "fuertes" por la debilidad de los otros, aunque esta debilidad sea provocada: recordemos en este sentido las opiniones de Cesarino Rossi, que "en definitiva" eran sin duda falsas, pero correspondían muy bien a cierta realidad). El parlamentarismo "negro" parece ser un argumento que merece cierto tratamiento: será también la ocasión de precisar las nociones políticas que están en la base de la concepción "parlamentaria". Las comparaciones con otros países son en este caso interesantes; por ejemplo, la liquidación de León Davidovich (Trotski), ¿no es "igualmente" un episodio de la liquidación del "Parlamento negro" que había sobrevivido a la abolición del Parlamento "legal"?

Hecho real y hecho legal. Sistema de fuerzas en equilibrio inestable que encuentran en el terreno parlamentario la base "legal" de su equilibrio "más conveniente". Y abolición de esta base legal, pues ésta es ocasión del despertar y de la organización de fuerzas sociales latentes y soñolientas; por lo tanto, esta abolición es un síntoma (o una prefiguración) de la intensificación de las luchas, y no la inversa. Cuando un conflicto puede resolverse dentro del marco de la legalidad, no es, por cierto, peligroso; llega a serlo, precisamente, cuando el equilibrio legal no es realizable (lo que no quiere decir que suprimir el barómetro sea suprimir el mal tiempo).

LAS INNOVACIONES EN EL CUERPO DE REGLAS JURISDICCIONALES Y LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

La idea que se encuentra en el prefacio a la *Crítica de la economía política*, 1859: "No se puede juzgar a un individuo de acuerdo a lo que él cree de sí mismo" puede ser referida al cambio que tuvo lugar en el cuerpo de reglas jurisdiccionales y a las discusiones teóricas pertinentes, aún recientes en 1859. En el antiguo procedimiento, la pronunciación de la sentencia de condena exigía, de hecho, la confesión del inculpado (sobre todo para los delitos capitales): *habemus confitentem reum* parecía ser el remate de todo procedimiento judicial, lo que justificaba los apremios, las presiones morales y los diferentes grados de tortura (no como pena sino como medio de la instrucción). En el nuevo procedimiento, el interrogatorio del inculpado pasa a ser un elemento que se deja más o menos de lado, o en todo caso es útil sólo para conducir bien las investigaciones ulteriores de la instrucción y del proceso: pues el inculpado no presta ningún juramento y se le reconoce el derecho de no responder, de comportarse con reticencia e incluso de mentir. El peso

más importante corresponde a las pruebas materiales objetivas y a los testimonios desinteresados (los funcionarios del Estado no deben ser considerados como testigos, sino sólo como informantes del ministerio público).

Y a partir de aquí, buscar si ya se ha hecho una comparación entre el método de instrucción para establecer la responsabilidad penal de los individuos particulares y el método crítico, propio de la filosofía de la praxis, para reconstruir la "personalidad" objetiva de los acontecimientos históricos y de su desarrollo; ver si ya se ha examinado el movimiento por la renovación de las reglas jurisdiccionales como elemento "sugestivo" para la renovación del estudio de la historia: Sorel hubiera podido hacerlo notar, ya que corresponde a su estilo de pensamiento.

Observar también que el movimiento de renovación de ese cuerpo de reglas, que no deja de suscitar una menor importancia de la esfera política (determinando un reforzamiento de la tendencia hacia la división del poder y la independencia de la magistratura y, por consiguiente, hacia la reorganización general de la estructura del aparato de gobierno), ha sido atenuado en muchos países, que han vuelto a los antiguos métodos de instrucción y por lo tanto a la tortura; son conocidos en este sentido los sistemas de la policía norteamericana, con sus tres niveles de interrogatorios. De esta manera, la figura del abogado público ha perdido muchos de sus rasgos característicos; éste debería representar objetivamente los intereses de la ley y de la sociedad legal, que resultan vulnerados no solamente cuando no se castiga a un culpable, sino cuando se condena a un inocente. Pareciera, en cambio, que se ha formado la convicción de que el ministerio público es el abogado del diablo que envía al infierno sobre todo a los inocentes, para burlarse de Dios, y que, por consiguiente, se ve llevado a pronunciar siempre sentencias de condena.

NOTAS HISTÓRICAS*

1. LA REPÚBLICA PARTENÓPEA

Ante la amenaza de las tropas francesas, que, hacia fines de 1798, se disponían a invadir el reino de Nápoles, el rey Ferdinando I huyó a Sicilia para constituir en ese lugar un gobierno provisional. Pero la burguesía en ascenso, que adhería a las ideas de la Revolución francesa, estaba decidida a derrocar a la monarquía reaccionaria apoyándose precisamente en las fuerzas francesas. Fue así como se proclamó la República partenópea el 23 de enero de 1799. La República tuvo corta vida, porque la burguesía, en razón de sus intereses, no estaba en condiciones de responder a las aspiraciones globales de la población: su origen terrateniente le impedía, en efecto, proceder a la reforma agraria que constituía la reivindicación fundamental de la enorme masa de campesinos pobres e ignorantes, favoreciendo así su emancipación. Por lo demás, estos mismos campesinos tomaron las armas contra los franceses, estimulados a ello por el clero y los partidarios del rey, a los que, en razón de su miseria y de su ignorancia, seguían siendo tradicionalmente fieles. Fueron los feudales quienes explotaron las contradicciones a su favor y realizaron, ante la nueva opresión que la burguesía infería a los campesinos, las reformas que ésta se había negado a emprender. De esa manera el cardenal Ruffo no tuvo ningún inconveniente en reconquistar el reino. En noviembre de 1799 caía la República, ejecutándose a todos sus dirigentes.

2. EL RISORGIMENTO

a) Mazzini y los demócratas. El movimiento democrático-republicano y el movimiento liberal-moderado son las dos grandes corrientes que animaron el pensamiento y la acción política del Risorgimento italiano. El origen del primero, de inspiración mazziniana, se remonta a *La Carbonaria,* vasta organización secreta, nacida inmediatamente después de la Restauración y que reagrupaba a las tendencias políticas más diversificadas, desde los "jacobinos" de inspiración antinapoleónica e igualitarista (con Filippo Buonarroti) hasta los moderados, partidarios de una monarquía constitucional.

Giuseppe Mazzini había entrado en esa organización secreta en 1827; detenido en 1830 por sus actividades de "carbonario", fue obliga-

* Estas *Notas históricas* fueron redactadas por Roberta Bettini, a quien expreso mi reconocimiento M.A.M.

do a exilarse. Después de permanecer en Suiza, y luego en Francia, donde tuvo contactos con los grupos buonarrotianos y saint-simonianos, llegó a la conclusión –que constituye el fundamento de su programa político– de que solamente la unidad nacional podía asegurar la renovación de Italia; ese objetivo, pensaba, sólo podía alcanzarse mediante una revolución política, intelectual y moral que debía ser hecha por el pueblo. En 1831 fundó una organización revolucionaria –*La Giovane Italia*– que sustituirá al movimiento "carbonario" y cuyo programa político tendrá como eje la *unidad* y la *República*. Sin embargo, la "religiosidad" de que está impregnado el pensamiento político de Mazzini –que en ciertos aspectos recuerda el "nuevo cristianismo" de Saint-Simon– le impidió siempre pensar la revolución italiana en términos de lucha de clases entre explotadores y explotados. Aunque sublevado por la injusticia reinante y sin dejar de admitir la necesidad de abordar la cuestión social, se limitó a presentar fórmulas asociacionistas, favoreciendo la cooperación de clase, en el marco de un sistema fundado en la propiedad privada (a la que consideraba un principio sagrado e intangible). Por esa razón, fue hostil a la reforma agraria, de inspiración revolucionaria. Frente a la cuestión campesina, la debilidad de su programa impidió a los demócratas mazzinianos proponer una alternativa seria a la política de los moderados. A pesar de eso, dicho programa tuvo suficiente repercusión en las capas medias de las ciudades y entre los intelectuales como para dar lugar, en Cerdeña, en Emilia, en Toscana, a una serie de movimientos insurreccionales (1833-1834), todos ellos reprimidos. Después de estas derrotas, *La Giovane Italia* atravesó un periodo de crisis durante el cual Mazzini, siempre exiliado, vagó de un país a otro hasta encontrarse finalmente en Londres en 1837, desde donde reorganizó el movimiento para emprender una serie de luchas insurreccionales que se prolongaron hasta la ola revolucionaria de 1848.

b) La República romana. Mientras un vasto movimiento de represión siguió, en toda Europa, a la ola revolucionaria de 1848, en ciertos Estados de Italia se asiste a una reanudación de la lucha cuyo episodio más significativo es la creación de la República romana.

Luego del motín de la población que siguió al asesinato de Pellegrino Rossi, primer ministro de Pío IX, hecho sucedido en Roma en noviembre de 1848, el papa Pío IX debió abandonar los Estados pontificios para refugiarse en Gaeta. Los demócratas eligieron entonces una Asamblea constituyente que proclamó el fin del poder temporal de la Iglesia e instituyó la República (febrero de 1849). Ésta estaba presidida por un triunvirato compuesto de Mazzini, Armellini y Saffi. Pero muy pronto la República romana se vio amenazada: en efecto, Napoleón III, interesado en granjearse el apoyo de los clericales franceses para derrotar a la oposición republicana, buscó restablecer en su trono a Pío IX. Después de desembarcar en Civitavecchia, el ejército francés marchó sobre Roma, sufriendo varios reveses frente a las tropas de Giuseppe Garibaldi y Carlo Pisacane, apoyados por la población; no obstante, logró apoderarse de la ciudad (julio de 1849). Esta derrota puso un fin prematuro a una experiencia histórica particularmente original en el contexto de la

época: la constitución de la República romana fue la única que instituyó en Italia el sufragio universal; el triunvirato fue el único gobierno que trató de satisfacer las reivindicaciones de los campesinos mediante un decreto que estipulaba la cesión —bajo la forma de expropiación— de las tierras de la Iglesia a los campesinos pobres. El conjunto de estas medidas permitió que la República gozara del apoyo de toda la población en su lucha contra el invasor extranjero.

c) Carlo Pisacane, Giuseppe Ferrari y la expedición de Sapri. Después de 1849, las condiciones de la lucha fueron muy difíciles para los demócratas, no sólo en virtud de la restauración violenta de los regímenes reaccionarios, sino también a causa de las divisiones que aparecieron en el seno del movimiento sobre la estrategia a adoptar: hubo en primer lugar una *crítica de izquierda* a Mazzini que preconizaba una solución más progresista y "social" de la cuestión nacional. Giuseppe Ferrari y Carlo Pisacane fueron los principales representantes de este "socialismo del Risorgimento" que, como corriente de ideas, sentó las bases ideológicas del movimiento socialista italiano después de la unificación. Para Ferrari, la independencia italiana debía desembocar necesariamente en una revolución social, que sería la única que podría liberar al pueblo, no sólo de la dominación extranjera y del absolutismo, sino también y sobre todo de la opresión burguesa. Pisacane, ex oficial del ejército napolitano y también uno de los jefes militares de la República romana, fue aún más lejos que Ferrari en sus ataques a la línea mazziniana. En su opinión, Italia estaba todavía más cerca que Francia de la revolución social. Para desencadenarla, pensaba, teniendo en cuenta las debilidades de la burguesía naciente, bastaba liberar al país de la dominación de los Habsburgos, verdadera fuerza conservadora.

Por lo demás, atacaron a Mazzini *desde la derecha* ciertos grupos de demócratas que veían en la intransigencia republicana y en el empleo sistemático del método insurreccional un obstáculo a la unión de las fuerzas patrióticas, considerando indispensable una alianza con la monarquía piamontesa. Se constituye así toda una corriente monarquista-unitaria y pro-piamontesa, a la que se unirán numeros mazzinianos, como Garibaldi, que fundó en 1857 la *Società nazionale,* cuyo programa consistía en impulsar al rey del Piamonte a encabezar la causa unitaria. Esta iniciativa de la derecha del movimiento dio lugar a una doble reacción: por un lado, Mazzini replicó constituyendo el *Partito d'Azione* sobre bases más radicalmente republicanas; por otro, los grupos de izquierda pasaron por alto sus diferencias con Mazzini y se acercaron a él. Este reagrupamiento dio origen a la más vasta tentativa insurreccional de esos años, la expedición de Sapri (1857).

La situación era confusa en el sur: atentado fallido contra Ferdinando II en Nápoles; vasto movimiento de represión en Sicilia. Mazzini creyó que había llegado el momento de provocar una sublevación en la Italia meridional. Así, pues, viajó clandestinamente a Génova y preparó con Pisacane una expedición en el sur, que debía favorecer la insurrección de los campesinos contra el réginen de los Borbones. En junio de 1857, un grupo de patriotas, conducido por Pisacane, se apoderó de un navío con el

que llegó hasta la isla de Ponza, donde liberó a 300 detenidos y obtuvo armas, y continuando luego la expedición, desembarcó finalmente en la costa meridional de Italia, en Sapri. Pero las poblaciones locales, lejos de prestar apoyo a la operación, se unieron en cambio a las tropas reales para enfrentar a los patriotas (a quienes los Borbones presentaban como bandidos y saqueadores). Los patriotas, incluyendo a Pisacane, pagaron con su vida esta operación, que terminó en un fracaso total. La posición de Mazzini y del *Partido d'Azione* se debilitó a favor de las corrientes monarquistas y moderadas, cuya actividad política se desarrolló con una particular amplitud, sobre todo bajo la iniciativa de Cavour.

d) Cavour y los moderados. El movimiento liberal-moderado es la segunda corriente dominante del Risorgimento. Este movimiento, que comenzó a desarrollarse en Italia alrededor de 1830, estaba compuesto de intelectuales y escritores católicos partidarios de las ideas liberales. Los representantes de la cultura moderada italiana tenían algo en común: su hostilidad a la Revolución francesa, a la que imputaban la interrupción de la obra de reformas iniciada por la monarquía ilustrada. En el plano político, este movimiento opuso en sus comienzos, a la teoría mazziniana de un movimiento unitario y "revolucionario", la idea de una Federación de Estados italianos colocada bajo la autoridad del papa (el portavoz de esta tendencia fue Vincenzo Gioberti). Posteriormente, el movimiento optó por un enfoque de los problemas italianos de inspiración más definidamente laica y liberal. En esta perspectiva, Massimo d'Azeglio opuso al programa revolucionario un programa moderado, centrado en un conjunto de reformas administrativas y económicas y en la conquista de las libertades constitucionales. No obstante, los acontecimientos de 1848 incitaron a la burguesía liberal a aproximarse a las fuerzas conservadores y reaccionarias. Del mismo modo, el Vaticano, que aparentemente se había inclinado a un reformismo moderado, inició después de este periodo un trabajo de restauración radical, fundado en la consolidación de su estructura jerárquica y en la intransigencia doctrinaria, descartando así la solución del catolicismo liberal. Este viraje condujo a una crisis en las relaciones entre la Iglesia y el Estado cuando, en el momento de la unificación, la burguesía liberal se apoderó del poder político. La personalidad más representativa de este liberalismo laico es Camillo Cavour. Para este piamontés, el desarrollo del capitalismo industrial de Inglaterra y de Occidente era el símbolo mismo de la civilización moderna. Hostil a los métodos revolucionarios y a toda conmoción social, fue un celoso defensor del liberalismo económico. Una vez nombrado ministro de Agricultura del reino del Piamonte, en 1850, su política liberal (concretada en una serie de tratados con Inglaterra, Bélgica, Francia, Austria) encontró apoyo hasta en el grupo de oposición de centro-izquierda. Nombrado presidente del Consejo en 1852, luego de un acuerdo parlamentario entre el centro-derecha y la izquierda moderada, y contando con el apoyo de esta nueva mayoría, Cavour pudo poner en práctica su programa de organización del Estado, que debía hacer del Piamonte, en el marco del Risorgimento, el Estado conductor del movimiento de liberación y de unificación nacional.

e) Garibaldi y la expedición de los Mil. La masacre de Bronte. Después de 1860 y la victoria en la segunda guerra de la Independecia, marcada por la incorporación de las regiones de Italia central al reino del Piamonte, se planteó la cuestión de la Italia meridional y de Sicilia, que estaban aún bajo la dominación de la monarquía de los Borbones. En esta etapa, la política moderada y las maniobras diplomáticas de Cavour sólo podían conducir a una "impasse"; la insurrección popular era el único medio idóneo de llevar hasta su término el proceso de unificación nacional. Ésta era la tesis de los republicanos, apoyada por todos aquellos que habían adherido a la *Società Nazionale,* incluyendo a Garibaldi. Este último, ex miembro de *La Giovane Italia* (fundada por Mazzini) y condenado al exilio por su participación en los primeros movimientos insurreccionales, había adquirido en América del Sur una experiencia de jefe guerrillero que le permitiría desempeñar un papel de primer plano en el Risorgimento.

Durante los años 1859-1860, el reino de las Dos Sicilias estaba en crisis y prevalecía en él un permanente clima de agitación campesina y liberal-burguesa. Los mazzinianos R. Pilo y G. Corrao desembarcaron en Sicilia para unificar el movimiento rebelde y hacerse cargo de su conducción. Paralelamente, otro mazziniano, F. Crispi, trató de convencer a Garibaldi de que tomara el mando de una expedición en Sicilia. Los preparativos tuvieron lugar en Génova, con el acuerdo tácito de Cavour, inquieto, sin embargo, de ver a los mazzinianos tomar esa iniciativa. Prefirió dejar partir a Garibaldi y los Mil, que representaban la flor y nata de la burguesía italiana, convencido de que esa empresa favorecería finalmente a los moderados que aspiraban a unir a Italia bajo el cetro de la Casa de Savoya.

Después de desembarcar en Sicilia (mayo de 1860), Garibaldi, gran estratega popular y "general revolucionario", como lo definió Engels, comprendió que el éxito de la operación dependía del apoyo que le prestaran las masas populares y la burguesía liberal local, en su lucha común contra los Borbones, y se apresuró a tomar una serie de medidas que favorecían las reivindicaciones de los campesinos. Una insurrección popular generalizada, en la que los campesinos se encontraron junto a los burgueses liberales, permitió que los garibaldinos conquistaran la isla en pocas semanas. Garibaldi instaló un gobierno provisional, encabezado por F. Crispi. Fue entonces cuando se produjo una inversión de alianzas: la aristocracia latifundista se unió a la burguesía liberal, la cual, por su parte, viendo que ese gobierno expresaba su nueva dominación política, renunció definitivamente a su alianza "táctica" con los campesinos. Con el apoyo de los refuerzos enviados por Cavour, Crispi desencadenó un vasto movimiento de represión contra los campesinos, que no habían dejado de luchar, en nombre de sus objetivos de clase, por la redistribución de las tierras de la nobleza, del clero e incluso de la burguesía. El episodio más destacado de este movimiento de represión fue *la masacre de Bronte.* En este pueblo, situado cerca de Catania, los campesinos habían ocupado las tierras, pero, aunque la burguesía local –apoyada por los sacerdotes– ya había dominado la isurrección y desarmado al pueblo, el

gobierno provisorio decidió "pacificar" la región enviando al lugar dos batallones de garibaldinos a cuyo frente estaba Nino Bixio, lugarteniente de Garibaldi: se decretó el estado de sitio, se restituyeron las tierras a sus propietarios, el propio Bixio ordenó ejecutar a los insurrectos y 316 habitantes de Bronte fueron encarcelados.

Entre tanto, Garibaldi proseguía su conquista de la Italia meridional, desembarcando en Calabria, donde se reprodujo la situación: las poblaciones sublevadas apoyaron el avance de Garibaldi, quien entró triunfalmente en Nápoles el 7 de septiembre de 1860, mientras el rey emprendía la huida. El éxito fue tal que Cavour se sintió menoscabado y temió que los demócratas mazzinianos, que habían acudido en gran cantidad a Nápoles, explotaran la situación a su favor, prosiguiendo la obra de liberación hasta Roma, con el fin de convocar allí una asamblea constituyente. Decidió entonces intervenir y, con el acuerdo de Napoleón III, el ejército piamontés, bajo el mando del rey Víctor Manuel II en persona, ocupó primero los antiguos Estados Pontificios, con excepción de Roma, y luego se dirigió a Nápoles, para encontrar a Garibaldi en Teano. El "general revolucionario", entonces, entregó las armas y abandonó al rey las tierras conquistadas. Todo el *Mezzogiorno* y los antiguos Estados pontificios fueron anexados por el reino del Piamonte y, el 17 de marzo de 1861, el primer parlamento nacional, reunido en Turín, proclamó el reino de Italia. La base social del nuevo Estado descansaba sobre la alianza entre la burguesía liberal del norte y los aristócratas y terratenientes del sur.

3. EL BANDOLERISMO

Este término peyorativo designa, en realidad, la inmensa rebelión que, en forma de bandas armadas, sublevó a todo el *Mezzogiorno* durante cuatro años, a partir de la proclamación del reino de Italia (1861). Originada en la decepción de los campesinos ante la falta de satisfacción a sus reivindicaciones fundamentales, en el momento de la unificación, y en el estado de miseria, atraso y explotación extremos del que eran víctimas, la rebelión tuvo un carácter "reaccionario" que la monarquía de los Borbones, refugiada en Roma, trató de acentuar con el apoyo del Vaticano, para desacreditar ante el extranjero al nuevo Estado unitario.

De hecho, el "bandolerismo" no fue más que la expresión desvirtuada de una revolución fallida. A pesar de sus consignas reaccionarias, el movimiento estaba dirigido en realidad contra la nueva burguesía, la nueva burocracia unitaria y el ejército nacional. El *Mezzogiorno* fue ocupado por un ejército que llegó a contar hasta 120 000 hombres; se instauró un régimen de excepción y, en agosto de 1863, la ley Pica confió a los tribunales militares los procesos por bandolerismo; toda la población campesina fue sometida a sangrientas represalias. Esa situación no hizo más que avivar en la conciencia de los campesinos su odio profundo al Estado unitario, hasta el punto de que, durante las décadas siguientes,

el *Mezzogiorno* constituyó un permanente fermento de agitación revolucionaria contra el Estado burgués capitalista.

4. LA SITUACIÓN ITALIANA DESPUÉS DE LA UNIDAD: LA DERECHA Y LA IZQUIERDA PARLAMENTARIAS

La unidad nacional no implicaba la unidad política. Dos corrientes aparecieron dentro del nuevo Estado: la izquierda, en la que se encontraban los demócratas mazzinianos y los ex garibaldinos; la derecha, que agrupaba a los moderados y los liberales de Cavour. Luego de la unificación, la derecha se encontró en el parlamento: su política consistió esencialmente en reforzar la organización político-administrativa y burocrática, confiriéndole un carácter fuertemente centralizado. En el campo económico, se tradujo en la adopción del liberalismo, la unificación del mercado interno, la expropiación y la venta de las tierras de la Iglesia. La industrialización del país, sobre la que se basaba esa política, se realizó en detrimento del sur, lo que no hizo sino acentuar el desequilibrio existente.

Apareció entonces el movimiento "meridionalista", constituido por un grupo de liberales conservadores que veían en el fracaso de la política económica en el sur una amenaza para la hegemonía de la derecha. Sus representantes más destacados –Pasquale Villari, Sidney Sonnino, Leopoldo Franchetti y Giustino Fortunato– proponían un conjunto de medidas que debían contribuir a aliviar la presión fiscal sobre el campesinado y a reactivar la acumulación capitalista en el sur, gracias a las inversiones privadas. En las elecciones de 1876, la izquierda parlamentaria tomó el poder y el gobierno estuvo encabezado por A. Depretis. El nuevo programa tendía a responder a algunas reivindicaciones fundamentales, como la ampliación del derecho del voto, la reforma de la enseñanza primaria, la abolición del impuesto sobre los granos. Pero esta política no se distinguió fundamentalmente de la que preconizaba la derecha. Más aún, Depretis llegó a ampliar su mayoría parlamentaria gracias al apoyo de ciertos grupos de oposición de la derecha: ese juego político-parlamentario recibió el nombre de "transformismo". De hecho, el programa económico de la izquierda trató de desarrollar el potencial industrial del país mediante el funcionamiento de un sistema de protección aduanera y de subvenciones directas que el Estado concedía a ciertos grupos industriales del norte. En definitiva, el programa de la izquierda parlamentaria no hizo más que acentuar el desequilibrio entre el norte y el sur. A la explotación de los campesinos del *Mezzogiorno* se agregaba la de un proletariado obrero nacido con el desarrollo industrial del norte y cuyas condiciones de existencia estaban entre las más miserables de Europa. Por todas estas razones, Italia asistió, a partir de 1890, a uno de los periodos de agitación social más intensos de su historia. A partir de 1891, se formaron nuevas organizaciones obreras y campesinas de inspiración socialista, que tomaron el nombre de Brigadas sicilianas *(Fasci*

Siciliani): sus fundadores fueron G. De Felice-Giuffrida y N. Barbato. El movimiento de carácter reivindicativo al que dieron lugar adquirió proporciones importantes en Sicilia, en los años siguientes, y un movimiento de protesta análogo, que se desarrolló entre los mineros de la Lunigiana (Motines de la Lunigiana - 1894), le hizo eco en el norte. Algunos años después, en 1898, la degradación de las condiciones de existencia de las capas populares favoreció el desarrollo de otros movimientos importantes de rebelión en varias ciudades de Italia, particularmente en Milán.

5. FRANCESCO CRISPI Y LAS GUERRAS COLONIALES ITALIANAS

Ante esta situación de crisis, la burguesía decidió recurrir a métodos autoritarios. El hombre más resuelto a poner en práctica esa política fue Francesco Crispi, ex mazziniano que había adherido a la causa monárquica, que había conservado de su pasado más el unitarismo intransigente que la inspiración democrática, y cuya evolución política lo llevó a un nacionalismo cada vez más agresivo. Electo a la presidencia del Consejo en 1887, a la muerte de A. Depretis, no vaciló en emplear los métodos represivos más brutales tanto hacia el movimiento de las Brigadas sicilianas como hacia otros movimientos rebeldes. El episodio más sangriento tuvo lugar en Milán en 1898, cuando el general Bava Beccaris, por orden del gobierno, efectuó disparos de cañón sobre una multitud compuesta sobre todo de mujeres y niños que manifestaban pacíficamente contra el alza de precios, provocando decenas de muertos; el rey decoró luego al general Beccaris, responsable de esa masacre. Después de haber aplastado sangrientamente los movimientos rebeldes en el país, Crispi prosiguió su política prohibiendo la actividad del partido socialista y de las asociaciones sindicales, recién constituidas, y reforzando el poder ejecutivo. En el ámbito de la política exterior, Crispi se lanzó resueltamente a una política expansionista, ya iniciada prudentemente por su antecesor (compra de la bahía de Assab, en la costa del Mar Rojo, en 1882; ocupación del puerto de Massaua y del interior de las tierras). La burguesía industrial no era favorable a una expedición colonial en Africa, pero Crispi veía en ella la posibilidad de resolver el problema meridional ofreciendo nuevas tierras a los campesinos. Frente a los problemas sociales, de los que el nuevo partido socialista había hecho el centro de su actividad, una expedición constituía una hábil maniobra de diversión que permitía desplazar al exterior los problemas internos. A pesar de la anexión de ciertos territorios del Mar Rojo, de una parte de la Somalia, y la creación de Eritrea (1890), las conquistas coloniales terminaron en la gran derrota de Adua (marzo de 1896), en Etiopía, que obligó a Crispi a renunciar.

6. GIOVANNI GIOLITTI

Desde su llegada al gobierno en 1903, y con excepción de algunos breves periodos de interrupción, Giolliti ocupó la presidencia del Consejo hasta 1914. Hay que recordar que en 1905, durante su primer periodo de gobierno, la burguesía le encomendó la tarea de reprimir a los *Fasci Siciliani*, pero se negó a hacerlo y fue remplazado por Crispi. Veamos más bien la segunda fase, más característica del giolittismo. El gobierno Giolitti representa un viraje en la política seguida hasta entonces por la burguesía: en efecto, era evidente para él que, frente al ascenso de las fuerzas socialistas, la clase dirigente tenía mucho interés en dar un carácter más liberal a sus relaciones con la clase trabajadora. Al favorecer la actividad de los socialistas y de los sindicatos, Giolitti pensaba consolidar el Estado, ampliando su base popular y descartando así toda amenaza de revolución. Heredero del "transformismo", inició pues, una política de colaboración de clases, incitando a la burguesía a hacer algunas concesiones a las reivindicaciones de los trabajadores y persuadiendo a los socialistas de que podían esperar más de una política reformista que de un derrocamiento del régimen. Este cálculo político se reveló correcto y, gracias a un conjunto de medidas apropiadas, el régimen pudo consolidar su base social apoyándose no sólo en la Corona, el ejército, la burguesía industrial, sino también en los elementos socialistas-reformistas (Turati) y los representantes de la aristocracia obrera en formación (de la que eran artífices el propio Giolitti y los reformistas).

Su genio táctico de gran conservador se puso de manifiesto sobre todo en la política que adoptó frente a los motines populares y los vastos movimientos huelguísticos que se desarrollaron en 1901-1902 y particularmente en 1904 (huelga desencadenada en la Bolsa de trabajo, en Milán, luego de una masacre de trabajadores en un pueblo de Cerdeña): mientras las revueltas mantuvieron un carácter circunscripto y local, no vaciló en recurrir a métodos de represión brutal; pero como comprendió que el descontento podía dar lugar a una ola revolucionaria, apenas el movimiento se generalizó y adquirió un carácter nacional, Giolitti adoptó una posición de prudente neutralidad, dejando que la situación se deteriorara. Tal es la lección del giolittismo, que la burguesía italiana supo aprovechar inmejorablemente en 1919-1920 y en 1948-1950.

7. LA SEMANA ROJA (7 AL 14 DE JUNIO DE 1914)

La "semana roja" fue el punto culminante de toda una serie de conflictos que abrieron la crisis de la política giolittiana. Se originó en un incidente que tuvo lugar en Ancona, donde el 7 de junio de 1914 se celebrara un mitin antimilitarista: al finalizar la reunión, la policía mató a dos trabajadores. Sobrevino una explosión de indignación a través de todo el país: la huelga se desarrolló rápidamente en el conjunto del territorio, desbordando a los dirigentes socialistas y sus directivas. Las mani-

festaciones callejeras, durante los días siguientes, adquirieron un carácter insurreccional; los choques fueron extremadamente violentos, sobre todo en las regiones de las Marcas y de la Romaña, que eran el epicentro de la lucha: hubo decenas de obreros muertos, centenares de heridos y miles de arrestos. Más allá del carácter espontáneo de esta insurrección, la "semana roja" reveló las insuficiencias trágicas del grupo dirigente socialista, que no supo o no quiso organizar el movimiento dándole una dirección política. La Confederación General del Trabajo (CGL) dio incluso la orden de levantar la huelga desde el 10 de junio; no obstante, la revuelta continuó todavía tres o cuatro días y luego, condenada al fracaso, se extinguió por sí sola.

BIOGRAFÍA

1891 Cuarto de los siete hijos de Francesco y Giuseppina Marcias, nace Antonio Gramsci en Ales, Cagliari (Cerdeña), el 22 de enero.

1894-1896 Es enviado con sus hermanas a la guardería infantil de las religiosas de Sorgono (Nuoro), adonde se traslada la familia. En esta época se le cae a una sirvienta de los brazos, provocándole este hecho su deformación física.

1897-1903 Frecuenta la escuela primaria en Ghilarza.

1903-1905 Habiendo obtenido su certificado de estudios primarios en 1903, la difícil situación económica de su familia lo obliga a trabajar durante dos años en la oficina del catastro de Ghilarza. Durante este tiempo, continúa estudiando solo.

1905-1908 Ayudado por su madre y sus hermanas, Antonio sigue las tres últimas clases del primer ciclo en Santu Lussurgiu, a 15 km de Ghilarza.

1908-1911 Habiendo obtenido su certificado de estudios secundarios, se inscribe en el liceo de Cagliari. En 1910, publica en el diario de Cagliari, la *Union Sarda,* su primer artículo. Es corresponsal del diario en Aidomaggiore, pueblito próximo a Ghilarza.

1911 Obtiene su bachillerato a comienzos del verano. A fin de poder inscribirse en la Universidad, decide competir por una beca de estudios ofrecida por el colegio "Carlo Alberto" de Turín. Gana el concurso en octubre y obtiene la beca. En noviembre se inscribe en la facultad de letras.

1912-1913 Estudia enormemente, siguiendo numerosos cursos, en la facultad de letras y en la de derecho. Primeros contactos con el movimiento socialista turinés y, en particular, con los jóvenes del "Fascio centrale". Es probablemente en el otoño de 1913 cuando Gramsci se inscribe en la sección de Turín.

1914-1915 El 31 de octubre, en *Il Grido del popolo,* interviene en el debate sobre la posición del partido socialista italiano frente a la guerra, escribiendo el artículo "Neutralidad activa y operante". En el otoño de 1915, reinicia su colaboración en *Il Grido del popolo* e ingresa a la redacción turinesa de *Avanti!*

1916-1918 Tiene una intensa actividad periodística como cronista teatral. El 11 de febrero de 1917, Gramsci se ocupa de la redacción del número único de una publicación de la Federación de la juventud socialista piamontesa: *La Città futura.* En agosto, participa en los preparativos de la sección socialista en ocasión de la visita a Turín de un grupo de delegados de los Soviets. Después del motín popular de los días 23 al 26 de agosto de 1917 y el arresto de casi todos los representantes socialistas de Turín, Gramsci se convierte en secre-

tario de la Comisión ejecutiva provisional de la sección de Turín y asume de hecho la dirección de *Il Grido del popolo,* que conservará hasta octubre de 1918.

Los días 18 y 19 de noviembre de 1917, asiste a la reunión clandestina de la "fracción intransigente revolucionaria", constituida en agosto en Florencia.

1919 Gramsci, Tasca, Terracini y Togliatti lanzan, el 1o. de mayo, la revista *L'Ordine Nuovo,* publicación semanal de cultura socialista. Gramsci es secretario de redacción, prácticamente director.

Es electo en mayo a la Comisión ejecutiva de la sección socialista turinesa dirigida por el abstencionista Boero. En julio, en oportunidad de la huelga política de la solidaridad con las repúblicas comunistas de Rusia y Hungría, Gramsci es detenido y enviado a las Carceri Nuove (prisión) de Turín. A partir del otoño de 1919, anima el movimiento de los "Consejos de obreros" y tiene una activa participación en la "Escuela de cultura" organizada por la revista.

1920 Al comenzar la gran huelga turinesa de la metalurgia, en abril de 1920, redacta un documento crítico para la renovación del PSI, texto que será considerado por Lenin, en el II congreso de la Internacional comunista, como la base para el desarrollo del movimiento. Se esfuerza por establecer un contacto con Bordiga para crear una plataforma común de oposición dentro del PSI. En junio y julio tiene lugar el enfrentamiento declarado entre Gramsci y Tasca sobre el problema de los Consejos de obreros.

En Turín, por intermedio de *L'Ordine Nuovo,* apoya la iniciativa de constitución de "grupos comunistas de obreros". Gramsci forma en agosto su pequeño grupo de "educación comunista" en la sección de Turín. Participa en septiembre en el movimiento por la ocupación de las fábricas. Los días 28 y 29 de noviembre, participa en Imola en una reunión en la que queda oficialmente constituida la fracción comunista dirigida por Bordiga.

1921 Uno de los fundadores del PCI en Livorno (21 de enero), es elegido en el primer Comité central y nombrado director de *L'Ordine Nuovo,* convertido en diario.

1922 Del 20 al 24 de marzo, participa en Roma en el II congreso del PCI; es el informante, con Tasca, de las tesis sindicales. Sostiene la línea de Bordiga.

Es designado para representar al PCI en Moscú. Llega a Rusia a fines de mayo y, a causa de su estado de salud, es hospitalizado en el sanatorio "Serebriani bor"; allí traba conocimiento con Julia Schucht, que será su compañera y de la que tendrá dos hijos. En noviembre y diciembre, participa en el IV concreso de la IC.

1923 En febrero, se lanza una orden de arresto contra Gramsci. Los días 12 y 13 de junio, participa en los trabajos de la III conferencia del ejecutivo ampliado de la IC. Hacia fin de año, Gramsci viaja a Viena.

1924 Es electo diputado en la circunscripción de Venecia, el 6 de abril. El 12 de mayo, regresa a su patria y participa en Como en la I con-

ferencia nacional del Partido. Entra al Comité ejecutivo, que dirigirá en oportunidad de la crisis que sigue al asesinato de Matteotti. Viaja a Cerdeña.

1925 Viaja en marzo a Moscú para participar en los trabajos de la Va. sección del ejecutivo ampliado de la IC.

1926 Participa en enero en el III congreso nacional del PCI en Lyon y elabora, con Togliatti, las tesis sobre la nueva estrategia del Partido. El 8 de noviembre es arrestado y encerrado en Regina Coeli. El 7 de diciembre es enviado en confinamiento a la isla de Ustica.

1927 El 14 de enero, el tribunal de Milán lanza una orden de arresto contra Gramsci, quien, luego de un viaje en "traslado ordinario" de diecinueve días, llega a la cárcel de San Vittore de Milán, el 7 de febrero. Será inculpado por el tribunal especial para la defensa del Estado, constituido para perseguir a los adversarios del régimen fascista.

1928 El 11 de mayo abandona Milán por una cárcel de Roma. Gramsci es condenado el 4 de junio a 20 años, 4 meses y 5 días de reclusión. Deja Roma el 8 de julio en "traslado ordinario" y llega a Turi once días después.

1929-1936 Trabaja en la cárcel en la redacción de sus *Cuadernos*. Durante su detención, es víctima de una primera crisis nerviosa grave y una hemoptisis en agosto de 1931. En noviembre de 1932, obtiene una reducción de su pena a 12 años y 4 meses. El 7 de marzo de 1933, tiene una segunda crisis; su tuberculosis y su estado de crisis nerviosa se agravan. No logra dormir. En octubre del mismo año, obtiene su traslado de Turi a Formia, en una clínica. El 19 de noviembre, deja Turi y es transferido a la prisión de Civitavecchia y luego a Formia el 7 de diciembre.

El 25 de octubre de 1934, se dicta un decreto que le concede la libertad condicional. Gramsci es hospitalizado en una clínica de Roma. Sufre una nueva crisis en 1935.

1937 Concluido su tiempo de libertad condicional, Gramsci recupera su plena libertad en abril. El 25, sufre una hemorragia cerebral. Gramsci muere a comienzos de la tarde del 27 de abril. Su cuñada Tatiana lo asiste hasta el fin. Sus cenizas, encerradas en una urna, son enterradas en el cementerio de los ingleses, en Roma.

BIBLIOGRAFÍA

1. OBRAS DE GRAMSCI EN ITALIANO

I. *Ediciones Einaudi, Turín.*

a) *Obras anteriores a 1927.*

Scritti giovanili (1914-1918), 1958.

Sotto la Mole (1916-1920), 1960. Las "notas" de la edición turinesa de *Avanti!*

L'Ordine Nuovo (1919-1920), 1955.

Socialismo e fascismo, L'Ordine Nuovo (1921-1922), 1967.

La costruzione del Partido comunista (1923-1926), 1971.

b) *Obras de la cárcel.*

Lettere dal carcere, 1968. Con un estudio de E. Fubini y S. Caprioglo. Incluye una excelente cronología de la vida de Gramsci.

Quaderni del carcere:

Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce, 1966.

Gli intelettuali e l'organizzazione della cultura, 1966.

Il Risorgimento, 1966.

Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno, 1966.

Letteratura e vita nazionale, 1966. La segunda parte reúne las críticas teatrales de Gramsci en *Avanti!*, de 1916 a 1920.

Passato e presente, 1966.

c) *Otras publicaciones.*

L'Ordine Nuovo (1919-1920), 1963.

II. *Editori Riuniti, Roma.*

Lettere dal carcere, 1961.

Quaderni del carcere (Introducción general de L. Gruppi).

Antologías:

Il Vaticano e l'Italia, 1967. Prólogo de A. Cecchi.

Sul Risorgimento, 1967. Prólogo de G. Candeloro.

La Quistione meridionale, 1966.

Elementi di politica, 1964. Prólogo de M. Spinella.

Antologia popolare degli secritti e delle lettere, 1957. Reunida y presentada por C. Salinari y M. Spinella.

Antologia degli scritti, 1963, t. I; t. II. Reunida y presentada por C. Salinari y M. Spinella.

La formazione dell'uomo, 1967. Escritos pedagógicos presentados por G. Urbani.

Scritti politici, 1967. Presentados por P. Spriano.

La formazione del gruppo dirigente del PCI nel 1923-1924, 1962. Estudio e introducción de Palmiro Togliatti.

Editori Riuniti preparan una "edición crítica" de los *Quaderni* (sobre la concepción de la obra y el estado de los trabajos, cf. V. Gerratana: "Punti di riferimento per un'edizione critica dei Quaderni del carcere' ", *Critica Marxista,* Suplemento al núm. 1 de 1967: Cuaderno "Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci").

III. Otras ediciones

Duemila pagine, Il Saggiatore, 1964: t. 1, *Nel tempo della lotta (1914-1926),* vol. 2, *Lettere edite e inedite (1912-1937).* Estudio de G. Ferrata y N. Gallo.

Il pensiero filosofico e storiografico di A. Gramsci, Palermo, Palumbo, 1966.

Americanismo e fordismo, Milán, Universale economica, 1950.

Trenta anni di vita e lotte del PCI, Quaderno di Rinascita, núm. 2, 1951 (incluye las tesis del Congreso de Lyon).

Scritti 1915-1921, Quaderni de "Il Corpo", 1968. Artículos no incluidos en los Scritti giovanili.

Gramsci, *L'Alternativa Pedagogica,* antología, Florencia, La Nuova Italia, 1972.

Gramsci, *I Consigli e la critica operaia alla produzione,* Milán, Servire il popolo, 1972.

Gramsci, *La Lotta per l'edificazione del Partito Comunista,* Milán, Servire il popolo, 1972.

Antonio Gramsci parla del partido – Scritti e Citazioni, Verona, EDB, 1971.

2. TRADUCCIONES

1. Francesas

Lettres de prison, Editions Sociales, 1953. Traducción de J. Noaro y prólogo de P. Togliatti.

Lettres de prison, NRF, 1971.

Oeuvres choisies, Editions Sociales, 1959. Traducción y notas de G. Moget y A. Monjot; prólogo de G. Cogniot.

"L'organisation de l'école et de la culture", en *Europe,* núm. 3, marzo de 1955. Traducción de M. Soriano.

Gramsci, Seghers, 1966. Estudio de J. Texier que incluye fragmentos de los *Quaderni.*

"La science et les idéologies scientifiques", *L'Homme et la société,* núm. 13, julio-septiembre de 1969.

A. Gramsci, textes de 1919-1920, *Cahiers internationaux,* núm. 76, mayo de 1956. Traducción de J. Dautry.

"Americanisme et fordisme", *Cahiers internationaux,* núm. 89, septiembre-octubre de 1957.

2. *Alemanas*

Die Süditalienische Frage, Beitrage zur Geschichte der Einigung Italiens, Berlín, Dietz Verlag, 1956. Trad. de H. Theile.

Briefe aus dem Kerker, Berlín, Dietz Verlag, 1956.

"Kunst und Kultur", en *Almanach*, Frankfurt-am-Main, Fischer Verlag, 1965.

"Cäsarismus", ibid., 1966.

Philosophie der Praxis, Frankfurt-am-Main, Fischer Verlag, 1967. Traducción de Ch. Riechers y prólogo de W. Abendroth.

3. *Inglesas*

The modern Prince and other writings, Londres, Lawrence & Wishart, 1957.

The open marxism of A. Gramsci, Nueva York, Cameron Ass., 1957.

"In Search of the Educational Principle", en *New Left Review*, núm. 32, julio-agosto de 1965.

"Soviets in Italy", *ibid.*, núm. 51, septiembre-octubre de 1968.

4. *Españolas*

Cartas desde la cárcel, Buenos Aires, Lautaro, 1950. Traducción de Gabriela Moner y prólogo de Gregorio Bermann.

El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, Buenos Aires, Lautaro, 1958. Traducción de Isidoro Flambaun y prólogo de Héctor P. Agosti. (Reeditado por Ediciones Nueva Visión, Bs. As. 1971).

Los intelectuales y la organización de la cultura, Buenos Aires, Lautaro, 1960. Traducción de Raúl Sciarreta. (Reeditado por Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1972).

Literatura y vida nacional, Buenos Aires, Lautaro, 1961. Traducción de José M. Aricó y prólogo de Héctor P. Agosti.

Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno, Buenos Aires, Lautaro, 1962. Traducción y prólogo de José M. Aricó. (Reeditado por Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1972).

Cultura y literatura, Selección, traducción y prólogo de Jordi Solé-Tura, Madrid, Península, 1967.

Introducción a la filosofía de la praxis. Selección y traducción de Jordi Solé-Tura. Barcelona, Península, 1970.

Antología. Selección traducción y notas de Manuel Sacristán, México, Siglo XXI Editores, S.A., 1970.

La formación de los intelectuales, México, Grijalbo, 1967. Traducción de Angel González Vega.

La política y el Estado moderno, Barcelona, Península, 1971. Traducción de Jordi Solé-Tura.

La constitución del partido proletario, Buenos Aires, Latina, 1974.

Maquiavelo y Lenin. Notas para una teoría política marxista. Santiago, Nascimento, 1971. Selección y prólogo de Osvaldo Fernández.

OBRAS GENERALES SOBRE GRAMSCI

1. *Obras individuales*

a) *En francés*

A. Buzzi: *La théorie politique d'Antonio Gramsci*, Lovaina, Nauwelaerts, 1967; importante bibliografía [*La teoría política de Antonio Gramsci*, Madrid, Fontanella, 1969].

G. Fiori: *La Vie d'Antonio Gramsci* (trad. del italiano). Fayard, 1970 [*Vida de Antonio Gramsci*, Barcelona, Península, 1968].

D. Grisoni y R. Maggiori: *Pour lire Gramsci*, ed. Universitaires, 1973.

J. M. Piotte: *La pensée politique de Gramsci*, Anthropos, 1970 [*El pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, A. Bedondo editor, 1972].

H. Portelli: *Gramsci et le bloc historique*, P.U.F., París 1972 [*Gramsci y el bloque histórico*, Buenos Aires, Siglo XXI Arg. Editores S.A., 1973].

H. Portelli: *Gramsci et la question religieuse*, Anthropos, 1974.

J. Texier: *Gramsci*, ed. Seghers, 1966.

b) *En italiano*

G. Bonomi: *Partito e rivoluzione in Gramsci*, Milán, Feltrinelli, 1973.

A. Broccoli: *A. Gramsci e l'educazione como egemonia*, Florencia, La Nuova Italia, 1972.

G. Davico Bonino: *Gramsci e il teatro*, Turín, Einaudi, 1972.

F. de Felice: *Serrati, Bordiga, Gramsci*, Bari, De Donato, 1971.

A. Giordano: *Gramsci, la vita e il pensiero, i testi esemplari*, Milán, Accademia Sansoni, 1971.

L. Gruppi: *Il concetto di egemonia in Gramsci*, Roma, Riuniti, 1972.

A. Leonetti: *Note su Gramsci*, Urbino, Araglia Editore, 1970.

L. Longo: *Gramsci oggi*, Roma, Riuniti, 1967.

L. Maitan: *Attualità di Gramsci e politica comunista*. Milán, Schwarz, 1965.

M.A. Manacorda: *Il principio educativo in Gramsci*, Roma, Armando, 1970.

N. Matteuci: *Antonio Gramsci e la filosofia della prassi*, Milán, A. Giuffrè, 1951.

G. Nardone: *Il pensiero di Gramsci*, Roma, De Donato, 1971.

R. Orfei: *Antonio Gramsci, coscienza critica del marxismo*, Milán, Relazioni Sociali, 1965.

C.L. Ottino: *Concetti fondamentali nella teoria politica di A. Gramsci*, Milán, Feltrinelli, 1958.

L. Paggi: *Antonio Gramsci e il moderno principe*, t. I, Roma, Riuniti, 1970.

A. Pozzolini: *Che cosa ha veramente detto Gramsci*, Roma, Ubaldini, 1968.

S.F. Romano: *Gramsci*, Turín, UTET, 1965.
M.L. Salvadori: *Gramsci e il problema storico della democrazia*, Turín, Einaudi, 1970.
P. Spriano: *Gramsci e l'Ordine Nuovo*, Roma, Riuniti, 1965. Léase con el estudio del mismo autor sobre *L'occupazione delle fabbriche (settembre 1920)*, Einaudi, 1964.
P. Spriano: *Storia del Partito comunista italiano*, t. I: *Da Bordiga a Gramsci*, Einaudi, 1967.
G. Tamburrano: *Antonio Gramsci. La Vita, il Pensiero, l'Azione*, Bari, Laterza, 1963.
P. Togliatti: *Gramsci*, Roma, Riuniti, 1967. (Incluye los principales artículos de Togliatti sobre Gramsci, particularmente el prólogo a La formazione del gruppo dirigente del PCI y los Discursos en Studi gramsciani).

Otras obras
G. Berti: *I primi dieci anni di vita del PCI*, Milán, Feltrinelli, 1967.
G. Bocca: *Togliatti*, Bari, Laterza, 1973.
L. Cortesi: *Le origini del PCI*, Bari, Laterza, 1972.
R. Del Carria: *Proletari senza rivoluzione*, Milán, Oriente, 1969.
M. Hajek: *Storia dell'Internazionale comunista (1921-1935)*, Riuniti, Roma, 1969.
J. Humbert-Droz: *Il contrasto tra l'Internazionale e il PCI*, Milán, Feltrinelli, 1969.
A. Lepre-S. Levrero: *La formazione del partito comunista d'Italia*, Roma, Riuniti, 1971.
A. Lisa: *In carcere con Gramsci*, Feltrinelli, 1973.
G. Marramao: *Marxismo e revisionismo in Italia*, Bari, De Donato, 1971.
P. Spriano: *Storia del partito comunista italiano*, t. 1-3, Turín, Einaudi, 1969-1970.
N. Stopcevic: *Gramsci e i problemi letterari*, Milán, Mursia, 1968.
A. Tasca: *I primi dieci anni del PCI*, Bari, Laterza, 1971.

c) *En alemán*
Ch. Riechers: *Antonio Gramsci, marxismus in Italien*, Frankfurt-am-Main, Europäische Verlaganstalt, 1970.

d) *En inglés*
J.M. Cammett: *Antonio Gramsci and the origins of Italian Comunism*, California, Stanford University Press, 1967.
A. Davidson: Antonio Gramsci: The man, his ideas, Australian left review publication, Sidney, 1968.

2. *Obras colectivas (en italiano)*
Studi Gramsciani, Atti del Convegno tenuto a Roma nei giorni 11-13 gennaio 1958, Roma, Riuniti, 1950. [*Gramsci y el marxismo*, por P. Togliatti y otros, Buenos Aires, Proteo, 1965].

La città futura, Saggi sulla figura e il pensiero di Antonio Gramsci, Milán, Feltrinelli, 1959.

Gramsci e la cultura contemporanea, Atti del convegno internazionale di studi gramsciani tenuto a Cagliari il 23-27 aprile 1967, Roma, Riuniti, vol. 1: Relazioni, 1969; t. 2: Communicazioni, 1970 (contiene una bibliografía completa hasta 1967 inclusive).

Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci, en *Critica marxista*, cuaderno núm. 3, 1967.

3. *Artículos y comunicaciones*

a) *La noción de Estado*

N. Bobbio: "Gramsci e la concezione della società civile" en *Gramsci e la cultura contemporanea*, t. 1. [en ed. esp. véase *dicho artículo en Gramsci y las ciencias sociales*, Cuadernos de P y P, Córdoba, 1972].

N. Bobbio: "Sulla nozione di società civile", en *De homine*, núm. 24-25, 1968.

U. Cerroni: "Gramsci e il superamento della separazione tra società e stato", en *Studi Gramsciani* [ed. esp. *op. cit.*, pp. 97-106].

V. Gerratana: Intervención en el coloquio de Cagliari, en *Gramsci e la cultura contemporanea*, t. 1.

L. Gruppi: *Socialismo e Democrazia. La teoria marxista dello Stato*, Milán, Del Calendario, 1969.

J. Texier: "Gramsci, théoricien des superstructures", *La Pensée* núm. 139, 1968.

b) *Ideología y bloque histórico*

L. Althusser: "Idéologie et appareils idéologiques d'Etat", en *La Pensée*, junio de 1970 [*Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, colección Fichas, núm. 34, Nueva Visión, 1974; incluido también en L. Althusser: *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de P y P., Córdoba, 1974, pp. 97-141].

F. de Felice: "Una chiave di lettura in 'Americanismo e Fordismo' ", en *Rinascita* núm. 42, 27 de octubre de 1972.

C. Luporini: "La metodologia del marxismo nel pensiero di Gramsci", en *Studi Gramsciani* [ed. esp., *op. cit.*, pp. 37-59].

G. Procacci: "La lotta contro l'ideologia americana", en *Rinascita-Il Contemporaneo*, núm. 17, 28 de abril de 1972.

c) *Hegemonía y bloque histórico*

S. Cambareri: "Il concetto di egemonia nel pensiero di Gramsci", *Studi Gramsciani*.

L. Gruppi: "I rapporti tra pensiero ed essere nella concezione di Gramsci", *ibid.* [ed. esp., *op. cit.*, pp. 183-198].

L. Gruppi: Intervención en *Gramsci e la cultura contemporanea*, t. 1.

L. Gruppi: "Il concetto di egemonia", en *Prassi rivoluzionaria e*

storicismo in Gramsci, cuaderno núm. 3 de *Critica marxista,* 1967.

L. Gruppi: "Lenin e il concetto di egemonia", en *Critica marxista,* suplemento al núm. 4, 1970.

G.C. Jocteau: "Sul concetto di egemonia in Gramsci e Togliatti", en *Rivista di storia contemporanea,* núm. 1, 1973.

N. Poulantzas: "Préliminaires à l'étude de l'hégémonie dans l'Etat", en *Les Temps Modernes,* núm. 234-235, noviembre-diciembre de 1965 ["Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado", en *Hegemonía y dominación en el Estado moderno,* Cuadernos de P. y P., Córdoba, 1973, pp. 43-105].

G. Tamburrano: "Gramsci e l'egemonia del proletariado", *Studi gramsciani* [ed. esp., *op. cit.*, pp. 107-116].

d) *El papel de los intelectuales dentro del bloque histórico*

F. Bon y M.A. Burnier: *Les Nouveaux Intellectuels,* Cujas, 1966; reed.; Seuil, 1971.

E. Garin: "Politica e cultura in Gramsci: il problema degli intellecttuali", en *Gramsci e la cultura contemporanea,* t. 1.

G. Napolitano: "Il nuovo blocco storico nell'elaborazione di Gramsci e del PCI" in *Rinascita,* núm. 12 (20 de marzo de 1970).

F. Ricci: "A propos de Gramsci", en *L'Humanité,* 21 de febrero de 1969.

M.L. Salvadori: "Politica, potere e cultura nel pensiero di Gramsci", en *Rivista di storia contemporanea,* núm. 1, 1972.

e) *Bloque histórico y cuestión nacional*

G. Candeloro, introducción a *Sul Risorgimento, op. cit.*

F. de Felice y V. Parlato, introducción a *La Quistione meridionale, op. cit.*

F. de Felice: "Quistione meridionale e problema dello Stato in Gramsci", en *Rivista storica del socialismo,* IX, núm. 27, enero-abril de 1966.

G. Galasso: "Gramsci e il problema della storia italiana", en *Gramsci e la cultura contemporanea,* t. 1.

M.L. Salvadori: "Gramsci e la quistione meridionale", *ibid.*, t. 1.

R. Villari, "A. Gramsci: Il Mezzogiorno e la rivoluzione socialista", en *Il Sud nella storia d'Italia,* Bari, Laterza, 1967.

f) *El Partido como intelectual colectivo*

F. Calamandrei: "L'iniziativa politica del partito rivoluzionario da Lenin a Gramsci e Togliatti", en *Critica marxista,* núm. 4-5, 1967.

U. Cerroni: "Per una teoria del partito politico", en *Critica marxista,* núm. 5-6, diciembre de 1963. [Véase Cuadernos de P. y P., *Teoría marxista del partido político,* Córdoba, 1960].

L. Magri: "Problemi della teoria marxista del partito rivoluzionario", en *Critica marxista,* núm. 5-6, 1963. [Véase Cuadernos de P. y P., *op. cit.*].

A. Natta: "Appunti sulla concezione leninista del partito", en *Critica marxista*, cuad. esp., núm. 3.
A. Natta: "Il partito politico nei 'Quaderni del carcere' ", en *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci, Critica marxista, op. cit.*
L. Pintor: "Il partito di tipo nuovo", en *Il Manifesto,* núm. 4, 1969.
R. Rossanda: "Classe e partito. Da Marx a Marx", en *ibid.* [ed. esp., en *Teoría marxista del partido político,* III, Cuadernos de P. y P., Córdoba, 1973, pp. 1-14].
M. Salvadori: "Origini e crisi del sovietismo", en *Il Manifesto,* núm. 1, 1970. [En Cuadernos de P. y P., *Consejos obreros y democracia socialista,* Córdoba, 1972].

g) *Gramsci y Lenin*

A. Caracciolo: "A proposito di Gramsci", la Russia e il movimento bolscevico, en *Studi gramsciani* [ed. esp., *op. cit.*, pp. 117-126].
A. Caracciolo: Intervención, *ibid.:* Los consejos como órganos concretos de la hegemonía del proletariado en el pensamiento de Gramsci y de Lenin.
A. Cicerchia: "Il rapporto col leninismo e il problema della rivoluzione italiana", *La Città futura.*
G. Napolitano: "L'insegnamento di Lenin nell'esperienza e nella prospettiva del PCI", en *Critica marxista,* suplemento al núm. 4, 1970.
P. Spriano: "Lenin e il movimento operaio italiano", *ibid.* Evocación del apoyo de Lenin a Gramsci en la época de *L'Ordine Nuovo.*
P. Spriano: "Gramsci e Lenin", en *Rinascita,* 15 de mayo de 1970.
P. Togliatti: "Il leninismo nel pensiero e nell'azione di A. Gramsci, *Studi gramsciani,* 1958.
P. Togliatti: "Gramsci e il leninismo", *ibid.* [ed. esp., *op. cit.*, pp. 11-35]; "Il leninismo di Gramsci", *ibid.;* "Marxismo-leninismo e revisionismo", en *ibid.;* "Il bordighismo", en *Lavoro politico,* núm. 5-6, 1968; núm. 11-12, 1969.

h) *Gramsci y la teoría marxista*

G. Badia: "Gramsci et R. Luxembourg", en *La Nouvelle Critique,* núm. 30, 1970.
E. Garin: "A. Gramsci nella cultura italiana", en *Studi gramsciani.*
E. Garin: "Gramsci nella cultura italiana", *ibid.*
E. Garin: "La formazione di Gramsci e Croce", en *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci, Critica marxista, op. cit.*
F. Marek: "Gramsci e il movimento operaio dell'Europa occidentale", en *ibid.*
F. Marek: Gramsci e la concezione marxistica della storia", *Gramsci e la cultura contemporanea,* t. II.

R. Paris: "Gramsci e la crisi teorica del 1923, *ibid.* Señala los puntos comunes entre Gramsci, Lukács y Korsch en la crítica al *Manual de sociología marxista* de Bujarin.

R. Ragionieri: "Gramsci e il dibattito teorico nel movimento operaio internazionale", *ibid.*, t. l.

M. Tronti: "Tra materialismo dialettico e filosofia della prassi: Gramsci e Labriola", *La Città futura.*

M. Tronti: "Alcune quistioni intorno al marxismo di Gramsci", en *Studi gramsciani* [ed. esp., *op. cit.*, pp. 60-75].

i) *Sobre el historicismo de Gramsci*

L. Althusser: "Le marxisme n'est pas un historicisme", en *Lire le Capital,* Maspero, t. 1 [*ed. esp., Para leer El capital,* México, Siglo XXI, 1969, pp. 130-156].

N. Badaloni: "A. Gramsci, storicista di fronte al marxismo contemporaneo, en: Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci", *Critica marxista,* cuaderno núm. 3, *op. cit.* Respuesta crítica a Althusser.

N. Badaloni: "Il fondamento teorico dello storicismo gramsciano", *Gramsci e la cultura contemporanea,* t. II.

N. Badaloni: *Marxismo come storicismo,* Milán, Feltrinelli.

R. Rossanda: "Marxismo e storicismo", en *Rinascita,* XXII, núm. 45, 13 de noviembre de 1965.

j) *Polémica sobre las interpretaciones de Gramsci*

R. Alcara: *La formazione e i primi anni del PCI nella storiografia marxista,* Jaca Book, 1970.

G. Amendola: "Rileggendo Gramsci", en *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci, Critica marxista, op. cit.*

A. Asor Rosa: *Scrittori e popolo,* Roma, Samonà e Savelli, 1965.

P. Bevillacqua: *Critica dell'ideologia meridionalista,* Padua, Marsilio, 1972.

F. Calamandrei: "Sul convegno gramsciano di Cagliari", en *Critica marxista,* V, núm. 2, marzo-abril de 1967.

A. de Clementi: "La politica del PCI nel 1921-22 e il rapporto Bordiga-Gramsci", en *Rivista storica del socialismo,* num. 28-29, 1966.

L. Colletti: "A. Gramsci e la rivoluzione in Italia", en *La Sinistra,* núm. 1, 1966.

S. Corvisieri: "Gramsci contro Stalin", en *La Sinistra,* núm. 6, 1967.

S. Corvisieri: *Trotsky e il comunismo italiano,* Roma, Samonà e Savelli, 1969.

R. Debray: "Note su Gramsci", en *Il Manifesto,* núm. 5-6, 1969. ["Notas sobre Gramsci", en A. Pizzorno y otros: *Gramsci y las ciencias sociales,* Cuadernos de P. y P. Córdoba, 1970, pp. 121-127].

V. Gerratana: "Al di qua e al di la di Gramsci", en *Rinascita-Il Contemporaneo,* núm. 17, 28 de abril de 1972.

R. Luporini: "Bobbio, Gramsci e alcune ipotesi sul 'marxismo critico' ", en *Nuovo impegno*, núm. 8, 1967.

R. Luporini: "Gli intellettuali di sinistra e l'ideologia della ricostruzione nel dopo-guerra", en *Ideologie*, núm. 8, 1969.

L. Magri: "Parlamento o Consigli", en *Il Manifesto*, núm. 1, 1970. [En ed. esp., P. y P., *op. cit.*].

G. Marramao: "Per una critica dell'ideologia di Gramsci", en *Giovane Critica*, núm. 46, 1972.

S. Merli: "I nostri conti con la teoria della rivoluzione sensa rivoluzione in Gramsci", *Giovane Critica*, núm. 17, 1967.

R. Paris: "La revisione del marxismo in Italia", en *Le Mouvement social*, núm. 55, abril-junio de 1966.

R. Paris: "A. Gramsci", en *Rivista storica del socialismo*, VII, núm. 21, enero-abril de 1964. Crítica del libro de G. Tamburrano sobre *A. Gramsci. La vita, il pensiero, l'azione, op. cit.*

R. Paris: "Il Gramsci di tutti", en *Giovane Critica*, núm. 15-16, primavera-verano de 1967.

S. Sechi: "Spunti critici sulle 'Lettere dal carcere' di Gramsci", en *Quaderni Piacentini*, núm. 29, 1967.

S. Sechi: "Gramsci ovvero del 'modo di produzione idealistico' ", en *Nuovo Impegno*, núm. 8, 1967.

G. Tamburrano: "Gramsci in aperta polemica con i dirigenti del partito comunista", en *Avanti!*, núm. 14, 17 de enero de 1965.

Varios: "Sulla storia dei comunisti in Italia", en *Che fare*, núm. 1, 1973.

4. *Otros artículos*

A. Caracciolo: "Serrati, Bordiga e la polemica gramsciana contro il "blanquismo" o settarismo di partito", en *La città futura*, *op. cit.*

F. Ferri: Introduzione al carteggio completo tra Gramsci e Togliatti del 1926, en *Rinascita-Il Contemporaneo*, núm. 17, 24 de abril de 1970.

R. Garaudy: "Introduction à l'oeuvre d'A. Gramsci", en *La Nouvelle Critique*, núm. 87-88, julio-agosto de 1957.

R. Garaudy: Conferencia en la facultad de derecho de París el 28 de mayo de 1970.

V. Gerratana: "Il popolo delle scimmie tra reazione e rivoluzione passiva", en *Rinascita-Il Contemporaneo*, núm. 42, 27 de octubre de 1972.

Glucksmann, Thibaudeau, Sanguinetti: "Gramsci sur l'école" y "A partir de Gramsci", en *Littérature, science, ideologie*, invierno de 1972.

G. Lay: "Colloqui con Gramsci nel carcere di Turi", *Rinascita*, 20 de febrero de 1965.

A. Lisa: *Discussione politica con Gramsci in carcere,* Feltrine 1973.

N. Poulantzas: *Fascisme et dictature: la IIIe. International face* *fascisme,* Maspero, 1970. [*Fascismo y dictadura. La tercera i ternacional frente al fascismo,* México, Siglo XXI, 1972].

F. Ricci: "A. Gramsci, théoricien politique, en *La Nouvelle Critiqu* núm. 28, 1969.

J. Risset: "Lecture de Gramsci", *Tel Quel,* núm. 42, 1970.

M.L. Salvadori: "Origini e crisi del soviettismo", en *Il Manifest* núm. 1, 1970. [En ed. esp. P. y P., *op. cit.*].

A. Sanguinetti: "Gramsci et Pirandello", "L'autre scène", *Cahiers d* *groupe de recherches théâtrales,* primavera-verano de 1972.

P. Spriano: "Gramsci dirigente politico", en *Studi storici,* núm. 2 1967.

P. Spriano: "La morte di Gramsci", en *Studi storici,* núm. 1, 1970

P. Spriano: "Gramsci e la costruzione del partito", en *Rinascita* núm. 37, 17 de setiembre de 1971.

J. Texier: "Gramsci", en *La Nouvelle Critique,* núm. 69, diciembr de 1973.

Varios: "Gramsci 30 anni dopo", en *Rinascita-Il Contemporaneo,* 14 de abril de 1967.

Varios: "Togliatti un burocrate?,', en *L'Espresso,* 3 de mayo de 1970.

impreso en ibermex, s. a.
petén 356 – méxico 12, d. f.
de las pruebas finas elaboradas por
le journal français
bahía de todos los santos 53, méxico, d.f.
tres mil ejemplares
30 de septiembre de 1975